

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Moderna



TESIS DOCTORAL

Las Indias en la diplomacia española, 1739-1759

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Sylvia L. Hilton

DIRECTOR:

Juan Pérez de Tudela y Bueso

Madrid, 2015

R. 635.681

ga H=

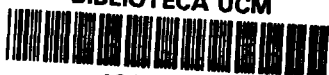
DD

327(46)

HIL

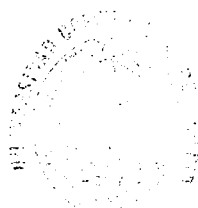
Sylvia-Lyn Hilton

BIBLIOTECA UCM



4900598604

LAS INDIAS EN LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA, 1739-1759



FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
BIBLIOTECA

Departamento de Historia Moderna
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
1980

Geografía e Hist



© Sylvia-Lyn Hilton

Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía

Noviciado, 3 Madrid-8

Madrid, 1980

Xerox 9200 XB 480

Depósito Legal: M-10658-1980

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

SECCION DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORANEA.

LAS INDIAS EN LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA, 1739-1759.

I

Tesis Doctoral
presentada por

Sylvia-Lyn Hilton.

Bajo la dirección del

Prof. Dr. D. Juan Pérez de Tudela y Bueso.

Madrid, 1979.

Quisiera hacer constar aquí mi más sentido agradecimiento a todas las personas e instituciones que me han brindado su ayuda en los trabajos de investigación y estudio que ha exigido la elaboración de esta Tesis Doctoral. Gracias, pues, a los funcionarios de archivos y bibliotecas quienes me atendieron con tanta amabilidad y eficacia; gracias a mis profesores, quienes mediante sus enseñanzas de viva voz o bien a través de sus trabajos ejemplares me alentaron a iniciar y proseguir con mi proyecto de investigación; pero sobre todo, gracias al Dr. D. Juan Pérez de Tudela sin cuya inapreciable ayuda no se hubiese podido llevar a cabo la presente Tesis Doctoral.

INDICE.

Volumen I.-	Págs.
Abreviaturas más frecuentes utilizadas en las notas.	2
Preliminar.	3
1º Conflictos sobre comercio y navegación en América	5
2º El conflictivo asiento de negros de la Compañía del Mar del Sur	135
3º La nueva colonia inglesa de Georgia.	194
4º Las relaciones diplomáticas de España con Francia y Portugal cara a la guerra contra Inglaterra.	249
5º La guerra en América, 1739-48.	287
Volumen II.-	
6º La paz de Aquisgrán.	357
7º La nueva diplomacia española y el tratado de comercio con Inglaterra.	451—
8º El tratado de límites hispanoportugués de 1750.	500 —
9º España ante la rivalidad colonial anglofrancesa, 1750-59.	543
10º La preocupación americana en la diplomacia española, 1739-59. Panorama.	603 —
Fuentes y bibliografía.	689-723.

COMPENDIO.

ABREVIATURAS MAS FRECUENTES UTILIZADAS EN LAS NOTAS.	Págs. 2
PRELIMINAR.	3
1ª CONFLICTOS SOBRE COMERCIO Y NAVEGACION EN AMERICA.	5
La organización y extensión del contrabando inglés en las Indias españolas: navíos del asiento y contrabandistas particulares, rutas, productos y cuantía, la corrupción de comerciantes y gobernadores españoles, la ruina del comercio español, y los intereses conflictivos de los ingleses en América.	
Guardacostas, derecho de visita, presas y derechos de navegación en mares americanos.	
Las quejas inglesas de octubre y diciembre de 1737, y la respuesta española de febrero de 1738.	
La crisis de 1738 y el plan Stert.	
El convenio preliminar de Londres de 9 de septiembre de 1738.	
La Declaración española de 10 enero 1739 y la convención de El Pardo.	
Las conferencias de Madrid y la ruptura.	
NOTAS.	88
2ª EL CONFLICTIVO ASIENTO DE NEGROS DE LA COMPANIA DEL MAR DEL SUR.	135
Las disputas entre Felipe V y la Compañía del Asiento: derechos de negros, beneficios en el asiento, navíos de permiso, represalias.	
Propuestas de la Compañía de 1736, 1737 y 1738.	
La Compañía y el convenio angloespañol sobre presas: la amenaza de suspensión del asiento, la declaración del 10 enero de 1739, la convención de El Pardo, y la negativa de la Compañía de pagar su deuda con Felipe V.	
NOTAS.	173

3º LA NUEVA COLONIA INGLESA DE GEORGIA.	págs. 194
La plaza de San Agustín de la Florida.	
La creación de Georgia en 1732, y las reacciones españolas.	
El convenio Del Moral-Oglethorpe de octubre de 1736.	
El belicismo español de 1737.	
Las instrucciones de Torrenueva a Geraldino de noviembre de 1737.	
España acepta el <u>statu quo</u> , y se decide negociar sobre la cuestión de límites.	
La postura española, la propuesta inglesa, y el fracaso de las conferencias de 1739.	
El problema de los esclavos fugitivos de las plantaciones angloamericanas.	
NOTAS.	229
4º LAS RELACIONES DIPLOMATICAS DE ESPAÑA CON FRANCIA Y PORTUGAL CARA A LA GUERRA CONTRA INGLATERRA.	249
Colonias y comercio en las relaciones francoespañolas.	
Las embajadas del marqués de la Mina y del conde de La Marck.	
Fleury pacifista, y las negociaciones hispanofrancesas de tratados de alianza y comercio.	
El envío de la escuadra de D'Antin a las Antillas.	
La guerra de sucesión austríaca, y el segundo pacto de familia.	
El conflicto hispanoportugués sobre Sacramento.	
Las relaciones entre Portugal e Inglaterra.	
La crisis de 1734 entre Portugal y España, y la conquista de Sacramento.	
La convención de París de 1737.	
La idea de una alianza luso-franco-española y la neutralidad portuguesa en la guerra de 1739.	
NOTAS.	272

	Págs.
5º LA GUERRA EN AMERICA, 1739-48.	287
Los preparativos y objetivos de la guerra.	
Vernon toma Portobelo.	
Los armamentos en Europa, el envío de las escuadras de Torres y D'Antin, y las dificultades para su cooperación en América.	
La expedición de Oglethorpe contra San Agustín.	
Las actividades inglesas entre los indios mosquitos.	
El ataque de Vernon contra Cartagena.	
Las defensas de Veracruz, La Habana y Santiago de Cuba.	
Las expediciones de Vernon contra Guantánamo y Panamá.	
La expedición española contra Georgia y el contraataque de Oglethorpe.	
Las actividades de Anson en el Pacífico.	
La escuadra de La Habana y la salvaguardia de los caudales indianos.	
Los ataques de Knowles y la batalla contra Reggio.	
La guerra comercial: el corso y el contrabando.	
NOTAS.	332.
6º LA PAZ DE AQUISGRAN.	357
El advenimiento de Fernando VI y el cambio de la política española.	
Las negociaciones de Grimaldi en Viena.	
Las primeras negociaciones hispanoinglesas.	
La degradación de las relaciones hispanofrancesas.	
El plan de pacificación de Bruselas, 1746.	
Carvajal nombrado ministro de Estado, y las instrucciones de Macanaz.	
Las negociaciones de paz en Lisboa y Breda.	
La retirada de Macanaz.	
La misión de Wall en Londres, 1747.	
Las conferencias de Aquisgrán, y los artículos preliminares de la paz.	
La reacción española a los preliminares, y los esfuerzos por eliminar o limitar el asiento inglés y por asegurar el establecimiento del infante Felipe.	
El tratado de Aquisgrán.	
NOTAS.	402

	Págs.
7ª LA NUEVA DIPLOMACIA ESPAÑOLA Y EL TRATADO DE COMERCIO CON INGLATERRA.	451
Disputas sobre el cese de las hostilidades. —	
Los nuevos embajadores: Keene, Vaulgrenant y Piffatelli. —	
El conflicto anglofrancés sobre Tobago.	
El proyectado viaje inglés de descubrimiento por el Atlántico y el Pacífico.	
La negociación del tratado de comercio: el equivalente por el asiento, el crédito de la Compañía, y la renovación del tratado de 1715. —	
Renacen los conflictos hispanoingleses, y se paralizan las negociaciones. —	
Los esfuerzos de Carvajal por reanimar las negociaciones. —	
El tratado de comercio entre España e Inglaterra de 1750. —	
NOTAS.	480
8ª EL TRATADO DE LIMITES HISPANOPORTUGUES DE 1750.	500
La sucesión de Fernando VI favorece las relaciones hispanoportuguesas.	
Las posturas portuguesas y españolas ante los conflictos surgidos del expansionismo brasileño.	
El tratado de límites. —	
La oposición portuguesa e inglesa al tratado, y los primeros problemas para su ratificación y ejecución, vencidos por la política conciliatoria española. —	
La oposición jesuítica y guaraní a la cesión de las siete misiones, y la postura del marqués de Valdelirios. —	
Otros aspectos del pensamiento de Carvajal sobre el tratado de límites: la expulsión de holandeses y franceses de América del Sur, y la investigación de los recursos económicos de las regiones del Orinoco y del Plata. —	
Wall ante el tratado de límites. —	
Ceballos defiende a los jesuitas y culpa a los portugueses de las dificultades para la ejecución del tratado. —	
NOTAS.	524

9ª ESPAÑA ANTE LA RIVALIDAD COLONIAL ANGLOFRANCESA, 1750-59.

543

Los conflictos americanos entre España e Inglaterra se mantienen en bajo relieve.

Surge con fuerza la disputa sobre el derecho inglés a cortar palo en América Central.

La rivalidad anglofrancesa por la amistad española se encona tras la muerte de Carvajal y el derribo de Ensenada (1754).

La guerra, el tema del respeto a la bandera y la neutralidad de España, y la declaración inglesa de 5 de octubre de 1756.

El recrudecimiento del conflicto sobre los leñadores ingleses, y la distinción entre establecimientos "antiguos" y "modernos".

Atropellos ingleses contra la bandera española.

Máximos esfuerzos franceses e ingleses para obtener la alianza española.

La degradación de las relaciones hispanoinglesas, y la aproximación entre España y Francia.

La disputa sobre el derecho español de pescar bacalao en los bancos de Terranova.

NOTAS.

579.

10ª LA PREOCUPACION AMERICANA EN LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA, 1739-59. PANORAMA Y CONCLUSIONES.

603

Las causas de la guerra de 1739: la maduración y dinámica de América, la política española del siglo XVIII, las ideas de Felipe V e Isabel de Farnesio, y Villarias y los demás ministros. La política inglesa; la Compañía del asiento; los comerciantes y la oposición parlamentaria.

Las agrupaciones políticas españolas y la lucha de "partidos" en 1746-47 en torno a la política exterior.

Fernando VI y Bárbara de Braganza.

Huésca y Carvajal: sus relaciones y sus ideas sobre América; alianzas y neutralidad; guerra y potencia bélica; y política pacifista y regeneración económica de España.

Evaluaciones de los tratados de paz; de comercio; y de límites; y de la política de neutralidad fernandina.

NOTAS.

659.

ABREVIATURAS MAS FRECUENTES UTILIZADAS EN LAS NOTAS.

AGI.	Archivo General de Indias. Sevilla.
ACS.	Archivo General de Simancas.
AHN.	Archivo Histórico Nacional. Madrid.
BN.	Biblioteca Nacional. Madrid.
BPM.	Biblioteca del Palacio Real. Madrid.
PRO. Sr.	Public Record Office. State Papers.

Hasta la adopción por Inglaterra del calendario gregoriano en 14 de septiembre de 1752 se utilizarán siempre en el texto de esta Tesis las fechas según el nuevo estilo, haciendo constar ambas en las notas cuando se trate de un documento de origen inglés.

En las citas bibliográficas, se dará la fecha completa en la primera referencia y en la bibliografía final. Las referencias sucesivas se abreviarán del siguiente modo: apellido(s) del autor o editor, año de publicación, página(s). En el caso de citar dos obras de un mismo autor, publicadas en el mismo año, se indicará a cuál de las obras se refiere la cita añadiendo las primeras palabras del título de la obra.

De esta manera se pretende economizar espacio, y agilizar la lectura, sin dificultar la localización de las referencias.

PRELIMINAR.

Este estudio de "Las Indias en la Diplomacia Española, 1739-1759" trata de investigar sobre el alcance y verdadero carácter de la preocupación en los cuadros dirigentes españoles por América, tal y como se trasluce en la diplomacia española desde la guerra americana contra Inglaterra, hasta la muerte de Fernando VI. El tema era entonces, y para el historiador sigue siendo de una importancia excepcional, no sólo para la historia de España y América, sino para la del mundo entero, habida cuenta de que los problemas que se nos presentan en este período están en las raíces del proceso independizador de las Américas frente al colonialismo europeo.

Tan importante es el tema, que ha inspirado obras contundentes en la historiografía inglesa y francesa, principalmente porque fueron Inglaterra y Francia las dos potencias que con más estrépito sostuvieron un enfrentamiento comercial y colonial a mediados del siglo XVIII. Sin embargo era un enfrentamiento que no podía dejar indiferentes a los gobernantes de España, la más antigua y la más envidiada potencia colonizadora de América. Este trabajo pretende abordar el tema de la preocupación americana en la diplomacia europea, en estos años críticos, desde la perspectiva española, revelando en lo posible el pensamiento y la actuación de los dirigentes españoles en torno a los problemas americanos.

El advenimiento de los Borbones al trono español significó absolutismo y mercantilismo. El reformismo borbónico tenía muchas facetas, administrativas, económicas, sociales, culturales, pero el objetivo era único: aumentar el poder político y económico del Estado español. Entonces el fomento de la economía nacional vino a ser la preocupación más apremiante de la mayoría de los políticos españoles, y dentro de la economía, la rama que más atención atraía y que más esperanzas parecía ofrecer era la del comercio, y concretamente el comercio americano, que se pretendía monopolizar y explotar en beneficio de España.

Todas las potencias europeas admitían en teoría que las colonias comportaban unos derechos exclusivos de sus respectivas metrópolis. Nadie ponía en duda que una colonia constituía un monopolio en todos los sentidos para la potencia

que se hubiese adueñado de ella. Era un coto cerrado y sin embargo las naciones atlánticas percibían como España, que las colonias eran una fuente inapreciable de riquezas, de modo que en la práctica la América española se vio atacada e infiltrada por extranjeros que pretendían arrebatár sus recursos materiales y humanos, tergiversando el sentido de los tratados internacionales, o inventando nuevas fórmulas legales, para servir los intereses de la fuerza y del hecho consumado.

La reafirmación borbónica de los principios mercantilistas, y su aplicación en España y América, justamente en un período de máxima rivalidad colonial, suscitaron y tropezaron con la oposición de las otras potencias coloniales. Surgieron numerosos y variados conflictos en América entre España y Portugal, Francia, Holanda, e Inglaterra, hasta que la agresividad inglesa precipitara la guerra de 1739, la primera guerra de origen netamente americano.

El presente trabajo estudia cuales eran los conflictos que condujeron a esa guerra, cómo se desarrolló, cuales fueron los resultados, y por fin cuales fueron las circunstancias y características de la política de neutralidad llamada fernandina. Al mismo tiempo se procura evaluar el significado y alcance de las posturas adoptadas sobre América por aquellas personas que tuvieron algún papel en la dirección de la política española en estos años.

CAPITULO I

CONFLICTOS SOBRE COMERCIO Y NAVEGACION EN AMERICA.

La organización y extensión del contrabando inglés en las Indias españolas: navíos del asiento y contrabandistas particulares, rutas, productos y cuantía, la corrupción de comerciantes y gobernadores españoles, la ruina del comercio español, y los intereses conflictivos de los ingleses en América.

Guardacostas, derecho de vista, presas y derechos de navegación en mares americanos.

Las quejas inglesas de octubre y diciembre de 1737, y la respuesta española de febrero de 1738.

La crisis de 1738 y el plan Stert.

El convenio preliminar de Londres de 9 de septiembre de 1738.

La declaración española de 10 de enero de 1739 y la convención de El Pardo.

Las conferencias de Madrid y la ruptura.

I.- EL CONTRABANDO EN LAS INDIAS ESPAÑOLAS.

Los galeones y flotas, asogues y registros representaban todo el comercio legal entre España y sus Indias. Controlados y restringidos en todos los aspectos, estos navíos resultaban enteramente insuficientes para satisfacer la demanda hispanoamericana¹. Esta escasez de mercancías junto con la multiplicación de crecidos derechos que gravaban el comercio, acabaron por determinar unos precios de venta muy elevados. En otras palabras, se creó una situación insostenible en que los interesados se vieron empujados a aceptar una solución ilegal para satisfacer sus necesidades y apetencias vitales. Por su parte los comerciantes extranjeros, tentados por los altos beneficios que cubrían el riesgo del comercio ilegal, también se prestaron gustosa y decididamente al expediente del contrabando².

Una vez organizado el comercio ilícito, y asimilado a los modos de vida hispanoamericanos, resultaba imposible mantener el antiguo sistema mercantil, cuya agonía reflejaba y suscitaba a la vez un cúmulo de interrogantes no sólo económicas sino políticas y diplomáticas a lo largo del siglo dieciocho.

Los principales contrabandistas eran holandeses, franceses e ingleses, pero en el siglo de las luces Holanda ya no era la potencia de la centuria anterior, y además tenía aún absorbentes actividades comerciales en Oriente. Francia recibió serias advertencias respecto de su contrabando en el Mar del Sur durante la guerra de sucesión española, renunció a privilegios comerciales en los mercados españoles por los tratados de Utrecht, y se dedicó preferentemente a desarrollar su comercio legal con España y, a través de Cádiz, con la América hispana³. Inglaterra sobre todo, pues, atendió la llamada del gran mercado hispanoamericano, convirtiéndose en agresiva taladradora del monopolio comercial imperial⁴. El contrabando empezó a ser más lucrativo, y quizás ligeramente más respetable, que la piratería, y así tocó a su fin toda una era de la historia americana para dar paso a unos nuevos tipos de problemas y conflictos entre las naciones⁵.

El gran asalto inglés al mercado hispanoamericano fue organizado por la Compañía del Asiento, cuyos privilegios fueron utilizados sistemáticamente

7

para facilitar y encubrir unas operaciones ilegales de gran envergadura. De rechazo proporcionó una justificación de toda la mercancía ilícita introducida por particulares. En efecto, las mercaderías extranjeras que antes debían ocultarse ahora podían salir a la calle bajo pretexto de proceder del navío de permiso de la Compañía. De esta forma los contrabandistas privados pudieron establecer y estrechar muchos lazos estables de tipo comercial, especialmente interamericano, que ya no sería posible deshacer. La Compañía había abierto una brecha que fue aprovechada, ensanchada y muy pronto dominada por el contrabando particular⁶.

Desde un principio las influyentes clases comerciantes de Inglaterra pensaron en utilizar el Asiento de negros en las Indias españolas como una vía de penetración que facilitase el comercio ilícito⁷. El tratado del Asiento prohibió terminantemente todo contrabando en el Imperio español, como condición de la concesión del navío anual de permiso⁸. No obstante la política exterior inglesa parecía deslizarse entre dos planos distintos: uno oficial que acataba los derechos y deberes basados en los tratados internacionales, y uno informal pero muy real, que seguía los dictados de la fuerza, de los hechos consumados, y de su propio expansionismo. Así es que por un lado el gobierno inglés asumió la prohibición de realizar el comercio ilícito en la América española, pero por otro lado la naturaleza misma de los privilegios solicitados y obtenidos en Utrecht, y la voluntad de los comerciantes ingleses, con el seguro conocimiento de los políticos, determinaron que después de 1715 el contrabando se convirtiera en empresa nacional⁹. No se trataba en definitiva de una evolución posterior, sino de un plan de acción cuidadosamente estudiado, y llevado a cabo. La función del Asiento de negros y del navío anual era abrir el camino, franquear el acceso legal a los puertos hispanoamericanos, con la finalidad de montar toda una organización mercantil clandestina; un imperio dentro de un imperio¹⁰.

La Compañía del Asiento tenía a su disposición dos tipos de embarcaciones que podían acercarse legalmente a los puertos hispanoamericanos: los navíos negreros, y los navíos de permiso. Ambos fueron utilizados sistemáticamente para la introducción de mercancías ilícitas, pero los navíos dedicados a la trata de negros sin duda alguna realizaron la mayor parte de este comercio¹¹.

Un truco corriente consistía en cargar una cantidad de "provisiones" totalmente desproporcionada respecto del número de negros embarcados¹². En una ocasión la balandra Benjamín zarpó de Jamaica con sólo treinta esclavos, pero con géneros ilícitos por valor de doce mil libras esterlinas¹³. Con el fin de agilizar este conducto, muy pronto adoptaron los agentes de la Compañía el sistema de llevar los negros a los puertos hispanoamericanos en números cortos y haciendo repetidos viajes¹⁴.

Las autoridades españolas no ignoraban este abuso e intentaron frenarlo imponiendo un proporcionado número de negros por cada embarcación. Se exigió que los navíos de mayor porte llevaran al menos cuatro negros por cada cinco toneladas, y los menores, un negro por cada dos toneladas, con el fin de reducir el gran espacio disponible para transportar mercancías. Además todos los navíos negreros debían llevar un certificado de sus provisiones¹⁵.

Otro pretexto aprovechado para introducir contrabando era la necesidad de comida, ropas, medicinas, muebles y otros géneros para la instalación y manutención tanto de los negros como de los factores de la Compañía en puertos españoles. El tratado del Asiento reconocía estas necesidades y preveía la autorización de ocasionales navíos que llevaran dichos géneros a las factorías inglesas¹⁶. Pero previsiblemente la mayor parte de los géneros importados en estos navíos especiales era vendida ilegalmente a los españoles.

Toda persona que podía disponer de un poco de espacio en un navío de la Compañía lo llenaba de mercancías según se lo permitían sus propias finanzas o crédito¹⁷. El médico de la Compañía, Juan Burnett, afirmó que no había un solo marinero de un paquebote negrero que no llevase una comisión por valor de dos o tres mil pesos de algún judío jamaicano, en cada uno de los cuatro o cinco viajes anuales realizados por estos navíos¹⁸. Tan corriente y lucrativo era este comercio que los marineros se negaban a embarcar en navíos cuyos capitanes pretendían prohibir o restringirlo¹⁹. Los factores almacenaban géneros por valor de miles de libras esterlinas para vender por cuenta propia, e incluso solían hacer pedidos de acuerdo con los gustos confesados de los altos oficiales españoles²⁰.

Los pretextos vusados para enviar navíos llenos de mercancías a las factorías eran de una variedad inagotable. Se dijo que faltaban ropas para los negros guardados en Buenos Aires, y se obtuvo permiso para mandar cincuenta

toneladas de bayeta a esta ciudad. En esta ocasión según Dionisio de Alsedo "debajo del aparente motivo de las 50 toneladas de bayeta, se habilitó otra ilícita é inacabable Feria por el Río de la Plata".²¹ En 1716 y 1717 se consiguió asimismo autorización para varios navíos de "pertrechos navales" con destino a Buenos Aires. Resultó notorio el contrabando introducido por el navío Kingstone.²² Otra oportunidad fue brindada por la extensión de una epidemia del vómito prieto (una variedad de la fiebre amarilla) en Veracruz y la ciudad de Méjico. Se le franqueó la entrada en Veracruz al médico jamaicano John Ingleby, y el navío que le llevó contenía el inevitable contrabando.²³

Alsedo cuenta dos casos que sin duda se repitieron, con todas las variantes al alcance de una imaginación fértil espoleada por el afán de lucro, en más de una ocasión. En marzo de 1739 los agentes de la Compañía obtuvieron permiso para desembarcar en Cartagena algunos muebles y enseres para uso de la factoría. Entre ellos figuraban unas sillas poltronas que resultaron estar acolchadas en sus asientos y respaldos, no con lana o paja, sino con hilados de oro y plata, género precioso, muy escaso, y de elevado precio en Cartagena. Ese mismo barco además llevaba de lastre numerosas planchas de estaño y plomo, que se consumían en gran cantidad para la manufactura de los tejares y la fábrica de losa vidriada.²⁴

Asimismo en Cartagena se solían preparar navíos como para un largo viaje, pero en realidad habiéndose concertado una cita en alta mar con contrabandistas se traspasaba la mercancía de un navío a otro; y el de Cartagena volvía al puerto bajo pretexto de no hallarse en condiciones de continuar su viaje. No era norma volver a inspeccionar su cargamento, de manera que podía descargar el contrabando con toda tranquilidad.²⁵

Requiriendo una organización y confianza ya mucho más seguras, los navíos del Asiento se prestaban a transportar caudales de particulares a España, cobrándoles el ocho por ciento por su seguro contra los riesgos del pasaje y su introducción clandestina en España, o sea sin pagar el cinco por ciento de los derechos reales.²⁶

Igualmente transportaban súbditos españoles y caudales de Indias a Inglaterra, como en el caso de dos padres jesuitas conducidos a Londres por el capitán Opie en 1725, trayendo consigo más de cuatrocientos mil pesos de ocho en oro y plata para efectuar compras e inversiones.²⁷

En la venta misma de los esclavos se practicaba todavía otro tipo de fraude "más exquisito que todos los demás" según palabras de Alsedo. Consistía en vender algunos negros desde embarcaciones pequeñas en lugares apartados donde la Compañía no tenía factorías. Como si de contrabando se tratase se vendían los negros a precio rebajado, pero acto seguido los mismos agentes de la Compañía denunciaban la introducción ilegal de los negros, acogiéndose al artículo 18º del tratado del Asiento, y obligando a los oficiales españoles a que los capturaran²⁸. Como es lógico los negros eran atrapados con facilidad y "confiscados" por la Compañía, la cual entonces podía proceder impunemente a su reventa²⁹.

Puesto que sólo los navíos negreros tenían derecho a navegar hasta los puertos hispanoamericanos, la presencia de negros en los navíos de la Compañía servía de justificación de su entrada en un puerto. Ello dio lugar a un curioso subterfugio, usado en Portobelo y La Habana, consistente en disfrazar a algunos marineros como negros; lo cual servía primero para facilitar la entrada al puerto, y después para realizar la descarga del contrabando rápida y sigilosamente³⁰.

El modo de compra de negros en África ofrecía igualmente una dorada oportunidad para ingeniar una vía de introducción permanente de contrabando en América, al menos por el Río de la Plata. La Compañía razonó que no podía calcular exactamente que cantidad de mercancías necesitaría en cada viaje para canjear por los negros, y ^{como} convenía llevar siempre de más, era previsible que una vez cargado el navío de negros, aún sobrarían mercancías. Ya que no podía almacenarlas en África, ni exponer los negros a una prolongación de su viaje transatlántico con el fin de dejar las sobras en algún puerto inglés, la Compañía solicitó y obtuvo permiso para llevarlas a Buenos Aires. Allí teóricamente se guardarían bajo llave hasta el regreso a Inglaterra del navío negrero, pero en la práctica se vendían a los españoles³¹. Es verosímil que los agentes de la Compañía siempre procurasen asegurar que hubiese una considerable cantidad de mercancías "sobrantes" en cada viaje de compra de esclavos. La gravedad de ser precisamente Buenos Aires por donde se facilitaba el contrabando de este modo, residía en que el Asiento conllevaba el privilegio de hacer expediciones de internación de los negros, y naturalmente se solían realizar estas expediciones bien surtidas de géneros ilícitos.

Finalmente los ingleses supieron aprovechar sus privilegios para conocer no sólo los puertos y las costas del Caribe y el Atlántico, sino también las del Pacífico. El tratado del Asiento daba a la Compañía el derecho de impedir la introducción de negros en las Indias españolas por cualquier persona no autorizada por ella. Bajo este pretexto se enviaron navíos para explorar y levantar mapas y planos de las costas del Mar del Sur, de modo que los ingleses pudieran completar y perfeccionar su información sobre navegación, puertos y astilleros, fortificaciones y población de todas las costas hispanoamericanas³². Igualmente llegaron a conocer las rutas terrestres interiores, las minas y los núcleos de asentamiento gracias al privilegio de la internación de los negros así como de las mercancías del navío anual³³.

Los navíos anuales de permiso indudablemente ofrecían una buena oportunidad para vender más de la cuenta, y si bien el importe total del contrabando introducido por esta vía era mucho menor que el valor de los géneros introducidos por los navíos negreros, sin embargo este fraude alcanzó muy pronto gran notoriedad. Las facetas del abuso de los navíos de permiso eran asimismo muy variopintas. El fraude más obvio e inmediato consistía en falsear la cantidad de carga del navío en el mismo Cádiz, puerto de salida donde los oficiales españoles controlaban y daban el visto bueno al cargamento.

En el siglo dieciocho se utilizaban fundamentalmente dos sistemas de medición: la tonelada de arque o capacidad del navío, que se venía empleando desde hacía más de dos siglos, y la tonelada de flete o aforamiento, aplicada a las mercancías mismas y por tanto variable según la naturaleza de éstas³⁴. El tratado del Asiento definió expresamente la tonelada como equivalente a dos pipas de Málaga o veinte quintales³⁵, o sea que se refería a toneladas de flete. No obstante, los ingleses lograron confundir a las autoridades españolas de manera que de hecho el navío de permiso Real Jorge llevó algo más de novecientas setenta y cuatro toneladas de mercancías - en vez de las seiscientas cincuenta autorizadas - a la feria de 1723, repitiendo la misma faena tres años más tarde³⁶.

Todos los demás navíos de permiso llevaban un exceso de mercancías³⁷. Se aprovechaba cualquier espacio, como explica Alseda: "el alojamiento (que vulgarmente se llama la entrepuente) es una tercera parte de la bodega, y la cámara principal otra sexta parte, y que cargadas todas tres igualmente en un navío de 650 toneladas, hacen las 974 y 2/3". Los espacios más expuestos

solían cargarse de mercancías poco delicadas o más protegidas, y así iba la "farderia" en la bodega, "cajonería" en el alojamiento entre cubiertas, y "cajas" en la cámara³⁸.

Las autoridades españolas pronto se pusieron al corriente de este abuso, y tras varias consultas se ordenó que el navío de permiso debía ser arqueado con asistencia del comandante de los galeones en el puerto de Indias donde descargase sus mercancías, si no se hubiese efectuado previamente en Londres, con la asistencia de un ministro español³⁹.

Otra faceta del fraude cometido con el navío de permiso fue la carga de mercancías después de salir de Oádiz. A veces esta operación se realizaba en Jamaica o San Cristóbal⁴⁰, pero el método más eficaz era reponer las existencias del navío, según se iban descargando y vendiendo, desde pequeños paquetes llamados "tenders". Un caso bien documentado fue el del navío Spotswood de trescientas toneladas, que desde Londres siguió al navío de permiso de 1725 bajo el pretexto de llevar pertrechos navales. Desde Jamaica se les unió luego el Príncipe de Asturias que, al igual que el Spotswood, se encontraba rebosante de contrabando que subrepticamente se traspasó abordo del navío de la Compañía.

Otro caso similar ocurrió en 1729 cuando se solicitó de Felipe V licencia para enviar un navío de trescientas toneladas con provisiones de Inglaterra para abastecer al Príncipe Federico en su viaje de regreso desde Veracruz⁴¹.

Sin embargo el navío de permiso tenía el inconveniente de que no era de hecho anual, como preveía el tratado, y por lo tanto una vez acabada la feria de un año cualquiera no era fácil prever cuándo se celebraría otra. Así que para paliar este defecto en lo posible los factores de la Compañía inventaron "el más primoroso artificio que se puede discurrir", según palabras de Alsedo. Consistía en fingir que habían sobrado algunas mercancías al término de la feria. Entonces se solicitaba del gobernador de Panamá licencia para conducir las a los almacenes de la factoría en esa ciudad, en donde su venta legítima servía para tapar el comercio ilícito que hacían los factores desde ese lugar⁴².

La legítima presencia de mercancías inglesas en los mercados hispanoamericanos era el resquicio inicial y justificación de una enorme brecha abierta

en el monopolio mercantil español, a impulsos de la iniciativa privada. Los contrabandistas particulares provenían de Bristol y de otros puertos ingleses, de Jamaica, de las islas inglesas entre las Antillas Menores, y de las colonias norteamericanas⁴³. Pululaban a lo largo de las costas españolas, llegando su "desenfrenada osadía" a tal grado que sólo a la feria de Portobelo de 1722 concurren veintiuna embarcaciones inglesas⁴⁴.

Como los navíos particulares no podían acercarse legalmente a los puertos hispanoamericanos bajo circunstancias normales, sus engaños debían comenzar por hallar un medio de ponerse en contacto con los posibles compradores. Un truco empleado con frecuencia era simular la necesidad urgente de reparaciones o provisiones a causa de alguna desgracia imprevista. Los peligros naturales de la navegación a vela en estos mares daban verosimilitud a sus historias, y los tratados internacionales proveían la obligación de prestar auxilios en tales casos. Por lo tanto los gobernadores españoles solían dar refugio y ayuda a los necesitados, muchos de los cuales aprovechaban su estancia en el puerto para comerciar.

Este mismo engaño fue utilizado por navíos de guerra. Un ejemplo fue el Rupert, mandado por el capitán Cristóbal O'Brien, que tras varar el día once de julio de 1735 en la costa meridional de Cuba, solicitó permiso para entrar en La Habana y hacer reparaciones. Estuvo en el puerto cinco o seis días haciendo su negocio, pero sucesos posteriores confirmaron que todo había sido planeado de antemano⁴⁵. No era raro que los navíos de guerra ingleses participasen directamente en el contrabando, y a menudo protegían a los comerciantes privados, no sólo en su navegación sino también mientras comerciaban en las costas hispanoamericanas⁴⁶.

En enero de 1737 el navío de guerra Kinsale protegió al bergantín Príncipe de Asturias mientras introducía géneros ilícitos en Portobelo⁴⁷. Después, en su regreso a Jamaica, el Kinsale llevó a un pasajero español con diez mil pesos para comprar harina y provisiones para Panamá⁴⁸. Tan común era esta indecorosa costumbre que el ministerio español había conseguido el ocho de febrero de 1732 una declaración de Jorge II prometiendo acabar con ella, pero evidentemente no tuvo mucho éxito⁴⁹.

Cuando un navío inglés apresado en América era declarado mala presa y mandado restituir, los interesados debían acudir al puerto donde se condenó el navío, para recuperarlo. Está claro que oportunidades tan golosas para acercarse libre y lícitamente a un puerto hispanoamericano no eran muy frecuentes y debían ser aprovechadas al máximo. El caso del Bela de Lana

(Woolball) ocasionó agrias protestas de ambos lados, pues habiéndose mandado restituir el navío, los dueños enviaron a sus apoderados al puerto de Campeche en 1734. Los llevó un navío de guerra, el Flamborough, que se cargó de mercancías en Jamaica y las vendió durante su prolongada estancia en Campeche⁵⁰. Pero el asunto no quedó aquí, pues a pesar de ser informados los apoderados en esta primera ocasión, que debían acudir a Méjico, volvieron tres veces a Campeche bajo pretexto de buscar su navío, y cada vez llenaron el puerto de contrabando⁵¹.

Algunos comerciantes privados compraron licencias de la Compañía del Asiento para sustituirla en el abastecimiento de esclavos de algunos mercados menores, accediendo por este medio a la libre entrada en ciertos puertos hispanoamericanos⁵².

Empero la mayoría prefirieron arriesgarse en las cercanías de los mercados más ricos. El procedimiento habitual era llegar a un sitio resguardado de la costa y mandar a tierra un intérprete-espía quien llevaba cartas a los mercaderes españoles. Seguidamente estos salían al encuentro del navío en canoas y otras pequeñas embarcaciones para efectuar sus compras⁵³. En el Río de la Plata los comerciantes privados corrían relativamente menos riesgos porque introducían el contrabando vía la colonia portuguesa de Sacramento, desde donde se podían internar en las provincias españolas de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán⁵⁴.

Los grandes centros de distribución del contrabando inglés eran Jamaica en primer lugar y después Barbados, Sacramento!Buenos Aires, y las colonias inglesas del continente norteamericano. Desde Jamaica salían navíos que comerciaban en todas las costas hispanoamericanas. Un capitán español, Antonio de Cortayre, naufragado en diciembre de 1718 en las costas jamaicanas estuvo preso en la isla casi un año entero. Durante su cautiverio llevó un diario, que más tarde mandó a España, en el cual apuntó los barcos que entraban y salían. De un total de trescientos noventa y tres barcos observados, había doscientos uno que se sabía a ciencia cierta que comerciaban con los dominios españoles, sin contar los cincuenta y ocho barcos cuyos destinos o procedencias no pudo averiguar, siendo verosímil que bastantes se dedicarían al contrabando⁵⁵.

Los puertos principales de entrada del contrabando inglés eran lógicamente todos aquellos en donde se habían instalado factores o agentes de la

Compañía. Eran La Habana, Santiago de Cuba, Veracruz, Campeche, Portobelo, Panamá, Cartagena, Caracas y Buenos Aires. Pero además el comercio ilícito se hacía comúnmente a lo largo de las costas cercanas a Tabasco y Laguna de Términos, Belice, Trujillo, y desde Santa Marta hasta Cumaná, en Santo Domingo y Puerto Rico, y en San Agustín de Florida⁵⁶. En resumen, apenas si quedaba puerto o lugar en todas las costas hispanoamericanas que no estaba frecuentado por contrabandistas⁵⁷.

Una vez introducidas las mercancías, acabaron por llegar a cada rincón del imperio. Alsedo cuenta que todos los pueblos en el camino que él tomó desde Quito a Cartagena en el otoño de 1737 estaban convertidos en "perennes almacenes de ropa extranjera", y que vio cuarenta y nueve canoas y quince barquetas cargadas de ropas y géneros sólo en el río de la Magdalena, que es vía natural de enlace entre las dos ciudades⁵⁸.

Las mercancías que entraban en Portobelo fácilmente encontraban el camino hasta Panamá, desde donde se esparcían por todo el Mar del Sur⁵⁹. Asimismo los ríos Orinoco, Negrom Casiquiare y Amazonas ofrecían convenientes vías de acceso a los núcleos poblados del norte, mientras que el foco del Río de la Plata emanaba un continuo flujo de contrabando hacia Chile por un lado y hacia el Paraguay, Tucumán, Potosí y los Andes peruanos por otro⁶⁰.

Muy variados eran los géneros de contrabando introducidos en las Indias españolas. Los alimentos constituían un importante capítulo, siendo, carne vacuna y porcina, arenques y bacalao salado, queso y bebidas alcohólicas. Toda clase de telas y ropas, sedas finas, sombreros, medias, lienzos buenos, tejidos de lana y algodón asimismo representaban una gran parte del comercio ilícito. Manufacturas y metales como el hierro, plomo, estaño, y mercurio, con yunques, herraduras, clavos, armas y municiones, papel, cera blanca, brea y alquitrán completaban el cuadro. Por su pequeño tamaño y elevado valor fueron también frecuentes objetos de contrabando los diamantes y joyas en general. Los esclavos negros constituían por sí solos un gran negocio ilícito en toda América⁶¹.

Los frutos de la tierra extraídos insistentemente de las Indias españolas eran igualmente de muy diversa naturaleza y estimación. La plata y el oro, en barras y monedas, figuraban entre los más preciados, pero había otros de muy alta valoración, como el palo de Campeche, la cochinilla y el añil; la quinina, el bálsamo, la sarzaparrilla y el tabaco; cacao, azúcar,

naránjas floridanas y tortuga salada; concha de tortuga, cueros, lana de vicuña y sebo, mulas y esclavos indios⁶².

Tratándose de contrabando las cantidades barajadas resultan de imposible conocimiento, pues como mucho existen sólo datos aislados, o cálculos a grosso modo que no son susceptibles de verificación. El capitán español Cortayre, preso en Jamaica en 1719, apuntó que un determinado barco vendió contrabando por valor de cuarenta mil pesos, y otro pudo deshacerse de ropa valorada en ochenta mil pesos, además de trescientos cuarenta negros (los cuales darían al menos treinta y cuatro mil pesos). Asimismo una flotilla de cinco navios mercantes salió de Jamaica rumbo a la costa de Portobelo con contrabando por valor de doscientos mil pesos⁶³. Si se cuentan sólo los doscientos un barcos españoles en ese año, la cifra global del comercio ilícito jamaicano para 1719 bien pudo alcanzar varios millones de pesos. Eso mismo afirmaba el mariscal de Tessé, quien en una memoria entregada reservadamente al gobierno español en 1725, calculaba que el contrabando distribuido desde Jamaica producía tres millones de pesos al año⁶⁴.

Que los mercederos españoles podían disponer de semejantes cantidades de dinero fue confirmado por Juan y Ulloa, quienes refirieron la sorpresa de Anson al encontrar más de setenta mil pesos en oro dentro de un humilde barquillo pescador, que había apresado camino de Paita donde pensaba el mercader unirse con otros comerciantes españoles para ir a comprar en Panamá y la costa novohispana⁶⁵.

El Jorge, un navío de la Compañía del Mar del Sur, procedente de Buenos Aires, extrajo en 1718 marcos de plata por valor de casi veinte mil pesos⁶⁶. Otro paquebote negrero, el Carteret, al salir de Buenos Aires en 1725 llevaba dos millones de pesos en plata y ochenta mil pesos en cueros, en parte el producto del comercio ilícito, y en parte caudales de españoles que así se exportaban sin pagar los derechos reales.⁶⁷ Otro navío de la Compañía, el Duke of Cambridge, fue acusado de traer a Buenos Aires en 1726 contrabando por valor de treinta a cuarenta mil pesos⁶⁸. En 1737 había una balandra inglesa de oatoros cañones sobre la costa de Cartagena, que llevaba géneros por valor de doscientos mil pesos⁶⁹.

El mariscal de Tessé afirmó que el valor de la carga de un navío de permiso podía alcanzar seis millones de pesos⁷⁰, pero no sería extraño que sus propios intereses nacionales le hubiesen inducido a exagerar un tanto. El Príncipe Federico logró extraer unos cuatrocientos mil pesos en dinero,

y cochinilla valorada en ochocientos mil pesos, además de valiosos cargamentos de cochinilla, añil y palo⁷¹. Un accionista de la Compañía declaró que se ganaron entre ochocientos y novecientos mil pesos sólo por el contrabando llevado en el Príncipe Guillermo en 1730, y Patiño acusó a la Compañía de vender géneros ilícitos por valor de unos seiscientos cincuenta mil pesos como mínimo, introducidos en el Real Carolina en 1732⁷². Añadiendo el valor de la carga legal de los navíos de permiso, las cifras debían de quedar sensiblemente por debajo de la adelantada por Tessé, aún en el probable supuesto de subestimación del contrabando por parte del accionista inglés y Patiño.

Algunas cifras un poco más generales amplían nuestra visión de conjunto. En 1733 se exportaron de Buenos Aires ciento ochenta y cuatro mil quinientos cinco cueros de forma ilegal, además de los ciento noventa y seis mil trescientos trece extraídos legalmente⁷³.

Cacao, tabaco, azúcar y sebo valorados en quinientos ochenta y siete mil pesos, más otro tanto en dinero, fueron extraídos de la América hispana por la Compañía del Asiento, sólo en el transcurso de 1738⁷⁴.

En fin, para el período 1730-1739 George Nelson ha hecho un cálculo global del valor del contrabando introducido en las Indias españolas por los navíos de la Compañía: más de veinticinco millones de pesos⁷⁵. Es una cifra más bien conservadora, y además se refiere a unos años aparentemente de continuo declive en el volumen del comercio ilícito acaparado por la Compañía; en parte por las medidas represivas del gobierno español y en parte por la competencia de los contrabandistas particulares. Alsódo afirmó que a razón de once millones de pesos por año, las Indias españolas debían producir entre 1714 y 1739 un total de doscientos ochenta y seis millones de pesos. Sólo sesenta y dos millones de hecho llegaron a España en los galeones y otros navíos, con lo cual aun descontando una fuerte suma para gastos virreinales, se evidenciaba una pérdida enorme por vía del comercio ilícito, la mayor parte del cual estaba en manos inglesas⁷⁶.

La extensión y el volumen del comercio ilícito practicado en las Indias españolas no deja lugar a dudas sobre la colaboración prestada por los comerciantes y autoridades hispanoamericanos. La actitud de los mercaderes no es difícil de entender. Ellos sólo podían sobrevivir como clase social y profesional si tenían mercancías para vender. La involucración de casi

todos ellos sería cuestión de tiempo y necesidad, pues una vez iniciada la infiltración de mercancías de contrabando, incluso los comerciantes más conservadores debían entrar en el juego, o exponerse a la ruina frente a la competencia de sus colegas menos escrupulosos, o más realistas. Se puso en marcha un círculo vicioso: faltaban mercancías a causa de la insuficiencia de los galeones y flotas, y la política mercantilista de restringir las actividades económicas propias de las colonias; en consecuencia el mercado fue captado por contrabandistas, quienes lo abastecían a precios reducidos, dificultando así la venta de las mercancías de los galeones y flotas cuando por fin llegaban, y contribuyendo eficazmente a su decaimiento⁷⁷.

A veces algún comerciante español más arriesgado se acercaba hasta la misma Jamaica para comprar, simulando en ocasiones haber sido desviado o maltratado por un huracán para justificarse mejor⁷⁸, pero en general fueron los extranjeros quienes navegaban hasta las costas hispanoamericanas donde esperaban los comerciantes españoles.

Entre estos comerciantes hispanos estaban muy activos los clérigos, quienes además de exportar ilícitamente grandes cantidades de dinero⁷⁹, participaban en el contrabando. Don Pedro de Rivera, capitán general de Guatemala, escribió en 1737 que el comercio ilegal en la Costa del Norte había llegado a ser tan arraigado que interesaba a toda la población de la zona, incluidos los clérigos y oficiales reales⁸⁰. Este testimonio contra los religiosos viene corroborado por el cirujano inglés de la factoría de Cartagena, James Houston, quien afirmó que los negocios a menudo se hacían con los jesuitas, que él llamó "los comerciantes más grandes de las Indias españolas"⁸¹.

Basta una simple muestra de los testimonios disponibles acerca de los sobornos pagados a los oficiales hispanoamericanos para quedar convenidos de la generalización de esta práctica. Aun sin ninguna prueba documental sería absolutamente necesario contar con el hecho del soborno (más verosímil que una colaboración desinteresada), porque lo cierto es que se hacía el contrabando en gran escala, y sin la cooperación de las autoridades habría que pensar que las poco frecuentes detenciones y confiscaciones se debían a que todos y cada uno de los oficiales reales eran ciegos, sordos y tontos.

La Compañía del Asiento claro está, se hallaba en una buena posición para hacer sobornos y aprovecharse bien de sus efectos. A Guillermo Eón, director de la Compañía en representación de los intereses de Felipe V, se

le pagó una suma inicial de mil libras y una pensión anual de ochocientas⁸². En 1715 el factor de la Compañía en Cartagena, Diego Pym, repartió dinero y regalos por valor de setenta y cinco mil pesos entre los oficiales y gobernador para facilitar la descarga del contrabando introducido a bordo del Bedford.⁸³ En 1716 1717 el gobernador de Buenos Aires recibió el veinticinco por ciento del beneficio del contrabando transportado en los navíos que se suponía llevaban provisiones para la factoría de la Compañía allí instalada.⁸⁴ A más de oiento dieciocho mil pesos subió el coste de los "servicios privados" prestados en Cartagena con ocasión de la llegada del navío de permiso Real Jorge en 1724.⁸⁵

No se mantuvieron inoólumes ni las más altas autoridades, pues incluso el virrey de Nueva España, marqués de Casafuerte recibió de la Compañía una espada guarnecida de diamantes y un exquisito reloj de música.⁸⁶

El cargo de juez conservador previsto en el tratado del Asiento para atender todos los pleitos de la Compañía en América⁸⁷, resultó ser una especie de justificación o vía del intento de soborno porque la Compañía solía nombrar jueces conservadores a los oficiales reales, y por supuesto les pagaba el sueldo correspondiente al cargo, que ascendía a dos mil pesos al año.⁸⁸

Por su parte los mercaderes españoles contribuían lo suyo para asegurar la buena disposición de los funcionarios. Juan y Ulloa afirmaron que se solían repartir ocho pesos por fardo para poder introducir contrabando en Lima en 1741.⁸⁹

Sin embargo no siempre daba los resultados apetecidos este sistemático uso del soborno. Los factores de Cuba se quejaron de que el gobernador, a pesar de cobrar su sueldo de juez conservador, obligó a la Compañía a indemnizar la pérdida de barcos españoles apresados por ingleses y franceses.⁹⁰ En otra ocasión unos factores avisaron de una desagradable sorpresa: "Extrañamos de hallar al Gobernador totalmente un otro, quien como otro Judas nos ha vendido; él nos alentó a desembarcar más mercaderías, pero luego las embargó. Ni valieron las insinuaciones que le hizo el señor presidente, antes mandó visitar todas las barcos del Asiento que es sin ejemplar".⁹¹

Semejantes atropellos movieron a los ingleses a procurar la destitución de aquellos oficiales que hubiesen traicionado su confianza: "avisé a V. V. I. I. del no acostumbrado rigor del Gobernador, de los remedios que juzgaba oportunos y de los pasos que se pudieran hacer para lograrlo, es a saber: procurando que se le quite el empleo y se ponga en su lugar a D. Baltasar

Garfía Voz o D. Manuel Velasco,...avisé también a VV.II. de contar mucho sobre el Marqués de Monteleón, procurando que este señor lo proponga a los que puedan mudarle, pidiéndolo como favor con la consideración de veinte mil pesos"⁹²

Otro tipo de conflicto, que afectaba más a los contrabandistas particulares, surgía cuando los oficiales hispanoamericanos condenaban un navío inglés como buena presa. Los ingleses protestaban que los gobernadores tenían intereses personales en las presas tomadas por los corsarios españoles, y por lo tanto no eran todo lo imparciales que debían ser⁹³.

Pese a estos pequeños roces, lo cierto es que las relaciones casi simbióticas entre mercaderes españoles, oficiales reales, factores de la Compañía, y contrabandistas privados se desarrollaron con una naturalidad muy pacífica, interrumpida más que nada por los brotes de guerra en Europa, cuyos coletazos se sentían en el Caribe. Durante un período de tres años, estando John Burnett en Cartagena, sólo una vez fue visitado un paquebote en esa plaza⁹⁴.

Ahora bien, al enjuiciar estos hechos resulta demasiado fácil echar mano de calificaciones como "insidioso"⁹⁵, y "mezquino"⁹⁶. Los términos que más espontáneamente acuden al pensamiento son "corrupción" y "fraude", y en efecto de eso se trata. Los oficiales del rey vendían sus servicios, su silencio, su vista gorda, por dinero a los súbditos de otro soberano, que por añadidura era peligroso rival del suyo propio. Conspiraron con los mercaderes y pueblos hispanoamericanos para atender sus propias apetencias sin reparar en que llenaban las arcas y potenciaban las industrias y marina de Inglaterra, mientras que defraudaban al Estado español y contribuían al empobrecimiento general del Imperio. Este empobrecimiento no era sólo material, sino espiritual, pues la desmoralización colectiva, el resignado cinismo y la hipocresía bien podrían considerarse características lógicas de una sociedad obligada a vivir largo tiempo al margen de las normas legales.

Sin embargo los oficiales reales no eran responsables de esta situación y su actitud ante el soborno (sin entrar ahora en lo que significa a nivel de conciencia personal) no se puede considerar factor determinante del fraude universal. Como mucho la práctica del soborno podía disminuir las fricciones diarias, facilitando las introducciones ilegales - y a veces

ni siquiera lograba eso -, pero de no existir el soborno no es dable suponer que entonces no habría habido el comercio ilícito⁹⁷. Sin el soborno, el riesgo y la escasez de géneros hubieran sido mayores, con lo cual no sólo habrían subido los precios, aumentando el malestar colonial, sino que se habría generado un clima de tensión y violencia que hubiera podido conducir a la catástrofe para el Imperio español⁹⁸.

Ahora bien, el soborno no siempre impedía que hubiese conflictos entre hispanos y extranjeros a causa del comercio ilícito. Un factor significativo a este respecto sin duda debía ser que el oficial real no se prestaba a la corrupción sólo por un interés material personal, sino por la noción de su propia impotencia para cambiar las realidades socioeconómicas en las cuales estaba inmerso. Tampoco había que despreciar el dinero (totalmente), pues de sobra es conocido que se invertían grandes fortunas para obtener un buen cargo americano, y muchos trataban de resarcirse de sus gastos por todos los medios posibles. Los cargos no solían remunerar lo suficiente para poder vivir de acuerdo con las aspiraciones correspondientes al cargo⁹⁹. Por estas razones resulta al menos comprensible que se admitiesen "consideraciones" materiales a cambio de facilitar unas actividades que se harían de todas maneras, hiciese lo que hiciese el oficial real. Quizás por eso el oficial ni siquiera se sentía siempre obligado por el soborno recibido. Es riesgo inherente a todo soborno que en algún momento deje de tener eficacia, pero en esta situación concreta resultaba más imprevisible todavía simplemente porque el dinero podía no ser necesariamente el factor decisivo en la actitud del oficial.

¿Cuál era pues el factor determinante de la corrupción de las autoridades hispanoamericanas cara al contrabando? Juan y Ulloa lo señalan claramente: "A este modo de consentir y aun patrocinar los contrabandos llaman generalmente en aquellos países comer y dejar comer, y los jueces que lo consienten por el soborno que reciben son llamados hombres de buena índole, que no hacen mal a nadie"¹⁰⁰. Son las necesidades y apetencias vitales, son los modos de vida de la sociedad hispanoamericana, que se imponían a los hombres encargados de hacer respetar la ley. Y como esa ley estaba alejada de la realidad, ignorante de las posibilidades y necesidades de la población, entonces el hombre que la defendía era tildado de tirano, y el que la dejaba a un lado era considerado "de buena índole". Así de una necesidad nació una costumbre, y de ambas se hizo una virtud. De hecho, cara a la

mayor parte de las fuerzas vivas de la sociedad hispanoamericana la virtud de los funcionarios reales residía en inoumplir las normas legales referentes al comercio, de modo que en la mentalidad colectiva se daba una disyunción entre lo justo y lo legal¹⁰¹. Bajo estas circunstancias, cuando alguna vez un oficial no sólo acataba sino que cumplía la ley, no era en realidad por un sentido del deber, sino por causas mucho más aleatorias.¹⁰²

Aun en el caso de que un alto oficial quisiese realmente hacer cumplir las normas legales, debía luchar no sólo contra los extranjeros sino contra la resistencia de una sociedad que tenía sus propias formas vitales, mucho más exigentes y eficaces en el quehacer diario que la lejana y utópica autoridad regia. Juan y Ulloa refirieron una experiencia vivida por el virrey marqués de Villa García, quien tuvo que insistir tres veces antes de ver cumplidas sus órdenes para la confiscación de una partida de contrabando, y todavía tuvo que contemplar cómo los tribunales acabaron por absolver a los funcionarios sobornados¹⁰³.

Al gobierno metropolitano español le preocupaba sobremanera el deterioro del comercio español, que generalmente se consideraba como una consecuencia del aumento del contrabando, pues no se le ocurrió pensar que la relación de causa y efecto no fuera tan sencilla. La Compañía del Asiento era obvio blanco de las críticas españolas. En 1718 un factor escribió que el contrabando inglés había saturado el mercado hasta el punto de impedir la venta de los géneros españoles: "Los capitanes de los navíos de registro que aquí están y sus sobrecargos o intendentes están desesperados por no tener quién compre sus efectos...y me han asegurado que hasta ahora apenas han vendido el valor de diez mil pesos; se han quejado al Gobernador echando la culpa sobre el Asiento, afirmando que es por haberse ya vendido toda la carga de contrabando que trajo el navío Kingstone y haber llegado otro navío con otros contrabandos el no hallarse quien compre las mercaderías que ellos han traído"¹⁰⁴. Asimismo Dionisio de Alsedo narró que la llegada del navío de permiso a la feria de Portobelo de 1730 desalentó tanto al mercader Jerónimo Balsagón que murió de pena. La verdad es que se cumplieron sus peores presagios, pues la insuficiencia de caudales para comprar todos los géneros en oferta determinó que el navío inglés pudo vender su cargamento, llevándose la mayor parte del dinero disponible, mientras que los galeones españoles no pudieron deshacerse de sus mercancías.¹⁰⁵

Pero no fueron sólo los navíos de permiso- con sus géneros lícitos e ilícitos - los que afectaban al comercio español. Los registros llegados a Cartagena en 1738 no pudieron vender, sino muy difícilmente, sus dos mil toneladas de mercancías, a pesar de no haberse celebrado una feria desde 1732, porque los contrabandistas privados habían surtido el mercado¹⁰⁶.

En realidad, el comercio gaditano no decayó durante el siglo dieciocho, sino todo lo contrario, ya que creció gradualmente durante la primera mitad del siglo, y decididamente desde 1748¹⁰⁷. Sin embargo la participación extranjera en este tráfico legal era masiva, y desde luego que en términos relativos el comercio genuinamente español decrecía de un modo alarmante frente al de las demás potencias en este período¹⁰⁸. Al menos así lo creía el gobierno español. Para ellos el declive del comercio nacional significaba la pérdida de ingentes riquezas imperiales, el decaimiento (o cuando menos la falta de estímulo) de las industrias españolas, y la ruina de la marina mercante, todo ello además en beneficio de peligrosas potencias rivales. Pero quizás lo que más alarma provocó en los círculos políticos españoles fue la conciencia que la participación extranjera en el comercio americano representaba una herida mortal en la organización mercantilista española, minando tanto el monopolio comercial como la autoridad política metropolitana.

Por estos motivos la política exterior española se inclinó hacia la supresión del contrabando por la fuerza, y como paso obligado, hacia la obstaculización y ulterior suspensión del usufructo inglés del Asiento de negros. Fue José de Patiño quien primero comprendió la necesidad de apartar a los ingleses del Asiento, y después de él mantuvieron esa meta sus discípulos, hasta alcanzarla¹⁰⁹.

Ante los esfuerzos del gobierno metropolitano español por combatir el comercio ilícito, los ingleses (principales culpables) no ofrecían un frente unido. Entre ellos se daban intereses muy dispares que complicaban enormemente las negociaciones diplomáticas en las cuales el gobierno de Madrid pretendía defender la integridad del imperio.

En primer lugar la Compañía del Mar del Sur, al pretender monopolizar no sólo la trata de negros sino el comercio ilícito en la América española, se vio inmediatamente enfrentada con los intereses comerciales más

antiguos. Los plantadores de caña de azúcar de Jamaica se quejaron enseguida de que la Compañía, al abastecerse de negros principalmente en Jamaica, hacía subir los precios en la isla y además dejaba a los plantadores sólo esclavos de inferior calidad¹¹⁰.

Empero los enemigos más numerosos y ruidosos de la Compañía eran todos los comerciantes ingleses y coloniales, especialmente jamaicanos, quienes tenían intereses en el contrabando a las Indias españolas. Temían que las ventajas gozadas por la Compañía al poder entrar libremente en los puertos hispanoamericanos, les supondría una competencia ruinosa.

Por eso se acusó a la Compañía de egoísmo, porque sólo ella se beneficiaba de sus privilegios mientras que del comercio privado se beneficiaba toda la nación. Es decir que se mantuvo que el Asiento no era en realidad un interés nacional. En apoyo de esta idea se señaló que la Compañía tenía que pagar derechos al soberano español, y por tanto estaba enriqueciendo precisamente a una potencia rival. Otra acusación de mayor peso era que al tener la Compañía tantos efectos constantemente en puertos hispanoamericanos donde eran vulnerables a acciones de represalia por parte de las autoridades españolas, ponía trabas a la eficaz defensa de la navegación y el comercio de los demás ingleses¹¹¹. Como no era dable protestar, al menos formalmente, por la reducción del comercio ilícito, los enemigos de la Compañía se concentraron en las vejaciones - reales e imaginarias - sufridas por el legítimo comercio angloamericano a manos de los guardacostas españoles, echando la culpa de ello sobre la Compañía¹¹².

En 1730 el Contraalmirante Stewart estuvo a punto de efectuar represalias contra la navegación española por las depredaciones de que había sido objeto el comercio inglés en el Caribe. Pero los factores de la Compañía lograron disuadirle de este paso, alegando que en ese momento estaba el navío de permiso en la feria de Portobelo, y sin duda sería apresado por los españoles en cuanto supieran de lo obrado por Stewart. Además era altamente probable que a su vez las autoridades españolas ordenasen represalias contra la navegación inglesa en general, en cuyo caso sin duda saldrían perdiendo los ingleses. Este argumento convenció a Stewart pero no así a los comerciantes angloamericanos, quienes vociferaron que se estaban vendiendo sus intereses en beneficio exclusivo de la Compañía¹¹³.

Por su parte la Compañía no podía dejar de oponerse al anárquico comercio ilícito practicado por particulares: en primer lugar porque su propio interés exigía el poder controlar el mercado hispanoamericano al máximo (sobre todo en vista de las ocasiones en que la superabundancia de la oferta saturaba y deprimía el mercado); y en segundo lugar porque los desmanes de los contrabandistas privados provocaban fuertes reacciones represivas en el gobierno español, de cuyos efectos sufría siempre la Compañía¹¹⁴. En una ocasión los factores de Cartagena negociaron la compra de dos navíos para ayudar a las autoridades españolas en su lucha contra el contrabando privado, a cambio de que no se visitasen los navíos del Asiento. Naturalmente esta "traición" se supo y fue protestada con vehemente calor por los jamaicanos¹¹⁵. Así se apreciaba pues que la Compañía velaba por sus propios intereses, frenando la agresividad inglesa y encauzando la represión española.

Otro sector del comercio inglés que decía tener motivos de estar descontento con la Compañía, lo constituían la colonia inglesa de Cádiz y aquellos comerciantes ingleses que exportaban mercancías a Cádiz para su embarque en los galeones, flotas y registros. Evidentemente si el contrabando estropeaba el mercado americano para el comercio gaditano, participaban en las pérdidas este pequeño grupo inglés. Walpole intentó alentar a estos comerciantes para que protestasen formalmente contra el comercio ilícito en Indias, pero no consiguió nada porque los intereses ingleses en Cádiz estaban mayoritariamente en manos de judíos y católicos, sectores de la sociedad inglesa que difícilmente podían defenderse a gritos. Por otra parte, no parece que de hecho se redujeran las exportaciones inglesas a España en este período¹¹⁶.

Sea como fuere, estos conflictos entre la Compañía y los demás comerciantes ingleses tuvieron el efecto de desdoblar los esfuerzos españoles por defender el monopolio imperial. El gobierno español debió luchar contra los comerciantes ilícitos en general y contra los abusos de la Compañía en particular, lo cual tendía a frustrar sus objetivos al desenfocar repetidamente los argumentos. Entretanto la Compañía se ocupaba sólo de sus propios intereses, y los comerciantes ingleses alternando las denuncias y acusaciones contra las autoridades españolas y

contra la Compañía, alimentaron un estado de ánimo sumamente alterado y exaltado. En cierta medida se podría decir que los comerciantes luchaban tanto contra la Compañía como contra España, pues combatían el concepto de monopolio en todas sus manifestaciones, enarbolando en su lugar el nuevo estandarte liberal.

Ahora bien, no fueron estos los únicos conflictos entre ingleses, de interés para España. En el mismo seno de la Compañía había divergencias ocultas. Efectivamente, un grupo muy reducido de directores utilizaban los privilegios del Asiento en su propio provecho, y en perjuicio de los accionistas de la Compañía. Una junta se encargaba de las operaciones legales cara el público, a los accionistas, y al director español; pero el subdirector y el vicedirector de la Compañía llevaban los negocios más importantes y secretos. Algunos factores trabajaban en el servicio particular de estos hombres, descurriendo con ello los intereses generales de la Compañía¹¹⁷. Además esta situación y las condiciones especiales reinantes en América se conjugaron para favorecer el deseo de autonomía por parte de los agentes del Asiento. Todos ellos se aplicaban en la medida de sus posibilidades al aprovechamiento personal de sus circunstancias¹¹⁸. Hubo alguno que incluso abandonó por completo el servicio de la Compañía, para dedicarse al comercio ilícito por libre, y por lo tanto en competencia con sus antiguos patrones. Dionisio de Alsedo contó extrañadísimo el caso de Enrique Thomson, quien había sido factor en Panamá pero se independizó como "introducción" ilegal en 1737, evidentemente atraído por la posibilidad de aumentar sus propias ganancias¹¹⁹.

La disparidad de intereses dentro de la Compañía se evidenció cuando empezó a ser más riguroso el control español del número de negros abordo de cada navío que entraba en los puertos hispanoamericanos. Lógicamente cada navío vio restringida su capacidad de introducir contrabando, pero los agentes recibieron órdenes de Londres de compensar esa pérdida aumentando el número de navíos, aunque luego no se vendiesen los negros. Por este procedimiento acabó por producirse un exceso de oferta de esclavos que, como no se vendían, representaban capital estancado en claro perjuicio de los accionistas, mientras que los directores hacían sus fortunas particulares con el contrabando¹²⁰.

Otra prueba de la misma divergencia de intereses surgió cuando la asamblea general de accionistas resolvió pedirle a Jorge II permiso para

renunciar al Asiento a cambio de una indemnización. Los accionistas estaban descontentos porque no sacaban apenas provecho de sus inversiones ya que las operaciones legales de la Compañía no deparaban ganancias. Sin embargo es evidente que la renuncia al Asiento significaba el fin de los ingresos ilícitos de los directores, por lo que no se pudo consentir de ningún modo en la petición¹²¹. El rey Jorge nunca contestó a esta solicitud y cabría preguntarse si no fueron causa de ello las conexiones políticas de los directores.

En cualquier caso la división interna de la Compañía inglesa indudablemente contribuyó a frustrar un posible acuerdo diplomático para la terminación del Asiento inglés. Los directores no tuvieron en cuenta jamás los deseos de los accionistas, y sin embargo constantemente justificaron su propia actitud inflexible ante el gobierno español, diciendo servir a los accionistas, no pudiendo cambiar sus resoluciones votadas, e insinuando que la asamblea general era poco razonable y muy peligrosa para un ajuste amigable. Nunca se sabrá si fue o no factible negociar un equivalente o indemnización por el Asiento y navío de permiso, sólo sí que fue una posibilidad que se enunció y a la cual en principio no se oponían ni los accionistas ni el gobierno español.

II.- GUARDACOSTAS, PRESAS Y DERECHO DE NAVEGACION.

Las autoridades españolas no estuvieron ociosas ante la escalada vertiginosa del contrabando. Varias fueron las reales cédulas prohibiendo el comercio ilícito en las Indias, y prohibiendo incluso el transporte de oro y plata a los puertos donde podían encontrarse navíos extranjeros¹²². Se intentó desde luego aminorar las posibilidades de la Compañía del Asiento para practicar el comercio ilícito, sobre todo desde la década de los treinta a raíz de la acumulación de datos incontrovertibles sobre la extensión del fraude. En 1725 el mariscal francés Tessé hizo entrega de una memoria sobre el contrabando inglés en Nueva España¹²³, y en 1728 se confirmaron esas noticias mediante la venta de información secreta relativa a la Compañía por dos antiguos empleados suyos. En efecto, el representante español en el Congreso de Soissons, el marqués de Barrenechea, pudo obtener los servicios de Mateo Flowes y Juan Burnett, secretario y contador principal de la Compañía el primero, y médico de las factorías de Portobelo y Cartagena el segundo. Hicieron informes completos sobre las actividades ilegales de la Compañía, entregando al mismo tiempo copias de cartas secretas muy reveladoras del sistemático fraude perpetrado por todos los empleados¹²⁴.

En consecuencia de estas revelaciones se adoptaron medidas más incisivas contra la Compañía. Desde diciembre de 1731 hasta abril de 1734 fue cerrada la factoría de Panamá, importantísimo foco de introducciones ilícitas, desde donde se surtía de contrabando a Perú y Chile. Se nombró un oficial español para vigilar las actividades de la Compañía en cada puerto donde tenía agentes, a pesar de que el tratado del Asiento estipulaba que habría solo dos interventores españoles para toda América¹²⁵. Asimismo a partir de 1735 se prohibió la entrada en puertos españoles de navíos que llevaran menos de cincuenta negros por cada diez toneladas, elevándose esta proporción más tarde a cuatro negros por cada cinco toneladas¹²⁶. En general se opusieron obstáculos de todo tipo al disfrute de los privilegios de la Compañía, siendo tal vez los más notorios la resistencia a dar las cédulas para los navíos anuales, y la contumaz resistencia de las autoridades hispanoamericanas a restituir los efectos de la Compañía represaliados en 1718 y 1727.

Sin embargo frente a la multiplicación de contrabandistas particulares,

poco o nada podíase conseguir que no fuese darles ocasionales escaermientos¹²⁷. Bajo este término se pueden considerar las expediciones militares llevadas a cabo contra ciertos focos de introducción y redistribución de contrabando, ocupados ilegalmente por los ingleses. Estas expediciones podían realizarse por orden del gobierno metropolitano, o del virrey, o simplemente por iniciativa propia de algún gobernador. Comúnmente se efectúan expediciones contra los establecimientos ingleses en Honduras y Campeche (1717, 1724, 1733), y claro está que sus objetivos incluían, además de frenar el comercio ilícito, reivindicar los derechos territoriales españoles en esas zonas. Pero la más eficaz, y por tanto la más protestada medida arbitrada por el gobierno español para castigar el comercio ilícito, era el fomento del corso, y la puesta en comisión de los guardacostas americanos. Se expidieron "reiteradas órdenes... para vigorizar los corsos contra Piratas e ilícitos comercios"¹²⁸, y por real orden de 1725 se invitó a los comerciantes de Indias a costear los gastos de armamento y manutención de los guardacostas, mediante una contribución del cuatro por ciento sobre los caudales y frutos extraídos de América¹²⁹. Tanto los corsarios como los guardacostas debían cumplir una misión punitiva, aunque los primeros también buscaban el lucro a costa de los navíos extranjeros apresados¹³⁰.

Los corsarios y guardacostas eran demasiado pocos para cubrir eficazmente todas las costas hispanoamericanas, y por otra parte comprendían y compartían las necesidades y apetencias de la población. El resultado de estas circunstancias fue el ejercicio de cierta selectividad a la hora de hacer una presa. Solían caer sobre los navíos extranjeros no cuando entraban con sus preciados cargamentos de harinas, carne y manufacturas, sino cuando salían ya con sus ganancias, fuesen en numerario y metales preciosos, fuesen productos de la tierra. Se trataba en realidad de una política de castigo, más que de una eficaz restricción del contrabando. Este sistema de apresar los navíos después de vendido su cargamento original cumplía una triple función, pues además de servir de castigo a los contrabandistas extranjeros, aseguraba la obtención de unas pruebas materiales de haber comerciado ilícitamente, y en fin evitaba el agravar todavía más la penuria de los mercados hispanoamericanos.

Los guardacostas y corsarios españoles apresaban una media de cinco a seis navíos al año desde 1713¹³¹. A primera vista estas cifras no parecen alarmantes, sobre todo si se tiene en cuenta que muchos más navíos

fueron perdidos, aún en el siglo dieciocho, por causas naturales¹³². Pero los canoeros españoles cometieron ciertos excesos que acabaron siendo el pretexto de una violenta agitación belicista en Inglaterra. El hecho de que hubiera excesos era normal, dadas las circunstancias, pues la provocación era constante y notoria no sólo por la práctica del comercio ilícito en sí (que ya era grave contravención de tratados en insulto a la soberanía española), sino por la actitud agresiva de sus practicantes, quienes armaban navíos para escoltar y defender su comercio, e incluso recabaron la protección de la armada inglesa¹³³. Además, los comerciantes ingleses clamaban continuamente para que la armada británica efectuase represalias contra la navegación española, y la presión obligó a los comandantes navales de Jamaica a solicitar a menudo autorización para tomar medidas activas contra los corsarios españoles. De hecho el Almirantazgo inglés cursó tales órdenes en 1723, 1728, 1730 y 1736¹³⁴. En fin, cuando los guardacostas y corsarios españoles comprendieron la necesidad de imitar las pequeñas, veloces y maniobreras embarcaciones inglesas, los contrabandistas respondieron a su vez armando sus propios navíos, con la evidente intención de combatir si no podían fugarse tan fácilmente, antes que dejarse prender. Esta situación forzosamente hubo de conducir a enfrentamientos que en ocasiones revistieron caracteres de auténticos combates navales¹³⁵.

Tanto calor encontró su expresión teórica en el conflicto sobre el derecho de navegación en América, que los ingleses consideraban especialmente insoportable la interrupción de su legítimo comercio por los guardacostas españoles, pues tenían el derecho reconocido de navegar entre sus propios dominios. Pero como las posesiones inglesas incluían Jamaica, algunas islas antillanas y las colonias norteamericanas se planteó un grave problema de interpretación de tratados en torno al dominio del mar y derecho de navegación.

Para ir desde Jamaica a las colonias inglesas de la América septentrional había dos posibles caminos: el del Canal del Viento entre Cuba y Santo Domingo, o el del Canal del Golfo. El primero obligaba a los navíos a ceñirse a la costa cubana cerca de Santiago para aprovechar los vientos de tierra, considerados de utilidad para atravesar el estrecho,

y para evitar las aguas de la bahía dominicana de Gonaïres. Aparte del riesgo de pasar tan cerca de Santiago, de donde procedían muchos corsarios, esta ruta ofrecía la desventaja de tener vientos y corrientes marinas desfavorables durante casi todo el año. La segunda ruta también imponía aproximarse a la costa cubana esta vez cerca de La Habana, para evitar una corriente contraria que a menudo fluye del seno mejicano al Caribe, y adolecía del riesgo adicional de frecuentes calmas frente a La Habana. Sin embargo permitía aprovechar los vientos del este desde Jamaica al Cabo San Antonio, y después la corriente del Golfo, bordeando las costas septentrionales de Cuba, hasta salir por el Canal de las Bahamas. Por lo tanto, aunque esta ruta era más larga en distancia, de hecho se recorría a menudo en un tiempo más corto que la otra y era preferida por muchos marineros. Los navíos que llegaban a Jamaica tampoco podían evitar aproximarse a costas españolas, pues los que navegaban desde Inglaterra vía Barbados, Antigua, Barbuda o alguna otra isla antillana, debían pasar al sur de Puerto Rico y Santo Domingo. En cualquier caso era muy fácil que un corsario español apresase un navío inglés por hallarse en latitudes sospechosas, sobre todo teniendo en cuenta las inclemencias imprevisibles del tiempo a que estaba sujeta la navegación a vela en estas aguas, y teniendo en cuenta también que la proximidad de los navíos ingleses a costas españolas no siempre era tan fortuita e inocente como protestaban muchos¹³⁶.

Las dudas legítimas surgidas en torno a este problema fueron puestas en evidencia por el gobernador de Puerto Rico en carta de veinte de junio de 1732, preguntando "si las embarcaciones que no se encuentran comerciando en las costas de las referidas Yslas de Barlovento, y dadas fondo pueden reputar por legítimas Presas, traygan, v no géneros dudosos"¹³⁷. En suma, preguntaba si se podrían apresar navíos extranjeros en alta mar. Tras consulta del Consejo de Indias de doce de enero de 1734 el gobierno español adoptó una postura de la más grave importancia. La real cédula de treinta de mayo de ese mismo año dispuso que en casos de declaraciones contradictorias "se atienda a las que hicieren los corsistas sin despreciar las de los Apresados quando fueren adminiculadas, y que puedan purificarse con careo, u de otros medios, que ofrezca la

práctica criminal"¹³⁸. Se evidencia pues una clara determinación de apoyar a los corsarios, y de colocar sobre los extranjeros toda la responsabilidad de demostrar su inocencia. La misma actitud decidida condujo a la adopción de los criterios generales que debían regir en lo concerniente a navegación extranjera y presas en América. En efecto se mandó que "han de tener por de buena Presa las embarcaciones que se encontraren en la Mar , pero no en actual transgresión", además de las "dadas fondo sobre la costa, o navegando en rumbos sospechosos, sin embargo que hayan sido impedidos de la fuerza del viento, para cautelarse del pretexto que puede facilitar el ilícito comercio"¹³⁹. En definitiva, el gobierno español se arrogaba el derecho de apresar navíos extranjeros en alta mar, con el fin de impedir el contrabando.

Como parece que todavía subsistían ciertas dudas, una nueva consulta de siete de enero y la real cédula de veinte de julio de 1738 insistieron "que todas las veces, que Embarcaciones Extranjeras se hallasen dadas fondo, o navegando en rumbos sospechosos, deben ser aprehendidas," y si además se les encontraban frutos hispanoamericanos a bordo, entonces se debían considerar buena presa, dejándoles libres por el contrario si pudiesen demostrar su inocencia del cargo de comerciar ilícitamente. Al mismo tiempo se mandó a los corsarios no cometer excesos ni interrumpir los navíos que seguían "sus legítimas derrotas"¹⁴⁰.

Pero ¿cuales eran los "rumbos sospechosos" y cuales las "legítimas derrotas"? Eso no lo aclaraban ni las cédulas ni las muchas cartas y consultas intercambiadas entre los ministros españoles. Ni falta que hacía, porque a más de ser muy conocidos¹⁴¹, el punto que defendía el gobierno español era el derecho de visitar y apresar los navíos extranjeros sospechosos de intentar comerciar o haber comerciado en las Indias españolas.

La prohibición a los extranjeros de comerciar con los hispanoamericanos era la clave de todo el conflicto. Patiño y sus colegas querían ante todo acabar con la ruinoso sangría de las riquezas americanas por las potencias rivales. Todas las cédulas, consultadas e instrucciones sobre la navegación en Indias comenzaban con una consideración de esa prohibición, y de ella arrancaban los argumentos españoles en apoyo de sus pretensiones en materia de navegación. Ante las protestas generadas,

el ministerio español recordaba que desde siempre todas las potencias habían reconocido la prohibición de comerciar con los dominios hispano-americanos¹⁴², y que desde 1492 se venían apresando navíos extranjeros e imponiendo severas penas a los prisioneros, sin suscitar quejas formales de las naciones afectadas¹⁴³.

Sentados estos antecedentes y en vista de que ningún tratado internacional estipulaba el modo de hacer efectiva la prohibición de comerciar, se suponía que era lícito emplear los métodos preventivos y punitivos considerados más idóneos por el gobierno español. Sin embargo este argumento suscitó la cuestión de hasta dónde alcanzaba la jurisdicción legal española. En otras palabras surgió el siempre peliagudo problema del dominio del mar.

Los ministros españoles sabían que muchos autores solventes habían mantenido que el mar no era susceptible de dominio, y que aunque había indudablemente una tendencia a reclamar la jurisdicción sobre las aguas que bañaban los propios territorios, no había un claro consenso entre los expertos en derecho internacional acerca del tema¹⁴⁴. Por lo tanto el gobierno español optó por relegar a un segundo plano, tanto los argumentos basados en el derecho común, como los escritos particulares, las bulas de Alejandro VI y los derechos de descubrimiento y conquista, para concentrar todos sus esfuerzos en una favorable interpretación de los tratados internacionales¹⁴⁵.

Ahora bien las demás potencias europeas no reconocieron el dominio español sobre toda América, y en las negociaciones del tratado de Londres de 1604 así como en la tregua de Amberes de 1609 los ingleses y holandeses habían defendido el nuevo principio de que la soberanía debía apoyarse en la efectiva ocupación del territorio. A su vez España había rechazado esta proposición y el conflicto quedó dormido por el silencio de ambas partes hasta 1648. En ese año, por el tratado de Münster, los holandeses obtuvieron el reconocimiento español de sus posesiones americanas, y naturalmente de su derecho a navegar entre ellas. En 1667 y 1670 los ingleses obtuvieron igual reconocimiento de sus usurpaciones. Estos eran pues los tratados en que debía basarse toda la justificación de la postura española. En breve, se arguyó que al necesitar y aceptar Holanda e Inglaterra el reconocimiento español para legitimizar

sus posesiones, de hecho ellos habían admitido implícitamente la autoridad española para hacer semejantes concesiones. Este razonamiento valía igual para los territorios que para el mar, puesto que en esos tratados se concedían tanto las tierras ocupadas como la navegación entre ellas¹⁴⁶. En consecuencia el dominio español sobre América abarcaba territorios y mares, siendo limitado sólo en aquello que hubiera concedido España explícitamente por tratados a otras potencias.

Desde esta perspectiva España podía tranquilamente reconocer el derecho de las otras naciones con colonias americanas a la libre navegación, pero insistiendo siempre en que se trataba de una concesión limitada y no absoluta. Es decir que la navegación extranjera en América se permitía hasta y entre las propias posesiones y no por doquier. Por lo tanto debía seguir siempre el rumbo más directo, ya que desviarse de sus "legítimas derrotas" sin aparente motivo bastaba para incurrir en sospecha de comercio ilícito¹⁴⁷.

El "rumbo sospechoso" era pues el primer criterio adoptado por los españoles a la hora de apresar un navío extranjero, pudiendo bastar por sí solo para condenar al navío aun en el caso de no hallar abordo ningún producto de los dominios españoles. Esto era así porque el ministerio español arguía que si un navío extranjero navegaba fuera de su rumbo autorizado sin poderse justificar, sólo podía significar que tenía intención de comerciar ilícitamente en las colonias hispanoamericanas, pues si no, carecía de sentido común alargar inútilmente el viaje. En apoyo de este argumento el gobierno español tuvo recurso al artículo 8º del tratado de 1670 que prohibía no sólo comerciar, sino ir a comerciar y navegar a los dominios de España, es decir, estar navegando hacia las Indias españolas con la intención de comerciar¹⁴⁸.

Ahora bien la enunciación y puesta en práctica de semejantes pretensiones, después de tantos años de anarquía, sorprendió vivamente a los ingleses. Respondieron que la primera noticia que tuvieron de la idea de rumbos, el derecho español de visita, y la presa de navíos acusados de tener intención de comerciar ilegalmente, fue en 1726¹⁴⁹. Incluso el marqués de la Realía reconoció que la imposición de rumbos era una pretensión novedosa. Citó una consulta del Consejo de Indias de dos de marzo de 1675 para demostrar que entonces no se pensaba en restringir ni con-

trolar la navegación extranjera en alta mar, ni se hacía ninguna mención de rumbos¹⁵⁰. Por eso Regalía consideraba que era una suerte para España poder apoyarse en el artículo 8º del tratado de 1670¹⁵¹.

La reacción inglesa al nuevo giro dado a la política americana de España, tuvo unas consecuencias de enorme importancia histórica. Los ingleses, holandeses y franceses venían disfrutando de hecho de una gran libertad práctica en su navegación por mares americanos, pero la nueva política española los empujó a definir mucho más claramente su propia postura en el conflicto. En consecuencia, el concepto de libre navegación en alta mar entró definitivamente a formar parte del ideario inglés a raíz de las disputas con España a fines de los años treinta.

La naturaleza y procedencia original del cargamento de un navío apresado constituían el segundo criterio aplicado por España en materia de presas. Si se encontraban a bordo productos de un tipo o calidad que sólo podían proceder de los dominios hispanoamericanos, se debían considerar "vehemente indicio" de haberse dedicado el barco al comercio ilícito, y por tanto motivo suficiente para la confiscación¹⁵².

En torno a este criterio surgieron matizaciones al concepto de contrabando, y la doctrina del viaje continuo. El contrabando vino a ser todo producto que era objeto del comercio ilícito, lo cual significaba en teoría cualquier mercancía que se pretendía introducir en o extraer de las Indias españolas, en donde era prohibido el comercio extranjero¹⁵³. En la práctica se solía preferir esperar a que el navío hubiese cargado los productos cuya procedencia hispanoamericana resultaba indiscutible - plata, palo de Campeche, cacao - y apresarlo en su viaje de regreso. Así se obtenía, además de la prueba de rumbo sospechoso, una prueba material de haber practicado el comercio ilícito.

Los ingleses se quejaban de este procedimiento no sólo porque suponía el ejercicio del derecho de visita español en los navíos extranjeros, sino porque existían cauces perfectamente legales por donde ellos podían adquirir esos productos marcados como contrabando por los españoles. En primer lugar podían haber sido extraídos por la Compañía del Asiento en pago de los negros o las mercancías del navío de permiso, y posteriormente vendidos en las colonias inglesas¹⁵⁴. En segundo lugar se producía un poco de cacao en Jamaica y otras colonias angloamericanas, así como palo en las Bahamas y Jamaica. La cantidad de cacao pro

ducido por los ingleses en verdad era mínima, y el palo suyo era de una calidad muy inferior a la del de Campeche y Honduras. No obstante, bastaban para abusos por parte inglesa.

Otra queja era que las autoridades españolas condenaban todo el cargamento, incluso géneros de procedencia no-española, así como el navío, por encontrar un poco de "contrabando" a bordo. Ya en 1732 Patiño mandó no abusar de los criterios españoles, aunque teniendo cuidado de asentar firmemente los principios básicos; pero lo que pretendían los ingleses era que no se confiscase más que el contrabando, cuando se descubría, dejando libres el navío y el resto del cargamento. El marqués de la Regalía recordó un caso de 1675 que parecía justificar la pretensión inglesa, y confirmar la novedad de la postura española del siglo XVIII, pues se mandó restituir todo el valor de una presa inglesa "menos lo que hubiese montado el Palo de Campeche, por no ser género que podía comerciarse sin licencia de S.M. por lo qual se declaraba, y daba por perdido"¹⁵⁵.

Desde el punto de vista inglés, las ulteriores implicaciones de los criterios aplicados por España en materia de presas eran gravísimas. El criterio de "rumbo sospechoso" era novedoso y excesivamente vago - y de hecho el gobierno español pretendía que fuese lo más amplio posible -, pero junto con el de contrabando podía rendir todo el comercio angloamericano vulnerable a la fiscalización española. Para los españoles la prueba definitiva del delito residía en la procedencia original hispanoamericana del producto, de modo que aun en el caso de haberse vendido varias veces y reexportado desde una colonia inglesa, todavía se justificaba la presa. En realidad este punto no resultaba tan claro, pues no se puede saber hasta dónde lo habría defendido el gobierno español en caso de llegar a un acuerdo sobre rumbos¹⁵⁶. Empero en Inglaterra no faltaban los histéricos y los demagogos que acusaban a los guardacostas españoles de interrumpir la navegación de navíos ingleses entre sus propias colonias e incluso de entrar en los puertos jamaicanos para apresar navíos¹⁵⁷. Este fue un punto tan repugnante a los comerciantes angloamericanos y tan hábilmente explotado por la Oposición política que dio lugar a su grito de guerra: "No a la visita en alta mar."

Acerca del ejercicio del derecho de visita el ministerio español sostenía que los guardacostas podían visitar todos los navíos extranjeros sin excepción. Esto significaba que se pretendía controlar la na-

vegación americana no ya sólo cerca de los dominios españoles sino en alta mar e incluso en los rumbos permitidos a los extranjeros; bien es verdad que la finalidad de la visita en este último caso se reducirá a comprobar la legitimidad del rumbo del navío en sus papeles¹⁵⁸. No obstante, los ingleses tenían que si se admitía el derecho español de visita en alta mar y en rumbos permitidos, los guardacostas podían pasar del examen de papeles a la bodega en busca de contrabando, y corriendo el tiempo, el gobierno español podía adoptar pública y definitivamente el criterio de que el hallazgo de frutos hispanoamericanos justificaba la presa aunque se tomase en rumbo permitido.

Aparte de las protestas a causa de las presas en sí, también se quejaban los comerciantes de los procedimientos legales españoles. Una acusación común era que los propios gobernadores tenían un interés pecuniario en las presas y por tanto se dejaban convencer fácilmente del delito¹⁵⁹. El capitán Way del Leal Carlos declaró que no se le permitió salir del navío, ni se le tradujeron las acusaciones al inglés, ni pudo nombrar personalmente un intérprete para verificar su propia declaración¹⁶⁰. Asimismo se acusó a los españoles de colocar dinero o productos de contrabando en los navíos apresados cuando faltaban otras pruebas de delito, y de emplear métodos antirreglamentarios para obtener declaraciones de los tripulantes en contradicción con la del capitán¹⁶¹.

Después si un navío era condenado como buena presa las apelaciones resultaban extremadamente arriesgadas, porque su curso era lento, costoso y de incierto desenlace.

Pero el colmo de las injusticias llegaba, según los comerciantes, cuando se había conseguido con mucho esfuerzo y paciencia una cédula para la restitución de una presa condenada incorrectamente, si el oficial americano se negaba a cumplirla. Así, encima de los gastos de la apelación y de un dispendioso viaje al puerto donde se condenó el navío, una vez allí, el gobernador podía dudar (sinceramente o no) de la cédula y demorar toda acción hasta recibir nuevas órdenes desde España¹⁶². Incluso con la buena voluntad del gobernador resultaba difícilísimo recuperar todo el valor del navío con su cargamento, porque después de tanto tiempo el producto de su venta había sido repartido y gastado. Las fianzas que debían ser depositadas por los corsarios, de acuerdo

con la Declaración de ocho de febrero de 1732, a menudo no existían o eran insuficientes, y era necesario entonces pleitear individualmente contra los armadores y tripulación del corsario¹⁶³. El caso del Ana Galera condenado en Cuba en 1730 fue muy protestado por los comerciantes ingleses, pues decían que valía más de sesenta mil pesos pero no se pudieron recuperar sino dos mil pesos y dos negros¹⁶⁴. También hay que tener en cuenta que los cargamentos de productos americanos rumbo a Europa no solían obtener buenos precios en los puertos españoles, donde se subastaban al mejor postor, sobre todo si la legitimidad de la presa era dudosa. Por eso muchas veces el valor del cargamento se veía seriamente disminuido al ser vendido, pero los dueños originales, en caso de obtener una orden de restitución, no podían aspirar a recuperar más de lo que había producido su venta¹⁶⁵.

Sin duda alguna estos roces se producían con bastante frecuencia. Era notorio el desdén que manifestaban los contrabandistas ingleses hacia las autoridades españolas. La provocación era constante, y la absoluta certidumbre de que se les escapaban la vasta mayoría de los comerciantes ilícitos coadyuvaba a que en ocasiones cometiesen excesos. los corsarios, guardacostas y oficiales hispanoamericanos. Ahora bien, preciso es decir que los comerciantes ingleses exageraban lo suyo, e incluso llegaban a quejarse sin ninguna razón, como reconoció el propio ministerio inglés¹⁶⁶. El embajador Keene confesó asimismo a un colega suyo que se ruborizaba al tener que entregar al gobierno español algunos oficios de protesta basados en testimonios a todas luces insostenibles¹⁶⁷.

En fin, las relaciones diplomáticas angloespañolas sufrían una tensión creciente a causa de los conflictos comerciales y de navegación en América. Para los ingleses estos conflictos se convertirían en el pretexto fundamental para declarar la guerra contra España, y entre los españoles había una clara conciencia de la suprema importancia de estos conflictos no sólo para las relaciones angloespañolas, sino también para a las demás potencias coloniales de Europa, especialmente Francia y Holanda¹⁶⁸.

III.- COMERCIO Y NAVEGACION EN AMERICA: PROBLEMA DIPLOMATICO.

39

Las quejas inglesas contra España, tanto de la Compañía como de comerciantes particulares, se venían produciendo desde tiempo atrás, pero es a partir del otoño de 1737 cuando se ven impulsadas por una iracunda campaña propagandística antiespañola. En octubre el embajador español en Londres, Tomás Geraldino¹⁶⁹, avisa que corren rumores sobre el apresamiento por un navío de guerra español de tres navíos mercantes ingleses que navegaban desde Jamaica a Inglaterra por el canal de las Bahamas. Se maltrató a toda la tripulación pero no se hallaron pruebas de contrabando¹⁷⁰. Esta chispa provoca, en el comercio americano, una reacción general, y se empieza a preparar un memorial de protesta para presentar ante el Parlamento, así como una petición al rey para que proteja la navegación y el comercio de los ingleses¹⁷¹. Pocos días después, veinticuatro comerciantes representantes exponen ante Jorge II sus quejas sobre la interrupción de la legítima navegación inglesa por las "depredaciones" españolas y piden que no se permitan más detenciones de navíos ingleses en alta mar bajo el pretexto que sea¹⁷².

Otra extraordinaria y repetida manifestación de indignación colectiva no surge evidentemente de la nada. Motivos de rencor contra los españoles no les faltan a los comerciantes ingleses, pero hasta cierto punto se los han buscado ellos, y no son tampoco ninguna novedad. Conciencia de todo esto tienen algunos autores ingleses, partidarios de la línea pacifista del gobierno, quienes se mofan de las supuestas crueldades españolas diciendo que las inglesas no serán menos espeluznantes¹⁷³. Sin embargo la clave para comprender por qué cobran súbitamente tanto relieve político las presas en América son las circunstancias de la política interna de Inglaterra. El primer ministro Robert Walpole y sus partidarios whigs llevan ya unos veinte años en el poder, y lógicamente los políticos de la Oposición están cansados de esperar el relevo. Todos ellos anhelan un cambio, y en el transcurso de los próximos meses se verá claramente que ese cambio lo quieren a cualquier precio.

Las disputas sobre derecho de navegación y presas en América servirán como excelente punto de arranque de una campaña antiespañola

concebida para excitar la opinión pública y precipitar la guerra que derribará a Walpole. La disputa alcanzará niveles insospechados de exaltado chauvinismo involucrando el honor y los derechos nacionales, y originando un verdadero aluvión de panfletos de tono belicista, que a su vez provocaron réplicas en defensa de la política gubernamental¹⁷⁴. El embajador español comprende la situación desde el primer momento, y advierte que "la extraordinaria fermentación" de los comerciantes ingleses está siendo fomentada por la Oposición política¹⁷⁵.

La reacción del gobierno inglés, como es natural, tiende a disminuir la importancia de la agitación y a rechazar sus pretensiones. El duque de Newcastle, secretario de Estado para el departamento del sur, explica a Geraldino que no se trata de quejas contra los navíos de Felipe V sino contra los abusos de los corsarios¹⁷⁶, y señala que se han desestimado las reclamaciones de los comerciantes por falta de pruebas, obligándoles a escribir a los puertos americanos en petición de declaraciones fehacientes en apoyo de sus quejas¹⁷⁷.

Geraldino deduce que el gobierno inglés desea acallar las protestas, y sugiere que se restituya alguna presa pequeña para apoyar la postura gubernamental ante el Parlamento¹⁷⁸. La sugerencia pone en evidencia el deseo del embajador de mantener las buenas relaciones con Inglaterra - y tal vez traduce una insinuación del propio ministro inglés -, pero semejante concesión no sería nada aconsejable desde el punto de vista español. No se puede interferir arbitrariamente con el proceso legal normal de los tribunales de presas de Indias, porque su exclusiva competencia en estos pleitos constituye uno de los más eficaces mecanismos dilatorios y defensivos del imperio de que dispone el Estado español. Así es que mientras va cobrando ímpetu la ola de indignación popular en Inglaterra, el gobierno español mantiene una postura ecuánime e incluso conciliadora. El diecinueve de octubre de 1737 el secretario de Estado, Sebastián de la Quadra¹⁷⁹, dirige un relevante oficio al embajador inglés en Madrid, Benjamín Keene, en contestación a sus oficios de protesta contra las presas¹⁸⁰. Enumera las presas de que tiene conocimiento, explicando los pasos dados en cada caso y su situación actual. Comunica haberse multado al gobernador de Puerto Rico por su negligencia respecto de la presa Saint James, y se

compromete a expedir nuevas órdenes a América, con copias para Londres, prohibiendo excesos y descuidos en las actividades de los guardacostas. A cambio de estas pruebas de buena fe el gobierno inglés deberá prohibir terminantemente la protección del comercio ilícito por navíos de guerra ingleses¹⁸¹. Sin duda la postura española es razonable, pues se reducen estas proposiciones a la renovación de la Declaración de ocho de febrero de 1732. Ahora bien, la importancia de dicha Declaración estriba en que promete frenar los abusos de los guardacostas y corsarios españoles, pero implica que Inglaterra admite, en principio, el derecho español de tomar presas en defensa del monopolio comercial hispanoamericano.

A mediados de noviembre el duque de Newcastle manda a Keene protestar enérgicamente contra las presas, exigiendo su restitución de acuerdo con el tratado angloespañol de 1667¹⁸². Asimismo el Consejo Privado del rey recomienda el incremento de la escuadra angloamericana para la protección del comercio inglés¹⁸³. Son los primeros indicios de una división interna del gobierno inglés, con una separación progresiva entre Newcastle y Walpole.

El día diez de diciembre de 1737 el embajador inglés presenta el enérgico oficio de protesta contra las presas, de acuerdo con sus últimas instrucciones del Duque. Acusa a los españoles de haber renovado sus "violencias, depredaciones, durezas y crueldades" hacia los súbditos británicos, y lamenta que no se haya obtenido ninguna restitución a pesar de las promesas y reales órdenes al efecto, insinuando al mismo tiempo que los oficiales hispanoamericanos no obedecen a su rey. Declara que los ingleses tienen un derecho incontestable a la libre navegación en los mares americanos, por lo que los guardacostas obran ilegalmente al detener y visitar sus navíos en alta mar, según el artículo 14º del tratado de 1667. Por tanto pide indemnización por todas las pérdidas habidas, el castigo ejemplar de los culpables, y el despacho a América de precisas órdenes preventivas de semejantes abusos en el futuro. Termina con una clara amenaza de tomar la justicia por propia mano si no se ven atendidas estas peticiones¹⁸⁴.

Destaca por sorprendente la apelación en este oficio al tratado de 1667. Han sido los comerciantes ingleses quienes han basado sus quejas y reivindicaciones en este tratado, y el duque de Newcastle se ha hecho eco de sus argumentos sin detenerse a estudiar sus fundamentos y significado. Las instrucciones enviadas por el Duque sobre la protesta a hacer embarasan seriamente a Keene, que sí comprende el error de este planteamiento del problema, aunque no tiene más remedio que cumplir sus instrucciones¹⁸⁵. El tratado de 1667 se refería únicamente a Europa, con la excepción del artículo 8º que menciona América. Pero a los comerciantes ingleses les interesa ahora que se aplique en América el método de visita de navíos acordado entonces, porque sólo se permite el examen de los papeles del navío, sin utilizar la fuerza si comprobar la carga. Otra ventaja del tratado de 1667 es que sólo prohíbe navegar y comerciar en los puertos y costas españoles, pudiendo entenderse que el tráfico en alta mar queda exento del control español¹⁸⁶. Además en el tratado de 1667 el término "contrabando" se refiere solamente a ciertas mercancías enumeradas cuyo comercio entre una potencia neutral y otra enemiga se prohibía durante una guerra, mientras que en Indias ahora se emplea para el comercio ilícito en general, o sea cualquier trato extranjero con los dominios hispanoamericanos. El interés para los comerciantes ingleses de la definición restringida de contrabando resulta fácil de comprender. Por otra parte el tratado de 1667 estipula que cuando se descubra contrabando en un navío inglés, serán confiscadas solamente las mercancías prohibidas, dejando intactas las otras y libre el navío¹⁸⁷. Rigiendo estas normas en América, sería prácticamente imposible para los guardacoostas no ya impedir sino siquiera dificultar o castigar severamente el comercio ilícito con las Indias españolas, e incluso las veces que por descuido o mala suerte de los ingleses se detectase el contrabando, sólo se exponían los comerciantes a perder esa mercancía.

Sin embargo este planteamiento del conflicto permitirá al gobierno español no sólo esquivar durante algún tiempo la discusión del verdadero fondo de la cuestión, sino al fin lograr un importante triunfo diplomático demostrando que el tratado de 1667 no tiene nada que ver con América, careciendo por tanto de fundamento las quejas y exigencias :

de los comerciantes ingleses.

Ahora bien, mediante el oficio de Keene de diez de diciembre Newcastle acaba de ofrecer al gobierno español otro camino de defensa. Tanto el tratado de 1667 como el de 1670 prohíben el comercio entre ingleses e hispanoamericanos, pero ninguno de ellos establece inequívocamente ni el derecho ni el método de visita de navíos extranjeros en los mares americanos. Sin embargo al querer los ingleses aplicar esa cláusula del tratado de 1667 a la navegación americana, significa el reconocimiento inglés en principio del derecho de visita español en Indias como en Europa, bien que es verdad que se trata de un derecho limitado y de difícil aprovechamiento en las circunstancias reinantes¹⁸⁸.

La primera reacción española al oficio de Keene es aparentemente conciliadora. El dieciocho de diciembre el marqués de Torrenueva, secretario de Maria e Indias desde la muerte de Patiño, cursa órdenes a los gobernadores Quiemes en La Habana y Matías de Abadía en Puerto Rico de atenerse a la Declaración de Sevilla de ocho de febrero de 1732, reiterando así la voluntad española de cortar los abusos cometidos por los guardacostas y corsarios¹⁸⁹. Asimismo se cursan órdenes para que las autoridades hispanoamericanas remitan con toda urgencia los autos que haya sobre presas¹⁹⁰.

No obstante, tarda Quadra dos meses largos en dar la respuesta oficial, después de amplias consultas internas, el veintiuno de febrero de 1738. El tono de esta carta resulta suave pues no contiene expresiones violentas ni amenazadoras, pero la sustancia de los razonamientos defendidos con firmeza por Quadra no podrá dejar de inquietar a los ingleses. En primer lugar se pasa muy cautelosamente por encima de la cuestión de restituciones e incumplimiento por los oficiales hispanoamericanos de las órdenes reales, pidiendo una enumeración exacta y detallada de los casos afectados, para poder repetir las órdenes e incluso castigar las faltas si fuese procedente. Pero a continuación deshace los argumentos ingleses sobre libre navegación y comercio en mares americanos afirmando, con toda la razón, "que el tratado citado de 1667 no es comprehensivo en ninguno de sus capítulos a excepción del 8º, de cláusula adaptable a navegación y comercio de Indias"¹⁹¹. No contento con el efecto de esta afirmación desnuda, remacha su triun-

fo explicando artículo por artículo cómo se refieren explícitamente sólo al comercio acostumbrado y permitido hasta la fecha, excluyendo por lo tanto cualquier comercio con las Indias españolas. Luego para asegurar el éxito total del golpe, recuerda que el citado artículo 8º prohíbe expresamente "navegar y comerciar en todos los Puertos, Lugares, y Plazas"¹⁹², poseídos por España en América. Además, esta misma prohibición se repite en el artículo 8º del tratado de 1670, por lo que se considera "desbancada" la pretensión inglesa.

Pero todavía hay más. Después de rechazar de este modo las protestas inglesas, enuncia claramente las nuevas directrices de la política americana en España, declarando que a los ingleses "sólo se les puede considerar permitida la navegación siguiendo las derrotas a sus Islas y Plantaciones, quedando sujetos a la confiscación si se verificaren las han variado sin necesidad para acercarse a las costas españolas"¹⁹³. En otras palabras defiende definitivamente el derecho español a impedir la navegación extranjera en cualquier punto de los mares americanos que los oficiales españoles consideren fuera de los rumbos derechos y permitidos. Se trata de una pretensión de inmenso alcance, y si antes su puesta en práctica suscitó indignadas quejas, ahora su enunciación teórica oficial va a provocar auténtico pánico entre los ingleses¹⁹⁴.

La conclusión del oficio de Quadra vuelve al pacifismo inicial, repitiendo que se han expedido órdenes para reparar los daños que se evidencian haberse causado; y aunque dice también que Felipe V no puede dejar de proteger a sus súbditos, es con una suavidad tal que no se hace eco en absoluto del tono amenazador del final del oficio de Keene. Con todo es una misiva conciliadora, sin ser arbitrariamente concesiva, respecto de las quejas concretas y en su tono general, pero al mismo tiempo manifiesta una nueva lucidez y determinación respecto de los principios básicos.

Desde el mes de noviembre de 1737 en que se mandó a Keene pasar su oficio de protesta, la impaciencia y agitación de los comerciantes ingleses, recordados por la Oposición política, han ido en aumento. Geraldino avisa cada semana que siguen las quejas y acusaciones, llegando el propio Walpole a deplorar la tardanza española en contestar¹⁹⁵.

Además, precisamente durante este compás de espera llegan a Londres ⁴⁵ noticias sobre treinta y un prisioneros ingleses, tripulantes del *Leal Carlos*, enviados desde la Habana a la cárcel de Cádiz. Aparte de protestar por la presa del navío, se encuentra motivo de queja en el tratamiento de que dicen ser objeto estos presos, porque se les hizo trabajar en el navío de guerra español (el *Fuerte*) que les llevó a Cádiz sin pagarles el debido sueldo, lo cual va contra las normas establecidas¹⁹⁶. En seguida se aprecia el potencial interés humano latente en la situación de estos marineros, y comienzan a oírse gritos populares contra los malos tratos supuestamente padecidos por ellos en la Carraca. Todo el mundo se deja conmover por la suerte de los presos, quienes escriben estar "con el Grillete al Pie entre los Ladrones y facinerosos, y sin otro alimento que Biscocho y Bacalao podrido, y otros días havas de mala calidad"¹⁹⁷.

Geraldino, hallándose sin más elementos de juicio, defiende la causa diciendo que si son ciertas las noticias de los presos, resulta extraño que no haya escrito más sobre ellos el consul inglés en Cádiz a quien avisó el día seis de febrero de la llegada del *Fuerte* con los ingleses a bordo. E igualmente extraño resulta que Keene no haya mencionado siquiera el asunto en sus cartas más recientes¹⁹⁸. Pese a estas sensatas observaciones el clamor aumenta, y se leen ante el Parlamento algunas cartas escritas por los prisioneros cuya situación, advierte Geraldino, "há hecho mas impresion en estos Naturales que las Prezas."¹⁹⁹ En fin, cuando se sabe el día cuatro de abril que Felipe V ha mandado liberar a los marineros ingleses, la noticia corre al instante por toda la ciudad de Londres, pero en vez de quedar satisfechos y tranquilizados, los agitadores pasan casi sin respirar a protestar contra los preparativos bélicos españoles en la Habana²⁰⁰.

Los rumores sobre armamentos hispanoamericanos también han ido creciendo desde febrero, y cuando por fin llega a Londres la ansiada respuesta de Quadra, Newcastle, trastornado por la crítica general, se ha alejado totalmente de la postura contemporizadora de Walpole. Por debilidad y cobardía ante la crítica, y por ambición personal de mantenerse en el poder, Newcastle abraza ahora la causa "popular" con toda la convicción y agresividad de que es capaz su intrigante personalidad.²⁰¹

En cuanto ve a Geraldino le dice que la respuesta española es muy poco satisfactoria, y hace un último esfuerzo por salvar todavía los argumentos basados en el tratado de 1667 tan contundentemente destruidos por Quadra; bien que muda de táctica rápidamente ante la aplastante lógica de las respuestas del embajador.²⁰² No cabe duda que los ministros ingleses han compren-

dido todo el significado de la carta de Quadra pues el propio Walpole advierte - exagerando un poco - que según esta interpretación española de los tratados "no podía ningún Navio Inglés navegar en aquellos mares"²⁰³.

Empero esta reacción poco favorable a las noticias de Madrid no prepara a Geraldino para la desagradable sorpresa a punto de ser revelada. En la mañana del oatorce de marzo Newcastle comunica al embajador que el rey inglés se ha visto obligado a ofrecer patentes de represalias a los comerciantes interesados en navíos apresados indebidamente por los guardacostas españoles, con el fin de "acallar sus clamores".²⁰⁴ Los comerciantes rechazan dichas patentes por la condición impuesta de depositar una fianza de cuarenta mil libras cada uno, y también porque en el fondo quieren que el gobierno se responsabilice de sus intereses.

Este paso dado por el gobierno inglés reviste una gravedad extrema. En efecto, las patentes de represalia representan una especie de guerra particular prevista para que un individuo pueda indemnizarse por pérdidas injustamente causadas por los súbditos de otra nación. Deben preceder su expedición todos los posibles recursos legales y finalmente instancias en nombre del soberano, hasta quedar comprobado que no se va a obtener satisfacción por esas vías pacíficas. Solo entonces se puede dar una patente de represalia, que permite atacar y apresar navíos de la nación contraria, en tiempos de paz, hasta resarcirse de las pérdidas, sin que por ello necesariamente entren en guerra las dos naciones. El procedimiento fue común en otros tiempos e incluso sus condiciones de uso se definen en los tratados angloespañoles de 1630 y 1667, pero en el siglo dieciocho la costumbre ha ido desapareciendo, porque la diplomacia va asumiendo cada vez más responsabilidad en el terreno de las relaciones privadas internacionales, y ya no va siendo posible ni deseable para el Estado desentenderse de los intereses particulares.²⁰⁵

En esta ocasión el belicismo de Newcastle aflora abruptamente. No sólo intenta resucitar una peligrosa costumbre moribunda, en medio de serias negociaciones para resolver el conflicto, sino que ha variado una de las condiciones básicas de las antiguas patentes de represalia. Efectivamente, una condición para su concesión siempre fue el tener una queja justificada que las autoridades españolas se hubiesen negado a satisfacer. Ahora Newcastle las ofrece a todos los interesados en presas, independientemente de su situación en los tribunales españoles.²⁰⁶

El hecho de ser despreciadas las patentes de represalias por los comerciantes ingleses acaso ayuda a comprender la aparente ecuanimidad con que el ministerio español acoge esta noticia. Sea sincero o no su pacifismo, lo

cierto es que la respuesta española es un modelo de moderación, cuyo mensaje más se aproxima a un reproche que a una condena, respondiendo más a la razón que al sentimiento. No será desde luego la retórica española que precipite la guerra, al menos por ahora.

Quadra manifiesta una reacción de sorpresa, de admiración. Cita textualmente los artículos 3º del tratado de 1667 y 14º del de 1670, en los cuales se establecen las normas para el uso de este tipo de represalias; de lo cual concluye que no procede de ninguna manera ofrecer las patentes porque no se han negado las autoridades españolas a oír y hacer justicia a los agraviados ingleses. Pero aun en el supuesto de considerar negada o innecesariamente dilatada la justicia, es preciso esperar seis meses para que surta efecto la petición hecha por Keene en diez de diciembre de 1737, en nombre de Jorge II, a favor de los interesados en presas. Puesto que ya se ha contestado a ese oficio y el asunto está en vías de solución, sin que se haya tenido noticias posteriores de incumplimiento de las órdenes de restitución, no cabe legalmente aún el recurso a las represalias. Además, señala Quadra, se han mandado nuevas órdenes a Indias para que se remitan con toda prontitud los documentos justificativos de presas, y se acaba de recibir (en obediencia a las primeras órdenes) una remisión de autos sobre presas recientes. Por lo tanto la oferta de patentes de represalia constituye una clara infracción de los tratados internacionales, aunque insinúa Quadra que ha podido ser por error o desconocimiento de la materia (evidentemente un intento no muy sutil de sugerirles a los ingleses una posible disculpa), y termina pidiendo una positiva respuesta sobre si se piensa o no conceder las patentes de hecho²⁰⁷.

Al embajador Keene se entrega otro oficio de igual tono moderado, bien que siempre partiendo de la base de la limitación del derecho inglés a navegar en aguas americanas. Señala como prueba de buena fe el depósito en cajas reales del valor de las últimas presas - en vez de repartirlo entre los españoles interesados -, en espera del resultado de la apelación al Consejo de Indias.²⁰⁸

La verdad es que no se puede concebir una reacción más templada de parte del gobierno español. Casi ope hablar de indiferencia, y es precisamente esto lo que se manda a Geraldino. En el caso de no retirarse la oferta de las patentes, el embajador deberá adoptar una actitud indiferente "sin mudar de conducta ny hazer la menor sentida demonstración", hasta recibir nuevas instrucciones. Unicamente deberá enseñar una copia de la respuesta de Quadra

a Paltene²⁰⁹y y a otros diputados destacados de ambos partidos para que no se tergiverse la postura española²¹⁰.

Entretanto las actividades bélicas inglesas no se reducen a la oferta de las patentes de represalia. A fines de febrero han zarpado cinco navíos para reforzar la escuadra basada en Jamaica²¹¹, y hacia finales de marzo el ministerio inglés decide armar diez navíos de guerra más²¹². A mediados de abril se aprueba la leva de diez mil marineros, y se anuncia que los diez navíos se destinarán al Mediterráneo, para prevenir contra un rumoreado asalto español desde Barcelona al Puerto Mahón²¹³.

Tanto las patentes de represalia como los armamentos ingleses reflejan y responden a una situación crítica de la política interna de Inglaterra. A mediados de marzo los representantes del comercio de Londres y Bristol exponen sus quejas ante el Parlamento, y piden que se examine en la Cámara toda la correspondencia habida entre Keene y el gobierno español sobre presas desde junio de 1737. De esto les logra disuadir Walpole por el momento, pero aun así se señala el día veintisiete de marzo para que se estudien detenidamente en el Parlamento todas las quejas de los comerciantes²¹⁴.

Poco después la Oposición política, ahora ya plenamente identificada con la agitación de los comerciantes particulares, vuelve a la carga y consigue que el Parlamento resuelva examinar toda la correspondencia de Keene desde 1734. Los pocos conocidos lazos entre el gobierno de Walpole y los directores de la Compañía del Mar del Sur parecen vislumbrarse en el fondo de esta maniobra, a causa del antagonismo existente entre el comercio privado y la Compañía. Según Geraldino se pretende descubrir en esa correspondencia que "las mal fundadas pretensiones de la Compañía con la poca atención que el Ministerio ha dado a contenerlas han causa las vejaciones que los Navíos de esta Nación han experimentado en su navegación"²¹⁵.

El clamor va creciendo de día en día "a influxo de los que finxiendo celo por el bien público tienen por objeto embarazar al Ministerio"²¹⁶, y Walpole naturalmente empieza a acusar las crecientes tensiones internas, mostrándose más inseguro en el control de los acontecimientos. En abril se comienza a hablar abiertamente en Londres de la posibilidad de una guerra entre Inglaterra y España²¹⁷. A principios de abril, tras varios retrasos, se abre el debate público sobre presas en América, y Pulteney, destacado miembro de la Oposición, ataca duramente a Walpole acusándole de mantener la paz para asegurar su propia continuidad en el poder, mientras que el bien de la nación exige la guerra²¹⁸. Pulteney defiende ante la Cámara baja el

principio de la libertad de navegación, negando el derecho de visita (español) excepto dentro de los puertos españoles. ⁴⁹

Estos son pues los términos del dilema. Para la Oposición una guerra contra España ahora podría llevarles al poder, tanto tiempo detentado por Walpole. A su vez el primer ministro habla de prudencia, aconsejando agotar todas las posibilidades de la negociación antes de abrazar las incertidumbres de una guerra. El pacifismo de Walpole se basa en sólidas razones. Todavía no se ha desvanecido por completo el fantasma de la dinastía Estuardo, que goza de simpatías dentro y fuera de Inglaterra. Una guerra contra España bien podría incendiar una guerra civil. Asimismo podría favorecer la unión de España y Francia, para enfrentarse definitivamente con Inglaterra. Pero tenga el carácter que tenga, la guerra para Walpole sería ruinoso, porque traería sólo miseria y más impuestos, y destrozaría el comercio marítimo de donde mana el poder y la riqueza de la nación. En otro plano más ideológico, a Walpole le preocupa que los ingleses no tengan una verdadera causa justa por la cual batirse, pues él cree firmemente que los tratados internacionales apoyan el derecho de vista español ²¹⁹. Así es que Walpole procura suavizar la terminología de las resoluciones votadas en el Parlamento, pero no puede evitar que se ofrezca "sostener a este Monarca en las medidas que tuviere por necesario tomar", es decir, con los créditos necesarios para emprender preparativos bélicos ²²⁰.

Entretanto en Madrid los oficios de Keene pidiendo satisfacción por las presas denunciadas se suceden con regularidad ²²¹, y en oficio de siete de abril entrega la contestación inglesa al comunicado español de veintiuno de febrero, en los términos de protesta ya expresados a Geraldino por el ministerio inglés ²²².

Quadra se mantiene firme en su dictamen explicando que no se trata de impedir a los ingleses su navegación legítima entre sus propios dominios, ni permitir que se declaren por buenas presas las que no lo son. Pero insiste en la validez de los criterios elegidos para enjuiciar estos casos, a saber, "haber comerciado en las costas y Dominios de S.M." y "seguido voluntariamente rumbo sospechoso". No obstante, Quadra instruye a Geraldino que no debe suscitar esta disputa en Londres, sino limitarse a contestar en estos términos si hablan de ello los ministros ingleses ²²³. Es lo prudente, pues una vez expuesto el punto de vista español, insistir gratuitamente en ello no traería ningún beneficio más, y por el contrario podría precipitar una violenta reacción inoportunable.

Esto mismo incluso parece pensar Walpole, pues Geraldino avisa que el

primer ministro inglés preferiría no recibir una respuesta al oficio de Keene de abril, hasta después de la disolución del Parlamento. Sin duda prevé y teme la insistencia española en restringir la navegación inglesa en Indias, y piensa en ocultarlo a los diputados²²⁴.

El cuidado de Walpole es justificado, pues hasta Geraldino advierte que no se podrá evitar la guerra si no se llega a algún compromiso sobre las presas. Refiere cómo manobra Carteret²²⁵ para que se oigan las quejas de los comerciantes en la Cámara de los Lores, para poder pedir cuentas con más eficacia al gobierno, y mantener en ebullición la agitación general²²⁶.

El duque de Newcastle tampoco está de humor para apoyar la política de contención llevada por Walpole. Hacia finales de abril manda a Keene comunicar al gobierno español un oficio de violenta protesta y amenaza relativo a presas y navegación en América, sin esperar la respuesta al oficio anterior²²⁷.

También por estas fechas se sabe que Holanda se adhiere a la interpretación inglesa de los tratados de 1667 y 1670 en punto a la libre navegación en mares americanos²²⁸.

Así es que el primaveral mes de mayo entra bajo sombríos augurios de guerra. Geraldino comunica en oficio de día uno la reacción española ante la oferta de patentes de represalias. En contestación Walpole explica que ellos distinguen entre las presas más antiguas y las recientes, por lo que entienden que en el caso de las primeras se han producido las condiciones estipuladas por los tratados para justificar la expedición de cartas de represalia. Sin embargo no insiste más en esta justificación ante la acertada puntualización de Geraldino de que no se ha dado el caso de negar justicia a los ingleses en ninguna instancia²²⁹. Al fin esta cuestión queda resuelta favorablemente para España cuando el nueve de mayo responde Newcastle formalmente al oficio de Geraldino, aviniéndose a suspender la oferta de patentes de represalias, aunque mantiene todavía que el rey británico tiene todo el derecho de ofrecerlas en las circunstancias imperantes²³⁰. En realidad no conoce mucho teniendo en cuenta la gélida acogida de que fueron objeto dichas patentes entre los comerciantes ingleses, y lo único que ha demostrado Newcastle con esta manobra es que el conflicto no podrá tener una solución a nivel particular, sino que ha de ser resuelto a nivel de Estados. También ha demostrado este trance de las patentes que el gobierno español no va a dejarse impresionar por las amenazas inglesas.

A principios de mayo Walpole sugiere que se podrían prevenir los posibles

51
conflictos futuros sobre presas y navegación, mediante un acuerdo negociado por plenipotenciarios que explicase el exacto sentido de los tratados. Intenta persuadir que tal aclaración sería muy conveniente para afianzar la amistad entre las dos naciones. Está claro que el primer ministro se encuentra entre la espada y la pared, e intenta evitar la ruptura pero al mismo tiempo inducir al ministerio español a contemplar la posibilidad de un nuevo tratado que, al "aclarar" el significado de los viejos tratados, lograra alguna concesión al punto de vista inglés. Geraldino cala perfectamente la intención de Walpole, y su único comentario sobre la sugerencia es una rotunda negativa de que los tratados existentes sean ambiguos, y de que pueda dárseles una interpretación distinta de la española²³¹.

A mediados de mes se debaten las pretensiones de los comerciantes ingleses en la Cámara de los Lores. Carteret sigue insistiendo que el tratado de 1667 es el fundamental para la comprensión de los derechos ingleses, y secundada la protesta de los comerciantes de que "la visita de sus Navios en alta mar era violación manifiesta de los tratados", la cual proposición es aprobada por unanimidad para su elevación al rey²³². Asimismo Pulteney propone tres días después en la Cámara Baja que en caso de guerra, se declare que los oficiales y marineros puedan apropiarse totalmente de las presas que hagan, que se les dará cuatro libras por cada prisionero enemigo, y que los armadores particulares de corsarios puedan quedarse con todos los efectos o territorios de que se apoderasen. Walpole se ve forzado a medir cuidadosamente sus fuerzas, y permite que siga su curso la propuesta (pese a serias advertencias de Geraldino), sin duda con el ánimo de reservarse para batallas mayores²³³.

Entretanto en Madrid el deseo de Walpole de hallar una solución negociada parece no haber caído en terreno del todo infértil, o al menos así lo cree entender el embajador Keene. A principios de mayo éste avisa que los españoles estarían quizás dispuestos a adoptar un nuevo método de visita. Los guardacostas podrán detener un navío inglés y examinar sus papeles. Si su posición al ser detenido concuerda con el rumbo lógico que debería seguir desde su puesto de procedencia hasta su destino, los guardacostas deberán permitir que siga su viaje sin más inconvenientes. Sólo en el caso de considerarse fuera de su rumbo, deberán proceder a examinar la carga del navío, y confiscarlo si se halla contrabando. Keene no ha obtenido esta proposición por escrito, pero cree que lo apoyaría el conde del Montijo, presidente del Consejo de Indias²³⁴. De hecho, ideas similares han expuesto, en consultas

ministeriales, tanto el marqués de la Regalía como José de la Quintana²³⁵. Se trata de un compromiso bastante viable, habida cuenta de la difícilísima compatibilidad de los diferentes intereses en el comercio americano. Combina de una manera razonable el criterio de posición y el de cargamento, y es susceptible de ser mejorado mediante negociación en lo relativo a amplitud de rumbos permitidos, paso por canales y estrechos entre posesiones españolas, y otros puntos conflictivos. Habría exigido una gran dosis de buena fe y serenidad por ambos lados para hacerlo practicable, pero no llega ni siquiera a proponerse formalmente y se desvanece esta esperanza casi antes de nacer.

La verdad es que a lo largo del mes de mayo el ministerio español tiene que ir encajando una serie de muestras de la beligerancia inglesa, que provocan una fuerte reacción defensiva en España. El duro oficio de Keene de cinco de mayo y la insistencia de Newcastle sobre el derecho de Jorge II de ofrecer patentes de represalia, junto con la noticia de la pronta salida de la escuadra de Haddock hacia el Mediterráneo²³⁶, endurecen la postura española.

Quadra no se queda satisfecho con la mera suspensión de las cartas de represalia, y desde su peculiar perspectiva legalista discute todavía el derecho inglés de expedirlas en estas circunstancias. Manda a Geraldino negar tajantemente la distinción entre presas antiguas y recientes porque todas ellas fueron incluidas en los oficios de Keene de treinta de octubre y diez de diciembre de 1737, y lejos de impedir el curso legal de las gestiones, el ministerio español ha hecho y hace todo lo posible por agilizarlas. En consecuencia, Quadra deduce que semejante distinción se ha concebido únicamente como pretexto para publicar la oferta de cartas de represalia²³⁷. Impaciencia y acusación arrojadas con una nueva dureza de tono y expresión evidencian en esta carta de fines de mayo un cambio en la actitud del ministerio español.

53
reparta entre los comerciantes ingleses, dándose a entender que el dinero procede enteramente de España. Semejante posibilidad desagrade especialmente porque el ministerio español anda siempre muy celoso de la buena imagen de España cara a las demás potencias, y les preocupa que pueda pensarse que Felipe V, atemorizado por las amenazas, se aviene a comprar una tregua.

Aún más injustificable resulta el sacrificio español cuando no sirve tampoco para resolver el conflicto cara el futuro, "dexando avierta y en pie la insufrible pretensión, ó el supuesto que hacen de ser absoluta la libertad de su navegación en las Indias, y solo limitada la prohibición de su comercio en los dominios de S.M."²⁴⁷. Le preocupa a Quadra la insuficiencia del plan de Stert, pues la disputa sobre principios generales, generada por esos choques individuales, no sólo no queda dilucidada sino que ahora se siente muy lejos el ministerio español de ceder o ajustar un compromise respecto de sus prerrogativas en América.

Sin embargo Quadra no rechaza de plano la propuesta inglesa, y contesta asegurando que Felipe V "no se negará á la compensación que parezca proporcionada", pero poniendo la condición de que se negocie al mismo tiempo un acuerdo sobre todas las demás disputas pendientes, incluidos el Asiento de negros y la nueva colonia inglesa de Georgia. Se deberán nombrar dos plenipotenciarios ingleses y dos españoles para tratar en la Corte española²⁴⁸. Esta respuesta confirma la iniciativa de Geraldino - felizmente para él - demostrando que el ministerio español no está dispuesto a admitir soluciones parciales de emergencia en sus relaciones con Inglaterra. Ha de ser todo o nada, sin hacer ningún tipo de concesiones a la precaria situación de Walpole.

Evidentemente Quadra no desconoce los riesgos de esta actitud un tanto falta de flexibilidad. Hay que recordar que junto con esta primera respuesta al plan de Stert, despacha su dura condena de la pretensión inglesa de expedir patentes de represalia. En consecuencia Quadra revela a Geraldino un estado de ánimo alerta y preparado para la guerra. Afirma estar dedicando una "prolija atención" a las disputas angloespañolas, pero necesita aún más información acerca de todas las esferas de pensamiento y acción inglesas, especialmente noticias y apreciaciones respecto de su disposición bélica. Así es que ordena al embajador intensificar y detallar sus noticias sobre tropas, navíos y finanzas, así como sobre los esfuerzos diplomáticos por interesar a otras potencias en sus querellas con España²⁴⁹. El interés que tienen otras potencias en la libre navegación por mares americanos ha de ser sopesado contra la rivalidad que sostienen entre sí; España juega

to inglés.

Ahora bien, Geraldino es muy consciente de los más profundos conflictos que empujan a las dos naciones hacia la guerra. También en este momento debe de estar algo alterado a causa de una seria reprimenda que acaba de recibir de Quadra por su incumplimiento de las instrucciones de Madrid sobre Georgia.²⁴³

Así es que informa a los ministros ingleses de que Felipe V no entrará en el convenio sobre presas propuesto por Stert si no se arreglan los límites entre Florida y Georgia, disputa muy candente en estas fechas. La verdad es que esta iniciativa de Geraldino, si bien concuerda con la reacción del ministerio español, no por eso deja de sorprender, pues además de no tener instrucciones para poner condiciones a las propuestas inglesas, no resulta muy lógico que especificase el conflicto sobre Georgia, sin mencionar el más relacionado con las presas sobre la navegación americana.

Los reparos que se oponen en Madrid al plan de Stert resultan sólidos en su concepción básica, pero muy disparatados en su exposición matemática. En primer lugar se critica a Stert haber abultado el valor de las presas inglesas al tiempo que ha disminuido el número y el valor de las españolas. En segundo lugar, y aceptadas las cifras calculadas por Stert, no se comprende porqué el gobierno español debe pagar proporcionalmente más que el inglés. Hasta aquí bien; pero a continuación se aprecia que ha habido un error, pues acaban llegando a la conclusión de que España debe sólo 60.000 libras.²⁴⁴ Naturalmente una vez sentada esta idea, la crítica del plan de Stert se desorbita completamente, y se hilvanan una serie de elucubraciones del todo inservibles para la negociación del ajuste.²⁴⁵ No obstante el error en las propias cuentas españolas no anula ni el acierto del concepto básico de la falta de proporcionalidad del plan de Stert, ni tampoco la exactitud matemática de las contrapropuestas españolas.

En otro orden de crítica del plan, Quadra es más incisivo. El pretexto dado para justificar la satisfacción de las reclamaciones inglesas no le convence en absoluto, y dictamina que el sacrificio de los legítimos intereses españoles para "acallar el grito popular" en Inglaterra no es "ni acertado ni decoroso".²⁴⁶ En realidad Quadra ha malentendido este argumento, pues no es Felipe V, sino Walpole quien tiene que silenciar las protestas populares. Pero al hipersensible ministerio español le molesta parecer amilanado por la ruidosa y amenazadora opinión pública inglesa, sobre todo en el caso de que Jorge II no aparezca públicamente como contribuyente a la guerra que se

EL PLAN DE STERT.

55

Sin embargo aún no se ha perdido toda esperanza de un arreglo. Arturo Stert, uno de los comisarios ingleses en las conferencias de Sevilla después del tratado de 1729, protagoniza en un primer momento este nuevo episodio. Como entendido en materia de relaciones anglo-españolas, y diputado parlamentario que goza de la confianza de Walpole, Stert propone al embajador español un modo de resolver las disputas más urgentes²³⁸. Se trata en esencia de sumar el importe de todas las reclamaciones de ambas partes hasta la fecha, y ajustar el pago de una sola cantidad que liquidase lo debido de una vez por todas. Sugiere este expediente como idea e iniciativa propias, pero parece verosímil que Walpole tuviese conocimiento de la propuesta desde el principio, y la aprueba. Sin embargo el primer ministro ha de tener cuidado de no irritar "el genio zeloso" de Newcastle, y por eso utiliza a Stert para introducir la idea con suavidad²³⁹.

Stert cree posible satisfacer a todos los comerciantes ingleses interesados en presas, con doscientas mil libras, obligándoles a aceptar una rebaja sobre sus reclamaciones. Según sus cuentas España debe 343.279 libras a los comerciantes y armadores ingleses, mientras que los ingleses deben 180.000 libras a los españoles; de modo que para reunir las doscientas mil libras necesarias para cubrir las reclamaciones inglesas sugiere Stert que España pague 140.000 libras, y que Jorge II contribuya las 60.000 libras restantes con el fin de facilitar el ajuste²⁴⁰.

Geraldino, pese a carecer de instrucciones sobre semejante propuesta, se atreve no sólo a comentarla sino a poner condiciones a su negociación. Critica en primera instancia que Stert haya contado "en toda su extensión las demandas de esta Nación, y disminuido las de España", y aun admitiendo esas cuentas no parecen proporcionadas las sumas que los dos gobiernos deben pagar²⁴¹.

Es una crítica válida, pero no la desarrolla suficientemente y acaba recomendando que se admita la idea de una liquidación global de presas, como propone Stert. Pide facultades para negociarlo y asegura poder lograr una contribución más favorable a España: 120.000 libras pagaderas por el gobierno español, y 80.000 pagaderas por el inglés. Además se compromete a conseguir que se admita como parte del pago español las 68.000 libras que debe la Compañía del Asiento a Felipe V²⁴². Asimismo sugiere que el resto podría pagarse con el dinero de las últimas presas detenidas en La Habana y Puerto Rico (siempre que se pudiese disimular su procedencia), o bien con los derechos de esclavos pagaderos a Felipe V por la Compañía hasta el fin del Asien-

la baza de que prefieran que ninguna goce de la libre navegacion, antes de
que una sola saque mayor ventaja que las demás. En fin, la única concesión
comunicada por Quadra ahora es que se han mandado restituir las presas ingle-
sas llevadas en 1737 a La Habana y Puerto Rico²⁵⁰.

Dadas las circunstancias, no sorprende que la reaccion del ministerio
inglés a esta restitución de presas no sea muy entusiasta. Walpole no cree
que los comerciantes ingleses acepten la restitución en las plazas designa-
das en Indias, porque desconfían del expedito cumplimiento de las órdenes
reales allí, y se resisten a correr el riesgo de pérdidas irre recuperables de
tiempo y dinero en los viajes de ida y vuelta. Geraldino intenta tranquili-
zarle diciendo que no habrá dificultades puesto que el dinero procedente
de la venta de las presas se halla en depósito, en espera de las órdenes
reales sobre su definitivo destino²⁵¹.

Newcastle por su parte no oculta que esperaba mayores concesiones en el
terreno de los principios generales. Se muestra muy decepcionado ante la de-
clarada voluntad e intención del gobierno español de imponer e interpretar
en cada caso sus propios criterios tocantes al derecho de navegacion en A-
mérica. En suma, Geraldino advierte que se manifiestan "muy tibio el Duque
de Newcastle y no con el agrado que otras veces el Conde de Walpole," en sus
conversaciones de mediados de junio²⁵².

La verdad es que la campaña antiespañola y belicista de la Oposición
inglesa está dando sus frutos. Los libelos y sátiras proliferan, y el minis-
terio se ha resquebrajado totalmente. Es más, el gobierno ya se encuentra
incapaz de seguir ignorando las quejas y las críticas de su actuación, vién-
dose forzado a combatir el fuego con fuego para mantener su tambaleante cre-
dibilidad política. Geraldino, buen conocedor de la vida política inglesa,
juzga que "haviendo llegado el disgusto a ser general se halla [el gobier-
no inglés] sin aditrio y en indispensable necesidad de empeñarse en la
Guerra cuyos perjuicios conoce pero también su peligro si no acalla el cla-
mor antes de las proximas sesiones del Parlamento"²⁵³.

También conviene reparar en que justamente el día oatorce de junio muer-
re la esposa de Walpole, lo cual viene como lluvia sobre mojado para este
tribulado estadista, que lucha contra el declinar de su estrella, vislum-
brando sin duda que el fin se acerca²⁵⁴. La única esperanza de mantener la
paz (y de mantenerse Walpole en el poder) es que España ceda en lo más in-
mediato y tangible de las presas, para calmar en lo posible la ira popular
y de los comerciantes, en un intento de separarlos de una causa común con
la Oposición política.²⁵⁵

Es posible que una reparación global por las presas tomadas por los españoles evitara la guerra por el momento. Pero aunque pueda parecer una concesión de poca monta para España, en realidad el precio de la tregua sería muy alto, y no sólo en términos monetarios. Se sentaría un peligroso, o al menos incómodo, precedente de interferencia de la secretaría de Estado en los asuntos del Consejo de Indias, y más grave aún se pondrían en tela de juicio los criterios aplicados por el Estado español en materia de derechos de navegación, visita y presas. Por otra parte resulta difícil apreciar hasta que punto la opinión pública inglesa se ha hecho cargo de los principios generales en litigio, más allá de este o aquel caso concreto. Si el grito popular de "No search on the High Seas" ha calado hondo en la conciencia nacional inglesa, unas concesiones españolas ahora respecto de algunas presas particulares no harían más que alimentar una beligerante moral colectiva, que desde luego no toleraría ni una presa más de discutible (o siquiera discutida) justicia. Es decir que la reparación general e indiscriminada por todas las presas, pedida por los ingleses, podría nutrir un sentimiento triunfalista que entonces exigiría el reconocimiento de los derechos que reclaman, promoviendo la guerra si España se resistía.

De hecho el ministerio inglés, como el español, se ha dado perfecta cuenta de la necesidad de completar el plan de Stert con un acuerdo de mayor envergadura sobre navegación en América, pero al mismo tiempo Walpole cree urgente ese primer paso para aligerar la posterior negociación de un viable compromiso general, y liberar a los ministros ingleses de la presión de las protestas populares²⁵⁶. En otras palabras, Walpole quiere avanzar paso a paso, concluyendo un ajuste sobre las presas primero y pasando después a negociar los demás puntos conflictivos. Este enfoque contrasta claramente pues con el de Quadra, que quiere discutir todos los puntos simultáneamente.

Geraldino, que percibe esta divergencia sobre prioridades y procedimientos, nuevamente toma la iniciativa y deja sin cumplir buena parte de sus últimas instrucciones de Madrid. Así como a principios de año prefirió no explicar las condiciones españolas para negociar los límites de Florida, ahora calla ante los ministros ingleses los reparos y condiciones puestos por Quadra a la negociación del plan Stert. Justifica su conducta insinuando que los españoles no entienden bien ni la organización política de Inglaterra, ni el aprieto actual en que se encuentra el gobierno de Walpole. Piensa - quizás equivocadamente - que Felipe V desea conservar la paz y llegar a una duradera solución negociada, pero que el ministerio español no sigue

los pasos más adecuados para lograr sus propósitos. Geraldino está convencido de que la respuesta dada por Quadra sobre el plan Stert podría provocar la ruptura, así es que él se limita a decir a los ingleses que el gobierno español está dispuesto a escuchar las propuestas y a pagar una cantidad justa, pero que él no ha recibido poderes para negociar una previa a independiente liquidación de presas²⁵⁷.

Al mismo tiempo intenta razonar con Quadra sobre el plan de Stert, comentado sobre sus reparos. Explica que el gobierno inglés no puede permitirse entrar sin más en una negociación general de todas las diferencias, porque tendría que ser necesariamente muy prolongada, y los comerciantes y pueblo acusarían al gobierno de seguirle el juego dilatorio a España, no obteniendo ninguna reparación tangible por las "depredaciones" españolas; mientras que la Oposición parlamentaria le acusaría de desperdiciar los créditos y preparativos bélicos votados. En cambio, si se liquidase una compensación por las presas, Geraldino cree que Walpole sabrá imponerse en defensa de un compromiso negociado pacíficamente. Opina que en vista de las serias dificultades que perturban las relaciones angloespañolas, tiene relativamente poca importancia real el que se silencien o disminuyan algunas de las reclamaciones españolas en las cuentas de Stert. Su persistente afán pacifista es loable sin duda, pero lo auténticamente sorprendente es que Geraldino, repasando esas cuentas para aclarárselas a Quadra, acaba por equivocarse él también.

Ya plenamente identificado con su causa, rechaza el embajador la noción de que sería indecoroso para Felipe V pagar dinero en aras de la paz, porque la paga se asignaría contra la Compañía del Asiento, de modo que todos presionarían a la Compañía para que liquidase sus deudas a Felipe V. Así el gobierno español mataría dos pájaros de un solo tiro sin arriesgar nada.

Empero es en materia de navegación que Geraldino se muestra más distraído y acomodaticio. Contradice la impresión del ministerio español sobre las pretensiones inglesas: "no he comprendido yo aquí otra cosa sino es que entienden absoluta la prohibición de su Comercio en los Dominios de S.M. y que su pretensión se dirige solo a que sus Navios no pueden ser visitados en alta mar conviniéndose en que deben ser confiscados quando se encontraren haciendo el Comercio Ilícito sobre las costas para cuyo conocimiento no parece imposible establecer reglas."²⁵⁹

Efectivamente ésta es la postura inglesa, pero al admitirla Geraldino se aparta de la política marcada por el gobierno español; pues los dos pilares de esta política son que todos los derechos en América no expresamente

59
concedidos a potencias extranjeras (incluyendo el dominio del mar y el control de la navegación) pertenecen a la Corona española, y que los medios y criterios que aplica España para impedir o castigar el contrabando hispanoamericano no necesitan de la aprobación de las demás potencias. Los ingleses pretenden que la principal prueba de comercio ilícito sea la detención en unos lugares determinados de indiscutible soberanía española, mientras que los españoles insisten que la principal prueba sea la naturaleza y procedencia del cargamento del navío detenido.²⁶⁰

Después del regreso de Walpole de su retiro a finales de junio se reanudan las conversaciones ministeriales en torno al comunicado español de veintiocho de mayo sobre presas y el plan de Stert. La división interna dificulta el llegar a un acuerdo sobre la postura a tomar y los términos del informe a presentar al rey. No obstante Walpole admite a Geraldino que la opinión general del Consejo Privado es que la respuesta española no es ni satisfactoria ni categórica, sobre todo porque no justifica el derecho español de visitar navíos ingleses en alta mar. Nuevamente alude al probable rechazo por los comerciantes de las últimas órdenes de restitución de navíos en Indias, pues desconfían de su efectividad. El embajador esta vez se limita a repetir que otra solución no es posible, y que Felipe V está dispuesto a negociar un tratado general para aclarar y resolver las disputas americanas.

Sin embargo Quadra no ha hecho ninguna propuesta concreta, diciendo que corresponde al gobierno inglés tomar la iniciativa. El malestar es crítico y Walpole, en un intento de evitar el estancamiento de las maltrechas negociaciones, se decide a apoyar oficialmente el plan de Stert, en contra del parecer de Newcastle y otros consejeros. Entretanto no recibe una nueva respuesta española acerca de este plan, no contestará sobre los principios básicos de navegación y presas. Es la última carta que le quedaba a Walpole para jugar. Así lo entiende Geraldino, advirtiéndolo "tengo motivo de creer que la respuesta del Rey dizidirá aquí la Páz ó la Guerra".²⁶¹

Newcastle ha adoptado enteramente la causa de los comerciantes. Aspira al puesto de primer ministro, y disfruta del ruidoso y "heroico" papel de patriota belicista. Nueva sangre pide entrada a la rueda política inglesa, y la familia real está quebrantada por la notoria desafección del Príncipe de Gales, y por la muerte (a fines de 1737) de la reina Carolina, que había sido leal y eficaz partidaria de Walpole ante Jorge II. vulnerable siempre a "los que lisongoaren su pación dominante de figurar en el Mundo". Para todos los que se oponen a la continuada jofatura de Walpole, la guerra se ha conver-

tido en "el único medio de destruirle".²⁶²

60

Entonces para echar leña al fuego llegan noticias a Londres sobre el navío inglés Suceso apresado por un guardacostas portorriqueño, camino de Virginia a Inglaterra. Al parecer la tripulación inglesa fue abandonada en un bote para sufrir las inclemencias del mar, siendo recogida más tarde por un navío holandés.²⁶³ Así es que en el verano de 1738 la amenaza de guerra crece por instantes. Se divulga que Keene ha avisado al cónsul inglés en Cádiz para que los comerciantes ingleses residentes allí pongan a salvo sus efectos, y que salgan del puerto los navíos ingleses que estuviesen allí, todo con el propósito de evitar su confiscación por las autoridades españolas en caso de ruptura. No es probable que Keene diese semejante aviso en este momento tan delicado sin órdenes expresas de Newcastle, a pesar de que éste desmiente la insinuación de Geraldino al respecto.²⁶⁴

Según todos los indicios pues, la segunda respuesta española sobre el plan de Stert decidirá si las negociaciones siguen, o si por el contrario se interrumpen para dar paso a las armas. Esa respuesta fatídica se remite el día dos de agosto. En ella no se ofrece ninguna novedad sustancial en la postura española, puesto que se rechaza enérgicamente el limitado objetivo marcado por Stert, y se sigue insistiendo en que se negocie un tratado general.²⁶⁵

Esta preocupación española con los principios básicos de su derecho de visita y apresamiento en América se acaba de plasmar en una Real Cédula del veinte de julio, que manda "que todas las veces, que las Embarcaciones Estrangeras se hallasen dadas fondo, ó navegando en rumbos sospechosos, deben ser aprehendidas;" justificándose las presas "siempre que con hallarlas en rumbo sospechoso concurra la circunstancia de encontrarse en ellas frutos, que solo los produzcan los mismos Dominios mios, que no hayan sido cargados en los suyos". Al mismo tiempo ordena a los corsarios no interrumpir la legítima navegación extranjera en mares americanos.²⁶⁶ Estas instrucciones evidencian el justo reconocimiento de los estrictos derechos extranjeros, pero lo esencial es la clara enunciatón de la postura española respecto de la navegación americana.

Sin embargo el ministerio español está lo suficientemente consciente de las graves consecuencias de sus actos como para hacer un último esfuerzo a favor de la paz - en justo reconocimiento de los desvelos de Walpole -, ofreciendo leves concesiones. Sería discutible si lo hace realmente para evitar una ruptura, o para poder justificarse ante las demás potencias en el

caso probable de estallar la guerra²⁶⁷. Sea como fuere, Quadra ordena a Geraldino presentar dos contrapropuestas al plan inglés. 61

Como prueba de buena voluntad y disposición pacífica, se acepta la idea de una liquidación global de presas y como base las cifras iniciales presentadas por Stert, a pesar de que son discutibles desde el punto de vista español. Pero se propone aplicar criterios más equitativos para calcular la liquidación final, cambiando asimismo el enfoque y alcance del plan original de Stert²⁶⁸. Este paso tiene la mínima virtud de no imposibilitar la continuación de la negociación en torno a la liquidación de presas.

Una de las contrapropuestas españolas consiste en rebajar en dos tercios las reclamaciones de ambas partes, de modo que quedase debiendo España 114.425 y dos tercios de libra, e Inglaterra 60.000 libras. A continuación se haría una resta sencilla y el gobierno español pagaría la diferencia, o sea 54.425 y dos tercios de libra. Se sobreentiende que cada gobierno entonces se encargaría de atender las reclamaciones de sus propios nacionales, según su propio criterio. En el aspecto económico esto sería indudablemente una buena solución para el gobierno español, que incluso puede prever pagar su deuda con el dinero que debe la Compañía a Felipe V.

La otra contrapropuesta de Quadra consiste en el mismo principio pero variando la proporción de la rebaja. Se admitiría la rebaja de las 343.277 libras a 200.000, según sugiere Stert, y se aplicaría igual proporción de rebaja a las 180.000 libras españolas, que así se quedarían en 104.871. De este modo la diferencia a pagar por España sería de 95.129 libras : 68.000 libras debidas por la Compañía, más 27.129 asignadas contra los derechos de esclavos y beneficios en los navíos de permiso.

Lo que pretende Quadra con éstas propuestas es demostrar una indiscutible equidad en sus cálculos, y poner el punto final después de la resta de las respectivas reclamaciones y el pago por España de la diferencia, sin posteriores referencias a la satisfacción de los comerciantes y armadores ingleses. En realidad las dos contrapropuestas españolas representan aplicaciones de un mismo principio, y ofrecen dos cifras finales entre las cuales Quadra se propone negociar. La máxima oferta española son 95.000 libras, y asunto liquidado²⁶⁹.

Si el gobierno inglés luego cree necesario repartir hasta 200.000 libras entre los comerciantes, tendrá que encontrar las otras 105.000 donde pueda. Esto no lo dice Quadra, claro está, pero su despreocupación por la ulterior satisfacción de los comerciantes ingleses es patente. Defiende su primitiva

62

contrapropuesta pues se basa en el porcentaje que representaban las 60.000 libras que ofrecía contribuir Jorge II respecto de las 180.000 libras que se deben a España²⁷⁰, y en fin expone que si no quiere el gobierno inglés aceptar siquiera la segunda contrapropuesta habría que dudar de su buena fe²⁷¹.

Ahora bien, de ningún modo aceptará el gobierno español la liquidación de presas sin ciertas condiciones. Se deberán nombrar simultáneamente con la firma del ajuste, dos plenipotenciarios ingleses para tratar de todas las demás disputas angloespañolas. Se incluirán en dichas negociaciones la cuestión de límites de la Florida y las relaciones entre Felipe V y la Compañía del Asiento, y se terminarán las conferencias dentro de un plazo de ocho meses desde la firma del ajuste sobre presas. Si se hubiese ya restituido el valor de las últimas presas en América, se descontará esa cantidad del saldo pagadero por España en la liquidación general. Esencialmente la concesión ofrecida por Quadra es que el ajuste y reparación de presas tenga efectividad antes del inicio de la negociación general. Reconoce así la urgente necesidad que tiene Walpole de calmar el griterío popular, aunque ofrece mucho menos dinero de lo que pedía Stert, y el desacuerdo del valor de las últimas presas del saldo final disminuirá muchísimo la satisfacción general de los comerciantes ingleses con la liquidación.

Por otra parte el tono de las instrucciones dadas por Quadra a Geraldino revela un sustrato de inflexibilidad bastante inoportuna, por no decir gratuita. Se censura la actuación del embajador por oponerse enérgicamente a la pretensión de Walpole de que el ajuste sobre presas precediese a la negociación general, y al mismo tiempo que se le conmina que "está Su Magd. absolutamente resuelto á no ceder en nada que pueda considerarse efecto de las amenazas de esa Nación". Por este motivo no debe Geraldino permitir que se introduzca en el ajuste ninguna alusión, por remota o vaga que sea, a la libre navegación inglesa en América. Es difícil juzgar en qué medida responde este desafío del belicismo inglés a la hipersensibilidad española ante la opinión mundial, a la indiferencia o confianza española cara a la posibilidad de una ruptura, y a la convicción de que los ingleses no llegarán a declarar la guerra. Quadra al menos cree - pese a las lúcidas advertencias de Geraldino - que las amenazas inglesas son "apariencias", y duda que desemboquen realmente en una declaración de guerra. De todos modos insiste en que no modificará "ni un ápice" las condiciones de sus propuestas²⁷². Los términos utilizados inducen a pensar que ésta es la última palabra del gobierno español: esa decisiva palabra tan ansiosamente esperada por Walpole, y con la cual va a intentar ingenárselas para frenar el impulso belic-

oista de sus compatriotas.

63

Mientras en Londres se aguarda la respuesta española sobre el plan de Stert, Walpole no puede evitar que se dé un nuevo paso en los preparativos bélicos ingleses. Keene parece haber avisado en julio que la crítica de Quadra al plan no resulta muy alentadora, y al mismo tiempo crece la desconfianza inglesa hacia Francia. Por estas razones el Consejo Privado de cinco de agosto decide armar inmediatamente otros veinte navios de guerra y hacer una leva de marineros por la fuerza²⁷³. Estas son medidas muy serias por cuanto el gasto y el revuelo popular que comportan deberán ser justificados por el gobierno.

Cuando al fin llegan las contrapropuestas españolas, la decepción de Walpole queda patente. Explica a Geraldino que es imposible que el Consejo acepte el planteamiento español de la liquidación de presas y demás conflictos²⁷⁴. En efecto se producen grandes divergencias de opinión entre los consejeros, teniendo que reunirse largamente más de una vez, pero a lo último convienen en aceptar la segunda propuesta española. No obstante, Newcastle se resiste a verse frenado ahora, y busca el modo de entorpecer o sabotear el acuerdo, olfateando en seguida el defecto del plan español. Así es que antes incluso de informarle a Geraldino sobre la aceptación del plan, le pregunta cómo piensa hacer efectivo el pago de las 95.000 libras²⁷⁵.

La intención de asignarle contra los beneficios acumulados y futuros de Felipe V en la Compañía del Asiento, lleva al Duque a solicitar el parecer de los directores. Ellos naturalmente insisten en su postura de siempre: no pagarán su deuda para con el soberano español hasta que no se les expidan cédulas de restitución de los efectos represaliados en 1718 y 1727, según tienen ya pedido. Geraldino previó este probable contratiempo, exponiendo a Quadra la conveniencia de expedir las cédulas referidas, pero todavía no ha recibido instrucciones sobre ello.²⁷⁶

Por de pronto Newcastle opta por declarar que "no haciéndose efectiva la paga se desvanecía el todo", devolviendo así la pelota al gobierno español²⁷⁷. De este modo si Quadra no facilita la ejecución de su propio plan, tendrá que cargar con la culpa del fracaso de las negociaciones, y por extensión con la responsabilidad directa de la ruptura. Geraldino otea el peligro y, mostrando los enormes deseos que tiene de ajustar un acuerdo, asegura que Felipe V mandará la restitución en cuanto se liquiden las cantidades²⁷⁸. Sin embargo el embajador tiene que saber que Quadra ni puede ni quiere variar su postura en este particular, por lo que es de suponer que espera convencer a Walpole de la obstinación egoísta de los directores de la Com-

pañía, para que el ministro les presione en nombre del bien del Estado²⁷⁹.

64

Walpole no tiene otra alternativa que coincidir con Newcastle en que sólo el pronto pago de las 95.000 libras podría justificar el descuento acordado en la totalidad de las reclamaciones; máxime cuando todo el objeto del convenio preliminar es precisamente silenciar las protestas populares. Por consiguiente la conclusión del ajuste sobre presas pende enteramente de la actitud adoptada por la Compañía. Se renuevan así en agosto las disputas (calladas desde abril) sobre los derechos y beneficios de Felipe V en la Compañía, represalias, y duración del Asiento. Ante tal perspectiva el primer ministro inglés, ya muy abatido, exclama que está "arruinado"²⁸⁰. La verdad es que no se trata en esta ocasión de retórica diplomática.

El convenio está a punto de naufragar por completo. Geraldino sospecha acertadamente que Newcastle tira a destruir la negociación, y negándose a sucumbir ante las artimañas del Duque, larga sobre el tapete su última idea propia para salvar la paz, sin instrucciones ni autoridad para ello naturalmente. Declara que 95.000 libras representan muy poco dinero para un rey tan poderoso como Felipe V, e insuficiente motivo para frustrar una negociación tan importante. Por tanto, ofrece pagar en dinero efectivo²⁸¹. Es evidente que en este trance no habría servido la autorización para aumentar la cantidad a pagar por España, según las instrucciones de Quadra de dos de agosto²⁸²; porque aunque Walpole sí intentó obtener un incremento, no insistió, y ahora lo que se discute no es la cantidad en sí, ni siquiera las condiciones puestas por Quadra, sino la segura prontitud del pago.

La iniciativa tomada por Geraldino en este asunto, si bien constituye (una vez más) un claro desacato de sus instrucciones, se puede considerar acertada e incluso genial, porque vencida esta dificultad quedan desarmados los oponentes al convenio. Dicho convenio podría representar un importante triunfo español ya que pondría fin a todo el marasmo de pleitos sobre antiguas presas, sin renunciar a ningún derecho y con la posibilidad de aclarar y consolidar las prerrogativas españolas en América mediante un tratado. Las ventajas reales y potenciales del convenio no guardan ninguna proporción con lo exigido para que se concluya el pago sin demora de las 95.000 libras. En este convencimiento, plenamente compenetrado con el pensamiento de Walpole, Geraldino arroja otra reprimenda de sus superiores, jugándose la carrera diplomática por la paz.

Walpole a su vez se aferra a la oferta del embajador español como

a un clavo ardiendo. Su lógico deseo inmediato es tenerla por escrito, lo cual da lugar a un pequeño regate diplomático. Tras repetir Geraldino que no está autorizado a escribir sobre la forma de pago antes de firmar el convenio, se aviene a ello con el fin de que Newcastle lo pueda exhibir en el Consejo para persuadirles a apoyar el ajuste; pero con la promesa de Walpole de que después de aprobado devolverá a Geraldino su carta para que no conste oficialmente.²⁸³

El día cuatro de septiembre los ministros ingleses enseñan a Geraldino el borrador del ajuste. Intentan justificar la inclusión de la forma de pago de las 95.000 libras, pero al fin convienen en omitirlo.²⁸⁴ No obstante queda lo más peligroso por vencer. Los ingleses insisten en incluir la clara expresión de su pretendido derecho de libre navegación en mares americanos así como una referencia al derecho de gentes. Geraldino se opone a ello, pero sin lograr una redacción enteramente satisfactoria, por lo que incurrirá en las severas y justificadas críticas del ministerio español.²⁸⁵

En el acto de nombramiento de plenipotenciarios, se estipula que si Felipe V no expide cédulas de restitución a gusto de la Compañía, para facilitar la asignación de las 95,000 libras contra ella, entonces se da un plazo de tres meses para que se haga el pago en efectivo. Ambos documentos se firman el día nueve de septiembre de 1738.²⁸⁶

De inmediato Walpole propede a detener los preparativos bélicos, suspendiendo la leva de marineros y la carena de navíos menores, aunque no logra el consenso del Consejo para mandar el desarme de los navíos de guerra mientras llega a Londres la ratificación española del convenio. Entretanto el gobierno inglés procura mantener en silencio los detalles del ajuste, pese a lo cual surgen las primeras críticas dirigidas a la opinión pública.²⁸⁷

La reacción española al comercio desde luego que se inclina a acomodar, o siquiera a tener en cuenta las circunstancias del gobierno de Walpole. El conde del Montijo señala las faltas cometidas contra sus instrucciones por Geraldino, quien ha acabado por comprometer seriamente la posición española cara a las negociaciones futuras. Ha permitido, a pesar de las explícitas advertencias de Quadra, que en el artículo primero se aluda a la libertad de comercio y navegación.²⁸⁸ Asimismo la suposición expresada en el artículo segundo de que Georgia se encuentra dentro de los límites de Carolina del Sur dificultará enormemente la discusión y solución de este problema. Además, no se explicitan los poderes que llevarán los plenipotenciarios ingleses, y tampoco se estipula entre los puntos a discutir el de

66

Georgia. No obstante, los ministros de la Junta de la Nueva Georgia, llamados a examinar el convenio, dictaminan que corrigiendo estos defectos se podrá ratificar. Ahora bien la Junta opina que la Compañía del Asiento debe pagar las 95.000 por Felipe V, que a su vez dará las cédulas para la restitución de sus efectos en la mejor forma posible. No hay el menor indicio de ceder ante el reto de Newcastle, pues si bien se acepta pagar en efectivo, caso de negarse a pagar la Compañía, el precio de verse Felipe V obligado a paso tan indecoroso es muy alto: la suspensión inmediata de todos los privilegios anejos al Asiento²⁸⁹. En otras palabras se piensa vender caro - en un terreno colindante pero distinto - las últimas concesiones españolas en la negociación del ajuste de presas.

Las instrucciones de Quedra a Geraldino llevan fecha de trece de octubre. Se le remiten las cédulas de restitución de los efectos de la Compañía pero sin especificar la cantidad líquida a restituir, porque no se han presentado documentos justificativos de su valor. En caso de no cumplirse estas órdenes en tres años se ofrece la garantía de poder retener los derechos de esclavos pagaderos a la Corona española, y se promete dar las cédulas para los navíos de permiso. También se apunta la posibilidad de prorrogar el Asiento si al terminar su vigencia en 1744 Felipe V debiese todavía alguna suma a la Compañía y no lo pagase inmediatamente²⁹⁰.

Estas concesiones están concebidas para dar una impresión de flexibilidad razonable, pero sin variar en lo esencial la postura española de siempre. La Compañía aún habrá de justificar individualmente sus reclamaciones de presas, y la perspectiva de ver prorrogado el Asiento queda muy dudosa. Al mismo tiempo se imponen las condiciones que hasta la fecha han sido tenazmente resistidas por la Compañía²⁹¹.

Se trata en definitiva de salvar el ajuste sobre presas, como logro positivo que es, pero de aprovechar también el deseo de Walpole de concluirlo. Newcastle ha amenazado con el fracaso de las negociaciones si no se pagan las 95.000 libras rápidamente. Quedra contesta con otra disyuntiva aún más crítica y desesperante. El convenio en sí no peligra, pero se puede ejecutar por las buenas o por las malas, a elección de los directores de la Compañía. Si eligen pagar, entonces las negociaciones en torno al Asiento seguirán el curso previsto, pero si obligan a Felipe V a buscar el dinero en efectivo, significará la inapelable suspensión de los privilegios comerciales de la Compañía en las Indias españolas.

Ahora bien también se preocupa el gobierno español de aclarar y cimentar su postura acerca de los derechos de navegación en América, cara a las posibles negociaciones venideras.

Dada la suma importancia del conflicto sobre navegación y en vista de la postura acomodaticia de Geraldino²⁹², Quadra adjunta con sus instrucciones de trece de octubre una cristalina exposición de la interpretación oficial española del tratado de 1670, el único pertinente según los ministros de Felipe V. Explica que este tratado se hizo para establecer el derecho inglés a los territorios americanos usurpados de España, pero sin dudar de los derechos generales de la Corona española, establecidos con anterioridad y no alterados sino excepcionalmente por las concesiones hechas a partir de 1648. Por lo tanto el artículo quince, en que basan los ingleses sus pretensiones, no reconoce un derecho general de libre navegación, por todos los mares de América, como sostienen ellos, sino un derecho limitado a navegar libremente entre las propias colonias. Es más, los ingleses sólo tienen derecho a navegar en mares americanos en cuanto que se lo concedió España por el tratado de 1670. De acuerdo con este enfoque Geraldino deberá exigir la eliminación del artículo primero del convenio de cualquier alusión a una absoluta libertad de navegación²⁹³. No duda Quadra de que de una manera o de otra los ingleses aceptarán sus condiciones, y empiece a preparar las conferencias previstas en el ajuste preliminar²⁹⁴.

Sin embargo no está tan claro que el gobierno inglés, por muchas ganas que tenga de concluir el ajuste sobre presas, pueda permitirse aparecer como responsable de la pérdida de los privilegios del Asiento. Una primera indioación de la repugnancia que las condiciones españolas producen en Walpole es el inmediato embarazo que siente al saber que llegado el caso de suspender el Asiento, Geraldino se lo tendría que comunicar oficialmente al gobierno inglés, y no sólo a los directores de la Compañía²⁹⁵. Desde el punto de vista español dicho paso es correcto y forzoso, porque evidentemente la suspensión debe comunicarse a quien en su día se hizo la concesión original del Asiento por parte de Felipe V. Empero desde la perspectiva de Walpole la elevación al nivel diplomático de las disputas entre la Compañía y el soberano español, representa una complicación que el ministro inglés viene intentando evitar.

Enterados los ministros de los términos de la ratificación española del convenio, su primera esperanza es que la Compañía acepte las condiciones que la atañen sin tener que emplear la amenaza de la suspensión, ni mezclarse ellos en la disputa. Se reserva pues a Geraldino la tarea de informar a los directores únicamente de las ofertas españolas, intentando el gobierno inglés mantenerse al margen, en vano porque al instante solicitan

los directores una entrevista con Walpole. El embajador vislumbra desde el primer momento la dificultad que surgirá para concluir el ajuste si la Compañía rechaza las ofertas españolas²⁹⁶.

Walpole se encuentra entre la espada y la pared. No quiere responsabilizarse de las disputas entre la Compañía y Felipe V, pero al mismo tiempo su deseo de concluir el ajuste de presas le hace presionar a favor de la aceptación de las cédulas y garantías ofrecidas. Revela a los directores que de su decisión depende la reconciliación entre las dos Cortes, e insinúa que si el ajuste de presas no se realiza, la opinión pública - ya bastante recelosa de la Compañía - podría achacar el fracaso a sus abusos y egoísmo. Es un riesgo calculado. Si los demás comerciantes ven su propio interés en el ajuste, su hostilidad hacia la Compañía bien podría alimentar una acusación contra su proceder en este negocio, considerando bien merecida la suspensión del Asiento. En cambio si el ajuste no satisface a los comerciantes, ellos y la Oposición política se encargarían de que el papel desempeñado por la Compañía quede en bajo relieve. Además al revelar su posición, Walpole ha quedado hasta cierta medida en las manos de los directores.

Previsiblemente los directores oponen una serie de reparos a las ofertas españolas²⁹⁷, pero el dilema se reduce ahora a si las aceptan o no, sin explicaciones ni reservas. Walpole aumenta la presión, expresando su intención de concluir el ajuste sea cual sea la decisión de la Compañía. No obstante, de hecho permanece el ministerio pendiente de esa decisión, sin proceder al canje de ratificaciones del convenio. Al fin Walpole reconoce que no tiene autoridad ni para obligar a la Compañía ni para concluir el ajuste si va a significar la pérdida del Asiento. Pero este incansable contemporizador todavía propone otro medio de salvar el embrollo. Enviará a Keene otra versión del tratado sobre presas, incorporando todas las modificaciones exigidas por Felipe V, pero sin mencionar el pago de las 95.000 libras por la Compañía, aunque sin descartar la posibilidad de que lo quiera efectuar. A cambio de aceptar este expediente, el gobierno inglés se avendrá a eliminar las expresiones sobre libertad de navegación y límites de Florida que repugnan a los españoles²⁹⁸.

Geraldino percibe en seguida que la nueva versión del convenio tiene serios defectos. Felipe V quiere absolutamente que la Compañía pague sus deudas, de modo que las disputas sobre presas y sobre el Asiento queden resueltas a la vez. El embajador teme que si la Compañía no paga las 95.000 libras y tampoco se arreglan sus diferencias con el rey español

inmediatamente, entonces se frustrará también el ajuste de presas, pues mira "lo uno como efecto de lo otro"²⁹⁹. Esta apreciación empero no es exacta, aunque es posible que la compartan los demás ministros españoles, quienes pretenden forzar una solución favorable a sus diferencias con la Compañía, mezolándolas en la negociación sobre presas, y suponiendo que el ministerio inglés tendrá que presionar en el mismo sentido. Sin embargo Walpole siempre ha procurado mantener bien separadas las dos áreas de disputa, y no existe realmente una razón lógica que vincule la suerte del ajuste de presas al desenlace de las diferencias entre la Compañía y Felipe V.

Cara a los ingleses Geraldino indica que el separar las negociaciones, como quiere Walpole, no impedirá la suspensión del Asiento, porque el gobierno español está resuelto a ello a causa de los muchos abusos perpetrados por la Compañía³⁰⁰. Este hecho probablemente preocupa mucho menos a Walpole, pues su mayor cuidado está en no aparecer él como responsable de dicha suspensión. La Compañía no es bienquista en los medios mercantiles ingleses, los cuales no lamentarían la pérdida de los privilegios del Asiento, en los cuales ellos no participaban. Además, es posible que Felipe V de hecho no se decida a la suspensión si su justificación reside exclusivamente en los abusos de la Compañía. No faltan ministros españoles que vienen aconsejando la suspensión del Asiento inglés desde hace años, pero también hay otros más cautelosos que dudan de la legalidad de tal paso y recelan de la reacción de las demás potencias³⁰¹. Acaso esa duda es la verdadera razón que impulsa al gobierno español a reforzar su posición obteniendo la equiescencia del gobierno inglés a la suspensión en caso de no aceptar la Compañía las últimas ofertas españolas.

Por otra parte Walpole recuerda muy oportunamente que el convenio preliminar preve la negociación de los problemas del Asiento por los comisarios lo cual, si bien no impide el recurso español a la suspensión, parece indicar la conveniencia de discutir las respectivas pretensiones durante los seis u ocho meses previstos antes de tomar semejante medida³⁰². Asimismo el gobierno inglés puede desentenderse de todos los castigos parciales que quiera emplear Felipe V contra la Compañía, pero no podría mantener esa pasividad ante la suspensión.

Hasta que no llega a Londres la respuesta española a la última contrapropuesta inglesa, los ministros se toman unas vacaciones. Pero no resulta una tranquila espera de amigable optimismo, pues Jorge II se esfuerza en no topar con Geraldino durante las audiencias que da a los ministros extranjeros, para evitar el tener que hablarle³⁰³. La tensión reinante no es mejorada al saberse que un navío inglés apresó el primero de octubre pasado un registro tinerfeño camino de Campeche; noticia que obliga a Geraldino a pasar el oficio de reclamación correspondiente, aunque el ministerio inglés niega tener conocimiento del hecho³⁰⁴. Afortunadamente el gobernador de Jamaica desaprobó el apresamiento y mandó liberar el registro en seguida³⁰⁵, pero no antes de haber apresado los guardacostas de La Habana tres embarcaciones jamaicanas, suponiendo los ingleses que se trata de represalias descontroladas. El duque de Newcastle se queja amargamente de lo que él considera el continuado desenfreno de los guardacostas hispanoamericanos³⁰⁶. Estos incidentes reflejan el nerviosismo reinante a todos los niveles de las relaciones angloespañolas. Igualmente se produce un nuevo alboroto sobre la interrupción del legítimo comercio angloamericano al saberse los detalles de la detención del capitán Vaughan y su tripulación en junio pasado³⁰⁷.

En Madrid no hay ninguna modificación de la postura ya adoptada. La Junta de ministros de veinte de diciembre estima que se debe seguir adelante con la suspensión del Asiento, si la Compañía no se aviene a pagar en plazo breve sus dudas para con Felipe V³⁰⁸. Así se lo comunica Quadra a Keene, a los dos días de dicha consulta³⁰⁹, y otra vez el día veintinueve de diciembre³¹⁰. El embajador inglés se esfuerza en persuadir a Quadra para que retire la amenaza, insinuando que podría precipitar la guerra³¹¹. Los ministros españoles sin embargo han perdido ya toda paciencia con la Compañía y mantienen su derecho e intención condicional de suspender el Asiento.

Ahora bien como última prueba de amistad se avienen a no incluir la suspensión como parte y efecto del ajuste de presas³¹². El derecho de Felipe V será resguardado mediante una protesta y declaración separadas del convenio pero entregadas al mismo tiempo³¹³. Al fin Keene se ve impotente para resistir más, y acepta las condiciones españolas pero la firma del convenio. El nueve de enero acusa recibo de la convención y el día once recibe la Declaración sobre el derecho del rey español de suspender el Asiento por abusos cometidos por sus usufructuarios³¹⁴. El catorce de enero de 1739 se firma la Convención del Pardo.

71

En su versión definitiva el convenio estipula que se trata de reparar los daños ya sufridos, y principalmente de negociar una solución a los motivos de conflicto existentes en América entre las dos naciones, señaladamente comercio y navegación, límites de Florida, y el Asiento de negros. Estas negociaciones habrán de comensar seis semanas después del cambio de ratificaciones, y terminar en ocho meses³¹⁵. Pero dentro de un plazo de cuatro meses Felipe V deberá pagar 95.000 libras al gobierno inglés en concepto de liquidación total de presas entre las dos naciones³¹⁶. No se hace mención alguna de la forma de pago del dinero, pero la Declaración española de diez de enero conmina a la Compañía a pagar pronto las 68.000 libras adeudadas a Felipe V, so pena de la suspensión del Asiento.

El ministerio español, confiando en la aceptación inglesa de este convenio, ordena el regreso a España de los azogues y galeones detenidos para su seguridad en Indias, y manda desarmar los navíos de guerra que se estaban preparando en los puertos españoles³¹⁷.

El veintiseis de enero llegan los correos de Madrid a Londres. Geraldino recibe una copia de la convención, junto con las ratificaciones de Felipe V y copias de otros papeles importantes de la fase final de la negociación, incluida la Declaración de diez de enero. Quadra manda al embajador entregar a Jorge II y la Compañía otra declaración igual a la suya de diez de enero, antes de hacer el canje de ratificaciones de la convención en Londres.

Newcastle se muestra "tan gustoso de la convención, como displicente de la Declaración."³¹⁸, diciendo de esta última que le extraña que Keene la haya admitido, porque Felipe V no habría comprometido su derecho con simplemente omitir declararlo, y sin embargo planteará problemas al ministerio inglés. Walpole manifiesta una reacción mixta similar a la del Duque. De momento se retrasa la apertura del Parlamento hasta mediados de febrero con el fin de preparar la información a dar sobre las negociaciones angloespañolas, y Geraldino infiere de esto y otros indicios que el gobierno inglés aceptará la convención tal como la firmó Keene en El Pardo³¹⁹.

No obstante, los ministros ingleses todavía el día dos de febrero protestan que la Declaración de Quadra de diez de enero resulta inaceptable. Temen ante todo cualquier apariencia de aprobación gubernamental de la suspensión del Asiento, pero Geraldino corta toda discusión diciendo no tener facultades para negociar ni desde luego admitir modificaciones en la convención. Al fin el día siguiente se le comunica al embajador español que el

consejo de la noche anterior ha decidido aceptar y ratificar la Convención del Pardo³²⁰. Geraldino sólo espera la confirmación de la aprobación por Jorge II para citar a los gobernadores de la Compañía con el objeto de entregarles copia de la Declaración de diez de enero. Igual entrega hace el cuatro de febrero a Newcastle, quien a su vez remite al embajador una copia del texto de la ratificación propuesta por el rey británico. En ella Geraldino repara en las palabras Quantum in nobis est³²¹, y exige su eliminación por considerar - sin duda justificadamente - que limitan la absoluta ratificación y aceptación del convenio, y podrían interpretarse como que el rey inglés, no teniendo autoridad para disponer de la propiedad de sus súbditos, no puede ceder los legítimos derechos de la Compañía. Los ingleses defienden la expresión durante unas horas, pero al fin se avienen a quitarla, y se celebra el canje de ratificaciones el 5 de febrero.

Al mismo tiempo los ministros se esfuerzan en persuadir a los directores de la Compañía para que paguen su deuda de 68.000 libras para con Felipe V. Se les hace comprender que el gobierno español no cederá más, y ahora se trata ante todo de evitar que se suspenda el Asiento³²². Los directivos empero aún piden a Geraldino seguridades de que se les concederán las demandas que tienen presentadas por Keene. Naturalmente el embajador español no entra ni en la discusión de esta proposición, limitándose a persuadir que Felipe V les tratará con la justicia debida, y haciéndoles ver que de ninguna manera se les admitirán más evasiones³²³.

La acogida de la convención en el Parlamento inglés no resulta muy prometedora. Es criticada duramente por la Oposición "sin observar aun los términos de circunspección y decencia con que regularmente se tratan los negocios", dice Geraldino, y llueven sobre el gobierno protestas de todos los sectores interesados en América, destacando la queja de que la convención no asegura ninguna protección de la navegación angloamericana³²⁴. Esta crítica no es justa pues la convención ha sido concebida como un ajuste preliminar sobre presas y no pretende abordar siquiera la definitiva solución de los conflictos angloespañoles sino es remitiéndolos a una negociación posterior. Sin embargo la Oposición no se propone ser justa ni lógica en sus críticas del gobierno, y Geraldino avisa repetidamente de las demagógicas actividades propagandísticas de la Oposición, "esparciendo todos los días escritos para inflamar el ánimo del Pueblo como si intentasen disponerle a una rebelión"³²⁵, y tachando la convención de "Infame y indecorosa."³²⁶

Respecto de la liquidación de presas, se critica la suma de 95.000 libras como escandalosamente insuficiente y se duda explícitamente de la intención española de pagarla³²⁷.

A pesar de este ambiente hostil y del ominoso silencio de Newcastle, Walpole logra la aprobación parlamentaria de la convención, bien que por una mayoría de votos muy exigua y tras una enconada lucha. Asimismo consigue que se expidan órdenes al almirante Haddock en Puerto Mahón para que regrese con su escuadra a Inglaterra³²⁸.

Sin embargo la lucha no ha terminado con estos triunfos de Walpole, y Geraldino medita sobre la precaria situación del primer ministro cara a las negociaciones venideras, porque tiene "muchos enemigos ocultos de la Primera Gerarquía y imprecionada contra él toda la Nación que cansada del preste. Gobierno manifiesta disposizion. a una resoluzion desesperada"³²⁹. Efectivamente, y sin buscar más lejos que en el ánimo belicista e independiente de Newcastle, Geraldino se entera de que se han expedido contraórdenes a Haddock para que permanezca en el Mediterráneo³³⁰. Walpole se ve precisado a justificar este proceder como una precaución necesaria en vista de la agitación generada por la Convención del Pardo, y el descrédito actual del gobierno inglés³³¹. Por estos mismos motivos y el deseo del gobierno de mostrarse decidido a defender los derechos ingleses, se manda también preparar provisiones y pertrechos para el armamento de más navíos de guerra en caso necesario. Tres navíos más irán a aumentar la escuadra de Jamaica, llevando órdenes para su comandante de escoltar los navíos meroantes que zarpen de Jamaica con destino a Inglaterra³³². La Oposición ha llegado a esparcir que el gobierno está obligado por un artículo secreto a facilitar a Geraldino las 95.000 libras para que pueda pagar la liquidación de presas y evitar la ruptura. Asimismo en un golpe de efecto teatral, ciento ochenta diputados parlamentarios de la Oposición han abandonado las sesiones bajo pretexto de corrupción gubernamental. Walpole empieza a temer que la presión popular obligue a la celebración de elecciones generales, lo cual significaría el fin de su ministerio. El embajador español describe el panorama político inglés con una envidiable clarividencia. "tal es la fermentación que sin misterio se publica ser el objeto de la oposizion. el derrivar al Primer Ministro. sean las que fueren las consecuencias pues tienen por sin duda el no poderlo conseguir sino empujando la nazione en una Grra."³³³

A principios de abril Geraldino avisa que el Parlamento ha votado tomar dos o tres semanas de vacaciones en Semana Santa, en vez de una como es habitual, con el fin de alargar las sesiones lo suficiente para que el Parlamento esté reunido aún cuando venga el plazo para el pago de las 95.000 libras a comienzos de junio³³⁴. De este modo la Oposición podrá comprobar si se pagan o no, y obrar en consecuencia. En definitiva el ambiente belicista inglés crece sin tregua, debilitando enormemente la autoridad y la capacidad maniobrera del gobierno de Walpole. El embajador español no pierde detalle, describiendo puntualmente la compleja situación política de Inglaterra: "la situación interior en que se halla este Gobierno pone al Primer Minfo en inexplicables embarazos, pues quisiere mantener la Paz y no sabe como proporcionarlo ni se atreve a complacer a sus contrarios haciendo la Grfa a vista del disgusto Genl. del Comun al presente Gobierno, la falta de Alianzas y la crecida deuda Nacional que le impide los recursos para mantener el Gasto en oazo que sea dilatada no obstante que puede tenerlos considerables para dos ó tres Campañas. El corto numero de votos a que esta reducida la mayoría en el Parlamento y la oposicion que el Duque de Newcastle hace en lo interior a las medidas Pacificas del Primr. Minfo. son tambien circunstanCIAS que embarazan sus objetos no obstante la confianza que posee de este Soberano con cuyo apoyo podrá mantener su Proyecto mientras algun incidente de la Negociacion pendiente en essa no le obligare a exponerlo al Parlamento, pues en este caso no parece possible que pueda resistir a la Oposicion."³³⁵

Sin embargo en Madrid las advertencias de Geraldino parecen ser ignoradas, mientras que todo el gobierno español hace gala de una inflexibilidad nacida de la honda convicción de tener la razón³³⁶. Es la terquedad española apoyada en una conciencia tranquila, y que sea lo que Dios quiera. Toda la justicia está de parte de España y los ingleses son los opresores, según los ministros españoles, sin pensar que en su día los derechos españoles en América fueron basados en la misma fuerza que ahora alimenta la agresividad inglesa. La España borbónica, que se siente renacer después de una larga noche de caos, debilidad y desmoralización, confía absolutamente en que tiene las fuerzas suficientes como para rechazar los ataques ingleses en América, e incluso para ocasionar graves daños a los ingleses mediante la guerra del corso³³⁷. Así pues creyendo tener una causa justa y fuerzas para

defenderla, el único cuidado del gobierno español está en no aparecer ante las demás potencias como el culpable de la ruptura. De allí que toda su política se reduzca a seguir las negociaciones haciendo leves concesiones formales o referentes a casos concretos, pero nunca variando la sustancia de la postura española. Lógicamente no se evidencian verdaderos deseos de llegar a las armas, pero tampoco se aprecia la más mínima inclinación a rehuir el conflicto armado. Esta política no se puede considerar como genuina y activamente pacifista. Sobre todo desde el comienzo del verano de 1738 se han ido desvaneciendo las esperanzas de un viable compromiso negociado, pues la postura española se ha ido endureciendo y ya no se piensa sino en obligar a los ingleses a aceptar los puntos de vista españoles.

Con esta idea el gobierno de Madrid espera el comienzo de las conferencias. A raíz de la convención, Keene presenta a Villarias un oficio de diecinueve de febrero pidiendo el cese de las depredaciones de los guardacostas españoles, que según él se comenten a diario y han estado a punto de provocar la ruptura entre las dos naciones³³⁸. La fría respuesta de Villarias mantiene sin estridencias el derecho español de defender el comercio y los dominios hispanoamericanos, esquivando con gran destreza diplomática las acusaciones y exigencias inglesas: "Por lo que mira a las violencias que supone v.s. que ejecutan los Guardacostas en America, no se les ha mandado que las practiquen, aun durante las pasadas diferencias ni omitido hasta ahora el corregirlas quando se han averiguado"³³⁹.

El embajador inglés se ve en la precisión de señalar la insuficiencia de esta respuesta y de insistir en su solicitud de "ordenes claras y precisas a America para poner fin enteramente a todas las violencias que se han cometido allí hasta ahora; y que durante el plazo señalado para las conferencias entre los plenipotenciarios, puedan disfrutar los súbditos de Su Magestad Británica, sin molestias ni impedimentos, de la libre navegación en los mares americanos, a la cual tienen derecho tanto por los tratados como por el derecho de gentes"³⁴⁰.

Evidentemente ambas partes han optado por prejuzgar el resultado de las conferencias sobre navegación y presas. Los ingleses pretenden implantar su libre navegación sin más pretexto que la conveniencia de mantener buenas relaciones para la duración de las conferencias. No hay nada en la convención del Pardo que avale esta pretensión, y plantearla en estos términos desvirtúa peligrosamente el alcance de dicha Convención. Los españoles se ciñen algo más a sus estrictas obligaciones legales, pero tampoco no habría debilitado excesivamente su posición al ofrecer expedir nuevas órdenes a

las autoridades americanas para la contención de los excesos de los guardacostas.

La inauguración de las conferencias a mediados de abril dista mucho de presagiar un feliz desenlace. Villarias manifiesta una honda repugnancia por la permanencia de Haddock en el Mediterráneo³⁴¹. No se trata tanto de lo que pueda hacer Haddock como de la poca airosa situación en que queda Felipe V ante las demás potencias. La afrenta resulta aun más importante teniendo en cuenta que ya se habían expedido órdenes para la retirada de la escuadra inglesa, en conformidad con el espíritu pacifista y amistoso de la convención, de manera que las posteriores contraórdenes pueden ser interpretadas como un cambio desfavorable en las intenciones británicas. Esta interpretación viene apoyada además por el armamento de otros tres navíos de guerra para reforzar la escuadra de Jamaica, acción igualmente reprochable al parecer del gobierno español³⁴². Tanto es así que Villarias instruye a los plenipotenciarios españoles que "hasta que se retire a Inglaterra la escuadra del almirante Haddock y se mande ejecutar lo propio a las que por motivo de los disgustos pasados se hallaren en la América, es consecuente que se ofrezcan poderosos estorbos a S.M. para ajustarse enteramente a lo convenido³⁴³". Esto es una amenaza de no pagar las 95.000 libras de la liquidación de presas en caso de obstinarse el gobierno inglés en sus medidas de fuerza³⁴⁴. De momento, en España se vuelve a emprender el armamento de los navíos de guerra que en febrero se habían mandado desarmar³⁴⁵. En definitiva, es una situación muy violenta que amenaza con hacer abortar las negociaciones antes de empezar³⁴⁶.

En la primera reunión de plenipotenciarios, celebrada en cinco de mayo, no se llega siquiera al canje de los poderes respectivos, porque Keene y Castres³⁴⁷ reparan en que los poderes españoles no son expresamente tan amplios como los suyos propios³⁴⁸. Por este motivo quedan paralizadas las conferencias hasta que Felipe V otorga nuevos y más amplios poderes a sus ministros³⁴⁹. El quince de mayo se procede al canje de los plenos poderes, y acto seguido se comunica verbalmente a los ingleses la decisión de Felipe V de no pagar las 95.000 libras mientras la escuadra de Haddock permanezca sobre las costas españolas y se persista en enviar a América los refuerzos de la escuadra de Jamaica. Keene y Castres protestan que semejante declaración debe hacerse por la vía normal del ministerio de Estado, y no como parte de las negociaciones especiales que se acaban de iniciar. No obstante dicen ignorar tanto el armamento de navíos para Jamaica, como que se hubiese ordenado el regreso de Haddock a Inglaterra, suponiendo que su permanencia en el Mediterráneo no se

opone a la convención ni a las conferencias de Madrid. Después de desentenderse de esta forma de la declaración española, los ministros ingleses proponen que se difiera la próxima reunión hasta el veintiseis de mayo pretextando las inminentes fiestas, pero según Chindurza es con el fin de ganar tiempo para recibir instrucciones sobre la declaración española³⁵⁰. El incipiente belicismo de la declaración española de quince de mayo viene ilustrado por los preparativos militares que se están emprendiendo desde abril, respecto de los cuales Villarias informa a Quintana que es "la intención del Rey que se celebren las conferencias con las armas en la mano, mientras no las depusiesen los Ingleses".^{350 bis}

Antes de la siguiente reunión el ministerio español a su vez toma una determinación muy significativa respecto de los puntos a tocar en las conferencias. El conde de Montijo ha hecho hincapié en la grave necesidad de exigir la restitución a España de la plaza de Gibraltar, ocupada por los ingleses desde 1704³⁵¹. Sin embargo, a pesar de la gravedad de este asunto, Villarias decide subordinarlo a los más candentes conflictos americanos, esbozando así un cambio importante en las prioridades de la diplomacia española³⁵².

Al reanudarse las conferencias a fines de mayo se tropieza con otra dificultad preliminar respecto del orden en que deberán ser discutidas las diferentes pretensiones. Los ministros españoles abogan porque se entregue por ambas partes una memoria exponiendo su punto de vista sobre todas las disputas. En cambio los ingleses prefieren negociar en primer lugar su pretensión a la libre navegación en América³⁵³. Justifican esta preferencia diciendo que las cuestiones de navegación, derecho de visita y presas son las primeras enumeradas tanto en la convención del Pardo como en los plenos poderes de unos y otros ministros. Acaso en función de este razonamiento insistieron los ingleses en la modificación de la redacción de la plenipotencia española. Además, dicen Keene y Castres, el punto de su navegación americana es el que más frecuentes y enconados conflictos ha provocado, por lo que debe arreglarse cuanto antes³⁵⁴.

La negativa española a esta proposición es inmediata y categórica, y se sugiere que puestos a conceder preferencia al tratamiento de alguna de las cuestiones pendientes, sin duda prefieren los ministros españoles arreglar primero la de los límites de Florida, porque creen que luego resultará más fácil resolver el problema de navegación, y en todo caso si fuese necesario establecer un orden de preferencia en la discusión de los diferentes puntos, lo facilitaría la previa entrega y estudio de las pretensiones respectivas³⁵⁵. Los españoles recelan que lo único que persiguen los plenipotenciarios ingle-

ses con esta proposición es evitar entrar en la discusión formal de los puntos y ganar tiempo hasta recibir instrucciones de Londres acerca de la declaración española de quince de mayo³⁵⁶.

Puede haber algo de verdad en esta apreciación, pero lo cierto es que los ingleses tienen un comprensible deseo de tratar el tema de navegación con prioridad sobre los demás. Es el tema que ha captado la imaginación popular inglesa, que ha movilizado los influyentes grupos de comerciantes, y que ha sido explotado por la Oposición para sus fines políticos. Además el gobierno inglés se encuentra en desventaja en la disputa sobre navegación: legalmente, porque los tratados más favorecen la postura española; y en la práctica porque frente a los excesos de los guardacostas españoles no queda más remedio que aguantarlos malamente o entregarse a las represalias en la segura inteligencia de que semejante política desencadenaría una escalada de desquites, y en última instancia una guerra abierta, en que el comercio y navegación angloamericanos resultarían perdedores.

Por lo tanto el verdadero propósito inglés parece ser realmente que se discuta con preferencia el punto de navegación, que es donde esperan obtener concesiones, sin revelar sus intenciones respecto de Georgia. Los ministros españoles se percatan en seguida de los riesgos que traería el admitir semejante procedimiento, pues "al ver la negativa de su pretendida libertad de navegar, es de rezar se retiren de conferir de los demás puntos."³⁵⁷ Para salvar este trance, sin conceder la preferencia pretendida por los ingleses, existen dos alternativas abiertas al gobierno español. Puede mantener su inicial postura de negociar todos los temas simultáneamente y sin dar prioridad a ninguno, o puede esforzarse en persuadir de la conveniencia de negociar en primer lugar sobre los límites de Florida³⁵⁸.

En principio el ministerio español opta por esta segunda alternativa, aunque el objetivo perseguido no es tanto el que se discuta primero sobre límites como que los ingleses renuncien a su preferencia por tratar de la navegación. Además Villarias manda a Quintana y Abarca advertir a los ingleses que en todo caso el tema a discutir es la navegación en América a secas, y que el adjetivo "libre" que ellos siempre adjuntan no figura en la convención del Pardo, y está por matizar aún³⁵⁹. El principal razonamiento español a favor de discutir primero la cuestión de límites, es que mientras no se delimiten exactamente los territorios ingleses en América, no se podrán fijar los rumbos permitidos a la navegación inglesa³⁶⁰, "pues siendo la navegación, á que puede la Inglaterra aspirar, solo aquella que se enderece a los Puertos, y parages; que en la América posea conforme á tratados; no estando liquidados estos, que

son el termino, y paradero; es impracticable el total arreglo de la navegación, que se considera como medio"³⁶¹. Evidentemente este planteamiento no sólo extiende el conflicto de límites de Florida a todos los territorios americanos, sino que equivale a prejuzgar una vez más el resultado de la negociación sobre navegación. En efecto, da por supuesto que se ha de resolver a base de rumbos, cuando precisamente toda la disputa surge del rechazo inglés de esta restricción. Empero el gobierno español nunca ha permitido siquiera el planteamiento inglés de este conflicto, en la convicción de que sólo cabe discutir si acaso los exactos rumbos autorizados para la navegación angloamericana.

Quintana y Aberia completan sus razones diciendo, con evidente acierto, que la convención del Pardo no establece explícitamente ningún orden especial para la discusión de los diferentes puntos. Recuerdan también como precedente relevante el procedimiento adoptado en las conferencias de Sevilla de 1732, de entregar cada representación un memorial de todas sus pretensiones.

En fin, sostienen que la disputa sobre navegación americana surgió con posterioridad a la de límites y que por tanto no tiene porqué disfrutar ahora de prioridad en su arreglo³⁶².

En la reunión de diez de junio los ministros ingleses rechazan el precedente de las conferencias de Sevilla diciendo que entonces no había una convención que estipulase los temas a discutir, y sí había un caos de numerosas pretensiones que hacía falta ordenar, especialmente en lo referente a presas. Ahora la convención del Pardo define claramente los temas a discutir, y no conduciría sino a perder el tiempo el ponerse cada representación a enumerar los agravios de su nación³⁶³. En efecto la convención del Pardo especifica que habrán de discutirse los puntos de navegación y límites en América, pero también deja la puerta abierta a otros puntos conflictivos, y sin duda los ingleses pretenden restringir el alcance de las discusiones e impedir que los ministros españoles desborden los intereses inmediatos con una lista exhaustiva de sus quejas contra Inglaterra. Esta apreciación viene confirmada por el argumento empleado inicialmente por Keene y Castres contra la relación existente entre límites y navegación: que la convención del Pardo no menciona más límites que los de Florida, y como Carolina es contigua no caben discusiones respecto del derecho inglés de navegar por el Canal de las Bahamas, se ponga la frontera donde se ponga³⁶⁴.

Es un esfuerzo evidente por excluir de las negociaciones todas las reclamaciones territoriales de España en otros lugares americanos.

Ahora bien, un reparo más peliagudo contra la postura española es el ya ²⁰ señalado de que no se puede apelar a los principios básicos en litigio "sin caer en el razonamiento vicioso llamado comunmente petitio principii " porque "los Plenipos. de S.M. [británica] se hallan en derecho de insistir en virtud de tratados en una navegación libre, é indeterminada con tal que los Subditos del Rey se abstengan de entrar en los Puertos,...perteneientes á S.M.C. en las Indias".³⁶⁵ Además, para poder sostener que la delimitación de las posesiones angloamericanas debe preceder a cualquier acuerdo sobre navegación, apelando al tratado de 1670 dicen los ministros ingleses que haría falta que dicho tratado nombrara individualmente los territorios exactos que avalen el derecho inglés de navegar entre ellos³⁶⁶. Sabemos que ese malhadado tratado dista mucho de semejante exactitud, y ahora su vaguedad sirve a los ingleses para argüir que en 1670 la principal preocupación de los gobiernos no era tanto delimitar los dominios angloamericanos como establecer el derecho inglés de navegar en aguas americanas. En fin, contradicen el razonamiento español sobre la antigüedad de sus quejas sobre límites, afirmando que ellos vienen quejándose sobre la interrupción de su comercio y navegación en América desde poco después de la paz de Utrecht³⁶⁷. Si bien esto es cierto, no lo es tanto que los ingleses hubiesen enunciado clara y oficialmente el concepto y la reivindicación de la libre navegación inglesa en mares americanos, antes de la crisis diplomática de 1738.

Los ministros ingleses mantienen pues su preferencia, pero también matizan verbalmente que no se trata de excluir los demás temas ni de ejecutar lo acordado respecto de navegación antes de arreglar los otros conflictos. De ello deducen los plenipotenciarios españoles que los ingleses acabarán aceptando negociar todos los puntos paralelamente³⁶⁸, que es el objetivo español³⁶⁹. Se acercan a ello con el acuerdo de presentar cada representación sus pretensiones respectivas³⁷⁰, y por fin el veinticinco de junio tras un mes entero dedicado al forcejeo sobre prioridad de los temas a discutir, los ingleses entregan sus pretensiones sobre navegación y los españoles hacen lo propio sobre Georgia³⁷¹.

En su memorial de veinticinco de junio Keene y Coates explican formalmente el derecho inglés a la libertad de navegación en mares americanos, arrancando sus razonamientos del artículo quince del Tratado de 1670³⁷². En consecuencia proponen que "sea convenido, y declarado, que no es, ni será de ninguna suerte permitido...detener, embargar, arrestar, visitar, ó examinar en mar los vageles, ó embarcaciones perteneientes á vasallos de las dos Naciones respectivas, en los mares de la América, bajo de qualquier motivo ó

pretexto que ser pueda".³⁷³

81

Los ingleses evidentemente intentan conceder un significado excesivamente amplio a la fatídica expresión "libertad de navegar", sacándola no ya del contexto general del tratado de 1670, sino del propio contexto del artículo quince, en el cual sobran alusiones a las prerrogativas españolas, y condiciones restrictivas del derecho inglés.

Quintana y Abaria contestan largamente en la reunión siguiente de primero de julio³⁷⁴. Llamen la atención sobre el reconocimiento y protección que asegura el mismo artículo quince a "las preeminencias, derechos, y dominios" del Estado español en Indias, e igualmente señalan que la libre navegación inglesa queda expresamente sujeta a la condición de no atentar contra el legítimo sentido del tratado en general. Mantienen que el derecho español español de visita y apresamiento es indiscutible porque es el único medio de hacer efectiva la prohibición de navegar y comerciar en los dominios hispanoamericanos. Proponen al final que se reconozcan estas prerrogativas españolas sin más discusión y que se pase a negociar más exactamente los modos de ejercerlas³⁷⁵. No hay pues ninguna concesión sino todo lo contrario. A raíz de sus disputas con Inglaterra, el gobierno español se ha propuesto oficialmente resucitar la antigua pretensión del dominio absoluto sobre América - territorios, frutos, habitantes y mares - en todo lo no explícitamente concedido a otras potencias por tratados internacionales.

La próxima reunión queda acordada para el ocho de julio, pero el día anterior Keene pretexto encontrarse indispuesto, y se suspenden las conferencias para no reanudarse ya más³⁷⁶.

Entretanto en Londres la gran preocupación de todos es si Felipe V pagará o no las 95.000 libras de liquidación de presas dentro del plazo estipulado. Los ministros ingleses manifiestan una "suma inquietud" a este respecto³⁷⁷, pero Walpole confía, al menos cara al público, que no habrá problemas y pide al Parlamento un crédito de 60.000 libras para completar la suma necesaria para indemnizar a los interesados en las presas³⁷⁸. Según se va acercando el fin del plazo señalado para el pago, Newcastle no oculta su impaciencia preguntándole a Geraldine directamente si tiene o no instrucciones de pagar. El embajador intenta esquivar el tranco diciendo que sabrá lo que tiene que hacer cuando expire el plazo³⁷⁹. Llegado el día (seis de junio), no se disipan las dudas inglesas pues ya se tienen noticias de la declaración del quince de mayo por la que el gobierno español se niega a hacer efectivo el pago mientras no se retire Haddock con su escuadra del Mediterráneo.

Walpole lamenta no poder retirar a Haddock, y señala que los tres navíos que se creían refuerzos para la escuadra de Jamaica de hecho permanecían sobre las costas inglesas. El ha hecho todo lo posible por mantener la paz, pero si no paga Felipe V las 95.000 libras ya no podrá contener a la Oposición ni sabrá siquiera qué decirles³⁸⁰.

El día siete de junio Keene exige el pago inmediato de las 95.000 libras de acuerdo con los términos de la convención del Pardo, pero Villarias naturalmente se niega, explicando luego a Geraldino que no se trata sólo del principio de no negociar bajo amenaza de fuerza, sino de una resolución eminentemente precavida teniendo en cuenta que ese dinero podrá servir para financiar los preparativos bélicos ingleses contra España³⁸¹.

La Cámara de los Lores porfía en preguntar formalmente al rey Jorge II si se ha efectuado o no el pago de las 95.000 libras. Newcastle contesta que ni se ha pagado ni se ha dado razón o disculpa alguna de su defecto por parte del gobierno español. En consecuencia, los debates giran en torno a si la convención del Pardo se ha roto o no, por incumplimiento de Felipe V, y se resuelve examinar próximamente el estado de la nación inglesa con el fin de medir sus fuerzas y recursos en caso de una guerra³⁸². El fermento político de Inglaterra y la generalizada conciencia de que cambios se avecinan hacen extremadamente huidizos y calculadores a los políticos ingleses, pues según cuenta Geraldino "aun queriendo evitar la Guerra los bien intencionados no se atreven a dar ningún paso que facilite la negociación antes bien procuran recomendarse para con el Público manifestando su disgusto hasta en la tibieza con que me tratan"³⁸³.

La noche del diecisiete de junio el Consejo Privado de Jorge II ordena una importante leva de marineros y el armamento de navíos de guerra, como consecuencia de los avisos de Keene y los cónsules ingleses en España sobre los armamentos reemprendidos en los puertos españoles desde abril. Geraldino cree que los ministros ingleses consideran ya inevitable la ruptura, y que su primer cuidado es reforzar la escuadra de Haddock³⁸⁴. Están pues lejos de satisfacer la demanda española de la retirada de dicha escuadra, y es dable suponer que la permanencia de Haddock en el Mediterráneo constituye una de las más eficaces causas inmediatas de la guerra de 1739. Tanto es así que el día siguiente recibe Geraldino una copia de la declaración española del quince de mayo, remitida por Villarias con instrucciones de enseñárselo a los ministros ingleses³⁸⁵. Está claro que no se va a retirar a Haddock y por lo tanto Felipe V no pagará las 95.000 libras de liquidación de presas. Para

83

los ingleses ese pago representa una prueba material de la buena fe española cara a las negociaciones en curso, y su frustración ofrece a la Oposición una inmejorable oportunidad para imponer su voluntad belicista. Walpole le dice con amargura a Geraldino que "nada podían ya hacer", y a partir de ahora se doblega el primer ministro enteramente a los dictámenes de los demás ministros en un esfuerzo por minimizar su responsabilidad personal en los acontecimientos siguientes.

Se van concretando los preparativos bélicos ingleses: doce navíos irán a reforzar la escuadra de Haddock y otros quince se prepararán bajo Norris quizás para el Báltico, o para América. Geraldino incluso señala los probables objetivos ingleses en Indias: Cuba o Puerto Rico, y los azogues³⁸⁶. En fin la leva de marineros se está realizando con toda urgencia, cogiéndose incluso las tripulaciones de los navíos mercantes cargados y listos para zarpar. Se han nombrado los altos mandos militares y enviado cartas al comandante de la escuadra de Jamaica. Diez regimientos vendrán de Irlanda: seis para Inglaterra y cuatro para Escocia³⁸⁷. También se enteró Geraldino de un proyecto de expedición a El Ferrol para incendiar sus astilleros³⁸⁸, pero enseguida pierde el control de la situación y confiesa no saber ya cuántos navíos se están armando en total ni adónde se destinarán³⁸⁹.

Hacia finales de julio se publica en Inglaterra la autorización de represalias contra navíos y efectos españoles, tanto para navíos de guerra como para todos los particulares que quieran solicitar patentes³⁹⁰. El gobierno inglés considera que tiene derecho a hacerlo por el tratado de 1670, y Geraldino cree que todavía intentarán evitar una declaración de guerra abierta³⁹¹. De momento a los que acuden en seguida al Almirantazgo para pedir patentes de represalia, se les informa que no podrán extenderse hasta dentro de una o dos semanas, por necesidad de establecer con exactitud sus términos³⁹². La causa de esta aparente vacilación podría ser no obstante los coletazos de división interna del ministerio inglés, o acaso un último y torpe intento de forzar con estas amenazas de inminente guerra una rendición del gobierno español. Sea como fuere se conocen los términos de las patentes el último día de julio³⁹³, y las tres primeras se libran el día cinco de agosto.

La gravedad de esta publicación de represalias es extrema, pues constituye virtualmente una declaración de guerra. Autoriza a apresar navíos y efectos de cualquier español, o residente en dominios españoles³⁹⁴, y estipula la obligación de socorrer y liberar a cualquier navío inglés que hubiesen aprehendido los españoles³⁹⁵. Además, el embajador español lleva ya quince días sin

verso con los ministros ingleses, y casi se puede hablar de una ruptura diplomática consumada de hecho si aún no oficialmente. Entretanto los preparativos bélicos se continúan con vigor y determinación³⁹⁶. El contra-almirante Vernon se dispone a tomar el mando de nueve navíos de línea, con instrucciones de zarpar inmediatamente para América, pero manteniéndose algún tiempo sobre las costas gallegas, con el propósito de interceptar los azogues³⁹⁷.

Los navíos mercantes ingleses en los puertos españoles reciben el aviso de abandonarlos en dos días, evidentemente para prevenir contra represalias o embargos por las autoridades españolas³⁹⁸.

El 31 de julio llegan a Londres noticias de Keene confirmando la inamovible resolución del gobierno español, y avisando de los preparativos militares en España³⁹⁹. El catorce de agosto se despachan a Keene órdenes de pedir pasaportes para retirarse⁴⁰⁰.

La actitud del gobierno español ante el fracaso de las conferencias y las inequívocas señales de una inminente guerra resultan increíblemente calmosas, hasta el extremo de parecer casi indiferente. Villarias informa a Geraldino sobre la suspensión de las negociaciones, revelando al mismo tiempo una postura pasiva en la diplomacia, que luego se hará defensiva en la guerra. Toda la iniciativa debe partir de los ingleses: "después de aver declarado Mr Keene que se hallaba con orden para suspender las conferencias, no ha dado otro paso, que descubre mas la intencion de esa Corte. Aquí se espera con tranquilidad qualquiera que sea, por qe. del mismo modo que oyó Su Magd. gustoso las proposiciones de la Paz, abrazará contento las inquietudes de la Guerra"⁴⁰¹.

Tales afirmaciones sugieren una tremenda confianza en la capacidad española para resistir una guerra. Esa confianza arranca del sentimiento de no poder hacer otra cosa, aunque se quisiese, pues en defensa de los derechos y el honor de España es preciso contestar a la fuerza con la fuerza. No parece vislumbrarse ninguna disposición a sacrificar el honor por la paz. Se trata pues de una política sumamente idealista, y más que eso, legalista. Así mismo el gobierno español confía en poder limitarse a una guerra defensiva, en la cual el mayor desgaste de recursos humanos, materiales y psicológicos, lógicamente tocará a los ingleses. Por otra parte, en un plano más agresivo los ministros españoles cuentan con poder causar grandes daños al comercio inglés hostigándolo mediante guardacostas y corsarios, sangrando así esta vital fuente de riqueza y poder de Inglaterra, con poco o, ningún gasto del erario público español.

De acuerdo con esta actitud, resulta cautelosa la reacción española a la noticia de la publicación de represalias generales. Se podría hablar incluso

de una política de acción retardada, cuya finalidad es justificar la causa española ante el mundo, y que no haya dudas acerca de quien ha sido el agresor. Consiguientemente se esperan todavía dos semanas largas antes de publicar la decisión del gobierno español, y a mediados de agosto escribe Villarias "S.M...ha resuelto, según las máximas de dejarse cargar de razón sufriendo los primeros insultos, para q. no quede duda de haber sido ellos los infractores, y para q. así puedan esos señores /los franceses/ justificar su Declaración por nosotros y tener motivo los holandeses y portugueses para mantenerse neutrales"⁴⁰².

El día veinte de agosto tras poner a salvo la justicia y condescendencia de la actuación de Felipe V y sus ministros en sus tratos con el gobierno inglés, se resuelve autorizar también las represalias generales contra navíos y bienes ingleses⁴⁰³. Poco después se expiden a Geraldino instrucciones de retirarse de la embajada de Londres⁴⁰⁴. La ruptura es ya un hecho a mediados de septiembre. Sólo faltan las declaraciones formales de guerra.

Pese al estado de guerra en que se encuentran España e Inglaterra de hecho desde agosto de 1739, la declaración oficial de guerra por parte de Inglaterra no se hace hasta el treinta de octubre, y la española se retrasa todavía hasta el veintiseis de noviembre. La declaración inglesa se refiere casi exclusivamente a la disputa sobre navegación y presas en América como causa de la guerra. Afirma que la libertad de navegar viene confirmada y reconocida por el tratado angloespañol de 1670, pero que su justificación principal está en el derecho de gentes⁴⁰⁵. Esto es una relevante modificación de los razonamientos ingleses ante el ministerio español, y sin duda está concebida para interesar a otras potencias marítimas en la pretensión inglesa de libre navegación.

El gobierno español espera la declaración de guerra inglesa antes de publicar la suya. Se trata nuevamente de justificar ante la opinión europea que España rompe la paz obligada absolutamente por la agresividad inglesa y sólo en defensa propia⁴⁰⁶. Por esta misma razón se hace imprimir en noviembre de este año una explicación detallada del desarrollo de las disputas entre ambas naciones, con el fin de eximir a Felipe V de toda acusación de belicismo infundado e injusto⁴⁰⁷.

Se pasa lista a todos los motivos de queja que tiene España contra Inglaterra, incluso los que no han sido causas inmediatas del rompimiento, como la protección de moros en Gibraltar; para terminar acusando al gobierno inglés de sólo aparentar querer una paz negociada, cuando en realidad ha que-

rído lograr alguna ventaja a la hora de declarar la guerra.

86

Según esta versión oficial española, los ingleses siempre pensaban en empezar la guerra con buen pie mediante un golpe de sorpresa contra los azogues u otros ricos navíos españoles de la carrera de Indias. Para asegurar el éxito se propusieron confiar al gobierno español mediante unas negociaciones falsas, en las que uno de los primeros oficios ingleses no hacía más que repetir las pretensiones adelantadas por Keene en febrero, y rechazadas entonces con razones por España. Este paso se dio previendo la misma respuesta negativa del ministerio español, con el fin de señalarla como motivo de los subsiguientes actos bélicos ingleses⁴⁰⁸. En apoyo de dicha interpretación, se aporta el dato, obtenido de unos marineros ingleses apresados cerca de Bahía Honda, de que un paquebote llegó a Jamaica el diez o doce de julio avisando de la declaración de guerra y comunicando órdenes de hostilizar a los españoles, lo cual se puso en práctica el día veintiuno. Este relato parece indicar que el paquebote con las instrucciones de emprender hostilidades debió salir de Inglaterra a fines de mayo, casi dos meses antes de la publicación en Londres de represalias, y estando aún en plena negociación en Madrid, de manera que no es posible desconocer la mala fe inglesa durante esas conferencias. Las dilaciones de Keene y Castres antes y después de iniciadas las negociaciones parecen avalar esta misma conclusión⁴⁰⁹.

Por apologética que parezca esta teoría oficial española, no es imposible que contenga un grano de verdad, pues si bien Walpole y Keene hay que acreditarlos con sinceras intenciones pacifistas, se han visto obligados a claudicar ante la invita Minerva⁴¹⁰ de Newcastle y la Oposición encaramados en la ola de descontento popular. Entonces nos encontramos con que el primer ministro inglés tuvo suficiente autoridad para esforzar la conveniencia de un acuerdo negociado, pero no tuvo la suficiente para frenar las abusivas pretensiones inglesas. Así se emprendieron unas negociaciones destinadas al fracaso, porque si los ingleses no estaban dispuestos a aceptar un compromiso, mucho menos dispuesto estaba el gobierno español a hacer concesiones. No obstante, España tenía que seguir el juego diplomático de las negociaciones inútiles por querer dar la apariencia de buena voluntad y "dejarse cargar de razón", asumiendo el papel de inocente víctima de las agresiones inglesas.

Las respectivas pretensiones inglesas y españolas en materia de navegación americana eran del todo incompatibles, y además no había un verdadero deseo, ni de una ni de otra parte. En el tema de la navegación los ingleses tenían razón suficiente como para persuadirse de que la tenían toda, mientras

que entre los ministros españoles sólo disenta el marqués de la Regalía de que toda la justicia estaba de su parte. Los ingleses confiaban en poder vencer, los españoles en poder resistir. El enfrentamiento posible requería solamente un elemento catalizador para convertirse en realidad. Ese elemento es sin duda la crisis política interna de Inglaterra. Había irrefrenables ganas de cambio, de movimiento, y si era necesario, de guerra.

¿Acaso se habría evitado la guerra en este momento si Walpole hubiese cedido el poder de buena gana antes de estallar la crisis diplomática con España? Lo cierto es que Walpole luchaba casi sólo por la paz, y lógicamente no consiguió más que retrasar la ruptura⁴¹¹. El hecho de que ese tiempo de incertidumbre fuera aprovechado maliciosamente por las fuerzas belicistas inglesas no significa necesariamente que el gobierno inglés así lo había previsto, como acusaron los españoles. Ahora bien, que los belicistas estaban activos durante las frustradas conferencias de Madrid no se puede dudar, y la única salvedad que cabe hacer es que tampoco se dormían los ministros españoles cara a la posible guerra durante este tiempo. El embajador Keene los describió como mezquinos, tercos y alejados de la realidad⁴¹². Sus frases quizá resulten demasiado cáusticas, pero lo cierto es que inflexibles y utópicos, sí que eran los políticos españoles desde la muerte de Patiño, cuyo último consejo a los reyes fue que mantuviesen la paz. En ellos el reformismo borbónico se reflejaba hacia el exterior como un irredentismo legalista que miraba más al pasado que al presente, y que desde luego no era muy afortunado en los tiempos que corrían.

- 1 Durante los diecinueve años inmediatamente anteriores a la declaración de guerra de 1739 disponemos de las cifras elaboradas por Antonio García-Baquero en Cádiz y el Atlántico (1717-1778), Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1976, II, pp. 212-16. El total de exportaciones vía Cádiz a América en flotas, galeones, avisos, registros y navíos mixtos, reducidas a toneladas de aforamiento, da una media anual de sólo 3.785 toneladas, con fuertes oscilaciones de año en año, alcanzando un máximo de casi 11.000 toneladas en 1732 y un mínimo de 38 toneladas en 1734.
- 2 El mito de Eldorado había evolucionado desde la época del descubrimiento y conquista de América, hasta desembocar a principios del siglo XVIII en el nuevo mito del moroso hispanoamericano que se encuentra en el fondo de las rivalidades europeas por el comercio de las Indias españolas a lo largo del siglo. En realidad la capacidad de absorción de este soñado mercado era mucho más reducida de lo que creían los europeos, pues de hecho se dieron varios casos de saturación del mercado y depresión de precios. Véase Richard Pares, War and Trade in the West Indies, 1739-1763, Nueva York- Oxford, Oxford University Press, 1936 (repr. en Londres, Frank Cass and Co., Ltd., 1963), p. 5.
- 3 Una introducción a las relaciones comerciales francoespañolas en este período pueden ser los trabajos de Enrique Sée, especialmente "Esbozo de la historia del comercio francés en Cádiz y en la América española en el siglo XVIII", en Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, VI, Buenos Aires, 1927, pp. 193-212, y León Vignols, "El Asiento francés (1701-13) e inglés (1713-50) y el comercio franco-español desde 1700 hasta 1730. Con dos memorias francesas de 1728 sobre estos asuntos", Anuario de Historia del Derecho Español, V, Madrid, 1928, pp. 266-300.
- 4 Pierre Muret, La Prépondérance Anglaise (1715-1763), París, Presses Universitaires de France, 1937 (1949³), p. 1, inicia su obra afirmando que la explotación comercial de la América española era el objetivo más importante de toda la política inglesa en la primera mitad del siglo XVIII.

- 5 Justo Zaragoza, Piraterías y agresiones de los ingleses y otros pueblos de Europa en la América española desde el siglo XVI al XVIII, deducidas de las obras de D. Dionisio de Alsedo Herrera, Madrid, 1883, p. 90.

- 6 George H. Nelson, "Contraband trade under the Asiento, 1730-1739", American Historical Review, LI, Nueva York, 1945, pp. 55 y 62, afirma que la Compañía inglesa se daba cuenta de que el contrabando particular empezaba a imponerse en el mercado hispanoamericano hacia 1736.

- 7 Georges Scelle, La Traite Nègrrière aux Indes de Castille, París, Librairie de la Société du Recueil J-B Sirey et du Journal du Palais, 1906, II, p. 531, nota 1, cita Lexington a Lord Dartmouth, Madrid 20 octubre 1712, "Y think we had better stick to our clandestine trade, wich by the Assiento we have entirely to ourselves."

- 8 "Tratado del Asiento de negros, Madrid 26 marzo 1713", Artículo adicional, en Alejandro Cantillo (ed.), Tratados, convenios, y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras las potencias extranjeras los monarcas españoles de la casa de Borbón. Desde el año 1700 hasta el día, Madrid, Imprenta de Alegría y Charlain, 1843-69, I, p. 69.

- 9 Muret, 1937, p. 399. Pares, 1936, p. 11, llega incluso a decir que todo el mundo veía que los términos mismos del tratado facilitarían el contrabando.

- 10 El Intendente de Marina y Presidente de la Casa de la Contratación, Francisco de Veras y Valdés, afirmó en 1725 que "no se ignora que los ingleses no hicieron el empeño del Asiento por el útil que habían de conseguir en la compra y venta de los negros, porque todos sabemos a lo que puede llegar; sólo fueron con el fin de entrar y salir libremente con opa de asiento en todos los puertos de América", en "Informe sobre la Memoria entregada reservadamente por el mariscal de Tessé", AGE, Estado, leg. 6866, cit. por María Dolores Gómez Mollada, "El contrabando inglés en América. Correspondencia inédita de la factoría de Buenos Aires", en Hispania. Revista Española de Historia, X, Madrid, 1950, p. 365.

- 11 Nelson, 1945, p. 65, afirma que al menos el 90% del contrabando practicado por la Compañía se hizo en navíos negreros.

- 12 Era notoria esta práctica y fue duramente criticada por los comerciantes franceses, y a su vez por el gobierno francés que presentó una protesta formal contra éste y otros abusos de la Compañía en el año 1728. Véanse Basil Williams, "The foreign policy of England under Walpole.VI", English Historical Review, 16, 1901, núm. LXIII, p. 449, y Vignols, 1928, pp. 266-300. La venta de mercancías transportadas en los navíos negreros se prohibió por el artículo 22º del Tratado del Asiento, aunque el 23º permitía la venta de las provisiones si estaban en peligro de corromperse por no poder consumirlas. Cantillo, 1843, pp. 63-4.

- 13 Nelson, 1945, p. 59.

- 14 Dionisio de Alsedo y Herrera, Aviso histórico, político, geográfico, ... del Perú, Tierra-Firme, Chile y Nuevo Reyno de Granada...desde 1535 hasta 1740..., Madrid, 1740, edición de J. Zaragoza, 1883, pp. 205-6.

- 15 Vera Lee Brown, "Contraband trade: a factor in the decline of Spain's empire in America", en Hispanic American Historical Review, 8, 1928, núm. 2, p. 180.

- 16 Tratado del Asiento, artículo 34, en Cantillo, 1843, p. 67.

- 17 Declaración jurada del confidente Mateo Plowes, Oficial de la Secretaría de la Compañía del Mar del Sur. París, 19 mayo 1729. AGN, Estado, leg. 2370 (antiguo 7017), publ. por Gómez Mollada, 1950, pp. 366-9.

- 18 Declaración jurada del confidente Juan Burnett. París, 3 febrero 1729, AGN, Estado, leg. 2370, cit. por Brown, 1928, p. 180.

- 19 Id., cit. por Olga Fantaleño, A penetração comercial da Inglaterra na América Espanhola de 1713 a 1783, São Paulo, Universidad, 1946, p.108.

- 41
- 20 Arthur S. Aiton, "The Asiento treaty as reflected in the papers of Lord Shelburne", Hispanic American Historical Review, 8, 1928, núm. 2, p. 174.
 - 21 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 208.
 - 22 Declaración jurada del confidente Mateo Flowes, 1729, cit.
 - 23 Merewether a Burrell, Jamaica 20 noviembre 1737 y 6 febrero 1738, Shelburne Mss. XLIV, 807 y 798, cit. por Nelson, 1945, p. 59. Aiton, 1928, p. 174 aporta otros datos que prueban que los factores introducían negros ilícitamente en los puertos españoles.
 - 24 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 252.
 - 25 Nelson, 1945, p. 59.
 - 26 Gómez Nollada, 1950, p. 356.
 - 27 Declaración jurada del confidente Mateo Flowes..., 1729, cit. También menciona otro caso del hijo de un oficial real de Cartagena, que embarcó para Londres en el Real Jorge. El transporte de súbditos españoles o de su dinero en los navíos de la Compañía estaba expresamente prohibido por el Tratado del Asiento, artículo 17º. Cantillo, 1843, pp. 62-3.
 - 28 Tratado del Asiento, artículo 18º, Cantillo, 1843, p. 63, dice que la Compañía tenía el derecho de confiscar cualquier negro introducido en las Indias españolas por otro agente no autorizado.
 - 29 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 209.
 - 30 Merewether a los directores de la Compañía, Jamaica 6 mayo 1739, Shelburne Mss. XLIV, 729, cit. por Nelson, 1945, p. 59.
 - 31 Tratado declaratorio de algunos artículos del asiento de negros que se pactó el 26 de marzo de 1713 con Inglaterra, concluido en Madrid el 26 de mayo de 1716, artículos 4º y 5º. Cantillo, 1843, pp. 172-3. Se concedió este privilegio sólo para el puerto de Buenos Aires, porque un navío

procedente de Africa no tropesaría con ningún puerto inglés en esa ruta. Para las demás factorías podrían descargar las mercancías en las islas inglesas del Caribe.

- 32 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 211, e Informe de Francisco de Varas y Valdés sobre la Memoria entregada por el mariscal de Tessé, cit.
- 33 Se prohibió la internación de mercancías a cargo de los agentes de la Compañía en 1729. Extracto de las Reales Cédulas y demás Papeles que deuen tenerse presentes sobre el Asiento de Negros y permisión del Nauio de toneladas, núm. 17. AGS, Estado, leg. 7633.
- 34 García-Baquero, 1976, pp. 246-53.
- 35 Tratado declaratorio de 26 mayo 1716, artículo 8º. Cantillo, 1843, p. 174.
- 36 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., pp. 204 y 222.
- 37 Declaración jurada del confidente Juan Burnett, París, 3 febrero 1729. AGS, Estado, leg. 2370, cit. por Gómez Holveda, 1950, p. 351.
- 38 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 223. Justo es decir que estas prácticas picarescas eran muy comunes en todos los navíos de la Carrera de Indias, y no privativas de los ingleses. García-Baquero, 1976, pp. 215-24.
- 39 Extracto de las Reales Cédulas sobre el Asiento de Negros..., cit., núm. 18 y 19.
- 40 Declaraciones juradas de los confidentes Plowes y Burnett, cits. Plowes afirmó que el Rorl Jorge de 1723 cargó más de 100 toneladas de "ricos efectos" en San Cristobal antes de proseguir para Cartagena.
- 41 Id.
- 42 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 206.

- 43 Aiton, 1928, p. 175.
- 44 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 205.
- 45 Geraldino a Patiño, Londres 8 y 15 de septiembre, y 27 de octubre 1735, (copias), AHN, Estado, libro 704.
- 46 Shelburne Mss. XLIV, 817-821, 833, 867, cit. por Aiton, 1928, p. 175, y Nelson, 1945, p. 60, refieren casos ocurridos en 1737. Pares, 1936, pp. 21-2, explica que la marina real tenía muchas y buenas oportunidades para hacer el contrabando porque el Almirantazgo a menudo enviaba navíos de guerra a las Indias Occidentales vía la costa atlántica de África, donde se embarcaban negros por cuenta de los oficiales.
- 47 Geraldino a Torrenueva, Londres, 2, 16 y 23, mayo, 1737, (copia), AHN. Estado, libro 708.
- 48 Id., 20 junio 1737, (copia), libro cit.
- 49 B.M., Add. Mss. 38373, ff. 130-1, cit. por Pares, 1936, pp. 22. Hugh Hume Campbell, A state of the rise and progress of our disputes with Spain and of the conduct of our ministers relating thereto, Londres, 1739, escribiendo con agresivo tono belicista, critica esta Declaración de 1732 diciendo que con ella admitió el gobierno inglés una falta inconfesable, al menos en público, debilitando así la postura inglesa.
- 50 Geraldino a Patiño, Londres 22 septiembre 1735, (copia), AHN, Estado, libro 704.
- 51 Quadra a Keene, 26 mayo 1738, (original), PRO., State Papers, 94/130, cit. por Pares, 1936, p. 26.
- 52 Pares, 1936, p. 21. Brown, 1928, p. 180, señala que esta felicidad dada a los contrabandistas privados movió al gobierno español a protestar y a exigir su eliminación.
- 53 Pares, 1936, p. 21.
- 54 Alsedo, Aviso histórico.... ed. cit... n. 108.

- 94
- 55 Diario del Viage de la fregata Aombrada la Candelaria su capitán D. Antonio de Cortayre para el puerto de la Vera-Cruz desde el de la Guayra de donde dio vela en 24 de noviembre de 1718. AGN, Estado, leg. 7607, cit. por Brown, 1928, pp. 181-2.
- 56 Aiton, 1928, pp. 170-3. Brown, 1928, pp. 182-6, Nelson, 1945, pp. 57 y 62. Joyce Elizabeth Harman, Trade and Privateering in Spanish Florida 1732-1763, San Agustín, St. Augustine Historical Society, 1969, pp. 12-22. William Stephens, A Journal of the Proceedings in Georgia, beginning October 20, 1737, Londres, 1742, reimp. Ann Arbor, University Microfilms, Inc., 1966, I, pp. 81, 172, 252, 357, 449, II, p. 25, 72-3, 123, 125, 145, etc.
- 57 Con esta aseveración comenzaron su informe sobre el comercio ilícito Jorge Juan y Antonio de Ulloa, Noticias secretas de América, ed. de Buenos Aires, Ediciones Mar Oceano, 1953, p. 158.
- 58 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 250.
- 59 Los mercaderes de Panamá a veces llegaban a Portobelo disfrazados de pobres campesinos, y después de efectuar sus compras volvían a través de los bosques cargando los paquetes en sus espaldas. Pares, 1936, p. 21. Otras veces viajaban de noche con una recua de mulos y simulando que iban a vender víveres en Portobelo. Gómez Mollada, 1950, p. 349.
- 60 Brown, 1928, pp. 181-2. Muret, 1937, pp. 399 y 409. Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., pp. 198-9. Pantaleón, 1946, pp. 154-5 y en mapa aparte al final ofrece planos mostrando las zonas principales de penetración inglesa en Hispanoamérica, y las bases inglesas en el seno mejicano y mar Caribe.
- 61 Elena Studer, La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII, Buenos Aires, Universidad, 1958, p. 210, nota 1, de la lista siguiente de artículos hallados a bordo del navío de la Compañía Wootle en Buenos Aires, en 1726: "cuchillas, cucharas, limpiadientes, anteojos largavista, peines de asta, marfil, cuchillas de tajar plumas, tijeras de acero, navajas, tornillos, botones de metal, de vidrio, cajitas para

polvillo, medias de hombre y de mujer, etc, vasos, saleros, sombreros finos, baúles,...", en Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Div. Colonia, Sección Gobierno, Asiento de los Ingleses, Documentos varios, 1718-1774.

- 62 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., pp. 250-3. Brown, 1928, pp. 182-3. Nelson, 1945, pp. 61-3. Gómez Mollada, 1950, pp. 351-4. Harman, 1969, pp. 12-24 y 83-91. Pantaleão, 1946, pp. 181-200, trata algo más detenidamente todos los objetos del comercio anglo-hispanoamericano.
- 63 Diario del Viage de la fragata nombrada "la Candelaria" su capitán D. Antonio de Cortayre..., cit. por Brown, 1928, pp. 181-3.
- 64 Memoria sobre el comercio ilícito de los ingleses en Nueva España, entregada reservadamente por el mariscal de Tessé, 20 enero 1725, AGS. Estado, leg. 6866, cit. por Gómez Mollada, 1950, p. 354.
- 65 Juan y Ulloa, Noticias secretas..., ed. cit., p. 167.
- 66 Los factores de Buenos Aires a los directores de la Compañía del Mar del Sur, 4 de abril 1718. AGS, Estado, leg. 2370 (antiguo 7017), cit. por Gómez Mollada, 1950, pp. 355-6.
- 67 A Grimaldo, de Buenos Aires, 2 agosto 1725, AGS, Estado, leg. 6864, cit. por Gómez Mollada, 1950, p. 353.
- 68 Studer, 1958, p. 209.
- 69 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 250.
- 70 Memoria sobre el comercio ilícito, cit., en Gómez Mollada, 1950, p. 351. Es posible que Tessé tomara este dato de Savary des Bruslons, Jacques, Dictionnaire Universel de Commerce, Paris, Jacques Estienne, 1725, 2 vols I, pp. 951-2.
- 71 Nelson, 1945, p. 66, nota 74.

- 72 An Address to the Proprietors of the South Sea Capital, London 1732, y B.N., Add. Mss. 25507, f. 22, cit. por Nelson, 1945, p. 61.
- 73 Aiton, 1928, p. 175.
- 74 Nelson, 1945, p. 66, nota 74.
- 75 Id., pp. 63-5.
- 76 Alsedo, Aviso Histórico..., ed. cit., pp. 266-7.
- 77 Pares, 1936, pp. 4-5. Juan y Ulloa, Noticias secretas..., ed. cit., pp. 172-3.
- 78 Merewether y Manning a Burrell, Jamaica 17 enero 1737, Shelburne Mss. XLIV, 868-9, cit. por Nelson, 1945, p. 57.
- 79 Véase arriba, p. 9.
- 80 Rivera al Rey, Guatemala 10 mayo 1737, AGI, Guatemala, 65-6-33, cit. por Brown, 1928, p. 185.
- 81 James Houston, Memoirs..., London, 1753, p. 249, cit. por Nelson, 1945, p. 58.
- 82 Correspondencia de Barrenechea, 1727, AGS, Estado, leg. 2370, cit por Gómez Mollada, 1950, p. 349. Nelson, 1945, p. 58, sugiere que Montijo, siendo Presidente del Consejo de Indias, pudo recibir sobornos de la Compañía, e incluso había un plan para ceptar a Patiño, aunque sus datos no parecen suficientes para afirmar que se logró. Sin embargo parece fuera de toda duda que varios ministros españoles recibían dinero de Keene, como él atestigua: "I must desire you to break open my packet to the South Sea Company, you will find something that is not to be sent to those gentlemen, the remains you will be pleased to send to them by a safe hand, they contain several original receipts for sums I pay to the ministers and others of the Junta. You will easily conceive the reasons of my supercherie ways and means I think are of so sacred and

tender a nature that they ought only to be divulged where all secrets are or ought to be deposited". Keene a Delafaye, Madrid 9/20 enero 1734, P.R.O., SP94, vol. 119, cit., por Hildner, 1938, p. 331.

- 83 Declaración jurada del confidente Mateo Flowes, cit.
- 84 Id.
- 85 Id.
- 86 Juan Myles, director de la Compañía, a Casafuerte [1724], (minuta), AGS, Estado, leg. 2370, cit. por Gómez Mollada, 1950, pp. 358-9.
- 87 Tratado del Asiento, artículo 13º, Cantillo, 1843, pp. 61-2.
- 88 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., pp. 209-10.
- 89 Juan y Ulloa, Noticias secretas..., ed. cit., p. 166.
- 90 Shelburne Mss., XLIII, 221-5, cit. por Aiton, 1928, p. 171.
- 91 Los factores a los directores de la Compañía, Buenos Aires 21 septiembre 1718, AGS. Estado., leg. 2370, (7017), cit. por Gómez Mollada, 1950, p. 362.
- 92 Truppe a los directores de la Compañía, Buenos Aires 8 noviembre 1718, AGS, Estado, leg. 2370 (7017), cit. por Gómez Mollada, 1950, pp. 362-3.
- 93 Geraldino a Torrenueva, Londres 28 noviembre 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708, y Campbell, A State of the Rise and Progress..., 1739, cit. p. 11.
- 94 Brown, 1928, p. 180.
- 95 Aiton, 1929, p. 172.
- 96 Gómez Mollada, 1950, p. 363.

- 97 En este contexto resulta un tanto ingenuo hablar de "la falta total de sentido de responsabilidad patriótica de los comerciantes hispanos y de los oficiales reales, que se dedicaban sin ningún escrúpulo al medro personal". En Id., p. 338; aunque quizás las circunstancias políticas de España en 1950 ayuden a comprender semejante historiografía.
- 98 Soelle, 1906, 2, p. 691 y Vignols, 1928, p. 279, opinan que el contrabando funcionaba como una válvula de escape de tensiones e inclinaciones independentistas permitiendo la pervivencia del Imperio español.
- 99 Une Mémoire pour servir de réponse aux ministres d'Espagne sur l'indult, joint à la lettre du Garde des Sceaux à Rottemburg, 2 mars 1728, A.E. Espagne, tome 353, f. 144 et 296, publ. par Alfred Baudrillart, Philippe V et la Cour de France, Paris, 1890, t. 3, p. 578, hablando del contrabando inglés dice "Tout le monde sait qu'il n'y a jamais eu dans les Indes espagnoles un gouverneur, ni un juge à l'épreuve de l'argent", señalando como causa que "les gouverneurs qui reviennent des Indes sans avoir de quoi donner aux conseillers du Conseil des Indes sont jetés en prison sous un prétexte."
- 100 Juan y Ulloa, Noticias secretas..., ed. cit., p. 162, subrayado mío.
- 101 Id., p. 165, dicen del contrabando que "parecía haberse borrado la idea de que era trato ilícito ni que estaba sujeto a castigo; al contrario, este negocio se hacía como una cosa establecida.
- 102 Id., p. 163. Un oficial a lo mejor tenía que hacer frente a una acusación de traición, con lo cual hacía estridente demostración de rectitud, o quizás las circunstancias no le permitían evitar una muestra al menos de actividad represiva, o aún más sencillo, podía desear vengarse de algún engaño o agravio personal.
- 103 Id., p. 165. Es posible que el virrey exagerase o incluso inventase esta historia para mejor justificar su propia desidia o incompetencia en frenar el contrabando. Pero ello naturalmente más bien corroboraría que un virrey, entre no querer y no poder, de hecho no impedía el comercio ilícito.

- 104 Truppe a los directores de la Compañía, Buenos Aires, enero 1718. ACS, Estado, leg. 2370 (7019), cit. por Gómez Mollada, 1950, p. 361.
- 105 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 230.
- 106 Juan y Ulloa, Noticias secretas..., ed. cit., p. 159. Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., pp. 249-50, dice que no se pudo habilitar al comercio para la venta de las 2.000 toneladas llevadas en los registros hasta agosto de 1739.
- 107 García-Baquero, 1976, pp. 540-3.
- 108 Horace Walpole, The Grand Question, whether war or not war with Spain, Londres, 1739, p. 21, afirmó que la participación francesa en los galeones y flotas ascendía a un 50% aproximadamente; ingleses, holandeses e italianos manejaban otro 40%, dejando sólo 10% de participación española. García-Baquero, 1976, p. 494, ofrece unos porcentajes más puntuales que encajan bastante bien con la apreciación de Walpole.
- 109 El embajador inglés en Madrid, Benjamín Keene, afirmó que el principal objetivo de Patiño fue la destrucción del Asiento inglés. Williams, V, 1901, núm. LXII, p. 308.
- 110 Pares, 1936, p. 19, opina que no tenían razón los plantadores en cuanto los precios de negros, porque ya antes del Asiento inglés los negros llevados a las Indias españolas procedían de Jamaica. Es más que probable que muchos plantadores jamaicanos tenían por sus inconfesables intereses en el comercio ilícito.
- 111 Pares, 1936, p. 19.
- 112 Geraldino a Quedra, Londres 20 marzo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707, sospecha que ése es el motivo de cuorcer los comerciantes un examen público de la correspondencia habida desde 1734 entre Keene y los dos gobiernos acerca del tema de negros y la Compañía.

- 113 Pares, 1936, p. 15. A Letter Address'd to Every honest Man in Britain, Londres, 1738, p. 9. AGS, Estado, leg. 6908, expone que era mejor defender el comercio anglo-antillano que no los intereses de la Compañía.
- 114 Aiton, 1928, p. 175, cree no obstante que la Compañía no se oponía al contrabando privado en sí, sino sólo a sus consecuencias cara al gobierno español. Pero como no era factible confiar en la moderación de los comerciantes privados, se apreciaba la fundamental incompatibilidad de los intereses de unos y otros. Pares, 1936, p. 18, dice que la Compañía tenía la evidente intención de sustituir a los comerciantes privados.
- 115 Nelson, 1945, p. 60.
- 116 Pares, 1936, pp. 20 y 61.
- 117 Edward Lascelles, agente en Barbados, y William Patten, factor en Caracas, fueron acusados de trabajar en el interés particular de John Bristow, vicedirector de la Compañía de 1733 a 1739. Nelson, 1945, p. 60.
- 118 Declaración jurada del confidente Mateo Plowes, 1729, cit.
- 119 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 251.
- 120 Nelson, 1945, p. 63, nota 58, dice que en la Navidad de 1737 sobraban 1.850 negros en las factorías de la Compañía, sin poderse vender.
- 121 Id., p. 56. Geraldino a Quadra, Londres 20 marzo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707, dice que "todos los Propietarios de la Compañía, algunos de los Directores y generalmente los que tienen algun conocimiento de ella manifiestan su deseo de que hubiese tenido efecto el tratado de equivalente..."
- 122 Reales Cédulas de 8 marzo 1714, 31 enero 1720, 26 agosto 1721, 13 enero 1726, y 31 diciembre 1720, cit. por Pantaleão, 1964, pp. 216-7.
- 123 Memoria sobre el comercio ilícito, 1725, cit.

- 101
- 124 Todos los papeles de Flowes y Burnett se hallan en AGS, Estado, legs. 7017, 7019 y 6878. Al parecer cada uno hizo su traición a la Compañía independientemente, sin saber que lo hacía el otro. Brown, 1928, p. 179, notas 4 y 5, y Gómez Mollada, 1950, p. 350.
- 125 Tratado del Asiento, artículo 28^a, Cantillo, 1843, p. 66, dice que Felipe V podía nombrar 2 factores en Londres, e en Indias, y uno en Cadiz.
- 126 Nelson, 1945, pp. 62-3.
- 127 Las medidas reformistas de más largo alcance y más honda repercusión serán consideradas en páginas sucesivas.
- 128 Real Cédula sobre rumbos sospechosos para la declaratoria de comisos de Mar. Buen Retiro, 30 mayo 1734. AHN, Diversos. Documentos de Indias, 536, f. 118. Algunas de las órdenes a que se refiere esta cédula están citadas en la nota 48-1.
- 129 Zaragoza, 1883, p. 80.
- 130 Los principales centros corsarios españoles eran Puerto Rico, y Santo Domingo. Bethencourt, 1953, p. 240, nombra algunos de los más célebres corsarios: Henriquez, Morales, Zerrudo, Pedro Juan, Bernardo de Figueroa, Ximénez de la Cruz, Melchor Barrera, Luis Landa, y "Pedro".
- 131 Pares, 1936, pp. 14 y 16, dice que hubo 47 presas entre 1713 y 1721, y que el Gentleman's Magazine de marzo 1738 enumeró 10 presas en 1731, una en 1732, 6 en 1733, una en 1734, 9 en 1735, ninguna en 1736, y 11 en 1737. En el AGS, Estado, leg. 7621, existe una List of British Merchant Ships, Taken or Plundered by the Spaniards, que enumera 52 navíos apresados entre junio 1728 y diciembre 1737. Por años hubo 4 presas en 1728, 4 en 1729, 6 en 1730, 10 en 1731, 5 en 1732, 2 en 1733, 10 en 1734, una en 1736, y 10 en 1737. Estas cifras y las del Gentleman's Magazine se pueden casar entre sí con bastante facilidad, y dan igual suma total para los 10 años. Muestran una mayor actividad de los guardacostas en los años 1731, 1734 y 1737.

- 132 Alan Burns, History of the British West Indies, Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1965², p. 758, recuerda que naufragaron 26 navíos en Port Royal, Jamaica y se perdieron 400 vidas, durante un severo huracán de 1722. Dos huracanes de 1747 causaron 50 naufragios ingleses en las Antillas Menores. Estos fueron grandes catástrofes, pero los riesgos cotidianos y locales de la navegación también acumularon pérdidas.
- 133 Una muestra de las repugnantes violencias supuestamente cometidas por los ingleses contra españoles en América fue publicada en el Cotejo de la Conducta de S.M. con la de el Rey Británico, Madrid, 1739, AGS, Estado, leg. 6909, pp. 2-4. El confidente Burnet afirmó que los navíos de guerra ingleses recibían un porcentaje de los beneficios a cambio de proteger el comercio ilícito. Pantaleón, 1946, p. 129.
- 135 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., pp. 253-5. Fernández Duro, Armada Española, desde la unión de los Reinos de Castilla y de Aragón, Madrid, 1901, vol. VI, p. 183.
- 136 Geraldino a Quadra, Londres 5 marzo 1739, (copia), AHN, Estado, libro 709 recoge la común protesta inglesa de que los vientos y corrientes obligan a acercarse a las costas hispanoamericanas.
- 137 El gobernador de Puerto Rico al Rey, 20 junio 1732, extractado en la Real Cédula sobre rumbos sospechosos para la declaratoria de comisos de Mar, Buen Retiro 30 mayo 1734, (copia), AHN, Diversos. Documentos de Indias, 536, f. 118.
- 138 Real Cédula sobre rumbos sospechosos..., 30 mayo 1734, cit.
- 139 Id.
- 140 Real Cédula que declara los términos en que se deven apresar las embarcaciones Olandesas & Inglesas que navegan a las Yslas de Barlovento, y demas Dominios de America; y circunstancias que se requieren para su legitimidad. San Ildefonso, 20 julio 1738, AGS, Estado, leg. 7632 (copia mss. en AHN. Diversos. Docs. de Indias, 536, f. 120).

- 141 Alsedo, Aviso histórico..., ed. cit., p. 255, no vaciló en señalar cuales eran los "conocidos y determinados rumbos" que debían seguir los navíos extranjeros: "los de Vendabal por entre Cayos y Mariguana, y en los del Norte, Nordeste y Leste (que vulgarmente llaman brisas) por el cabo de San Antonio de la isla de Cuba que demora en 22 grados, para salir del golfo por el canal de Bahama".
- 142 Quintana al Rey, Madrid 5 diciembre 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7632, y, Dictamen de quatro Ministros del Consejo de Indias, sobre que penas se pueden imponer a los extranjeros que practican el comercio ilícito en las Indias. Madrid, 25 enero 1739, (copia), AGS, Estado, legs. 7632 y 7633.
- 143 Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7633.
- 144 Id., compara los pareceres del inglés Juan Selden y el holandés Hugo Grocio, pero concluye que si en la teoría aún queda indecisa la cuestión en la práctica el dominio de los mares depende de la fuerza de cada país en cada momento.
- 145 Id., y, Dictamen de quatro Ministros del Consejo de Indias..., Madrid, 25 enero 1739, cit.
- 146 Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit.
- 147 Quintana al Rey, Madrid 5 diciembre 1738, cit. El Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit. echó mano de los juriconsultos Celso y Paulo para exponer que el permiso de atravesar el dominio de uno no conllevaba el derecho de seguir un camino cualquiera, sino que se debía fijar una ruta que causase el menor daño posible a los dominios e intereses del que concede el paso, sin incomodar excesivamente dicho paso. Naturalmente este razonamiento dependía de que todos aceptasen el dominio español sobre los mares americanos.
- 148 Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre, 1738, cit.

- 104
- 149 La Paz a Stanhope, 30 septiembre 1726, y Posobueno a Newcastle, 1 enero 1727, cit. por Campbell, A State of the Rise and Progress..., 1739, p. 6.
- 150 Consulta del Consejo de Indias, 2 marzo 1675: "Que no constando de los autos, que estos Ingleses interesados, fueron Piratas, ni deviendo entenderse incluidos en la Cedula de 22 de junio de 1672 que disponia se procediese contra los que hiciesen invasión, & comerciasen sin licencia en los Puertos de las Indias, por no haver entrado estos Navios en ningun Puerto nro. sino apresados en alta mar, ni procedidose al embargo, ni en la forma que prevenia dha. cedula; tenia el Consejo por justificada la suplica del embejador de Inglaterra, y juzgaba que se les debia restituir el importe de la presa hecha por [el corsario Felipe/ Geraldino...]", en Regalia al Rey, Madrid 30 noviembre, 1738, cit.
- 151 Id.
- 152 Real Cédula de 20 julio 1738, cit., y , Quintana al Rey, Madrid 5 diciembre 1738, cit.
- 153 Quintana al Rey, Madrid 5 diciembre 1738, cit.
- 154 El capitán Juan Vaughan, apresado en junio de 1738 a 50 leguas de Cuba camino de Jamaica a Inglaterra, fue llevado a La Habana y su navio declarado buena presa por llevar 5.000 pesos en dinero y 10 toneladas de palo. Pero según Vaughan se lo habian dado los agentes de la Compañía del Asiento en pago de provisiones que les vendió. Geraldino a Quadra, Londres 15 enero 1739, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 155 Consulta del Consejo de Indias de 2 marzo 1675, citada por Regalia al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit.
- 156 Regalia al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit., opinó que si se hallasen frutos hispanoamericanos a bordo de un navio extranjeros que se hubiese refugiado en un puerto español por avería o temporal, debía ser motivo de confiscación; pero un navio apresado en rumbo permitido

se debía restituir aun en el caso de hallar contrabando en él, porque no se debió apresar. No obstante, Regalía reconoció que había muchos autores que sostenían que la prueba justificaba la presa indebida; y que el contrabando no perdía ese carácter, se hallase donde se hallase.

- 157 Pares, 1936, pp. 39-41.
- 158 Real Cédula de 20 julio 1738, cit. Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit. y Quintana al Rey, Madrid 5 diciembre 1738, cit.
- 159 Geraldino a Torrenueva, Londres 28 noviembre 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708, informa que en efecto los comerciantes ingleses acusan a los gobernadores de ser "jueces, y parte en las Presas".
- 160 Geraldino a Quadra, Londres 14 marzo y 1 mayo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 161 Campbell, A State of the Rise and Progress..., 1739, cit. p. 12.
- 162 Geraldino a Quadra, Londres 14 y 24 marzo 1738, (copias), AHN, Estado, libro 707.
- 163 Newcastle a Keene y Castres, 8 mayo 1739, P.R.O., S.P. 94/134, cit. por Pares, 1936, p. 27.
- 164 Geraldino a Quadra, Londres 14 marzo 1738, cit., y List of British Merchant Ships, cit.
- 165 Geraldino a Quadra, Londres 15 enero 1739, (copia), AHN, Estado, libro 709, refiere el caso del capitán Vaughan, apresado en junio de 1738 camino de Jamaica a Inglaterra, y cuyo cargamento de azúcar, palo y otros géneros, valorado en 7.000 libras, fue vendido al pregón por menos de la mitad en La Habana.
- 166 Geraldino a Quadra, Londres 14 marzo 1738, cit.

- 167 Keene a Waldegrave, Madrid 13 diciembre 1737, Waldegrave Mss., exclamó "Then my God what proofs! At most they can only be regarded as foundations for complaints, but not for decisions for restitution, must there not be an audi et alteram partem? Are the oaths of fellows that forswear themselves at every custom-house in every port they come to, to be taken without any further enquiry or examination, what should we say to a bawling Spaniard who had made a derehit of his ship at Jamaica, & afterwards swore blood and murder against the English before the Mayor of Bilbao? Should we give him his ship without knowing what the Govr. of Jamaica has to say for his proceedings? Yet this is the case. I know not how Mr. Sharpe could give such papers, I mean some of them, to the Council, I blush I am sure when I give them to this Court, yet it is in virtue of such performances that I am to get justice", cit. por Pares, 1936, p. 25.
- 168 Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit. Quintana al Rey, Madrid 5 diciembre 1738, cit. Andrés González de Barcia a Montijo, Madrid 21 febrero 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7633.
- 169 Tomás Geraldino, versión española del nombre Thomas Fitzgerald, fue nombrado en 21 de abril de 1732 director de la Compañía del Asiento, en representación de Felipe V, con el encargo secreto de controlar sus actividades "hasta lograr la ruina de la sociedad, privada de su mayor parte de ingresos: el comercio fraudulento". Instrucciones secretas a Geraldino, mayo 1732, AGS, Estado, leg. 7004, cit. por Bethencourt, 1953, p. 253. Posteriormente fue encargado de los negocios de la embajada durante la ausencia del titular Conde de Montijo, llegando a desempeñar las funciones de embajador desde 1735 hasta la ruptura de relaciones diplomáticas entre España e Inglaterra en 1739.
- 170 Geraldino a Torrenueva, Londres 17 octubre 1737, (copia), AHN, Estado; libro 708. Poco después llegó la noticia a Londres de que los tres navíos habían sido declarados buena presa por llevar abordo palo de Campeche. Id., 21 noviembre 1737, (copia), libro cit. Véase también Geraldino a Quadra, Londres 27 febrero 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.

- 171 Geraldino a Torrenueva, Londres 22 y 24 octubre 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 172 Id., 30 octubre 1737, (copia), libro cit. La primera cristalización del sentimiento antiespañol tiene lugar entre los comerciantes de Londres y Bristol, grandes centros del comercio americano, a los cuales pronto se adhieren los de Liverpool, Manchester y Glasgow. Muret, 1949³, p. 407.
- 173 Common Sense..., 1738, p. 13. Véase nota siguiente.
- 174 Un gran número de estos panfletos (algunos traducidos al castellano) se hallan en el AGS, Estado. legs. 6908 y 6910. Algunos títulos son: A view of the Depredations and Ravages committed by the Spaniards on the British Trade and Navigation..., Londres, 1731. A Manifesto or the Lord Protector of the Commonwealth... Where is shown the reasonableness of the cause of this Republic against the depredations of the Spaniards, Londres, 1738. Common sense: its nature and use:...Applied to the Spanish affairs, Londres 1738. Reasons of a war against Spain..., Londres, 1738. A Letter Address'd to Every honest Man in Britain, Londres, 1738. [Horace Walpole], The Grand Question, Whether War, or no War with Spain, Londres, 1739. Considerations Upon the present State of our Affairs, at Home and Abroad, Londres, 1739. Algunos de estos escritos son reimpresiones de publicaciones más antiguas.
- 175 Geraldino a Torrenueva, Londres 22 y 31 octubre 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 176 Id., 31 octubre 1739, (otra), libro cit.
- 177 Id., 7 noviembre 1737, (copia), libro cit.
- 178 Id.
- 179 Sebastián de la Quadra y Llaena, vizcaino nacido en 1687, ingresó de joven en la Administración, donde fue ascendido paso a paso, hasta que fue nombrado Secretario de Estado en noviembre de 1736 como consecuen-

- cia de la muerte de Patiffo. José Martínez Cardós, "Don José del Campillo y Cossio", Revista de Indias, XXX, Madrid, 1970, núms. 119-122, p. 522.
- 180 Los oficios de Keene para el año 1737 protestando contra las presas, se hallan en AGS, Estado, leg. 6900.
- 181 Quadra a Keene, Madrid 19 octubre 1737, AGS, Estado, leg. 6900, cit. por Bethencourt. 1953, pp. 668-9.
- 182 Newcastle a Keene, Londres 4/15 noviembre 1737, cit. por Pares, 1936, pp. 29 y 31.
- 183 Geraldino a Torrenueva, Londres 28 noviembre 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 184 Keene a Quadra, Madrid 10 diciembre 1737 (original en francés), AGS, Estado, leg. 6905.
- 185 Bethencourt, 1953, p. 670, confirma la opinión de Pares, 1936, pp. 32-3, sobre la actuación de "ewcastle en esta cuestión, afirmando que "mantuvo su tesis contra viento y marea, con una tozudez impropia de un secretario de Estado de cualquier época y nación".
- 186 Considerations upon the present State..., 1739, p. 7, (véase nota 174), y H.H. Campbell, A State of the Rise..., 1739, p. 4. El Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, AGS, Estado, leg. 7633, cree que este punto es lo bastante serio como para alegrarse de poder acogerse al tratado de 1670, rechazando la pertinencia del de 1667 a América.
- 187 Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit., cita en relación con el último punto el texto de una consulta del Consejo de Indias de 2 de marzo de 1675, en la cual se recomienda la restitución del valor de un navío inglés "menos lo que hubiese montado el Palo de Campeche, por no ser género que podía comerciarse sin licencia de S.M. por

lo qual se declaraba, y daba por perdido". Es decir, que a los pocos años de los tratados de 1667 y 1670, el hallazgo de "contrabando" en una presa no se consideraba motivo suficiente para confiscar el navío y el resto de su cargamento, como propugna ahora el gobierno español.

188 Pares, 1936, pp. 29-32.

189 La Declaración de Sevilla de 8 de febrero 1732, firmada por Patiño y Keene estipula que se indemnizaría a los comerciantes ingleses por presas injustas, se ordenaría a los gobernadores españoles no entorpecer el comercio lícito, y se exigiría una fianza adecuada antes de expedir patentes de corso, teniendo a los gobernadores como responsables en su defecto o insuficiencia. Al mismo tiempo el gobierno británico se comprometió a indemnizar a los españoles perjudicados por ingleses y a prohibir la protección oficial a los contrabandistas. Castillo (ed.), 1843, pp. 259-60. Esta Declaración es importante, porque si bien restringe algo la comisión de guardacostas y reconoce sus excesos, afirma implícitamente el derecho español de utilizarlos contra el comercio ilícito, y por otra parte logra confirmar la interpretación española del derecho inglés a navegar libremente "a sus colonias y puertos", es decir, no por doquier.

190 Quadra a Geraldino, Aranjuez 15 abril 1738 (minuta), AGN, Estado, leg. 7623.

191 Quadra a Keene, El Pardo 21 febrero 1738 (copia), AGN, Estado, leg. 6905. El propio Keene había previsto esta respuesta en una carta confidencial a Newcastle de 13/24 diciembre 1737, cit. por Pares, 1936, p. 32.

192 Quadra a Keene, El Pardo 21 febrero 1738, cit.

193 Id.

194 Pares, 1936, pp. 34-5. Bethencourt, 1953, pp. 671-3, disiente de esta opinión, pues considera que el oficio de 21 de febrero es una "mesurada y conciliadora respuesta" pero que llegó a Londres demasiado tarde

para apaciguar los ánimos. El Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre de 1738, cit., acierta a reconocer el impacto de este oficio español, diciendo que fue lo que excitó la disputa al enunciar tan tajantemente la postura española.

- 195 Geraldino a Quadra, Londres 27 de febrero 1738, (copia), AHN, Estado, libro, 707, y Geraldino a Torrenueva, Londres 6 febrero y 6 marzo 1738, (copias), AHN, Estado, libro 708.
- 196 Geraldino a Quadra, Londres 27 febrero 1738, cit.
- 197 Id., 14 febrero 1738, (copia), libro cit.
- 198 Id.
- 199 Id., 3 abril 1738, (copia), libro cit. Por estas mismas fechas los demagogos explotan el famoso caso del capitán Robert Jenkins, cuyas narraciones de las crueldades cometidas por los guardacostas hispanos surten un inaudito efecto galvanizador en la opinión pública inglesa. Jenkins cuenta cómo el corsario Fandino le había maltratado y cortado una oreja en 1731, por lo que el conflicto desencadenado en 1739 a veces se conoce en la historiografía inglesa con el nombre de "guerra de la Oreja de Jenkins". William Coxe, Memoirs of the Kings of Spain of the House of Bourbon, Londres, 1815², t. III, p. 307, comenta irónicamente: "It is remarkable that the adventure of the ears had lain dormant ever since 1731". Por su parte, Pares, 1936, p. 61, recoge la duda del conde de Beckford sobre la veracidad de la historia de Jenkins. Sin embargo, el saber si tenía o no sus dos orejas importa poco. Lo importante es que lo que él contó pudo fácilmente ocurrir, a él o a cualquier otro, y que muchos ingleses, creyendo que era verdad, obraron en consecuencia.
- 200 Geraldino a Quadra, Londres 10 abril 1738, (copia), libro cit.

- 71
- 201 Pares, 1936, pp. 44-6, hace una perspicaz semblanza política y humana del Duque en estos años. Muy sucintamente se pueden destacar los siguientes rasgos de su carácter e ideas: la devoción a la dinastía hanoveriana y a la causa Whig; el afán de poder personal; la debilidad por las intrigas políticas, y la falta de una gran inteligencia o voluntad para formar y seguir una política coherente. Dos buenas obras generales con bibliografías selectas, comentadas, para todos los políticos ingleses del siglo XVIII son las de Plumb, J.H., England in the Eighteenth Century, Penguin Books, 1950, y The First Four Georges, London & Glasgow, Collins, 1956.
- 202 Geraldino a Quadra, Londres 13 marzo 1738, (copia), AMN, Estado, libro 707. Pares, 1936, pp. 32-3, explica que Newcastle no quiere admitir su error al basar sus argumentos en el tratado de 1667, y por eso intenta ahora efectuar una absurda transición gradual desde esta postura hacia otra nueva basada en el tratado de 1670.
- 203 Geraldino a Quadra, Londres 13 marzo 1738, cit. La respuesta inglesa al comunicado de Quadra de 21 febrero es remitida por Newcastle el 28 de marzo, y entregada por Keene el 8 abril.
- 204 Id., 14 marzo 1738, (copia), libro cit.
- 205 Pares, 1936, pp. 46-8.
- 206 Id, p. 48.
- 207 [Quadra a Geraldino, Aranjuez 15 de abril 1738] (Minuta de lo que se manda reducir a oficio a Dn. Thomas Geraldino para que lo pase con SMB.), AGN, Estado, leg. 7623.
- 208 Se refiere a los navíos de los capitanes Felipe de la Mota, Juan Ken-selagt, Benjamín Way y Enrique Weare. Quadra a Keene, [Aranjuez abril-mayo?], 1738, (minuta), AGN, Estado, leg. 7623.
- 209 William Pulteney es uno de los más destacados jefes de la Oposición whig en el Parlamento. Plumb, 1950, p. 62, le describe como "a man of

great verbal brilliance, but lazy, vain, and ambitious".

- 210 Geraldino a Quadra, Londres 1 mayo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 211 Geraldino a Torrenueva, Londres 27 febrero 1738, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 212 Geraldino a Quadra, Londres 24 marzo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 213 Id, 17 abril, 1738, (copia), libro cit.
- 214 Id, 14 marzo 1738, (copia), libro cit.
- 215 Id., 20 marzo 1738, (copia), libro cit. En esta misma carta el embajador afirma positivamente que se han aliado los partidarios del Príncipe de Gales con los representantes de los comerciantes privados para unir sus votos en la Cámara Baja.
- 216 Id., 24 marzo 1738, (copia), libro cit.
- 217 Geraldino a Torrenueva, Londres 3 abril 1738, (copia), AHN, Estado, libro 708, transmite la petición de los proveedores ingleses de jarra a España de que no se les embarque sus efectos en caso de guerra.
- 218 Geraldino a Quadra, Londres 10 abril 1738, (copia), libro 707.
- 219 Horace Walpole, The Grand Question..., 1739, cit., p. 31, expresa claramente - aunque sea para la galería - esta convicción de su hermano: "Shall we go to War for Claims we are in no way entitled to?"
- 220 Id., 12 abril 1738, (copia), libro cit.

- 221 Keene a Quadra, Madrid 28 febrero, 1, 6 y 21 marzo 1738, (traducciones del francés), AGS, Estado, leg. 7625. El 3 marzo entrega Keene una lista de órdenes de restitución no cumplidas por las autoridades hispano-americanas, según había pedido Quadra en su carta de 21 de febrero.
- 222 Véase pp. 84-5.
- 223 Geraldino a Quadra, Londres 1 mayo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 224 Id., 23 abril, (copia), libro cit. Poco después de esto Walpole cambia de parecer y empieza a pedir que se responda rápidamente tanto al oficio de 8 de abril como al plan Stert, con el fin de justificar la suspensión del armamento de navios y leva de marineros, si las respuestas son favorables. De este modo se ahorraría el dinero del armamento, que así podría utilizarse para pagar lo correspondiente al gobierno inglés por el plan Stert sobre presas. Id., 9 mayo 1738, (copia), libro cit.
- 225 John Carteret, Earl Granville, es un importante miembro de la Oposición "tory", muy belicista, quien llegará a dirigir los negocios extranjeros al principio de los años cuarenta.
- 226 Geraldino a Quadra, Londres 1 y 9 mayo 1738, (copias), libro cit.
- 227 Bethencourt, 1953, p. 687. Keene pasa este oficio a Quadra en 5 de mayo de 1738.
- 228 Resulta bastante lógico que Holanda se adhiera a la tesis inglesa, tratándose de una potencia marítima que también saca considerables beneficios del comercio ilícito con las indias españolas, sobre todo entre las costas venezolanas y Curaçao. Geraldino a Quadra, Londres 25 septiembre 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709, da noticias de recientes ataques y saqueos perpetrados por los holandeses de Curaçao en la costa de Guayana, y especialmente en el río Araya (¿Punta de Araya?).

El gobierno español protesta epérgicamente contra estos atentados, pero los holandeses no sólo no se amilanan, sino que buscan el apoyo inglés. Id., 2 octubre 1738, (copia), libro cit. En 14 octubre 1739 el gobierno holandés se defenderá de las acusaciones españolas acusando a su vez a los venezolanos de invitar a los de Curaçao para comerciar, con la intención de hacerlos capturar y robar después por los guardacostas. Pares, 1936, p. 6.

229 Geraldino a Quadra, Londres 2 mayo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.

230 Id., 9 mayo 1738, (copia), libro cit.

231 Id., 2 mayo 1738, (copia), libro cit.

232 Id., 15 mayo 1738, (copia), libro cit. Walpole al parecer recomienda a sus partidarios conformarse con la proposición para acortar la discusión e impedir que se oigan las declaraciones de los capitanes de unos navíos recientemente condenados en La Habana. Después admite que habría sido peligroso para su gobierno intentar oponerse abiertamente a la voluntad del pueblo. Id., 22 mayo 1738, (copia), libro cit.

233 Id.

234 Keene a Newcastle, 7 mayo y 2 agosto 1738, cit. por Pares, 1936, pp. 35-6, 39, 49-50. Esta propuesta nunca llega a ser objeto de negociaciones, y parece que ni unos ni otros la acogen con entusiasmo. Waldegrave, el embajador inglés en París, sugiere que los españoles confían en salir del peligro sin tener que hacer siquiera estas pequeñas concesiones, tal vez por creer que Francia les ayudará. Tampoco gusta a Newcastle - y aun menos a la Oposición y los comerciantes - porque concede el derecho español de visita. Sin embargo, mirado objetivamente y completado con una definición de rumbos, es una solución viable que protegería bastante al comercio legal, sin desarmar a los españoles frente a los contrabandistas. Geraldino a Quadra, Londres 22 mayo 1738, cit., refiere que según Walpole, Keene escribe "lleno de esperanzas y confiado" respecto de la solución de la disputa. Puede esto

ser una alusión a esta propuesta sobre la práctica de la visita.

- 235 Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, y Quintana al Rey, Madrid 5 diciembre 1738, cits. Montijo tal vez toma sus ideas de estos dos informes, y luego les insinúa a Keene para sondear su reacción.
- 236 A fines del mes de mayo se expiden órdenes al contraalmirante Haddock para que zarpe de Spithead con destino al Mediterráneo, para reforzar la escuadra inglesa basada allí. Inicialmente se le manda salir con 5 navíos, pero se logran aprestar los otros de modo que zarpa el día 2 de junio con nueve navíos. Geraldino a Quadra, Londres 29 mayo y 2 junio 1738, (copias), AHN, Estado, libro 707.
- 237 Quadra a Geraldino, Aranjuez 28 mayo 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7623.
- 238 Geraldino a Quadra, Londres 19 junio 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707, dice de Stert que es " Hombre ingenuo y de buena intención".
- 239 Pares, 1936, p. 50, implica que fue Geraldino quien hizo la propuesta inicial, pues se extraña de que el gobierno español se lo hubiese permitido. No he hallado ninguna referencia a semejante proyecto antes de la comunicación de Geraldino a Quadra de 23 abril, pero ello no descarta la posibilidad de que el embajador concibiera él mismo el plan y lo presentase (previo acuerdo con Stert y Walpole se supone) como idea de Stert. A pesar de lo inaudito de una acción tal, podría concordar con las tendencias independentistas de Geraldino, con su afán de recobrar el beneplácito del ministerio español, con su auténtico deseo de preservar la paz, y con su firme apoyo al plan. Por otra parte Geraldino dice haber pedido a Walpole que no informase del plan a Keene hasta haber recibido una respuesta de Madrid a la carta de 23 de abril. A primera vista la extraña petición tiene la función de descubrir si ya se ha informado a Keene o no. Sin embargo la respuesta de Walpole (de que se le ha informado pero sin mandarle tocar

el asunto con los ministros españoles) también podría servir para:
a) sugerir que en efecto se trata de una idea inglesa, y b) disipar la natural suspicacia española por no recibir esta propuesta vía Keene. Pero seguramente, de existir tal carta a Keene la habría visto Pares, y no se habría extrañado de la conducta del gobierno español. De hecho, Keene negó tener noticia individual del plan Stert (aunque sí sabía algo) cuando Quadra quiso que le explicase algunas dudas sobre él. [Minuta de los reparos españoles...1738], oit. Es posible no obstante que Newcastle, ya plenamente belicista, no informase bien a Keene del plan.

- 240 Existe bastante confusión en torno a estas cifras y cuentas. No he podido encontrar el plan original remitido por Geraldino en 23 abril, y las noticias posteriores son muy conflictivas y confusas, pues tanto Quadra como Stert (por increíble que parezca) se equivocaban manifiestamente al explicar o interpretar el plan de Stert. Resumiendo, todos concuerdan en que las reclamaciones inglesas suman 343.000, pero que se podrían rebajar a 200.000. Pantaleão, 1946, p. 251, citando a Adam Anderson, A historical and chronological deduction of the origin of the origin of Commerce, from the earliest accounts, London, 1787, vol. III, p. 221, dice que parte de esta rebaja constituye una indemnización por la destrucción de la escuadra española en 1718. Las reclamaciones españolas parece que suman 180.000 (aunque Pantaleão, 1946, p. 251, recoge la cifra de 160.000). Es a partir de este punto que las cosas se emborronan, pero básicamente parece claro que los ingleses pretenden rebajar a su vez las reclamaciones españolas hasta 60.000, con lo cual queda debiendo España 140.000. Apparently las dos rebajas - 143.000 y 120.000 - son ligeramente favorables a España, cuyas reclamaciones sufren una rebaja menor en términos absolutos. Sin embargo, y en eso no se equivocan Geraldino y Quadra, las dos rebajas son desiguales en términos relativos, pues las reclamaciones inglesas son reducidas en algo más de un tercio, mientras que las españolas lo son en dos tercios. Véanse Geraldino a Quadra, Londres 23 abril y 19 junio 1738, (copia), ANH., Estado, libro 707 y [Minuta de los reparos españoles al plan Stert, mayo-julio 1738] AGS, Estado, leg. 7623. Bethecourt, 1953, pp. 698, y ss. se limita a parafrasear y resumir el contenido de sus fuentes sin percibir sus contradicciones y errores.

- 241 Geraldino a Quadra, Londres 23 abril 1738, cit.
- 242 Las 68.000 son 40.000 libras acumuladas desde 1730 a causa del aumento del valor del peso español, por derechos de esclavos, y 28.000 libras de ganancias de Felipe V en el último navío de permiso. Geraldino a Quadra, Londres 23 abril 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 243 El problema de Georgia se estudiará en páginas sucesivas.
- 244 En [minuta de reparos españoles...1738], cit. se han invertido dos cifras de modo que 140.000 pasa a ser la cantidad que España puede reclamar, tras una rebaja muy corta, y 60.000 resultan como el saldo que España debe pagar, en vez de viceversa. Véase la nota 104.
- 245 Id., Se confunde la razón de ser de las 60.000 libras que ofreció contribuir Jorge II, pues se las concibe como el pago proporcional inglés, y naturalmente se acusa a los ingleses de hacer cuentas injustas porque los respectivos pagos no guardan proporciones iguales. Asimismo se considera inaceptable que el dinero contribuido por ambas Coronas se destine exclusivamente a la indemnización de los comerciantes ingleses, dejando sin satisfacer las reclamaciones españolas.
- 246 Quadra a Geraldino, Aranjuez 28 mayo 1738, (minuta), AGS, Estado, leg. 7622.
- 247 Id.
- 248 Id.
- 249 Id., (otra), leg. cit.
- 250 Las presas mandadas restituir son Bala (o Faca) de Lana, Leal Carlos, Despacho, Jorge, Príncipe Guillermo, y San James. Quadra a Geraldino, San Ildefonso 2 agosto 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7623.

- 251 Geraldino a Quadra, Londres 12 junio 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 252 Id., y 19 junio 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 253 Id., 12 junio 1738, (otra), libro 707. La enorme importancia de la política llevada por la Oposición es resaltada por Pares, 1936, p. 46, quien opina que fue por lo menos tan importante como la política gubernamental, especialmente teniendo en cuenta la poca firmeza y fiabilidad de Newcastle, que estaba al frente de los negocios españoles.
- 254 Id., 19 junio 1738, (copia), libro 709, cuenta cómo Walpole se retiró a su finca particular después de fallecer su mujer, no dejándose ver por nadie más que por su hermano Horacio.
- 255 Id., Este juicio es del hermano de Walpole, quien naturalmente intenta presionar a favor de la política del primer ministro.
- 256 Id., Pares, 1936, p. 50, dice que el gobierno español creía que el único cuidado del inglés era callar el clamor popular, mostrando así su incompreensión del estado de ánimo inglés. Esto es cierto, pues el gobierno español conocía perfectamente los deseos de Walpole; pero disenta de su plan de deslindar la solución de los conflictos en dos fases.
- 257 Geraldino a Quadra, Londres 19 junio 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 258 Id., (otra), libro oit.
- 259 Id.
- 260 No parece muy acertada o adecuada la crítica que hace Bethenocourt, 1953, p. 705, de Geraldino en este punto: "nos parece Geraldino si es sincero un ingenuo candoroso, al creer que los ingleses sólo pretenden la supresión del derecho de visita en alta mar", (surayado mio). La verdad es que si consiguiesen esto los ingleses significaría,

como bien comprenden todos los ministros españoles, un golpe mortal contra el Imperio hispanoamericano.

- 261 Id., 3 julio 1738, (copia), libro cit. Geraldino, evidentemente partidario del plan, explica que se pueden pagar las 140.000 con las 68.000 libras debidas a Felipe V por la Compañía, y las restantes 72.000 asignadas contra los beneficios del rey en el Asiento y Navío durante los cinco años que quedan de su vigencia.
- 262 Id., (otra), libro cit.
- 263 Id., (otra), libro cit.
- 264 Id., 31 julio 1738, (copia), libro cit. Geraldino dice desconfiar desde hace días de las órdenes enviadas a Keene, a causa de la patente desunión entre los ministros ingleses.
- 265 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 2 agosto 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7623, dice "por ningún termino es admisible el Plan en la forma que los Ingleses quieren", y de nuevo critica al embajador, "ha estrafado su Magestad tanto la desproporcion del Proyecto, como el que V. S. no la haya conocido".
- 266 Real Cédula de 20 julio 1738, para todas las autoridades hispanoamericanas. AGS, Estado, leg. 7632. Esta cédula confirma y pretende aclarar lo estipulado en la de 30 mayo 1734 sobre el mismo asunto.
- 267 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 2 agosto 1738, cit., explica largamente que Felipe V acepta las sumas hechas por Stert sólo "por no turbar la quietud de Europa".
- 268 [Minuta de los reparos españoles... 1738], cit.

- 269 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 2 agosto 1738, cit., llega a auto-¹²⁰
rizar al embajador para variar el porcentaje de la rebaja en caso de
insistente ruptura. Ofrecerá un tercio de rebaja de ambas sumas, que-
dando así un saldo pagadero por España de unas 109.000 libras. Sin
embargo no está claro si lo propone en buena fe, o con el fin de ga-
nar tiempo para recibir avisos del peligro, pues Geraldino deberá
proponerlo como por iniciativa propia.
- 270 Este razonamiento abunda en el error ya señalado, Véase las notas 104
107-2. La segunda contrapropuesta española toma como base el porcen-
taje que representan 200.000 libras, a que quedaban reducidas las re-
clamaciones inglesas, respecto de 343.277 libras.
- 271 [Minuta de los reparos españoles...1738], cit.
- 272 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 2 agosto 1738, cit.
- 273 Geraldino a Quadra, Londres 7 agosto 1738, (copia) AHN, Estado, li-
bro 709. En otra de 14 agosto confirma que Keene ha avisado sospechar
de la negociación de un tratado de alianza franco-española.
- 274 Id., 14 agosto 1738, libro cit.
- 275 Id., 21 agosto 1738, libro cit. Le avisa Walpole el día 17 que el Con-
sejo ha aceptado el plan el día anterior; sin embargo, Newcastle no
se lo comunica oficialmente hasta el día 21.
- 276 Id., 14 agosto 1738, cit. Es curioso que Geraldino no haya señalado
este problema con anterioridad, pues siendo él un experto en cuestio-
nes de la Compañía resulta improbable que no se le ocurriera la difi-
cultad nada más enunciarle la idea de una asignación contra la Compa-
ñía. Las disputas entre Felipe V y la Compañía se estudiarán en ca-
pítulo aparte.
- 277 Id., 21 agosto 1738, cit. Aparte del ya manifiesto belicismo del Du-
que, y el que el modo de pago es un blanco fácil para la crítica, es
preciso tener presente la rivalidad entre Newcastle y Walpole, de

quien afirma Geraldino que fue idea la asignación contra la Compañía.
Id., 28 agosto 1738, (copia), libro cit.

278 Id., 21 agosto 1738, cit.

279 Id., 28 agosto 1738, cit., dice efectivamente que intenta persuadir a Walpole para que éste utilice su influencia con la Compañía.

280 Id., Walpole llega en estos días a un abatimiento total, viendo desvanecerse su crédito político tras haber defendido prácticamente en solitario un convenio que ahora se vuelve cenizas. En otra de la misma fecha Geraldino reconoce que "arriesga el todo y aun su vida el primer Ministro".

281 Id., En otra de la misma fecha Geraldino sugiere negociar un préstamo de los comerciantes ingleses para pagar las 95.000. Cree poder lograrlo a un interés del 5%.

282 Véase la nota 269.

283 Geraldino a Quadra, Londres 28 agosto 1738, cit.

284 Id. Todavía ocurre una última escaramuza diplomática antes de la conclusión del ajuste. Harrington pretende que al aceptar los ingleses la primera condición puesta por Quadra sobre el nombramiento de dos plenipotenciarios, en realidad se comprometen solamente a ofrecer nombrarlos, pero sin hacerlo forzosamente ese mismo día en el convenio. Su levisima excusa es la falta de costumbre, pero Geraldino rechaza esta sugerencia con facilidad.

285 [Proyectos de septiembre 1738 de la convención de Londres], AHN, Estado, leg. 3385². El convenio definitivo se halla en AGS, Estado, leg. 7623.

286 Geraldino a Quadra, Londres 10 septiembre 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.

- 287 Id., 18 septiembre y 2 octubre 1738, (copia), libro cit.
- 288 La frase del borrador inglés de 4 septiembre rechazada por Geraldino, era "regler finalment...la seureté du oomerce des deux Nations chacune a leurs Pays, Ports et Colonies respectives aussibien que la libre Navigation de leurs Vaisseaux dans les Mers des Indes occidentales", en [proyectos...], cit., pero quedo en "pour y conferer,...et a la Liberté du Commerce, et de la Navigation," en Explicaciones de los Capítulos 1º y 2º de esta Convención, (copia), AHN, Estado, leg. 3385².
- 289 [Consulta de la Junta de la Nueva Georgia, ¿22 septiembre? 1738], AGS, Estado, leg. 7625.
- 290 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 13 octubre 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7623.
- 291 El papel de la Compañía en estas negociaciones se tratará en páginas sucesivas.
- 292 Véanse pp. 115-7.
- 293 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 13 octubre 1738, cit.
- 294 Id., (otra), leg. cit., comunica que los comisarios españoles serán José de la Quintana y Esteban Abaria. Véase la nota 349. El primero de noviembre Quadra comunica a Kontijo la real orden de formar una Junta de ministros para examinar las diferencias angloespañolas y dar su dictamen para a las conferencias.
- 295 Geraldino a Quadra, Londres 30 octubre 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 296 Id., refiere que ha surgido ya desde el principio la repugnancia inglesa a "concluir un Tratado con una calidad que destruya y anulava otro".

- 297 Id., 6, 13 y 24 noviembre 1738, (copias), libro cit.
- 298 Id., 24 noviembre 1738, (copia), cit.
- 299 Id.
- 300 Id. (otra).
- 301 Brown, 1928, p. 181, dice que mientras algunos aconsejan la suspensión sin compensación, otros son partidarios de indemnizar a la Compañía con dinero o con un tonelaje reservado en la flota española en sustitución del navío anual.
- 302 Geraldino a Quadra, Londres 24 noviembre, 1738, (otra), AHN, Estado, libro 709.
- 303 Id., 11 diciembre 1738, (copia), libro cit. Todas las cartas de enero hablan asimismo de la "inexpresable impaciencia y inquietud" (22 enero 1739) del ministerio inglés mientras esperan las noticias de España.
- 304 Id., (otra).
- 305 Id., 18 diciembre 1738, (copia), libro cit.
- 306 Id., 29 enero 1739 (copia), libro cit.
- 307 Id., 15 enero, 12 y 20 febrero, 12 marzo 1739, (copias), libro cit.
El navío Sara y carga fueron vendidos como buena presa en La Habana, por llevar palo y pesos. Los interesados protestan que los obtuvieron legítimamente vía los factores de la Compañía (a cambio de provisiones con que a su vez la Compañía abastecía a los galeones españoles), y que navegaba de Jamaica a Inglaterra por la ruta larga del Canal del Golfo. El comandante de la escuadra de Jamaica mandó un navío de guerra a La Habana para reclamar la presa. Además se habían llevado presos a Cádiz a 26 marineros ingleses y al propio capitán Vaughan,

negándosele a éste la libertad bajo fianza ofrecida por el cónsul inglés en Cadiz. Este último detalle fue muy protestado por los comerciantes de Bristol. Vaughan fue liberado posteriormente por orden de Felipe V.

- 308 Quintana a Quadra, Madrid 27 diciembre 1738, (original), AGS, Estado, leg. 6905.
- 309 Quadra a Keene, Madrid 22 diciembre 1738, cit. por Hilder, 1938, p. 337.
- 310 Keene a Villarias, Madrid 30 diciembre 1738, (original), AGS, Estado, leg. 6907, acusa recibo de la de Villarias, y contesta Quadra fue concedido el título de Marqués en 14 enero 1738. Recibió la denominación de Villarias más tarde. Martínez Cardos, 1970, p. 522.
- 311 Id., 2 enero 1739, (original), leg. cit.
- 312 Quintana a Quadra y Quadra a Keene, Madrid 1 enero 1739 (original y copia), leg. cit. Quintana se mantiene siempre muy firme en la creencia de que la Compañía sólo pretende prolongar las discusiones, sin pagar ni ceder nada, preocupándose sólo de que no se suspendan sus privilegios.
- 313 Villarias a Keene, El Pardo 6 enero 1739, (copia), leg. cit.
- 314 Keene a Villarias, Madrid 9 y 11 enero 1739, (originales), leg. cit. La Declaración de 10 enero 1739 está publicada en Cantillo (ed.), 1843, p. 345.
- 315 Convención del Pardo, 14 enero 1739, artículo 1º, en Cantillo (ed), 1843, p. 339.
- 316 Id., artículo 3º, y primer artículo separado, id., pp. 339-40.
- 317 Villarias a Torrenueva, Madrid 18 y 21 febrero 1739. AGS, Estado, 7632.

- 318 Geraldino a Quadra, Londres 29 enero 1739, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 319 Id.
- 320 Id., 6 febrero 1739, (copia), libro cit.
- 321 Id., explica que la frase quantum in nobis est se ha empleado en varios tratados internacionales del siglo XVIII, pero siempre y sólo cuando se hacía referencia a terceros.
- 322 Id., "este Ministerio...procure por todos los medios que le son posibles el inducir a los Directores de la Compañía a conformarse a hazer el pago de las 66.000 libras", y "este Ministerio desea que la Compañía no de lugar a que tenga efecto el golpe de la suspensión".
- 323 Id., y 12 febrero 1739, (copia), libro cit.
- 324 Id., 19 y 26 febrero, 5, 12 y 19 marzo 1739, (copias), libro cit. Presentan memoriales de protesta los administradores de Georgia y los comerciantes de Londres, Bristol, Liverpool y Edimburgo.
- 325 Id., 12 marzo 1739, (copia), libro cit.
- 326 Id., 19 marzo 1739, (copia), libro cit.
- 327 Id., 26 marzo 1739, (copia), libro cit.
- 328 Id., 12 y 19 febrero 1739, (copias), libro cit.
- 329 Id., 5 marzo 1739, (copia), libro cit.
- 330 Bethencourt, 1953, 739, sigue a Paul Váucher, Robert Walpole et la politique de Fleury (1731-1742), París, 1924, p. 285, en la suposición de que las contraórdenes a Haddock fueran iniciativa de Newcastle, sin consultar con Walpole.

- 331 Geraldino a Quadra, Londres 26 marzo y 2 abril 1739, (copias), AHN, Estado, libro 709.
- 332 Id., 2 abril 1739, cit.
- 333 Id., 31 marzo, 2 y 9 abril 1739, (copias), libro cit.
- 334 Id., 2 abril 1739, cit.
- 335 Geraldino a Villarias, Londres 19 mayo 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710.
- 336 Véase la nota 183 para el juicio de Keene sobre la actitud española. Asimismo Keene a Newcastle, Madrid 30 marzo /10 abril 1739. P.R.O., SP94, vol. 133, cit. por Hildner, 1938, p. 338, afirma que el gobierno español ha llegado a tal grado de indiferencia respecto de los negocios ingleses, que ya ni se leen los despachos de Geraldino; aunque resulta sorprendente que él pueda saber o creer tal cosa.
- 337 Mina a Villarias, París 28 septiembre 1739, AHN, Estado, leg. 4145, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 536, dice "nosotros solos bastamos a defendernos, y destruir su poder con Armadas y sin el empeño de grandes flotas..."
- 338 Keene a Villarias, Madrid 19 febrero 1739, (original), AGI, Estado, leg. 6907.
- 339 Villarias a Keene, El Pardo 24 febrero 1739, (copia), leg cit.
- 340 Keene a Villarias, Madrid 17 abril 1739, (original), leg. cit.
- 341 Keene a Waldegrave, Madrid 23 abril 1739. Waldegrave Mss, cit. por Pares, 1936, p. 59, hablando de la reacción española a la permanencia de Haddock en el Mediterráneo dice: "I see the necessity of it with respect to our home affairs, but with regard to Spain I must own, that we shall only vex, not intimidate. We have gone too great lengths towards peace, to pretend we have still a mind to make war".

- 127
- 342 Villarias a Chindurza, Aranjuez 17 y 19 abril 1739, (copias), AGS, Estado, leg. 7627.
- 343 Id., 27 abril 1739, leg. cit.
- 344 Chindurza a Villarias, Madrid 21 abril 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7018, Juan Chindurza, oficial segundo mayor de la secretaría de Estado, es el secretario de los dos plenipotenciarios españoles Quintana y Abaria. Elabora una declaración de la negativa española a pagar las 95.000 libras hasta que se retire Haddock de acuerdo con las instrucciones de Villarias de 17, 19, y 27 de abril. Será presentada a los ingleses en 15 de mayo.
- 345 Villarias a Mina, Aranjuez 18 mayo y 15 junio 1739, AHN, Estado, leg. 4145, cit. por Bethencourt, 1953, p. 739.
- 346 Béthencourt, 1953, p. 739, dice que " la guerra es inevitable desde este momento". Confirma así la importancia - al menos inmediata - concedida a las contraórdenes a Haddock por Temperley, "The causes of the war of Jenkins Ear", Transactions of the Royal Historical Society, 3 rd. series, vol. III, Londres, 1909, pp. 197-236.
- 347 El gobierno inglés ha nombrado plenipotenciarios a Benjamín Keene y Abraham Castres, embajador y cónsul general en la Corte de Felipe V, respectivamente. Copia de los plenos poderes de Keene y Castres, Palacio de Santiago, 1/12 marzo 1738/39. AGS, Estado, leg. 7627.
- 348 Chindurza a Villarias, Madrid 5 mayo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7018. Básicamente el reparo inglés consiste en que el pleno poder español no explica con todo detalle las causas de las conferencias, y no estipula que Quintana y Abaria pueden firmar los acuerdos negociados.
- 349 Felipe V y Quadra, Segundo plenopoder con la misma extensión, y expresiones, que el que presentaron los Plenipotenciarios Ingleses. AGS, Estado, leg. 7633. Jose de la Quintana es secretario de Estado y del Despacho de Indias y Marina desde marzo de 1739. Esteban José

de Abaria es superintendente de las contadurías del Consejo de Indias.

- 350 Chindurza a Villarias, Madrid 15 mayo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7018. La declaración está impresa en el Cotejo de la conducta de S.M. con la de el Rey Britanico... [1739], AGS, Estado, leg. 6909, pp. 19-20. Véase la nota 401.
- 351 Villarias a Quintana, Buen Retiro [17..?], mayo 1739, (original), AGS, Estado, leg. 6909.
- 352 Gibraltar y Puerto Mahón fueron reconocidos como posesiones inglesas en los tratados de Utrecht de 1713. Montijo a Villarias, Madrid 20 marzo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7632.
- 353 Chindurza a Villarias, Madrid 21 y 25 mayo 1739 (copias), AGS, Estado, leg. 7018, y Villarias a Chindurza, Aranjuez 23 mayo 1739, (minuta), AGS, Estado, leg. 7627.
- 354 Chindurza a Villarias, Madrid 26 mayo 1739, (copia), leg. 7018.
- 355 Razones alegadas por los Plenipotenciarios de SMB para apoyar su pretension de que el punto de la navegacion es el que debe ser examinado, y decidido el primero en las conferencias, independientemente del de Limites, Madrid 3 junio 1739, AGS, Estado, leg. 7627.
- 356 Chindurza a Villarias, Madrid 26 mayo 1739, (copia), leg. 7018.
- 357 Id., 28 mayo 1739, (copia), leg. cit.
- 558 Id.
- 359 Id.
- 360 Id., 30 mayo 1739, (copia), leg. cit., acusa recibo de la de Villarias de 29 mayo. Es significativo que la mayoría de los panfletistas

belicistas hablan de la libra navegación angloamericana, pero que el cauteloso Horoe Walpole en su The Grand Question..., cit., p. 6, recuerda que el Parlamento aconsejó a Jorge II velar por la "security for the future for the Trade and Navigation of his Subjects in the American Seas..." sin utilizar para nada el término "libra".

- 361 [Reparos españoles a la pretensión inglesa de tratar primero el punto de navegación en América], Madrid 3 junio 1739, (copia), leg. 7627, 7632 y 7633.
- 362 Chindurza a Villarias, Madrid 26 y 28 mayo 1739, (copias), leg. 7018.
- 363 Id.
- 364 Traducción del papel presentado por los Plenipotenciarios Ingleses en la Junta de 10 de junio de 1739, leg. 7627.
- 365 Razones alegadas por los Plenipotenciarios de SMB..., Madrid 3 junio 1739, cit.
- 366 Id.
- 367 Id.
- 368 Id.
- 369 Chindurza a Villarias, Madrid 10 junio 1739, (copia), leg. 7018.
- 370 Id., 12 junio 1739, (copia), leg. cit., acusa recibo de la de Villarias de 11 junio.
- 371 Id., 17 junio 1739, (copia), leg. cit.
- 372 Id., 25 junio 1739, (copia), leg. cit.

- 373 Tratado entre las Coronas de España y de la Gran Bretaña para restablecer la Amistad, y buena correspondencia en América, Madrid 18 julio 1670, en José Antonio de Abreu y Bertodano (ed) Colección de los Tratados de Paz Alianza..., Madrid, 1751. El artículo 15º dice "El presente Tratado no derogará de ningún modo la preeminencia, derecho, y dominio, que qualquiera de los Confederados tuviere en los Mares de America,....; sino que los tendrán, y retendrán con la misma amplitud que de derecho les compete: pero debiendose entender siempre, que de ninguna manera se interrumpirá la libertad de navegar, con tal, que no se cometa, ó haga cosa alguna contra el genuino sentido de estos Artículos".
- 374 Traducción del papel por los Plenipotenciarios Ingleses en 25 de junio de 1739 sobre el punto de navegación en los Mares de la America. AGS, Estado, leg. 7627 y 7632. Como consecuencia lógica de este principio básico, proponen además que en caso de ser contravenido, se haga una entera restitución así como una amplia reparación de daños ocasionados, y se imponga un castigo severo al responsable. El papel referido de 25 junio es reproducido entero en el Cotejo de la conducta de S.M. con la del Rey Británico... [1739], pp. 6-9, Véase la nota 407.
- 375 Su interpretación del tratado de 1760 no varía nada de la que hiciera Quadra a Geraldino en carta de 13 octubre 1738. Véase pp. 137-8.
- 376 [Respuesta de Quintana y Abaria al papel inglés de 25 junio sobre navegación en América, Madrid], 1 julio 1739, (copia), AGS. Estado, leg. 7627.
- 377 Chindurza a Villaverde, Madrid 7 julio 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7018. Keene comunica tener orden de suspender las conferencias en 10 de julio.
- 378 Geraldino a Villaverde, Londres 19 mayo 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710.
- 379 Id., 23 mayo 1739, (copia), libro cit. Según las cuentas de Stert, que requiere 200.000 libras para repartir entre los comerciantes ingleses, este crédito de 60.000 libras aún queda muy corto, pues sumadas las

95.000 libras a pagar por Felipe V faltan 45.000 libras. Es posible que las piense poner Jorge II, aunque se procure aumentar la cantidad a pagar por el Parlamento hasta 80.000 libras. En esta misma sesión, el gobierno pide facultades para aumentar las fuerzas navales y terrestres en caso de necesidad, y un crédito de 5000.000 libras para gastos extraordinarios. Walpole explica a Geraldino que no se trata de una medida belicista sino de una táctica para poder clausurar las sesiones pronto sin que existan motivos de seguir reunidos.

- 380 Id., 28 mayo 1739, (copia), libro cit.
- 381 Id., 4 junio 1739, (copia), libro cit.
- 382 Villarias a Geraldino, Aranjuez 7 junio 1739, AGS, Estado, leg. 6909, "no sería culpa de S.M. sino de Inglaterra, por querer, no solo mantenerse armada, sino aumentar sus fuerzas al mismo tiempo que quiere que se la crea pacífica y que se la suministre medios con que hacer la guerra, y ésto por aquel mismo contra quien debe presumirse que la dirige", cit. por Bethencourt, 1953, p. 756, n. 122.
- 383 Geraldino a Villarias, Londres 11 junio 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710.
- 384 Geraldino a Villarias, Londres 18 junio 1739, (copia), libro cit.
- 385 Id., (otra).
- 386 Id., (otra).
- 387 Id., 25 junio y 30 julio 1739, (copia), libro cit.
- 388 Id., (otra), y 16 julio 1739 (copia), libro cit., Geraldino avisa también a Blas de Lezo y Juan Francisco Gómez y Horcasitas en América de todas estas noticias para que estén alerta.
- 389 Id., 2 julio 1739, (copia), libro cit.

- 390 Id., 9 julio 1739, (copia), libro cit.
- 391 The London Gazette, Whitehall 10/21 julio 1739, (original), AGS, Estado, leg. 6909, habla de las depredaciones de los guardacostas españoles sobre la navegación inglesa, y contra los tratados y derecho de gentes, señalando el incumplimiento por España de la convención del Pardo, al no pagar las 95.000 libras, como motivos de la oferta de patentes de represalia.
- 392 Geraldino a Villarias, 22 y 30 julio 1739, (copias), AHN, Estado, libro 710.
- 393 Id., 30 julio 1739, (otra), libro cit.
- 394 Jorge Rey. Instrucciones para tales Comerciantes y otros que tuvieran Cartas de Marca y represalia para Navios de Guerra Particulares contra el Rey de España... dada en nra Corte de Kensington el día 20/31 de julio de 1739. AGS, Estado, leg. 6909.
- 395 Jorge Rey. Instrucciones..., cit., artículo 1º.
- 396 Id., artículo 7º.
- 397 Geraldino a Villarias, Londres 22 julio 1739, (otra), AHN, Estado, libro 710, detalla las noticias de que se ha podido enterar.
- 398 Id., 30 julio, (otra) y 6, 13 agosto 1739, (copias), libro cit. Vernon zarpa el 4 de agosto pero es obligado a regresar por un temporal, saliendo de nuevo el 11 del mismo mes. El fracaso de Vernon en capturar los azogues, llegados a Santander el 13 de agosto, causa un gran disgusto entre los ingleses, y la Oposición llega incluso a insinuar que Geraldino ha sobornado a Walpole para que facilitase la segura arribada a España de estos navios. Id., 3 septiembre 1739, (copia), libro cit.
- 399 Id., 30 julio 1739, cit.
- 400 Id., 6 agosto 1739, (copia), libro cit.

- 401 Id., 20 agosto 1739, (copia), libro cit. Keene a Villarias, Madrid 26 agosto 1739, (original), AGS, Estado, leg. 6909, comunica estas órdenes de retirarse.
- 402 Villarias a Geraldino, Buen Retiro 13 julio 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 6909.
- 403 Villarias a Mina, Buen Retiro 12 agosto 1739, AHN, Estado, leg. 4070.
- 404 Declaración de S.M. Católica de 20 de Agosto de 1739 en vista de haberse publicado en Londres las Represalias contra los Españoles. AHN, Estado, leg. 3557. Fue impresa en la Gaceta de Madrid en 25 agosto 1739, AGS, Estado, leg. 6909.
- 405 Keene ha pedido pasaportes el 26 de agosto, y las instrucciones de Villarias a Geraldino llevan fecha de 27 agosto. Geraldino a Newcastle, Londres 30 agosto/10 septiembre 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 6909, pide sus pasaportes para retirarse en cumplimiento de las órdenes recibidas.
- 406 Declaración de Guerre de Su Majesté Britannique contre le Roi d'Espagne, Kensington 19/30 octubre 1739, (copia), leg. cit.
- 407 Declaración de Guerra à la Ynglaterra, [Buen Retiro] à 26 de Noviembre de 1739, (copia), AHN, Estado, leg. 3557.
- 408 Cotejo de la conducta de S.M. con la de el Rey Britanico, assi en lo conocido antes de la Convencion de 14 de Enero de este año de 1739 como en lo obrado despues, hasta la publicacion de Represalias, y declaracion de Guerra, Madrid, Impronta de Antonio Marin, [1739], AGS, Estado, leg. 6909. Esta obra será reeditada varias veces bajo el título de: Examen des Raisons justificatives qu'a eues Le Roy d'Espagne, de ne pas payer les 95.000. Livres Sterlin stipulées dans la Convention signée au Pardo de 14. Janvier de cette année. M.DCC.XXXIX, siendo traducida y difundida ampliamente por Europa. Mina a Villarias, París 11 enero 1740, (copia), AHN, Estado, leg. 4081, comunica haber obtenido la traducción de acuerdo con el gobierno francés. Mandará 50 copias a

Cambis en Londres, otros a las Cortes europeas donde residen embajadores españoles, especialmente La Haya "porque es centro de muchas partes". Una réplica es la Horacio Walpole, Examen de un papel intitulado: Raisons justificatives..., cit. A raíz de las conferencias de Breda el Cotejo es completado por Macanaz hasta el año 1748. EN. Mss.11073¹⁰. El documento entero fue publicado por Valladares en el Semanario Erudito, VII, Madrid, 1787, pp. 103-31, atribuyéndoselo a Macanaz, y con el título "Manifiesto y cotejo de la conducta..."

409 Cotejo..., cit., p. 15.

410 Id., p. 18.

411 Walpole solía utilizar esta expresión para criticar el tono violento empleado por Newcastle en sus despachos para España. Pares, 1936, p. 58.

412 Las tristes palabras de Walpole al estallar la guerra por fin ponen de manifiesto la amarga soledad en que había luchado por la paz. Dijo a Newcastle, "It is your war, and I wish you joy of it". Plumb, 1950, p. 72.

413 Keene a Newcastle, Madrid 24 abril 1739, (muy reservado), P.R.O., SP-94/133, cit. por Pares, 1936, p. 33, opina que los ministros españoles son "three or four mean stubborn people of little minds and limited understandings, but full of the romantic ideas they have found in old memorials and speculative authors who have treated of the immense grandeur of the Spanish monarchy, people who have vanity enough to think themselves reserved by Providence to rectify and reform the abuses of past ministers and ages".

CAPITULO II

EL CONFLICTIVO ASIENTO DE NEGROS DE LA COMPANIA DEL MAR DEL SUR.

Las disputas entre Felipe V y la Compañía del asiento: derechos de negros, beneficios en el asiento, navíos de permiso, represalias.

Propuestas de la Compañía de 1736, 1737 y 1738.

La Compañía y el convenio angloespañol sobre presas: la amenaza de suspensión del asiento, la declaración del 10 de enero de 1739, la convención de El Pardo, y la negativa de la Compañía de pagar su deuda con Felipe V.

EL CONFLICTIVO ASIENTO DE NEGROS DE LA COMPAÑIA DEL MAR DEL SUR.

LAS DISPUTAS ENTRE FELIPE V Y LA COMPAÑIA DEL ASIENTO.

La necesidad de mano de obra para la minería, las plantaciones subtropicales, obras públicas, pesquerías de perlas y los ranchos del Nuevo Mundo se había reconocido muy al principio de la colonización. Pronto se comprendió que los indígenas americanos servían poco o nada para el duro y disciplinado trabajo del siervo o esclavo, y los inmigrantes europeos no bastaban para extraer las riquezas de América con la rapidez y en la cantidad que codiciaban.¹ En la Europa del siglo XV el esclavo negro no era una figura desconocida, y algunos conquistadores españoles se hicieron acompañar a América por sus esclavos personales.² Entonces se apreciaban los esclavos negros por su docilidad despierta y su resistencia física como trabajadores, de manera que se pensó muy pronto en utilizarlos como mano de obra en las Indias españolas.³

Con el tiempo la demanda americana de esclavos negros creció hasta tal punto que planteó un grave problema de abastecimiento, pues España carecía de establecimientos africanos y no podía autoabastecerse.⁴ Las soluciones adoptadas consistieron en la concesión de licencias y de asientos, o contratos en exclusiva, a particulares y empresas para vender esclavos negros en las Indias españolas.⁵

El asiento de negros fue disfrutado por diferentes compañías y naciones sucesivamente, hasta que en 1713 fue concedido por treinta años a Inglaterra.⁶ A su vez la Corona británica delegó en una compañía, llamada del Mar del Sur,⁷ para llevar a la práctica los privilegios otorgados por el soberano español en el tratado del Asiento.⁸

Los representantes ingleses en Utrecht pusieron gran empeño en conseguir el Asiento y el navío de permiso anual, pero no tanto por su valor en sí, pues el propio tratado reconoce las pérdidas habidas en anteriores Asientos,⁹ como por sus posibilidades de aprovechamiento ilegal.¹⁰ Además el Asiento era un contrato en exclusiva y por tanto daría a los comerciantes ingleses una ventaja sobre sus rivales franceses y holandeses, cosa que no lograrían si pidiesen una rebaja o exención de los derechos aduaneros en España, a causa de la cláusula de "nación más favorecida" de los tratados internacionales.¹¹ Aún así los términos del tratado del Asiento fueron considerados muy desfavorables por la opinión pública inglesa, y la paz de Utrecht fue criticada como deshonrosa por más de un inglés.¹²

No parece que el Asiento de negros daba grandes beneficios, pues no se pudieron comprar los negros al bajo precio previsto, y los españoles exigían una alta calidad de esclavos, de modo que por estos dos conceptos disminuyeron considerablemente los márgenes comerciales. Además, los altos precios de la Compañía fomentaban el comercio ilícito de esclavos, de inferior calidad pero a precios más asequibles para muchos compradores españoles. Todo ello repercutía desfavorablemente en las ventas de la Compañía, que no solía llegar a vender las cuatro mil piezas anuales que pagaban derechos de importación, y por lo tanto no pudo beneficiarse de la exención de derechos de las restantes ochocientas piezas.¹³

Tan decepcionados estuvieron los asentistas ingleses que solicitaron permiso del rey Jorge II para pedir a Felipe V que les concediese el 2% del quinto de la Corona española en los Galeones y Flotas, a cambio de su renuncia al Asiento.¹⁴ Pero el gobierno británico nunca contestó a esta petición, sin duda porque sabía que el Asiento, además de ser una importante baza diplomática, proporcionaba acceso e información directa de todo tipo sobre los dominios españoles en América, y servía de tapadera insustituible de un comercio ilícito enormemente extendido y lucrativo. Lo cierto es que los ministros ingleses siempre sostuvieron que la Compañía no podía por sí sola negociar modificaciones del tratado del Asiento, porque eso era competencia del gobierno.¹⁵

Las disputas entre la Compañía y Felipe V se desarrollan sobre un telón de fondo de mutuo desengaño y decepción. El Asiento no reporta los grandes beneficios esperados - al menos para los accionistas -, pero los abusos cometidos por algunos directores a la sombra de la Compañía espolean al gobierno español en su afán de acabar con el Asiento inglés. Así las diferencias se agravan y las posturas de unos y otros se enconan cada vez más.

Muchas disputas surgieron de las actividades visibles o legales de la Compañía, sin entrar en el turbio terreno de su comercio secreto e ilícito. Lo cierto es que las actividades legales de la Compañía la hicieron singularmente vulnerable a toda clase de intimidación por parte de las autoridades españolas. Tenía casas, almacenes, terrenos, dinero, mercancías y navíos, además de sus agentes, en los puertos españoles. De todos estos efectos y personas se podrían apropiar los oficiales españoles en cualquier momento. Asimismo todas las actividades de la Compañía en, y cerca de, los dominios españoles estaban sujetos, al menos teórica y potencialmente, al más riguroso control. No obstante, la Compañía debía conservar la tolerancia, si no la buena voluntad española si quería seguir disfrutando de sus privilegios comer-

ciales. Por eso las innumerables dificultades para el ejercicio de esos privilegios, y la amenaza de represalias contra la Compañía por cualquier infracción, real o imaginaria, fuese para agentes suyos o por comerciantes privados, no provocaron más que protestas, porque una tentativa de hacer observar sus derechos por la fuerza estaría abocada al fracaso, y posiblemente a la pérdida de esos derechos.¹⁶ El interés, tanto de la Compañía como del gobierno inglés, estaba pues en procurar conservar la paz con España, y en no agravar la natural repugnancia española ante los privilegios comerciales ingleses en las Indias españolas.¹⁷

España tenía muy justificadas razones para resentir y obstaculizar al máximo el disfrute por Inglaterra del Asiento y navío de permiso. Todavía por doquier imperaba el código mercantilista, y todas las naciones consideraban que los recursos y comercio de sus colonias debían ser monopolizados por sus propios naturales. Es cierto que el Asiento había estado casi siempre en manos extranjeras, y que el comercio sevillano y gaditano con las Indias había conocido fuertes participaciones extranjeras más o menos visibles, pero lo insostenible del Asiento y navíos anuales ingleses era que fueron impuestos y garantizados por tratados internacionales, con unas ventajas inauditas, en clara contradicción con el antiguo sistema económico oficial.

Por otra parte no tardaron los ministros españoles en enterarse de los abusos cometidos a la sombra del Asiento inglés. Así no es extraño que se expidiesen órdenes secretas a los oficiales coloniales para que interfiriesen con el comercio de la Compañía, sobre todo después de obtener pruebas definitivas de su mala fe, y se multiplicasen en América todas las pequeñas maniobras dilatorias y prohibitivas al alcance del que admite algo pero sólo con repugnancia y de mala gana.¹⁸

El tratado de Sevilla de 1729 entre España, Francia e Inglaterra constituyó un intento de resolver algunos de los problemas surgidos de los tratados de Utrecht. La mayor parte de sus cláusulas se refieren todavía a los conflictos en el continente europeo, y concretamente para España su principal interés estribó en el reconocimiento de los derechos del Infante Carlos en Italia.¹⁹ Esencialmente, en lo concerniente a América, el tratado estipuló que se nombrarían comisionados ingleses y españoles para determinar la justicia y cuantía de las respectivas pretensiones.

El comercio volvería a su antigua situación, siendo especialmente renovados los tratados de 1667, 1713, 1715 y 1716 entre España e Inglaterra y

confirmando por tanto los privilegios comerciales ingleses.²⁰

Desde este momento se comienza a apreciar un creciente interés por las Indias españolas en los círculos dirigentes de la nación. Una de las facetas de este interés fue el impulso hacia la defensa de los recursos y territorios americanos contra las infiltraciones extranjeras. La reina Isabel ha logrado satisfacer por el momento - decorosa aunque no plenamente - sus ambiciones italianas; Petiño²¹ ha subido al poder en España; la superioridad naval inglesa se ha hecho ver y sentir con claridad, despertando no sólo en España sino en Francia también la conciencia del peligro de su propia debilidad; desde ahora la alianza anglofrancesa se puede contar como finiquitada, dejando el camino libre para una alianza borbónica mientras Inglaterra intenta recuperar su antiguo aliado: el Emperador;²² y por último, han llegado a manos del gobierno español unos informes completos y fidedignos sobre la extensión de las actividades comerciales ilícitas realizadas a cubierto de la cortina de humo del Asiento, los cuales acaban de estimular una reacción dirigida a su erradicación.²³ En otras palabras más breves, desde 1729 se produjo en Europa un general reajuste de objetivos y alianzas, cuya nueva pauta no es poco conducente a la declaración de guerra entre España e Inglaterra diez años más tarde.

Por de pronto, ya en 1728 un grupo de comerciantes franceses presentaron a su gobierno una memoria con sus quejas respecto del comercio español. Una de sus conclusiones fue que Francia debería apoyar al gobierno español en el repudio del tratado del Asiento, o si esto no fuera posible, instigar al menos un cumplimiento más severo de sus cláusulas con el fin de disminuir los abusos ingleses.²⁴ Este afán de controlar o acabar con el Asiento inglés fue uno de los objetivos más constantes de Petiño y sus discípulos.²⁵ Los esfuerzos de la Compañía por defender sus intereses contra el creciente control español jugaron un papel importante en los intercambios diplomáticos anteriores a la guerra.²⁶

En España el embajador inglés Benjamin Keene reunía en su persona los intereses particulares de la Compañía del Mar del Sur, de la cual él era agente en la Corte española, y la representación diplomática de Su Majestad Británica. Esta coincidencia reflejaba las confusas relaciones existentes entre la Compañía y el gobierno inglés. La Compañía del Asiento era un organismo semi-oficial cuyo gobernador nominal era el rey Jorge II, y algunos de cuyos directores y accionistas eran a la vez diputados parlamentarios.

Por otra parte la Compañía estaba cargada con la deuda nacional inglesa, lo cual constituía un importante lazo político-económico con el gobierno.²⁷ La Compañía tenía derechos y obligaciones reconocidos internacionalmente, y gozaba de la protección de su propia Corona, pero no por eso permitía que la Corona interfiriese sus asuntos. En resumen el resultado de tan delicada situación era que el gobierno inglés debía proteger los intereses de una Compañía sobre cuyas actividades no ejercía la menor autoridad.²⁸

No mucho menos complejas eran las relaciones del soberano español con la Compañía, pues España cedió el Asiento a la Corona inglesa, pero de hecho lo disfrutaba una empresa privada, encabezada sólo nominalmente por Jorge II. Además uno de los capitalistas propietarios de esa Compañía era el propio rey Felipe V (del mismo modo que lo era Jorge II), pero con la particularidad de que su participación inversora de un millón de pesos se estableció mediante un préstamo a interés de los demás accionistas y contra los beneficios futuros.²⁹ Ante esta confusión o incertidumbre el ministerio español optaba siempre por mantener su postura invariable ante la Compañía y la Corona inglesa por igual, remitiéndose al tratado del Asiento para señalar la responsabilidad del gobierno inglés.³⁰

Después del tratado de Sevilla se nombraron los comisarios de una y otra parte, y se celebraron las conferencias previstas (aunque con bastante retraso), pero no se adelantó nada en las negociaciones y se fueron acumulando las pequeñas fricciones.³¹ Las posturas eran claras y al parecer inamovibles aunque todavía no exacerbadas por la violencia. Era una situación de lucha sorda pero tenaz, en la que no había posibilidad ni voluntad de ceder.³²

Uno de los conflictos más graves era el referente al pago de las diversas sumas debidas a Felipe V. La Corona española debía recibir dos tipos de beneficios en función de la introducción de esclavos en América. Por una parte debía percibir cada seis meses los derechos arancelarios o de importación que se hubiesen acumulado. Estos derechos importaban 33 1/3 pesos escudos de plata por cada pieza de Indio.³³ Por otra parte Felipe V como capitalista o accionista de la Compañía del Mar del Sur, debía percibir cada cinco años, cuando se presentasen las cuentas, sus dividendos correspondientes. Pero en 1726 el gobierno español clavó el valor del peso en un veinticinco por ciento, en un esfuerzo por frenar la extracción al extranjero del numerario español.³⁴ Esto mermaba todavía más los beneficios de la Compañía, y sus directores se opusieron tenazmente a pagar los derechos de esclavos al nuevo cambio del peso, resistiéndose asimismo a presentar las

cuentas claras y completas del Asiento, pese a sus promesas y obligación de entregarlas.³⁵

El navío de permiso también suscitaba series disputas, pues las autoridades españolas no tardaron en comprender todo el daño causado por este navío, y comenzaron a retrasar y dificultar la expedición de las cédulas necesarias, y a insistir en el control del tonelaje de las mercancías llevadas a bordo.³⁶ Las guerras también impidieron la salida de algunos navíos de permiso, y en fin, la incertidumbre española para celebrar una feria cada año privó a la Compañía de oportunidades. La consecuencia fue que salieron sólo siete navíos de permiso hasta 1739.³⁷ Sin embargo, lejos de compensar a la Compañía por la pérdida de tanto comercio legal, el gobierno español aprovechaba cualquier pretexto para negar las cédulas necesarias para la expedición de navíos de permiso.

Por otra parte los dos últimos navíos de permiso fueron la causa de otro conflicto de signo pecuniario. En 1730 el navío de permiso Príncipe Guillermo llegó tarde para la feria, y sus mercancías se vendieron a precios relativamente bajos porque el mercado ya se había surtido. Por el contrario en 1732 el Real Carolina obtuvo grandes beneficios, pero cuando Felipe V reclamó su parte se le contestó que el no había compartido las pérdidas anteriores y por lo tanto no era justo que ahora pretendiera compartir las ganancias.³⁸ La disputa sobre las utilidades del Real Carolina se mantendrá hasta la ruptura, siendo un factor importante en el creciente resentimiento español.

No menos discusión surgió a raíz de las represalias españolas contra los bienes de la Compañía cuando rompió la guerra entre las dos naciones en 1718 y 1727. El tratado del Asiento había estipulado que se debía dar un plazo de dieciocho meses para la libre evacuación de los efectos y empleados de la Compañía en territorios españoles, en caso de guerra.³⁹ El plazo no se respetó en ninguna ocasión, y por lo tanto los directores se sentían con todo derecho de reclamar sus pérdidas. De hecho el gobierno español se comprometió en 1721 a restituir los efectos confiscados en 1718 o todo su valor.⁴⁰ Sin embargo las autoridades coloniales no habían inventariado y evaluado todos los efectos embargados (como les mandaban las órdenes reales de septiembre 1718), y en el tratado de 1721 se estipuló que los interesados debían presentar "informaciones auténticas" y "pruebas legítimas" para justificar sus pretensiones.⁴¹ Este requisito inalterable permitió al ministerio español dar larga el asunto durante años, hasta repetirse lo

mismo en 1727. En esta brevísima ruptura fue confiscado el navío de permiso Príncipe Federico con toda su carga, en represalia contra el bloqueo de Portobelo, y el consiguiente desbarajuste de la feria, por el almirante Hosier. España prometió devolver estas represalias por el tratado de Sevilla de 1729, pero exigiendo otra vez los justificantes adecuados, de modo que en realidad tampoco ahora se adelantaba nada.⁴²

Tras la suspensión de las conferencias de Sevilla, Tomás Geraldino, representante de Felipe V en la Compañía, trabajó en Londres para resolver las diferencias. Esta fase de las negociaciones no se desarrolla a nivel diplomático, sino como un simple asunto de negocios.⁴³ En el otoño de 1733 entregó una memoria sobre el valor del peso, pero el silencio de la Compañía le obligó a repetir su instancia en febrero de 1734, añadiendo esta vez la advertencia de que si no se pagaban los derechos debidos, el cambio de 54 peniques por peso, se mandaría a las autoridades hispanoamericanas cobrar allí mismo los derechos de importación de esclavos y otros impuestos que considerasen procedentes.⁴⁴

Sin embargo la única reacción de la Compañía fue procurar que las negociaciones se trasladasen a Madrid, donde su agente Keene tenía el prestigio y la autoridad de ser embajador inglés, y recibir el apoyo del gobierno. Consiguieron los buenos oficios del duque de Newcastle, quien envió instrucciones a Keene. Debía esforzarse para que no se mandasen órdenes contrarias a los intereses de la Compañía a los oficiales españoles en América, y se lo autorizó para utilizar el nombre del soberano británico en apoyo de sus oficios.⁴⁵

En vista de estas maniobras de la Compañía, Geraldino amenazó con una posible detención de todo comercio de esclavos hasta obtener una respuesta satisfactoria. Este paso constituye un buen indicio del alto grado de impaciencia a que había llegado el gobierno español. Keene se convenció de que Patiño no cedería si no se aceptaban sus demandas,⁴⁶ pero tampoco había inclinación de ceder por parte inglesa, y Keene no pudo hacer más que pasar un oficio en mayo de 1735 pidiendo la retirada de la amenaza de suspensión del Asiento.⁴⁷

A lo largo de este mismo año de 1735 el gobierno español pedía las cuentas y reclamaba las veintisiete mil libras esterlinas de beneficios del navío de permiso Rosal Carolina que correspondían a Felipe V, pero sus repetidos oficios no obtuvieron respuesta.⁴⁸ Asimismo resultaba infructuoso el

intercambio de memorias sobre las represalias practicadas contra la Compañía en 1718 y 1727. En junio de 1735 Patiño definió claramente su posición, en apoyo de los oficiales reales en América. Era imposible restituir los efectos represaliados mientras no se justificase cada partida debidamente.⁴⁹

Patiño intentó salir de este atolladero recurriendo de nuevo a las amenazas. Esta vez echó mano de las cédulas para el navío de permiso de 1736, insinuando que su concesión dependía del pago por la Compañía de los beneficios del Real Carolina y de los derechos de esclavos.⁵⁰

Keene contestó presentando en el otoño de 1736 un importante oficio de seis puntos que recogía todas las peticiones de la Compañía. Solicitó permiso para embarcar mercancías de fabricación no-inglesa en el navío de permiso, como se hizo en 1732 con el Real Carolina. Pidió también que los oficiales españoles en América no arquesen otra vez ni visitasen el navío, bastando con el arqueo de navío y mercancías en el puerto de partida. Una petición especial y por esta sola vez fue que, en vista del retraso en la expedición de las cédulas y la probabilidad de llegar tarde para la feria, se autorizase la internación de las mercancías hasta el Perú para su mejor venta. Tampoco se olvidó Keene de reclamar una vez más la restitución de los efectos represaliados de la Compañía. Luego para resolver el enconado problema de los derechos de esclavos se ofreció su pago inmediato aceptándose el valor medio que hubiese tenido el peso desde el comienzo del Asiento inglés hasta 1726 cuando tuvo lugar el primer cambio importante de su valor. Finalmente respecto de los beneficios del Real Carolina, la Compañía se comprometió a pagarlos a cambio de las cédulas para el navío de permiso y la concesión de las cinco peticiones antecedentes.⁵¹ La verdad es que la Compañía por su parte no hacía ninguna concesión sustancial, pues seguía obcecada con sus peticiones de siempre, añadiendo otras nuevas igualmente inaceptables.

La respuesta española trató cada punto por separado como era habitual.⁵² El embarque de productos de fabricación no-inglesa en el navío de permiso no debería ser admitido, así por los mismos términos del contrato como porque dañaría la industria nacional española. El precedente del Real Carolina en 1732 no debía invocarse porque entonces se concedió este privilegio en muestra de buena fe y por una sola vez porque ya estaba cargado el navío y cambiar las mercancías habría retrasado excesivamente su

salida. No obstante, y para dejar fuera de dudas la condescendencia del rey se podría acceder a esta petición. Es de suponer que una vez admitido el navío de permiso el comercio inglés, el daño mayor ya está hecho y la procedencia de las manufacturas (toda vez que no sea española) es de un interés secundario.

La comprobación de la carga del navío de permiso en América se hacía para frenar los fraudes que se cometían con este privilegio, no pudiendo haber ninguna protesta justa contra tal proceder, y por lo tanto se denegó esta petición.⁵³

En cuanto a la internación de mercancías al Perú, se contestó severamente que no sólo fue prohibida expresamente por Luis I, sino que los retrasos alegados como motivo de solicitarla se habían producido por culpa de la Compañía, y en virtud de los derechos inexcusables de Felipe V, por lo que no estaba obligado, ni condescendería a ofrecer ningún tipo de compensación. Aquí se distinguían dos reacciones negativas: una ante la pretensión de que se le debía compensar - o lo que es casi lo mismo, ofrecer una nueva ventaja comercial - a la Compañía por sus previsibles pérdidas si llegase tarde para la feria; y otra ante la pretensión precisa de internar sus mercancías al Perú. El Asiento obligaba a permitir el acceso de navíos negreros a los puertos y costas españoles, pero el Mar del Sur permanecía vedado a los navíos extranjeros. Era la raya trazada por el espíritu mercantilista dominante para mantener el aislamiento de la zona más rica de los dominios coloniales.⁵⁴

No se aprecia ningún cambio en la postura legalista del ministerio español en lo concerniente a restitución de represalias, pues se siguió insistiendo en que no se podrían liquidar las reclamaciones mientras no presentase la Compañía los documentos justificativos necesarios, pero que en el momento que se entregasen éstos se librarían las cantidades que resultasen adeudadas en seguida. Al parecer el gobierno español consideraba que ésta no era una respuesta negativa, sino la única posible dadas las circunstancias, y en cierto modo fuera de sus manos el poder cambiarla. Esta postura no será variada en las sucesivas negociaciones hasta la ruptura bélica.

La oferta de calcular y adoptar el valor medio del peso entre 1713 y 1726 para el pago de los derechos de esclavos tampoco se podía aceptar porque en realidad representaba poco más o menos lo mismo que el antiguo

valor de 44 peniques por peso. Sin embargo se cedió un tanto resolviendo contar el peso a 52 peniques por todos los negros, tanto los ya vendidos como los por vender.

Finalmente se considera que el Asiento de negros y el navío de permiso anual eran y debían ser totalmente separados e independientes en sus actividades comerciales, y por lo tanto no se debía permitir que se mezclasen ni que se utilizase uno para lograr mayores ventajas en el otro. El rey debía percibir sus ganancias en el Real Carolina inmediatamente y sin condiciones, porque era su derecho, y no tenía que dar nada a cambio. Sobre este punto es preciso subrayar que el oficio de Keene constituyó la primera concesión de parte de la Compañía; el primer reconocimiento de la deuda y la primera declaración clara de su disposición a pagarla. Empero era también la más pequeña concesión posible, no sólo porque no existía ninguna justificación para la retención de esos beneficios, sino porque a fin de cuentas la parte debida a Felipe V sumaba sólo 27.896 libras.⁵⁵

En fin, la respuesta española a las peticiones de la Compañía no resultaba demasiado alentadora, aunque el ministerio español evidentemente la concebía como conciliadora en lo posible. Ahora bien, es necesario siempre tener en cuenta que había una tendencia a escudarse en lo legal y teórico, con un acusado rechazo de lo posible de hecho o en la práctica. En definitiva, era una manera de expresar una voluntad negativa, sin admitirlo abiertamente.

La muerte de Patiño en noviembre de 1736, con el consiguiente reajuste ministerial en España, sin duda induce a los ingleses a seguir manteniendo su postura con la esperanza de sacar mayor ventaja de los nuevos ministros españoles.⁵⁶ Los directores de la Compañía esperan que Keene logre convenir en el valor del peso según propuesta suya, aunque recelan que ya no podrán obtener la cédula para el navío de permiso para la próxima feria.⁵⁷

Por su parte Walpole intenta persuadir a los directores de la Compañía de la justicia de las demandas españolas.⁵⁸ En diciembre manifiestan deseos de entablar negociaciones con Geraldino, y poco después le presentan otra memoria de sus quejas contra el gobierno español.⁵⁹

Sin embargo no es hasta abril de 1737 que se animan de nuevo los intercambios sobre estas diferencias. Walpole mantiene su postura conciliadora, presionando sobre la Compañía para que negocie un acuerdo con mayor

flexibilidad, y resistiéndose a la petición de la Compañía de comprometer al gobierno en apoyo de sus pretensiones.⁶⁰

El nuevo gobierno español, por su parte, mantiene y repite las demandas hechas por Patiño de que se paguen los derechos de importación de negros valorando el peso fuerte en 54 peniques, y que se pague la participación del Rey en los beneficios del último navío de permiso Real Carolina.

Los directores de la Compañía no encuentran apoyo en Walpole pero no están dispuestos a ceder, y siguen intentando por todos los medios mezclar al gobierno en las disputas. Solicitan una entrevista con Geraldino, estando presentes Walpole y Newcastle, pero éstos se niegan a comparecer "rezelando el que...interpreten como órdenes sus Consejos".⁶¹ Es preciso tener en cuenta que el asunto de la nueva colonia inglesa de Georgia está ahora en un momento de alta tensión, y sin duda piensa Walpole que un solo movimiento en falso podría precipitar la guerra que tanto ansía evitar. Sólo días más tarde los directores de la Compañía piden a Walpole que él entregue a Geraldino un proyecto de ajuste, de parte de la Compañía, a lo cual se niega nuevamente, sugiriendo que ellos lo traten directamente con el encargado español. La firmeza de Walpole da esperanzas a Geraldino de que la Compañía se vea obligada a llegar a un ajuste,⁶² aunque los directores diffieren tratar de ello por el momento, con el pretexto de ser varios de ellos diputados parlamentarios y estar temporalmente ocupados en las sesiones.⁶³

Cuando Geraldino logra hablar con ellos, al principio esquivan toda concreción, evitando expresarse por escrito, y no se llega a ningún acuerdo.⁶⁴ Pero por fin los directores se avienen verbalmente a pagar los derechos de esclavos al cambio de 52 peniques por peso, y a pagar los beneficios de Felipe V en el Real Carolina, bajo condición de previa expedición de órdenes reales para la restitución de sus bienes represaliados en América. Geraldino se esfuerza en convencerlos a que paguen sus deudas primero, y confien en la justicia de Su Magestad Católica respecto de las restituciones. La Compañía previsiblemente se resiste a ello, insistiendo en que se hagan efectivas las restituciones antes de desembolsar los derechos y utilidades debidos a Felipe V.⁶⁵ Los directores desconfían tanto o más del criterio independiente, y a veces desobediente, de los oficiales españoles en Indias, que de las rectas intenciones del rey. Para probar su propia buena fe ofrecen adelantar hasta 10.000 libras contra los derechos de esclavos, para satisfacer una solicitud de libramiento a Ge-

raldino,⁶⁶ si se efectúan las restituciones antes de la liquidación total de los créditos españoles.⁶⁷ Se precisan pues unas concesiones mayores por parte de la Compañía. No sólo reconocen claramente deber, y estar dispuestos a pagar, las dos deudas reclamadas por Felipe V, sino que aceptan pagar el peso a 52 peniques, punto éste más discutible y potencialmente abierto al compromiso. Pero queda en pie el problema más difícil de los modos y el orden en que habrán de hacerse efectivas las concesiones.

Al principio de este mismo mes de junio 1737, el Conde de Montijo, antiguo embajador español en Londres, es nombrado presidente del Consejo de Indias, y este hecho suscita el temor en Keene de que Montijo intente vengarse de la Compañía, desde su nuevo puesto, por haberle embarazado, cuando estuvo en Londres, el retraso en pagarle una suma de dinero.⁶⁸

En julio los intercambios cobran un nuevo ímpetu. Geraldino advierte que los directores parecen conseguir un mayor apoyo gubernamental,⁶⁹ y con el correo del día once remite una copia de un plan de ajuste provisional aprobado el veintitres de junio por los directores de la Compañía. Las líneas principales de este plan concuerdan con las noticias dadas por Geraldino en junio. La Compañía acepta pagar los pesos fuertes a 52 peniques a partir de 1730, y liquidará lo debido a Felipe V cuando se expidan los órdenes de restitución de las represalias, valoradas en 1.521.394 pesas. También se solicitan cambios en las cédulas para el navío de permiso, y nuevos métodos para ajustar las cuentas de negros.⁷⁰ Es decir, que la Compañía todavía pretende sacar algunas ventajas a cambio de sus concesiones.

Empero Torrenueva ya ha contestado a principios de julio a las noticias del plan que avisaba Geraldino. La postura española se mantiene tajante e inflexible. El rey mandará restituir las represalias cuando la Compañía pague lo que debe, y no antes. De nuevo rechaza la mezcla de asuntos diferentes (pues se considera que las represalias, como el navío de permiso, son temas independientes de los negocios del Asiento), y tampoco se pueden contemplar cambios en las provisiones de los contratos sobre cédulas y cuentas.⁷¹

Entretanto, las ausencias de Newcastle retrasan la presentación a Jorge II del plan de ajuste provisional para su aprobación,⁷² y las dilaciones continúan hasta agosto, cuando el soberano británico aprueba este plan de once de julio.⁷³

El plan de once de julio parecía ofrecer al menos una oportunidad de agilizar las discusiones para llegar a un acuerdo, pero la inflexibilidad española anula la posibilidad de un compromiso sobre esa base, y por el momento no se oye nada más sobre este plan. En octubre la Compañía ordena a Keene pedir la cédula para enviar un navío de permiso a la feria de Portobelo, que se ha aplazado hasta septiembre del año siguiente de 1738. Geraldino se extraña de este nuevo paso, pues lo parece una idea intempestiva e infructuosa entretanto la Compañía no pague lo que debe a Felipe V.⁷⁴

Por otra parte, a fines de julio se hace público el nombramiento oficial de Geraldino como embajador español en Londres, al mismo tiempo que se nombra a Pedro Tyrre director por Felipe V en la Compañía. El nuevo carácter diplomático de Geraldino agrada a los ingleses, pero el nombramiento de Tyrre parece suscitar ciertos recelos.⁷⁵

Por fin el primero de enero de 1738 la Compañía eleva una memoria a Jorge II sobre un ajuste con España. Este nuevo plan añade importantes modificaciones al del once de julio del año anterior, y resulta desde luego más completo y flexible. Confirma que la Compañía pagará las ganancias de Felipe V en el Real Carolina y los derechos de negros a 52 peniques por peso, pero sólo desde enero de 1731.⁷⁶ Propone que se haga el cálculo del valor de las represalias a restituir por las cuentas españolas, aunque reservándose la Compañía el derecho de apelación contra cualquier partida. Una vez aprobada la suma a restituir, se concedería un plazo de tres años para su pago por los virreyes de Nueva España y Perú, quienes deberían pagar una parte proporcional cada seis meses. Si no pudiesen cumplir los virreyes, o se negasen a hacerlo, pagará Felipe V en España, pero si no pudiese tampoco, la Compañía tendría el derecho de recuperar sus pérdidas reteniendo los beneficios de la venta de negros. Para que esta garantía tenga validez, se solicita además que se declare que el Asiento tiene una vigencia de treinta años hábiles para el comercio, pues si se entendiese que su duración era de treinta años corrientes, la suma total de los derechos debida a Felipe V apenas superaría los doscientos mil pesos prestados por la Compañía al rey cuando se hizo el contrato del Asiento.⁷⁷

El plan de primero de enero parece al menos negociable, pues la idea de pagar el valor de las represalias en plazos podría aplicarse para resolver el problema de quien debe pagar su deuda antes. En todo caso esta proposición esquivaba muy debilmente la obligación de la Compañía de justi-

ficar sus reclamaciones con pruebas documentales, y colocar al gobierno español en el aprieto de tener que fijar él mismo la cuantía de la indemnización a pagar por las represalias. En cuanto al punto de la duración del Asiento, no es una pretensión nueva. El disfrute de los privilegios comerciales se ha visto interrumpido en varias ocasiones, con todos los daños y perjuicios consiguientes para la Compañía. Sin embargo, siempre que se hubiese tocado este punto anteriormente, se había contestado que el propio tratado estipula una duración de treinta años corrientes, de 1713 a 1743, y que la Corona británica no pudo conceder a la Compañía más de lo que concedió en primer lugar la Corona española. El fallo básico del argumento español reside en que después del tratado del Asiento se modificó sus términos retrasando la fecha de comienzo del Asiento por consideraciones prácticas. La Compañía naturalmente señala este hecho como un precedente susceptible de repetirse. A esto contesta invariablemente el gobierno español que el retraso inicial se debió a causas ajenas a la Compañía, pero que las interrupciones posteriores fueron causadas por los propios ingleses, y por lo tanto deben atenderse a las consecuencias.⁷⁸

En marzo surge de nuevo una vieja idea sobre el Asiento, que Gorrallino considera una solución viable.⁷⁹ Explica el embajador una vez más a los directores de la Compañía, que Felipe V no expedirá la cédula para el navío de permiso hasta que se le pague lo que es debido, o al menos que la Compañía convenga en pagarlo antes de la restitución de represalias. Arguye que de todas maneras el examen de los expedientes sobre represalias tardaría demasiado tiempo para poder dar la cédula luego, a tiempo para la próxima feria.⁸⁰ Los directores, una vez rechazados de nuevo los argumentos de Gorrallino, añaden que todavía se podrían desenredar las discusiones negociando el equivalente por el Asiento y navío de permiso, siempre que España tome la iniciativa.⁸¹

El embajador sabe que Quadra no querrá hacer una oferta por no exponerse, pero cree no obstante que la idea del equivalente puede progresar sin necesidad de que lo proponga el gobierno español. Se basa en los últimos acontecimientos de las sesiones parlamentarias inglesas donde se decide a mediados de marzo examinar todos los asuntos de la Compañía. Tal decisión ha sido aprobada a raíz de una propuesta de la Oposición política al gobierno de Walpole. Quieren que se publique y estudie la co-

responsabilidad de Keene y los demás agentes ingleses en España desde 1734, sus instrucciones, sus oficios, y todos los papeles referentes a la Compañía del Asiento. Geraldino afirma que el motivo de insistir en esta resolución es la esperanza de probar que los problemas causados al comercio angloamericano por los guardacostas españoles son consecuencia de las abusivas actividades y pretensiones de la Compañía, y la poca eficacia del gobierno en frenarlas.⁸²

Es un claro ejemplo de las fricciones internas de Inglaterra en este momento. Walpole no quiere apoyar decididamente a la Compañía, pero no puede imponerle su propia voluntad, y está obligado a prestarla cierta medida de protección, por ser el rey su gobernador nominal, por ser varios de sus directores diputados parlamentarios, y por ser el Asiento un privilegio comercial concedido mediante un tratado internacional. Sin embargo ni los intereses de la Compañía son unívocos (habiendo una clara divergencia entre algunos de sus directores y la gran mayoría de sus accionistas), ni son por supuesto los únicos intereses comerciales en Inglaterra. Esta pluralidad de grupos económicos se mueve en una conjuntura de descontento o impaciencia política, que complica los problemas más allá de su verdadero sentido y acaba desembocando en una crisis con gravísimas ramificaciones exteriores, puesto que desencadena una guerra.⁸³

Geraldino dice que todos los accionistas de la Compañía y algunos de sus directores preferían ajustar un equivalente por el navío de permiso, en vista de los pocos beneficios que han sacado, y de los grandes problemas que suscita tanto para el comercio inglés como para el español. Cree que al examinar el Parlamento todos los papeles mencionados, se tropezará con el plan de ajustar un equivalente que se propuso a Jorge II en 1732 y 1734, y al que nunca respondió. Así podría reavivarse la idea y Geraldino, que califica la posibilidad como "de la mayor importancia al real servicio",⁸⁴ solicita instrucciones en el caso de verificarse.

La Corte de Madrid sin duda piensa que un equivalente a cambio de la renuncia al Asiento y Navío sería una solución idónea para una situación casi insostenible, siempre que no se pretendiese un precio excesivamente alto. En consecuencia, a principios de abril Quadra manda a Geraldino fomentar la idea, pero no oficialmente sino a nivel particular, porque el gobierno español rehúsa tajantemente tomar una iniciativa semejante.⁸⁵ Indudablemente esta postura es la única que puede adoptar Q.

dra. La renuncia inglesa al Asiento y Navío eliminaría una fuente de



discordia entre España e Inglaterra para el futuro, pudiéndose liquidar las cuentas pendientes de una vez por todas. Pero también podrían eternizarse las negociaciones, especialmente si España las propone porque así revelaría su deseo de llegar a un acuerdo y debilitaría su posición cara a las pretensiones de compensación de la Compañía. Por eso Quadra no echa en saco roto esta idea mostrando suficiente interés como para mandar a Gorrildino fomentarla, pero no está dispuesto a comprometer la postura oficial del gobierno español y si sólo a escuchar y sopesar las posibilidades de llegar a un acuerdo, una vez vista la proposición inglesa.

Por fin en abril la Compañía remite a Keene en Madrid una versión levemente modificada del plan del primero de enero, junto con instrucciones de intentar su aceptación. Keene declina hacerlo explicando que semejante paso podría dificultar la urgente solución de la disputa sobre presas y navegación, que está en un momento extremadamente delicado. Los directores se contentan con el parecer de Keene y deciden de nuevo aguardar acontecimientos.

Este mismo mes Geraldino informa de sus primeras noticias del plan Stert para un ajuste general de presas. Arturo Stert había sido uno de los comisarios ingleses en las conferencias de Sevilla de 1732 a 1733, y ahora es miembro del Parlamento, partidario de Walpole. En esencia el plan de Stert consiste en pasar por alto las reclamaciones individuales y acordar una compensación global por todos los agravios de una y otra parte hasta la fecha.⁸⁶ En consecuencia, como las demandas inglesas superan las españolas se conviene al fin en que España pagará la diferencia, cancelándose las otras sumas reclamadas. Según este acuerdo el gobierno español acaba aceptando abonar 95.000 libras.

Pero Quadra ha estipulado que sólo el ajuste bajo la condición de que todas las demás disputas pendientes, incluido el Asiento, se negocien en Madrid para darles solución.⁸⁷ Pero surge la dificultad para concluir siquiera este ajuste preliminar de reclamaciones, cuando Quadra decide que la Compañía deberá contribuir al pago del saldo con las 68.000 libras reconocidas como su deuda a Felipe V.⁸⁸

Por su parte y de momento, los directores de la Compañía, en un alarde de indiscreción e insensibilidad, permiten que su propio interés les lleve a una conducta reprochable, por no decir maliciosa. Suspenden el pago de los sueldos de empleados y agentes españoles en el extranjero que reciben habitualmente asignaciones contra la Compañía, con el pretexto de que temen una ruptura inminente entre España e Inglaterra a causa de la disputa sobre navegación en India.⁸⁹ Esto podría considerarse como un acto irresponsable, e incluso en las circunstancias, como una mesquina provocación.

En agosto Quadra matiza más el modo de pagar el saldo de presas debido por España, disponiendo que como no bastarán las 68.000 libras, la Compañía deberá pagar también la diferencia hasta 95.000 libras con los

derechos de negros y utilidades de Felipe V en los navíos anuales que devengasen en los años que quedan de Asiento.⁹⁰ Con toda probabilidad el ministerio español está pensando prioritariamente en evitar tener que pagar una cantidad de dinero en efectivo, y en segundo término en desembarazarse de futuras luchas por obtener de la Compañía las sumas debidas a Felipe V. Empero esta proposición también agota la última garantía de la restitución de las represalias que han estipulado los directores en su plan de enero. Es decir que unos y otros cuentan con las mismas ganancias para cubrir diferentes cuentas pendientes, y por lo tanto en este punto el plan de la Compañía y el de Stert son incompatibles. Al mismo tiempo repite Quadra que el problema general del Asiento se ha de incluir en las negociaciones que deberán iniciarse como parte inseparable del ajuste de presas.

La forma de pago a cargo de la Compañía se lo comunica Geraldino a Newcastle el día diecinueve de agosto, y el día veintiuno éste contesta categóricamente que "los Directores de la Compañía no se hallarían a pagar dicha asignación sino en habiendoseles librado á su satisfacción sedulas para la restitucion de los efectos que se les represaliaron en las Indias, con condiciones que tienen pedidas á S.M., y que no haciendose efectiva la paga se desvanecia el todo".⁹¹

Esta postura coloca una enorme responsabilidad sobre la Compañía, porque depende casi enteramente de su voluntad el que se concluya el ajuste o no. Sin embargo los directores mantienen su postura inflexiblemente, y de este modo obstaculizan peligrosamente la conclusión del ajuste, aumentando el riesgo de una guerra.⁹² En efecto los directores de la Compañía siguen sus propios intereses, pues pretenden aprovechar el deseo español de evitar la ruptura para obtener la restitución de las represalias; y si se resiste el gobierno español y sobreviene la guerra, el papel de la Compañía quedaría olvidado o empequeñecido en la ola furiosa de protestas populares contra las presas impuestas en mares americanos.

En 22 de agosto Walpole, meditando sobre las consecuencias de la actitud de la Compañía, explica a Geraldino que toda la esencia y posibilidades de éxito del ajuste residen en poder convencer a la opinión pública inglesa que el pronto pago de parte de las reclamaciones bien

merece conceder un descuento. La pretensión de Felipe V de pagar vía la Compañía complica el negocio hasta el punto de hacerlo impracticable. El embajador español responde a esto comprometiéndose a obtener las cédulas para la restitución de las cantidades que estuviesen ya liquidadas. Evidentemente eso no es lo que quiere la Compañía.

Mientras se debate la manera de concluir el ajuste, la actitud de Newcastle se hace cada día más opuesta a la de Walpole. El Duque logra abochornar a Geraldino diciéndole que el gobierno español quiere pagar sus deudas con un fondo que no existe, a lo cual el embajador contesta que la Compañía no niega que existe tal crédito, pero que intenta mezclar su abono con otros asuntos.⁹³ En fin la oferta de Geraldino no basta a los directores, quienes insisten en que Felipe V deberá aceptar todas sus condiciones antes de aceptar ellos la asignación de las 95.000 libras.

Al mismo tiempo reclaman con nueva fuerza que el contrato del Asiento deberá durar treinta años hábiles para el comercio, a lo cual se responde sin rodeos que eso equivaldría a una prórroga del tratado y que Felipe V no está dispuesto a concederlo.⁹⁴ Walpole por su parte reconoce implícitamente que el Asiento deberá terminar en 1744, pues sugiere que tal vez podría concederse una prórroga condicional en el caso de no haberse restituido las repúblicas para entonces. Naturalmente Geraldino no puede acoger esta sugerencia, con lo cual Walpole se desespera de poder concluir, por la imposibilidad de satisfacer todos los intereses en pugna.

El fracaso se considera confirmado el día veintiseis de agosto, y se advierte a Geraldino que recibirá una notificación al respecto para que por su respuesta puedan los ministros ingleses justificar su propio proceder en la negociación. Geraldino teme que verdaderamente sea el fin, y evita tener que responder formalmente, diciendo que no está autorizado para tratar por escrito del modo de pago de las 95.000 libras acordadas, hasta después de firmado el convenio. Sin embargo los ingleses insisten que no podrán firmarlo mientras no se asegure la prontitud de pago, ante lo cual Geraldino corta este nudo gordiano declarando que 95.000 libras no suponen ningún problema para Su Majestad Católica y que tan pequeña suma lo pagaría en efectivo antes de rendirse a las exigencias de la Compañía.

El embajador español ha actuado por propia iniciativa al hacer esta proposición, y con ello manifiesta lo mucho que desea mantener la paz. Al atribulado Walpole esta declaración le viene como agua de mayo y se eforra desesperadamente a ella.

Tras algunas discusiones más sobre la forma de pago de las 95.000, se firma al fin el ajuste preliminar de Londres el nueve de septiembre de 1738.⁹⁵ Estipula que Felipe V tendrá dos opciones para pagar: la primera, por asignación contra la Compañía, en cuyo caso deberá remitir las cédulas de restitución de represalias, redactadas en la forma solicitada por la Compañía, a vuelta de correo; la segunda, pagando en efectivo dentro de tres meses. Esta alternativa indica que aún se abrigan esperanzas de que el gobierno español ceda respecto de las restituciones. No obstante, la aceptación española del ajuste es de apremiante necesidad para Walpole porque necesita poder mostrar progresos diplomáticos positivos al público para acallar la agitación belicista cuando se inauguren las sesiones parlamentarias el próximo mes de enero.⁹⁶

Geraldino no deja de comprender y utilizar esta debilidad del gobierno Walpole, presionando nuevamente para que a Keene se le remitan instrucciones conducentes a una mejora de las condiciones exigidas por la Compañía para hacerse cargo de la asignación de las 95.000 libras. Arguye el embajador que esta forma de pago sigue siendo la mejor, porque si la Compañía resultase marginada del ajuste quedarían pendientes, y acaso más enconadas las disputas que sostiene con España. No es argumento ocioso, pues a lo último esto es lo que ocurre de hecho.

El día quince Keene avisa desde Madrid que cree que los españoles preferirán dar las cédulas de restitución porque pagar en dinero les parece demasiado como comprar la paz, y por tanto deshonroso.⁹⁷ Es un toque de atención sobre la repugnancia española a pagar el saldo de las reclamaciones en dinero, pero suponer que la única alternativa es ceder respecto de las represalias parece una rara falta de comprensión por parte de Keene, pues la postura española en este asunto ha sido siempre muy tajante.

Mientras en Madrid se debate sobre el ajuste preliminar, Geraldino tiene ocasión de poner los puntos sobre las fes en una conversación con el subgobernador de la Compañía, Peter Durrell, quien le hace una visita el diecisiete de septiembre.

Durrell insinúa que las dificultades para solucionar los problemas

de la Compañía con el gobierno español habían surgido a causa de su confusión con las disputas públicas generales, y expresa la esperanza de que en vista del amigable ajuste alcanzado en materia de presas, también podrán resolverse las diferencias particulares de la Compañía. Geraldino hábil y firmemente recuerda que los asuntos de la Compañía se encuentran en un estado muy grave como consecuencia de los términos del plan de primero de enero, que no sólo no tuvo su origen en las disputas públicas, sino que creó un enfrentamiento capaz de emborazar seriamente la solución de esas disputas, y no al revés como sugiere Burrell. Luego la conversación vuelve sobre los viejos argumentos, Burrell justifica el plan de enero diciendo que se aprobó en una Asamblea General de propietarios de la Compañía, y que se incluyó la demanda de que durase el Asiento treinta años útiles porque era su única garantía de poderse rescatar de las represalias. Los directores no tienen autoridad para modificar las resoluciones de la Asamblea General. Geraldino replica que los tratados estipulan claramente la duración del Asiento y que Felipe V jamás se atreverá a prorrogarlo. No obstante, la desconfianza, real o fingida, de los directores de la Compañía respecto de obtener de verdad la indemnización solicitada, hace insistir a Burrell en que se podría conceder una prórroga en caso de no haberse reembolsado las represalias al término del Asiento. Geraldino entonces corta la conversación con la advertencia de que si la Compañía obliga a Felipe V a pagar las 95.000 libras en dinero, ya pueden suponer que adoptará después "medidas muy severas" para hacerse abonar los derechos de esclavos y beneficios del último navío de permiso.⁹⁸

Esta amenaza de Geraldino se queda muy corta en comparación con la determinación tomada por el gobierno en Madrid. En efecto, la reacción del ministerio español al ajuste preliminar y a la actitud de la Compañía no es demasiado prometedora. Keene avisa a fines de septiembre que los españoles se muestran terriblemente decepcionados con el convenio de Geraldino, echando toda la culpa sobre la Compañía por tan emborrazoso estado de cosas.⁹⁹

Una consulta de la Junta de Georgia dictamina sobre el convenio de Londres y sobre el plan de la Compañía de primero de enero. Queda, en sus instrucciones a Geraldino, sigue al pie de la letra los consejos de la Junta.¹⁰⁰

El trece de octubre le escribe Quadra a Geraldino que no es posible de ninguna manera redactar las cédulas de restitución como las quiere la Compañía - es decir estipulando las cantidades exactas a pagar - porque las demandas presentadas por ella vía Keene carecen de instrumentos justificativos. Es evidente que aceptarlas sin más sería un precedente peligroso para el gobierno español, que viene llevando una política de resistencia pasiva, basada en la estricta legalidad y los lentos procedimientos burocráticos, contra las infiltraciones extranjeras en dominios hispanoamericanos. Quadra refleja esta preocupación al explicar que es imposible conceder las cédulas de otra manera de la ofrecida "sin autorizar aquel defecto" de la falta de justificantes.¹⁰¹ De manera que ofrece unas cédulas "con las mas eficaces expresiones para que no salga ilusoria la satisfacción que se solicita", ajustando la cantidad los agentes de la Compañía con los oficiales reales. En otras palabras, ofrece poco más que una promesa de estudiar las demandas y pagar en su momento la liquidación debida. Sin embargo, y para dar una apariencia más flexible y tentar a la Compañía, les ofrece también como garantía el derecho de retener la parte que corresponde al rey por la introducción de negros, y promete expedir las cédulas para los navíos de permiso. Quadra corona su esfuerzo admitiendo la posibilidad de una prórroga del Asiento si todavía debiese Felipe V a la Compañía alguna suma al terminar el contrato en 1744, aunque indicando también la posibilidad de que el rey prefiera pagar la deuda en dinero.

En instrucciones aparte Quadra matiza este punto, porque preve que los directores de la Compañía no querrán admitir que el Asiento termine en 1744. Opta el ministro español por no dudar de ello ostensiblemente, por obvios razones, y además la conversación de Geraldino con Burrell de diecisiete de septiembre le da motivos para pensar que los ingleses ya no discutirán este punto; pero tampoco quiere que sea un obstáculo para que la Compañía admita lo demás. Su solución consiste en eliminar las palabras del ajuste que especifican la duración del Asiento, dejando "indeciso el término y libre la acción a unos y a otros para aclararlo cuando convenga".¹⁰² Evidentemente semejante arreglo favorece a España, pues la Compañía simplemente no puede disfrutar del Asiento, no es legalmente sino en la práctica, si se oponen las autoridades españolas. Por lo tanto la libertad de acción de que habla

Quadra se reduce de hecho a la libertad española de tomar una decisión unilateral para terminar el Asiento, apostando que no traería graves consecuencias diplomáticas.

A cambio de estas concesiones la Compañía deberá abonar las 95.000 libras del ajuste general de presas; deberá pagar los derechos de negros al nuevo cambio acordado desde el año 1730 inclusive; y finalmente, deberá entregar dentro de un plazo de seis a ocho meses las cuentas a que le obliga el tratado del Asiento. Si, como se preve, la Compañía se niega a comprometerse por escrito a presentar sus cuentas debidamente en el plazo señalado, Geroldino deberá sugerir la alternativa de que el gobierno inglés prometa obligarla.¹⁰³

En resumen, de las propuestas inglesas de primero de enero, Quadra contesta afirmativamente (del todo o en parte) a la posibilidad de retener los derechos de negros y de prorrogar el Asiento como garantías de las represalias, y a la petición de cédulas para los navíos de permiso. Sin embargo se vuelve a insistir en el previo pago por la Compañía de las 68.000 libras acumuladas, y de las restantes 27.000 libras (para sumar las 95.000 libras de liquidación de presas) deducibles precisamente de los derechos de esclavos futuros. En fin, Quadra no se presta a discutir siquiera los méritos y defectos de la proposición de la Compañía sobre la restitución de represalias, lo cual, junto con la amenaza de suspensión del Asiento, aboca las negociaciones al fracaso.¹⁰⁴

Finalmente las instrucciones de trece de octubre imponen que si la Compañía rechaza estas condiciones españolas, Geroldino deberá declarar formalmente que el contrato del Asiento quedará rescindido al instante "por las repetidas infracciones que há executado la Compañía".¹⁰⁵ A continuación entregará la ratificación del convenio sobre presas, y buscará las 95.000 libras en préstamo a interés entre los medios apropiados de Londres.

La razón fundamental por desear suspender el Asiento inglés sin duda es el abuso de que han sido objeto sus privilegios. No obstante, la relación entre esta amenaza de suspensión y el pago de las 95.000 libras del ajuste de presas queda patente. Se trata en efecto de aprovechar esta coyuntura favorable para justificar irroprochablemente el

proceder del gobierno español, sin precipitar consecuencias internacionales incontrolables.

Las propuestas españolas de trece de octubre parecen poner de manifiesto un verdadero deseo de obligar a la Compañía a que pague la asignación (y si no, suspender el Asiento), más que asegurar la conclusión del ajuste sobre presas. Si no fuese así, el gobierno español podría concluir el convenio, pagando las 95.000 libras en dinero, y después continuar las negociaciones privadas con la Compañía¹⁰⁶. De este modo podría incluso rescindir el contrato del Asiento, luego de recibir la ratificación inglesa del convenio sobre presas, sin ponerlo en peligro. Se infiere por tanto que el gobierno español pretende más bien explotar este convenio, obra de Walpole, para presionar a la Compañía, y matar dos pájaros de un solo tiro.

Esto significaría que desde la perspectiva española las diferencias con la Compañía del Mar del Sur tienen cierta prioridad diplomática respecto las disputas sobre presas y navegación, a pesar de que son éstas precisamente las que más irrefrenablemente empujan a las dos naciones hacia la guerra. Quizás esta prioridad se debe a que las diferencias con la Compañía se vienen discutiendo ya muchos años, y a que el Asiento inglés se miró con repugnancia en España desde el principio. La acumulación de fricciones de todo tipo habría servido por crear entre los ministros españoles una idea fija, un objetivo concreto: disciplinar la Compañía inglesa, y a poder ser expulsarla fuera de los dominios españoles. Existen dos maneras de lograrlo: una renuncia por parte inglesa, o una suspensión justificada. La improbabilidad de obtener la primera alternativa aboca al gobierno español a intentar aprovechar cualquier coyuntura propicia para adoptar la segunda. Pero a España, que ahora le cuesta defender sus derechos por la fuerza, el respeto a los acuerdos internacionales le importa profunda y necesariamente, y por eso no puede violar ningún tratado - incluido el del Asiento - sin una justificación incontestable. Decididamente pues, las disputas con la Compañía se enredan irremisiblemente con el ajuste sobre presas, que las arrastra al nivel diplomático. Así, de la forma de concluirse el convenio depende la continuación o suspensión del Asiento y de todos los privilegios anejos. Para Walpole las comunicaciones españolas de trece de octubre constituyen un duro golpe contra sus constantes esfuerzos por evitar que las disputas de la Compañía trasciendan al plano diplomático. El primer ministro

160
inglés debió prever que tendría que apoyar a la Compañía, y ello conduciría a la guerra, bien que el gobierno español parece confiar en que Walpole no querrá arriesgar el ajuste sobre presas ahora por defender los intereses de la Compañía.

Cuando Geraldino comunica a Walpole las resoluciones del gobierno español respecto del ajuste preliminar, la primera pregunta del ministro es si Geraldino debería declarar a la Compañía o al gobierno inglés la suspensión del Asiento en caso de no aceptar la Compañía las condiciones españolas. El embajador contesta que como debe pagar el dinero al gobierno, también hará la declaración sobre el Asiento al gobierno.¹⁰⁷ La pregunta misma y la reacción embarazada de Walpole ante su respuesta sugieren que el primer ministro en efecto se siente enfrente a una especie de ultimatum, que amenaza su propia supervivencia política sea cual sea la postura que adopte. Ya no puede mantener separadas las dos áreas de conflicto, pero por mucho que desee concluir el ajuste sobre presas, no podrá permitir que sea al precio de perder el Asiento. Todo pende pues de la actitud adoptada por la Compañía.

De momento los ministros ingleses piden a Geraldino que cuando enseñe a los directores de la Compañía las cédulas y condiciones españolas, no les diga que la alternativa a la aceptación es la suspensión del Asiento. Quieren evitar un escándalo público y ganar tiempo para tomar una decisión gubernamental sobre "el concluir un Tratado con una calidad que destruya y anula otro".¹⁰⁸ Está claro que no piensan que la Compañía acepte las condiciones españolas, y se ven ante el dilema de firmar el ajuste sobre presas, lo cual correrá la suspensión del Asiento, o renunciar al ajuste (y tal vez a la paz) por defender el Asiento. La primera impresión de Geraldino es que el gobierno inglés admitiría las modificaciones españolas y firmaría el ajuste si no pudiera convencer a la Compañía para que pague las 95.000 libras, pero no en caso contrario.¹⁰⁹ Por lo pronto los ministros ingleses informan a Geraldino que no pueden tomar ninguna decisión antes de ver que resoluciones adopta la Compañía. No obstante Walpole presiona a los directores indirectamente para que acepten las condiciones españolas, haciéndoles ver que depende de ello la ratificación del ajuste y reconciliación entre España e Inglaterra. Al mismo tiempo insinúa que la opinión pública inglesa considera que la Compañía es responsable de las interrupciones y presas sufridas por el comercio inglés en general, y por lo tanto no mejoraría su imagen si obstaculizara ahora el ajuste.¹¹⁰

Los directores solicitan de Geraldino que explique algunos puntos de las cédulas, haciendo hincapié sobre todo en que no están de acuerdo en que el Asiento termine en 1744, y en la imposibilidad de preparar y entregar sus cuentas por haber sido embargados sus libros en América y haber perdido algunos de ellos durante las guerras.¹¹¹ El punto de la duración del Asiento no admite discusión según contestación de Geraldino, respecto de las cuentas sugiere (de acuerdo con sus propias instrucciones de Quadra de 13 octubre) que Felipe V concedería que se les supliesen los documentos necesarios. Asimismo aprovecha esta primera entrevista para insinuar que negocios de Estado más importantes están parados pendientes de la determinación de la Compañía.

Sin duda pues en todos los frentes se quiere invocar el superior interés del Estado para obligar a la Compañía a aceptar las condiciones españolas, aunque insistiendo siempre en que la Compañía es libre para tomar su propia decisión, y a lo último Walpole se decide incluso a explicarles el dilema en que se encuentran.¹¹² Este paso parece un error serio, pues coloca a la Compañía en una ventajosa situación cara al gobierno, a la vez que compromete la autoridad del primer ministro.

Una vez comprendido por todos el estado de la cuestión, Walpole parece inclinarse a favor del convenio sobre presas, haga lo que haga la Compañía.¹¹³ No obstante, esto todavía se mantiene en exigir las cédulas en la forma solicitada, y en vista de ello el gobierno no se atreve a dar el último paso de ratificar el convenio. Entonces se decide hacer un nuevo recurso al gobierno español.¹¹⁴ Walpole explica que no puede aceptar que se anule el tratado del Asiento, y decide proponer un nuevo proyecto de convenio en que no se mencione el pago de las 95.000 libras por la Compañía.¹¹⁵ Evidentemente Walpole, está intentando volver a separar el ajuste sobre presas de las disputas sobre el Asiento. Ofrece, como prueba de buena fe, eliminar del nuevo convenio las cláusulas que suscitaron explicaciones y reserva españolas. Geraldino no tiene facultades para tratar de cambios en el convenio, pero el título personal advierte al ministro inglés que Felipe V tiene todo el derecho de exigir que la Compañía pague las 95.000 libras; que la aceptación del nuevo convenio por España no implicaría el desistimiento de la suspensión del Asiento, por incumplimiento y rebufo de la Compañía; y que cambios a esta altura serían por retrasar la conclusión definitiva, dando lugar a que se reuniera el Parlamento antes de tener ratificado el convenio.

Entretanto los directores de la Compañía han estudiado las condiciones propuestas por Quadra el trece de octubre, y hallan otro punto de discordia en que se les exigen los derechos de esclavos desde 1730 inclusive, alegando ellos al contrario que los comisarios habían acordado en 1732 que se pagaran a partir de enero de 1731. Dicen como siempre que deben acatar las resoluciones de la Asamblea General de propietarios de la Compañía, que dieron lugar al plan de ajuste de primero de enero. Cualquier cambio importante tendría que ser aprobado por otra asamblea general, cuyos riesgos podrían ser graves, según los directores.

En seguida, la influencia política de la Compañía se deja sentir, y el Chanciller protesta que por un lado no se puede admitir la amenaza de suspensión, y por otro, Su Majestad Británica tiene el deber de proteger y oír a la Compañía.¹¹⁶ Se propone dejar que los plenipotenciarios discutan y ajusten las pretensiones respectivas de la Compañía y Felipe V, comprometiéndose Walpole a presionar para que la Compañía pague sus deudas. Los ministros ingleses esfuerzan sus argumentos diciendo que Felipe V tiene en su mano retener tanto las cédulas para el navío de permiso como el importe de las represalias de 1718 y 1727, cuyo valor supera con mucho las 68.000 libras adeudadas a la Corona Española.¹¹⁷

Geraldino contesta que el valor de dichas represalias no es tan elevado como pretende la Compañía, y que además Felipe V tiene otras cuantiosas demandas contra ella. Por otra parte señala de nuevo que aun en el caso de aceptarse el convenio sin mencionar el pago de las 95.000 libras por la Compañía, como proponen los ingleses, no significa que Felipe V permitirá la continuación del Asiento.

Pero el único afán de Walpole ahora es que ello no trascienda a nivel diplomático; que su gobierno pueda mantener una postura oficialmente indiferente; que España no le obligue definitivamente a asumir la responsabilidad de las negociaciones sobre el Asiento, mezclándolas con el convenio sobre presas.¹¹⁸ En resumen, a Walpole le tiene que importar forzosamente que se suspenda el Asiento, pero le importará mucho menos si puede evitar una aparente responsabilidad gubernamental, y puede echar toda la culpa sobre la Compañía. El primer ministro inglés teme mucho más perder el derecho al Asiento que perder de hecho su disfrute, pues lo uno es materia de Estado mientras lo otro es más fácilmente imputable a fallos particulares. Procura prestar mayor peso a sus razones intimando que si no llegan a un acuerdo antes de la reapertura del Parlamento, podría eludirlas para siempre porque entonces él no sería "dueño de las resoluciones".¹¹⁹

Geraldino reconoce la verdad de esta insinuación, y cuando informa sobre el nuevo proyecto de ajuste recuerda a Quadra que Walpole está luchando para conservar su crédito político contra una creciente oposición. Es evidente que Walpole ofrece las mejores garantías para la paz, pero requiere concesiones, al menos aparentes, de parte del gobierno español.

El veinticuatro de noviembre se envía un correo extraordinario a Keene con la nueva versión del convenio, incluyendo todas las modificaciones deseadas por España pero omitiendo el primer artículo separado, y dándole pleno poder para firmar esta nueva convención si los españoles la aceptan.¹²⁰ No se publica en Londres el motivo del retraso en conjechar las ratificaciones del ajuste de nueve de septiembre, con el fin de evitar clamores; y entretanto no llegan noticias de Madrid sobre el nuevo tratado tanto Walpole como Newcastle convenientemente se ausentan de la capital.

La última fase de la negociación de la convención del Fardo se desarrolla pues en Madrid, donde durante un mes largo, Keene y Quadra entablan una lucha urgente que condensa todos los argumentos esgrimidos de una y otra parte hasta la fecha. La postura española se inflexibiliza del todo, y acaba imponiéndose bajo una tensión muy exacerbada a Keene y la Compañía.

En diciembre Keene presenta a Quadra un papel exponiendo los reparos de la Compañía ante las ofertas ofrecidas por Felipe V para la restitución de las represalias.¹²¹ Repite una vez más las razones de los directores sobre no poder pagar ni las sumas ofrecidas al rey, ni no se aceptan las condiciones estipuladas en su plan de cenero, pues ellos habían reconocido su deuda bajo la persuasión de que se les restituiría el importe total de las represalias.¹²² Además la Compañía solicita una prórroga del Asiento durante siete años en concepto de compensación por las interrupciones habidas, y para garantizarse la recuperación del valor de las represalias y del dinero prestado a Felipe V por los asentistas. En vista de las recientes suspensiones de cédulas para los navíos de permiso, pide también un aumento del tonelaje de los navíos futuros. Por su parte la Compañía hace entrega de las cuentas para los dos quinientos de comercio efectivo desde 1714 hasta 1730, (descontando los siete años de interrupciones), y promete entregarlas para el período posterior a 1730 si se puede convenir en un modo más equitativo de prepararlas.¹²³

La reacción española a esta postura es fuerte y clara. No se reconoce ni siquiera el planteamiento de la cuestión adoptado por Keene, pues se niega que haya habido ninguna condescendencia por parte de la Compañía

el asumir sus deudas para con Felipe V. Estas deudas tienen su origen en el propio contrato del Asiento, y por lo tanto no constituye ninguna especial atención el que las reconociera la Compañía. Por lo mismo, tampoco debía Felipe V. corresponder a tal reconocimiento con una verdadera condescendencia como sería el mandar pagar el valor de las repensalias sin justificar o probar su importe.¹²⁴ En m/s, de hecho ya se ha condescendido Felipe V en aceptar que se pague los derechos de esclavos al cambio de 52 peniques por peso, pues esto supone una rebaja sobre su auténtico valor.¹²⁵

En consecuencia José de la Quintana, quien dirige estas negociaciones, recomienda para contestar a Keene, mantener el dictamen de la Junta de Georgia de veintidos de septiembre, (confirmado en consulta de la misma Junta de veinte de diciembre) de que en caso de no pagar la Compañía sus deudas, se suspenda el Asiento, haciendo responsables a los directores de todos los daños y perjuicios consiguientes.¹²⁶ Esta decisión es comunicada por Quadra a Keene el veintinueve de diciembre de 1738.¹²⁷

Entretanto, el veintidos de diciembre escribe Keene a Newcastle sobre las posibilidades de un acuerdo. El Duque voluntariamente interpreta la carta en el sentido de quedar pocas esperanzas de poder concluir un convenio, y opta por mostrarla a Jorge II antes de informar a Walpole. Es un indicio de la creciente impaciencia de Newcastle, y su voluntad de minar la autoridad del primer ministro.¹²⁸ Asimismo con motivo de las noticias recibidas sobre favorables negociaciones franco-españolas en Madrid, no se recata el Duque en decir que eso confirma su sospecha de que en sus tratos con Inglaterra el gobierno español sólo ha pretendido ganar tiempo hasta poder restablecer las buenas relaciones con Francia.¹²⁹

Sin embargo Walpole interpreta de otro modo la carta de Keene, pues supone que su anuncio del próximo envío de detalles sobre las conversaciones de Madrid indica más bien que se está logrando un acuerdo.¹³⁰ La espera del correo desde Madrid empero se hace sumamente penosa para los ministros ingleses, pues el Parlamento deberá abrir sus sesiones el treinta de enero, y el discurso del rey no podrá pasar por alto el estado de las negociaciones con España.¹³¹

En Madrid Keene protesta contra la mantención de la amenaza de suspensión del Asiento que, bajo las circunstancias, considera como un nuevo e insuperable obstáculo, por lo que solicita su revocación. Expone que el fin del ajuste es conservar la amistad entre España e Inglaterra, confirmando todos los tratados firmados por ambas, por lo que la declaración del derecho o intención de suspender el Asiento contradice o imposi-

132
bilita el fin perseguido. Defiende todavía el plan de enero de la Compañía.

De esta memoria de Keene infieren los ministros españoles que el verdadero propósito de la Compañía es seguir discutiendo sobre la deuda pagadera a Felipe V por derechos de esclavos y beneficios en el Real Carolina, punto que creían ya resuelto.¹³³ Rechazan la concepción de que la suspensión del Asiento sea una amenaza nueva, cuando en realidad los abusos y evasivos de la Compañía la tienen expuesta a tal medida desde hace tiempo. Asimismo se riega que la suspensión constituya una contradicción del intento de mantener la amistad angloespañola, pues quien pretende incumplir el tratado del Asiento es la Compañía, mientras que el soberano español sólo desea arbitrar los medios más eficaces para obligar a su cumplimiento.¹³⁴ La amenaza de suspensión no sólo es derecho del rey, sino que está justificada porque su finalidad es cortar más discusión vana sobre los derechos de regros y beneficios del navío de permiso, los cuales están perfectamente explicados en el tratado del Asiento. En efecto se han discutido ambos asuntos durante años, y la Compañía al fin no sólo ha reconocido su deuda sino que la ha valorado en una suma determinada: 68.000 libras. Desde el punto de vista español, negarse a pagar ahora, intentando forzar al rey a concesiones extraordinarias, supone una flagrante rebeldía y violación de los tratados.

Sin embargo Quintana todavía recomienda suavizar los términos de la postura española, dando seguridades de que una vez pagada la deuda se atenderán las pretensiones de la Compañía en cuanto sea posible. Asimismo piensa que no hay inconveniente en que se firme la convención propuesta últimamente por el ministerio inglés, retrasando la expedición de órdenes para la efectiva suspensión del Asiento, aunque sin entender que queda revocada la amenaza.¹³⁵ Quintana pues parece dispuesto a adoptar la solución señalada por Walpole de separar el convenio sobre presas y las disputas con la Compañía. No obstante, estos meses de confusión de ambos conflictos han dejado su huella en las relaciones entre la Corona española y la Compañía, porque ahora la amenaza de suspender el Asiento se plantea a raíz de la resistencia de la Compañía a contribuir al pago de las 95.000 libras adeudadas por España tras la liquidación de las reclamaciones de presas. En resumen, la conclusión del convenio sobre presas, además de ser un logro en sí, ha servido para aclarar las disputas sobre el Asiento. Si la Compañía se hubiese avergonzado a pagar sus deudas en el marco del arreglo

sobre presas, la solución de las disputas del Asiento se habría adelantado mucho, al menos desde el punto de vista español; y en el caso de resistirse todavía la Compañía, se ofrece una ocasión y justificación a España para suspender el Asiento.

Keene contesta inmediatamente que la Compañía no pretende negar ahora que debe 68.000 libras a Felipe V, pero que antes de pagarlas quiere llegar a un acuerdo sobre la exacta cantidad que se le debe restituir por las represalias y sobre algunos otros puntos de su plan. Al mismo tiempo insinúa vagamente que la amenaza de suspensión del Asiento podría desbaratar los deseos de ambos gobiernos de concluir el ajuste sobre presas, por lo que pide de nuevo que se revoque.¹³⁶ Es decir, que el embajador inglés todavía no cede, reconociendo solamente la deuda de la Compañía como única concesión. Así lo juzga Quintana quien confirma sus anteriores recelos sobre el verdadero propósito de la Compañía. Piensa que sólo quieren asegurarse el continuado disfrute del Asiento, resistiéndose tenazmente a pagar sus deudas, con la idea de obligar al rey a concederles nuevas ventajas. En efecto, tal como lo expresa Keene, la Compañía pretende que a cambio de admitir la deuda Felipe V satisfaga todas sus pretensiones, al parecer de golpe y sin examinar la justificación y exacto alcance de cada una. Bien repara Quintana en que tal examen y discusión si que retrasaría la conclusión del convenio, que según él debe confirmar sólo aquellos puntos acordados y claros, dejando los demás para su posterior negociación por los comisioneros. Lo que parece pretender la Compañía es evitar dicha negociación de las represalias y asegurar una suma definida, casi a ojo de buen cubero. Además Quintana duda incluso de su sinceridad en reconocer la deuda para con el rey porque, si la reconoce de verdad, el modo más fácil de evitar la suspensión sería eviniéndose a pagarla. Por lo tanto Quintana recomienda firmemente que no se retire la amenaza de suspensión en caso de no pagar la Compañía su deuda.¹³⁷

Entonces, por fin, se vislumbra cómo Keene empieza a aflojar su postura. De momento reconoce verbalmente el derecho de Felipe V de suspender el Asiento, aunque resistiéndose aún a afirmarlo por escrito. Pero es suficiente para continuar las negociaciones, y Quadra le sugiere que la solución podría ser que el rey hiciera una protesta formal sobre la Compañía del Asiento antes de firmar el convenio sobre presas. También se

podría redactar un artículo separado y secreto estipulando que Felipe V puede retener, de las 95.000 libras que debe de presas, la cantidad que la Compañía reconoce deberle a él, hasta que pueda recuperar esa deuda.

En el fondo ambas sugerencias equivalen a las ya ensayadas de amenaza de suspensión y asignación de las 95.000 libras contra la Compañía, y no es extraño que Keene tenga que negarse a admitirlas. No obstante, Quadra sospecha que Keene tiene facultades para ceder más, porque siempre negó tenerlas para reconocer la deuda de la Compañía y el derecho de la Corona española de suspender el Asiento, y como ha reconocido ambas cosas al fin, es posible que se le pueda estrechar aun más, sobre todo teniendo en cuenta el interés de Walpole en conservar la paz.¹³⁸ Parece pues que los ministros españoles van dominando la negociación consciente y tenazmente.

Así es que Quadra comunica a Keene el seis de enero de 1739 que Felipe V firmará el convenio con las modificaciones propuestas por España en veintinueve de diciembre pasado, pero que hará una protesta formal por separado reservándose el derecho de suspender el Asiento si la Compañía no paga las 68.000 libras a tiempo para contribuir a las 95.000 libras del ajuste sobre presas.¹³⁹ El embajador inglés se ve ya forzado a aceptarlo, aunque arriesga mucho en hacerlo y luego será muy criticado por ello en Inglaterra.¹⁴⁰ El once de enero acusa el recibo de la declaración de Felipe V de diez de enero,¹⁴¹ y se compromete a remitirla a su Corte y a la dirección de la Compañía.

Esta declaración está concebida para brindar ventajas a España sea cual sea la reacción de la Compañía a ella. Constituye un modelo de diplomacia envolvente que tiende a la trampa dialéctica, intentando dominar las situaciones reales con la sola fuerza de las palabras; lo cual no quiere decir necesariamente que se trata de simples amenazas. Al contrario, la voluntad de suspender el Asiento inglés resulta demasiado patente para negar. También es verdad que el gobierno español no puede arriesgarse a hacerlo sin un motivo justo, preciso, y bien conocido por el mundo entero, y sobre todo, sin unas circunstancias propicias como las actuales que, además de dejar la última decisión a la Compañía, pueden minimizar la gravedad de la suspensión al lado de la simultánea satisfacción de las presas. El ministerio español sabe muy bien que la Compañía interesa a pocos, mientras que las presas importan a muchos comerciantes ingleses. De manera, la declaración de diez

de enero de 1739 conseguirá o la liquidación inmediata e incondicional de las deudas de la Compañía para con Felipe V, o la terminación del nofaste Asiento inglés. La consideración de que España no tiene medios para sustituir rápida y eficazmente el servicio inglés de abastecimiento de esclavos no se plantea seriamente, como tampoco se preocupó el gobierno de examinar los recursos a disposición del gobernador de Cuba para la expedición contra Georgia que se ordenó en 1737.¹⁴² Lo cierto es que el estilo de este ministerio viene dado más por su voluntad y su sentido de la justicia, que por las consideraciones prácticas.

En lo concerniente a la Compañía del Asiento la convención del Pardo estipula simplemente que sus diferencias en la Corona española serán discutidas y resueltas por los comisarios nombrados al efecto, y que la presente liquidación de las respectivas deudas inglesas y españolas no incluyen las cuentas pendientes entre la Compañía y Felipe V. Por lo tanto las disputas sobre el Asiento siguen en pie, tras años de enconadas discusiones, sin atisbarse un conato siquiera de conciliación y acuerdo. Es más, la convención, una vez firmada y ratificada, subraya el ultimatum español contra la Compañía.

Naturalmente la declaración del diez de enero disgusta y preocupa seriamente a Newcastle y Walpole. Ambos protestan que su omisión no habría mermado el derecho de Felipe V de suspender el Asiento, mientras que su edición sería un serio obstáculo para la aceptación de la convención.¹⁴³ No obstante, se resuelve ratificarla, al mismo tiempo que el gobierno mueve todos los resortes a su alcance para inducir a los directores de la Compañía a pagar las 68.000 libras. Geraldino deduce acertadamente que todo el empeño del gobierno inglés está en evitar la suspensión del Asiento.¹⁴⁴

Los directores por su parte todavía intentan obtener alguna garantía o declaración de que Felipe V concederá las peticiones de la Compañía en caso de acceder a pagar las 68.000 libras.¹⁴⁵ Entretanto se levanta una ola de protesta en el Parlamento contra la declaración de diez de enero,¹⁴⁶ y paulatinamente Walpole va perdiendo votos. La Oposición se organiza para sabotear la convención, consolidando su alianza con los comerciantes de todo el país e incluso haciendo suya la causa de la Compañía, criticando duramente la adhesión por leona de la empresa de suspensión del Asiento. El Príncipe de Gales desafía la costumbre y el respeto hacia el gobierno de su padre

votando en el Parlamento, como duque de Cornwall, contra la convención.¹⁴⁸

El doce de marzo se celebra una asamblea general de accionistas de la Compañía del Mar del Sur del Sur. En ella se aprueba el proceder de los directores y se resuelve no pagar la deuda de 68.000 libras si no se aceptan sus condiciones, y en todo caso sin convocar otra asamblea general.¹⁴⁹

Entretanto en Madrid ya no se piensa en negociaciones mientras no quede ratificada la convención y surta efecto la declaración de diez de enero. La postura del gobierno de Felipe V respecto del Asiento inglés no sólo no ha variado en estos años, sino que ahora se expresa en términos más duros que nunca. Geraldino acusa el recibo de las últimas y tajantes instrucciones de Quadra acerca de la Compañía: "que de ningún modo contexten los Argumentos que intentaren renovarme para eludir los efectos de la Declaración, y que si de nuevo insinuaran que con alguna seguridad que se les conceda de lo que pretenden no rehusarían la paga de las 68.000 libras les respondiese que en la fixa inteligencia de que no conseguirán jamás otras ventajas en sus solicitudes que las concedidas en las vitimas cédulas que no admitieron pueden tomar definitivamente su partido y que les advirtiese al mismo tpo. que una vez que se suspenda el Asiento tendrá mas dificultades de las que ahora se comprehenden el verle restablecido." ¹⁵⁰

Walpole, abandonado por muchos antiguos partidarios y acosado por una Oposición creciente, que como siempre no esperan pasivamente su derrumbe sino que lo precipitan con todos los medios posibles, trabaja infatigablemente para mantener la convención a flote. Todavía se esfuerza en persuadir al gobierno español que si ya hace bastantes años que está suspendido el navío anual "que era a la Compañía el renglón útil del trato", no tiene sentido amenazar ahora con una suspensión formal del Asiento porque sólo logra encender la oposición contra él y la convención.¹⁵¹ El que el navío de permiso constituya la única fuente de beneficios para la Compañía es una mentira publicada por sus directores para los accionistas y al mundo entero. No se puede negar que Walpole no lo sepa, o al menos sospeche, pero lo importante, y lo que invalida este argumento del primer ministro, es que el gobierno español sí que sabe perfectamente que aunque no se han permitido navíos de permiso desde 1733, el verdadero daño sigue acobardando al mercado hispanoamericano en los navíos negreros. Por su parte los di-

rectores de la Compañía deciden apelar otra vez a Jorge II, con su constante afán de mezclar las disputas sobre el tratado de Asiento con los demás asuntos diplomáticos. Permanecen teóricamente en que no les es posible satisfacer las demandas del gobierno español. En breve, se niegan a pagar su deuda con Felipe V. Se ha llegado pues, a un absoluto punto muerto.¹⁵²

En las conferencias de Madrid los plenipotenciarios españoles omiten hablar de la Compañía con el fin de no enturbiar las facultades reservadas por Felipe V para suspender el Asiento en caso de no pagarse las 68.000 libras adeudadas.¹⁵³ El embajador inglés escribe en mayo a su gobierno quejándose de la inflexible actitud de la Compañía, así como de su total falta de cooperación para resolver las disputas con España. Sin embargo en¹⁵⁴ cuatro de junio Keene todavía pasa otro oficio a favor de la Compañía. Razona que el valor de las represalias supera con mucho la suma de 68.000 libras y que esta deuda no justifica la suspensión del Asiento. Intenta explicar que dicha suspensión sería una violación de tratados que no dejaría de repercutir en las relaciones diplomáticas de las dos naciones. Jorge II no podrá abandonar la Compañía y sólo ve una solución viable: que los plenipotenciarios discutan todas las reclamaciones surgidas del Asiento.¹⁵⁵ Es el último intento de separar los asuntos de la Compañía del convenio sobre presas, y evitar la suspensión del Asiento. En definitiva se trata de superar esta coyuntura, que el gobierno español intenta aprovechar, y de remitir todos los conflictos a las negociaciones de Madrid.

En cambio algunos partidarios de Walpole le aconsejan que intente facilitar reservadamente el pago por la Compañía de las 68.000 libras. Sin embargo el primer ministro inglés recela que los directores estén ganados enteramente por la Oposición y prefiere no exponerse a un nuevo descalabro en ese terreno.¹⁵⁶ Probablemente no da cuenta Walpole de que tampoco es cuestión del dinero ahora, y además su esperanza, no por vano menos ferviente, es que el gobierno español ceda en lo más violento de su postura. El dilema de Walpole en estos momentos es que se ve en la precisión de defender la Compañía, sobre cuyos actos no tiene la más mínima autoridad, pese a todas las provocaciones a España proferidas por ella. La última ha sido la declaración de que ya no pagará los sueldos de diferentes ministros españoles que se hallan enjuicados contra los derechos de esclavos.¹⁵⁷

Los términos del enfrentamiento entre Felipe V y la Compañía del Asiento se han cristalizado y publicado bajo muchos nombres. El conflicto es gra-

vísimo, aunque no se puede afirmar rotundamente que habría desembocado en la guerra por sí solo. Desde octubre de 1738 hasta la adopción de medidas bélicas, no se producen variaciones en las dos posturas enfrentadas, pero no es del Asiento de lo que se habla principalmente en Inglaterra en el verano de 1739. No cabe duda que este conflicto es causa suficiente de guerra, al menos desde el punto de vista español, pero que sea la causa determinante resulta más aventurado afirmar.¹⁵² El gobierno español no va a declarar la guerra por el Asiento, porque no quiere correr los riesgos internacionales que implicaría, y porque dispone de sus tácticas de resistencia para frenar el asalto de la Compañía inglesa a los mercados hispanoamericanos. El gobierno inglés, al menos mientras dure Walpole a su cabeza, tampoco va a sumir la nación en una guerra por defender los intereses y privilegios de unos pocos, máxime cuando todos sospechan los abusos organizados a la sombra del Asiento. La verdad es que aunque hubiese pagado la Compañía las 25.000 libras en la primavera de 1739, resulta todavía muy dudoso que se habría evitado la ruptura del otoño. El papel representado por la Compañía del Asiento en las discusiones anteriores a la guerra, ha de entenderse dentro del contexto de un enfrentamiento internacional de gran envergadura y profundas raíces, y encausado por una Inglaterra francamente belicista - por convergentes causas internas y externas - y una España sólo superficialmente pacifista.

EL CONFLICTIVO ASIENTO DE NEGROS DE LA COMPAÑIA DEL MAR DEL SUR

NOTAS.-

- 1 Los indios americanos no soportaban el trabajo forzado, ni física ni psicológicamente. Muchos morían de enfermedades contagiadas por los europeos, de agotamiento, de castigos corporales, de alcoholismo, de suicidio o de pura apatía. Otros muchos huyeron al interior del continente. En resumen, Herrera decía que el trabajo de un solo negro valía tanto como el de tres o cuatro indios. Scelle, 1906, I, pp. 75 y 109. Richard Konetske, América Latina. II La Época Colonial, Madrid, Siglo XXI Editores, S.A., 1972, pp. 66-7.
- 2 Konetske, 1972, pp. 65-6. John Hope Franklin, From Slavery to Freedom. A history of Negro Americans, New York, Alfred Knopf, 1974⁴, p. 33.
- 3 Id., p. 36.
- 4 Por las bulas pontificias y los tratados bilaterales España y Portugal se habían repartido el mundo, excluyendo a los españoles de toda el África negra. España no podía vulnerar estos acuerdos sin arriesgar sus propias pretensiones exclusivas sobre la mayor parte del continente americano. Scelle, 1906, pp. X-XI, 9 y 100.
- 5 El abastecimiento de esclavos negros era un servicio de interés público o general, y como tal era susceptible de control por la Corona. La concesión de licencias y asientos facilitaba ese control.
- 6 El asiento de negros fue concedido a españoles, portugueses, holandeses, genoveses y franceses hasta 1713. Para su periodización véase Scelle, 1906, I, pp. 843-5, y II, pp. 713-4, y Elena Studer, La Trata de Negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII, Buenos Aires, [1958], pp. 58-60. Aquí interesa subrayar sobre todo que a partir de 1702 sobrevino el período de asientos de carácter internacional, en que el asiento es considerado una importante pieza en la diplomacia europea.

- 179
- 7 La Compañía del Mar del Sur se estableció en Londres en 1711 para comerciar en el Pacífico y en América en general. Studer, 1958, pp. 162-3. Para una breve descripción de su organización, véase Aiton, 1928, pp. 169-71.
- 8 El asiento inglés es regulado por varios tratados: el tratado del Asiento propiamente dicho de 26 marzo 1713, el tratado de paz entre España e Inglaterra de 13 julio 1713, y el tratado declaratorio de algunos artículos del Asiento de negros de 26 de mayo 1716, publicados por Cantillo (ed.) 1843, pp. 58-69, 70-86 y 171-4. Resumidamente sus cláusulas más importantes estipulan que el Asiento durará treinta años, debiéndose introducir en los dominios españoles un total de 144.000 negros, piezas de indias, o sea o sea 4.800 cada año. Sobre las primeras 4.000 piezas se deberá pagar al rey español 33 1/3 pesos escudos de plata por cada una, en concepto de derechos de importación, siendo exentas de dichos derechos las restantes 800 piezas de cada año. Si se necesitasen aun más negros, se podrán importar pagando los derechos a razón de 16 2/3 pesos escudos por cada pieza, durante los veinticinco primeros años del Asiento. Los derechos de esclavos se pagarán puntualmente cada seis meses. Se podrán vender los negros directamente en cualquier puerto español del mar del Norte donde haya oficiales reales, y en Buenos Aires, siendo prohibido a los navíos del Asiento navegar por el mar del Sur. Los oficiales españoles en América deberán visitar los navíos y dar certificación de su carga. Hasta 1.200 piezas podrán ser vendidas en el Río de la Plata, y para facilitar lo se concede un terreno en esa provincia para alojar y refrescar a los esclavos recién llegados, pudiendo cultivar alimentos y criar ganados allí. No se podrán embargar los efectos de la Compañía por ningún motivo, y en caso de guerra entre España e Inglaterra se suspenderá el Asiento, dando un plazo de dieciocho meses para poner a salvo todos los bienes y empleados de la Compañía. Se podrán visitar las dependencias del Asiento, acompañado por el juez conservador, en caso de sospechar fraude o comercio ilícito, pues queda absolutamente prohibido a la Compañía comerciar otra cosa que no sean esclavos. El pago de los esclavos podrá efectuarse con reales, barras de plata y tejos de oro, y frutos de la tierra. Las dos coronas percibirán beneficios del Asiento como propietarias cada una de la cuarta parte de la Compañía. Los asentistas ingleses prestarán a Felipe V el millón de escudos de plata, a un interés anual del 8%, para financiar su participación en la Compañía. También prestarán los asentis-

tas a Felipe V 200.000 pesos sin interés, a devolver a razón de 20.000 pesos cada año de los diez últimos del Asiento, deduciéndolos de los derechos de esclavos. Se entregarán las cuentas del Asiento cada cinco años para su inspección por oficiales de Su Majestad Católica. Para compensar posibles pérdidas del Asiento, se concede un navío de permiso para comerciar en la feria española de Indias cada año. En 1713 se estipula que el navío de permiso será de 500 toneladas, pero como no se pudo enviar ninguno de 1713 a 1716, en este año se aumenta el tonelaje hasta 650 toneladas por 10 años, o hasta 1727. Si no se celebrase la feria algún año en el futuro, el navío de permiso podrá vender sus mercancías libremente después de esperar cuatro meses la llegada de la flota o los galeones de España. Los navíos de permiso serán visitados por las autoridades españolas en América. La Corona española percibirá la cuarta parte de los beneficios líquidos del navío, más el 5% de los restantes. Posteriormente entre 1713 y 1730 se fueron expidiendo reales cédulas para regular ciertos detalles del ejercicio del Asiento: "Extracto de las R.^{as}. Cédulas y demas Papeles que deuen tenerse presentes sobre el Asiento de Negros y permission del Navio de toneladas", AGS, Estado, leg. 7633.

- 9 Tratado del Asiento de 26 de mayo 1713, Artículo Adicional y Tratado declaratorio de 26 mayo 1716, Artículo 2º, en Cantillo (ed.), 1843, pp. 69 y 172.
- 10 Uno de los principales objetivos ingleses durante la guerra de sucesión era la obtención de ventajas comerciales, especialmente en las Indias españolas. Esto se aprecia claramente en el tratado de 1707 entre Inglaterra y el Archiduque Carlos, como rey de España, que hacía unas concesiones tan extravagantes como al fin ilusorias. Véase Cantillo (ed.), 1843, pp. 48-52. P. Muret, 1949³, p. 7, dice que los objetivos de la política inglesa habían sido los mismos desde 1688: "abaissement de la puissance politique et économique de la France, conquête des côtes et des îles de l'Amérique septentrionale, et, le plus important de tous, septentrionale, et, le plus important de tous, exploitation commerciale de l'empire espagnol". La obtención del Asiento y navío en 1713 constituiría pues sólo un paso - aunque de incalculable importancia - hacia estas metas. El Asiento serviría para encubrir una organización sin precedentes de comercio ilícito. P. Muret, 1949³, p. 17, dice: "Dans les milieux commerçants de

Londres et de Bristol... l'opinion se développera que l'asiento ne doit être regardé que comme un moyen de préparer le terrain pour de nouvelles usurpations".

- 11 Lexington a Lord Dartmouth, Madrid 20 octubre 1712, PRO, State Paper, Spain, vol. 79, cit. por Scelle, 1906, II, p. 531, nota 1: "That if they grant it [la exención de pagar el impuesto de 15% sobre importaciones a España] to us, they must grant it to all the world, then the French and Dutch will carry their commoditys to the West Indies custom free, which will glut the market so that they will be of no value when they come [en cifra] Therefore I think we had better stick to our clandestine trade, which by the Asiento we have entirely to ourselves exclusively to all the world".

- 12 Plumb, 1956, p. 29. Coxe, 1815, p. 302, dice que se quería justificar la paz en Inglaterra señalando los insignes privilegios obtenidos en el Asiento y navío, pero muchos ingleses no quedaron convencidos, pues el Asiento se consideró insuficiente premio, además de tener desventajosas condiciones financieras.

- 13 Véase la nota 8 para los términos del Asiento. Pares, 1936, pp. 10-11, dice que los Asientos difícilmente eran rentables en cuanto se refiere a venta de negros, y Geraldino a Quadra, Londres 19 junio 1738, (copia), AHN. Estado, libro 707, confirma esta opinión, "por lo respectivo al trato de negros resultará considerable pérdida hasta de pocos años a esta parte". Cantillo, (ed.), 1843, pp. 32-4, 69, 172 y 344, difiere vagamente pues dice que los Asientos solían dar grandes beneficios, pero los propios tratados del Asiento inglés reconocen que las pérdidas eran posibles, y por eso se concedió, a modo de compensación, el navío de permiso anual. Sin duda los beneficios a que se refiere Cantillo son los ilícitos. No es imposible por otra parte, que los directores de la Compañía ni siquiera se planteasen el sacar ganancias de la trata de negros, desde el momento que concibieron el Asiento como mera tapadera de sus actividades ilegales más lucrativas. Acaso estaba apuntando en esta dirección la acusación de que la Compañía disminuía deliberadamente el número de esclavos introducidos, para pagar menos derechos al rey español.

- 14 Hildner, 1938, p. 325, citando a Delafaye a Keene, Whitehall, 22 junio/3 julio 1732, PRO, SP 94, vol. 113, dice que el súbdito español Sir William Tyrre propuso la idea de un equivalente por el navío anual en 1732, y que Newcastle reaccionó fuertemente en contra. Bethencourt, 1953, p. 255, también señala el año 1732. Pares, 1936, p. 19, habla de una petición al rey sobre un equivalente por el Asiento, fechada en 4/15 julio 1734, en BM. Add. mss. 25561. Geraldino a Patiño, Londres 16 febrero 1736 (copia), AHN, Estado, libro 704, dice que él hizo la propuesta a la Compañía el 11 marzo 1735, y confirma el año 1735 en carta a Villarias de 19 marzo 1739 (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 15 Hildner, 1938, p. 325, y Geraldino a Patiño, Londres 16 febrero 1736, cit.
- 16 La separación de las actividades legales de la Compañía y las ilegales, a efectos de una exposición ordenada, hace que esta explicación de la postura de la Compañía resulte insuficiente. Para comprenderlo plenamente es preciso siempre tener en cuenta que el Asiento se obtuvo y mantuvo para encubrir y facilitar el contrabando. Véase nota 10 y el capítulo "Conflictos sobre Comercio y Navegación en América".
- 17 Williams, 1901, pp. 271 y 273; Aiton, 1928, p. 176. Pares, 1936, p. 15, da un ejemplo práctico de la actitud pacifista de la Compañía en América. Unos corsarios españoles habían apresado el navío Mary de Liverpool de modo escandaloso. En 1730 el Almirantazgo inglés autorizó represalias contra el comercio español si no se restituía el navío. Los agentes de la Compañía lograron evitarlo explicando el riesgo que corrían el navío de permiso entonces en Portobelo, y todos los demás efectos y privilegios comerciales de la Compañía, además de la probada dificultad de recuperar efectos embargados por los españoles.
- 18 B. Williams, 1901, p. 273.
- 19 Hasta este momento la preocupación dominante de la diplomacia española, si bien no se ignoraban enteramente sus intereses americanos, fue la obtención de Estados italianos para los hijos de Isabel de Farnesio, quien

dirigía la política española a este fin. A partir del tratado de Sevilla, y gracias a los inteligentes esfuerzos de Patiño, se empezó a atender objetivos de mayor interés nacional, ampliando una coherente política mediterránea y dibujando una nueva política americana. José María Jover, Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo, Oviedo, Cuadernos de la Cátedra Feijoo, 1956, pp. 91-2, generaliza que la primera orientación "absorbe las mejores energías de nuestra diplomacia durante la primera mitad de la centuria", pasando a predominar la orientación americana en la segunda mitad del siglo, y sobre todo en el reinado de Carlos III. Sin embargo, (pp. 99-100) reconoce la presencia de la preocupación indiana ya en el primer Pacto de Familia de 1733.

20 Cantillo (ed.), 1843, pp. 248-51.

21 La mejor biografía de este gran ministro sigue siendo de Antonio Rodríguez Villa, Patino y Campillo. Reseña histórico-biográfica de estos dos ministros de Felipe V, Madrid, 1882. Un estudio de su dirección de la política exterior española en los últimos años de su vida es de Antonio Béthencourt, Patiño en la política internacional de Felipe V, Valladolid, Universidad y Escuela de Historia Moderna del C.S.I.C., 1954.

22 Williams, 1901, VI, p. 439.

23 véase el capítulo 1º, p. 48 y ss.

24 "Sur les Abus que les Anglais font du Traité de l'Assiento", publicado por L. Vignols, "El Asiento francés (1701-1713) e inglés (1713-1750) y el comercio franco-español desde 1700 hasta 1730," en Anuario de Historia del Derecho Español, V, Madrid, 1928, pp. 266-300.

25 B. Williams, 1901, V, p. 308 dice que Keene, el embajador inglés en Madrid, creía que uno de los firmes propósitos de Patiño era destruir el Asiento inglés. Béthencourt, 1954, pp. 23-4, explica que la oposición de Patiño al Asiento inglés no fue sino una faceta de una coherente y constructiva política concebida para contener los envites ingleses a todos los niveles.

- 26 Hildner, 1938, pp. 323-3 juzga que "The South Sea Company...was the critical factor and in itself one of the greatest causes of that war".
- 27 Vignols, 1928, pp. 281-4, estima que la deuda nacional inglesa sumaba 9.500.000 libras en 1710, y que el gobierno se apropió el dinero suscrito para la Compañía.
- 28 Hildner, 1938, pp. 322-3.
- 29 Tratado del Asiento, Madrid 26 marzo 1713, artículo 28, en Cantillo (ed.), 1843, p. 66.
- 30 Las inciertas relaciones entre la Compañía y el gobierno inglés, y de ambos con el gobierno español, se aprecian claramente en la narración por Geraldino de una conversación suya con Horacio Walpole, hermano del primer ministro británico, sobre una memoria de la Compañía a Jorge II, pidiendo permiso para ajustar un equivalente por el Asiento, a la cual el rey nunca contestó. Al respecto, Walpole dijo que "había sido siempre de dictamen de que en caso de deberse hacer algún ajuste era regalía del Gobierno, y no de la Compañía", a lo cual Geraldino respondió que "era question de nombre quien lo debía hacer". Geraldino a Patiño, Londres 16 febrero 1736 (copia), AHN, Estado, libro 704.
- 31 Los comisarios españoles fueron "ateo Pablo Díaz del Abandero, Francisco Manuel de Herrero y José de la Quintana. Los ingleses fueron Benjamin Keene, Arthur Start y John Goddard Armigeron. La sesión de inauguración de las conferencias tuvo lugar en Sevilla el 23 de febrero de 1732, comenzando las sesiones de trabajo el 3 de marzo. En febrero de 1733 la Corte, junto con los comisarios españoles se trasladaron a Madrid, y poco después volvieron los comisarios ingleses a Londres. Hildner, 1938, pp. 322-41, y Béthencourt, 1953, p. 245.
- 32 Béthencourt, 1953, pp. 245-6, dice de estas conferencias "no existe prisa ni posibilidad de un acuerdo total".

- 33 Sobre los derechos de negros, véanse la nota p. 3-4 y Cantilló (ed.), 1843, pp. 58-69. Una pieza de Indias era una medida utilizada para esclavos, que equivalía a siete cuartas (Art. 2º del Tratado del Asiento), o sea aproximadamente un metro con cuarenta y cinco centímetros. Por lo tanto una pieza no necesariamente equivalía a una cabeza, como se ve fácilmente de una carta de Geraldino a Torrenueva, Londres 24 enero 1737, AHN, Estado, libro 706, en que dice que un navío de la Compañía ha llevado a Buenos Aires "254 Cabezas de esclavos que midieron 189 3/4 Piezas de las que murieron Once Cabezas antes de la espiración de los quince días, y así quedaron reducidas a 243, y a 184 1/4 Piezas...". Por otra parte una pieza de Indias debía reunir ciertas condiciones de salud y así "aunque sea de la medida de los 7 palmos cada uno si carece de algún requisito, nada esencial, como es faltar algo para cumplir los 7 palmos, o algún diente, o muela, o que tenga alguna mancha, o otro semejante defecto leve, no se cuenta por piezas..., y si vienen flacos los negros, no se cuentan por piezas, y los avalúan a 3 por 2 a dos por uno, y a 3 y 4 por uno, para la regulación de derechos, pero para venderlos no guardan esta proporción, pues restableciéndolos los venden todos por un precio..." (lo cual indica que había cierta latitud a la hora de contar las piezas), en Comercio de cacao. Puntos particulares sobre el...comercio de Indias y España, 1721", EN. Mss. 1805b, publ. por E. Rodríguez Demorizi en Clio, Lxv, Ciudad Trujillo 1957, n. 109, pp. 73-99. Jacques Savary de Bruslons, Dictionnaire Universel de Commerce, París, 1725, I, pp. 174-7, cit. por Pantaleão, 1946, p. 89, distinguía cuatro clases de negros: 1) de ambos sexos, buena salud, buen físico, entre 15 y 30 años de edad = una pieza; 2) mayores de 30 años, viejos y enfermos = 3/4 de pieza; 3) jóvenes de buen aspecto entre 10 y 15 años de edad = 2/3 de pieza; 4) niños entre 5 y 10 años = 1/2 de pieza.
- 34 Parece que se pretendía sobrevalorar el peso para que resultara menos atractivo y rentable su adquisición. José de la Quintana a Quadra, Madrid 27 diciembre 1738 (original), AGS, Estado, leg. 6905, afirma que se aumentó el valor del peso a 54 1/2 peniques, pero en las conferencias de Sevilla de 1732-33 los comisarios españoles pidieron 55 1/3 peniques por peso. Geraldino a Torrenueva, Londres 29 mayo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 708. Después se rebajó el cambio a 54 peniques por peso, y por fin en diciembre de 1737 se convino en pagar 52.

35 Hildner, 1938, p. 327.

180

36 Véase el capítulo 1^a, pp. 12-15.

37 Studer, 1958, pp. 184-5, reproduce la cuenta general entregada por la Compañía, de dos navíos de licencia de 1715 (el Hedford a Cartagena y el Elizabeth a Veracruz), y de los siete navíos de permiso entre 1717 y 1732, que fueron Royal Prince, Royal George, Royal Prince, Royal George, Prince Frederick, Prince William y Royal Caroline. BM. Mss. 33032, f. 250. véase también Pantaleão, 1946, pp. 96-7, para algunas consideraciones sobre divergencias en la enumeración de estos envíos.

38 Este mismo argumento lo aplicó la Compañía a la trata de negros, suponiendo que Felipe V debía compartir esas pérdidas también, además de la cuarta parte de los costos de mantenimiento del Asiento. Pares, 1936, p. 53.

39 Cantillo (ed.), 1843, p. 68, artículo 40.

40 Tratado de paz entre España e Inglaterra de 13 junio de 1721, artículo 3, en Cantillo (ed.), 1843, p. 199.

41 Id.

42 Tratado de Sevilla, 21 noviembre 1729, 2^o Artículo separado, en Cantillo (ed.), 1843, p. 251. Para la historia de las negociaciones en torno al Prince Frederick, véase Williams, 1901, V, pp. 314 y ss. Las órdenes reales para la restitución de las represalias de 1727 salieron para América en 14 diciembre 1729, pero no se cumplieron por la falta de justificantes adecuados. Bethencourt, 1953, p. 662.

43 Hildner, 1938, p. 329.

44 Quintana a Quadra, "Madrid 27 diciembre 1738 (original), AGN, Estado, leg. 6905.

45 Newcastle a Keene, Hampton Court, 9/20 octubre 1734 "all I need to add

is that His Majesty would have you in this, as on all other occasions do the company all the service in your power and you will make use of the interposition of this Majesty's name in their behalf in this case if you shall judge it to be necessary and proper"., cit. por Hildner, 1938, p. 329, nota 16.

- 46 Keene a Newcastle, Madrid 22 marzo /1 abril 1735, PRO, SP94, vol. 122, cit. por Hildner, 1938, p. 329.
- 47 Keene a Patiño, Madrid 5 mayo 1735, cit. por Bethencourt, 1953, p. 664.
- 48 Geraldino pasó oficios sobre el Real Carolina en 13 y 28 marzo, 2 mayo y 7 agosto 1735. Béthencourt, 1953, p. 665.
- 49 Keene contestó el oficio de Patiño de junio en 3 agosto, y pasó otro oficio sobre lo mismo en 2 diciembre. Las respuestas españolas de 6 noviembre 1735 y enero 1736 mantuvieron la postura inicial de Patiño. Béthencourt, 1953, p. 662.
- 50 Hildner, 1938, p. 331 y Béthencourt, 1953, p. 664.
- 51 Béthencourt, 1953, pp. 660-5.
- 52 La base de la respuesta española al oficio de Keene de seis puntos es el informe hecho por José de la Quintana al Rey, de 21 noviembre 1736. AGN, Estado, leg. 7632. véase también Bethencourt, 1953, pp. 660-6.
- 53 El tema del arqueo de los navíos de permiso se ha estudiado con más detenimiento en el capítulo 1º, pp. 12-15.
- 54 Sobre el punto de la internación parece que hubo cierta vacilación inicial de parte del ministerio español. En 27 septiembre 1721 se dio una real cédula concediendo a la Compañía el poder internar las mercancías del navío de permiso que no se hubiesen vendido en la feria. Pero esta autorización fue derogada en 28 abril 1723. Luego en 28 julio 1725 se dio una real cédula permitiendo la internación por dos o tres factores

de los negros de la Compañía, pues el propio tratado del Asiento estipula que se podrán vender desde Buenos Aires en "las provincias de arriba y reino de Chile" (Art. 9º, Cantillo, (ed.), 1843, p. 60). Otra cédula de 5 agosto 1725 explicó más la internación de negros desde Buenos Aires. Pero una consulta de 13 de julio de 1726 expuso los peligros de permitir la internación de factores ingleses; se conformó Felipe V con sus opiniones y se expidieron órdenes reservadas a Panamá para que se obrase en consecuencia. "Extracto de las R^{as}. Cédulas y demas Papeles que deuen tenerse presentes sobre el Asiento de Negros, y permission del Navio de toneladas". AGN, Estado, leg. 7633.

- 55 Geraldino a Juan Bautista de Iturralde, Londres 7 mayo 1739, (copia), AHN, Estado, libro 708, da esta cifra para las utilidades de Felipe V en el Real Carolina.
- 56 Geraldino a Torrenueva, Londres 29 noviembre 1736, (copia), AHN, Estado, libro 706, "el estar al cuidado de v.s. las negociaciones de Marina, y de Indias me causa doblada satisfacion por la esperanza que estas Gentes han hecho parecer del descaecimiento de una, y otra por la falta del Defun (sic) Ministro".
- 57 Geraldino a Torrenueva, Londres 29 noviembre, y 6 y 13 diciembre 1736 (copias), libro cit., insinúa que el optimismo que aparentan los directores de la Compañía sobre el ajuste de los derechos de negros y beneficios del Real Carolina, no tiene fundamento.
- 58 Geraldino a Torrenueva, Londres 6 y 20 diciembre 1736, (copia), libro, cit.
- 59 Los directores de la Compañía le preguntan a Geraldino si tiene facultades para tratar con ellos de las disputas pendientes. Véase Geraldino a Torrenueva, Londres 27 diciembre 1736 y 11 abril 1737, (copia), libros 706 y 708.
- 60 Geraldino a Torrenueva, Londres 4 abril 1737, (copia), libro 708.
- 61 Geraldino a Torrenueva, Londres 2 mayo 1737, (copia), libro cit.

- 183
- 62 Id., 9 mayo 1737, (copia), libro cit.
- 63 Id., 16 mayo 1737, (copia), libro cit.
- 64 Id., 23 mayo 1737, (copia), libro cit.
- 65 Id., 30 mayo, 6, 20, y 27 junio 1737, (copias), libro cit.
- 66 Diferentes encargados y enviados españoles en Europa, incluyendo a Geraldino, reciben sueldos a cargo de la Compañía del Asiento.
- 67 Geraldino a Torrenueva, Londres 27 junio 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 68 Keene a "Newcastle, Madrid 17/28 junio 1737, "I apprehend he may attempt to revenge himself for the usage he pretends to have received from the Directoctors with respect to the payment of his Cedula", cit. por Hildner, 1938, p. 332, nota 22.
- 69 Geraldino a Torrenueva, Londres 4 julio 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 70 Id., 11 julio 1737, (copia), libro cit., y Burrell y Bristow a Jorge II, Londres 30 junio/11 julio 1737, AGS, Estado, legs. 6906 y 7624, cit. por Béthencourt, 1953, pp. 666-7, quien dice que Jorge II dio su aprobación al plan el 11 julio, pero aunque ésa es la fecha que lleva la memoria, de hecho parece que no se pudo presentar al rey hasta semanas más tarde.
- 71 Quintana a Torrenueva, 9 agosto 1737, AGS, Estado, leg. 7632, y Torrenueva a Quadra 4 septiembre 1737, AGS, Estado, legs. 7625 y 7633, cit. por Béthencourt, 1953, p. 667.
- 72 Geraldino a Torrenueva, Londres 18 julio 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708.

- 73 Id., 9 agosto 1737, (copia), libro cit.,
- 74 Id., 17 octubre 1737, (copia), libro cit.
- 75 Hildner, 1938, p. 333, dice que a Tyrre se le sospechaba de mala voluntad hacia los ingleses, por su origen irlandés, y porque se creía que había espiado la flota inglesa de Portsmouth hacia unos años.
- 76 Geraldino a Quadra, Londres 13 noviembre 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709. En el plan de 11 julio la Compañía aceptó pagar a partir de 1730, entendiéndose desde enero 1731, porque según ellos los comisarios ingleses y españoles eso acordaron en abril 1732. El gobierno español sostiene que los derechos se deben pagar desde 1730 inclusive.
- 77 Geraldino a Torrenueva, Londres 2 enero 1738 (copia), AHN, Estado, libro 708. Address of the Court of Director of the South Sea Company to the King, London 21 diciembre / 1 enero 1737/38, AGN, Estado, legs. 2335 y 6906, cit. por Hildner, 1938, p. 333. Los 200.000 pesos prestados por la Compañía a Felipe V "para ocurrir á las urgencias de su corona", debían ser devueltos en los 10 últimos años del Asiento a razón de 20.000 pesos cada año, deducidos de los derechos de negros. (Artículo 3º), en Cantillo, (ed.), 1843, p. 59.
- 78 Geraldino a Torrenueva, Londres 2 enero 1738 (copia), AHN, Estado, libro 708. El tratado del Asiento de 26 marzo 1713 estipula claramente que la duración del Asiento será de treinta años consecutivos: "darán principio en 1º de mayo de 1713 y cumplirán en otro tal día del que vendrá de 743", (Artículo 1º), y el tratado de paz de 13 julio 1713 estipula que se concede el Asiento "por espacio de treinta años continuos" (Artículo 12º). Sin embargo el tratado declaratorio de 26 de mayo de 1716 concede un año de retraso para el comienzo del Asiento por la imposibilidad de iniciar las operaciones en 1713 (Artículo 7º). No menciona la duración del contrato pero sí aclara que el tratado original del Asiento seguirá válido en todo lo que no contradiga éste de 1716 (Artículo 9º); y eso sin contar con el tratado de paz. Por lo tanto se entiende que el contrato deberá expirar el 1º de mayo de 1744. No obstante, la Compañía

toma la postura de que si una vez se pudo reconocer que se le debía compensar el tiempo perdido, se puede considerar como un precedente, aplicable de nuevo. Véase los artículos citados en Cantillo, (ed.), 1843, pp. 58, 79, y 173-4.

- 79 Geraldino a Torrenueva, Londres, 6 marzo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 80 Id., 13 marzo 1738 (copia), libro cit. Keene pasó un oficio de petición de la cédula para el navío de permiso en febrero 1738, siguiendo órdenes de la Compañía, pero no obtuvo respuesta.
- 81 Véase la página para los antecedentes de esta idea.
- 82 Geraldino a Quadra, Londres 20 marzo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707, "tengo segura inteligencia es con la idea de que las mal fundadas pretensiones de la Compañía con la poca atencion que el Ministerio há dado á contenerlas han causado las vejaciones que los Navios de esta Nacion han experimentado en su navegacion".
- 83 Id., diagnostica correctamente el ulterior objetivo político del repentino fermento parlamentario, diciendo que "indica consecuencias que darán que sentir á este Ministerio".
- 84 Id.
- 85 Quadra a Geraldino, "Madrid y Aranjuez, 7 y 15 abril 1738, (copias), AGS, Estado, leg. 7624.
- 86 Geraldino a Quadra, Londres 23 abril 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707. El plan de Stert se ha estudiado en el apartado dedicado al conflicto general sobre presas y navegación en Indias (capítulo 1º, pp. 103 y ss.). Recordamos que es una propuesta concebida para yugular la creciente agitación belicista de la opinión pública inglesa en torno a este problema.

- 87 Quadra a Geraldino, Aranjuez 28 marzo 1738, (minuta), AGS, Estado, leg. 7622.
- 88 Se desglosa esta suma en 40.000 libras por derechos de esclavos desde 1730, y 28.000 libras de beneficios en el navío de permiso Real Caroli-
na. Fue idea de Stert y Walpole facilitar a España el pago del saldo contando con que pagara la Compañía las 68.000 libras. Véase Hildner, 1938, p. 334, y Geraldino a Quadra, Londres 28 agosto 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 89 Geraldino a Torrenueva, Londres 17 julio 1738, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 90 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 2 agosto 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7623.
- 91 Geraldino a Quadra, Londres, 21 agosto 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 92 Id., considera la actitud de la Compañía en esta ocasión como "una grave dificultad", pero no desespera de poder encontrar un término medio aceptable a ambas partes, y sugiere que para mostrar la buena fe española se redacten las óculas tal como las pide la Compañía. Evidentemente Geraldino está muy deseoso de concluir el ajuste aun a precio de ceder en un punto claro y firmemente asentado por el gobierno español.
- 93 Id., 28 agosto 1738, (copia), libro cit.
- 94 Id. La razón dada por Geraldino es que "la mala conducta de la Compañía no havia cultivado las condescendencias de su benignidad [de SMC]", pero el verdadero fundamento de esta afirmación no se expresa abiertamente: que el gobierno español está decidido a acabar con el Asiento inglés a causa del contrabando cometido a su sombra.
- 95 Id., 10 septiembre 1738, (copia), libro cit.

96 Id.

97 Hildner, 1938, pp. 335-6.

98 Geraldino a Quadra, Londres 18 septiembre 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.

99 Keene a Newcastle, Segovia 29 septiembre 1738, (cifra) PHO, SP94, vol. 131. "They [el gobierno español] seem embarrassed they would not undo the work done or accept it as it stands. And as for payment by way of Assignations on the South Sea Company, they insist it is impossible to grant such Cédulas as the Company demands, because the Sums due on Account of Reprisals are not liquidated, neither have they been able to find any Papers, by which are the Department of the Council of the Indies. It is not easy for me to express to your Grace half the wrath they throw out against the Said Company on this Occasion", cit. por Hildner, 1938, p. 336.

100 [Consulta de] la Junta de la Nueva Georgia, [22 septiembre 1738], AGS, Estado, leg. 7625.

101 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 13 octubre 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7623.

102 Id., (otra), leg. cit.

103 Id.

104 No se comprende que Béthencourt, 1953, p. 717, comentara sobre este proyecto de 13 de octubre que "casi todas estas condiciones estaban ya aprobadas por ambas partes desde diciembre del año anterior. Por tanto el acuerdo era factible". En realidad las aparentes concesiones españolas son todas condiciones a que la Compañía pague previamente las 95.000 libras y acepte las demás condiciones sobre represalias, duración del Asiento y cuentas, a todo lo cual sabemos que siempre se ha resistido.

- 105 [Consulta de / la Junta de la Nueva Georgia, [22 septiembre 1738], AGS, Estado, leg. 7625, y Quadra a Geraldino, San Ildefonso 13 octubre 1738, cit.
- 106 Existe la posibilidad de que era realmente gravoso para el erario español pagar las 95.000 libras en efectivo, o tomar un préstamo para el caso, y por eso se insistía tanto en que las pagase la Compañía. Pares, 1936, p. 32, insinúa que el ministerio español no habría convenido en pagar las 95.000 libras si hubiese pensado que las tendría que abonar en efectivo. Sin embargo desechamos esta idea como factor determinante de la actitud española (aunque pudiera tener algo de verdad), porque creemos que el objetivo concreto primordial del ministerio ahora es disciplinar a la Compañía.
- 107 Geraldino a Quadra, Londres 30 octubre 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 108 Id., (otra), libro cit.
- 109 Id., y 6 noviembre 1738 (copia), libro cit.
- 110 Geraldino a Quadra, Londres 6 noviembre 1738, (copia), libro cit.
 "Wallpoole [dijo a los directores que]... no podía hacerse Cargo de aconsejarles ni persuadirles a lo que devían hacer pero que devían estar entendidos que dependiendo de su resolución el que tuviese efecto o no la reconciliación de las dos Cortes, si esta se frustraba por causa de la Compañía devían inferir las Consecuencias, mayormente quando toda la Nación sospechaba ya el que los abusos cometidos por la misma Compañía habían sido la Causa de los incidentes que interrumpían al presente la buena inteligencia entre las dos Cortes, y que el no podría dispensarse de hacer saber al Parlamento el motivo con que había frustrado el acomodamiento".
- 111 Nelson, 1945, p. 63, explica que los beneficios de la Compañía procedentes del contrabando hecho a cubierta del Asiento a menudo solían disfrazarse en las cuentas como ventas de negros. Este dato nos está descubriendo una de las razones secretas que alimentaban la resistencia de los directores a enseñar las auténticas cuentas a las autoridades.

des españolas. Se descubriría el fraude, y en el mejor de los casos tendrían que pagar a Felipe y los derechos sobre esclavos que nunca fueron importados. Así por ejemplo en 1738 las cuentas reflejan los beneficios habidos aparentemente de 5.300 negros, cuando según este autor no se vendieron apenas la mitad de ese número en este año.

- 112 Geraldino a Quadra, Londres 6 noviembre 1738, cit.
- 113 Geraldino a Quadra, Londres 13 noviembre 1738, (copia), libro cit., relata que Walpole le contó haberse negado a mirar dos cuadernos con la explicación de la postura de la Compañía, diciendo a los directores que ya no había tiempo para discusiones, que adoptasen ellos la resolución que les pareciese, "y que él estaba en la de no permitir que el Público padeciese por su obstinación". Sin embargo no es probable que Walpole haya decidido firmar el convenio independientemente de la determinación de la Compañía, sino que procurase aparentar una firmeza y decisión que no sintiese, para empujar a la Compañía hacia la aceptación de las condiciones españolas.
- 114 Id., 20 noviembre 1738, (copia), libro cit.
- 115 Id., 24 noviembre 1738, (copia), libro cit.
- 116 Id., 24 noviembre 1738.
- 117 Id., (otra), libro cit.
- 118 Id., "assi como el Gobierno [inglés] no se havia interessado directamente antes de ahora quando se le havian negado indirectamente a la Comp^a. las Cédulas para los navios anuales se mantendria en la misma indiferencia lo que no podía executar a vista de una declarac^{on} autentica aunque en sustancia produxesse el mismo efecto".
- 119 Id.
- 120 Newcastle a Keene, Whitehall 13/24 noviembre 1738, PRO, SP94, vol. 132,

cit. por Hildner, 1938, p. 336. Geraldino a Quadra, Londres 24 noviembre 1738, cit.

- 121 Quintana a Quadra, Madrid 27 diciembre 1738, (original), AGS, Estado, leg. 6905.
- 122 Id.
- 123 Bethencourt, 1953, p. 721.
- 124 Quintana a Quadra, Madrid 27 diciembre 1738, (original), cit. Durante todas las discusiones sobre represalias Keene no ha presentado más que una lista sencilla de las sumas reclamadas por la Compañía sin aportar los documentos justificativos necesarios.
- 125 Id., Quintana dice que el verdadero valor del peso está en los 54 1/2 peniques, pero este argumento es omitido de la respuesta que envía Quadra a Keene el 29 diciembre 1738, quizás porque en las conferencias de Sevilla los comisarios españoles habían pedido 55 1/3 peniques por peso.
- 126 Id., A pesar de esta recomendación la Junta de Georgia expresó ciertos reparos sobre la suspensión efectiva del Asiento, en atención al perjuicio que ocasionaría en la América española, muy necesitada de mano de obra esclava. Véase Bethencourt, 1953, p. 752, nota 48.
- 127 Quadra a Keene, Madrid 29 diciembre 1738, (copia), AGS, Estado, legs. 6905 y 6906, Quadra sigue fielmente los dictámenes de Quintana en los negocios ingleses durante estos años.
- 128 Geraldino a Quadra, Londres 8 enero 1739, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 129 Id.

- 191
- 130 Id., 15 enero 1739, (copia), libro cit.
- 131 Id., 22 enero 1739, (copia), libro cit.
- 132 Keene a Villarias, Madrid 30 diciembre 1738, (original), AGS, Estado, leg. 6907.
- 133 Hildner, 1938, p. 337, concede que los españoles tenían justos motivos de dudar de la buena fe de la Compañía en este punto.
- 134 Quintana a Quadra, Madrid 1 enero 1739, (original), AGS, Estado, leg. 6907.
- 135 Id., Todas las razones y conclusiones de Quintana son comunicadas por Quadra a Keene. Madrid 1 enero 1739 (copia), leg. cit.
- 136 Keene a Villarias, Madrid 2 enero 1739, (original), leg. cit.
- 137 Quintana a Quadra, Madrid 3 enero 1739, (original), leg. cit.
- 138 Quadra a Felipe V, Madrid [4] enero 1739, (minuta), leg. cit.
- 139 Villarias a Keene, El Pardo 6 enero 1739, (copia), leg. cit.
- 140 Pares, 1936, p. 55, y Geraldino a Quadra, Londres 19 marzo 1739, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 141 La Declaración de 10 enero 1739 está publicada en una nota por Cantillo (ed.), 1843, p. 345. Fue impresa en el Cotejo de la Conducta de S.M. con la de el Rey Británico..., Madrid, [1739], p. 17, AGS, Estado, leg. 6909. Véase la nota 407 del capítulo 1º.
- 142 Béthencourt, 1953, p. 730, sin embargo dice que "La Declaración, en principio, fue más una amenaza que un verdadero propósito, entre otros motivos porque España carece de medios suficientes para improvisar el abastecimiento de esclavos...". Cita un informe que menciona esta cir-

cunstancia, pero además de ser discutible (de hecho desde 1739 se apartará el gobierno para surtir de negros a las colonias), es verosímil que no se quiera permitir que determine la política a seguir.

- 143 Geraldino a Quadra, Londres 29 enero y 6 febrero 1739, (copias), AHN, Estado, libro 709.
- 144 Id., 6 febrero 1739, (otra), libro cit.
- 145 Id., 12 febrero 1739, (copia), libro cit.
- 146 Id., 26 febrero 1739, (copia), libro cit.
- 147 Id., 5 marzo 1739, (copia), libro cit.
- 148 Id., 19 marzo 1739, (copia), libro cit.
- 149 Id., (otra), libro cit. Keene a Villarias, Madrid 17 abril 1739, (original), AGS, Estado, leg. 6907, de acuerdo con sus instrucciones para un oficio en respuesta a la declaración del 10 enero, pidiendo menos rigor y manteniendo su posición de siempre. Béthencourt, 1953, p. 737, califica de "inaudito" lo ocurrido en la asamblea de la Compañía de 12 marzo, pero dadas las circunstancias resulta bastante comprensible el voto de los accionistas.
- 150 Geraldino a Quadra, Londres 26 marzo 1739, (copia), libro cit., acusa recibo de la de Quadra de 2 marzo 1739. Se contesta en estos mismos términos al oficio de Keene de 17 abril: "me manda SM decir a VS, q. solo oirá los recursos de la Compañía en hablandose a pagar dentro del termino que se la asigne las 68.000 libras esterlinas; de no executarlo pasara a providenciar la cesación del Asiento". Villarias a Keene, Aranjuez 17 mayo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 6907.
- 151 Geraldino a Quadra, Londres, 9 abril 1739, (copia), libro cit.
- 152 Id., 11 junio 1739, libro cit.

- 153 Chindurza a Villarias, Madrid 21 mayo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7018. Entretanto en 20 abril, el nuevo secretario de Hacienda Juan Bautista de Iturralde, manda a Geraldino procurar un estado de cuentas de la Compañía de 1731 a 1738, con los pagos hechos a los enviados españoles en el extranjero, el número de negros introducidos en América, y los beneficios de Felipe V en el Asiento y navío de permiso. Contesta Geraldino a Iturralde, Londres 7 mayo 1739, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 154 Keene a Courand, Madrid 18 mayo 1739, PHO, SP94, vol. 133, cit., por Hildner, 1938, p. 339.
- 155 Keene a Villarias, Madrid 4 junio 1739, (original), AGS, Estado, leg. 6907.
- 156 Geraldino a Villarias, Londres 18 junio 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710.
- 157 Id., (otra), y 2 julio 1739, libro cit. El marqués de San Gil, embajador español en Holanda, Pedro Tyrre y el propio Geraldino se ven afectados por esta suspensión de sus sueldos.
- 158 Hildner, 1938, p. 341, afirma que la Compañía fue responsable de la guerra: "At the most critical juncture, an accord might have resulted, but the Company, with a selfish, narrow view, refused to pay, war was the only alternative".

CAPITULO III

LA NUEVA COLONIA INGLESA DE GEORGIA.

La plaza de San Agustín de la Florida.

La creación de Georgia en 1732, y las reacciones españolas.

El convenio Del Moral-Oglethorpe de octubre de 1736.

El belicismo español de 1737.

Las instrucciones de Torrenueva a Geraldino de noviembre de 1737.

España acepta el statu quo, y se decide negociar sobre la cuestión de límites.

La postura española, la propuesta inglesa, y el fracaso de las conferencias de 1739.

El problema de los esclavos fugitivos de las plantaciones angloamericanas.

LA NUEVA COLONIA INGLESA DE GEORGIA.

La falta de buenos puertos naturales en la costa de Florida, los peligrosos arrecifes y flechas de arena o de coral, así como la naturaleza selvática, pantanosa o kárstica, y siempre inhóspita, del malsano terreno subtropical dieron lugar a que la península permaneciera en gran medida desierta por los españoles de los siglos dieciseis y diecisiete, abandonándose incluso varios de los pocos establecimientos allí asentados.¹

No obstante, las tentativas extranjeras por colonizar la fachada atlántica de América septentrional pronto suscitaron una reacción defensiva por parte de España, determinando a la larga el carácter defensivo-militar de la presencia española en Florida. San Agustín, primer asentamiento europeo permanente en la costa oriental de Norteamérica, fue establecido en 1565 tras la sangrienta expulsión de unos colonos franceses que habían pretendido ocupar estos territorios.² Más fortificaciones y misiones, algunas de muy breve existencia, tendieron a subrayar el carácter fronterizo de las comunidades españolas de Florida, pero la clave estratégica de la península siempre fue San Agustín.

Ahora bien, la función estratégica de San Agustín era doble, pues además de centrar en sí la defensa y posesión española de un vasto, si un tanto indefinido, hinterland en el sudeste de Norteamérica, debía también vigilar y mantener libre la ruta marítima comúnmente llamada canal de las Bahamas, y proteger la navegación española en ella. La importancia de las costas atlánticas de Florida estribaba en que los navíos que iban desde La Habana hacia España debían pasar en dirección norte por el canal de las Bahamas, siguiendo la corriente marina del Golfo, hasta rebasar los treinta grados latitud norte, donde ya podrían volver la proa hacia el este para navegar a favor de los vientos del oeste. Condiciones naturales imponían pues que las flotas y galeones españoles, con sus preciosos cargamentos, debían pasar por una ruta determinada y conocida.³ La necesidad de proteger esa ruta realzó el valor estratégico de San Agustín y de las costas inmediatas.

La fundación de la primera colonia inglesa de la América septentrional en Jamestown (1607) suscitó una reacción negativa en España, pero no se to-

maron eficaces medidas de fuerza y en consecuencia el expansionismo, vir-
giniano primero y carolino después, hacia el sur pudo desarrollarse casi
sin más dificultades que las propias de una tierra salvaje. Colonos sueltos
de Virginia y de Barbados intentaron establecerse en diversos lugares de
las costas de los actuales estados de Carolina, hasta que finalmente en
1670 se pudo fundar la colonia permanente de Charles Town. Este mismo año
se firmó el "Tratado de América" entre España e Inglaterra, por el cual la
Corona española reconoció por vez primera la posesión inglesa de todos los
territorios que hubiesen ocupado los ingleses en América hasta ese momento.⁴
Sin embargo, en vez de dar paso a un statu quo, este tratado no hizo sino
estimular las pretensiones inglesas, y se continuaron las incursiones y
ocupaciones hasta que a principios del siglo dieciocho el dominio español
se dejaba sentir de manera inequívoca solamente hasta el río San Juan, y
algo menos eficazmente hasta el río St. Mary's.⁵

Pese a este continuo retroceso español en esta zona, los ministros de
Felipe V no dejaron de pugnar por mantener sus derechos territoriales más
al norte. Durante la guerra de 1719-21 los ingleses ocuparon la isla de
San Simón, en la desembocadura del río Altamaha. El embajador español en
Londres, Jacinto de Pozobueno, pasó inútiles oficios de protesta, y sugirió
en vano la negociación de límites. Todavía en el Congreso de Soissons de
1728 exigían los españoles la retirada inglesa de la isla.⁶ Empero no se
obtuvieron resultados positivos, y siguieron produciéndose los enfrentamien-
tos.⁷

Los conflictos fronterizos entre ingleses y españoles, complicados por
las actividades bélicas de los indios más o menos manipulados por los euro-
peos, fueron un factor de peso si no el principal para la creación de la
nueva colonia inglesa de Georgia en 1732.⁸ Ostensiblemente situada en la
parte meridional de Carolina del Sur, y por lo tanto perfectamente legal
según los ingleses, Georgia debe considerarse no obstante como una colonia
fundada con claros fines imperialistas de consolidación y expansión. Por un
lado debería funcionar como una zona de defensa de las colonias angloameri-
canas más hacia el norte, contra las agresiones españolas, francesas e in-
dias.⁹ Por otro lado el agresivo expansionismo del gobernador James Oglethor-
pe no permite equivocarse respecto de la función ofensiva de la nueva colo-
nia.¹⁰ Ambas funciones, defensiva y expansionista, de Georgia fueron poten-
ciadas desde un principio mediante la votación parlamentaria de fondos pú-
blicos; caso único en la historia de la fundación de colonias angloamerica-
¹¹

nas, lo que confirma su carácter nacional-imperialista.

197

Un rasgo interesante de esta colonia en sus primeros años fue la prohibición de esclavos negros. Nuevamente se trata de una disposición con doble finalidad, pues si bien serviría para fomentar el trabajo y la disciplina entre los colonos blancos - muchos de los cuales por sus propios antecedentes, y por las grandes penalidades del trabajo agrícola en Georgia, eran muy rebeldes a ello -, también eliminaría una potencial quinta columna entre los esclavos sublevados por agentes españoles. Las protestas de los colonos contra esta prohibición explicaban que Georgia no podía prosperar sin esclavos en vista de la competición de las Carolinas, Virginia y las islas tropicales, porque sus condiciones naturales imponían el modelo de economía de grandes plantaciones con monocultivo de productos de exportación.¹² Sin duda alguna pesó fuertemente en un primer momento la consideración militar señalada, para implantar la prohibición en contra de los contundentes intereses a favor de la esclavitud negra. Lo cierto es que se trataba de un temor fundado, pues el gobernador de Florida hizo lo posible por atraer y sublevar a los negros de Carolina del Sur en vísperas de la guerra de 1739.¹³

La nueva colonia creció con bastante rapidez¹⁴ y antes de 1737 Oglethorpe hizo construir fuertes en las islas de San Simón (que se había abandonado tras una primera ocupación en 1719), Gualquini (Jekyl), San Pedro (Cumberland), Amelia y San Juan (Zarrallay o St. George), lugares todos ellos donde habían existido antaño misiones franciscanas.¹⁵ Estos fuertes, con la excepción de San Simón, se encontraban fuera de los límites de Georgia según la patente real de 1732, aunque no fuera de los límites concedidos por el rey inglés Carlos II a los propietarios de Carolina.¹⁶

Las noticias y quejas procedentes de Florida sobre fortificaciones y hostilidades inglesas se suceden al compás del crecimiento de Georgia.¹⁷ Las protestas españolas en Londres obtienen sólo las previsibles promesas de evitar excesos futuros.¹⁸ Empero el gobierno español no manifiesta verdadera preocupación hasta septiembre de 1735 cuando Patiño manda a Geraldino averiguar la exacta localización de Georgia, para presentar una protesta formal, exigiendo la evacuación y demolición de las fortificaciones, en el caso de estar más al sur que Carolina.¹⁹ Esta tardanza en reaccionar refleja cuando menos una cierta desidia e ignorancia respecto del Imperio por parte del gobierno español, aunque la claridad de los términos de la protesta indica que no existe ninguna duda sobre los derechos de España en estos territorios.²⁰

Geraldino sin embargo acepta y comunica sin vacilaciones la tesis inglesa de que Georgia, estando entre los ríos Savana y Altamaha, cae dentro de los límites de Carolina, sin comprender que la Carolina ocupada y reconocida por España en 1670 y la Carolina de la patente de 1665 varían enormemente en extensión.²¹

Por fortuna es algo más desconfiado el ministerio español, y Patiño ordena a Geraldino que averigüe con cautela cuándo se estableció el puerto inglés de San Jorge o Nuevo Londres, en el río Savana.²² La necesidad de cautela en este asunto evidencia que el gobierno español no ha controlado el expansionismo inglés por la fachada atlántica de Norteamérica, y aun sospechando la argucia inglesa, no tiene datos para informar una protesta en regla.

Entretanto no se cumplen las seguridades dadas por Walpole en 1735 de que Oglethorpe llevaría instrucciones de evitar excesos en la nueva colonia. El gobernador de San Agustín comunica en abril de 1736 que los ingleses de Georgia incitan a los indios contra los fuertes españoles, habiendo matado ya a un artillero.²³ Pone de relieve el corto número de españoles en esos parajes, y su temor a salir de la plaza fortificada para buscar alimentos en los montes y campos circundantes. Informa también del fuerte inglés recientemente levantado en la barra de San Simón y guarnecido por trescientos hombres, que no duda Del Moral en condenar por estar en territorios españoles, al igual que otro que están erigiendo los ingleses en la provincia de los indios uchises cerca del fuerte español de San Marcos de Apalache.²⁴ Explica que llegan grandes contingentes de colonos y que no basta la guarnición de trescientos hombres de San Agustín para hacerles frente.

Teme que el ulterior objetivo de los ingleses es estrangular la resistencia española hasta que se abandone la península, y sobre todo "este padrastro (que ellos llaman) de esta plaza aniquilarlo enteramente".²⁵ Semejante triunfo les daría el control de la navegación del canal de Bahama, y pondría en inminente peligro Cuba y todo el sistema de comunicaciones, defensa y comercio del imperio español.²⁶

La reacción inmediata del gobierno de Madrid es intentar conjurar el peligro inminente mandando que Gómez de Horcasitas, gobernador de La Habana, envíe refuerzos y todo lo necesario para asegurar la plaza de San Agustín.²⁷ Asimismo una consulta del Consejo de Indias de junio de 1736 señala la necesidad de fortalecer las bahías de Tampa y la Concesión en la costa

occidental de Florida, repoblar la provincia de Apalache, y crear unas Líneas fronterizas de defensa y comunicación.²⁸ Poco después, el mes de agosto, zarpará un militar irlandés al servicio de España, nombrado Wall, para La Habana desde donde se preparará el ataque contra Georgia.²⁹

A fines de agosto Patiño manda a Geraldino pasar un oficio al ministerio inglés sobre las extralimitaciones de los colonos de Georgia.³⁰ Así lo hace el embajador el día dos de octubre, al mismo tiempo que expone de palabra a Newcastle "la necesidad en que el Rey se vería de tomar medidas a contener semejantes atentados si por parte de S.M.B. no se dava promptamente Providencia a su remedio".³¹ Se trata, pues de una amenaza inicial, aunque no violenta ni tampoco muy definida, de utilizar la fuerza en defensa de los derechos españoles. Después Geraldino recuerda a Walpole las seguridades que le dio el año anterior de 1735, cuando se disponía Oglethorpe para zarpar con destino a Georgia. El ministro inglés de nuevo asegura que si las noticias de San Agustín son ciertas, desde luego que Oglethorpe ha incumplido sus órdenes, pero éste ha enviado una versión diferente de su actuación, y es preciso examinar todos los datos en un consejo antes de contestar al oficio de Geraldino.

En efecto Oglethorpe informa que goza de buenas relaciones con el gobernador de San Agustín, pese a lo cual el ministerio inglés resuelve remitir el oficio de Geraldino a los administradores de la nueva colonia.³² Esta maniobra no satisface al embajador, quien señala que la gravedad de las acusaciones no admite fácilmente estas dilaciones. Newcastle promete hacer lo posible por darle una respuesta rápidamente, pero Geraldino le pisa los talones, dando lugar a un intercambio de cierta brusquedad. El Duque protesta que los ingleses no tienen ninguna intención de apropiarse de territorios españoles, pero que tampoco puede el gobierno informarse y dar las órdenes pertinentes en dos días. El embajador replica sin concesiones que "el haver levantado fuertes en parajes donde antecedentemente se havian demolido por orden de este Gobierno no necesitava de mas informe para que siendo assi se demoliesen".³³ Rocheza así la táctica dilatoria inglesa apelando al derecho reconocido y al precedente práctico, pero Geraldino se confiesa preocupado por "la tibieza y dilacion" de Newcastle.³⁴

Walpole admite estar "informado de que dn. Diego Oglethorpe se havia en algo excedido, de lo que se le obligaria a desistir",³⁵ pero es una confesión tan vaga que apenas pasa de ser una declaración de buena fe. Asimismo procura tranquilizar a Geraldino afirmando que Oglethorpe ha remitido a la junta de administradores de Georgia copias de cartas escritas por

el gobernador de San Agustín, que evidencian el restablecimiento de buenas relaciones entre españoles e ingleses en la América septentrional.

Geraldino sin embargo ahora ya no se deja convencer y señala el claro peligro que supone el fuerte crecimiento demográfico de Georgia para la seguridad de Florida y la navegación hispanoamericana. Desconfía del supuesto apaciguamiento de los conflictos fronterizos porque se acaba de publicar en Londres una carta del veintitres de julio, escrita por un capitán inglés en San Agustín, dando noticia de que los españoles han detenido allí cuatro barcos ingleses, y que habiendo llegado a la plaza cien soldados de refuerzo se decía que se esperaban aun más tropas de La Habana y Veracruz.³⁶

Entretanto en Florida el gobernador Del Moral, tras consultar con su Junta de Guerra, aprueba en el mes de octubre el convenio y tregua propuestos a principios del verano por Carlos Dempsey, de la colonia de Georgia.³⁷

Este convenio es el resultado de largas negociaciones sobre el terreno en que participa, además de Oglethorpe, Dempsey y Del Moral, el célebre ingeniero militar Antonio de Arredondo,³⁸ enviado por Güemes y Horcasitas, gobernador de La Habana, al establecimiento inglés de Frederica (isla de San Simón) para exigir la retirada inglesa a Port Royal.³⁹ Oglethorpe conviene en evacuar y arrasar el fuerte construido en la isla de San Juan (Fort St. George, St George's Island), mientras que la solución definitiva del problema de límites se dilucide mediante negociaciones entre las dos Cortes. Ambos gobernadores se comprometen a desautorizar operaciones ofensivas en la zona disputada, pero la frontera provisional queda establecida en el río San Juan, que podrán navegar los ingleses hasta que no se fije la frontera definitiva; punto éste mucho más elocuente y eficaz que la salvedad incluida por Del Moral acerca de los derechos españoles sobre el territorio situado al norte de dicho río.⁴⁰

El seis de diciembre contesta Newcastle verbalmente al oficio de Geraldino de dos de octubre. Explica que la creación de Georgia fue un proyecto parlamentario, no privado, y por tanto no es posible tomar medidas tajantes hasta tener una información más completa, aunque desde luego no se trata de usurpar ni molestar los dominios americanos de Su Majestad Católica, y se darían las órdenes pertinentes a tal efecto.⁴¹ El embajador español no desestima las rectas intenciones inglesas pero es significativo que sugiriese "que esta buena disposición tendría efecto si se pone al Gobernador de Sn. Agustín en estado de hacerse respetar, como parece

201
muy preciso". Todavía incluso alberga esperanzas de que se pueda persuadir a los ingleses para que abandonen la nueva colonia.⁴²⁴³

Pese a ello, en marzo de 1737 Geraldino se muestra muy preocupado por la cuestión de Georgia pues Newcastle aún no ha contestado formal ni favorablemente a su oficio de octubre pasado, y el Parlamento inglés ha votado un importante crédito para la nueva colonia.⁴⁴

Mientras tanto el intercambio de información y opiniones entre las autoridades españolas de América y el gobierno metropolitano ha conducido a una decisión de acusada gravedad. A principios de 1737 Arredondo escribía a favor de la negociación de un acuerdo sobre límites como la manera más fácil, segura y barata de resolver el conflicto. Dudaba de la capacidad española para vencer a los ingleses en Georgia en caso de un enfrentamiento armado, pero sus más serias dudas concernían a la capacidad española para defender los territorios rescatados en caso de una victoria. Por todo ello opinaba si se iban a negociar los límites de Florida, se debía hacer cuanto antes porque, desde el punto de vista militar, el tiempo transcurría en favor de los ingleses.⁴⁵ Hacia fines del año Güemes y Arredondo exponen que cada día que pasa acrecienta la relativa debilidad de las fuerzas españolas en y cerca de Florida, respecto de los intrusos ingleses. Perciben que si bien las tropas regulares españolas e inglesas son equiparables, los ingleses disponen de secundarios recursos humanos (milicias, población blanca, indios y negros) muy superiores en número a los disponibles para reforzar las guarniciones españolas. Este hecho y el veloz crecimiento de Georgia aconseja obrar rápida y decisivamente si se albergan esperanzas de desalojar a los ingleses por la fuerza, proyecto que se va haciendo cada vez más inviable.⁴⁶

Arredondo considera que el río de San Juan representa una línea estratégica que debe ser defendida a ultranza, si se quiere mantener y proteger eficazmente la plaza de San Agustín.⁴⁷ Ahora bien es la mínima exigencia militar, y evidentemente no basta al gobierno español como punto de partida en las negociaciones diplomáticas. Por eso el convenio Del Moral - Oglethorpe es rechazado de plano, y el gobernador de San Agustín es desautorizado y destituido de su cargo.⁴⁸

El diez de abril de 1737 se expide la orden a Güemes y Horcasitas de preparar en secreto un armamento contra Georgia,⁴⁹ mientras Keene, temeroso precisamente del tal armamento, aprieta a Quadra para que le facilite información o desmienta el rumor. El primer ministro español se limita a

decir que todavía está esperando la respuesta oficial inglesa a las instancias presentadas por Geraldino en dos de octubre del año anterior, al mismo tiempo que aprovecha la ocasión para decir enigmáticamente que España sabrá conservar sus dominios.⁵⁰ Nada más a propósito para acrecentar los temores ingleses, fundados en las noticias difundidas por Londres sobre la llegada a San Agustín de un navío fabricado en La Habana, transportando tropas con las cuales se juntarían otras, para una expedición de expulsión de los ingleses de Georgia.⁵¹ Geraldino a su vez hace gala del mismo estilo adoptado por Quadra, contestando a las preguntas inglesas con la justa mezcla de moderación, ignorancia, reproche y amenaza - tan sutil en su expresión como diáfana en su significado -, que sin duda deja a sus interlocutores más alarmados aun de lo que estaban antes de hablar con él.⁵²

Lo cierto es que el gobierno español al fin ha comprendido la importancia del conflicto de Georgia, y está resuelto a protagonizar una iniciativa bélica. Las órdenes secretas a Oñemes reflejan una actitud alerta y decidida a actuar, en defensa de los intereses españoles, en el terreno militar. Para apoyar y justificar este paso se requiere una completa información sobre el tema, y una concentración de esfuerzos mentales sobre su correcto tratamiento. El problema merece pues la creación, el dieciséis de abril de 1737, de la Junta de Georgia, como órgano de consulta del Consejo de Indias con especial dedicación y competencia en el terreno de las relaciones con Inglaterra en general, y en el tema de Georgia en particular.⁵³

La alarma de los administradores de la discutida colonia crece a lo largo del mes de abril. Keene escribe a su gobierno que se ha enterado de que se aprestan en Cuba dos navíos de guerra y cinco de transporte para llevar ochocientos hombres a Florida.⁵⁴ Confirmación de esta noticia llega desde Jamaica, extendiéndose mucho el temor de un intento de desalojar a los ingleses. En consecuencia Newcastle manda a Keene que exponga los inconvenientes de semejante paso y que solicite la expedición de contra-órdenes a las autoridades hispanoamericanas en caso de ser verídica la noticia. Los ingleses esperan que España respetará el convenio ajustado en octubre pasado por Del Moral y Dempsey. Geraldino se ve obligado a recibir de manos de Newcastle una copia de dicho convenio para remitir a su Corte, aunque advierte firmemente que ninguno de los signatarios tenía facultades para concluir semejante pacto, y que por lo tanto no tiene ninguna validez.

Entretanto los administradores de Georgia no desouidan los proyectos militares, y piden autorización para formar un regimiento de infantería

203
para la defensa de la colonia. Esta petición sin embargo es denegada por el memento en el consejo privado del veinticuatro de abril.⁵⁵ Sin duda el gobierno británico desea evitar cualquier paso que pudiese precipitar una ruptura con España, pero al mismo tiempo ha de contar con que veinticuatro diputados parlamentarios (cada uno con su precioso voto) son también administradores de Georgia, y por lo tanto tienen sus propios intereses que defender, amén de lo que puede importar este conflicto a todos los políticos ingleses de la Oposición, o de inclinaciones imperialistas.⁵⁶ El recelo español con todo no amaina, porque por estas mismas fechas ciertos preparativos navales en Inglaterra hacen sospechar que los navíos de guerra se arman con destino a Georgia, hasta que Geraldino pueda desmentir la idea, al enterarse de que se trata de proteger el comercio inglés en el Mediterráneo contra los corsarios musulmanes.⁵⁷

Es evidente que no interesa al gobierno español que cunda la alarma entre los ingleses por el rumoreado ataque contra Georgia, porque la lógica reacción sería disponer medios de defensa. En consecuencia a mediados de mayo escribe Torrenueva, secretario de Marina e Indias a Geraldino desmintiendo las noticias de que se reforzaba la guarnición de San Agustín (aunque su gobernador lo había solicitado) o que se preparaba una expedición en La Habana.⁵⁸ Igualmente Quadra se ve precisado a contestar a las instancias de Keene, quien no se conforma con las vagas protestas del primer ministro español sobre su desconocimiento del asunto, hasta que con su característica e inepta honradez responde " que no savia se huviesen dado otras órdenes que las correspondientes a la conservacion, y custodia de los Dominios del Rey". No hace falta ser un águila para deducir, como efectivamente lo hace Newcastle, que semejante contestación parece avalar en cierta medida la veracidad de los rumores que Torrenueva tan tajantemente desmiente.⁵⁹ No obstante Newcastle promete entregar pronto la respuesta al oficio de dos de octubre, que reclama Quadra; y Geraldino observa que a pesar de la preocupada presión ejercida por los interesados en Georgia, el gobierno inglés se muestra aparentemente indiferente al tema.⁶⁰

Sin embargo, Oglethorpe intenta y logra forzar la mano de Walpole, al remitir un falso informe sobre el desembarco de seiscientos soldados españoles en Florida y su posterior expulsión de la Georgia, que habían invadido. Pide que se le envíen tropas de Jamaica y que se le nombre a él comandante en jefe de la nueva colonia. Los esfuerzos de Geraldino por convencer a Walpole de la falsedad de los rumores sobre preparativos militares españoles, y del peligro que supondría ceder a las pretensiones de

Oglethorpe, no logran desvanecer las inquietudes del primer ministro inglés, quien confiesa estar dispuesto a acceder a las peticiones de Oglethorpe aunque ofrece entregar al embajador una copia de las instrucciones que le guiarían en el nuevo cargo. Así es que Geraldino decide echar mano de la consabida amenaza vaga de que "el Rey no podría mirar con indiferencia" semejante paso, pero esta expresión tampoco obtiene una respuesta favorable en su totalidad.⁶¹ A fines de junio Geraldino confirma su impresión de que el gobierno británico piensa admitir las propuestas de Oglethorpe.⁶² Empero para amortiguar el golpe en lo posible, Walpole asegura repetidamente que se reducirán y controlarán las facultades del nuevo comandante, quien deberá mantenerse en todo momento a la defensiva, sin emprender agresiones contra los españoles. Newcastle todavía no ha contestado al oficio de octubre de 1736, y Geraldino recela de las verdaderas intenciones inglesas.⁶³

Entretanto, la reacción en Madrid al desarrollo de la disputa sobre Georgia cristaliza ya, y se manifiesta clara y tajante en una carta de Torrenueva al embajador español en Londres, de quince de julio de 1737. Explica el ministro de Marina e Indias que hasta la fecha se había resistido Felipe V a creer las noticias sobre el establecimiento de la nueva colonia inglesa, pero que "Aora conoce no sin gran novedad, que sin resguardo, ni reflexion se procede a un Atentado, que tanto perjudica al derecho de SM.", pues indudablemente la creación de Georgia es una "manifiesta usurpación de terrenos, que son del Dominio de SM," habiéndose violado por tanto los tratados de 1670 y 1713. Geraldino deberá exponer al ministerio inglés esta interpretación de los hechos, y exigir el abandono total de la nueva colonia so pena de eficaces medidas españolas para recuperar ese territorio, por la fuerza si fuese necesario.⁶⁴

Como sabemos esas medidas ya se están preparando en La Habana, aunque todavía no ha llegado a Madrid la carta de Güemes de veintiocho de junio en que explica las grandes dificultades con que tropieza para cumplir sus órdenes. Es interesante comprobar cómo Torrenueva intenta justificar al gobierno español a posibles acusaciones de iniciar una guerra, dando a entender que las autoridades hispanoamericanas podrían proceder de propia iniciativa "en virtud de las Leies fundamentales de Indias, y de las Ordenes xenerales con que se hallan, para que impidan las extensiones de Yngleses, y de otra qualquiera Nación".⁶⁵ De este modo las noticias de preparativos militares en La Habana no necesariamente reflejan órdenes concretas de Madrid.

Los insuficientes medios de comunicación con el imperio determinan una insuficiente información sobre los acontecimientos americanos y las posibilidades de controlarlos, en la metrópoli. Incluso una vez recibidas en España, las noticias americanas son afectadas por la proverbial lentitud burocrática, por la necesidad de hacer consultas, y por la costumbre de explicar y justificar las decisiones gubernamentales mediante la enumeración de razones históricas, legales y morales. La decisión acerca de Georgia ha tardado en formularse, pero al fin el gobierno de Felipe V, armado con la verdad, ha enunciado su postura y sus intenciones. En realidad ha lanzado poco menos que un ultimatum, aunque se ha cuidado de no fijar un plazo para la retirada inglesa de los territorios usurpados.

Sin embargo estas instrucciones de Madrid no llegan a tiempo para impedir, o embarazar al menos, el nombramiento de Oglethorpe como comandante en jefe de las tropas y milicias de Carolina y Georgia.⁶⁶ Este paso será juzgado en Madrid como una prueba del disimulo del gobierno inglés, y asimismo de su apoyo a la nueva colonia.⁶⁷

Hasta ahora el ministerio británico se ha limitado a asegurar que no se piensa en usurpar territorios españoles, pero sin dudar de la legitimidad del dominio inglés sobre Georgia, y forzando a los españoles a demostrar lo contrario. Los años que han transcurrido desde la creación de la nueva colonia han perjudicado seriamente la posición española: primero porque no se protestó enérgicamente cuando se conocieron los términos de la patente, y segundo porque se permitió el asentamiento de colonos ingleses en tierras pertenecientes, al menos en teoría, a Florida. La defensa del límite nor-oriental del imperio español ha sido bastante menos que decidida, y los ingleses vienen practicando su política del hecho consumado, que no deja de ser eficaz aunque no se avale oficialmente. Aquellas tierras vecinas de sus propias colonias, apetecibles por muchas razones, estaban vacías y de hecho se podrían ocupar. En 1737 ya se han ocupado, y los ingleses empiezan a esforzarse en completar la obra buscando la justificación legal.

El ocho de agosto pasa Geraldino al oficio de protesta y advertencia ordenado por Torrenueva en julio. Esta revelación de la actitud española suscita inmediatamente los primeros intentos de Newcastle de justificar la existencia y extensión de Georgia, negando que se encuentre dentro de la jurisdicción española, y que la cuestión de los límites se había remitido por el tratado de Sevilla a discusión y resolución por comisarios.⁶⁸ La primera renoción de los demás ministros ingleses al oficio de ocho de

agosto parece ser cierta consternación, pero después de reflexionar "lo miran como puras amenazas", según palabras de Geraldino, "que piensan satisfacer con una respuesta paliativa & fin de ganar tiempo de poner la nueva colonia en estado de vigorosa defensa".⁶⁹ El embajador confiesa que su juicio puede ser errado; pero el tiempo ha de mostrar que está en lo cierto, como veremos. Preciso es recordar, no obstante, que con este juicio Geraldino no se apasiona ni tilda de traidor o de desleal a Walpole, sino que procura comprender las circunstancias políticas a que está sometido el primer ministro inglés. Así y todo aún cree Geraldino que es posible persuadir a los ingleses de la absoluta seriedad de las amenazas españolas, y en consecuencia sugiere que se explique la postura del gobierno de Madrid a Keene. También piensa Geraldino en aprovechar las noticias que le han llegado de que el gobernador de Jamaica dice no poder responder de la tranquilidad de la isla - cuyos negros son muy rebeldes - si se sustraen de su mando algunos de los seiscientos soldados de guarnición, para aumentar las fuerzas de Oglethorpe. En fin, el embajador español vislumbra un nuevo peligro en la rumoreada creación de una capitania general con jurisdicción militar sobre todas las colonias angloamericanas "para su mutua defensa, & por mejor decir extensión", por lo que urge poner todos los medios para atajar esta amenaza casi consumada contra la soberanía española.⁷⁰

Por el momento Walpole se limita a intentar quitarle importancia al nombramiento de Oglethorpe, y reprocha acertadamente al gobierno español que no se hubiese dicho antes que Georgia está en territorios de Su Majestad Católica. Sin embargo Geraldino le hace ver que su oficio de dos de octubre del año anterior lo explicó claramente, ante lo cual responde el ministro inglés "que lo que se hubiese hecho contra derecho se debía enmendar".⁷¹ Esta respuesta refleja limpiamente toda la postura de Walpole: se remediará lo que estuviese mal hecho o ilegal, pero habrá resistencia si el gobierno español pretende que los ingleses renuncien a lo que ellos consideran su derecho. El enfrentamiento girará pues en torno al tremendamente quebradizo concepto de derecho territorial que pueda tener cada uno.

Entretanto en Madrid se nota un cierto endurecimiento de la postura oficial, la cual se comunica sin ambages a Keene. Se acusa al gobierno británico de un "violento irregular proceder", advirtiéndole que "se halla S.M. en constante animo de repeler e impedir con todas las fuerzas y medios posibles en atentado que...es irrupción de todos los tratados...[y]

una violenta usurpación de territorios que directamente pertenecen a la dominación de S.M.⁷² Por otra parte se manda a Geraldino obtener una respuesta por escrito a su oficio, pues "aunque se queda en el supuesto de que contendrá la misma ineficacia que lo que antecederentemente han manifestado esos Ministros, podrá servir de motivo y justificación a cualquier providencia o procedimiento que se necesite aplicar".⁷³ Esto nos indica no sólo la determinación de defender los derechos españoles por la fuerza, sino como siempre una marcada preocupación respecto de la opinión y reacción de las demás potencias ante una iniciativa bélica española.

Empero la determinación del gobierno de Madrid está fundada más en principios que en posibilidades, y la diplomacia de amenazas poco veladas desconoce la realidad de las enormes dificultades con que tropieza el gobernador de La Habana para preparar el armamento contra Georgia, aunque quizás en el fondo se trata más bien de un temor de que esas dificultades se vuelvan invencibles con el paso del tiempo.⁷⁴

El duque de Newcastle explica con inusitada prontitud la respuesta inglesa al oficio del ocho de agosto. Mantiene que el tratado de 1670 no menciona específicamente los límites de Florida y Carolina, y sí reconoce la posesión inglesa de cuantas tierras tienen el rey y sus súbditos. Como la patente de Carolina, que concede los territorios hasta los veintinueve grados latitud norte, es anterior al tratado de Madrid de 1670, Newcastle opta por interpretar el "tienen y poseen" de dicho tratado en el sentido de tener concedido por patente real británica. Así es que rechaza las pretensiones españolas sobre Georgia, y declara la resolución de Jorge II de defender sus derechos de soberanía en América, pero sugiere que la frontera sea señalada por comisarios o que se negocie un tratado de límites.⁷⁵

En verdad que los argumentos ingleses plantean un auténtico problema interpretativo, pues aunque el indiscutible sentido del tratado de 1670 es el reconocimiento de las usurpaciones inglesas consumadas, la letra deja mucho que desear. Es de lamentar la falta de cuidado del ministerio español que ratificó el tratado sin comprobar su posible alcance estudiando las patentes de todas las colonias inglesas, y cotejando sus puntos de referencia con mapas españoles. Claro que es posible que la vaguedad del artículo 7º fuese intencionada por parte española, con el fin de disputar a Inglaterra sus derechos en años venideros. Si ésa era su idea, y

recíprocamente la de los ingleses, la trampa que tendieron empieza a cerrarse ahora, y ambas partes se van a coger los dedos.

Respecto de las acusaciones españolas de excesos y violencias cometidos por los ingleses de Georgia, responde Newcastle que no fueron ingleses sino indios quienes últimamente atacaron el fuerte español, matando a un soldado, para vengarse de la muerte de varios de los suyos a manos de españoles o sus aliados indios. Por otra parte achaca el Duque a iniciativa privada incontrolada ciertas actividades agresivas entre los indios de la provincia de Apalache, y asegura que el nuevo reglamento prohíbe que pase nadie a las fronteras de Georgia sin permiso del gobernador.⁷⁶ Desde luego que el factor indio en las zonas fronterizas es de gran peso en las relaciones entre potencias europeas rivales. Todas ellas manipulan en mayor o menor medida el belicismo de las diferentes tribus - pero no siempre -, y si desmienten su responsabilidad por las agresiones indias, en un verdadero problema detectar la mentira.⁷⁷

El oficio de Newcastle prosigue, contradiciendo la acusación española sobre el fuerte recientemente vuelto a construir por los ingleses en territorios de Florida. Afirma que no habían abandonado ese lugar, en una ocasión anterior, a requerimiento del gobierno español y en reconocimiento de la soberanía española en aquel territorio (como afirma Geraldino), sino a causa de la insalubridad del sitio. Asimismo mantiene que los fuertes ingleses erigidos en las provincias de Uchises y Talapuzes son legítimos, pues considera que están dentro de los dominios ingleses.⁷⁸ Este punto revela un claro enfrentamiento de pareceres. No se trata ya de dudas o de posibilidades, sino de dos posturas completamente incompatibles sobre los límites concretos de los dominios de unos y otros. El tema de la localización y jurisdicción de los fuertes no hace sino concretar la diversa interpretación teórica del tratado de 1670.

Finalmente expone el Duque que Oglethorpe no ha dado justos motivos de queja, y por tanto no se le puede separar del cargo otorgado, ni dudar de la facultad de los reyes de emplear a las personas que juzguen más a propósito.⁷⁹ Sin embargo al mismo tiempo Walpole se permite insinuar a Geraldino que por ahora al menos no pasará Oglethorpe a las colonias angloamericanas con su nuevo cargo militar.⁸⁰

Con este cúmulo de negociaciones de las acusaciones españolas, y la oferta de negociar un acuerdo, los ingleses evidentemente esperan apaciar

guar la indignación del gobierno de Felipe V, y ganar, cuando menos, tiempo, si no un ventajoso convenio negociado. Su ironía se resalta precisamente por estas fechas en relación con el proyectado establecimiento ruso en América,⁸¹ que mueve a Jorge II a declarar que " en caso que se intentase alguna cosa contra los Dominios del Rey [español] en la America no faltaría S.M.B. a cumplir con los empeños que tiene contraídos por Tratados".⁸² Es decir con su obligación de impedir usurpaciones de territorios hispanoamericanos. Las estudiadas respuestas inglesas pues, no se hacen eco de las tajantes advertencias españolas. Se observa un deliberado esfuerzo formal por mantener los intercambios amigables y sin estridencias.

En octubre llegan a Londres nuevos rumores sobre el desembarco de tropas españolas en La Habana,⁸³ y a los pocos días se renuevan las voces de que Oglethorpe va a pasar a Georgia al mando de seiscientos soldados procedentes de Irlanda y Jamaica.⁸⁴ Newcastle confirma esta noticia, pero Walpole asegura que tardarán mucho en formar ese regimiento y que no acelerarán las órdenes pertinentes.⁸⁵

Mientras tanto las ponderadas ruedas de la administración española giran lentamente. En carta al rey, de once de octubre, el marqués de Torrenueva expone que en vista de las dificultades para armar la expedición contra Georgia, de que avisa Gñomes, se podría suspender todo proyecto de agresión por el momento y estudiar las posibilidades de negociar un acuerdo sobre límites. No se perdería nada porque las tropas enviadas desde España servirían para reforzar los presidios de San Agustín y San Marcos de Apalache e impedir nuevas expansiones de los ingleses. Pero semejante cambio de rumbo requiere una consulta sobre los argumentos a sostener por España en la posible negociación, de modo que el día dieciseis de octubre Torrenueva ordena al conde de Montijo examinar con otros ministros escogidos, y en secreto, el expediente que se ha formado sobre Georgia. Así lo hace Montijo, quien ofrece sus deliberaciones y dictamen final por escrito el día nueve de noviembre.⁸⁶

Expone Montijo que la posesión española de la Florida se basa en el derecho de descubrimiento de esos territorios por Juan Ponce de León,⁸⁷ y por tanto cualquier derecho inglés sobre estas tierras depende de la cesión que haya podido hacer el rey español. Para entender este aserto plenamente es preciso recordar que durante larguísimo tiempo se conocía con

el nombre de Florida todos los territorios del actual sudeste de los Estados Unidos, si bien sus límites eran poco definidos. También se debe tener en cuenta, aunque Montijo no lo menciona, que la exploración de Ponce de León hasta los 30° latitud norte aproximadamente, fue ampliada más tarde por Lucas Vázquez de Ayllón (1526), Hernando de Soto (1539-42) y otros,⁸⁸ englobándose bajo el nombre de Florida todo ese territorio. Sin embargo a los ingleses no se les reconoce el derecho de descubrimiento de la tierra firme de Norte América, realizado por Juan Caboto en 1497 y 1498, ni por tanto la posesión inglesa de las costas recorridas por él.⁸⁹

En efecto, Montijo hace depender todo el derecho inglés a sus posesiones en América, del tratado de Madrid de 1670, por el cual se cede a los ingleses todas las tierras que "al presente tienen, y poseen".⁹⁰ Pero para Montijo esta frase significa que la cesión - y por tanto el derecho - abarca solamente aquellas tierras realmente ocupadas por ingleses al firmarse el tratado. Por eso recuerda la real cédula de veinte de junio de 1671 a Manuel de Cendoya, la de veintitres de enero de 1675 a Pablo de Itta Salazar, y la de catorce de agosto de 1688 a Diego de Quiroga y Losada,⁹¹ gobernadores de San Agustín los tres, en las cuales se habla de expulsar a los ingleses de Santa Elena y Santa Catalina, que estaban intentando ocupar. Asimismo Montijo acusa a los ingleses de llamar a la nueva colonia Carolina del Sur, y de duplicar los nombres de lugares para confundir la verdad. Con todo ello quiere Montijo mostrar que los ingleses no ocupaban estos lugares antes de 1670, por lo que no pudieron ser incluidos en el tratado, ni se dejó de hostilizarles por parte española cuando quisieron ocupar después aun más dominios españoles.

Tampoco puede entenderse que el artículo 8º del tratado de Utrecht, al referirse a la inviolabilidad de los dominios españoles de tiempos de Carlos II, pueda legitimar por sí solo las usurpaciones territoriales realizadas al margen de los tratados. Y eso sin tener en cuenta que muchas usurpaciones inglesas de territorios pertenecientes a Florida se han efectuado después de 1700, llegando a decir incluso Oglethorpe al gobernador de San Agustín en 1735 que llevaba orden de su soberano para poblar todo el territorio que encontrase vacío en aquellas partes.

En vista de ello Montijo concuerda con la opinión expresada anteriormente por Geraldino, de que habiendo dado España muestras de una paciencia insuperable, los ingleses no han hecho sino aprovecharse para aumen-

tar y reforzar sus nuevos establecimientos americanos. Por lo tanto considera plenamente justificada la decisión tomada en su día de ordenar la preparación de una expedición militar para desalojar a los ingleses de Georgia.

Ahora sin embargo Montijo duda de la conveniencia de intentar la expulsión inglesa por la fuerza. Sus razones son todas de peso. Hay que evitar un fracaso, una derrota. San Agustín y San Marcos de Apalache necesitan reparaciones en sus fortificaciones y siendo como son "precisa retirada (a necesitarla) unico antemural y llave de los bastos Dominios de V.M. en aquellas Regiones", no se puede correr el riesgo de perderlos. La superioridad y aumento de las fuerzas inglesas contrastan con los problemas de mando y de recursos que afectan las españolas. Por otra parte todavía cabe pensar en la negociación de un acuerdo favorable, propuesta por los ingleses, sobre todo en vista de que las nuevas poblaciones inglesas en Florida "no tienen ni sombra de tratado anterior, que se las justifique".⁷³ En más, Montijo cree que el gobierno inglés rehuirá una aclaración de la más justa y exacta interpretación del tratado de 1670, porque sería demasiado favorable a España. Esta apreciación resulta excesivamente ingenua, pues supone que la diplomacia es sólo un ejercicio racional, un juego vinculante de lógica, moral y verdad, desconociendo las legítimas y las maliciosas diferencias de opinión, los recursos económicos y militares, y en fin la voluntad expansionista inglesa.

De todos modos aconseja Montijo el envío de nuevas órdenes a Gúemes para que suspenda la expedición contra Georgia, aunque prosiguiendo con la preparación del armamento en secreto, y que haga inexpugnables los presidios de San Agustín y San Marcos de Apalache. También recomienda el envío a Florida de doscientas familias gallegas para poblar, cultivar y defenderla.⁷⁴ Es decir, pretende emular en un día las actividades colonizadoras inglesas, posponer el enfrentamiento armado, y adoptar una postura más bien defensiva, mientras se intenta negociar una solución.

Dichas negociaciones tendrían lugar en Madrid, y durarían un máximo de seis meses, pero las condiciones españolas serían que no se ocuparan los territorios en litigio, y que se demolieran los nueve fuertes ingleses construidos desde 1700, "por ser su reciente novedad ajena de toda racional disputa",⁷⁵ y en prueba de la buena fe inglesa. A estos efectos redacta Torrenueva una carta instructiva a Geraldino el veintiocho de noviembre

de 1737.⁹⁶

En enero de 1738 Geraldino avisa que tanto Newcastle como Walpole parecen dispuestos a intentar resolver el conflicto de Georgia por la vía diplomática, nombrando comisarios para ajustar los límites. Sin embargo no descuidan (o al menos no obstaculizan) el fortalecimiento militar de la nueva colonia, pues se acaban de enviar trescientos hombres allí mientras que Oglethorpe sigue reclutando en Inglaterra otros trescientos para completar su regimiento.⁹⁷

Geraldino, que vive muy de cerca la situación del gobierno inglés y no teme seguir sus propios criterios en bien del objetivo ulterior, decide no acatar las recientes órdenes de Torrenueva en su integridad, porque cree que será más prudente exponer los diferentes puntos por separado.⁹⁸ Es decir, que alberga ciertas dudas sobre la reacción inglesa a las condiciones impuestas por España para la negociación.

Es natural que tema una reacción negativa que fruste el intento de negociar, porque en lugar de un statu quo España parece querer imponer a priori su propio punto de vista sobre los límites a ajustar. Bien es verdad que el conflicto ha surgido precisamente a raíz de lo que España considera usurpación inglesa de sus dominios, pero por su parte Inglaterra considera (más o menos sinceramente) que está obrando dentro de la legalidad. Por lo tanto, si para el gobierno español la más adecuada reacción ante las usurpaciones violentas había sido la expulsión por la fuerza en legítima defensa del territorio nacional, y sólo se podrá admitir la negociación mediante una contundente prueba de buena fe inglesa; pero para el gobierno de Walpole la aceptación de las condiciones españolas les expondría a acusaciones de reconocer la debilidad de las pretensiones inglesas sobre territorios ocupados.

Así es que Geraldino intenta avanzar punto por punto, y obtener en primer lugar la equiescencia inglesa al nombramiento de comisarios. Newcastle afirma de hecho que está autorizado para ello, y sugiere que bien podría servir Keene como comisario inglés. Esta sugerencia hace pensar a Geraldino que, una vez instruido Keene, será más fácil y rápido tratar de los demás puntos en Madrid, por lo que se confirma en su decisión de no tocarlos él aún. Los ingleses empero dan a entender que no podrán empezar las negociaciones con gran rapidez porque necesitan tiempo para

preparar los documentos e instrucciones pertinentes.⁹⁹ Evidentemente el ministerio inglés piensa, como el español, que el tiempo obra a favor de la consolidación de Georgia, y en consecuencia adopta una táctica dilatoria.

Entretanto los pequeños roces fronterizos continúan en América, sin suscitar grandes preocupaciones. En enero llega una embarcación española de San Agustín a Gualouini (Jekyl) para entregar cartas de protesta por el ataque de unos indios aliados de los ingleses contra otros indios amigos de España, en el cual se mataron a varios y se secuestraron a algunas mujeres. No obstante, el gobernador español asegura que desea vivir en paz y amistad con sus vecinos ingleses. Las respuestas inglesas se hacen eco de estos deseos, pero como es lógico no pueden ofrecer reparaciones ni soluciones eficaces.¹⁰⁰

Cuando a fines de febrero de 1738 Geraldino le insinúa a Walpole que es sospechosa de premeditada la tardanza en formar y remitir a Keene las instrucciones y comisión sobre Georgia, el ministro inglés lo niega e insiste que quiere llegar a un acuerdo amistoso. Por su parte promete Newcastle que se enviarán las instrucciones la semana siguiente, pero al mismo tiempo manifiesta inquietud y curiosidad respecto de los rumores sobre armamentos en La Habana.¹⁰¹

En efecto mientras van llegando - y a veces exagerándose - los rumores sobre armamentos españoles, se completan las medidas "defensivas" inglesas al votar el Parlamento la suma de trece mil libras para mantener las seiscientas tropas de Oglethorpe en Georgia. Es decir que ambos lados van reforzando su mano, y vigilando el progreso de los preparativos del otro, a la vez que hablan vagamente de una solución negociada. En esta situación transcurren los días hasta que a mediados de marzo el Duque vuelve a decir que todavía no puede remitir las instrucciones de

¹⁰² Keene. Preciso es señalar que en estos momentos el conflicto sobre navegación y presas está al rojo vivo, creando una tensión absorbente en grado sumo, lo cual nos puede ayudar a comprender al menos la "tibieza" inglesa en facilitar un acuerdo sobre Georgia. Esta es la razón a la que alude Newcastle cuando justifica su tardanza por "la concurrencia de ocupaciones" y los "negocios urgentes", al mismo tiempo que asegura es-

tar trabajando en las instrucciones todavía a finales de mes.¹⁰³

En Madrid el disgusto es mayúsculo. Por un lado su embajador en Londres no cumple con sus instrucciones, desvirtuando el verdadero sentido de la postura española, y por otro lado los ingleses no sólo difieren indefinidamente el envío a Keene de la comisión sobre Georgia, sino que siguen reforzando su posición con hombres - militares y colonos - y dinero. Así es que el quince de marzo entrega Quadra a Keene una copia de la orden cursada a Geraldino, de veintitres de noviembre pasado, con el fin de dejar clara constancia de las condiciones españolas para admitir las negociaciones sobre Georgia, y censurando a la vez la iniciativa de Geraldino en silenciarlas. Seguidamente se escribe una muy severa reprimenda al propio embajador, con una nueva y tajante orden de pasar el oficio completo confesando su culpa y haciendo ver que el ministerio español no negociará sobre límites mientras no se evacúen los fuertes construidos recientemente en territorios de Florida, cuya precisión es "el Alma" de la respuesta española al oficio de Newcastle de dos de septiembre de 1737.¹⁰⁴

Cuando Geraldino pasa a comunicar estas órdenes, primero a Horacio Walpole y el día siguiente, siete de abril, a su hermano, recibe la inmediata respuesta de que "el Rey Británico no podría consentir en la previa demolición de los fuertes, pues esto debía ser el efecto de la desesión de los límites, y que practicado antes eran inútiles las conferencias entre los Comisarios",¹⁰⁵ respuesta que sin duda había previsto Geraldino. La discusión consiguiente aclara perfectamente la postura de cada uno. Geraldino insiste que los fuertes representan una violación de los tratados subsistentes entre las dos Coronas, pero Walpole cree al contrario que los territorios reclamados por España están dentro de los límites de la Carolina, reconocida por aquellos mismos tratados. Es fácil ver una vez más que la solución de esta diferencia de interpretaciones va a ser un problema enormemente arduo, haciendo aflorar y gravitar sobre los intercambios todas las formas del poder y de la intimidación hasta contribuir al fin a la ruptura.

De momento Newcastle ofrece dar una respuesta formal dentro de un breve plazo,¹⁰⁶ y efectivamente esta vez cumple con su palabra. Previsiblemente la oferta inglesa, de veintidos de abril, es de mantener el statu quo territorial sin construir nuevos fuertes ni pueblos, mientras duren

215
las negociaciones.¹⁰⁷ También aprovecha el Duque esta ocasión para adelantar los argumentos ingleses sobre sus derechos, que hace arrancar de los tratados de 1667 y 1670, los cuales anulan los anteriores derechos de descubrimiento, según él.¹⁰⁸

Insisten también los ingleses en sus expresiones de inquietud - sinceras o estudiadas - acerca de los armamentos de L. Habana, de los cuales reciben continuas y un tanto exageradas noticias. En una ocasión de éstas aprovecha Geraldino para dejar perfectamente sentada la postura española, diciendo que "aun cuando hubiese algunas prevenziones se devian atribuir a una prudente precaucion interin que terminava la negociacion que está pendiente por la importancia de aquel territorio que no podia el Rey desamparar sin exponer al mayor peligro la seguridad de la navegacion de sus Dominios en la America".¹⁰⁹

La reacción del ministerio español a la oferta inglesa de negociar los límites de Florida manteniendo un statu quo es difícil de enjuiciar. La preferencia por una solución pacífica determina una respuesta afirmativa, pero no se puede medir hasta qué punto esta flexibilidad viene conscientemente impuesta por la impotencia para mantener las condiciones iniciales, o incluso si esas condiciones se habían puesto por si acaso "colaban", y en cualquier caso dar una muestra de buena fe al retirarlos.¹¹⁰ De todas maneras, pese al hondo sentimiento de injusticia y el reciente belicismo prevalentes entre los dirigentes españoles, en la respuesta se evidencian un moderado pacifismo y cierta flexibilidad diplomática; bien que se puntualiza secamente que el gobierno español se aviene a negociar bajo el statu quo "no obstante lo ageno que es de toda legal disputa el que se demuelan previamente todos los fuertes establecidos en este siglo en la nueva Georgia".¹¹¹ Por otra parte no se fija ningún plazo para el nombramiento de comisarios, ni se apremia la elaboración de instrucciones, de modo que en realidad no se ha avanzado nada hacia la solución del problema de límites. Puede que semejante situación de conformidad preliminar inconclusa convenia a ambos gobiernos, puesto que por estas fechas está polarizado la mayor parte de su atención el ajuste sobre presas.

Avisa Geraldino el veintinueve de mayo que Oglethorpe está a punto de salir para Georgia, y que los ministros ingleses aseguran que su nuevo cargo le coloca bajo la obediencia derecha del gobierno, por lo que se supone que no dará más motivos de queja a España pues sus órdenes "le

cuartan los Proyectos que antes maquinava".¹¹² Lleva con él los trescientos nuevos reclutas para completar su regimiento,¹¹³ lo cual no parece muy conforme al espíritu que debería presidir un acuerdo de statu quo, a pesar de que el regimiento de Oglethorpe se viene gestionando hace tiempo. En todo caso no es un caso oportuno si se quiere y confía en negociar leal y amigablemente unos límites entre Florida y Georgia. De hecho las actividades propagandísticas antiespañolas de Oglethorpe se revelan de vez en cuando, poniendo de manifiesto su estado de ánimo. Un ejemplo ilustrativo puede ser que mientras espera vientos favorables en Portsmouth, Oglethorpe escribe el día doce de junio al Almirantazgo afirmando tener noticias de haber sido apresado por los españoles el navío que llevaba sus 352 soldados de Gibraltar a Carolina, cuando navegaba sobre las Azores. Nadie le cree porque el simple recuento del tiempo evidencia la imposibilidad de tener aún semejante noticia en Portsmouth si el hecho ha ocurrido como dice.¹¹⁴

El día dos de julio el duque de Newcastle contesta formalmente al oficio español conviniendo en la negociación por comisarios de los límites entre Carolina y Florida, y prometiendo despachar la comisión sin dilaciones. Se nombrarán a Koene y a Stert.¹¹⁵ Sin embargo en seguida surgen las complicaciones, porque el ministerio inglés decide no formalizar el nombramiento de Stert - ni mucho menos darle instrucciones - hasta que España acepte el Plan de Stert sobre presas. Además se le insinúa a Geraldino que se le darían a Stert los más amplios poderes para arreglar la cuestión de límites a satisfacción del gobierno español, para facilitar un ajuste rápido y permitir el pronto regreso de Stert a Londres, donde su presencia se juzga absolutamente necesaria para distribuir la indemnización a pagar por España entre los diferentes comerciantes y armadores interesados.¹¹⁶ Esta insinuación no deja de ser bastante pueril además de vaga, primero porque ningún diplomático experimentado se dejaría impresionar por una promesa o esperanza tan inconcreta, y segundo porque ningún hombre es tan indispensable como para apresurar, y quizás arriesgar, los negocios de Estado, por la única razón de desear su intervención en dos asuntos distintos. Como quien hace la insinuación es el propio Stert, es dable suponer que, además de no tener ninguna fuerza oficial, se trata de una elucubración personal sobre su propia valía o,

en el peor de los casos, una crasa sobreestimación de la credulidad española, al ofrecer un fantasma a cambio de un satisfactorio ajuste de presas.

Entretanto se ha ido vislumbrando un cierto distanciamiento entre el ministerio inglés y Oglethorpe. Este permanece todavía en Portsmouth porque no dispone de marinería suficiente para tripular sus navíos; primero porque el contraalmirante Haddock se ha llevado al Mediterráneo la marinería que tenía Oglethorpe, y después porque se ha decretado una leva de marineros para los tres navíos que deberán convoyar los transportes para Gibraltar y Mahón, y para los diez navíos destinados a América. Geraldino explica que es creencia de los bien informados que el gobierno inglés se ha servido de este medio de detener a Oglethorpe, cuya partida se impedirá hasta ver en qué quedan las diversas negociaciones pendientes con España.¹¹⁷ Sin embargo Oglethorpe logra reclutar unas tripulaciones en Irlanda y zarpa el once de julio.¹¹⁸

La contrapropuesta española al Plan Stert incluye como una de sus condiciones que se negocien por plenipotenciarios todos los puntos conflictivos entre las dos potencias, incluyendo la cuestión de límites, y que se resuelvan dentro del plazo de ocho meses, durante el cual no se aumentarán fortificaciones ni se ocuparán nuevos territorios, según la oferta inglesa de veintidos de abril.¹¹⁹ Esta propuesta de negociar un ajuste general de hecho paraliza la solución del problema de límites mientras la Compañía del Mar del Sur obstaculiza la conclusión del ajuste, negándose a pagar la suma asignada.

Durante las tensas negociaciones que siguen, a pesar de que el tema de límites apenas se debate, Arturo Stert vuelve a la carga con su ilusoria promesa, especificando esta vez que llevará "amplios poderes para convenir en la evacuación de los territorios que llaman la Georgia que pertenecen a la Provincia de la Florida", una vez que esté concluido el ajuste sobre presas y con la Compañía.¹²⁰ Parece verosímil que el gobierno británico pretende que queden resueltos los conflictos sobre presas y con la Compañía, antes del conflicto territorial, mientras que por el contrario el gobierno español quiere resolver la cuestión de Georgia antes de concluir nada más.¹²¹ Por otra parte esto es bastante lógico pues refleja las relativas debilidades y fuerzas de ambos gobiernos, queriendo cada uno resolver en primer lugar el conflicto en que se siente más

debil, al mismo tiempo que se relegue al ventajoso segundo lugar el negocio en que se siente más seguro.¹²² De cualquier modo, a la hora de escoger los plenipotenciarios ingleses Stert es olvidado y suena el nombre de Abraham Castres, amigo de Keene y cónsul general inglés en Madrid.¹²³

En la convención preliminar firmada en Londres el nueve de septiembre el conflicto sobre Georgia queda incluido de acuerdo con los términos de la oferta inglesa de veintidos de abril,¹²⁴ e igualmente la Convención del Pardo de enero de 1739 remite definitivamente el problema de límites a los plenipotenciarios, debiéndose mantener el statu quo territorial y militar hasta su resolución.¹²⁵

Con vistas a las conferencias a celebrar en virtud de la Convención del Pardo, Quadra comunicó a Montijo ya el primero de noviembre de 1738 la real orden de formar otra junta de ministros para examinar los expedientes y preparar los argumentos en defensa de los derechos españoles. Redactan informes completos por escrito el marqués de la Regalía (30 noviembre 1738), José de Laisequilla (4 diciembre 1738), José de la Quintana (5 diciembre 1738) y Andrés González de Barcia (21 febrero 1739), a partir de los cuales elabora el conde de Montijo un resumen¹²⁶ fechado en veinte de marzo de 1739. Estos papeles explican lo fundamental de la postura española durante las conferencias de Madrid hasta las declaraciones de guerra. Todos los ministros coinciden en que la raíz del conflicto está en el tratado de América de 1670, artículo 7º, que reconoce la soberanía inglesa sobre los territorios americanos que "el Rey de la Gran Bretaña, y sus súbditos al presente tienen, y poseen". Sin embargo el tratado no define ni nombra los territorios a que se refiere, y su interpretación forzosamente ha de girar en torno a aquella frase "tienen, y poseen". Los ingleses optan por fundamentar sus derechos en el tratado de 1670, pues aunque siempre discutieron la autoridad del papa Alejandro VI para disponer de la soberanía en toda América, un tratado aceptado por todos ofrece un punto de partida más sólido para cualquier conflicto internacional.

Ahora bien Quintana propone que, como no se puede poner en duda la original y plena soberanía española en América en virtud de derecho de descubrimiento y exploración, corresponde a los ingleses el deber de probar con "documentos legítimos" su adquisición o posesión en o antes de 1670, de todos los territorios que reclaman ahora. Está claro que

sería muy difícil, por no decir imposible, producir pruebas documenta- 219
das a gusto del gobierno español sobre este particular, y semejante plan-
teamiento no deja de resultar un tanto ingenuo en vista de las circuns-
tancias actuales.

Por su parte el marqués de la Regalía disiente de Quintana respec-
to de a quién corresponde señalar y probar los derechos territoriales.
Afirma que es España quien alza su voz para discutir la legitimidad de
los establecimientos ingleses; pero esos establecimientos existen de he-
cho y el gobierno inglés insiste que tiene derechos sobre ellos porque
los abarca el tratado de 1670. En definitiva los ingleses niegan la ver-
dad de las acusaciones españolas y por lo tanto recae en el gobierno es-
pañol probar que los ingleses se han excedido y deben enmendar. Según
Regalía ésta es la opinión de los letrados españoles, y culpa la negli-
gencia del ministerio de 1670 por dejar tan lamentable legado a las gene-
raciones posteriores. Reconoce llanamente la responsabilidad española y
comprende que el fruto es una situación de fuerza en la cual España tie-
ne hipotecados - o al menos discutibles - sus derechos legales. Pero la
de Regalía es una voz solitaria y prevalecerán en todo momento las opi-
niones de los demás ministros, y señaladamente, de Quintana.

Según estos ministros de la Junta de Georgia, la expansión de Caroli-
na hacia el interior y hacia el sur constituye una violación del trata-
do de 1670, llamando la atención González Barcia sobre el nombre de Ca-
rolina del Sur, que para él es un engaño pues siendo en realidad te-
rreno de más reciente e ilegal ocupación, se trata de fingir que todo
perteneció a la Carolina original reconocida por España en 1670. Eso mis-
mo piensa Regalía, quien aclara que en aquel año España ocupaba hasta
la isla de Santa Elena, sobre los 32°, 50' grados latitud norte, llegan-
do el territorio ocupado de hecho por los ingleses hasta Charles Town,
fundado entonces mismo. No obstante los ingleses arguyen ahora que los
límites de Carolina según la patente de concesión del año 1665 están en
los 36° 30' grados por el norte y 29° grados por el sur. Regalía señala
los obvios fallos de esta pretensión pues significaría que San Agustín
quedaba dentro del territorio carolino, y además los ministros españoles
han pasado muchos oficios de protesta y advertencias sobre la expansión
inglesa al norte de San Agustín, sin suscitar jamás una duda oficial so-
bre sus derechos ni un rechazo de sus supuestos básicos. El hecho de que
España reconociera ciertos hechos consumados en 1670, no quita de que
fueron consumados sin derecho y por la fuerza, y por supuesto que no

920
puede extenderse ese reconocimiento a aquellos atentados contra la soberanía española que todavía en 1670 no se habían consumado. El rey británico concedió a sus súbditos unos territorios sobre los cuales él no tenía ninguna autoridad, y el tratado de 1670 no reconoció esa autoridad ni los derechos que podían emanar de ella, ni las usurpaciones teóricas, sino sólo las usurpaciones efectivas en ese año. Así lo dice González Barcia, afirmando que los supuestos derechos basados en la patente de Carolina de 1665 van contra el tratado "que solo tubo atención con la tierra y de ella debe entenderse hasta el límite de lo que tenían los Ingleses en su posesión". También se opone Barcia a las referencias a tantos grados de latitud para señalar los límites, porque sólo delimitan por el norte y el sur, dejando todo el interior hasta el Pacífico sin topes para la expansión inglesa. Por esta razón es partidario de señalar por sus nombres, y con referencias inequívocas a la topografía, todos los límites de las posesiones extranjeras en América. Es una idea moderna que refleja claramente cómo se ha superado la etapa de exploraciones costeras, y cómo el continente americano se empequeñece por instantes. El marqués de la Regalía lleva la idea hasta sus lógicas implicaciones prácticas, recomendando que la fijación de los límites de Georgia se haga por comisarios sobre el terreno y dándoles un amplio plazo de dos años para llevarlo a cabo.

Por si no fuera bastante problema la aclaración de las conflictivas interpretaciones del tratado de 1670, se plantea también la duda de si sólo se puede hablar con propiedad de usurpaciones inglesas desde 1700. Surge de los términos del tratado de Utrecht, pues el artículo 8º garantiza los "límites antiguos" del Imperio español "como estaban en tiempo del referido Rey Catholico Carlos 2º", obligándose la Corona inglesa a ayudar en la recuperación de los territorios españoles si hubiesen sufrido usurpaciones "después de la muerte del dicho Rey Catholico Carlos 2º". Acogiéndose a esta última frase los ingleses podrían pretender retener los territorios ocupados hasta 1700. Regalía repara en la contradicción entre estas expresiones, pero no es preciso redundar en ello porque el propio duque de Newcastle interpretó en su carta de once de abril de 1738 que los ingleses entienden por "límites antiguos" los marcados en virtud de los tratados de 1667 y 1670. Por lo tanto renuncian a justificar sus pretensiones territoriales a base del tratado de Utrecht - que plausiblemente les podría ofrecer un fundamento legal para

sus establecimientos plantados entre 1670 y 1700 - acogiéndose a su propia interpretación del tratado de 1670.

Los cinco ministros españoles coinciden en que los ingleses han usurpado territorios floridianos desde 1670, y se les debe obligar a evacuar sus más recientes establecimientos restituyéndolos a España. Ahora bien se aprecian posturas muy alejadas entre sí respecto del alcance de las exigencias españolas. Por un lado Quintana entiende que la violación del tratado de 1670 por los ingleses ha invalidado las concesiones efectuadas en él. Consiguientemente España no tiene porqué respetar un tratado que no le reporta ningún beneficio, pudiendo reclamar incluso aquellos territorios concedidos a Inglaterra en ese año. Por otro lado Regalía reconoce la debilidad de la posición española. Pese a tener la razón, el gobierno no podrá probarlo pues si se nombran las posesiones de unos y otros, ni se adjuntó mapa alguno a los tratados para ilustrarlos, ni existe otro tipo de prueba documental irrefutable que apoye la postura española. Eso en el plano teórico o legal: porque en el plano práctico existen de hecho unos muy reales establecimientos angloamericanos, que no obedecen tanto a la justicia y los razonamientos como a la fuerza. Por lo tanto el marqués de la Regalía adopta una actitud muy objetiva y realista, recomendando que la mejor esperanza española está en remitir la fijación de unos límites bien definidos a una comisión que deberá trabajar sobre el propio terreno. En esta misma vena sugiere que, pese a la evidente usurpación territorial desde 1670, se podría reducir las exigencias de evacuación a los territorios ocupados desde 1700 o 1713, como especial condescendencia pacifista de Felipe V y con el fin de facilitar un acuerdo.

El hecho de que Quadra prefiera indiscriminadamente para todos los puntos el informe y las sugerencias de Quintana revela una mentalidad justamente reivindicadora pero excesivamente legalista y utópica, pues el consejo de Regalía quizás lograría resultados más positivos: unos límites bien definidos y defendibles capaces tal vez de frenar la expansión inglesa por el sur. Pero esa seguridad exige un sacrificio y evidentemente a Quadra le parece muy alto el precio. No tiene la agilidad mental para ajustarse a las exigencias históricas, mirando la realidad de frente e intentando forjar un compromiso capaz de detener el deslizamiento hacia una guerra. No piensa ni un momento en ceder un poco de su razón a cambio de un poco de fuerza y estabilidad para el futuro, sino

que se obseca en defender a ultranza la justicia de las pretenciones españolas.

Antes de iniciar las conferencias de Madrid se ocupan los ministros ingleses y españoles de hacer efectivo el artículo 2º de la Convención del Pardo referente al statu quo en Florida y Carolina hasta que se llegue a una determinación sobre sus límites, instando a que se expidan órdenes a las autoridades americanas. ¹²⁷ Empero la mutua desconfianza entorpece este paso previo y todavía en quince de mayo se quejan los españoles de que no se han mandado las órdenes pertinentes a Carolina y Georgia. ¹²⁸

Se acaba de descubrir una conspiración entre las tropas de Georgia contra Oglethorpe, y a pesar de lograr apresar a los cabecillas subsiste el peligro de una sublevación general en la colonia que evidentemente la debilitaría frente a cualquier acción española. ¹²⁹ El gobierno inglés no se muestra inquieto, a pesar de que la opinión popular especula sobre la próxima ruina de Georgia. ¹³⁰ De hecho el Parlamento vota un crédito de 20.000 libras para el mantenimiento de la colonia, ante lo cual Geraldino se ve precisado a manifestar su extrañeza, llegando incluso en el calor de la discusión a advertir a Walpole "que si esperaba que el Rey sediese á la Inglaterra un pié de tierra en aquel parage se engañava tanto como la experiencia se lo haria ver". ¹³¹ Walpole procura mantener la calma insistiendo en la buena fe inglesa respecto de la fijación de límites por negociación.

El día primero de mayo se celebra en Londres el Consejo Privado del rey Jorge II para tratar de las instrucciones que deberán enviar a Keene para la cuestión de límites entre Florida y Carolina. Empero la ausencia de Walpole por razones de salud impide la adopción de alguna determinación durante dos semanas. ¹³² El día quince se reúne de nuevo el Consejo con la asistencia de Walpole, logrando esta vez formar unas instrucciones. Geraldino consigue enterarse de que el gobierno inglés ha decidido defender la posesión de Georgia de acuerdo con los límites expresados en la patente de 1732. ¹³³ Es decir que mantendrá el límite meridional en el río Altamaha, renunciando a sus pretensiones hasta los 29 grados latitud norte bandados en la patente de 1665. ¹³⁴ Pose a la aparente moderación de tal propuesta, la verdad es que los derechos ingleses

sobre el territorio de Georgia también arrancan originalmente de esa patente de 1665, pues tanto la patente fundacional de Georgia (1732) como la ocupación de la colonia son hechos muy recientes. En realidad lo que pretenden los ingleses es la legitimación de su ocupación de Georgia.

Desde el punto de vista legal y moral español es una pretensión indignante, y por supuesto ni se toma en consideración en las deliberaciones de la Junta de Georgia. Sin embargo ofrece muchas sólidas ventajas, mientras que el rechazarlo no sólo carece de ventajas prácticas, sino que prepara el camino para iguales conflictos en el futuro; pues si el origen de sus derechos sobre Georgia son, según los ingleses, la patente de 1665 y el tratado de 1670, y ahora no se resuelve el conflicto fronterizo - bien por la fuerza, bien mediante negociación - los mismos argumentos de ahora servirán para justificar el expansionismo inglés hasta los 29 grados de latitud norte. España mantiene que el límite meridional inglés está sobre los 32° 50' pero de hecho ha llegado Oglethorpe a fortificar hasta el río de San Juan - frontera provisional de su acuerdo con Del Moral - de manera que no sería logro despreciable para España fijar la frontera definitivamente en el río Altamaha, lo cual aseguraría más que suficiente protección a San Agustín y dejaría bajo control español las rutas terrestres desde el Atlántico hasta San Marcos de Apalache y el seno mejicano.

Pero aparte de la consideración de la extensión de territorio que se va a ganar o ceder, el principal interés de un acuerdo de este tipo está en la definitiva fijación de una frontera inequívoca entre los dominios ingleses y españoles. Sin embargo, y a pesar de las recomendaciones de Antonio de Arredondo y del marqués de la Regalía, el gobierno español no parece dispuesto a hacerse eco del enfoque práctico del plan inglés.

A fines de mayo se plantea el primer problema serio para el comienzo de las conferencias. Los plenipotenciarios ingleses pretenden discutir en primer lugar la cuestión de navegación en mares americanos. Empero los españoles prefieren hacer un canje de memorias en las cuales figurasen todas las pretensiones de unos y otros. Para España este procedimiento tiene las ventajas de permitir la exposición global y detallada de todas sus justas quejas contra los ingleses descubriendo la

magnitud y variedad de las agresiones inglesas contra la soberanía española. Lógicamente, en la misma medida que semejante proposición puede convenir a los intereses de España, suscita la repugnancia inglesa. Pero en todo caso, razonan los ministros españoles, si hay que discutir algún punto con preferencia tendría que ser la cuestión de límites, pues sin saber exactamente qué territorios pertenecen a Inglaterra no se podrán fijar los rumbos de navegación permisibles a los navíos ingleses.¹³⁵ Este razonamiento prejuzga el conflicto sobre navegación, suponiendo que ha de dirimirse a base de rumbos, pero en el fondo se trata de defender no una postura lógica sino una preferencia táctica. Dada la extrema dificultad de lograr, al menos por la vía diplomática, que los ingleses den marcha atrás en una usurpación consumada. El ministerio español necesita poder contar con alguna palanca, algún incentivo capaz de conseguir la evacuación de Georgia. En definitiva, se trata por ambas partes de atender las propias demandas en primer lugar y servervar las posibles concesiones para los postres con el fin de reducirlas a la mínima expresión. Chindurza expone claramente el temor de los plenipotenciarios españoles de que los ingleses se retirarán sin intentar siquiera resolver los conflictos de límites y otros, si creen que no van a obtener concesiones respecto de su navegación en América.¹³⁶ Es decir que si Georgia está en manos inglesas y fracasan las negociaciones, España tendrá que enfrentarse con la casi imposible tarea de recobrar esos territorios por la fuerza. Además, el ministerio español propone que la preferencia por tratar de límites en primer lugar se justifica por ser ésta la disputa más antigua, ya que Felipe V viene protestando contra el expansionismo angloamericano desde 1722.¹³⁷

Naturalmente Keene y Castres tienen y ofrecen una respuesta fácil a este argumento, haciendo ver que desde 1713 los ministros ingleses vienen protestando contra la interrupción del comercio y de la navegación de los ingleses en América.¹³⁸ En verdad que el argumento de la antigüedad del conflicto ha sido muy torpe porque a más de no servir los propósitos para que se ha concebido, sirve los intereses ingleses.

Mientras se debaten estos puntos preliminares llegan noticias de América nada conducentes a mantener la serenidad necesaria para que las negociaciones vayan por buen camino. Resulta que en San Agustín se publicó hace aproximadamente un año una proclamación en nombre de Felipe V;

(basada en unareal cédula de 29 de octubre de 1733), prometiendo la libertad y protección a los negros que quisiesen abandonar las plantaciones inglesas y abrazar la religión católica.¹³⁹ En consecuencia a fines de 1738 se fugaron veinticuatro esclavos de Carolina, negándose el gobernador de San Agustín a devolverlos a la diputación inglesa que fue en su busco.¹⁴⁰ El gobernador Montiano pensó en aprovechar este aporte humano para poblar y cultivar las tierras alrededor de San Agustín, pero su principal justificación reside en el interés militar de táctica. "El motivo que me obligó a publicar por Vando la Real determinación de V.M.", explica Montiano, "fue la inmediatez con que nos hallavamos preparando para ir a expeler los intrusos Ingleses en dominios de V.M. y tener propicios y gratos a sus esclavos para que se uniesen a nuestras Armas".¹⁴¹

A los ingleses en América, abrumados por la superioridad numérica de los negros, les alarma sobremedura esta amenaza,¹⁴² y Keene recibe órdenes de protestar enérgicamente y de exigir la devolución de los esclavos fugitivos.

El ministerio español contesta expresando no sólo su desconocimiento de estos hechos sino su extrañeza ante las noticias, "maiormente quando no se ofrece motivo que persuada a la practica de esta novedad en aquel Gobernador".¹⁴³ Por lo tanto se limita a prometer informarse, y en caso necesario expedir órdenes para que los oficiales hispanoamericanos no se excedan, ni alteren la amistad angloespañola. Sin embargo, si resultase verdad la liberación en San Agustín de negros fugitivos de Carolina del Sur, tampoco podrán ser restituidos como pide Keene hasta comprobar qué dicen al respecto las reales cédulas pertinentes.¹⁴⁴ En definitiva es una típica respuesta, a la vez evasiva y conciliadora, concebida para quitarle calor al asunto y dejar correr el tiempo, pero sin aclarar en absoluto la postura oficial española sobre este tema.

Cuando por fin se alcanza a entregar la memoria de pretensiones españolas, el primer punto hace referencia a las disputas territoriales, así en las islas americanas como en Florida. Es verosímil que esta primacía refleje una verdadera prioridad de la política exterior española, y en todo caso se evidencian unas explícitas reivindicaciones territoriales en América.¹⁴⁵ Ahora bien ni en esta primera reclamación ni en la de veinticinco de junio, dedicada exclusivamente a la cuestión de límites, aclaran los ministros españoles cuáles son los límites de Florida.¹⁴⁶

Nuevos argumentos sobre las pretensiones territoriales españolas son aportados por el secretario de las conferencias Juan de Chindurza. Después de hacer referencia a los tratados halla que el problema reside en saber y probar qué territorios ocupaban los ingleses en 1670. Sería más conveniente que ellos se encargasen de aportar sus pruebas, pero como es probable que se nieguen Chindurza ¹⁴⁷supiere que los plenipotenciarios españoles echen mano de una obra sobre la América inglesa publicada por el inglés Ricardo Blome. Según este autor las islas pertenecientes a Inglaterra eran por aquel entonces Jamaica, Antego o Antigua, Dominica, Montserrat, Anguila, Barbuda y las Bermudas, Barbados, San Cristobal, Nevis y San Vicente. Dejando a un lado los errores de todo tipo y salvando siempre los derechos de la Corona española, Chindurza cree que este testimonio puede servir los intereses españoles en cuanto que no menciona como posesiones inglesas las islas reclamadas ahora por España. Evidentemente esto no deja de ser un argumento sumamente deleznable e incluso si acaso peligroso. No es dable suponer que el gobierno inglés se vaya a sentir obligado por los escritos de un autor particular, como tampoco admitiría el gobierno español semejante prueba contra los intereses españoles. Además una vez admitido un autor cabe citar a otros muchos ingleses, españoles y de otras nacionalidades, cuyo testimonio tendría la misma fuerza y quizás no sería tan ajustado a las pretensiones españolas.

Respecto de Carolina la misma fuente coloca el más meridional establecimiento inglés en 1670 sobre los 33 grados de latitud norte. Este sería entonces el límite sur de los dominios continentales de Inglaterra. ¹⁴⁸Claro está que Chindurza supone en todo momento que se ha de imponer la interpretación española del artículo 7º del tratado de 1670 y dirige todo su cuidado a la determinación de la extensión de territorio ocupado de hecho por los ingleses en ese año.

Sin embargo Keene y Castres resisten tanto la interpretación española del tratado de 1670 como la sugerencia de que ellos tengan la obligación de probar qué territorios estaban ocupados entonces por ingleses. Su razonamiento es el previsto por Regalía: "el que pretende arrojar a otro de las posesiones, de que goza, está obligado a producir las razones, que puede tener para semejante demanda". ¹⁴⁹En otras palabras se trata de la actitud clásica de una potencia que oscurece el bulto

sobre la demandante, escondiéndose tras el hecho consumado de la ocupación. Asimismo puntualizan los ministros ingleses que la Convención del Pardo ciñe las negociaciones sobre territorios exclusivamente al conflicto de límites entre Florida y Carolina, aunque estarían dispuestos a escuchar las reclamaciones españolas de islas americanas, siempre que se ajusten a los tratados.

Quintana y Abaria optan por volver a insistir en la obligación inglesa de probar su derecho a los territorios ocupados, apelando siempre a los términos del tratado de 1670, insistiendo que la concesión de territorios hecha entonces "no fue absoluta, y pura, sino condicional, y limitada precisamente a la que ya tenían, y poseían". Asimismo insisten los ministros españoles en la reclamación de las islas americanas ocupadas después de 1670 citando, contra todo sentido común, como prueba fundamental el testimonio del autor Blome, tanto para este tema como para el de Georgia. Entienden que no sólo es legítimo incluir estas reclamaciones en las conferencias - pues el artículo 1º de la Convención del Pardo las preve para "reglar enteramente las pretensiones respectivas de las dos coronas" - sino que es necesario dilucidar qué islas pertenecen a Inglaterra para poder resolver el conflicto sobre navegación.¹⁵⁰ Sin redundar en que este razonamiento nuevamente prejuzga la solución del conflicto sobre navegación, preciso es decir que dada la postura española no parece posible obrar de otra manera. Sin duda es más importante llegar a un acuerdo sobre los límites de Florida que lograr la evacuación de unas cuantas islas, e insistir en esto último podría muy bien frustrar el acuerdo sobre Florida. No obstante el ministerio español ha adoptado un criterio muy firme respecto de la navegación americana, vinculándola estrictamente a las posesiones territoriales, por lo tanto los mismos argumentos que sirven para disputar la ocupación inglesa de Georgia, sirven también para exigir la evacuación de ciertas islas. Ahora bien ello no es óbice para que no pudiesen reservar las pretensiones isleñas a una fase posterior de las negociaciones, pues si se lograra imponer el criterio español en lo referente a Georgia, sería un triunfo importante, y luego sería posible intentar aplicarlo a las islas. En cambio el discutir de golpe la posesión o evacuación de tantos territorios, indudablemente tenía que predisponer a los ministros ingleses a resistirlo con todas sus fuerzas. Resulta pues un

tanto torpe y abrumadora la diplomacia española en este punto, revelando una falta de prioridades y de un minucioso plan de progresión lógica. No hay tampoco indicios de que se trate de exigir mucho para conformarse a la hora de la verdad con lo justo, sino que al contrario todo indica que no se piensa renunciar a ninguna de las reivindicaciones españolas.

Pero estas consideraciones no se llegan a presentar siquiera a causa de la interrupción de las conferencias el día ocho de julio, para no reanudarse ya más. En la disputa de límites no se ha avanzado apenas nada, puesto que ambas partes se han limitado a intentar obligar a la contraria a que exponga y pruebe fehacientemente sus derechos territoriales para ver si se ajustan a la situación real. Por este motivo no se han discutido en absoluto los aspectos de límites, desperdiándose la última oportunidad para negociar un compromiso realista. Mientras tanto y en el futuro los ingleses se afianzan en Georgia, sin que España saque ningún provecho de ello, salvo el muy dudoso de poder aparecer ante el mundo como víctima del expansionismo angloamericano.

- 1 Felipe II llegó incluso a prohibir en 1561 la colonización de Florida, en vista de los tempranos fracasos. La tierra se consideraba propiedad inalienable de los indios y por tanto los españoles residentes en Florida no podían poseer terrenos. Estas medidas perpetuaron el carácter salvaje y desierto de la península, dejándola muy vulnerable a las posteriores infiltraciones extranjeras. Verne E. Chatelain, The Defenses of Spanish Florida, 1565 to 1763, Washington, Carnegie Institution, 1941, pp. 8, 16, y 38.
- 2 En 1562 y 1564 dos grupos de hugonotes franceses mandados por Juan Ribaut y René de Laudonnière respectivamente, intentaron establecer colonias en la bahía de Port Royal y la boca del río San Juan. Felipe II envió al audaz marino Pedro Menéndez de Avilés para expulsarlos, nombrándole adelantado y gobernador de Florida (marzo 1565), y ordenando el establecimiento de fuertes y misiones. Una introducción a las fuentes para el estudio de estos sucesos viene dada por Esteve Barba, Historiografía Indiana, Madrid, 1964, pp. 238-9 y 628. Andrés González Barcia redactó un Ensayo Cronológico para la historia general de la Florida, bajo el pseudónimo de Gabriel de Cárdenas Z. Cano, Madrid, 1723. Nosotros hemos consultado la traducción inglesa por A. Kerrigan, Barcia's Chronological History of the Continent of Florida, Gainesville, 1951.
- 3 La navegación a vela de los tiempos coloniales de América estaba sujeta lógicamente a los condicionamientos naturales, entre los cuales hay que destacar la disposición de tierras emergidas y mares, y la dirección de las corrientes marinas y de los vientos prevalentes. Con respecto a Florida es preciso señalar que la corriente del Golfo de México es la única que sale del seno mejicano con dirección a Europa, fluyendo a lo largo de la costa norteamericana hasta la Bahía de Chesapeake antes de virar definitivamente hacia el este. Los vientos prevalentes naturalmente varían en intensidad con las estaciones pero normalmente soplan los vientos del oeste, originados en los centros de alta presión atmosférica de las latitudes tropicales, hacia las bajas presiones del Atlántico norte. Estos vientos son los que facilitaban el viaje de regreso de los navíos europeos, pues

si se quedaban demasiado al sur corrían el riesgo de ser atrapados por las calmas subtropicales (Horse latitudes) sin poder avanzar. Numerosos mapas españoles y extranjeros de la época colonial muestran la ruta de regreso de los galeones y flotas a través del canal de las Bahamas. Véase por ejemplo los mapas núms. 31 y 33 publicados por Luis Navarro Garcofa, José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España, Sevilla, C.S.I.C., 1964. Sobre las rutas hispanoamericanas en general véase Eberhard Schaefer, "Comunicaciones marítimas y terrestres de las Indias españolas", en Anuario de Estudios Americanos, III, Sevilla, 1946, pp. 969-83.

- 4 El tratado de América fue firmado en Madrid el 18 de julio de 1670 por los plenipotenciarios conde de Peñaranda y Guillermo Godolphin. Su artículo 7º estipula que los ingleses "gozarán, tendrán y poseerán perpetuamente con pleno derecho de soberanía, propiedad y posesión, todas las tierras, provincias, islas, colonias y dominios situados en la India occidental ó en cualquier parte de la America que el dicho Rey de la Gran Bretaña y sus súbditos tienen y poseen al presente". Cantillo (ed.), 1843, pp. 126 y 153.
- 5 Chatelain, 1941, pp. 65-79, detalla el avance inglés por la costa atlántica desde Santa Elena hacia el sur. Demetrio Ramos, "Indios y negros de los territorios españoles del Caribe, llevados como esclavos a Norteamérica en el siglo XVIII", en Revista Española de Antropología Americana, 6, Madrid, 1971, pp. 329-79, citando documentos de 1720 explica cómo los ingleses y sus aliados indios asolaban y saqueaban los asentamientos de Florida, llevándose sobre todo esclavos para las plantaciones angloamericanas donde excaseaban.
- 6 Montijo a Quedra, Madrid 20 marzo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7632. Se pueden seguir las negociaciones de estos años en torno a los límites entre Florida y Carolina en M. Serrano y Sans (ed.), Documentos históricos de la Florida y la Luisiana, Madrid, 1912. Véase también Bétencourt, "Felipe V y la Florida", Anuario de Estudios Americanos, VII, Sevilla, pp. 95-123.

- 7 Oglethorpe elaboró un resumen de las hostilidades angloespañolas desde 1670, en el cual se trasluce que la oposición española al expansionismo inglés fue manifiesta desde el principio. Destaca el papel de los indios de uno y otro bando, y también acusa a los españoles de incitar a los esclavos angloamericanos a la rebelión. "Introduction to the Report on General Oglethorpe's Expedition to St. Augustine, 1711", en Clarence L. Ver Steeg y Richard Hofstadter (eds.), Great Issues in American History from Settlement to Revolution, 1584-1776, New York, Random House, 1969, pp. 351-7.
- 8 Traducción de la Patente desechada por el Rey de Inglaterra para el establecimiento de la Colonia de Georgia, 9/18 (sio) junio 1732. ACS, Estado, leg. 6909.
- 9 Efectivamente, Georgia se concibió como un área de amortiguación (buffer state) que absorbería los asaltos fronterizos, protegiendo así las colonias más ricas y estables del norte. Frank Thistlethwaite, "Rivalries in America. The North American Continent", en The New Cambridge Modern History VII. The Old Regime 1713-63, editado por J.O. Lindsay, Cambridge, University Press, 1970, p. 530, dice que la fundación de Georgia fue dirigida principalmente contra Francia, aunque suscitó en seguida la oposición española.
- 10 Chatelain, 1941, p. 88. Muchacho se ha dicho de los motivos humanitarios de Oglethorpe quien, tras saber de la muerte de un amigo suyo en la prisión, quiso aliviar las penas de los pobres y deudores ofreciéndoles una nueva vida en América. Sin negar la verdad y eficacia de estos deseos, parece más completa la explicación de que hallándose Oglethorpe ante la feliz convergencia de sus proyectos filantrópicos y sus objetivos militar-imperialistas, pudo matar dos pájaros de un solo tiro. Alfred B. Thomas, "Gulf Coast Colonial History: An overview", en Dibble y Newton (eds.) Spain and her Rivals on the Gulf Coast, Pensacola, Florida, Department of State, 1971, p. 5, incluso niega cualquier función defensiva imputada a Georgia en su creación. El concepto de "buffer colony", tan común en la historiografía estadounidense, es erróneo según Thomas, quien afirma que su única función era ofensiva: la colonia sería una base para el expansionismo inglés hacia el sur y oeste del continente.

- 11 En 1735 se concedió a la colonia un crédito de 26.000 libras. 232
- 12 Aubrey C. Land (ed.) Bases of the Plantation Society, New York, Harper & Row, 1969, pp. 67-71 y 228-30.
- 13 Véase pp. 61-2.
- 14 Pasaron 494 colonos a Georgia en los 2 primeros años. En 1735 Oglethorpe llevó a 500 colonos y al poco tiempo siguieron 300 escoceses. El coronel Fory juntó en su establecimiento a 1.360 colonos (la mayoría de ellos suizos), y el capitán Hugo Peroy llevó consigo 250 suecos. Bethencourt, 1950, pp. 14-15.
- 15 Chatelain, 1941, p. 166, nota 72, y p. 88.
- 16 Los ocho propietarios de Carolina obtuvieron dos patentes reales, de 1663 y 1665, en la segunda de las cuales se señalaba como límite meridional los 29 grados latitud norte. Wesley F. Craven, The Colonies in Transition 1660-1713, New York, Harper & Row, 1968, p. 57. La patente de Georgia, cit., nombra como límites de la colonia los ríos Savannah y Altamaha, extendiéndose hacia el oeste en línea recta desde las cabezas de los ríos, hasta el Pacífico. Sin embargo en A State of the Province of Georgia, attested upon Oath in the Court of Savannah, November 10, 1740, publ. en March of America Facsimile Series, núm. 37, Ann Arbor, University Microfilms, Inc., 1966, II, se afirma que el límite meridional es "the most Southern Stream of the Altamaha (the Mouth of which is 30 1/2 Deg.)". Pero el río que desemboca en esa latitud es el San Juan cuya cabeza surge aproximadamente en los 29°, límite de la Carolina según la patente de 1665. Por lo tanto cabe preguntarse si los ingleses acaso confundían el Altamaha con el San Juan. En todo caso está claro que pretendían tener derechos sobre los territorios hasta el río San Juan.
- 17 Francisco del Moral Sánchez al conde de Montijo, San Agustín, 15 de mayo 1735, cit. por Geraldino a Patiño, Londres 18 agosto, 1 septiembre y 20 de octubre 1735 (copias), AHN, Estado, libro 704, y F. del Moral Sánchez a Montijo, San Agustín, 25 abril / mayo? (copia), AGS, Estado, leg. 7008. Geraldino a Patiño, Londres 18 agosto 1735 (copia), AHN, Es-

tado, libro 704, avisa que ya hay 1.500 casas de madera en la colonia y que la Junta inglesa de Georgia envía continuamente muchas familias pobres e insolventes para poblarla.

- 18 Id., 1 septiembre 1735, (copia), libro cit., informa que Walpole le prometió que "Oglethorpe llevaría todas las instrucciones necesarias para evitar q. hubiese motivo en adelante a la queja que dá dho Gobernador [Moral Sánchez] de los Vassallos de esta Corona". El propio Del Moral a Montijo, San Agustín 25 abril/mayo? 1736, cit., confirmó que Oglethorpe decía llegar en son de paz y dispuesto a arreglar las diferencias.
- 19 Geraldino a Patiño, Londres 29 septiembre y 20 octubre 1735 (copias), libro cit., acusa recibo de la de Patiño de 12 septiembre, resumiendo su contenido.
- 20 Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738 (copia), AGS. Estado, leg. 7633, señala como graves deficiencias españolas no sólo la descuidada relación del tratado de 1670, en que basa Inglaterra sus pretensiones, sino el hecho de no haberse enterado hasta 1735 del peligro que se cernía sobre Florida a raíz de la creación de Georgia.
- 21 Geraldino a Patiño, Londres 20 octubre 1735 (copia), AHN, estado, libro 704.
- 22 Id., 1 diciembre 1735 (copia), libro cit., acusa recibo de la de Patiño de 14 de noviembre.
- 23 Francisco del Moral Sánchez al conde de Montijo, San Agustín 25 abril/mayo? 1736 (copia), cit., cuenta que los indios atacaron un fuerte a 8 leguas de San Agustín, y que tras matar al artillero el día 3 de abril "le quitaron de raíz la cavellere".
- 24 Id., recuerda que hace unos años (durante la guerra de 1718-21) construyeron los ingleses un fuerte en la barra de San Simón, pero que a instancias de España se mandó destruir, y así se hizo en efecto. Del Moral toma esto como una prueba de que entonces los ingleses reconocían la

soberanía española sobre este lugar.

- 25 Id.
- 26 Esta carta del gobernador de San Agustín es recibida por Geraldino el 24 de junio de 1736, y remitida a Patiño el 28 de junio. Geraldino a Patiño, Londres, 28 junio 1736 (copia). AHN, Estado, Libro 705.
- 27 Reales Ordenes a Francisco Güemes de Horcasitas, [Madrid] 24 junio y 18 agosto 1736, citadas por el Conde de Montijo en su informe al Rey de 9 de noviembre de 1737 (copia). AGS, Estado, leg. 7633.
- 28 Consulta del Consejo de Indias, 30 junio 1736. AGS, Estado, leg. 7620, cit. por Bethencourt, 1950, p. 18.
- 29 Geraldino a Torrenueva, Londres 9 mayo 1737 (copia), AHN, Estado, libro 708, avisa que Walpole le acaba de informar que el gobierno inglés sigue los movimientos de Wall prácticamente desde su partida.
- 30 Geraldino a Patiño, Londres 13 septiembre 1736 (copia), AHN, Estado, libro 706, acusa recibo de la de Patiño de 28 de agosto.
- 31 Id., 4 octubre 1736 (copia), libro cit.
- 32 Id., 11 octubre 1736 (copia), libro cit.
- 33 Id.
- 34 Id., 18 octubre 1736 (copia), libro cit.
- 35 Id.
- 36 Id. Un mapa de San Agustín hecho por el ingeniero Antonio Arredondo en 1737 menciona la construcción de nuevos cuarteles para los refuerzos esperados, que llegarían de La Habana a principios de 1737. Chatelain, 1941, p. 163, nota 67.

- 37 Chatelain, 1941, p. 166, nota 73, y Béthencourt, 1950, p. 17. Béthencourt explica este paso de Del Moral en términos de hallarse forzado a escoger el mal menor, pues la situación militar de Florida era "desastrosa" y hacía prever "un próximo derrumbamiento". La fecha de 22 de octubre dada por Béthencourt para la firma del convenio no concuerda (ni teniendo en cuenta la diferencia de 11 días entre los dos sistemas cronológicos aún en uso) con la fecha de 8 de octubre dada por Geraldino a Torrenueva. Londres 2 mayo 1737 (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 38 En 1736 Arredondo, además de cumplir con su misión diplomática, está realizando un estudio de las defensas de Florida con vistas al inminente enfrentamiento armado con los ingleses.
- 39 Chatelain, 1941, p. 166, nota 73, y Béthencourt, 1950, p. 17.
- 40 Chatelain, 1941, p. 83.
- 41 Geraldino a Quadra, Londres 6 diciembre 1736 (copia), AHN, Estado, libro 705.
- 42 Id.
- 43 Id., Newcastle también parece compartir ese optimismo de Geraldino sobre la amistad angloespañola, sugiriendo que es muy buen momento para establecer un buen entendimiento mutuo con tal de resolver los conflictos surgidos en América. Id., 21 febrero 1737 (copia), libro cit.
- 44 Geraldino a Torrenueva, Londres 28 marzo 1737 (copia), libro 706. En esta carta también da noticias del contenido del ajuste acordado entre Dempsey y Del Moral sobre límites. En otra de 11 abril 1737 (copia), libro 708, especifica que el crédito votado es de 20.000 libras.
- 46 Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737 (copia), AGN, Estado, leg. 7633.
- 47 Arredondo a Güemes. 22 enero 1737, cit.

- 48 Chatelain, 1941, p. 166, nota 73, dice que Del Moral fue castigado con la horca por negociar y firmar este convenio. Le sucedió como gobernador de San Agustín, Manuel de Montiano.
- 49 Montiano al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit., explica que esta orden se dio en vista de los informes de Güemes y Arredondo sobre la creciente desigualdad de las fuerzas inglesas y españolas, en detrimento de éstas.
- 50 Geraldino a Quadra, Londres 23 mayo 1737 (copia), AHN, Estado, libro 70.
- 51 Geraldino a Torrenueva, Londres 11 abril 1737 (copia), libro 708. Las tropas enviadas por Güemes a San Agustín en esta ocasión son 100 hombres. Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit. En otra de 9 mayo 1737 (copia), libro cit., Geraldino avisa que está enterado el gobierno inglés de los movimientos de Miguel Wall en La Habana. Desde la muerte de Patiño este individuo permanece en La Habana en espera de nuevas instrucciones. Al fin, en el verano de 1737 fue embarcado por Güemes al mismo tiempo que se publicaba que ya no se pensaba en la expedición contra Georgia, con el fin de desembarazarse de ese personaje inútil y de confiar a los ingleses. Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit. Más tarde avisa Geraldino a Torrenueva, Londres 12 y 19 diciembre 1737 (copias), libro 708, que Wall había ofrecido pasar desde La Habana a Inglaterra para revelar importantes documentos y datos a los ingleses, pero estos habían rechazado la oferta. Desde Cádiz, donde llegó en el otoño de 1737, Wall se fue a Lisboa y se puso en contacto con Tyrawley, embajador inglés allí, para después pasar a Londres bajo el nombre de Savy. Sobre estos acontecimientos existe un estudio que no he podido consultar, de John T. Lanning, "Don Miguel Wall and the Spanish Attempt against the existence of Carolina and Georgia", North Carolina Historical Review, 10, 1933, July, pp. 186-313.
- 52 Geraldino a Torrenueva, Londres 11 abril 1737, cit., "he respondido que no tenía ninguna noticia de él, pero que creía muy natural el que el Rey pusiese al Gobernador de Sn. Agustín en estado de hacerse respetar, y sin ostilidad impedir que los Ingleses de la Carolina se extendiesen a mas de la demarcacion establecida por Tratados, lo que parecia se

fomentaba por el Parlamento respecto de haverle concedido en las presentes Gessiones veinte mil Libras esterlinas á los Administradores de Jeorgia para el fomento de aquella Colonia."

- 53 Los primeros miembros de la Junta de Georgia son José de la Quintana, José Laísequilla y Antonio Alvarez Abreu, incorporándose más tarde el Marqués de la Regalía y Andrés González de Barcia.
- 54 Geraldino a Torrenueva, Londres, 18 abril 1737, (copia), libro cit.
- 55 Id., 2 mayo 1737, (copia), libro cit.
- 56 Id., 11 abril 1737, (copia), libro cit.
- 57 Geraldino a Quadra, Londres 2 mayo 1737, (copia), libro 705.
- 58 Torrenueva a Geraldino, Madrid 13 mayo 1737, (copia), ACS, Estado, leg. 7013.
- 59 Geraldino a Quadra, Londres 23 mayo 1737, (copia), AHN, Estado, libro 705, relata la versión de Keene de esta conversación con Quadra, transmitida por Newcastle.
- 60 Id. En Geraldino a Torrenueva, Londres 13 junio 1737, (copia), libro 708, el embajador supone que el gobierno inglés no puede manifestar su oposición a las actividades de Oglethorpe por motivos políticos. Esta idea la repite Geraldino con insistencia a lo largo de su correspondencia con Madrid.
- 61 Geraldino a Torrenueva, Londres 20 junio 1737, (copia), libro 708.
- 62 Id., 27 junio 1737, (copia), libro cit.
- 63 Id., 4 julio 1737, (copia), libro cit.
- 64 Torrenueva a Geraldino, Madrid 15 julio 1737 (original), ACS, Estado, leg. 7013. Minuta en leg. 6903.
- 65 Id.

- 66 Geraldino a Torrenueva, Londres 18 julio 1737, (copia), AHN, Estado, ²³⁸ libro 708.
- 67 Torrenueva a Geraldino, Madrid 22 julio 1737, AGS, Estado, leg. 7013.
- 68 Geraldino a Torrenueva, Londres 8 agosto 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 69 Id., 15 agosto 1737, (copia), libro cit.
- 70 Id.
- 71 Id., 22 agosto 1737, (copia), libro cit.
- 72 Torrenueva a Geraldino, Madrid 9 septiembre 1737, (original), AGS, Estado. leg. 7013.
- 73 Id., 23 septiembre 1737, (original), leg. cit.
- 74 Güemes repite con fecha de 25 agosto que se enfrenta a grandes problemas para preparar el armamento, y avisa que no podrá realizar la expedición hasta la primavera, sugiriendo que se podría mejorar sus posibilidades de éxito si se confiere a los ingleses, por vía diplomática, en un acuerdo negociado. De todos modos Güemes se muestra bastante contrario a la realización del ataque por dudar de su viabilidad. Carta de Güemes extractada por extenso en Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit.
- 75 Geraldino a Torrenueva, Londres 23 septiembre 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708, y Newcastle a Geraldino, Hampton Court 2 septiembre 1737, extractada en Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit.
- 76 Geraldino a Torrenueva, Londres 23 septiembre 1737, cit.
- 77 Algunos ejemplos de enfrentamientos indios complicados por rivalidades europeas, en las zonas fronterizas de Georgia y Florida, son constatados por William Stephens, A Journal of the Proceedings in Georgia, beginning October 20, 1737, Londres, W. Kerdowns, 1742, ed facs. de Ann

Arber, University Microfilms, Inc., 1966, pp. 89, 96, 108, 151, 187, 220. ²³⁷

78 Geraldino a Torrenueva, Londres 23 septiembre 1737, cit. y Newcastle a Geraldino, Hampton Court 2 septiembre 1737, cit.

79 Id.

80 Geraldino a Torrenueva, Londres 23 septiembre 1737, (otra), libro 708.

81 Ha hecho un breve estudio de este tema Antonio de Béthencourt, "Proyecto de un establecimiento ruso en Brasil (1732-1733)", en Revista de Indias, IX, Madrid, 1949, núms. 37-38, pp. 651-68. Resumiendo, en 1726 un negrero portugués Antonio de Costa fue abandonado en la laguna de los Patos, (actual Río Grande do Sul) por un pirata. Exploró todo el territorio, descubriendo que no estaba colonizado y que ofrecía grandes ventajas para el comercio tanto con los dominios españoles como con los portugueses. Estando en Londres en 1732 relató sus descubrimientos a su hermano Juan, acaudalado comerciante, quien concibió la idea de establecer allí una colonia inglesa. Walpole le dio largas al tema, llegando al fin a prohibir tal proyecto indefinidamente por razones políticas. Enterado del plan el embajador ruso príncipe de Cantimir propuso que lo realizase Rusia, salvando los intereses comerciales ingleses. Costa estuvo conforme, pero se elaboraron varios proyectos sin poderse poner de acuerdo los interesados ingleses y rusos. Al fin el agente de Costa en San Petersburgo, Upie, intentó engañarle, por lo que Costa se decidió a vengarse informando de todo a Geraldino. Upie preparó la expedición en Inglaterra y pudo zarpar para Rusia antes de decidirse el gobierno español a hacer una protesta formal en junio de 1737.

82 Geraldino a Torrenueva, Londres 23 septiembre 1737, cit.

83 Id., 10 octubre 1737, (copia), libro cit.

84 Id., 17 octubre 1737, (copia), libro cit.

85 Id., (otra).

86 Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit.

- 87 Aunque los cronistas de Indias ^{2,40} y, haciéndoles eco, Montijo afirman que el año del definitivo descubrimiento de Florida fue 1512, parece ser que las fechas de Pascua implicadas señalan como más probable el año 1513. Sin embargo la península aparece inequívocamente en el mapa de Cantino de 1502 y en otros del primer decenio del siglo XVI, señaladamente en el de Pedro Mártir de Anglería de 1511, probando que Florida se había descubierto con anterioridad a 1513, aunque se haya olvidado la hazaña.
- 88 Vázquez de Ayllón envió a Francisco Gordillo a la caza de esclavos indios en 1521 y éste, en compañía de Pedro de Quejos, recorrió la costa oriental de América del Norte hasta los 33° 30' de latitud. Ayllón alegó en la Corte que sus buques habían llegado a los 37°. Luego en 1525 Quejos navegó por la costa hasta los 40° aproximadamente, y en 1526 Vázquez de Ayllón estableció una colonia de incierta localización, entre el río Pee Dee (según Bolton) y el río James (según Shea), que fue evacuada muy rápidamente. Soto marchó por el interior de Florida, Georgia y las Carolinas antes de dirigirse hacia el oeste. Así la Real Cédula de 6 de marzo 1687 (citada por Montijo) dice "siendo yo, y mis vasallos los únicos descubridores de las Indias hasta la Virginia".
- 89 Parece probable que Caboto llegase desde el norte hasta el cabo Hatteras sobre los 35°, aunque también se ha dicho que llegó hasta Florida.
- 90 El artículo 7º del tratado de 1670 está incluido por extenso en la nota 4.
- 91 Béthencourt, 1950, p. 19, dice que la cédula de 14 agosto 1688 fue dirigida a Antonio Ortiz de Ojalona. Cita consultas del Consejo de Indias de 1736-37.
- 92 Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit., habla de la "tibieza" con que Güemes prepara el armamento y los "discursos de su logro", cuando antes se había demostrado decididamente a favor de emprender la expedición, y pronto. Insinúa cierta discordia entre Güemes y Arredondo, y se pregunta si el nombramiento por Güemes del comandante de la expedición pueda causar fricciones entre él y el nuevo gobernador de San Agustín, Montiano, con lo cual se aumentarían los estériles conflictos.

tos de mando. Todas estas razones son suficientes para justificar la suspensión del ataque contra Georgia, y no parece que se tomara esta decisión por haberse enterado los ingleses del plan como dice Béthencourt, 1953, p. 659.

- 93 Id., Montijo evidencia una imperfecta comprensión de la situación política interna de Inglaterra al sugerir la posibilidad de fomentar la Oposición, para que haga presión sobre el gobierno de Walpole a favor de la amistad española.
- 94 No es la primera vez que se piensa en fortalecer la posición española en Florida mediante su colonización agrícola. También en la Consulta del Consejo de Indias de 30 marzo 1727, AGI, Estado, leg. 7620, y Memorial al Rey de 9 diciembre 1728, leg. 7607, (cits. por Béthencourt, 1950, p. 12) se sugiere el envío de 50 familias canarias al año para establecerse en Florida. Además uno de los objetivos perseguidos con la publicación del bando promoviendo la libertad a los negros fugitivos de las colonias inglesas, es precisamente poder contar con ellos para la colonización y defensa de tierras floridananas. Montiano al Rey, San Agustín 16 febrero 1739, (copia), AGI, Estado, leg. 6907. Véase p. 61.
- 95 Montijo al Rey, San Lorenzo 9 noviembre 1737, cit.
- 96 Torrenueva a Geraldino, Madrid 28 noviembre 1737, (original), AGI, Estado, leg. 7013 (existe una copia en el leg. 6905), en otra de 18 de marzo 1738 (copia), leg. 6905, se recuerda que la carta de 28 noviembre no se envió hasta 23 diciembre, acusando su recibo Geraldino el 23 de enero de 1738.
- 97 Geraldino a Torrenueva, Londres 16 enero 1738, (copia), AHN, Estado, libro 708.
- 98 Id., 23 enero 1738, (copia), libro cit.
- 99 Id., 30 enero 1738, (copia), libro cit.

- 100 William Stephens, A Journal of the Proceedings in Georgia..., 1742, ²⁴²cit., vol. I, p. 89, 20 enero 1738, y p. 96, 1 febrero 1738. Dice que "The Answers sent were generalm full of Compliments, and Professions of all Readiness to discover the Authors of so weaked an Action, which we had in the utmost Abhorrence: But no Promises were made of what was not in our Power". Se cree que no hay ninguna esperanza de atrapar a los indios culpables ahora, pues se habian alejado mucho.
- 101 Geraldino a Quadra, Londres 27 febrero 1738, (copia), AHN, Estado, Libro 707.
- 102 Geraldino a Torrenueva, Londres 13 marzo 1738, (copia), libro 708.
- 103 Geraldino a Quadra, Londres 28 marzo 1738, (copia), libro 707.
- 104 Quadra a Geraldino, El Fardo 18 marzo 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 6905.
- 105 Geraldino a Quadra, Londres 10 abril 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 106 Id.
- 107 Id., 22 abril 1738, (copia), libro cit.
- 108 Regalia al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7633.
- 109 Id., 1 de mayo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.
- 110 Béthencourt, 1950, p. 25, cree que el gobierno español no tenía alternativas y cedió obligado por las circunstancias.
- 111 Villaverde a Geraldino, Aranjuez [28] mayo 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7622.
- 112 Geraldino a Quadra, Londres 29 mayo 1738, (copia), AHN, Estado, libro 707.

- 113 Id., 5 junio 1738, (copia), libro cit. 249
- 114 Id., 19 junio 1738, (copia), libro 709.
- 115 Id., 3 julio 1738 (copia), libro cit.
- 116 Id., 10 julio 1738, (copia), libro cit.
- 117 Id.
- 118 Id., 17 julio 1738, (copia), libro cit.
- 119 Quadra a Geraldino, San Ildefonso 2 agosto 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7623.
- 120 Geraldino a Quadra, Londres 31 julio 1738, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 121 Id., 7 agosto 1738, (copia), libro cit.
- 122 Newcastle incluso insinúa que los españoles pueden tener la razón, al mismo tiempo que reconoce la imposibilidad política de ceder. "...however the right may be, it will now be pretty difficult to give up Georgia". Newcastle a Hardwicke, 25 septiembre 1738, Add.Mss. 35406, f. 49, cit. por Pares. 1936, pp. 51 y 58.
- 123 Geraldino a Quadra, Londres 1 septiembre 1738, (copia), libro 709.
- 124 Id., 10 septiembre 1738, (copia), libro cit.
- 125 Convención del Pardo, 14 de enero 1739, artículos 1º y 2º, en Cantillano (ed.), 1843, p. 334.
- 126 Todos estos informes se hallan en el AGS, Estado, legs. 7632 y 7633. Quadra recomendó seguir en todo los razonamientos de Quintana, de quien dice Méthencourt, 1953, p. 755, que es "el más completo, claro, y razonado". Sin embargo en lo concerniente a Georgia se ciñe a consi-

derar el tratado de Utrecht. González de Barcia, autor del Ensayo Cronológico para la historia general de la Florida, escrito bajo el pseudónimo Gabriel de Cárdenas y Cano, Madrid, 1723, es bastante más incisivo en sus juicios sobre el problema. El marqués de la Regalía, a quien Déthencourt, 1953, p. 755, llama "escéptico", se muestra objetivo y realista, con una perspectiva histórica crítica, reduciendo el conflicto a su esencia básica y buscando una solución problemática y políticamente viable. Laisquilla ofrece un informe muy breve, poco original y algo superficial. En 1742 Antonio de Arredondo escribió una defensa de los derechos españoles sobre Georgia, que no añade sino un estilo satírico a las razones expuestas por estos ministros, queriendo ridiculizar las pretensiones inglesas. Fue publicado por Herbert E. Bolton (ed.) Arredondo's Historical Proof of Spain's Title to Georgia, Berkeley, 1925, y reproducido por Versteeg y Hofstadter (eds.), 1969, pp. 347-51.

- 127 Keene a Villarias, Madrid 19 febrero 1739, (original), y Villarias a Keene, El Pardo 24 febrero 1739, (copia), AGI, Estado, leg. 6907. Geraldino a Quadra, Londres 26 y 31 marzo, 1739, (copias), AHN, Estado, libro 709.
- 128 Chindurza a Villarias, Madrid 15 mayo 1739, (copia), AGI, Estado, leg. 7018.
- 129 Stephens, A Journal of the Proceedings in Georgia..., 1742, cit., II, pp. 2-4, refiere que las tropas planeaban matar a Oglethorpe y luego unirse a los españoles.
- 130 Geraldino a Quadra, Londres 6 febrero 1739, (copia), AHN, Estado, libro 709.
- 131 Id., 9 abril 1739, (copia), libro cit.
- 132 Geraldino a Villarias, Londres 7 y 14 mayo 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710.
- 133 Id., 19 mayo 1739, (copia), libro cit.

- 134 A raíz de la disputa sobre Georgia, y en vista del pacifismo de Walpole, la Oposición política inglesa hace circular una versión retocada en colores de un mapa de Norteamérica publicado por Henry Popple en 1733. Esta nueva versión, remitida por Geraldino a Villarias en 19 mayo 1739 (otra; libro cit.), muestra los límites de Carolina poniendo en 29º "The Southward Boundary of Carolina by the last Charter", aunque recurriendo a una viñeta lateral para eximir San Agustín del dominio supuestamente inglés. Se trata de acusar a Walpole de intentar vender los derechos ingleses en este territorio, pero lo curioso del caso es que en su afán de presentar la situación de Carolina, cometen gravísimos e incomprensibles errores en otras áreas, adjudicando Jamaica al dominio español y omitiendo toda pretensión inglesa en las costas de Campeche y Honduras. America Septentrionalis. A Map of the British Empire in America with the French and Spanish Settlements adjacent thereto, por Henry Popple, ejemplar en blanco y negro de 1733 en Cartografía de Ultramar, II, Estados Unidos y Canada, Servicios Geográfico e Histórico del Ejército, Madrid, 1953, y versión en color de 1739 en AGS, Mapas, Planos y Dibujos, IV-35.
- 135 Chindurza a Villarias, Madrid 26 mayo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7018.
- 136 Chindurza a Villarias, Madrid 28 de mayo 1739, (original), AGS, Estado, leg. 7627, (cop. leg. 7018).
- 137 Id., [resumen de la junta de plenipotenciarios de 26 de mayo], 3 junio 1739, (copia), AGS, Estado, legs. 7627, 7632 y 7633.
- 138 Traducción del papel presentado por los Plenipotenciarios Ingleses en la Junta de 10 de junio de 1739. AGS, Estado, legs. 7627 y 7632.
- 139 En la introducción del "Report on General Oglethorpe's Expedition to St. Augustine, 1741", publ. por Ver Steeg y Hofstadter (eds.), 1969, p. 355, se explica que muchos negros pertenecientes a los barcos ingleses que comercian en San Agustín oyen al bando personalmente, y se acusa a los españoles de asegurar la difusión de la noticia mediante espías.

246

140 Manuel de Montiano al Rey, San Agustín 16 febrero 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 6907, explica que basó su actuación en la Real Cédula de 29 octubre 1733 que manda manumitir a los esclavos fugitivos de las plantaciones inglesas con tal de abrazar el catolicismo. Dice haber dado cuenta en 31 de mayo de 1738 de la publicación del bando, y ahora lo hace de que llegaron a San Agustín 23 esclavos (hombres, mujeres y niños) el 21 de noviembre de 1738. Geraldino a Villarias, Londres 14 mayo 1739, (copia), AMN, Estado, libro 710, habla de 17 fugitivos, mientras que Keene a Villarias, Madrid 4 junio 1739, (original), AGS, leg. 6907, habla de 24.

141 Montiano al Rey, San Agustín, 16 febrero 1739, cit.

142 Stephens, A Journal of the Proceedings of Georgia..., 1742, cit., I, pp.357-8, 399-402, 412, da varias noticias sobre la fuga de 19 esclavos de Carolina y el peligro de una sublevación desde diciembre de 1738 a febrero de 1739. Veamos la entrada de 8 de febrero de 1738 (sic: 19 febrero 1739): "But what we heard told us by several newly come from Carolina, was not to be disregarded, viz. that a Conspiracy was formed by the Negroes in Carolina, to rise and forcibly make their way out of the Province, to put themselves under the Protection of the Spaniards; that this was first discovered at Winnyaw, which is at the most Northern Part of the Province; from whence, as they were to bend their Course South, it argued, that the other Parts of the Province must be privy to it, and that the Rising was to be universal; whereupon the whole Province were all upon their Guard: It was added, that the Council and Assembly had each deputed a Person, whom they had sent off in a Sloop for Augustin, to demand of the Governor there a Restitution of all those Negroes who had lately fled to that Place;... And I could not miss now again reflecting on the mistaken Politicks of some among us, who endeavour to evince the Necessity of using of them in Georgia. N.B. The Number of Negroes at this Time in Carolina, is computed to be at least thirty-five Thousand, and the Number of white People, at most, not to exceed nine thousand Souls."

143 Quintana a Villarias, Buen Retiro 12 junio 1739, AGS, Estado, leg. 6907. A pesar de que Quintana aconseja contestar a Keene que el gobierno español no sabe nada del asunto, no debe de ser cierto pues

Montiano avisó en mayo de 1738 y febrero de 1739, habiendo una copia de esta última carta en el mismo legajo con la de Quintana.

144 Id.

145 Pretensiones que los Ministros Plenipotenciarios de S.M. exponen en su Rl. Nombre a los Señores Plenipotenciarios de S.M.B., junio 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7632.

146 Los Ministros Plenipotenciarios de SM....exponen a los Señores Plenipotenciarios de S.M.B. la pretensión sobre el punto de límites, y territorios ocupados por la Nación Inglesa en la America. 25 junio de 1739, (copia), AGS, Estado, legs. 7632 y 7633. En este contexto importa señalar que Geraldino no ha podido remitir una copia de la patente real de Georgia de 1732, hasta junio de 1739, después de transcurridos casi tres años desde que lo solicitó. Geraldino a Villarias, Londres, 4 junio 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710.

147 Chindurza a Villarias (Reflexiones), Madrid, 24 junio 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7632. Los grados de latitud que da Blome para cada isla son casi todos equivocados. Chindurza ha manejado una traducción francesa publicada en Amsterdam en 1688, por lo que recomienda obtener un ejemplar de la edición inglesa original. Chindurza supone que la obra se publicaría entre 1684 y 1688 porque cita cartas de 1684. José Antonio de Abreu y Bertodano menciona la obra de Blome también en edición francesa de Amsterdam, 1688, con el título America Inglesa, o Descripción de las Islas, y Tierras del Rey de Inglaterra en la America, en Colección de los Tratados de Paz,.... Madrid, Marin, Zúñiga y Feralta, 1751, tomo 2, p. 507. Palau sólo menciona de Blome, A description of the Island of Jamaica with the other Isles and Territories in America...., Londres, 1672.

148 Chindurza a Villarias (Reflexiones), Madrid, 24 junio 1739, cit.

149 Traducción del papel entregado por los Plenipotenciarios de Inglaterra en la Junta de 1º de Julio de 1739. AGS, Estado, legs. 7627 y 7632.

- 150 Papel formado y aprobado por S.M. para entregarse por nros. Pleni-
potenciarios a los de Inglaterra en la Junta de 8 de Julio de 1739 que
no se presentó por haberse suspendido la conferencia. AGS, Estado, leg.
7632.

CAPITULO IV

LAS RELACIONES DIPLOMATICAS DE ESPAÑA CON FRANCIA Y PORTUGAL CARA A LA GUERRA CONTRA INGLATERRA.

Colonias y comercio en las relaciones francoespañolas.

Las embajadas del marqués de la Mina y del conde de La Marck.

Fleury pacifista, y las negociaciones hispanofrancesas de tratados de alianza y comercio.

El envío de la escuadra de D'Antin a las Antillas.

La guerra de sucesión austríaca, y el segundo pacto de familia.

El conflicto hispanoportugués sobre Sacramento.

Las relaciones entre Portugal e Inglaterra.

La crisis de 1734 entre Portugal y España, y la conquista de Sacramento.

La convención de París de 1737.

La idea de una alianza luso-franco-española y la neutralidad portuguesa en la guerra de 1739.

ESPAÑA Y FRANCIA.

Francia, como las demás potencias atlánticas, había atentado contra el exclusivo dominio español del Nuevo Mundo, y sus nacionales habían ocupado las inevitables islas antillanas como Tortuga y la parte occidental de la Española (Haití), Guadalupe, Martinica, Dominica, Marie Galante , la Guayana francesa, y otras, así como vastos e indefinidos territorios de las cuencas del San Lorenzo y el Misisipi.¹

Cuando oíó la corona española el nieto del Rey Sol, las demás potencias europeas temían las indudables apetencias americanas de Francia, y procuraron bloquear por los tratados de Utrecht el control francés del Imperio hispanoamericano. Sin embargo los franceses confiaban en poder consolidar sus posesiones territoriales y en explotar los mercados, así de España como de su Imperio. En consecuencia durante los primeros años del siglo dieciocho se derrocharon energías y recursos para asegurar el control francés del río Misisipi, para establecer una organización del contrabando en el Mar del Sur, y para acaparar el comercio legal con España, y vía Cádiz, con las Indias.

Pero la magia dinástica no llegaba a tanto y el borbonismo de las dos familias reales iba a traer no pocos sinsabores para España y Francia. En España la instauración de la dinastía borbónica coincidió, cuando menos, con un resurgir de energías nacionales, de esperanzas y de optimismo, cuya huella se capta en las esferas dirigentes del país en el movimiento reformista que pretende abarcar todos los campos vitales, re- vigorizando la sociedad entera y reconstruyendo la economía nacional.

La influencia francesa sobre las estructuras mentales de los españoles del siglo dieciocho resultó decisiva en el desarrollo de ese reformismo y debe ser considerada como una de las facetas positivas más importantes del borbonismo. Ahora bien, tal influencia no era arrolladora y por supuesto que no logró supeditar los intereses de los soberanos españoles a los franceses. Precisamente aquel reformismo borbónico dio lugar a agrios enfrentamientos entre España y Francia, porque mientras que la nación vecina supuso que la comunidad de Casas Reales ayudaría las pretensiones territoriales y comerciales francesas, los dirigentes españoles supusieron todo lo contrario; que dicha comunidad sería un freno moral a las embestidas contra la integridad de los dominios de España. De hecho para Felipe V las agresiones francesas eran aun más reprobables

por cuanto herían sus naturales sentimientos de amistad y parentesco hacia la familia real francesa.

La expansión de Luisiana era el más grave conflicto territorial francoespañol en América durante las primeras décadas del siglo. En 1699 se había fundado el Fuerte Biloxi y en años sucesivos se establecieron Mobile, Nueva Orleans, Fuerte Toulouse, Fuerte Natchitoches, y Fuerte Rosalie, dando a los franceses el control del curso inferior del gran río, aunque no sin encontrar una seria resistencia española hacia el oeste, donde se mejoraron las defensas de Nuevo Méjico en Tejas.² En la guerra de 1719 Luisiana era una de las áreas de combato, pero los españoles no pudieron ni desalojar a los franceses, ni impedir siquiera la conquista de Pensacola. La playa fue devuelta a España por el tratado de paz de 1721,³ pero el fortalecimiento de Luisiana no dejó de constituir motivo de rencor entre los españoles. Al mismo tiempo la expansión francesa en Santo Domingo llegaría a preocupar seriamente al gobierno español.

En cuanto al comercio, la descarada práctica del contrabando francés en el Mar del Sur a partir de 1701 provocó una fuerte oposición en España, y aun después de ser atajado, su recuerdo llenaba a los españoles de resentimiento.⁵

Empero tampoco en el comercio legal pudieron los negociantes franceses sacar los enormes beneficios soñados. La política económica borbónica, de acuerdo con los preceptos mercantilistas, tendía hacia un alto grado de proteccionismo no sólo del comercio sino de las industrias nacionales; lo cual se traducía en el terreno de las relaciones internacionales en aumentos de las tasas de importación, y en otras medidas como la prohibición de extraer del país ciertas materias primas y los metales preciosos. Francia, como país más interesado en el comercio peninsular, sufría esta restricción de su mercado de muy mala gana, protestando que ella, precisamente por ceñirse a las vías legales, perdía terreno frente a sus rivales, que explotaban más los cauces ilícitos, y que por eso mismo eran también los mayores enemigos de España. Los conflictos sobre estos temas fueron complicados además porque no existía un tratado comercial entre las dos naciones, pese a las peticiones francesas y las promesas españolas.⁶ El reformismo borbónico, pues, pretendía proteger la economía española no sólo contra el comercio ilícito en América, sino contra la competencia libre y lícita en la vieja España, aunque fuese a cargo de la amada Francia.

El papel del borbonismo en la diplomacia europea no es menos sorprendente. Muchos vieron en el ascenso de Felipe V al trono español el principio de una firme unión hispanofrancesa. Para algunos esa unión sería gloriosa, para otros nefasta.⁷ Sin embargo los hechos se imponen incontrovertiblemente para evidenciar que no sólo no hubo tal "alianza general y perpetua",⁸ sino que durante buena parte del reinado de Felipe V estaban distanciadas y aun enfrentadas las dos potencias. España, dolida de la desmembración de su Imperio en Utrecht, de lo cual culpó en gran medida a Francia, todavía tuvo que verse excluida y paralizada por la entente anglofrancesa, tan habil y firmemente sostenida por Walpole y Fleury. Las combinaciones diplomáticas que probara España para romper ese entendimiento hablan por sí solas del criterio independiente (si a veces equivocó) de los dirigentes españoles, quienes no dudaban en empuñar las armas sin pedir permiso a la Corte de Versalles.⁹

Pero es que además de los momentos de enfrentamiento diplomático hispanofrancés, las contadas ocasiones en que se aproximaron en amistad y alianza fueron lastreadas por una crónica desconfianza y falta de sinceridad por ambas partes. Toda la documentación española evidencia una suspicacia casi visceral y un temor enfermizo de ser vendidos los intereses españoles,¹⁰ a la vez que una oícnica disposición de conducir negociaciones secretas en beneficio propio cuando parecían viables. Los famosos pactos de familia no fueron jalones de una alianza dinástica continuada, sino tratados individuales que reflejaron cada uno en su momento, las circunstancias internacionales que los inspiraron. Eran alianzas temporales, con objetivos muy concretos, que obedecían no a la comunidad dinástica, sino a una comunidad coyuntural de intereses.¹¹

El primer pacto de familia, de 1733, puso de manifiesto la voluntad independiente de los dirigentes españoles, así como al final la divergencia de intereses de los aliados y el consiguiente desengaño y distanciamiento español respecto de Francia. La firma por Fleury de los preliminares de Viena de 1735 sin consultar con Patiño, fue acogida en España con aparente serenidad, pero en la realidad con un profundo dolor mezclado con indignación e ira ante la traición francesa.

Ahora bien, si los pactos de familia estipularon sus objetivos inmediatos, que variaban según las circunstancias, también es verdad que todos ellos reconocían el secular enfrentamiento con la preponderancia comercial de Inglaterra. El pacto de 1733 alude claramente al interés español

y francés en contra los abusos comerciales ingleses en los dominios españoles.¹² Pero evidentemente se trataba de un interés legítimo de fondo, sobre todo en el contexto mercantilista del siglo XVIII, y tenía poco que ver con una endiablada maquinación dinástica por la hegemonía mundial. Los esfuerzos españoles por defender sus mercados contra las infiltraciones extranjeras no tenían una motivación dinástica sino nacional, pero España no podía enfrentarse sola a Inglaterra y el sistema de Utrecht. Francia por su parte veía que la riqueza extraída por los ingleses del contrabando americano acabaría por convertir a Inglaterra en la primera potencia del mundo, y por lo tanto su propio interés estaba en apoyar las medidas restrictivas y defensivas españolas. No se trataba pues de destruir Inglaterra, sino de contenerla, de frenar sus agresiones mercantiles, sobre todo en América, para que no pudiese turbar con su riqueza y poder el equilibrio europeo.

Sin embargo, algunos políticos ingleses sí profesaron un temor de la alianza borbónica, creyendo ver a cada paso una terrible amenaza contra la existencia de Inglaterra.¹³ Al principio, en 1700, una gran mayoría de ingleses debían de creer en la necesidad de evitar la sucesión borbónica en España, y más tarde, de tomar precauciones contra la posible futura unión de las dos naciones bajo un mismo soberano. Ahora bien, en los años posteriores a la paz de Utrecht es más difícil medir la extensión y eficacia de este temor entre los ingleses. Los veinte años de entente anglofrancesa y la expansión económica inglesa debían de convencer a muchos de que el peligro no era inevitable, o bien de que en caso de materializarse, Inglaterra podría batir a España y Francia juntas. Por otra parte la amenaza borbónica - como la jacobita - siempre podía airearse en Inglaterra con fines políticos internos. De hecho, en vísperas de la guerra de 1739 tanto el gobierno como la Oposición utilizaban un mismo pronóstico para justificar posturas diferentes. El gobierno razonaba que en una guerra contra España y Francia, los ingleses no podrían vencer, y por lo tanto era necesario evitar la ruptura.¹⁴ En cambio la Oposición arguía que si los borbones podían atemorizar a Inglaterra entonces, cuanto más tiempo pasaba más irresistibles se harían, y por lo tanto era mejor enfrentarse a ellos en seguida.¹⁵ Hasta cierto punto se puede incluso pensar que el belicismo de la Oposición inglesa se alimentaba de la perspectiva de una lucha decisiva contra el bloque borbónico, y más exactamente contra Francia, reconocida como la principal enemiga

de Inglaterra. De todos modos parece que la unión borbónica era más eficaz en política internacional como amenaza potencial contra Inglaterra que como realidad diplomática.

En agosto de 1736 es nombrado como embajador español en Francia don Jaime Miguel de Guzmán, segundo marqués de la Mina. Tiene una doble misión, pues por un lado debe defender los intereses españoles en las negociaciones del tratado de paz definitivo con Austria, y por otro lado debe ayudar al arreglo de la ruptura entre España y Portugal, ocurrida el año anterior y en la cual Francia se ha ofrecido como mediadora. Pero ante todo el nuevo embajador debe ocultar a los demás representantes extranjeros las desavenencias hispanofrancesas, procurando siempre dar la impresión de una firme unión borbónica, en la que España se ve fortalecida.¹⁶ Por esta razón se le encarga también al marqués el concertar enlaces matrimoniales entre las dos familias reales.

Mina es respetado y públicamente honrado en la Corte de Luis XV, pero ello no impiden que los negocios anden a traspiés, ni desvanece la mutua desconfianza entre los dos gobiernos. El marqués no es tampoco la mejor persona para sobrellevar el sutil juego diplomático de Fleury. Mina es un hombre autoritario, ambicioso, competente como soldado y muy patriota, y acaba de presenciar el abandono francés de la guerra italiana, que difícilmente puede perdonar. El militar español y el cardenal francés no son capaces de comprenderse.¹⁷ España acaba por desentenderse del tratado francoaustriaco, y el casamiento del Delfín con la princesa española María Teresa se aplaza indefinidamente, aunque según Fleury exclusivamente por razones de edad. Tampoco quieren los reyes españoles esperar dos o tres años para poder casar a don Carlos con una princesa francesa, a pesar de los deseos de Fleury (compartidos por Mina), y este príncipe se casa con la alemana Amalia de Sajonia. Al fin, todos los proyectos se reducen a la boda del Infante Felipe con Luisa Isabel, concertada y celebrada entre febrero y agosto de 1739, en vísperas de la guerra angloespañola.¹⁸

A principios de 1737 fue destituido como ministro francés de Asuntos Extranjeros Chauvelin. El cardenal Fleury intenta culparle a él de las malas relaciones hispanofrancesas, y poner en olvido las diferencias pasadas. Por eso en septiembre de 1738 manda al conde de la Marck, nuevo embajador francés en España, evitar toda discusión sobre los conflictos habidos entre ambas naciones e intentar ganar la confianza de Felipe e

Isabel.¹⁹ Fleury conoce bien los intereses comunes de España y Francia, y desea la amistad española.²⁰ Incluso está dispuesto a ayudar en la próxima guerra contra Inglaterra, pero sólo a cambio de un tratado comercial favorable.²¹ Ahora bien lo que Fleury desea por encima de todo es conservar la paz, de manera que hace lo posible por favorecer el arreglo pacífico de las disputas angloespañolas.

Sin embargo el gobierno español pone grandes esperanzas en la ayuda francesa contra Inglaterra. Desde comienzos de 1738 procura por todos los medios descubrir la postura de los franceses, y atraerlos a la causa española. Quadra incluso instruye a Mina sobre un proyecto de desembarcar fuerzas borbónicas en Escocia para apoyar al pretendiente estuardo Jacobo III.²² Pero Fleury no se deja comprometer, y el inquieto recelo español crece, aunque sin influir para nada en el desarrollo de las disputas con Inglaterra. Mina no ignora la enorme delicadeza y gravedad de la coyuntura internacional, y queda convencido de la necesidad de contar con el apoyo francés, aunque sea a costo de privilegios comerciales. La salvedad que discurre es que dichos privilegios no se concedan "en tal exceso que sea peor condición el remedio que el daño".²³ De todos modos comprende perfectamente que el gobierno francés no se movería sino en puro interés propio.

En mayo de 1738 se corre la voz de que Fleury ha asegurado al embajador inglés que Francia no intervendría en caso de guerra angloespañola.²⁴ Cuando Mina exige una declaración por escrito sobre este punto, se le contesta con evasivas.²⁵ Pero de lo que no se enteran los españoles es que Fleury sorprende al gobierno inglés ofreciendo renovar la alianza entre Francia e Inglaterra. Acaso busca la garantía inglesa de la recién adquirida Lorena, o acaso pretende sondear el alcance de las pretensiones inglesas contra España. Lo cierto es que Fleury se echa para atrás cuando los ingleses exigen la neutralidad francesa en una guerra angloespañola, y en junio ya muestra una inusitada hostilidad contra los ingleses.²⁶

De este modo el camino hacia la unión borbónica queda abierto, si no despejado, y el veintisiete de junio Quadra remite a Mina instrucciones para emprender las negociaciones de una alianza hispanofrancesa.²⁷ El ministerio español a lo largo de estas muy prolongadas negociaciones mantendrá que su deseo es vivir en paz, pero sin soportar por más tiempo

las agresiones inglesas, que están¹ llevando irremediablemente a la guerra, y que son igualmente perjudiciales para Francia. Si Inglaterra declara la guerra, quedarán rescindidos el Asiento de negros y demás privilegios comerciales ingleses, pero no podrán ser concedidos a Francia porque para España el daño seguiría siendo igual, y acabaría creando disputas entre Francia y España. Únicamente se ofrece mantener el comercio francés en España tal como ha sido hasta este momento, entendiendo que es favorable a Francia.²⁸

Sin embargo para Fleury las proposiciones españolas no son enteramente satisfactorias. En el fondo su deseo más ferviente es de mantener la paz, y sugiere por un lado que España abandone sus esperanzas de más adquisiciones italianas, accediendo al tratado francoaustriaco, y por otro lado que piense en la mediación francesa en sus disputas con Inglaterra. Ahora bien, si ha de establecer una guerra americana Fleury comprende que el interés francés está en apoyar a España, pero no está dispuesto a comprometerse sino en una alianza puramente defensiva, y haciéndose pagar con el Asiento, el navío anual, y mayor flexibilidad en el ejercicio del derecho de visita, entre otras muchas ventajas comerciales.²⁹ El gobierno inglés, que no puede atisbar las dificultades con que tropiezan España y Francia para llegar a un acuerdo, empieza a sospechar en el verano que la inflexibilidad de Quadra en sus respuestas sobre presas y el plan de Stert proviene de que Quadra se sabe apoyado por Francia. En Inglaterra se siente un intenso recelo de la posibilidad de una unión borbónica dirigida contra ella y con el propósito de alzarse con la hegemonía en Europa.³⁰ Por eso la sospecha de una alianza borbónica, lejos de ablandar a los ingleses, provoca un nuevo aumento de la armada.³¹

A mediados de agosto de 1738 el gobierno francés se declara dispuesto a la alianza, pero cuando a fines de septiembre entrega su proyecto de tratado comercial, no va acompañado de un proyecto de alianza. El disgusto español es muy acusado al comprobar este interés desnudo de los franceses, y los informes emitidos sobre el proyecto les acusan de procurar eliminar la reciprocidad, recortar la soberanía española, y en definitiva, eludir precisamente aquellas restricciones que el gobierno español se está esforzando en imponer a los ingleses. La reacción del ministerio español al proyecto francés es, pues, enteramente negativa y todas las consultas rechazan de plano las pretensiones francesas.³² No obstante, la respuesta dada por Quadra sobre el proyecto no es una clara negativa, sino

un intento de posponer su negociación en vista de la gran delicadeza y complejidad de los tratados comerciales, que requieren largos debates, mientras que la alianza es más sencilla y más urgente, y debe ser ajustada en primer lugar.³³ Quadra, que no tiene prisa desde la firma del convenio de Londres, sugiere que se contenten los franceses con la inclusión en el tratado de alianza de una cláusula estipulando que se concluirá el de comercio tan pronto sea posible.³⁴

Sin embargo los intercambios acerca del tratado de alianza tampoco van por mejor camino. Los franceses tardan mucho en contestar al proyecto entregado por Mina en octubre,³⁵ y cuando al fin ofrece Amelot su contraproyecto de diciembre, la decepción española es muy acusada, pues entre otras cosas se insiste en que no habrá alianza sin tratado de comercio, y se rehuye la defensa de las pretensiones españolas sobre Georgia.³⁶ La desilusión de los reyes españoles con el contraproyecto francés se acrecienta enormemente al comprobar la falta de cualquier mención de un establecimiento para el infante Felipe,³⁷ de manera que las negociaciones se dejan enfriar, y quedan prácticamente estancadas tras la firma de la convención del Pardo a mediados de enero de 1739. Esta convención exaspera profundamente a los franceses, quienes ven así desvanecerse una gran oportunidad de frenar la expansión comercial inglesa.³⁸

Entretanto Fleury se dedica a mejorar sus relaciones con el gobierno inglés. Por un lado procura persuadir al embajador británico Waldegrave de que Francia no promueve las disputas angloespañolas, dando a entender incluso que España sólo se buscará peleas si insiste en oponerse a la libre navegación en América. En realidad esto no compromete a nada a Fleury, pero los ingleses lo aprovechan al máximo para sondear al embajador español sobre las relaciones hispanofrancesas interpretando que Francia no intervendrá en una guerra a favor de España.³⁹ Por otro lado Fleury se dispone a negociar con Waldegrave un tratado sobre navegación en aguas americanas, para remediar y prevenir contra los conflictos anglofranceses sobre presas.⁴⁰ Es posible que Fleury pretenda que ese tratado sirva de modelo, o al menos de inspiración, para otro acuerdo angloespañol. En cambio el embajador francés en Madrid, conde de La Marck, procura reforzar la resistencia española cara a las conferencias a celebrar con los plenipotenciarios ingleses.⁴¹

En abril, acaso empujado por la permanencia de Haddock en el Mediterráneo, Quadra manda a Mina emprender las negociaciones de un tratado de comercio con los franceses, pero haciendo surgir todas las posibles dificultades sin suscitar la desconfianza española, Luis XV a su vez protesta enérgicamente ante Walpole por la presencia de una armada inglesa sobre las costas españolas.⁴² Poco después, a mediados de mayo, Quadra endurece su postura cara a los ingleses: no admitirá más discusiones con o sobre la Compañía del Asiento mientras no pague su deuda, y si no paga corre el riesgo de ser suspendido el Asiento, y además Felipe V no pagará las 95.000 libras del ajuste de presas mientras no se retire Haddock. Todos estos indicios acaban por convencer a los ingleses de que se han materializado sus peores temores sobre un nuevo pacto de familia borbónico.⁴³

Sin embargo la realidad es bien distinta, pues Mina entretiene a Fleury en las negociaciones con el problema de cómo conceder a Francia ventajas comerciales sin verse obligados a concederlas idénticas a Inglaterra y Holanda, ya que ambas reclamarían su derecho de ser tratadas como la nación más favorecida.⁴⁴ Asimismo deja sentado la determinación española de no volver a conceder el Asiento de negros a nación alguna, una vez que se haya rescatado de las manos inglesas. Por otra parte insiste que el tratado de alianza deberá abarcar la destrucción y evacuación de los fuertes ingleses de Georgia.⁴⁵ Fleury se deshace en elogios a la reina Isabel, intentando crear un clima de amistad y cooperación,⁴⁶ pero Mina sigue la táctica dilatoria marcada por Quadra, refiriendo cada punto a Madrid, sin llegar a un acuerdo sobre ningún artículo. Al fin se trasladan las negociaciones a España, donde Quadra, ahora marqués de Villarias, refiere el tema a una junta. Su dictamen, dado a mediados de agosto de 1739, es que las circunstancias imponen la necesidad de contar con la ayuda francesa, y que habrá de negociar un tratado comercial si es la única forma de conseguirla.⁴⁷

El cese por Keene de las conferencias angloespañolas hace que la guerra sea inminente, pero Fleury se mantiene firme en pedir ventajas comerciales antes de comprometerse formalmente en una alianza. Aun así procura frenar el belicismo inglés por su cuenta, advirtiendo en términos inequívocos a Waldegrave que Francia no podrá tolerar ni un ataque inglés contra los Asogues, a punto de regresar a España, ni la ocupación ingle-

sa de más territorios hispanoamericanos.⁴⁸ Incluso intenta ofrecer la mediación francesa, o francoholandesa, para arreglar las diferencias a última hora.⁴⁹ Algún tiempo después, habiéndose iniciado ya de hecho las hostilidades por mar, Luis XV prohíbe (oficialmente al menos) que sus súbditos tomen cartas de represalia del rey de España contra los ingleses, arguyendo que se oponen a ello el derecho de gentes y el tratado de Utrecht.⁵⁰

Parece que Fleury está dispuesto a todo con tal de ganar tiempo, y evitar la guerra en la cual no quiere de ninguna manera comprometerse a deshora pero de la cual difícilmente puede desentenderse. Al mismo tiempo el gobierno español está absolutamente convencido de que Francia acabará por unirse a España, por su propio interés, y en consecuencia no quiere pagar el precio que pide el Cardenal.⁵¹ En definitiva, el ministerio español tiene plena confianza en poder hacer un buen papel en una guerra defensiva contra Inglaterra, y decide que no necesita urgentemente la ayuda francesa.⁵² Así están las cosas al sobrevenir la ruptura angloespañola en el otoño de 1739.

En seguida advierte Mina que todos temen grandes conquistas inglesas en Indias, y tiene que esforzarse en asegurar que las importantes playas hispanoamericanas estén bien defendidas, y que aun si los ingleses desembarcan en alguna costa desierta, no podrán mantenerse.⁵³ Pero el gobierno español, ante la realidad de la guerra contra Inglaterra, reacciona y renueva sus esfuerzos por lograr el apoyo francés. El ministerio insiste que la agresión inglesa obliga a Francia por el pacto de familia de 1733 a socorrer a España. Sin embargo Fleury desestima este argumento contestando que dicho pacto también estipula que se haría en breve un tratado comercial, del cual el gobierno español se ha desentendido por completo. Mina comienza a impacientarse porque teme que se vayan a emprender las operaciones militares de primavera, sin haberse concluido nada en lo relativo a una alianza.⁵⁴

Por fin en febrero de 1740 se entregan sendos proyectos españoles de un tratado comercial, con algunas concesiones, y de una alianza, calada del pacto de familia de 1733, pero con una memoria adjunta sobre los derechos españoles en Georgia. Condición esencial de ambos proyectos es que, si se aprueban, deberán ser firmados los dos tratados el mismo día y ser considerados como uno solo, dependiendo la vigencia de cualquier artículo

del exacto cumplimiento de los demás artículos.

La respuesta francesa resulta cautelosa en extremo, pues Fleury no quiere comprometerse con el irredentismo español en Gibraltar e Italia, y tampoco ve muy claros los derechos españoles sobre Georgia. Luego la noticia de la caída de Portobelo en manos de Vernon sin duda tienta al Cardenal a registrarse todavía, exigiendo más ventajas ⁵⁵ comerciales. Nada se convence enteramente del materialismo francés: "los tratados estarán hechos en muy breve termino, si el Rey condesciende á lo que se le propone, y sino jamas, porque para estas Gentes, no hay otro stimulo que su interes." ⁵⁶

La verdad es que Fleury sigue aferrado a su sistema pacifista, ostensiblemente porque teme que una alianza borbónica fomentaría la suspicacia de las demás potencias, acabando por movilizar una coalición europea contra los aliados y encendiendo una guerra general. Le preocupa a Fleury la neutralidad de las demás potencias europeas, y en consecuencia pregunta hasta dónde piensa llevar el gobierno español tanto sus pretensiones sobre comercio y navegación en Indias (que han sido la causa de la guerra), como sus objetivos bélicos una vez iniciada la guerra y pactada la alianza borbónica. También tendría en cuenta que la guerra americana obliga a Inglaterra a tomar la iniciativa y desgastar sus recursos, que bueno está mientras España resista, y que entretanto los comerciantes franceses pueden hacer su agosto en los mercados hispanoamericanos vedados a los ingleses. ⁵⁷ Además esta guerra es esencialmente de carácter defensivo, o de contención, desde el punto de vista borbónico, y por lo tanto no se plantean grandes posibilidades de ganancias, mientras que las pérdidas pueden ser muy peligrosas. ⁵⁸ Al fin los ministros españoles acaban por comprender que Fleury no declarará la guerra a los ingleses, y que tomará alguna medida bélica sólo en el caso de una amenaza o conquista inglesa en las Indias españolas que afecte gravemente los intereses franceses. ⁵⁹

Gracias a la "genial pereza de Amelot" ⁶⁰ y a la "tibieza", "dificultad", e "inconsecuencias" del gobierno francés en general, las negociaciones hispanofrancesas permanecen paralizadas durante los próximos meses cruciales. Las noticias de importantes preparativos ingleses para realizar un ataque definitivo contra el Imperio español, y el temor de perder alguna plaza vital - cuando ya toda ayuda sería tardía - impulsa a Quadra a hacer en agosto de 1740 un sentido llamamiento al gobierno

francés, para que aclare de una vez sus verdaderas intenciones.⁶² Remite dos nuevos proyectos de tratados con las máximas concesiones españolas, y plenos poderes al embajador Campoflorido para firmar. Cede todas las pretensiones comerciales francesas, menos el derecho de introducir azúcar y café de las colonias francesas en España, porque esto implicaría el reconocimiento indirecto del derecho francés sobre sus posesiones americanas, que España todavía considera usurpaciones.

Sin embargo el peligro de los armamentos ingleses también hace reaccionar a Fleury, quien decide dejar la negociación de los tratados, con el fin de no verse arrastrado a la guerra abierta, pero enviando una escuadra francesa a América, para impresionar a los ingleses. Se trata de una modificación táctica del Cardenal, bien que siguiendo la misma política de siempre. Justifica la salida de las escuadras diciendo que no quiere la guerra contra Inglaterra, pero que debe proteger los intereses franceses en América.⁶⁴ Con ello da a entender que las hostilidades cometidas en mares americanos no tienen porqué acarrear la guerra total entre las dos potencias implicadas.

La reacción española a este cambio es varia. Por un lado la alegría y el optimismo llenan los ánimos pues el gobierno español se persuade de que la armada francesa va a ayudar a la española, y que la unión de las fuerzas borbónicas hará posible la realización de importantes operaciones navales en América. Pero por otro lado Fleury no declara la guerra a Inglaterra, y la falta de un compromiso formal inquieta un poco.⁶⁵ Más tarde las maniobras independientes de la flota francesa confirman las sospechas de que no se trata de una estrecha colaboración.⁶⁶ La decisión, en octubre, de mandar regresar en seguida la escuadra francesa acaba de llenar de consternación al gobierno español. Campoflorido es ordenado intentar persuadir a Fleury de que la guerra contra Inglaterra es esencialmente americana y comercial, y que Francia debe luchar en América si quiere defender sus propios intereses allí. Fleury ya ha reconocido este principio hacía tiempo, pero prefiere ofrecer a España una ayuda limitada en esa esfera, sin compromisos de ningún tipo. La muerte de Carlos VI de Austria el día veinte de este mismo mes de octubre va a complicarlo todo, desbordando estos argumentos españoles, del mismo modo que la guerra colonial va a ser casi olvidada en medio de las luchas desencadenadas en Europa a raíz de la sucesión austriaca.

El emperador había empeñado gran parte de su vida y sus esfuerzos diplomáticos en obtener el reconocimiento de la Pragmática Sanción por las potencias europeas. Pretendía asegurar la sucesión de su hija María Teresa y evitar una guerra que él bien sabía que sólo serviría de pretexto para la desmembración de sus Estados. Sin embargo su previsión no tuvo los efectos deseados pues María Teresa logró afianzarse en su trono solamente tras larga y peligrosa guerra, y la renuncia a diversos territorios imperiales.

En realidad la guerra de sucesión austríaca no fue una sola guerra sino una serie de enfrentamientos de varia duración entre diferentes potencias, y por diferentes motivos y objetivos. Federico el Grande de Prusia inauguró la contienda invadiendo la provincia de Silesia, por cuya posesión sostuvo dos guerras contra Austria. Carlos Alberto de Baviera luchó por el Imperio contra María Teresa, mientras que Carlos Manuel de Cerdeña y los reyes de España aspiraban a adquisiciones en Italia a costa de los austríacos. Rusia se batió victoriosamente contra Suecia, y por fin, Francia e Inglaterra, que se mantenían bastante vacilantes en los bordes del conflicto general, acabaron enfrentándose en América y la India sin contar la diversión jacobita de 1745.

Los conflictos angloespañoles en América acusan el impacto de los acontecimientos europeos. Después de un período inicial de operaciones militares de gran escala, la guerra angloespañola es abandonada a la suerte del curso. En cambio las crecientes tensiones europeas acaban por producir lo que no pudieron los enfrentamientos americanos: un segundo pacto de familia borbónico. Concluido en 1743 este pacto resucita las viejas ambiciones maternales y dinásticas de Isabel de Farnesio. Desde este momento la mayor parte, por no decir la totalidad, de las energías y preocupaciones del gobierno español se volcarán en la guerra contra Austria en Italia, relegando a un segundo plano muy remoto el desarrollo de los conflictos americanos. Pero esta dorada oportunidad para arrancar un establecimiento italiano para el Infante Felipe, no hace olvidar por completo los motivos de la guerra angloespañola. El pacto borbónico estipula que la nueva colonia de Georgia y los fuertes ingleses que estuviesen en dominios españoles serán destruidos y evacuados. El Asiento de negros se quitará a los ingleses y ya sólo se podrá conceder a súbditos españo-

⁶⁷les. Sin embargo el tratado de Fontainebleau, como el del Escorial diez años antes, está destinado a convertirse en papel mojado, pues el ministerio francés se convence de que lo firmó obligado por la necesidad de contar con la alianza española, y pronto denuncia las pretensiones de la reina Isabel como excesivas e incluso locas.⁶⁸

ESPAÑA Y PORTUGAL.

El conflicto americano que aflige de modo crónico las relaciones lusoespañolas desde fines del siglo diecisiete es la pugna por controlar el río de la Plata. En 1680 el gobernador de Río de Janeiro, Manuel Lobo, funda la colonia de Sacramento en la orilla septentrional del estuario del Plata. Inmediatamente surgen las protestas españolas, y el gobernador de Buenos Aires conquista sin dificultad la nueva colonia ese mismo año. Al poco tiempo las gestiones diplomáticas producen un tratado provisional por el cual se restituye Sacramento a los portugueses, entre tanto se decida sobre su definitiva posesión. Sin embargo, como es de suponer, los comisarios no logran llegar a un acuerdo y la colonia permanece bajo el dominio luso sin que España renuncie a sus derechos sobre ese territorio.

Los peligros con que ha de enfrentarse Felipe V durante la guerra de sucesión española convencen fácilmente de la necesidad de asegurar la amistad portuguesa. El tratado de Lisboa de 1701 consigue esa amistad para el rey borbón a cambio de muchas consideraciones y concesiones, entre las cuales figura la renuncia a todos los posibles derechos españoles sobre la colonia y territorio de Sacramento.⁷⁰ Pero Portugal, empujado contra sus propios intereses por Inglaterra, rompe este tratado, y entra en la guerra al lado del Archiduque Carlos. Esta traición justifica la conquista de Sacramento en 1705 por el gobernador de Buenos Aires, Ildefonso de Valdés-Inclán, pero una vez más ha de restituirse al fin de las hostilidades. Los términos de dicha restitución son especialmente exhaustivos y absolutos, con sólo dos salvedades a favor de España. Una es que "su Majestad portuguesa se obliga á no consentir que otra alguna nación de la Europa, excepto la portuguesa, pueda establecerse ó comerciar en la dicha colonia directa ni indirectamente, bajo de pretesto alguno",⁷¹ y la otra es que España podrá ofrecer un equivalente por la colonia dentro del plazo de año y medio.⁷²

A finales de 1716 los portugueses ocupan Sacramento, y los años sucesivos están llenos de los esfuerzos diplomáticos y bélicos españoles no sólo por recuperar la plaza, sino por frenar el expansionismo portu-

gués a partir de la colonia. El tratado de Utrecht cedió Sacramento y su territorio a Portugal pero ese territorio quedó sin definir y lógicamente cada cual lo interpreta a su gusto. España mantiene que se trata sólo del terreno abarcado en el radio de un disparo de cañón, mientras que los portugueses reclaman un indefinido pero vasto hinterland en toda la banda septentrional del Plata. En 1716-17 negocia Capodistrio en Lisboa para recuperar Sacramento para España mediante la oferta de equivalentes en dinero y tierras. No resultan fructíferas ni estas negociaciones ni las de Madrid en 1721, ni las del embajador Patrio Laules en París en 1724, ni las de Bournonville en Viena en 1726.¹³

Entretanto la colonia está creciendo fuertemente, y en 1723 los portugueses pretenden ocupar el cerro de Montevideo. La reacción del gobernador de Buenos Aires, Bruno de Zavala, no se hace esperar. En 1724 toma el cerro, expulsando a los portugueses y fundando la ciudad de Montevideo, tanto para frenar la expansión brasileña en esa dirección como para vigilar más eficazmente el comercio ilícito que desarrollan los ingleses en el estuario.

Desde la paz de Utrecht el recuerdo de la puñalada por la espalda que propinó Juan V a Felipe se mantiene vivo mediante una agria disputa de carácter comercial. El tratado hispanoportugués preveía la vuelta a la normalidad, pero una ley portuguesa de 1710 prohíbe la introducción de vinos, aguardientes y cervezas extranjeras en el país. Fracasadas las gestiones para anular los efectos de esta ley sobre las exportaciones españolas, el gobierno de Felipe V decide prohibir a su vez la introducción de azúcar, dulces y cacao de Portugal en España.¹⁴ El contrabando a que da lugar esta situación sólo sirve para ahondar la disputa.

El año 1729 trae un intento de aproximación lusoespañola al celebrarse las bodas del Príncipe de Asturias Fernando con la infanta portuguesa Bárbara de Braganza, y del Príncipe del Brasil José con la princesa española María Ana Victoria. Empero estos enlaces no hacen sino agravar el mutuo aborrecimiento personal que se profesan Juan V e Isabel de Farnesio, pues las nueras son objeto de indecorosos tratos en ambas Cortes.¹⁵ Más grave aún para la reina es la constante amenaza del partido "portugués" que podría empujar al príncipe de Asturias a reclamar la abdicación de Felipe V en favor suyo. Es verosímil que el gobierno español concibiera estos matrimonios como una palanca para arrancar a Portugal de la esfera de influencia de Inglaterra, pero al menos por el momento el intento

fracasa rotundamente.⁷⁷

Un proyecto de alianza hispanoportuguesa negociado desde 1725, se frustra enteramente cuando España acepta el tratado de Sevilla. Por otra parte la buena amistad prevalente entre Juan V y Carlos VI contrasta con las relaciones hispanoaustriacas, casi siempre hostiles a causa de las ambiciones italianas de Isabel de Farnesio. Puesto en evidencia este contraste durante la guerra de sucesión polaca, es otro factor de distanciamiento entre las dos naciones ibéricas.

Los estrechos vínculos políticos y económicos entre Portugal e Inglaterra se basan en la necesidad lusa de una aliada que pueda contrarrestar cualquier intento de reconquista por parte de España, y se refuerzan mediante la preponderancia del comercio inglés en la economía portuguesa durante la primera mitad del siglo dieciocho. Esta media centuria constituye la edad de oro del Brasil, pero del río de oro y diamantes que fluyen desde las Minas Gerais no se benefician apenas los portugueses. La mayor parte del oro brasileño, así como el azúcar y tabaco, son extraídos por los ingleses en pago de su grano, mantequilla, carne vacuna, telas y manufacturas, consumidos en Portugal y Brasil. Sin embargo la casi total dependencia portuguesa de Inglaterra no es soportada gustosamente por las clases dirigentes lusas. Los privilegios comerciales ingleses son resentidos y resistidos en lo posible, mientras que la extracción ilícita del oro suscita a menudo la advertencia de que las autoridades portuguesas visitarán los navíos ingleses sospechosos de esta práctica.⁷⁸ De hecho Portugal no emprende ninguna política restrictiva del contrabando inglés, pero evidentemente tiene los mismos problemas y podría adoptar la misma actitud que España, dada una coyuntura favorable.

El interés español en Sacramento no es, pues, puramente una cuestión de irredentismo territorial. Este aspecto tiene su importancia no sólo por razones histórico-legales y de prestigio, sino en este caso concreto por razones vitales como son las necesidades de Buenos Aires de abastecerse de madera y leña, y de contar con la explotación del ganado vacuno, productos los tres que florecen con mayor abundancia en la banda del norte que en la del sur. Pero la más grave preocupación española respecto de Sacramento es otra. El puerto más meridional del Brasil donde tienen derecho los ingleses a colocar comerciantes residentes, según los

tratados es Río de Janeiro, pero en la práctica los navíos ingleses llegan con toda tranquilidad y harta frecuencia hasta Sacramento. De allí en contrabando se distribuye no sólo por el sur del Brasil sino por todo el interior del Imperio español, llegando por vías terrestres al mismo Perú. En definitiva, se unen al interés territorial, (centrado en la defensa del mal guarnecido Buenos Aires y el control de las rutas marítimas del Atlántico meridional), un claro interés estratégico y sobre todo una preocupación por la preponderancia marítima y comercial de Inglaterra que se acentúa a costa de España mediante la vía indirecta de la posesión portuguesa de Sacramento.

En 1734 se agravan bastante las relaciones lusoespañolas en la Plata. Los gobernadores de Buenos Aires y Sacramento intercambian agrias cartas de recriminación, y al año siguiente un absurdo incidente diplomático le da pie a Patiño para ordenar la conquista de la colonia portuguesa.⁷⁹

En realidad las relaciones hispanolusitanas están muy tensas en 1734 en todos los frentes. Por parte española se le llama la atención al embajador Belmonte por sus excesos en el cuarto de los Príncipes de Asturias, y se insiste nuevamente en la prohibición de importar azúcar y cacao brasileño a España. Por parte portuguesa la disposición a abandonar la neutralidad en la guerra de sucesión polaca, para ponerse del lado de Austria, enoja grandemente a los reyes españoles. Finalmente en febrero de 1735, algunos oriundos de la embajada portuguesa en Madrid se atreven a liberar y dar asilo a un criminal detenido por las autoridades españolas. Patiño establece la premeditada culpabilidad de Belmonte y le hace ver que su inmunidad diplomática no cubre semejantes atentados. Las reacciones excesivamente excitadas se suceden en cadena hasta llevar a las dos naciones al borde de la guerra.

Es en agosto de 1735 que se expiden las órdenes a Miguel Salcedo, gobernador de Buenos Aires, para que ataque Sacramento. La justificación dada es la repetida violación portuguesa del tratado de Utrecht al admitir continuamente navíos ingleses al puerto de la colonia.⁸⁰ La llegada de refuerzos navales a los portugueses desbarajusta el primer asalto a la plaza, de manera que Salcedo ha de conformarse con mantenerse a la espera de los acontecimientos u órdenes nuevas, mientras que se limita a rendir la plaza por hambre. Más tarde el aumento de navíos bajo bandera portuguesa

en el río de la Plata, hace sospechar al gobierno español que se trata en realidad de navíos ingleses dispuestos a evitar la caída de Sacramento.

Todas las potencias europeas se interesan por la ruptura hispanolusitana, y como de costumbre las turbias maniobras diplomáticas alteran los ánimos y complican el desarrollo de la crisis. Tanto Inglaterra y Holanda como Francia desean conservar la paz y hallar una solución negociada al enfrentamiento hispanoportugués, pero Austria en un principio apoya el belicismo de Juan V, e Inglaterra se ve obligada a enviar una armada a Lisboa en señal de apoyo a Portugal, aunque se retirará después de asegurar la vuelta de la flota del Brasil. Después de calmarse un tanto las iras de unos y otros surge un gran problema al preferir Portugal la mediación inglesa, y España la francesa, hasta que por fin se acepta por ambos lados una mediación conjunta de Inglaterra, Holanda y Francia. Coincide con esta fase de la crisis hispanoportuguesa, la firma en octubre de 1735 de los preliminares de Viena, con que Fleury y Carlos VI ponen fin a la guerra de sucesión polaca.

Este cambio en la situación general de Europa, la inminente negociación de los términos definitivos de la paz, y la desconfianza española hacia su desleal aliada Francia afectarán para mal la resolución del conflicto planteado entre las potencias ibéricas.

Así es que el conflicto tarda dos años en encontrar su solución. La convención de París, firmada en quince de marzo de 1737, arregla la restitución de prisioneros y la reanudación de relaciones diplomáticas normales entre los dos países, pero deja la disputa sobre Sacramento para posteriores negociaciones bilaterales, limitándose a disponer el cese de hostilidades en América y la manutención del statu quo en el momento de recibir las órdenes.²²

Ahora bien, antes de la conclusión de la convención de París, nace la idea de una alianza entre Portugal, España y Francia. La primera sugerencia parte de Juan V, resentido por el poco provecho que acaba de sacar de la alianza inglesa después de tantos años de sujeción a los intereses comerciales ingleses y también por el rumor de un proyecto angloruso de establecerse en territorios brasileños.²³ Fleury la recoge con cierto entusiasmo,²⁴ proponiéndola como iniciativa francesa al gobierno español en mayo de 1737.

Entre otros puntos propios de tales alianzas defensivas, figura en el proyecto la garantía mutua de las posesiones de cada uno, y el arreglo

amistoso de las disputas fronterizas entre España y Portugal en América, señaladamente la de la Colonia de Sacramento.⁸⁵

En Madrid se desvanece rápidamente una efímera posibilidad de contar con el beneplácito de Isabel de Farnesio, obcecada en lograr el enlace de don Carlos con la Archiduquesa y calculando el valor de los buenos oficios de Juan V cerca de su cuñado el Emperador. El definitivo fracaso de esta aspiración deja a España sin ningún motivo de desear una aproximación a Portugal, y sí con muchos motivos de conflicto pendientes. Tampoco es el mejor momento para que Francia tome una iniciativa de esta índole cerca de los soberanos españoles, pues cala hondo el amargo resentimiento que albergan en sus corazonas contra la veleidosa aliada de la guerra polaca. En fin el proyecto de alianza resulta bastante peliagudo en varios puntos, pero especialmente en los referentes a América. La garantía mutua de posesión equivaldría de hecho al reconocimiento español de todas las usurpaciones portuguesas y francesas en las Indias. Fiel todavía a su política de avestruz, el gobierno español tiene que rechazar rotundamente cualquier limitación de sus históricos derechos legales en América, tal como los entienden los ministros españoles. Además, en un asunto tan grave y enconado como es el de Sacramento, España no se fía en absoluto de la mediación de Francia.⁸⁶ Sin embargo no se desprecia enteramente esta sorprendente oportunidad, y a la vez que expone los reparos españoles al proyecto francés, el marqués de la Mina adelanta las condiciones bajo las cuales estaría dispuesto a entrar en tratos el gobierno español. Esencialmente se exige la inmediata cesión de la colonia de Sacramento a cambio de ciertas consideraciones pecuniarias.⁸⁷ No siendo este planteamiento aceptable a Portugal, se ofrece otro equivalente en el otoño de 1737,⁸⁸ pero la negociación se estanca, en parte porque Fleury no quiere permitir que se entiendan entre sí las dos partes interesadas, sin su supervisión, y en parte porque España sólo está siguiéndola para ver si se entera de alguna cosa útil.⁸⁹

En mayo de 1739, estando a punto de producirse la ruptura angloespañola, Juan V ofrece concertar un tratado de amistad con Francia. El soberano portugués está perfectamente consciente del valor que puede tener su neutralidad para las potencias borbónicas en la próxima lucha contra Inglaterra, y quiere aprovechar la ocasión para sacar algún beneficio de ello, especialmente en lo concerniente a Sacramento. Su afán de mitigar algo la constricción a que Inglaterra tiene sometida la diplomacia lusitana es otro poderoso factor de su aproximación a Francia.⁹⁰ Fleury acepta gustosamente en principio, si Portugal se aviene a negociar también un tratado

comercial. Una vez elaborado el proyecto se le envía una copia al embajador La Marck para que lo enseñe con el mayor secreto a los reyes de España. Ellos afectan alegrarse por Francia si puede sacar ventajas comerciales en un tratado de comercio con Portugal, pero se muestran suspicaces acerca del proyecto de alianza, diciendo que habrán de estudiarlo con cuidado antes de emitir su juicio, y recordando que todavía quedan algunos puntos de la convención de París de 1737 sin cumplir por Juan V. Isabel expresa francamente su odio hacia el soberano lusitano y asegura que si no ha metido en cintura aún a los portugueses es sólo por deferencia a Luis XV.⁹¹

Sin embargo Felipe V teme la intervención portuguesa en la inminente guerra, y sin duda piensa en la conveniencia de complacer a Francia, de modo que da su aprobación a una versión modificada del tratado.⁹² Pero lo que realmente busca Juan V es utilizar la mediación francesa para forzar a España a hacer concesiones respecto de Sacramento, y La Marck recibe órdenes de proponer un tratado de neutralidad entre España y Portugal. El embajador francés intenta convencer del interés que tendría la neutralidad lusitana, al privar de un aliado a Inglaterra, animando tal vez a Holanda para que se mantenga también neutral. Estas razones parece que impresionan algo, pues se accede a algunas de las peticiones portuguesas y se remiten instrucciones a París para que negocie el tratado allí. ¡Cual no sería la sorpresa española al comprobar que el embajador portugués Luis da Cunha tiene que pedir nuevas instrucciones, las cuales, tras una larga tardanza, añaden una serie de nuevas peticiones!⁹³ Las discusiones se siguen celebrando, pero en septiembre de 1739 la presencia de doce navíos de guerra ingleses en los puertos lusitanos refuerza las pocas ganas de los españoles a tratar con el vecino ibérico.⁹⁴ La actitud española en estos años acaso puede resumirse con las reflexiones del marqués de la Mina, al decir "si los portugueses se mueven, será muy fácil escarmentarlos, y solo podemos recelar, que quando vamos a ellos de veras, tengan mas amigos que los Ingleses".⁹⁵

En febrero del año siguiente Luis da Cunha vuelve a la carga con otro proyecto de tratado de neutralidad.⁹⁶ Asegura al marqués de la Mina "que nada desea tanto su Amo, como estrechar la amistad, y Alianza con el nuestro, por todos los medios que parezcan proporcionados, y reciprocos."⁹⁷ Se propone, entre otras cosas, que España levante el bloqueo de Sacramento y permita la libre navegación en el Plata con la supresión del derecho de

visita allí, mientras que se negocie una solución amigable sobre la colonia. La actitud española lógicamente se mantiene, en apariencia al menos, amistosa y abierta a las proposiciones portuguesas,⁷⁸ pero no se le informa a Mina de los exactos términos del proyecto lusitano. Parece probable que los ministros franceses se dan cuenta de que España rechazará las pretensiones portuguesas, e intentan concluir un favorable tratado comercial francoportugués mientras los dos representantes ibéricos intercambian vagas expresiones de mutua buena voluntad.⁷⁹

Pero los portugueses hacen depender de su acuerdo con España la conclusión del tratado comercial con Francia, que en realidad sólo es el cebo para conseguir el apoyo francés cerca de los reyes españoles en estos momentos tan críticos.¹⁰⁰ Las dificultades se amontonan, y al final la muerte del Emperador viene a paralizar las negociaciones de Francia y España con Portugal.

LAS RELACIONES DIPLOMATICAS DE ESPAÑA CON FRANCIA Y PORTUGAL CARA A
LA GUERRA CON INGLATERRA.

NOTAS.-

- 1 Otras islas ocupadas por los franceses durante diferentes periodos del siglo XVII fueron San Cristóbal, San Martín, San Cruz, San Bartolomé y Granada. William J. Eccles, France in America, New York, Harper & Row, 1972, pp. 63 y 150.
- 2 Eccles, 1972, pp. 160-8. Los primeros conflictos hispanofranceses en este territorio han sido estudiados por Roberto Gil Munilla, "Política española en el Golfo Mexicano", Anuario de Estudios Americanos, XII, Sevilla, 1955, pp. 467-611, abarcando desde 1685 hasta 1707. Véase también Cherrion Shelby, "The effect of the Spanish reoccupation of Eastern Texas upon French policy in Louisiana, 1715-1717", Hispanic American Historical Review, 24, 1944, pp. 605-13.
- 3 Tratado de alianza defensiva entre España y Francia, Madrid 1721, artículo 1º, en Cantillo, (ed.), 1843, p. 196.
- 4 Un estudio detallado de estos conflictos es el de Fernando Solano Costa, "Los problemas diplomáticos de las fronteras de la Luisiana", Cuadernos de Historia Diplomática, III, Barcelona, 1956, pp. 51-95.
- 5 Fares, 1936, pp. 8 y 13, dice que entre 1701 y 1713 zarparon 88 navíos de Francia para comerciar en el Mar del Sur, y entre 1713 y 1724 salieron otros 62.
- 6 Gaston Hambert, "La France et la politique commerciale de l'Espagne au XVIII^e siècle", Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine, VI, 1959, pp. 269-88. Una de las medidas más protestadas por los franceses interesados en el comercio de Cádiz era el aumento - excesivo y arbitrario según ellos - del indulto sobre los efectos extranjeros en los galeones y flotas. Una "Mémoire pour servir de réponse aux ministres d'Espagne sur l'indult [des colliers]", joint à la lettre du Garde des Sceaux à Rottembourg, 2 marzo 1728, A. N. Espagne, tome 353, f. 144 y 296, publ.

Alfred Baudrillart, Philippe V et la Cour de France, Paris, 1890, 3, p. 598, explica la postura francesa: "Le roi de France a grand intérêt à tolérer le commerce des Indes en droiture. Il l'a défendu sous les peines les plus sévères pour être agréable au roi d'Espagne, qui tire d'immenses revenus de l'obligation de nos sujets de se servir de la voie de flotte et galions. Si le roi d'Espagne rend ce commerce trop dur aux Français ou manqué aux traités, on fera comme les Anglais et les Hollandais qui ne se sont jamais privés d'un commerce illicite avec les Indes".

- 7 Joaquín Maldonado Becerra, "España y Francia en el siglo XVIII", Revista de España, CVIII, Madrid, 1886, pp. 484-5, discurre que no se trata-
ba sólo de un simple cambio de dinastía sino de "un cambio político y
radical en la política internacional de España, reemplazando a la his-
tórica tradicional rivalidad entre nuestra nación y Francia la alianza
intima y permanente con este Estado", alianza que considera benefactora
en todos los órdenes. J.R. Seeley, "The House of Bourbon", English His-
torical Review, 1, Londres, 1886, núm. 1, pp. 86-104, concibe que toda
la historia diplomática europea del siglo XVIII se desarrolla a impul-
sos de la alianza borbónica, "the ambitious and deliberately laid design
of an ascendant power" dirigido "vowedly and directly against England".
- 8 Primer pacto de familia, San Lorenzo 7 noviembre 1733, artículo 1º, en
Cantillo, (ed.), 1843, p. 276.
- 9 La diplomacia española de este período puede seguirse con detalle en
Alfred Baudrillart, Philippe V et la Cour de France, Paris, 1890-1901,
4 vols., y Antonio de Oñatividad, Relaciones internacionales de España
en los últimos años de Felipe V, tesis doctoral inédita, 3 vols., presen-
tada en Madrid en 1953. Archivo General de San Bernardo, 2260-62, de la
cual es un extracto condensado muy útil Estilo en la política interna-
cional de Felipe V, Valladolid, C.S.I.C., 1954.
- 10 La desconfianza española se ve en un momento de aproximación hispano-
franco-inglesa, en una carta de Santa Cruz y Barrenechea al marqués de la
Paz, París 15 abril 1729, publ. por Baudrillart, 1890-1901, 3, p. 587,
en que hablando de la defensa de América, dicen "ni bastaría que el
Cardenal de Fleury dijese que nunca sufrirá conquistas de Ingleses en

Indias de España, pues la emprenderían sin el permiso de la Francia, algún día que mudasen liga y aun manteniéndose en la de Francia, quedaría el peligro de que unos y otros entrasen a partir nuestra capa".

- 11 Alfonso Danvila, "Felipe V y la corte de Francia", La lectura, 1², Madrid, 1901, pp. 244-59, tachona las alianzas borbónicas como "hojarasas de grandeza y sentimentalismo", afirmando que "muerto Luis XIV, no hubo un momento de franquicia ni de verdadera y desinteresada amistad entre las dos ramas borbónicas". De todos modos parecería ingenuo en política esperar tal cosa.
- 12 Primer pacto de familia, cit., artículos 4^o y 13, en Cantillo (ed.), 1843, pp. 279 y 281.
- 13 Newcastle a Waldegrave, Londres 5 febrero 1734, cit. por Seeley, 1886, p. 94, remite noticias del primer pacto de familia, que dice "not only threatens the liberties of Europe in general by having for its foundation the aggrandisement of the house of Bourbon, but is particularly levelled at his majesty and his dominions. Indeed it is scarcely possible for a treaty, if it be true, to be more injurious to his majesty than this is in every respect."
- 14 Horace Walpole, The Grand Question, Whether War, or no War with Spain, Londres, 1739, p. 11.
- 15 Hugh H. Campbell, A State of the Rise and Progress of our Disputes with Spain..., Londres, 1739, p. 73. Considerations upon the present State of our Affairs, at Home and Abroad..., Londres, 1739, pp. 28-9.
- 16 Instrucción del marqués de la Fita, San Lorenzo el Real 21 noviembre 1736, AHN, Estado, leg. 3457², "Las quejas ó motivos particulares de las dos Familias de Bourbon, consideradas una misma por su Tronco, no han de salir al publico; en el concepto de que nuestra unión nos constituye Legisladores de la Europa, y nos hace formidables á las demás Potencias, de que es prueba lo que trabajan en interrumpirla sembrando discordias..."

- 17 Rúscar a Ensenada, París 17 septiembre 1747, cit. por María Dolores Gómez Collada, "Viejo y nuevo estilo político en la Corte de Fernando VI", Eidos, 6, Madrid, 1957, p. 58, dice "Lina es buen general, buen vasallo del Rey, pero lleno de faltas máximas para la Corte".
- 18 Jerónimo Becker, "La embajada del marqués de la Lina, (1736-1740)", Boletín de la Academia de la Historia, LXXXIII, LXXXIV, LXXXV, y LXXXVI, Madrid, 1923-25, pp. 364-78; 184-96, 393-402; 5-16; y 42-115. Es un estudio muy difuso y poco crítico, aunque esboza los temas fundamentales. Bédhencourt, 1953, pp. 516 y ss.
- 19 "Instrucciones a La Harch", Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de la France, XII bis, París, 1834-19.
- 20 Recueil..., XXV-2, Angleterre, T. 3, (1690-1791), p. 301, en las instrucciones de 1737 al conde de Cambis, embajador francés en Londres, Fleury advierte "On dit du bien du Chevalier Fitz-Gérald, agent d'Espagne, et il sera bon de lier avec lui une étroite amitié, tant par rapport au Commerce de l'Amérique que pour les intérêts mutuels des deux Couronnes".
- 21 Recueil..., XII bis, "Instrucciones a La Harch, pp. 216-222.
- 22 Quedra a Lina, 20 enero y 13 marzo 1738, AHH, Estado, leg. 4084, y Lina a Quedra, 24 marzo 1738, leg. 4133, cita. por Bédhencourt, 1953, p. 763.
- 23 Lina a Quedra, 26 y 28 abril 1738, AHH, Estado, leg. 4133, cit. por Bédhencourt, 1953, p. 764.
- 24 Geraldino a Quedra, Londres 9 mayo 1738, (copia), AHH, Estado, libro 707, dice que eso es lo que ha podido penetrar de una carta de Waldegrave, embajador inglés en París, a Louville, de 6 junio.
- 25 Lina a Quedra, 12 mayo 1738, leg. cit., cit. por Bédhencourt, 1953, p. 764.

26 Id., 16 junio 1738, AGS, Estado, leg. 3493, cit. por Béthencourt, 1953, p. 767.

27 Quadra a Linz, 27 junio 1738, AHN, Estado, leg. 4084, cit. por Béthencourt, 1953, p. 768.

28 Id.

29 Béthencourt, 1953, p. 770.

30 Seeley, 1886, p. 93-4, citando cartas de Newcastle de mayo y junio 1739.

31 Geraldino a Quadra, Londres 31 julio y 7 agosto 1738, (copias), AHN, Estado, libro 709.

32 Quintana a Quadra, 30 diciembre 1738 y 6 marzo 1739, AGS, Estado, leg. 4403, cit. por Béthencourt, 1953, pp. 775-6.

33 La Harck, "Exposé abrégé de ce qui s'est fait et négocié depuis le 1^{er} novembre 1738, que je suis arrivé en Espagne...", publ. en Recueil..., XII bis, pp. 216-7, dice que un argumento empleado por Quadra es que si, como resultado de la alianza borbónica, Inglaterra quedase vencida, podría concederse a Francia los ventajas comerciales inglesas que se piensan anular. Sin embargo no parece verosímil que Quadra haya dicho eso, pues es uno de los puntos que más firmemente niega.

34 Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 476.

35 El proyecto español de octubre de 1738 prevé una alianza perpétua, la mutua garantía de los dominios y derechos españoles y franceses, la declaración de guerra por Luis XV a Inglaterra si ésta rompe con España, la suspensión del Asiento y navío a los ingleses, la reconquista de Gibraltar y Menorca, la defensa de los derechos españoles sobre Georgia, la separación de Holanda de la alianza inglesa, la pronta conclusión de un tratado comercial francoespañol, la defensa de Carlos de las Dos Sicilias y la formación de un Estado para don Felipe. Baudrillart, 1890-1901, 4, pp. 474-5.

- 36 Amelot a La Harck, 2 diciembre 1738, A.E. Espagne, t. 446, f. 177, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 475, explica "quelque arrangement qu'on prenne sur le traité, S.M. ne s'y engagera point qu'autant que le traité de commerce sera fini en même temps. Le traité de l'Escurial qui contient l'engagement le plus formel d'un traité de commerce qui n'a point été fait doit nous faire prendre des mesures plus certaines à cet égard". Respecto de Georgia, el proyecto francés dice que se destruirá sólo "en el caso de que esté construida en perjuicio de los tratados". Otro artículo importante es el 2º que garantiza mutuamente las posesiones españolas y francesas "de derecho reconocido o de hecho", que interpreta el ministerio español como un intento de legitimizar con engaños las usurpaciones francesas en América. Béthencourt, 1953, pp. 803 y 812. Resumen de todo el proyecto francés en Baudrillart, 1890-1901, 4, pp. 476-7.
- 37 Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 477.
- 38 Amelot a La Harck, 27 enero 1739, A.E. Espagne, t. 452, f. 54, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 520, dice "Ce n'est pas que nous desirassions que la guerre s'allumât entre l'Angleterre et l'Espagne, mais il aurait été d'une extrême importance d'arrêter l'excès de fraude que les Anglais pratiquaient impunément."
- 39 Gervolino a Quadra, Londres 6 noviembre 1738, (copio), AHN, Estado, 11-bro 709.
- 40 Id., (otra), y 11 diciembre 1738, 3 enero y 31 marzo 1739, (copias), libro cit.
- 41 La Harck a Amelot, 16 marzo 1739, A.E. Espagne, t. 452, f. 216, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 524.
- 42 Baudrillart, 1890-1901, 4, pp. 525-6.
- 43 Gervolino a Quadra, Londres 8 enero 1739, (copio), libro cit. refiere que Hovortio cree en la alianza borbónica y que ha dicho "que siempre

había comprendido que la negociación entablada por esa con esta Corte no había tenido otro objeto que el de ganar tiempo hasta restablecer la buena armonía con la de Francia". Pares, 1936, p. 138, sugiere que esta convicción pudo impulsar a Newcastle a despachar las contraórdenes a Haddock para que no quedase en el Mediterráneo. Geraldino a Quadra, Londres 19, 21 y 28 mayo, 4 y 18 junio 1739, (copias), libro 710, dice que los ingleses están completamente seguros de la alianza francoespañola, y que los inquieta mucho. Newcastle a Waldegrave, mayo y junio 1739, cit. por Sooley, 1886, p. 93, en que el Duque teme que se ha concluido un pacto de familia ofensivo y defensivo al mismo tiempo que se ha ajustado la boda del Infante Felipe con la hija mayor de Luis XV.

44 Béthencourt, 1953, p. 788.

45 Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 526.

46 Mina a Villarias, 8 junio 1739, AMN, Estado, leg. 4134, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 526, dice "No puedo ponderar á V.E. el agasajo y las demostraciones con que me recibió el Cardenal ayer; estube con él casi una hora y lo mas del tiempo se ocupó en dezirme elogios de nuestra Am. que la venera, que la quiere, que admira sus talentos y que está muy gustoso de que no hayan borrado las cosas pasadas y que conoce que es S.E. una princesa adornada de bondad y virtudes..."

47 Dictamen de la Junta de 15 agosto 1739, AGN, Estado, leg. 4403, cit. por Béthencourt, 1953, p. 780.

48 Baudrillart, 1890-1901, 4, pp. 530-1, Pares, 1936, p. 157, y Béthencourt, 1953, p. 789.

49 Baudrillart, 1890-1901, 4, pp. 530 y 533, Pares, 1936, p. 145-52 y Béthencourt, 1953, p. 790-1.

50 Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 534.

- 51 Baudrillart, 1890-1901, 4, pp. 532 y 536. Mina a Villarica, París 26 agosto y 14 septiembre 1739, AHN, Estado, leg. 4145 y AGS, Estado, leg. 4396, cita. por Béthencourt, 1953, pp. 794-5, informa que hay cierta división interna del gobierno francés, y que el ministro de Marina e Indias, Laurencin, aboga por la guerra contra Inglaterra, y trabaja duramente para preparar navíos de guerra. Asimismo Mina recibe información sobre el aumento de las fuerzas terrestres francesas, y el desplazamiento de algunas unidades hacia las costas. En consecuencia, en otra de 19 octubre 1739, AHN, Estado, leg. 4145, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 537, Mina aconseja firmeza, "y si la guerra de Ingleses se enciende que es la fantasma que nos ponen delante para vendernos caro su auxilio me prometo que lo han de dar, aun sin esta circunstancia: esto no es seguro, pero todavía no nos estrecha el tiempo, y llegando el caso, le tendremos para conceder lo que se nos pide".
- 52 Mina a Villarica, París 28 septiembre 1739, AHN, Estado, leg. 4145, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 536, dice: "Se ha parecido conveniente que Gerfildino en sus discursos con estos señores [franceses] hable con aprecio y con deseo de su alianza, pero que les diga con el conocimiento que tiene de Inglaterra que nosotros solos bastamos à defendernos, y destruir su poder con Armadas y sin el empeño de grandes flotas y así lo ha executado; en que mi maxima es que no se nos vendan caros en el concepto de que su alianza es de reciprocas ventajas, y no solo necesaria para España". Estos pensamientos de Mina no representan en gran medida una convicción muy extendida entre los dirigentes españoles en estos momentos.
- 53 Mina a Villarica, París 11 enero 1740, (copir), AHN, Estado, leg. 4081.
- 54 Id., 22 febrero 1740, (copir), loc. cit.
- 55 Id., 7 marzo 1740, (copir), loc. cit., dice exasperado "estamos casi al principio, (no obstante todo lo escrito, y replicado), en el tratado de comercio, respecto de que no se convence la Francia de nuestras razones...", y en 30 marzo 1740, (copir), loc. cit., dice que la ofensa de Portobelo debilita la posición española de modo que no se puede esperar un cambio en la postura francesa. España tendrá que escoger ya

entre 1) seguir la guerra sola, 2) ceder a las pretensiones francesas para obtener la alianza, o 3) reconciliarse con Inglaterra.

56 Id., 30 marzo 1740, cit.

57 Mina a Villarias, París 31 marzo 1740, (copia), AHN, Estado, leg. 4081.

58 Campoflorido a Villarias, París 29 octubre 1740, AHN, Estado leg. 4081, cit. por Béthencourt, 1953, p. 867, dice de Fleury "él era de sentimiento de la paz, porque esta es una guerra que no se va a ganar nada, y no como en la última pasada, pues la presente está expuesta a infinitos accidentes".

59 Mina a Villarias, París 31 marzo 1740, (copia), AHN, Estado, leg. 4081. Campoflorido a Villarias, París 29 julio 1740, leg. cit., repite la misma idea, diciendo que Fleury retrasará indefinidamente su intervención en la guerra "a menos que los ingleses se apoderen de alguna plaza en Indias y quisiesen mantenerla con perjuicio de este comercio".

60 Mina a Villarias, París 30 marzo 1738, (copia), leg. cit.

61 Villarias a Campoflorido, San Ildefonso 8 agosto 1740, (copia), AGS, Estado, leg. 4407.

62 Id., "Ha llegado ya el caso forzoso de que se verifique la realidad & el engaño de la buena fée que ostenta ese ministro, su Emor al Rey, y su disposición & hacer la Guerra & los Ingleses".

63 El marqués de la Mina fue sustituido por el Príncipe de Campoflorido como embajador español en la Corte de Luis XV en noviembre de 1739, aunque no llegara Campoflorido a su nuevo destino hasta julio de 1740. Mina fue separado del cargo por unir la alianza borbónica personalmente a Luis XV, sin instrucciones y sin avisar siquiera a Fleury, para quien tuvo palabras duras acusándole de querer sacar ventajas comerciales sin más miramientos. Baudrillart, 1890-1901, 4, pp. 539-42, y Béthencourt, 1953, pp. 815-21 y 845-7.

- 64 Fleury siempre ha tenido mucho cuidado en decir que Francia tiene sus propios motivos de conflicto con Inglaterra en América, y por lo tanto un enfrentamiento anglofrancés allí no necesariamente tendría que ser con una alianza borbónica. Ahora, en septiembre de 1740, arguye que Francia tiene el derecho de impedir los abusos de los contrabandistas ingleses porque provocan excesos de los guardacostas españoles que luego sufren todos. Pares, 1936, p. 131.
- 65 Campoflorido a Villarias, París 9 octubre 1740, ANH, Estado, leg. 4081, cit. por Bétencourt, 1953, p. 654, manifiesta una cierta desconfianza hacia los propósitos franceses, diciendo que "sería bueno tener obligada a esta Corona con algún papel".
- 66 Fleury no consultó con el gobierno español antes de zarpar la escuadra francesa, sin duda con el fin de hacer imposible la entrega de órdenes al comandante francés de cooperar con los españoles en América. Pares, 1936, p. 163.
- 67 Tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva entre España y Francia, Fontainebleau, 25 octubre 1743, artículos 10 y 11, en Cantillo, (ed.), 1843, pp. 369-70.
- 68 Rfo Zabala y Lora, El Barón de Arce y el Pacto de Familia de 1743, Madrid, 1928, pp. 11 y 57-9.
- 69 Alejandro Cantillo (ed.), Tratado de paz..., Madrid, 1843, pp. 544-7, nota 1. Antonio Bermejo de la Riva, La Colonia del Sacramento. Su origen, desenvolvimiento y vicisitudes de su historia, Madrid, Biblioteca de Historia Hispano-Americana, 1920.
- 70 Tratado de alianza entre España y Portugal, Lisboa 18 junio, artículo 14, en Cantillo (ed.), 1843, p. 31.
- 71 Tratado de paz y amistad entre España y Portugal, Utrecht 6 febrero 1715, artículo 6º, en Cantillo (ed.), 1843, p. 166.

- 72 Id., artículo 7^o.
- 73 Bermejo, 1920, 32, y AGI, Estado, legn. 7434-6, cit. por Bêthencourt, 1954, p. 28, y 1965, p. 91.
- 74 Real Decreto expedido en 25 de octubre de 1717 prohibiendo la entrada en estos reinos de los azucres dulces y cacao de Marañon, (copia), AHH, Estado, legn. 2320. Véase también Bêthencourt, 1965, pp. 77-8.
- 75 Le Marec a Amelot, 8 junio 1739, A. D. Espagne, t. 453, f. 150, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 528, relata que le dijo Isabel que sentía una aversión insuperable hacia el soberano luso tanto por la manera indigna con que trataba a su hija, como por sus asperezas, su arrogancia, y su carácter extraordinario.
- 76 Alfonso Danvila Burroquero, Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza (1713-1743), Madrid, 1905. En la crisis diplomática hispanolusitana de 1734 Juan V asegura que la mera declaración de guerra acarrearía el final del reinado de Felipe V, subiendo el príncipe de Asturias y su esposa portuguesa al trono. Coxe, 1815², 3, p. 351.
- 77 Coxe, 1815², 3, p. 231. Por otra parte, habría que considerar estos enlaces portugueses en el contexto del enorme disgusto sufrido en la Corte española por la devolución de la Infanta María Ana Victoria, para que su prometido Luis XV, pudiera casarse con la polaca María Leoninski.
- 78 Charles R. Boxer, "Brazilian gold and British Treasons in the first half of the eighteenth century", Hispanic American Historical Review, 49, 1969, núm. 3, pp. 454-72, y The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825, Harnmondsmith, (Middlesex), Penguin Books Ltd., 1973, pp. 152-79.
- 79 Los detalles de este tema se desarrollan minuciosamente en la monografía de Antonio de Bêthencourt Fassinou, "La ruptura hispano-lusitana de 1735 y la conversión de María de 1737", Hispania - Revista Española de Historia, LXX, Madrid, 1966, pp. 56-108.

- 80 Circular de Patiño al Cuerpo Diplomático rebatiendo la memoria del embajador portugués, AGN, Estado, libro 398, f. 3-5, cit. por Bêthencourt, 1965, p. 92.
- 81 Bermejo, 1920, p. 40, claramente imputa el fracaso de este asalto a la ineptitud de Salcedo, mientras que Bêthencourt, 1965, pp. 92-3, parece creer que el asalto se llevó bien, aunque ofrece ciertas dudas al que la llegada de 2 navíos portugueses pudiese poner en "inferioridad naval" a los españoles cuando al poco tiempo Salcedo pudo realizar varias maniobras marítimas que indicarían más bien una superioridad naval.
- 82 Existen copias de esta convención en el AGN, Estado, leg. 7007, y AHN, Estado, leg. 3385, carpeta 12, cita. por Bêthencourt, 1965, p. 102, nota 162.
- 83 Geraldino a Torrenueva, Londres 16 julio 1737, (copie), AHN, Estado, libro 708, relata una conversación con el embajador portugués en Londres quien dijo, refiriéndose a la alianza hispanolusitana propuesta, "que su objeto era se librarse de la dependencia de esta Nación [Inglaterra] sin interrumpir los Tratados que havia con ella", añadiendo Geraldino que "en todas las sesiones que habla con mi go separadamente dexa entrever su desconfianza de esta Corte, y lo poco que la suya deve confiar en ella."
- 84 Se trata del proyecto reseñado en el capítulo 3, nota 81. Los portugueses sólo tienen noticias confusas y erróneas de la expedición rusa, y su embajador intenta averiguar más por vía de Geraldino, que está enteradísimo pero que engaña totalmente a su colega portugués. En todo caso la inquietud lusitana por este asunto en concreto, unida a su general repugnancia hacia la tutela inglesa, debe de ser lo que mueve la sugerencia portuguesa de alianza con España y Francia. El embajador de Londres habla a Geraldino de "la envidia con que miravan otras Potencias la Posesion de los Dominios que las dos Coronas [España y Portugal] tienen en las Indias, y entre otras cosas dixo que era absolutamente necesario que nros. Amos pensasen de concierto en su conservacion..", y dos meses más tarde "volvó a repetir la espezie de que con-

vendría que nuestros Amos se uniesen para la conservación de sus Dominios en la América", Geraldino a Torrenueva, Londres 9 y 16 mayo, 16 julio 1737, (copias), AHN, Estado, libro 708.

- 85 Mina a Quadra, 5 mayo 1737 y Amelot a Vaulgremont, 14 mayo 1737, AGN, Estado, 7446; Projet d'un Traité de neutralité entre S.K.C. et S.K. Portugues, y Copia de un proyecto de tratado..., AHN, Estado, leg. 4155 y AGN, Estado, leg. 4405, citu. por Déthencourt, 1965, p. 106. Projet d'un Traité..., A.E. Espagne, t. 441, f. 332, y Amelot a Mina, 10 junio 1737, AHN, Estado, leg. 2659, citu. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 433.
- 86 Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 433, califica esta actitud como "la mauvais volonté de l'Espagne", pero en verdad hay que pensar que es una actitud bastante comprensible dadas las circunstancias.
- 87 Informe a Felipe V sobre la propuesta del nuevo tratado con Portugal, y Reflexiones sobre el proyecto de tratado, AGN, Estado, leg. 7446, docs. 128 y 133, y Quadra a Mina, 29 julio 1737, leg. 4405, citu. por Déthencourt, 1965, p. 107.
- 88 Los equivalentes que menciona Déthencourt, 1965, pp. 107-8, son de dinero, y está claro que así lo prefiere el gobierno español. Pero Geraldino a Torrenueva, Londres 9 mayo 1737, (copia), AHN, Estado, libro 708, habla de cambiar la colonia por el "Río de San Pedro", posiblemente San Pedro de Río Grande que se halla en la entrada a la Laguna de los Patos. No dice Geraldino si es idea suya o del embajador portugués, aunque habría que indicar que dicho paradero sería tanto o más favorable para el comercio ilícito inglés como Sacramento.
- 89 Torrenueva a Geraldino, Madrid 24 junio 1739, (copia), AGN, Estado, leg. 6903, instruye al embajador que no conviene por ahora tomar una decisión sobre una colonia portuguesa, pero que puede seguir las conversaciones con indiferencia para aprovechar las posibles noticias que ojera.

90 Las instrucciones dadas a Cheviot, nuevo embajador francés en Lisboa, ilustran la verdad de estas supuestas: "Un des objets les plus intéressants pour le moment présent est la neutralité de ce prince [Juan V] entre l'Espagne et l'Angleterre;...il est évident que si l'Angleterre faisoit la guerre avec trop d'avantages, la fin n'en pourroit être que l'établissement d'une supériorité dans le commerce, dans la navigation, et à l'Amérique, qui seroit fatale à toutes les autres puissances". Asimismo indican las instrucciones que Juan V se deja aconsejar en temas de política exterior por los cardenales De Cunha y De Kotta, quienes se muestran "assez persuadés qu'il n'y a point de couronne avec qui le Roi de Portugal dût se livrer plus étroitement qu'avec celle de la France". Recueil des Instructions..., pp. 288 y 295, cit. por Eduardo Brásco, Dom João V. Subsídios para a história do seu reinado, Oporto, 1945, pp. 60 y 62.

91 La Harck, "Exposé abrégé de ce qui s'est fait et négocié depuis le 1^{er} novembre 1738, que je suis arrivé en Espagne...", publ. en Recueil des Instructions..., XII bis, Espagne, pp. 226-9. La Harck a Amelot, 8 junio 1739, A.H. España, t. 493, f. 150, cit. por Baudrillart, 1890-1901, 4, p. 528. El gobierno español ha arvido algo de las negociaciones francolusas desde principios de año en que avisó Mina a Villarias, París 15 enero 1739, AHE, Estado, leg. 4154. En este mismo legajo hay una copia del proyecto portugués de mayo.

92 La Harck, "Exposé abrégé...", cit., p. 229, y Villarias a Mina, Madrid 25 julio 1739, AHE, Estado, leg. 4070, cit. por Méthencourt, 1953, p. 801.

93 La Harck, "Exposé abrégé...", cit., pp. 230-1.

94 Villarias a Mina, Madrid 10 noviembre 1739, leg. cit., dice "no se necesita ninguna neutralidad de Portugal, porque estos doce navios abrigados en aquellos puertos podrán causar los mismos daños que pudieran recibirse si se declarase contrario".

95 Mina a Villarias, París 15 febrero 1740, (copie), AHE, Estado, leg. 4081. Es de suponer que los posibles aliados portugueses sean los austriacos.

- 96 Es curioso observar que Brazão, 1945, p. 59, dice que "Toda a acção diplomática dos dois países [Francia y España] foi nessa altura absorvida connosco: desejavam a todo o custo que firmássemos um tratado de neutralidade", cuando en realidad parece que la iniciativa la toma Juan V con una política bastante oportunista, pero no por eso menos consecuente y dinámica.
- 97 Pinto e Villarias, París 1 febrero 1740, (copia), ANH, Estado, leg. 4081.
- 98 Id., 29 febrero 1740, (copia), leg. cit., senza recibo de la de Villarias de 15 de febrero.
- 99 Id., Marly 15 febrero 1740, (copia), leg. cit., "me aseguran el Cardenal y Mr. Amelot que [las noticias del proyecto portugués] no son bastante claras, &, que no les han explicado aun, y que no dudan que se conservará [Portugal] imparcial por lo que le conviene". En Id., París, 29 febrero 1740, cit., repite que los ministros franceses "dicen que el portugués habla siempre de cordialidad pero que no propone nada concreto.
- 100 Béthencourt, 1953, p. 340, insinúa que las condiciones de la neutralidad eran deliberadamente inaceptables para España con el fin de que al rechazarlas imposibilitase al mismo tiempo el tratado comercial francés, y así emerger las relaciones borbónicas. Esto recuperaría creo una excesiva e inadmisible influencia inglesa en la política lusitana, que además está bastante bien explicada sin tanto machiavelismo.

CAPITULO V

LA GUERRA EN AMERICA, 1739-48.

Los preparativos y objetivos de la guerra.

Vernon toma Portobelo.

Los armamentos en Europa, el envío de las escuadras de Torres y D'Antin, y las dificultades para su cooperación en América.

La expedición de Oglethorpe contra San Agustín.

Las actividades inglesas entre los indios mosquitos.

El ataque de Vernon contra Cartagena.

Las defensas de Veracruz, La Habana y Santiago de Cuba.

Las expediciones de Vernon contra Guantánamo y Panamá.

La expedición española contra Georgia y el contraataque de Oglethorpe.

Las actividades de Anson en el Pacífico.

La escuadra de La Habana y la salvaguardia de los caudales indios.

Los ataques de Knowles y la batalla contra Reggio.

La guerra comercial : el corso y el contrabando.

LA GUERRA EN AMERICA 1739-48.

El gobierno español ya estuvo dispuesto a una acción bélica muy localizada contra los ingleses de Georgia en el año de 1737. En la primavera se mandaron instrucciones secretas al gobernador de La Habana, Güemes de Horcasitas, de que preparase una expedición para expulsar a los ingleses de la nueva colonia. Con el transcurso del tiempo se consolidaba y crecía la colonia, haciendo cada vez más remota la posibilidad de destruirla. Desde el punto de vista militar era preciso actuar en seguida para asegurar el buen éxito del ataque, porque un fracaso español seguido de un probable contraataque inglés podría acarrear consecuencias de suma gravedad. La determinación de los ministros de Felipe V de reivindicar los derechos españoles de Georgia, y las consideraciones militares que aconsejaban una actuación inmediata, pudieron más que el consejo de mantener la paz que legara Patiño en su lecho de muerte a los reyes de España. En julio el marqués de Torrenueva hizo unas declaraciones de acusado tono belicista como último recurso de las negociaciones, en un intento de conseguir la evacuación inglesa de Georgia por las buenas, antes de emplear la fuerza, pero en todo caso preparando el terreno para la noticia de la agresión española. Las disputas sobre navegación y presas en mares americanos todavía no tenían aspecto de llevar a una guerra total, y es verosímil que el ministerio español confiase en poder localizar el conflicto armado en Georgia. Tropas fueron enviadas a La Habana desde España, pese a lo cual Güemes no pudo preparar debidamente el armamento necesario.

En vista de sus informes se decidió suspender la operación, recurriendo a la medida defensiva de despachar las tropas a San Agustín de Florida y a San Marcos de Apalache para fortalecer sus guarniciones en prevención de un ataque inglés. No obstante se le ordenó a Güemes seguir preparando la expedición, para el posible caso futuro de no llegar a ningún acuerdo sobre límites.

Asimismo el episodio de los asogues tuvo lugar antes de las declaraciones de guerra, pero este hecho se debió en gran medida a la malicia del gobierno inglés que quiso capturar esos navíos con su rico cargamento para inaugurar felizmente la guerra.¹ Por lo tanto su acecho por los ingleses y

su salvación por los españoles debe considerarse como una acción de guerra. La idea de apoderarse de los caudales que traían los navíos españoles procedentes de las Indias era la forma aceptada de luchar contra España desde el siglo dieciseis. Se diría que la dificultad de conseguirlo contribuyó a mantener viva la ilusión, y ahora como siempre, este clásico objetivo de las naciones en guerra con España fue incorporado a los planes ingleses.² Tenía un enorme encanto político, pues la imaginación popular lo celebraría como hazaña heroica además de altamente lucrativa, y todos lo aprobarían como eficaz medio de atestar un golpe mortal a las finanzas españolas, y por lo tanto a su capacidad de resistencia.

El gobierno español por su parte conocía demasiado bien las ávidas apetencias extranjeras respecto de los navíos de Indias, y ya desde la primavera de 1738 se batía en el dilema de desear el regreso de los caudales de galeones y azogues, a la vez que se preocupaba por su seguridad. En abril se decidió despachar a La Habana los navíos Europa y Africa, con las fragatas Vitoria Galera, Guipúzcoa, Incendio y Esperanza, bajo el mando de José Pizarro, acompañado por Benito Antonio Espínola. El Almirantazgo recomendó que Lezo (que llevaba en Cartagena desde marzo de 1737 custodiando los galeones) fuese avisado de las disputas con ingleses, para que pudiese los efectos de los galeones y el comercio del Perú a resguardo de un ataque inglés. Asimismo recomendó que los azogues se mantuviesen en Veracruz hasta nuevo aviso de Lezo o Pizarro.³

Durante el verano y otoño Lezo comunicó que se había quedado con un solo navío de guerra en Cartagena, esperando noticias de la bajada del comercio de Perú a Panamá para celebrar la feria de Portobelo. Había dificultades y no creía que se pudiese hacer hasta fines de año. Avisó que había siete navíos y fragatas preparados en Jamaica, y que esperaban otros dos, por lo que mandó venir refuerzos de La Habana a Cartagena para proteger los galeones.⁴

El diecisiete de noviembre partieron los navíos de La Habana. Espínola se dirigió a Cartagena con el Europa, Africa, Dragón, Vitoria Galera, Corsaria y Santa Bárbara, mientras que Pizarro puso proa hacia Veracruz con el Guipúzcoa, Castilla, Incendio y Esperanza para escoltar los azogues de vuelta a La Habana. Ensenada observó que esta división de la escuadra, para atender las demandas de Lezo y del virrey de Nueva España, entrañaba cierto riesgo si los ingleses decidiesen atacar, pero confiaba en que se manten-

drían en Jamaica. A la vista de la conclusión del convenio del Pardo, el ministerio español esperaba poder negociar un acuerdo amistoso con Inglaterra, y en febrero de 1739 se despacharon tres avisos a América. Llevaron órdenes a Lexo para que volviese a España con los galeones y dos navíos de guerra, dejando la escuadra de Espínola en las Indias para dedicarse al corso, y a Pizarro para que viniese él solo con los azogues y caudales de Nueva España.⁵

Sin embargo en abril el gobierno español comenzó a recelar de las intenciones inglesas, especialmente respecto de los galeones y azogues. Quintana calculaba que Pizarro saldría de La Habana con los azogues entre el diez y el veinte de mayo, por lo que ya era demasiado tarde para enviar contraórdenes. Entonces sólo quedaba el recurso de despachar dos avisos ligeros para buscarle a su llegada a las costas españolas entre el seis y el quince de julio, con el fin de que tomase un puerto más seguro que Cádiz. En cambio si el comercio del Perú bajó a Panamá hacia fines de 1738, los galeones no estarían de vuelta en Cartagena hasta mediados de junio, y en España hasta mediados de septiembre. El peligro sería evidentemente muy grande si se confirmasen las miras belicistas inglesas, de que hacían sospechar las noticias de armamentos remitidas por Geraldino⁶ y la permanencia de Haddock en el Mediterráneo. Por tanto a principios de mayo se despachó un urgente aviso a Lexo de que se detuviese en Cartagena o, si era posible, llegar hasta La Habana, pero ante todo que obrase según su propio criterio para salvaguardar los galeones.⁷

Los posibles movimientos de los ingleses para interceptar los azogues fueron claramente previstos por el ministerio español. Haddock se situaría entre los cabos San Vicente y Santa María, y podrían llegar los navíos que se estaban armando en Inglaterra a Finisterre. Quintana sugirió que se armasen seis u ocho navíos de guerra en El Ferrol para que saliesen a unirse a los cuatro que traía Pizarro. Habría que hacerlo con todo sigilo para no suscitar la total desconfianza inglesa y dar un pretexto para la ruptura.⁸ La precaución de ir armando navíos para cualquier eventualidad fue acogida con entera aprobación y puesta en práctica a partir de la segunda semana de mayo,⁹ pero el Almirantazgo se opuso a que salieran los navíos de guerra de El Ferrol en busca de los azogues, porque podrían ser detectados y destruí-

dos por las superiores fuerzas inglesas antes de poder efectuar la unión con los navíos de Pizarro. Por lo tanto lo único que se podía hacer era enviar varios avisos que intentasen interceptar los azogues para que navegasen hacia el norte, doblando luego para tomar el puerto de Santander, o El Ferrol si los vientos los obligasen a ello.¹⁰ Estos consejos fueron adoptados en vista del traslado de Haddock del Mediterraneo a Gibraltar y la confirmación por Geraldino del armamento que se estaba preparando en Inglaterra.¹¹ Asimismo se pensó en despachar otro aviso a las Indias con unos duplicados de las órdenes para Lese por si los primeros avisos hubiesen sufrido algún accidente o retraso.¹² Se tomaron, pues, todas las precauciones posibles, procurando no alertar a los ingleses, y sin arriesgar los preciosos recursos de que se disponía.

La negativa española a pagar las 95.000 libras estipuladas en la convención del Pardo provocó un decidido aumento de las fuerzas navales inglesas.¹³ Geraldino avisó hacia fines de junio que irían quince navíos para reforzar la escuadra de Haddock, y que se preparaban otros tantos ostensiblemente para el Báltico, pero tal vez para América.¹⁴ En dos cartas diferentes comunicó Geraldino que había recibido información de que Newcastle tenía preparados unos pliegos para Haddock, y por otro lado que "no ay duda que hagan su primer objeto el sorprender los Navíos de Azogues".¹⁵ Las cosas empezaban a suceder tal como habían previsto los ministros españoles. El dos de julio Geraldino confirmó que el gobierno inglés seguía pensando en interceptar los azogues,¹⁶ y los armamentos y levas se activaban con energía, aunque se decidió reforzar a Haddock con sólo cuatro navíos más por el momento.¹⁷

Evidentemente la autorización de las represalias de navíos de guerra y particulares contra España, el veintiuno de julio, entre otras cosas pretendía cubrir el contingente de la captura de los azogues.¹⁸ Geraldino comunicó que las órdenes remitidas a Haddock en diecinueve de julio efectivamente eran de navegar hasta Cádiz, para apresar los azogues,¹⁹ y en la segunda semana de agosto zarpó Edward Vernon de Portsmouth al frente de sus nueve navíos de línea, con destino al Caribe pero con órdenes de mantenerse sobre las costas de Galicia, cerca de El Ferrol, durante algún tiempo por si llegasen los azogues por esas latitudes. Incluso se le dio facultad para dividir su escuadra y mandar cuatro navíos hacia las Azores si lo creyese conveniente.²⁰ Empero todo el empeño de los ingleses no sirvió de nada, pues los avisos españoles dieron con Pizarro a la altura de las islas Canarias. Los

codiciados azogues arribaron al puerto de Santander el día trece de agosto.²¹ Todavía no se había declarado la guerra, pero la previsión española se marcó dos tantos muy considerables al salvaguardar galeones y azogues de la rapiña inglesa.²²

La consumación de la ruptura angloespañola acaba de dar rienda suelta a toda clase de especulaciones sobre los objetivos ingleses. Todo el mundo da por supuesto que los principales operaciones militares se realizarán en América, y más exactamente en el mar Caribe y Golfo mejicano. Cuba, Portobelo y Puerto Rico son los objetivos que más suenan.²³ El grito popular de guerra en Inglaterra es ! Tomar y conservar! que, junto con la demanda de "garantías reales" para la seguridad de su navegación americana, significa que violando sus promesas de los tratados de Utrecht, el gobierno inglés se dispone a conquistar territorios y plazas de las Indias españolas con la intención de quedárselos. Los únicos frenos a su ambición son la indecisión respecto de los objetivos más idóneos, y el alto costo previsible de defender las nuevas adquisiciones en el futuro. También preocupa bastante la hostilidad de las demás potencias ante el crecimiento del imperio angloamericano, pero en el caso de que fuese demasiado acusado, se proponen las alternativas de fomentar movimientos de independencia de las colonias hispanas contra el gobierno metropolitano, o incluso de fomentar guerras civiles o rebeliones internas de los esclavos, indios y mestizos contra los españoles. Ambas alternativas podrían ofrecer la ventaja de abrir nuevos mercados al comercio inglés, con ninguna o muy poca responsabilidad política inglesa. Sin embargo al fin el gobierno inglés expide instrucciones bastante confusas, y los únicos objetivos perseguidos con claridad se reducen a la conquista de plazas vitales del dispositivo defensivo y de comunicaciones del imperio español, y la interrupción de su comercio.²⁴

Vernon llega a Port Royal (Kingston) en Jamaica en octubre de 1739. El comodoro Brown, comandante de la escuadra jamaicana, ya ha salido para Cuba con órdenes de hostilizar a los españoles, pero Vernon decide que Portobelo es un objetivo mucho más interesante que cualquier fortaleza cubana. Los factores de la Compañía del Asiento le informan del lamentable estado de las defensas de Portobelo, haciéndolo de entrada una presa mucho más fácil que La Habana, cuyas fortificaciones se consideran difícilmente expugnables. Además la toma de Portobelo, en el famoso istmo, desbarajusta-

ría el comercio peruano, impidiendo la celebración de la feria (que todavía no se ha podido realizar), y haciendo realidad el sueño inglés de tener una base comercial en el istmo. Así es que al poco de haber llegado, Vernon parte con seis navíos de guerra rumbo a Portobelo, donde aparece el día dos de diciembre.

Las autoridades españolas entretanto están alertas a cualquier anomalía. Lógicamente reciben la noticia de la declaración de guerra con retraso, pero desde el mes de mayo se les mandan avisos sobre las dificultades con que tropesaban las negociaciones hispanoinglesas, y tienen órdenes de estar preparadas para toda eventualidad. La no comparecencia en Portobelo del habitual paquebote de la Compañía acaba de despertar los recelos españoles, que se confirman con la llegada de una balandra procedente de Cuba que trae noticias de las hostilidades cometidas en sus aguas. El teniente gobernador de Portobelo, Francisco Martínez de la Vega, rápidamente informa a su superior en Panamá, pidiéndole auxilio para enfrentarse al inminente ataque. La respuesta pone en evidencia toda la falta de preparación y coordinación que aqueja el sistema defensivo de las Indias españolas. Se le manda a Martínez emprender inmediatamente las medidas de seguridad que pueda, y embargar provisionalmente los efectos de la Compañía del Asiento que se encuentren en el puerto.²⁵

La entrada a la bahía de Portobelo resulta muy ancha para una defensa fácil, aunque es verdad que los grandes navíos de guerra deben arrimarse más bien hacia el castillo de San Felipe de Todofierro para evitar los arrecifes y rocas del otro extremo. Empero la falta de fondos, pésimo estado del equipo y de las fortificaciones, la escasez de provisiones (que no alcanzan ni siquiera para dos o tres días de asedio), y la indisciplina y desertión de las pocas tropas disponibles hacen previsible una rápida derrota. La mayor parte de la artillería, especialmente la de Todofierro, se encuentra desmontada por falta de cureñas. Las municiones escasean y están en malas condiciones. Las dos fragatas y el paquebote (guardacostas del rey los tres) anclados en el puerto no sirven de nada como fuerza naval, y su comandante Francisco de Abaroa distribuye sus provisiones, armas, municiones, y hombres entre los fuertes de Todofierro y Santiago de la Gloria.²⁶

El almirante Vernon inicia el ataque nada más llegar. Los cañones de la

Gloria no logran disparar por estar pasada la pólvora, y los ingleses desembarcan antes de poder traer más. Tras poco más de una hora de bombardeo y combate en la playa Todofierro es perdido. El consejo de guerra celebrado en la Gloria durante la noche resuelve capitular al día siguiente. Al amanecer se acercan a Vernon el alférez de navío Francisco de Medina y el miliciano de la playa Miquel de Remón para entregar la propuesta española de capitulación. Se afirma que todavía puede resistir la Gloria pero que se rendirá con ciertas condiciones: la salida de la tropa en formación y con los honores correspondientes, sacando ellos y los vecinos sus bienes muebles; una escolta inglesa para los prisioneros españoles; el derecho de sacar dos cañones; un plazo de cuatro días a partir de la capitulación antes de la toma de posesión inglesa; el respeto a las imágenes y a los religiosos; y la salida libre de los barcos españoles. Vernon acepta cuatro de estas condiciones, pero exige la evacuación inmediata de la Gloria, la rendición también del fortín de San Jerónimo, y la entrega de los barcos. Abaroa todavía suplica que le dejen salir con el paquebote y tres balandras mercantes, para llevar sus tropas y marineros, con sus fusiles, pistolas y sables a Cartagena, pero Vernon se niega, ofreciendo en cambio transportarlos en barcos ingleses. Los españoles se ven obligados a aceptar estas condiciones, y Portobelo se rinde el día tres de diciembre de 1739.²⁷

Las fortificaciones de Todofierro, la Gloria y San Jerónimo son destruidas por los ingleses, pero la ciudad y sus habitantes son respetados.²⁸ Mientras tanto Vernon entabla una viva correspondencia con el gobernador de Panamá y presidente de la Audiencia de Tierra Firme Dionisio Martínez de la Vega. Exige la liberación de los factores de la Compañía del Asiento, quienes han sido encarcelados en Panamá, de acuerdo con los términos del tratado del Asiento que da un plazo después de la declaración de guerra para la evacuación de los agentes y efectos de la Compañía. La primera reacción de la Audiencia de Panamá es de rechazar la demanda de Vernon mientras no se reciba una copia de las capitulaciones concedidas a Portobelo. Además insiste que el factor principal, Francisco Humphreys tiene una causa grave pendiente, y que debe seguir su curso jurídico normal. Ahora bien estas cavilaciones no son serias intenciones de resistencia, pues se alude a la necesidad de obrar teniendo en cuenta "la misera Constittucion de este Reino y sus presidios".²⁹

La enérgica y amenazadora respuesta de Vernon acusa al gobernador de

Panamá de exponer a los habitantes de Portobelo a su enojo, ahora o en el futuro ya que piensa dejar el puerto abierto para posteriores visitas. Envía copias de las capitulaciones, insistiendo en la liberación de Humphreys y concluyendo con una incongrua salutación a "todos Verdaderos Españoles que lamentarán el Sacrificar los Verdaderos intereses de su Patria a la ambición de Una reina Ytaliana".³¹ Esta vez la Audiencia de Panamá se aviene a cumplir la demanda de Vernon, con el fin de evitar posibles represalias contra los vecinos y efectos del comercio peruano que están en Portobelo esperando la feria, si bien la respuesta contiene una sentida protesta por el insulto proferido a la reina Isabel.³² Arrasadas las fortificaciones, embarcada la artillería y rescatados los agentes de la Compañía, Vernon se porta con toda benevolencia hacia los habitantes de Portobelo, proporcionándoles comida y barcos, y prohibiendo a su gente que cometa violencias.³³ Sin embargo la pesadilla de las autoridades españolas es el estado de indefensión en que va a quedar la plaza cuando se marchen los navíos ingleses. En Jamaica se sabrá que Vernon no la ha saqueado, y caerán los piratas sobre la ciudad en busca de botín, por lo que deciden los vecinos abandonarla.

La toma de Portobelo por el almirante Vernon es uno de los poquísimos éxitos militares ingleses de esta guerra. Es recibida la noticia en Inglaterra con estrépitoso júbilo: se acuñaron medallas para conmemorar la hazaña,³⁵ y el nombre de Vernon es impuesto a bares, calles y otros diversos lugares.³⁶ Las ferias jamás volverán a celebrarse en Portobelo, y Panamá yace al alcance de una breve marcha a través del istmo. Sin embargo en perspectiva no aparece como un hecho trascendental. Vernon afirma que la destrucción de las fortalezas de Portobelo es el "único destino de su Viage".³⁷ Después, a principios de abril de 1740, asalta y destruye también las fortificaciones de San Lorenzo en el río Chagres, que domina una de las rutas entre Portobelo y Panamá.³⁸ Su objeto es impedir la celebración de la feria, pero de hecho no lo consigue del todo en esta ocasión, ni acaso hiciera falta que se molestara en desmantelar las fortalezas de Portobelo para el éxito parcial que logra.

En efecto, la feria de 1740 no se celebra en Portobelo; pero es verosímil que la mera presencia de la escuadra inglesa en las cercanías habría ahuyentado el comercio de todas maneras, puesto que las insuficiencias de las defensas de Portobelo son harto conocidas. En cambio existen otros lugares donde hacer una feria, bien que con dificultades, y de hecho se llega a celebrar una pequeña feria en Kompox, cerca de Cartagena.³⁹ En cuanto

a las repercusiones de largo alcance,⁴ justo es decir que si la destrucción de los fuertes de Portobelo ofrece la ocasión de acabar con los galeones y las ferias de Tierra Firme, la causa y razón fundamental de esta reacción del gobierno español se hallan más bien en el movimiento reformista y la creciente apertura mental que caracterizan las clases dirigentes de España en el siglo dieciocho. Durante la guerra el comercio español con las Indias es completamente desorganizado, pero parece más lógico suponer que fuera el resultado del aumento de contrabando inglés protegido muy firmemente por los navios de guerra ingleses, más que de la sustitución de los galeones por registros sueltos. Tampoco logra Vernon poner en peligro la posición española en el Caribe.

La noticia de la caída de Portobelo se difunde rápidamente por las demás plazas importantes de la América española, estimulando definitivamente a sus gobernadores a tomar todas las medidas defensivas de última hora que les son viables. En Veracruz se fortifican los desfiladeros que conducen a la ciudad, y se prepara un cuerpo de lanceros para poder acudir velozmente a cualquier punto de la costa si los ingleses intentasen un desembarco fuera del alcance de la artillería de la plaza. Asimismo se alinean barcos con el propósito de hundirlos en la entrada del puerto, bloqueando el paso a los navios enemigos. Se construye una cortina en el castillo de San Juan de Ulúa y se hace acopio de provisiones para seis meses. El nuevo virrey de Nueva España, el duque de la Conquista, reconoce las defensas de la plaza a su llegada y otra vez al año siguiente, aumentando considerablemente las obras defensivas. Igualess prevenciones se practican en Acapulco, Pensacola, Términos y Campeche,⁴⁰ así como en Cartagena, La Habana y un largo etcétera de plazas estratégicas imperiales.

En febrero y marzo de 1740 la escuadra de Vernon bombardea Cartagena de Indias desde lejos, pero sin hacer ningún intento serio de emprender su conquista. En realidad en este viaje el almirante inglés está camino del río Uagres para destruir su fortaleza y aprovecha su paso por Cartagena para reconocer sus aguas con vistas a una expedición futura.⁴¹ No obstante, sus enemigos califican este acto despreciativamente como "utilizar guineas para romper ventanas" ⁴²

Lezo trabaja con ahinco, en colaboración con el gobernador de Cartagena Pedro Fidalgo, y tras su muerte con su sucesor Melchor de Navarrete,

para poner la plaza en estado de defensa. Se traslada el ganado hacia el interior y se arman cientos de milicianos indios. Lezo abastece de pólvora de sus navíos a los fuertes, y cede sus hombres para reforzar las guarniciones, y prepara una cadena para bloquear la entrada de Bocaachica.

No obstante, y a pesar de su indignada y despreciativa respuesta a la nota de Vernon sobre la caída de Portobelo,⁴³ Lezo duda de la capacidad de Cartagena para resistir un asalto decidido.⁴⁴

Llega en abril el jovenísimo virrey de Nueva Granada, Sebastian de Eslava, quien eleva la moral de la población al decidirse a permanecer en la plaza para dirigir su defensa, bien que no simpatiza con Lezo y las fricciones entre los dos hombres se multiplican.⁴⁵ Además la llegada de Eslava con sólo dos navíos convence a muchos coloniales de que ya no es probable que lleguen más refuerzos de España en algún tiempo, haciendo temer por la seguridad de los caudales peruanos.⁴⁶

En Europa todas las energías de los gobiernos se vierten con en el frenesí del armamento de cuantos navíos de guerra puedan. Un estado de la marina española de mediados de mayo de 1740 refleja la existencia en España y América de treinta y cuatro navíos de diferente porte totalmente listos para zarpar, otros cinco a falta de pertrechos y marinería que podrían estar listos para fines de mayo, y catorce navíos en diversas fases de preparación pero que tardarán bastante en poder servir.⁴⁷ Estas cifras comparan muy desfavorablemente con los ciento cuarenta y ocho navíos de guerra con que podrían contar los ingleses por estas mismas fechas,⁴⁸ a pesar de que para España constituye un verdadero triunfo tener los navíos que tiene. El Almirantazgo expone que la gravísima falta de fondos impide el pleno uso de los navíos españoles existentes, y por supuesto la construcción y armamento de más, de modo que "lexos de tener preparadas nuestras escuadras para obrar en la América, ni aun en Europa lo pueden practicar en el todo." Faltan víveres, pertrechos y materiales. Hay muchos enfermos entre la gente de mar, estando la tropa de marina "en carnes vivas", y los oficiales "en la última miseria", porque a todos se les deben sus sueldos.⁴⁹

No obstante al fin se logra poner a punto en El Ferrol doce navíos de línea y tres embarcaciones menores con destino a América. Se procura por todos los medios mantener el secreto.⁵⁰ La escuadra llevará unos dos mil soldados, y suficientes armas, municiones y provisiones para ellos y las fuerzas

que ya están en las Indias. El comandante escogido por el gobierno español, el almirante Rodrigo de Torres y Morales, es un oficial poco distinguido. Se ha mostrado casi demasiado prudente, pues en 1726 recibió una reprimenda por falta de valentía al no atacar un grupo de leñadores ingleses cerca de Belice. Su elección y sus instrucciones ponen de manifiesto que el jefe de esta escuadra debe seguir una política conservadora y defensiva, sin arriesgar los navíos en operaciones ofensivas. Ha de basarse en La Habana, tras comprobar las defensas de Puerto Rico y Cartagena, y desde allí dificultar las expediciones inglesas, y sobre todo proteger los caudales de Indias. Más tarde, en vista de los armamentos ingleses y la salida de la escuadra francesa para América, se le remiten a Torres instrucciones algo más agresivas, ordenándole que si comprobase que las fuerzas de Vernon son iguales (o inferiores) a las suyas, deberá atacar porque tendría las ventajas de disponer de buenos puertos cercanos, y de llegar frescos y fuertes sus hombres y navíos. Torres deberá bloquearlo e impedir su unión con Ogle.⁵² Zarpa el día treinta y uno de julio de 1740, esquivando por los pelos de un inminente bloqueo inglés. El gobierno español no informa al francés de la salida de Torres hasta el día ocho de agosto.⁵³

Durante la travesía del Atlántico la escuadra de Torres es abatida por las enfermedades, que matan a sesenta hombres y dejan malparados a otros mil. Luego sufre un huracán cerca de Puerto Rico; y cuando llega a Cartagena, a fines de octubre,⁵⁴ decide entrar en el puerto con toda su escuadra para que los hombres se repongan, a pesar de que allí no dispone de astilleros para reparar bien los navíos.⁵⁵ Al principio Lexo y Eslava le dan una calurosa bienvenida, pensando en que puede ayudar en la defensa de la plaza, pero su alegría se torna en preocupación cuando se enteran de que la escuadra les va a privar de provisiones y va destinada a La Habana.⁵⁶

Entretanto el creciente belicismo inglés, con los masivos preparativos de una expedición de gran envergadura contra las Indias españolas, convencen a Fleury de la necesidad de enviar una escuadra francesa a América. Cuando toma esta decisión, no sabe todavía que acaba de salir Torres con su escuadra de catorce naves. No se trata tanto de ayudar a los españoles como de impresionar a los ingleses, con la esperanza de impedir a última hora la declaración de guerra, y en todo caso de prevenir contra la multiplicación de hechos consumados, imposibles de rectificar

luego en la paz, que alternarían sensiblemente el equilibrio entre las potencias europeas en América. A fines de agosto de 1740, con todo secreto, sale Laroche-Alart de Tolón, y una semana después zarpa de Brest el comandante en jefe de las dos escuadras el vicealmirante marqués d'Antin. Una vez en las Antillas francesas, todos los navíos bajo el mando de D'Antin sumarían unos veinte, y deberían recoger tropas en Martinica y Saint Domingue.

Según las declaraciones públicas francesas, la escuadra de D'Antin sólo va a proteger los dominios españoles de las agresiones inglesas de acuerdo con el espíritu de equilibrio entre las potencias europeas y la letra de los tratados de Utrecht⁵⁷; pero en realidad las instrucciones a D'Antin marcan un papel mucho más ofensivo.

La escuadra francesa debe buscar y atacar a las fuerzas inglesas. Para ello se le ofrecen a D'Antin varias alternativas, que él puede implementar según las circunstancias y su propio criterio. Las órdenes cubren todas las contingencias, pues el firme propósito que persiguen es destruir o bloquear en Port Royal la escuadra de Vernon y la de refuerzo que zarpará en seguida de Inglaterra, juntas o por separado, y luego destruir las principales ciudades y fortalezas de Jamaica, llevándose cuantos negros pueda de las plantaciones jamaicanas. Si se viese en la posibilidad y conveniencia de apoderarse de toda la isla, ha de hacerlo en nombre del rey de España. En fin, debe atacar cualquier armada inglesa que encuentre atacando a su vez alguna plaza española, cuidando especialmente de que no caiga La Habana en manos de Vernon. Por otra parte debe adelantarse a los ingleses en la ocupación de la isla neutral de Barlovento Santa Lucía.⁵⁸

Tras la llegada a aguas americanas de D'Antin,⁵⁹ el marqués de Larnage, gobernador de Saint Domingue, escribe que aún no podrán oponerse a las fuerzas inglesas porque se cree que Morris acaba de llegar con treinta y dos navíos de guerra y seis mil soldados.⁶⁰ D'Antin no lo cree, y está en lo cierto pues se trata en realidad de Vernon con algunos transportes de América del Norte.⁶¹ Desvanecido este rumor, Larnage escribe con satisfacción que los doce navíos de D'Antin, los ocho de Roche-Alart, y los diez de Torres "hicieran las dos Coronas dueñas de la Mar, y pararían el Golpe contra Cuba: Cuya Conquista parece determinada por los Ingleses".⁶²

Sin embargo las tropas que debían embarcar en Martinica no están preparadas y el aviso con las órdenes para Larnage no han llegado a Saint Domingue, de modo que la proyectada expedición francesa contra Jamaica tiene que ser retrasada, y al final desahuciada. D'Antin tiene órdenes de permanecer el menor tiempo posible en los puertos, con el propósito de reducir la incidencia de las enfermedades tropicales en los hombres, pero comprueba que la escuadra de Vernon (igual a la suya en número de navíos) está en mejores condiciones de lo que esperaba, por lo que decide esperar la llegada de Laroche-Alart en el puerto de Saint Louis. Su colega sufre una mala travesía y no arriba hasta mediados de diciembre, cuando ya las tripulaciones y el propio D'Antin se encuentran enfermos.⁶³

Fleury informó al gobierno español de la inmediata salida de las escuadras francesas el quince de agosto, y el día veinticuatro el embajador francés La Harck entrega a Villarias una copia del modelo de declaración que se hará en América respecto de la presencia y actividades de las escuadras. Evidentemente es demasiado tarde para que puedan ponerse de acuerdo sobre unas instrucciones comunes a D'Antin y Torres, aparte de que Fleury no explica qué órdenes lleva el vicealmirante francés.

Estas consideraciones y el hecho de que tampoco se consultó con el gobierno español para la redacción de la declaración francesa, - que por cierto no resulta del agrado de los españoles por su reconocimiento del derecho inglés de libre navegación a sus colonias, - suscitan la siempre alerta suspicacia española.⁶⁴

No contesta Fleury a la pregunta de Villarias sobre las instrucciones de D'Antin hasta el once de septiembre, cuando afirma que el vicealmirante francés "tiene orden de obrar en todo de concierto con los comandantes españoles, examinando entre ellos si conviene al interés común el unirse, o obrar separadamente, y si hecha la union pueden atacar á la Jamayca".⁶⁵ Sin embargo, además de ser muy vagas estas precisiones, esto no es la verdad, pues las instrucciones originales de D'Antin no hacían mención de colaborar con los españoles.⁶⁶ El Almirantazgo cala el engaño en seguida, porque el tres de octubre el gobierno español envía nuevas órdenes a Torres para que coopere con D'Antin - dado que según Fleury esas son las órdenes de D'Antin -, y para corresponder, el gobierno francés informa que repite las mismas órdenes añadiendo sólo que la última palabra en todo, la debe decir el señor Larnage, gobernador de Saint Domingue.⁶⁷ Los ministros españoles entienden acertadamente que la supuesta repetición

de las instrucciones de cooperar con Torres sólo se explica si no las llevó D'Antin en primera instancia. Por otra parte la insistencia francesa en que Larnage tenga la voz decisiva en las discusiones sobre la mejor forma de colaboración francoespañola, aumenta los recelos españoles de que rigiéndose por instrucciones secretas, procurará frustrar toda eficaz acción conjunta.⁶²

No obstante, los ministros españoles acaban por adoptar una política de "a caballo regalado, no le mires el diente", al mismo tiempo que procuran presionar a los franceses para que actúen decididamente a favor de España, tomando las precauciones necesarias en previsión de una posible pusilanimidad o retirada. De inmediato se despachan órdenes a las autoridades americanas para que auxilien en todo a los navíos de D'Antin, como si fuesen españoles.⁶³ La respuesta española de veinticuatro de septiembre a la carta de Fleury es todo agradecimiento y conformismo con el parecer del gobierno francés, admitiendo de momento incluso la probabilidad de que la escuadra de D'Antin tenga que regresar pronto a Francia.⁷⁰

Del tres de octubre datan las nuevas instrucciones de Torres. Se le ordena tener un exquisito cuidado en sus tratos con D'Antin, para que éste no tenga ningún motivo accidental de negar su colaboración, pero al mismo tiempo que procure acelerar la ejecución de las operaciones conjuntas o separadas que se decidiesen emprender. Se trata de actuar antes de la llegada de los refuerzos ingleses, y también de aprovechar la presencia francesa mientras dure, teniendo en cuenta que aún no existe una alianza formal entre España y Francia. En todo caso Torres debe obrar siempre con cautelosa autonomía para la mejor defensa de los intereses españoles.⁷¹

A la vista de la memoria francesa del ocho de octubre se aprecia la medida de su tibieza respecto de una plena y activa colaboración con los españoles en la guerra americana. Expone que los ingleses seguramente enviarán a América fuerzas superiores a las borbónicas, y con nueve meses de provisiones. En cambio encontrarán a las fuerzas de Torres y D'Antin desgastadas, siendo bastante arriesgado asegurar que se podrá hacerles llegar más provisiones. En cualquier caso la escuadra francesa no hará nada sin el visto bueno del gobernador Larnage, en merced a su gran talento y experiencia, y además no se puede comprometer el gobierno francés sobre el eventual regreso de D'Antin. En fin preguntan qué ocurre con los galeones y la feria, y sugieren la posibilidad de emprender operaciones

de diversión en Europa, urgiendo que de todos modos sería muy útil disponer de una fuerte escuadra borbónica en el Mediterráneo.⁷²

Bien pueden sentir recelos los ministros españoles respecto de las intenciones de Fleury. Hay una clara conciencia general sobre el carácter y los peligros del conflicto angloespañol: "siendo la América el objeto, y Theatro de la Guerra",⁷³ y "siendo de Mar la Guerra, que se há de hacer á los Ingleses, y en la América",⁷⁴ resulta absolutamente indispensable mantener a toda costa fuerzas navales españolas en las Indias.⁷⁵ Es preciso saber cuántos navíos y de qué porte ha enviado el gobierno francés en total, "pues la razón de estado aconseja, que ya que nuestras fuerzas no sean superiores en aquellos Dominios á las Francesas, sean á lo menos iguales".⁷⁶

Empero a ser posible hay que convencer a Fleury de que mantenga la escuadra de D'Antin en América, porque su salida habrá estimulado a los ingleses a mayores esfuerzos para enviar aún más navíos, y si se retira D'Antin "mas que socorro hubiera sido, y combocado á ello todas las fuerzas de la Inglaterra, poner á perder como en Proyeotada emboscada, no solo los Navíos de V.M. sino es las mismas Indias".⁷⁷ En consecuencia, resulta de apremiante necesidad armar veinte navíos de guerra en España, no sólo por la principal, obvia razón, sino para combatir los argumentos franceses tendentes a hacer volver la escuadra de D'Antin. Mientras no estén listos los veinte navíos, se intentará entretener a D'Antin con la esperanza de poder transportar a Europa los caudales procedentes de la feria. El ministerio español cree que uno de los motivos del envío de D'Antin era el afán de proteger los propios intereses inmediatos de los comerciantes franceses en los galeones.⁷⁸ De modo que a las autoridades americanas se les manda celebrar la feria, pero sólo si pueden hacerlo con toda seguridad. En cualquier caso deberán persuadir a los franceses de que se va a hacer y ellos podrán convoyar el tesoro.⁷⁹

La constestación española, pues, a la memoria del ocho de octubre se esfuerza al máximo para asegurar la permanencia de D'Antin en América.⁸⁰ La ambición inglesa amenaza a Francia tanto como a España, dicen. Los ingleses no abandonarán sus planes al ver la escuadra francesa en las Indias, sino que aumentarán sus fuerzas. Retirar ahora las escuadras borbónicas equivaldría a perder irremisiblemente la América española, porque los ingleses no restituirán sino muy difícilmente cualquier conquista que hagan. Es más fácil defender que recuperar, y teniendo más de cuarenta navíos entre franceses y españoles en América, no podrán hacer grandes

conquistas las escuadras inglesas, y menos en el invierno, de modo que sólo hace falta mantener a D'Antin durante el verano de 1741 para desalentar muy severamente a los ingleses, para lo cual se darán órdenes de abastecer a la escuadra de D'Antin en los puertos hispanoamericanos.⁸¹ Por otra parte, la feria sólo podrá celebrarse si permanecen las dos escuadras en mares americanos. Sugieren, además, que Larnage oiga las instrucciones y opiniones de D'Antin y que pase luego personalmente a Cartagena para conferenciar con los comandantes españoles y ponerse de acuerdo sobre las operaciones militares, porque la difícil comunicación entre Saint Louis y Cartagena dificultará enormemente un rápido y eficaz entendimiento entre las dos escuadras si ha de estar pendiente de una correspondencia por escrito. En fin, explican con firme convencimiento que una diversión en Europa no sólo podría conducir a la tan temida guerra general, sino que ni alejaría ni disminuiría el peligro de las Indias.⁸²

Entretanto, el gobierno inglés, que naturalmente no está informado de la falta de coordinación hispanofrancesa, y sólo ve en la escuadra de D'Antin un estorbo más para el buen éxito de sus planes, ordena a Vernon y Ogle atacar sin más a los franceses si tienen ocasión de hacerlo bajo condiciones favorables.⁸³ Incluso llegan a pensar en declarar la guerra a Francia, aunque al final deciden esperar los acontecimientos, limitándose a protestar verbalmente contra el envío de la escuadra de D'Antin a mares americanos. Pero a pesar de que tanto las fuerzas inglesas como las francesas tienen orden de atacar al contrario, no se produce el encuentro fatídico, y Francia podrá mantenerse apartada de la guerra durante más de tres años todavía.⁸⁴

La puesta en práctica de la colaboración hispanofrancesa resulta todo lo peliagudo que preveían los ministros españoles. Las cartas de Larnage comunicando la llegada de D'Antin llegan a Cartagena el veintitres de noviembre. Los españoles suponen que habrá venido con intención de frustrar los planes ingleses, pero como no saben qué órdenes trae, contestan que se están reuniendo víveres para la escuadra de Torres, que podrá salir cuando convenga, ya sea para unirse con D'Antino u operar sólo. Empero sugieren que se unan las escuadras, teniendo en cuenta sólo que para Torres será difícil llegar a Saint Louis, sobre todo si se mantiene Vernon al acecho cerca de Cabo Tiburón.⁸⁵ Larnage contesta por D'Antin, gravemente enfermo e incapaz de escribir, el seis de diciembre diciendo que en vista de los refuerzos que van a enviar los ingleses conviene unir las escuadras borbónicas. Por lo tanto se propone que salga Torres para efec-

tuar la unión en Saint Louis o en Santa Marta y ya juntos decidirán qué plan seguir. Ahora bien Larnage repara con cierta intencionalidad en que la lista de provisiones que pide Lezo demuestra que la escuadra de Torres carece de muchas cosas, a la vez que urge la unión rápida de las escuadras, con el fin de impedir la unión de Vernon y los refuerzos ingleses.⁸⁶ A su vez los españoles contestan que Torres podrá estar listo para zarpar entre el diez y el quince de enero, pero insisten que los vientos y las corrientes marinas harían muy difícil el llegar no ya al puerto de Saint Louis sino siquiera a Santa Marta. Sugiere entonces que D'Antin se reúna con Torres en Cartagena desde donde se podrá llegar rápidamente para socorrer La Habana o Veracruz, o incluso ir a atacar Jamaica. No obstante, Torres procura mostrarse algo flexible diciendo que si los ingleses atacan La Habana o Veracruz, las escuadras borbónicas podían reunirse en el Caiman Grande o en Cabo Corrientes, o en última instancia él podía hacer un esfuerzo para llegar a Santa Marta.

Se entreve una preferencia española por defender las plazas vitales del imperio, antes que emprender operaciones ofensivas contra Jamaica.⁸⁷ D'Antin, ya restablecido, entiende que los mismos vientos y corrientes que preocupan a los españoles, impedirán a él volver rápidamente a Saint Domingue si va a Cartagena y los ingleses deciden atacar la colonia francesa. Resuelve el dilema proponiendo que cada escuadra se mantenga a la expectativa, dispuesta a zarpar según las urgencias que surjan.⁸⁸ Todavía el siete de enero escribe D'Antin que parece que Ogle va a intentar tomar La Habana, diciendo "quiera Dios que mientras estoy aquí le viniese esta gana", pensando, se entiende, que las escuadras borbónicas unidas podrán vencer a los ingleses.⁸⁹

Los españoles perciben serias desventajas en la proposición de D'Antin, pues no teniendo avisos muy adelantados de la intención inglesa de atacar Cartagena, ni podría salir Torres ni podría entrar D'Antin. Además Torres duda que Vernon intente ocupar Batabanó, como se ha dicho, por las dificultades del desembarco y el poco interés del lugar, pero si se verificase, propone que se unan las escuadras borbónicas al oeste de Jamaica para seguir juntas a Batabanó. En cambio, si se verifica que Vernon piensa atacar La Habana, propone Torres que se unan las escuadras en cabo Tiburón, desde donde irían a La Habana por el Canal Viejo de las Bahamas.⁹⁰ Los españoles, pues, se conforman con la actitud puramente defensiva de D'Antin, aunque con reparos sobre su coordinación, y con la

disconformidad de Lezo.⁷¹ Con todo, los comandantes españoles no se muestran muy inquietos, y Torres escribe a Villarias a fines de enero que están plenamente confiados en poder defender Cartagena o cualquier otra plaza en peligro.⁷²

En fin, nuevas cartas de D'Antin de veinte de enero de 1741, comunican la llegada a Dominica de treinta y dos navíos de guerra ingleses, con otras embarcaciones menores, y diciendo que él se va a volver a Europa, dejando a Roquefeuille con seis navíos por si pudiese unirse con Torres.⁷³ Estas noticias sorprenden muy ingratamente a los españoles, quienes se ven en la urgente precisión de intentar reforzar La Habana, probable blanco de las fuerzas inglesas según los últimos avisos, antes de producirse el ataque, extremo que se decide en Junta de guerra del dos de febrero de 1741.⁷⁴ Cartagena queda bien defendida con toda la tropa que deja Torres, y con la escuadra de Lezo, por lo que zarpa Torres con once navíos el día siete de febrero.⁷⁵ El inmenso peligro es manifiesto, pues la escuadra de Torres queda expuesta a ser interceptada y destruída camino de La Habana si los ingleses salen en su busca con fuerzas superiores. Y por supuesto que ya no es viable pensar en ninguna actividad ofensiva de parte de los españoles. Torres expresa repetidamente el enorme desengaño que sufrieron los oficiales españoles al saber de la partida de D'Antin.⁷⁶ Empero Vernon no sabe nada de las intenciones de D'Antin, y pierde mes y medio buscándole para destruir la escuadra francesa antes de atacar Cartagena. Ese respiro permite a Torres llegar felizmente a La Habana, en cuyo puerto entra con diez navíos el veinticuatro de febrero, encontrando la plaza "admirablemente prevenida" por los desvelos de su gobernador Oñemes.⁷⁷ Roquefeuille no se muestra más decidido que D'Antin a unirse con Torres, y a su vez vuelve a Europa el quince de marzo.⁷⁸

La frustración del intento de unión de las escuadras borbónicas se debe a varios factores. En primer lugar cada comandante debe anteponer a toda otra consideración la defensa de las propias colonias, aunque en este punto acaso tenga D'Antin menor disculpa de su conservadurismo porque sus instrumentos originales son agresiones, y sólo se le encarga específicamente la defensa de las colonias francesas en las instrucciones de Maurepas de octubre. El retraso de Laroche-Alart con los navíos de Tolón determina el que D'Antin no busque a Vernon (cuya escuadra es de diez navíos como la de D'Antin)⁷⁹ en seguida, y la falta de tropas coloniales

imposibilita una expedición contra Jamaica. Después pesa el problema de obtener suficientes provisiones, que en el caso de D'Antin impone que deberá estar de vuelta en Francia hacia fines de abril de 1741.¹⁰⁰

A lo último la unión de Ogle y los refuerzos ingleses con Vernon aconseja intentar bloquearlos en Port Royal. Empero D'Antin no está seguro que Torres pueda acudir con la necesaria rapidez, o que quiera hacerlo, y además para un bloqueo de poco más de un mes que puede permitirse D'Antin antes de su partida, apenas vale la pena hacerlo, teniendo en cuenta que la escuadra de Ogle tiene que repostar y acaso no va a salir en un mes de todos modos. En todo ello Larnage parece reforzar el conservadurismo de D'Antin, afirmando la dificultad de encontrar provisiones, y arguyendo que si atacase a los ingleses sin destruir su capacidad de efectuar represalias, sólo lograría poner en peligro las colonias francesas sin poder defenderlas. De hecho es precisamente esto lo que ha logrado la escuadra francesa respecto de las colonias españolas, tal como previó el gobierno español.¹⁰¹

Mientras los gobernadores de San Juan de Puerto Rico, Cartagena, Panamá, Veracruz y La Habana se preguntan ansiosamente si Vernon les va a atacar, San Agustín de la Florida sufre y rechaza el ataque de Oglethorpe. Se venía trabajando con perseverancia desde la fundación de Georgia para ganar la amistad de los indios del sureste, y en el verano de 1739 el propio Oglethorpe, que confía firmemente en la diplomacia personal, viaja al interior para pactar alianzas. Logra reunir a unos siete mil criks, coosees, talapusas, choctas y chicasas, quienes efectivamente ofrecen su ayuda a los ingleses. Con esta acción Oglethorpe reduce el número de indios afectos a los españoles a unos pocos yamases, quienes viven en la aldea de Tamasle junto al fuerte de San Marcos de Apalache.¹⁰²

Pero al mismo tiempo que Oglethorpe se procura alianzas indias, los españoles llevan a cabo su propio plan de sabotaje dentro del territorio enemigo. Hace tiempo ya que el gobernador de San Agustín promulgó el bando concediendo la libertad a los esclavos fugitivos de las plantaciones inglesas.¹⁰³ Ahora, en julio de 1739, sale una embarcación de San Agustín, bajo el mando de un capitán don Pedro, para llevar cartas al gobernador de Charles Town y al general Oglethorpe. Es generalmente sospechado entre los ingleses que su verdadero objetivo es reconocer y sondear la costa con sus islas, barras y desembocaduras fluviales en preparación

de una ofensiva contra Carolina del Sur y Georgia. En Charles Town no se le permite a don Pedro bajar a tierra ninguno de sus treinta hombres, y se le prohíbe volver a San Agustín por el canal interior. No obstante, parece que de hecho desembarca en Charles Town un espía español acompañado de un criado irlandés, con abundancia de dinero y documentación confusa, cuya misión es incitar a los negros ingleses a la rebelión. Es detenido el espía en Savana, donde al principio dice ser médico judío de origen alemán, pero varios fallos en su testimonio le obligan a lo último a admitir que nació en España.

El español y su criado son encarcelados, pero en septiembre de este mismo año dan fruto sus maquinaciones, pues estalla una grave sublevación de negros en Stonoe, muy cerca de Charlestown. Los rebeldes asaltan un almacén de donde se proveen de armas, y luego comienzan a dirigirse hacia el sur matando y destruyendo cuanto encuentran en su camino. La rebelión es sofocada con cierta rapidez por los milicianos de Carolina, pero el episodio no será olvidado por los colonos ingleses quienes viven en el constante temor de una sublevación general de esclavos.

En junio del año siguiente se produce otro levantamiento de al menos ciento cincuenta negros, más cerca todavía de Charles Town. No logran proveerse inmediatamente de armas, y la represión es muy dura. Luego en agosto, con evidente ayuda exterior, logran escapar de la cárcel el español y su criado. Poco más tarde es atacado el pequeño fuerte Argyle, en el río Ogeechee, por los dos espías unidos a un grupo de negros fugitivos. Matan a dos personas y saquean el fuerte antes de reemprender su camino hacia el sur. No tienen suerte sin embargo, y son atrapados en octubre.¹⁰⁴ Evidentemente estos incidentes no afectan el curso de la guerra, pero ponen de relieve la autonomía del gobernador de Florida, al adoptar un tipo de operaciones muy propias de las peculiares circunstancias coloniales, cuyos resultados permiten percibir la potencial, aunque peligrosa eficacia de este tipo de agitación si es fomentada con persistencia y cuidado.

Hacia fines de 1739 son atacados tres hombres de la avanzadilla inglesa en la isla Amelia, que se apartaron de sus compañeros atraídos por las naranjas silvestres que crecían alrededor. Oglethorpe, que está cerca preparando su expedición contra Florida, persigue a los asaltantes hasta el río de San Juan, donde comprueba la ausencia del guardacosta

español habitualmente apostado allí. A su regreso, aprovecha para volver a guarnecer el fuerte San Jorge, que evacuó en virtud del acuerdo provisional sobre límites de octubre de 1736.¹⁰⁵

En seguida se inicia el avance inglés sobre San Agustín. En enero de 1740 toma los fuertes San Francisco de Pupo y Picolata, que guardan el camino entre San Marcos y San Agustín, a su paso por el río San Juan. Picolata no es defendido por los españoles y es saqueado por Oglethorpe. Los doce hombres de la guarnición de San Francisco de Pupo se rinden, y Oglethorpe guarnece el fuerte con treinta hombres, controlando así las comunicaciones terrestres de San Agustín. A continuación se dedica a recabar y coordinar ayuda de las colonias inglesas, de la escuadra de Vernon, y de los indios, para lanzar su expedición de conquista contra la fortaleza española. Convergen sobre el río San Juan numerosos pero pequeños contingentes de indios, blancos y negros hasta sumar unos dos mil hombres.¹⁰⁶

En abril salen unas galeotas de San Agustín para atacar la fragata inglesa de veinte cañones que cruzaba delante de la plaza. El ataque resulta infructuoso y Oglethorpe manda bloquear el puerto para impedir la llegada de provisiones o refuerzos, y la evacuación de población incapaz de combatir.¹⁰⁷ Sin embargo el bloqueo no impide la llegada de refuerzos enviados desde La Habana por Güemes, los cuales, unidos a los ochocientos cincuenta hombres de la guarnición, hacen más de mil combatientes para la defensa de San Agustín.¹⁰⁸

Al mes siguiente se estrecha el cerco a San Agustín. El fuerte de San Diego, construido en una plantación privada, es entregado por su guarnición con importantes beneficios para los ingleses pues además de dominar uno de los caminos a San Agustín, los ingleses se apoderan de unas mil cabezas de ganado vacuno, junto con algunos caballos.¹⁰⁹ Después se planta el ejército frente al fuerte Mosa o Macó, guarnecidos por los negros ingleses manumitidos por el gobernador de San Agustín. Aquí el combate resulta duro y sangriento, probando lo acertado de la política del gobernador español en este aspecto. Tras tomar este fuerte Oglethorpe se dispone a esperar la actuación de sus fuerzas navales. Empero los españoles defienden eficazmente la entrada al puerto, aprovechando su conocimiento de las mareas y de la configuración de los fondos. Con numerosas pequeñas embarcaciones estratégicamente colocadas, logran impedir que se acerquen

los grandes navíos de guerra ingleses que pretenden establecer baterías en la playa. Como resultado Oglethorpe se ve forzado a abandonar la idea de tomar San Agustín por asalto, para intentar reducir la plaza por asedio.

Durante una ausencia de Oglethorpe, que ha ido a supervisar el desembarco de soldados de marina y baterías en la isla de Anastasia, los españoles toman la iniciativa, atacando y recuperando el fuerte Mosa. Problemas de disciplina, especialmente con los hombres de Carolina quienes al fin son despedidos, embarasan todavía más el buen éxito del asedio. El bombardeo de la plaza resulta inefectivo por la distancia y por la resistencia de las fortificaciones. El asedio dura aún varias semanas, sin conseguir nada, y el asalto de última hora desde el norte es rechazado, con lo cual finaliza el ataque inglés contra San Agustín.¹¹⁰

En este mismo año de 1740, y por iniciativa del gobernador de Jamaica, Trelawny, los ingleses intentan aprovechar el estado de guerra para consolidar y aumentar su influencia en la América central, concretamente entre los indios mosquitos de la costa oriental de Nicaragua. La alianza de ingleses con indios mosquitos ha existido con más o menos fortuna y compenetración desde antes de 1670, y sus ataques conjuntos contra los pueblos españoles constituyen una grave preocupación para las autoridades. Al parecer algún tiempo antes de 1739 el rey de los indios mosquitos propone a Pedro de Ribera, presidente de la Audiencia de Guatemala, que se ajuste un tratado de paz entre él y el rey de España. Empero el Consejo de Indias desestima esta sugerencia y recomienda que se adopten las medidas de fuerza propuestas por Ribera: a saber, equipar una fragata de veinte cañones y dos galeotas, y establecer dos presidios con cincuenta soldados cada uno.¹¹¹ Así es que en agosto de 1739 se ordena la construcción de una fortaleza en la desembocadura del río Matina. El ingeniero Luis Díez Navarro es encargado de estas obras, así como de la posible construcción de otro fuerte en Trujillo.¹¹² Poco después, con motivo de la ruptura angloespañola, son enviados a Nicaragua más de ochocientos fusiles, doce piezas de artillería, municiones, dinero y cien soldados de La Habana.¹¹³

En abril de 1740 hace su primera aparición en la costa de mosquitos el enviado de Trelawny, Robert Hodgson. El rey indio Eduardo renueva su alianza con los ingleses, confirmando la cesión de su territorio a Inglaterra, y prometiendo su ayuda en la guerra contra los españoles. La

relevancia de esta ayuda es difícil de medir porque no se sabe cuántos hombres capaces para la lucha tiene la tribu, aunque no parece que fueran más de mil quinientos. De todos modos los que haya siempre están disponibles para las expediciones de guerra pues se dedican sólo a la caza y la pesca, mientras las mujeres cuidan de los plátanos.

Hodgson planea una expedición en la costa del norte, tal vez contra Triyillo, y otro capitán de corsario conduce a los mosquitos en una campaña por el sur, hacia unas minas de oro de Veragua. En 1742 Hodgson reúne a setecientos indios para colaborar con Vernon y Anson en el ataque a Panamá, aunque al final no se emprende ninguna acción concertada. Los mosquitos bajo la dirección inglesa asaltan pequeños pueblos y aniquilan algunas fuerzas españolas en el curso de la guerra, pero sin lograr ningún resultado positivo.¹¹⁴

La creciente preocupación española por la situación en América central es reflejada en la concienciación oficial de su enorme importancia estratégica. El ministerio español se da cuenta de que si arraigan firmemente los ingleses en Belice y en la costa nicaragüense "se harían dueños del Golfo Mejicano, y de la costa de Honduras, navegando libremente aquellos mares, y dándose la mano con los Indios Mosquitos pudieran penetrar el Reino de Guatemala hasta la Mar del Sur".¹¹⁵ Este peligro es lo que convence al ministerio de que no se deben vender los gobiernos de las plazas militares, especialmente el de Campeche, sino que siempre deben ser confiados a oficiales esforzados que puedan perseguir eficazmente a los intrusos.¹¹⁶ Por el mismo motivo a lo largo de la guerra se realizan extensas reparaciones en las fortificaciones de la inmaculada Concepción del río San Juan.¹¹⁷

Gracias a las precauciones tomadas los ingleses no consiguen ningún resultado en el interior de América central, aunque tampoco se logra expulsarlos de sus viejos establecimientos costeros, y como estos siguen sin ser posesionados oficialmente tampoco serán evacuados al término de la guerra. Sin embargo Trelawny hace una conquista de cierta importancia entre las islas del golfo de Honduras. Se trata de Roatan (o Rattan para los ingleses), cuya posición estratégica a noventa de Jamaica, con su excelente puerto natural, sugieren a Trelawny que puede servir como base de la navegación inglesa en las costas centroamericanas, y como refugio para los comerciantes y leñadores ingleses hostigados por los españoles. Toma-

da en 1742, la isla es fortificada y guarnecida con soldados americanos y un navío de guerra. No se escatiman medios para favorecer su colonización, pero en pocos años queda patente que no prosperaría porque la tierra es mala y no se desarrolla un comercio ilícito con los vecinos españoles especialmente lucrativo. Pocos colonos se asientan en la isla, acaso por temor a que sería devuelta a España al fin de la guerra; y a lo último Trelawny pierde su interés por Roatan, que efectivamente es recuperada por España en 1748.¹¹⁸

En marzo de 1741 quedan en Cartagena para la defensa de la plaza unos tres mil hombres en total, de los cuales sólo la mitad son tropas regulares, de infantería o marina, y el resto son milicianos, e indios reunidos por Navarrete para trabajar en las obras, o marineros.¹¹⁹ Hay también seis navíos de guerra bajo el mando de Blas de Lezo.¹²⁰ La plaza sufre una aguda insuficiencia de víveres porque los vecinos apenas si siembran maíz para su propio consumo, faltan pastos cercanos para muchas reses, y la carne salada allí mismo no dura siquiera un mes antes de corromperse.¹²¹

Las noticias sobre las fuerzas que reunió Vernon para su ataque son bastante confusas, pero las más concurren en que sale con unos treinta navíos de guerra y con diversas embarcaciones menores, dejando ocho en Port Royal para la defensa de Jamaica.¹²² El número de tropas con que salió Cathcart de Inglaterra en octubre de 1740 sumaban ocho mil hombres, que eran seis regimientos de tropa de Marina y dos regimientos de infantería.¹²³ Empero las deserciones al llegar la armada a Dominica y las enfermedades, especialmente contraídas en Port Royal, reducen esta cifra considerablemente.¹²⁴ Junto a estas tropas británicas hay que contar las coloniales, respecto de las cuales lógicamente hay mayor desacuerdo.¹²⁵ No obstante, parece que suman en total unos tres mil seiscientos hombres, que como llegan antes a Jamaica muchos caen víctimas de las enfermedades.¹²⁶ Bastantes menos de once mil hombres en total, pues, les deben de quedar a Vernon y Wentworth para la expedición contra Cartagena. Tras su infructuoso acecho de la escuadra francesa, Vernon zarpa con dirección a Cartagena el siete de marzo de 1741.¹²⁷

El trece de marzo llegan los tres primeros navíos ingleses sobre la Punta Canoa, donde se dedican a sondear las aguas conteras. El día siguiente logra entrar en el puerto una balandra francesa, trayendo el a-

viso del inminente ataque inglés a Cartagena. Blas de Lezo fija su residencia en el Galicia para dirigir los navíos Africa, San Felipe y San Carlos en la defensa de Bocachica, la entrada a la bahía y puerto de Cartagena, donde ahora se echa una cadena. El quince es avistada toda la armada inglesa, que al igual que su avanzadilla permanece cerca de Punta Canoas, dando muestras de querer desembarcar tropas en la playa. Eslava envía fuerzas para defender la playa desde los puestos de Boquilla y Cruz Grande, y al fin los ingleses deciden no intentar el desembarco allí, aunque Eslava reconoce que era factible.¹²⁹

Se presentan cuatro navíos delante de Bocachica el diecisiete de marzo, y el veinte aparece toda la armada con el propósito de desembarcar en la playa de Chamba.¹³⁰ El ataque se inicia el día veinte con el bombardeo por tres navíos de los fuertes de San Felipe y Santiago, defendidos por el capitán Alderete. Son demolidos y abandonados en pocas horas, y los navíos ingleses pasan a bombardear el castillo de San Luis, principal baluarte de Bocachica, defendido por el ingeniero Carlos Desnaux. Mientras las bombas y los cañonazos proceden de los navíos, las defensas de Bocachica (San Luis, fuerte de la isla de San José, y batería de la punta Abanicos) pueden causar mucho daño a los agresores, que tienen que ponerse al alcance de la artillería española.

En cambio un gran peligro se presenta con la construcción de baterías enemigas en tierra. Wentworth, al frente de las tropas de desembarco, rechaza la idea de tomar el castillo al asalto, como propugnan los oficiales de marina, y se dedica a hacer complicados preparativos. Ocupa las baterías abandonadas de la playa, establece un campamento (a pleno sol y en la línea de fuego de San Luis), y emprende la construcción de una batería de doce morteros, y luego de un camino a través del monte para colocar veinte cañones más cerca del castillo. Crecen las fricciones entre los mandos ingleses al tiempo que se consumen los días en estas actividades, llegando Vernon y Ogle a desesperar de la competencia de Wentworth.

El general Wentworth teme un ataque por sorpresa, y entre los españoles Lezo, al menos, parece favorecer esa idea. Sin embargo sólo salen

piquetes de reconocimiento, y el inevitable resultado del bombardeo enemigo desde las baterías en tierra mueve a Lezo a pedir instrucciones a Eslava para la retirada de Bocachica a partir del veinticuatro de marzo. Eslava contesta que "la defensa principal de esta Ciudad consiste en que los enemigos no entren en el Puerto, ¹³¹ y que sea lo más tarde que fuere posible cuando lo consigan", y en consecuencia ordena la resistencia a ultranza de San Luis. ¹³² Lezo comprende este punto de vista y se tiene que conformar con las órdenes, pero se queja de que faltan las obras necesarias para tal resistencia, culpándole a Eslava de una falta de previsión organizada. La desunión, pues, caracteriza los altos mandos de ambos lados. La propia versión de Lezo del asedio muestra con toda claridad que resistente estar a las órdenes de un hombre de sólo veinticinco años de edad, y sin experiencia práctica de la guerra. Continuamente sugiere las medidas y decisiones que deberá tomar el virrey, y se siente herido cuando Eslava no adopta en seguida sus consejos, o (cuando) los rechaza. Está claro que Lezo cree en la incompetencia de Eslava, y que éste cuando menos se siente exagerado y sofocado por las evidentes ganas de protagonismo del viejo héroe.

El treinta de marzo los ingleses toman la pequeña batería del Baradero y luego la más grande de Abanicos (catorce cañones), clavando la artillería e incendiando lo demás. Empero abandonan los puertos y el teniente Campuzano logra desclavar y volver a usar nueve cañones en Abanicos, hasta que esta batería es tomada de nuevo por los ingleses el trece de abril. Para entonces el continuo bombardeo del castillo de San Luis, tanto de los navíos de guerra como de los morteros y cañones montados en tierra, está a punto de abrir una brecha insalvable en sus murallas. Al fin, el día cinco de abril la brecha se hace practicable y se inicia el asalto al castillo. Desnaux iza la bandera blanca, pensando en ganar tiempo con las capitulaciones, pues la noche se aproxima y podría efectuar una retirada ordenada, pero los ingleses o no lo ven o no le hacen ni caso, continuando el avance. Entonces cunde el pánico entre la guarnición española, que huye en medio de gran confusión a pesar de los esfuerzos de los oficiales para contener y organizarlos. También se abandona la batería de San José después de clavar sus doce cañones, pero al fin la mayor parte de las tropas son recorridas en lanchas, gracias a que no son perseguidos por las tropas inglesas, que se limitan a ocupar las fortificaciones. Los navíos de guerra han de echarse a pique, pero el

San Felipe es incendiado y el Galicia es capturado con dos oficiales y cuarenta hombres a bordo, por lo que tras romper la cadena, la entrada de Bocachica queda libre para el paso de los navíos de guerra ingleses.¹³³ Ha costado forzar el puerto diecisiete días y más de seis mil bombas y dieciocho mil cañonazos.¹³⁴

Vernon cree que Cartagena ha de caer, y pronto, y dedica los próximos días al reconocimiento de la bahía. Empero Eslava aprovecha el respiro para organizar la defensa de la ciudad. El ingeniero Desnaux opina que ni el Castillo Grande de Santa Cruz ni los dos navíos de guerra que quedan podrán resistir el ataque inglés. Lezo, viéndose en el trance de perder sus últimos navíos y muy preocupado por el honor de las armas del rey, se opone a abandonarlos sin una defensa, pero Eslava decide aceptar el dictamen de Desnaux. El día seis de abril son alineados en el canal entre la Punta del Manzanillo y Castillo Grande todos los navíos mercantes que hay en la bahía y los navíos de guerra Dragón y Comuistador. Los mercantes son echados a pique el día ocho, y los de guerra el once, pese a las protestas de Lezo, quien acusa a Eslava de ser enemigo de la Marina. El mismo día once los ingleses comprueban que nadie defiende el Castillo Grande, y desembarcan para ocuparlo. Al poco ocupan también la batería de Manzanillo. A partir de este momento y durante la segunda fase de defensa de Cartagena, las relaciones entre Eslava y Lezo empeoran por momentos. Lezo se siente frustrado porque Eslava no escucha sus consejos y se muestra reticente a la hora de confiarle el mando de alguna operación. No obstante Eslava acaba poniendo a Lezo al frente de los piquetes apostados en diversos lugares fuera de la ciudad.¹³⁵

El bombardeo de Cartagena comienza el día trece de abril. El bloqueo del canal de Castillo Grande ha fallado porque el Comuistador quedó sólo parcialmente hundido por falta de lastre, y los ingleses pudieron apartarlo del canal. De este modo pueden llegar bombardas y fragatas enemigas hasta la playa. Todos los piquetes españoles son bombardeados y el día dieciseis ya desembarcan muchas tropas inglesas que ocupan los puestos abandonados por los piquetes. A todo esto Lezo se pone furioso porque Eslava no le envía cañones, ni contesta a su sugerencia de hacer una trinchera para detener el avance inglés. Lezo es relevado de su puesto

y llamado a la ciudad. El diecisiete de abril ya están tomados todos los puntos estratégicos excepto el castillo de San Felipe de Barajas en el monte de San Lázaro, y la propia ciudad de Cartagena.

Lezo relata un curioso incidente que tiene todo el aspecto de ser verídico, y que ilustra las complejas y confusas órdenes que llevan los comandantes ingleses.¹³⁶ El día dieciocho es interceptado un mensaje inglés dirigido a un cura de Cartagena, Tomás Lobo, junto con un manifiesto impreso, exhortando a los habitantes a rendir obediencia a la Corona inglesa, y ofreciéndoles libertad religiosa y libre comercio con los ingleses. Es la primera, pero no la última vez en esta guerra que los ingleses intentan apelar al propio interés comercial y sentimiento independentista que pueda existir en las colonias españolas.

Empero Vernon se ha impacientado del todo con la lentitud de Wentworth, y le empuja al ataque de San Felipe diciendo que ya no pueden ayudarle los navíos, porque el castillo está fuera del alcance de sus cañones, y recordando que la malsana estación lluviosa está a punto de empezar. Los ingenieros también persuaden a Wentworth de que las murallas de San Felipe podrán ser fácilmente escaladas y que no es necesario terminar la batería para abrir una brecha previa al asalto. Comienza el avance inglés contra el castillo en la madrugada del veinte de abril. Las tres columnas inglesas no llegan a coordinar sus movimientos, y entretanto una serie de errores y fallos exponen a las tropas al fuego español. Los ingleses se retiran al fin derrotados, para no volver ya más.¹³⁷ Vernon culpa la incompetencia de Wentworth, y permanece convencido de que era posible e incluso fácil tomar San Felipe al asalto. Los españoles en cambio quedan sorprendidos y agradecidos que Wentworth intentó el ataque sin antes bombardear el castillo para abrir una brecha, pues todos concuerdan en que de esa manera no habrían podido resistir el asalto. En fin, ninguno de los dos bandos ha sabido combinar felizmente el conservadurismo de Eslava y Wentworth con el arrojo de Lezo y Vernon. El ataque a Cartagena ha fracasado porque la agresión requiere mayor eficacia que la defensa, y en esta ocasión ha faltado. Las tropas inglesas diezmadas por el escorbuto, la disentería y otras enfermedades, así como por los largos días de combates y trabajos, se quedan sin fuerzas para otro asalto.

Todavía permanecen los ingleses en la bahía otro mes. El bombardeo

de Cartagena continúa hasta el día veintisiete de abril. Ese día el navío español Galicia apresado en Bocaoncha es arrimado a la plaza para cañonearla, pero es muy castigado y tiene que ser retirado y finalmente incendiado. Al día siguiente cesa el bombardeo de las baterías de tierra, pero llegan tarde los piquetes españoles enviados para hostigar la retirada inglesa.

Los próximos días son empleados en recoger agua y leña para los navíos ingleses, hacer el canje de prisioneros, y demoler las fortificaciones del puerto. A partir del ocho de mayo se van yendo convoyes de navíos ingleses, y por fin se marcha Vernon con la retaguardia del día veinte de mayo. En todo este tiempo los españoles no intentan impedir la retirada, y si hay que prestar oídos a las acusaciones de Lezo, tampoco se emprenden inmediatamente reparaciones ni restablecimiento de las defensas de Cartagena.¹³⁸

Todas las autoridades americanas están pendientes del desarrollo de la lucha en Cartagena, pero las de Méjico y Cuba sobre todo trabajan febrilmente para poner sus plazas en el mejor estado de defensa posible, porque la mayoría de las voces concuerdan en que el siguiente objetivo de la armada inglesa será Veracruz, La Habana o Santiago de Cuba. El nuevo virrey de Méjico, duque de la Conquista, halla el puerto de Veracruz en muy mal estado, no ya para defenderse de la agresión enemiga sino tan siquiera para el uso normal del comercio novohispano. Hace falta limpiar el puerto, extender el muelle y construir nuevas defensas. Empero la situación financiera está lejos de ser boyante pues a la llegada del virrey se deben dos años de situado a La Habana, Florida, y las islas, sin contar las urgencias del momento de todas las plazas amenazadas por los ingleses y de las escuadras de Lezo y Torres, amén de la orden del Almirantazgo de facilitar fondos para la construcción de quince navíos de guerra en La Habana.¹³⁹ Además la falta de azogue significa que no se puede acabar de extraer la plata refinada, lo cual agrava la ya acuciante escasez de fondos.¹⁴⁰

El duque de la Conquista decide ir personalmente a Veracruz para supervisar los preparativos para su defensa.¹⁴¹ Con su guarnición y los refuerzos llegados de España el año anterior, más las guardias de infantería y

caballería del palacio virreinal de Méjico, y las milicias, la plaza se halla bien surtida de defensores, aunque el duque exprese ciertas dudas acerca de su determinación.¹⁴² En cambio faltan armas, oficiales experimentados y disciplina militar. Las pobres cosechas de cereales del año pasado han producido una carestía de maíz y trigo, pues lo que hay procede de lejos, y todavía se decide enviar una balandra a cojer maíz en Campeche. Por eso mismo se ha tenido que aumentar el sueldo a las tropas para que puedan vivir. No obstante, la fortaleza de San Juan de Ulúa será bien abastecida de provisiones y equipo de todo tipo. Se han reunido unos dos mil caballos para que puedan acudir piquetes españoles velozmente cualquier punto de la costa en donde pretendan desembarcar los ingleses. Luego en el puerto mismo se decide cerrar la entrada por el norte echando a pique siete barcos pequeños con lastre, pero la entrada del sudeste es demasiado ancha para cerrar y es preciso conformarse con tender una cadena que ayudarán a defender los dos navíos de guerra Europa y Guadalupe (alias Bizarra). También reforzarán esta entrada dos baterías de unos dieciseis cañones colocadas en la Punta del Soldado.¹⁴³

El virrey duque de la Conquista muere el veintidos de agosto de 1741 a causa de una enfermedad, y la responsabilidad para la defensa de Veracruz cae sobre su gobernador Antonio Benavides. En septiembre ha reunido más de cuatro mil hombres alrededor de la plaza,¹⁴⁴ y cortado caminos por el monte para facilitar el rápido desplazamiento de la caballería española a las playas donde puedan querer desembarcar los ingleses.¹⁴⁵

Con todas estas prevenciones se espera el ataque inglés, que al fin no se producirá, pues Vernon pone los ojos en una presa más fácil, en Cuba.

El gobernador de La Habana, Güemes de Horcasitas está consciente de la suma importancia de la eficaz defensa de la isla. Desde hace tiempo se ha ocupado de construir nuevas obras de fortificación de La Habana por tierra, entre las cuales destaca un foso, todo lo cual impresiona lo suficiente a un observador francés como para comentarlo elogiosamente a Larnage, gobernador de Saint Domingue, quien acto seguido solicita un plano de la ciudad con sus nuevas fortificaciones para enviar a su gobierno.¹⁴⁶ Naturalmente Güemes se las arregla para no complacerle en semejante petición, sin ofenderle.¹⁴⁷

Güemes cree que Vernon atacará La Habana, y teme que no tenga suficientes tropas para atender todos los puestos de una eficaz defensa, pues sólo le tocaron doscientos hombres de las tropas enviadas de España. Además el virrey no ha mandado al fin las provisiones y caudales prometidos porque necesita los dos navíos de guerra para la defensa de Veracruz.¹⁴⁸ En cambio cuenta con la escuadra de Torres, que en La Habana puede hacer un buen papel defensivo, y por lo tanto se mantiene allí. En julio llegan víveres de Leogane y también un barco español trayendo harina desde El Ferrol. A finales de este mes La Habana queda a la expectativa de un ataque inmediato, porque los vigilantes envían el mensaje de haberse avistado setenta velas primero desde el cabo Corrientes y luego desde Bahía Honda. Sin embargo tampoco aquí se produce el ataque, pues los navíos pasan de largo hacia el canal de las Bahamas.¹⁴⁹ Son navíos de Ogle que vuelven a Inglaterra.

La armada inglesa salió muy maltratada de su empeño frente a Cartagena. Se perdieron muchos hombres y varios navíos, y las enfermedades siguieron produciendo bajas durante semanas una vez de vuelta a Jamaica. Sin embargo los ingleses procuran minimizar sus pérdidas, a la vez que justifican el ataque a Cartagena hablando de las catastróficas pérdidas españolas, especialmente en navíos y cañones.¹⁵⁰ En junio llega un convoy de Inglaterra trayendo víveres, pero lo cierto es que cuando Vernon se hace a la mar va con sólo veinticinco navíos de guerra, que evidentemente no bastan para una empresa de envergadura.¹⁵¹ Su nuevo objetivo es Santiago de Cuba. Queda lejos de La Habana y es zona muy poco poblada, razones que inducen a pensar en una conquista fácil, y en la posibilidad de mantenerla de un modo permanente, como habían hecho los franceses con la parte occidental de Santo Domingo. Las colonias inglesas de la América septentrional tendrán mucho gusto en enviar hombres a la isla para establecer plantaciones de azúcar, con las cuales podrían comerciar, aunque la competencia no agrada a los plantadores de Jamaica y las demás islas inglesas. Empero el verdadero valor de Santo Domingo de Cuba radica en su posición estratégica. Domina el canal del Viento y por tanto es un gran centro de corsarios españoles. Si Vernon tomase la plaza se destruiría ese nido de depredadores y los ingleses podrían proteger su comercio y navegación por el canal, aparte de impedir el paso a los navíos de otras naciones.

La armada inglesa sale de Jamaica a mediados de julio, siendo avis-

tada a fines de mes en la bahía de Guatánamo. Se compone de unos cuarenta navios mercantes y de veinte a veinticinco navios de guerra. El primero de agosto dos lanchas inglesas intentan tomar agua en el río pero un grupo de milicianos españoles se lo impide, quemando las lanchas y treinta pipas, y haciendo prisioneros a la mayor parte de los ingleses desembarcados. Al día siguiente otras nueve lanchas son igualmente repelidas. Entonces los navios ingleses hacen como que se van, pero la noche del día cuatro desembarcan en tres lugares diferentes, obligando a los españoles a retirarse al monte por temor a quedar rodeados.¹⁵² El número de hombres desembarcados no llega a fijarse con exactitud. Los milicianos, algunos desertores ingleses y presos españoles escapados abultan la cifra a unos cuatro mil, pero parece seguro que hay poca tropa blanca y muchos negros cogidos de las plantaciones jamaicanas. Todos confirman que el plan inglés es de atacar Santiago de Cuba por tierra desde Guatánamo, y por mar, para lo cual a los pocos días se sitúan ocho navios de guerra delante del puerto de Santiago.

A pesar de estas noticias el gobernador de La Habana, Cúemes, y Torres no quedan persuadidos de que los ingleses realmente vayan a emprender semejante ofensiva. Piensan que la expedición por tierra es una empresa difícil, y en cualquier caso si lo fuesen a realizar habrían empezado en seguida. Temen que en realidad lo único que pretenden es distraer las fuerzas españolas antes de atacar a La Habana. El veinte de julio el gobernador de Santiago pide refuerzos, municiones y dinero, pero en junta de guerra de cinco de agosto se decide esperar más noticias antes de actuar. Entretanto se prepararán embarcaciones para llevar los refuerzos a donde fuese necesario, y se recaudarán treinta mil pesos.

El gobernador de Santiago cuenta con unos dos mil hombres en total, de los cuales son soldados regulares entre cuatrocientos y quinientos, siendo los demás milicianos de diferentes localidades de Cuba.¹⁵³ Como siempre faltan armas y municiones, pero se envían dos destacamentos de doscientos hombres y un piquete de cuarenta soldados los días ocho y nueve de agosto para controlar los movimientos ingleses. Se produce una pequeña escaramuza entre uno de estos destacamentos y un grupo de ingleses, del cual mueren su capitán y cuatro negros, tomándose cinco prisioneros. Una

semana más tarde el capitán Hornedo tiende una emboscada en el Paso del Corcovado a una avanzadilla inglesa, pero un disparo prematuro frustra el intento. Hay otro encuentro indeciso tras el cual los españoles se retiran nuevamente al monte, y dando lugar a que el capitán Hornedo se decida atrincherar en el Paso de la Talanquera, el dieciocho de agosto.¹⁵⁴ Al mismo tiempo el gobernador de Santiago se dedica a fortalecer en lo posible el castillo del Morro mediante la excavación de trincheras.

Al fin en otra junta de guerra celebrada en La Habana el veintitres de agosto, se resuelve enviar cuatro piquetes con sus oficiales, doscientas armas, cien quintales de pólvora, balas de fusil y piedras, por barco hasta Cibara desde donde deberán llegar a Santiago por tierra. Ahora bien Güemes se resiste a ceder sus tropas regulares porque considera que tiene pocas para la defensa de La Habana, así que los doscientos hombres que envía son todos de milicias. Estos refuerzos salen el veinticinco de agosto.

Mientras tanto el general Wentworth ha decidido que no podrá realizar el plan de ataque por tierra. Ha hecho varias obras de fortificación: una trinchera con cañones, un pequeño fuerte, y una batería de dieciseis cañones en la bahía. Al parecer Wentworth hace labrar también una huerta para cultivar legumbres. Ha comunicado a Vernon la imposibilidad de ir a Santiago, a causa de la aspereza del terreno, la poca o ninguna experiencia de sus hombres, y la falta de víveres, pero Vernon contesta que no le puede dar más tropas porque los necesita en sus navíos. Los dos oficiales están ya completamente enfrentados. Vernon dice que no admitirá a Wentworth y sus hombres a bordo de los navíos hasta que hagan lo que han venido a hacer, a no ser que reciba nuevas órdenes expresas de Londres. Wentworth ataca y toma las casas de Guantánamo el once de septiembre, pero las abandona al día siguiente, y se mantiene en su campamento en la savana de Matabajo, al parecer con la idea de esperar refuerzos.¹⁵⁵ Naturalmente dichos refuerzos no llegan, y la escasez de víveres junto con las enfermedades acaban por mermar las fuerzas inglesas.¹⁵⁶ Inmovilizada así tan inútil y perniciosamente, la armada por fin leva anclas para Jamaica en noviembre, habiendo conseguido aún menos que en Cartagena.

El tercer y último gran fracaso de la armada de Vernon es la expedición contra Panamá del año 1742. Los jamaicanos siempre han apoyado las empresas en el istmo porque un establecimiento inglés allí sería una puer-

ta de oro al comercio peruano, de modo que en esta ocasión se une a la armada un grupo de voluntarios isleños bajo el mando personal de su gobernador Trelawny.

La destrucción de las fortificaciones de Portobelo y Chagres en 1739 ha preparado el terreno para el ataque contra Panamá, en cuya dirección zarpa la armada en el mes de marzo. El viaje de alarga, y una vez más comienzan las lluvias y las enfermedades a debilitar las tropas. Se comete un error elemental al no desembarcar unos destacamentos para tomar los principales caminos de Portobelo a Panamá, antes de presentarse la escuadra delante de Portobelo.¹⁵⁷ Esto se justifica luego diciendo que si hubiesen enviado a quinientos hombres en esa misión, no habrían quedado suficientes para desembarcar sin oposición en Portobelo.¹⁵⁸ Sin embargo esto parece algo exagerado, pues según Juan y Ulloa vienen en la armada dos mil quinientos blancos y quinientos negros además de unos mil voluntarios, disponibles para marchar sobre Panamá.¹⁵⁹ El caso es que la armada llega a Portobelo con gran pompa, dando tiempo a que el gobernador ponga a salvo todos los objetos de valor, y más importante aún, a que envíe la noticia a Panamá.

Entre el quince de abril que llega la armada a Portobelo, y el once de junio, que salen del Callao los primeros refuerzos enviados a Panamá desde Lima, los ingleses de nuevo pierden el tiempo con vacilaciones y discusiones muy acaloradas. Panamá se halla prácticamente indefensa, pues sus fortificaciones son insuficientes, no está completa su guarnición y dispone de muy escasas municiones. Sin embargo parece que los ingleses creen que la plaza está mejor provista, y Wentworth, que nunca quiso emprender esta expedición, se echa para atrás diciendo que tiene muy pocos hombres para llevarla a buen fin. Trelawny y sus voluntarios, completamente desengañados, se marchan y al poco les sigue toda la armada sin ninguna gloria y con mucha pena. En septiembre de 1742 Vernon y Wentworth son destituidos de sus mandos y llamados a Inglaterra.¹⁶⁰

Es en este año en cambio cuando se realiza la única campaña ofensiva de parte española. Se trata de la expedición contra Georgia. Este hecho refleja limpiamente el carácter defensivo e irredentista de la política americana del gobierno español, y confirma que desde su punto de vista la disputa sobre Georgia era uno de los temas más importantes de las negociaciones precedentes a la ruptura. Gúemes prepara la expedición en

Cuba, con la cooperación de la Real Compañía de Comercio de La Habana. La armada resulta ser considerable, pues se juntan treinta y cinco embarcaciones escoltadas por una fragata de guerra, para transportar dos piquetes de infantería, dos compañías de negros y seiscientos voluntarios. En San Agustín se recogen más hombres, dejando allí una guarnición de sólo trescientos hombres, y la expedición se dirige a la isla de San Simón en la desembocadura del río Altamaha. En esta isla los españoles se adueñan de la población de Federica, con algunos barcos cargados, muchos esclavos y cien prisioneros ingleses, sitiando a continuación el fuerte defendido por doscientos hombres. Queda al borde de la rendición cuando llega Oglethorpe. Los españoles, creyendo que trae fuerzas irresistibles y que Vernon está cerca para cortarles la retirada, deciden darse por vencidos.¹⁶¹ No habrá otra oportunidad para recuperar siquiera una parte de las tierras usurpadas. En 1743 Oglethorpe intenta tomar San Agustín otra vez. Realiza una marcha forzada de noventa y seis millas en cuatro días, con el fin de sorprender a sus defensores. Una vez ante las defensas exteriores de la plaza se deja ver con pocos hombres e intenta atraer a los españoles a una emboscada. Sin embargo el engaño no da ningún resultado pues la guarnición española permanece inmutable tras sus líneas de fortificación. Poco después Oglethorpe regresa a Inglaterra, y ya no se emprenden más expediciones en esta zona durante el resto de la guerra.¹⁶²

Prácticamente desde el comienzo de la guerra se está preparando el viaje del comodoro Jorge Anson al océano Pacífico. Es imposible ocultar tales preparativos, por su carácter excepcional, y el gobierno español recibe puntual información de todo.¹⁶³ Como los indicios de su destino son inequívocos, el Almirantazgo trabaja en el armamento de una pequeña escuadra para perseguir a Anson desde Europa, ya que en el Mar del Sur no existen ningunas fuerzas navales capaces de oponérsele.¹⁶⁴ Anson zarpa el diecinueve de septiembre de 1740, con seis navíos y mercancías por valor de más de sesenta mil libras para comerciar en las costas pacíficas.¹⁶⁵ La escuadra española sale en su persecución al mando de José Pizarro.

Las instrucciones de Anson acaban siendo de una enorme latitud, pues en esencia se reducen a que haga y tome todo lo que pueda, donde y cuando pueda.¹⁶⁶ Se difunde bastante una vaga idea de tomar Buenos Aires,¹⁶⁷ pero al fin es en el Pacífico donde se han de desarrollar las actividades de Anson. Debe interrumpir el comercio peruano, apresando todo navío avis-

tado, hasta que se de la alarma y no pueda tomar más presas. A continuación debe atacar rápidamente alguna ciudad costera en donde es verosímil encuentre objetos de valor antes de que los puedan retirar a las montañas. Si es viable debe intentar enlazar con Vernon para ayudarlo en la expedición contra Panamá, y por fin debe acechar el codiciado galeón de Manila.¹⁶⁸

El virrey de Perú, enterado de los preparativos de la expedición y sabiendo que Anson tendría que repostar en algún sitio después de pasar el Cabo de Hornos, envía en el verano de 1740 una escuadra de cuatro navíos a las islas de Juan Fernández y costas chilenas para intentar dar con él.¹⁶⁹ Empero Anson salió de Inglaterra tarde y llega al Cabo de Hornos en la peor estación, sufriendo graves daños a causa de los temporales. Sólo tres navíos llegan sanos al Pacífico,¹⁷⁰ arribando a las islas de Juan Fernández poco después de haberse marchado la escuadra española bajo la convicción de que los ingleses ya no podrían pasar el Cabo en el resto de ese año.¹⁷¹

Los primeros movimientos de Anson en el Mar del Sur distan bastante de ser brillantes. Apresa algunas embarcaciones, entre las cuales hay una cargada con setenta mil pesos en oro,¹⁷² y toma la ciudad peruana de Paita, donde al parecer halla considerables tesoros relacionados con el comercio ilícito por aquellas costas. En este puerto hay un pequeño fuerte con algunos cañones, pero la absoluta carencia de municiones para los cañones o de otras armas determina la incapacidad de resistencia al ataque.¹⁷³ Para cuando Anson se acerca a Panamá ya ha fracasado la expedición de Vernon y Wentworth sobre el istmo, y lo único que queda por hacer es mantenerse al acecho del galeón de Manila. Sin embargo el que venía cargado de ricas mercancías orientales ya ha llegado felizmente a Acapulco, y naturalmente no se permite salir de Nueva España el galeón cargado de dinero para el comercio filipino. Por lo tanto, Anson se dirige a Canton para reparar sus navíos y refrescar los hombres. Su gran originalidad, premiada por la buena suerte, consiste en esperar la llegada a Filipinas del galeón procedente de Acapulco. Lo captura con más de millón y medio de pesos en plata cerca de la isla de Samar en junio de 1743. Luego completa su larga y peligrosa vuelta al mundo para convertirse en héroe nacional, pero en realidad sus aventuras apenas si influyen en el curso de la guerra.¹⁷⁵

El ímpetu de la guerra americana se pierde en gran medida a partir del año 1743. Carlos Knowles ha sustituido a Vernon como comandante de la escuadra de Jamaica, y su única campaña ofensiva resulta breve e infructuosa. En la primavera de 1743 ataca La Guaira, retirándose a Curaçao tras cuatro días de intercambio de fuego, y luego intenta un desembarco en Puerto Cabello, desde donde es igualmente rechazado por el gobernador Zuloaga. El comercio de Venezuela es considerado de gran interés, y existe una creencia general de que los venezolanos viven muy descontentos bajo la extorsión de la Real Compañía de Guipúzcoa, que monopoliza su comercio. En consecuencia las instrucciones de Knowles, como las de Vernon y Anson con anterioridad, incluyen la idea de la anexión por consentimiento del territorio venezolano, prometiendo la libertad de comercio con los ingleses y el respeto a la propiedad privada y a la religión, a cambio de la obediencia a la Corona inglesa. Knowles hace distribuir esta declaración, pero no cunde los resultados apetecidos, al menos por ahora.¹⁷⁶ De hecho el descontento contra la Compañía de Caracas existe, dando clara evidencia de ello la rebelión que estallará sólo siete años más tarde, pero el movimiento no tendrá ningún carácter independentista del tipo señalado por los ingleses.¹⁷⁷

Desde la primavera de 1744 Francia participa en la guerra contra Inglaterra. Esto cambia los objetivos y escenarios de la lucha pues, aparte de las operaciones en la América septentrional, el principal anhelo de los plantadores ingleses es destruir y despoblar las colonias azucareras francesas, que producen mucho más azúcar que las inglesas, y más barato.¹⁷⁸ No se trata, pues, de adquirir más plantaciones, que sólo aumentarían la producción inglesa de azúcar y deprimiría el mercado, sino de eliminar la competencia francesa de modo permanente, o al menos durante la guerra mediante el bloqueo de las islas francesas para impedir la llegada de provisiones y la salida de azúcar.

La preocupación con los movimientos franceses y la habitual apatía de Ogle dan un respiro a los españoles, y permiten a Torres cumplir una de sus más importantes funciones. Desde su arribada a La Habana, Torres se había dedicado a reparar y mantener vigente su escuadra, pero la falta de hombres con que ya salió de El Ferrol se ha ido agravando, y cuenta con muy pocos tripulantes para sus doce navíos.¹⁷⁹ Envía el Europa a Veracruz para recoger los situados que el virrey precisa remitir a las

islas de Barlovento, pero con instrucciones de regresar rápidamente, tomando todas las precauciones para no caer en manos de los ingleses.¹⁸⁰ Después, ante las noticias de un inminente ataque inglés, vacila Torres sobre si debe acudir a Veracruz o permanecer en La Habana, aunque al fin Güemos se decide por esto último.¹⁸¹ Sin embargo, Torres no se muestra enteramente defensivo, y propone unirse con la escuadra a Roquefeuille para ir a atacar a Vernon en Cartagena, o para interceptarle camino de Veracruz, confiado en que la armada inglesa tiene que estar ya muy desgastada.¹⁸²

En junio de 1741 la mala fortuna visita el puerto de La Habana. Un rayo cae precisamente sobre el nuevo navío Invencible, cuya pólvora explota destruyendo el navío por completo e incendiando otros navíos cercanos. Después de una lucha febril se logra salvar los demás navíos de las llamas, pero los daños son muy considerables pues además de velas y cuerdas consumidas por el fuego, muchos hombres resultan muertos o heridos.¹⁸³ Luego Torres ordena la recuperación de los cañones del Invencible para armar el Príncipe, pero los buceadores logran extraer sólo veinticuatro cañones, quedando otros sesenta y seis hundidos en el lodo del fondo del puerto.¹⁸⁴

No obstante, hacia finales del año 1741 Torres sale al encuentro de sus dos navíos Europa y Bizarra que por fin regresan de Veracruz con los situados. Su feliz llegada a La Habana el trece de noviembre constituye un pequeño tanto a favor de las comunicaciones españolas en estos mares. Torres dispone que salga el Bizarra con un paquebote para llevar el dinero a las islas.¹⁸⁵

Las instrucciones de agosto de 1742 insisten en que el principal papel de la escuadra ha de ser la protección de los caudales procedentes de Nueva España, primero en su viaje a La Habana y luego, cuando se hubiese acumulado una cantidad suficiente para justificarlo, en su viaje a España. No se incluye ninguna orden de emprender operaciones ofensivas con la escuadra.¹⁸⁶ En mayo de 1743 de nuevo llegan caudales de Veracruz, pero la escuadra de Torres no está en condiciones de enfrentarse con la travesía del Atlántico y se decide aplazar el viaje hasta el año siguiente.¹⁸⁷ Esta decisión es afortunada porque Ogle, al frente de la escuadra jamaicana, queda pendiente de la intervención activa de los france-

ses en la guerra, y pese a saber que Torres piensa salir para Europa en ese año, no hace nada por impedirsele ni para capturar los caudales. Se limita a avisar al Almirantazgo por si quisiesen intentar interceptar a Torres en aguas europeas.¹⁸⁸

Siete millones de pesos llegan a La Habana en marzo de 1744 en los navíos Europa y Castilla, los cuales todavía hacen otro viaje entre mayo y julio trayendo más caudales aún. Desde entonces Torres prepara decididamente su viaje a España, confiado en poder esquivar a los ingleses, que tienen los ojos puestos en las islas francesas.¹⁸⁹ La escuadra sale de La Habana el veinticinco de octubre de 1744. Los cuatro navíos de guerra más una fragata comandados por Torres llevan más de ocho millones de pesos fuertes a El Ferrol, donde llegan sin novedad el dos de enero de 1745. La alegría del gobierno español, al recibir esta oportuna infusión de recursos en medio de la guerra, le vale a Torres la concesión del título de marqués de Metallana, y ya no vuelve a las Indias.¹⁹⁰

La partida de Torres deja a Andrés Reggio al mando de la escuadra de La Habana. En 1745 llegan unos cuatrocientos mil pesos de Veracruz.¹⁹¹ Continúa la escasez de hombres para tripular los navíos, así como la necesidad de repetir una y otra vez cuidados y reparaciones para combatir los efectos sobre los navíos del clima y de las aguas. En octubre de 1746 Reggio envía a Benito Espínola con caudales para España, pero es obligado a volver al puerto a causa del tiempo adverso.¹⁹² En octubre del año siguiente sale el Reina escoltando cinco navíos cargados con un millón ochocientos mil pesos y casi mil ochocientos marcos de plata labrada. Nuevamente llegan a Oádiz sin dificultades, en enero de 1748.¹⁹³

En este mismo mes vuelve a Jamaica el contraalmirante Knowles, quien al momento prepara una expedición contra el puerto de Saint Louis en Saint Domingue. Lo toma en marzo, y acto seguido se dirige hacia Santiago de Cuba. Sin embargo el violento intercambio de fuego del primer día del ataque le convence de la imposibilidad de tomar la plaza española con sus pocos navíos, y se retira.¹⁹⁴

La noticia del fin de la guerra entre Francia e Inglaterra se sabe en América en julio, y Knowles, viéndose frente a Reggio solo, decide intentar tomar los navíos que llevan caudales de Veracruz a La Habana. Con este propósito sale para la sonda de Tortugas (o la Tortuguilla) a fines

de agosto. Reggio sin embargo se entera del plan por el capitán de una presa inglesa y despacha un aviso rápido a Veracruz, advirtiéndole del peligro y recomendándole al comandante de los navíos Juan de Egues que se quede allí sin intentar cruzar hasta La Habana. No obstante temiendo que el aviso no llegue a tiempo, y a pesar del mal estado de la escuadra española, el consejo de guerra del quince de septiembre decide que salga Reggio con seis navíos de línea y una fragata para impedir la captura de los caudales. Zarpa el dos de octubre, habiendo completado sus tripulaciones con criminales tomados de los cárceles de La Habana. Empero a los dos días Reggio es informado por el capitán de otra presa inglesa de que Knowles tiene nueve navíos de guerra. Consternado ante tal superioridad de fuerzas, convoca otro consejo de guerra en el cual se resuelve volver a La Habana para ver qué noticias tiene Güemes, y enviar embarcaciones ligeras a descubrir las fuerzas inglesas. Se tiene que desechar la idea de intentar unirse con los navíos de guerra de Veracruz, para reforzar la escuadra española, porque dos de los navíos de Reggio tienen mástiles débiles que no soportarían la travesía.

Güemes no puede esclarecer las dudas, aunque él sigue creyendo que Knowles sólo tiene cinco navíos de línea, de modo que Reggio envía un jabeque a la sonda, manteniéndose él con la escuadra a cierta distancia de La Habana. El día diez de octubre ve un convoy de catorce mercantes escoltados por dos navíos de guerra, intentando enfilarse el canal. Reggio sigue el convoy con precaución y luego decide apresarlo, pero al parecer sin darse cuenta de que uno de los navíos de guerra de la escolta ha desaparecido. Ha ido a buscar a Knowles, con cuya escuadra de seis navíos aparece de vuelta el día doce de octubre. No hay más remedio que luchar, y ambas escuadras se disponen a defender el honor de sus armas en el único gran combate naval angloespañol de la guerra americana. Las dos naves capitanas se batieron ferozmente, haciéndose grandes daños mutuamente. El reñidísimo combate de las escuadras dura toda la tarde, rindiéndose al fin el navío español Conquistador. Otros cuatro navíos logran volver a La Habana, pero el navío de Reggio, el Africa, se separa del resto de la escuadra española (él dice que sostuvo una lucha particular contra tres navíos enemigos a los cuales obligó a retirarse antes de resguardarse él en la costa; pero la versión inglesa dice simplemente que el Africa fue obligado a buscar refugio en la costa cubana, quedando los

ingleses dueños del lugar del combate). Sólo, pues, y sin más palo que el de baopres atravesando por cinco balazos, el Africa echa anchas en la ensenada de Xigiras. Empero Knowles lo anda buscando y cuando lo encuentra el día quince Reggio se ve forzado a incendiar su navío. Dos navíos perdidos, el resto muy maltratados, y una larga lista de noventa y cinco muertos y doscientos heridos españoles es el balance de esta lucha. La escuadra de Knowles también ha sufrido graves daños, pero se mantiene unida y a la vela, dispuesta a interceptar los navíos de Veracruz una vez hecho el canje de prisioneros. Sin embargo Knowles habrá de conformarse con su victoria y renunciar a la plata, pues el dieciseis de octubre es informado por una corbeta española de la firma de los preliminares de la paz entre España e Inglaterra.¹⁷⁵ Doce millones de pesos llevaría Reggio a España el año siguiente.

También en América central reverdecen las operaciones bélicas hacia el final de la contienda. En 1747 el nuevo fuerte español de Matina es destruido por los ingleses, y sus aliados mosquitos asolan los pueblos nicaragüenses. Empero la campaña española de 1748 es de mucha mayor envergadura. Se organizan dos expediciones desde Campeche y Guatemala contra el establecimiento de leñadores de Belice, haciendo numerosos prisioneros y logrando expulsar a los demás. Los fugitivos se refugian en la isla de Roatán, y aunque esta isla es recuperada por España según los términos de la paz, los antiguos leñadores tardan bastante en sobreponerse a su miedo para volver a Belice.¹⁷⁶

En fin, otra faceta de la contienda, que se desarrolla con mayor o menor fortuna a lo largo de los nueve años de su duración, es la guerra comercial. Ambas potencias dan rienda suelta a los corsarios con el objeto de interrumpir el comercio enemigo considerado principal fuente de riqueza y de poder, al mismo tiempo que se cosechan ricos beneficios a costa del enemigo. En principio la guerra de corso debe ser más lucrativa y eficaz para España que para Inglaterra, pues mientras el tráfico inglés es muy denso y extendido, el español es escaso. Durante el primer año y pico de la guerra los corsarios españoles apresan en aguas europeas y americanas un total de cuatrocientas siete embarcaciones, que se sepa, amén de otras muchas presas hechas en las Indias que se ignoran en España. El valor de las presas contabilizadas alcanza la considerable cifra de tres millones ochocientas cincuenta mil trescien-

tos pesos fuertes, al menos según una fuente española.¹⁹⁷ De hecho, y aparte de las naturales exageraciones a que se presta este tipo de hazañas, parece seguro que los corsarios españoles llevan una sensible ventaja sobre sus congéneres ingleses, capturando numerosas y ricas presas.¹⁹⁸ Verdad es que Anson toma el galeón de Manila, pero no es apresado ningún navío en el mar Caribe, Golfo mejicano o Atlántico, cargado de caudales peruanos o novohispanos. Esto no quiere decir que los corsarios ingleses no hacen ricas presas, pues según una fuente francesa, entre el veinte de mayo de 1740 y el veintisiete de junio de 1745 son apresados sesenta y nueve de los ciento dieciocho registros que salen de Cádiz con mercancías para América.¹⁹⁹

Ahora bien, la guerra comercial tiene otra cara más favorable a los ingleses, y particularmente a los jamaicanos. Se trata del contrabando. Uno de los objetos del ataque de Vernon contra Portobelo es sin duda impedir que se celebre la feria; y luego su destrucción de las fortificaciones de Portobelo, Chagres y Cartagena tiene por objeto franquear sus entradas a cualquier navío de guerra inglés y, bajo su protección, a los navíos mercantes ingleses, al mismo tiempo que se eliminan molestos refugios de guardacostas y corsarios españoles. El habitual sistema comercial español de flotas y galeones queda efectivamente suspendido durante la guerra, mientras que los mercados hispanoamericanos consolidan su costumbre de abastecerse de los innumerables convoyes que ahora llegan a las costas, escoltados por los navíos de guerra de la escuadra de Jamaica. Más que nunca, pues, florece el comercio ilícito inglés a expensas del monopolio español.

En su conjunto sin embargo la guerra americana resulta más bien infructuosa y muy costosa para Inglaterra. Los beneficios comerciales obtenidos no son generales ni duraderos; la escuadra inglesa no es nunca dueña absoluta de los mares americanos; y no se adquiere ninguna plaza importante, capaz de ser mantenida por los ingleses después de la pacificación. Los efímeros beneficios de las conquistas de Portobelo, Chagres, Roatán y Paita, no compensan los fracasos en Cartagena, Santiago de Cuba, Panamá, San Agustín y Venezuela.

En cambio para España, a primera vista, la guerra no se desarrolla

del todo mal. Es verdad que no se consigue expulsar a los ingleses de Georgia ni de la América central, pero sus corsarios hostigan eficazmente el comercio inglés, llegan caudales de Indias a España en 1739, 1744, 1748 y 1749, burlando la superioridad naval inglesa, y por último se conserva vigente la escuadra de La Habana a lo largo de la guerra. Esta escuadra cumple con su función primordial de escoltar los caudales novohispanos de Veracruz a La Habana, y luego a España, a la vez que representa una constante amenaza en potencia, que siempre han de tener en cuenta los comandantes ingleses a la hora de planear cualquier desplazamiento.

Ahora bien, si esta guerra americana no trae una catástrofe para España, tampoco puede decirse que es una gran victoria. Los problemas con que se enfrentan las autoridades españolas para la defensa del imperio quedan demasiado patentes en la guerra. Los problemas estratégicos del área antillana se plantean con toda crudeza, pues navíos ingleses, franceses, holandeses y portugueses surcan estas aguas con entera libertad. Conocen bien todos sus secretos, y tienen sus propias bases insulares o continentales, en donde pueden repostar, refugiarse, repararse, o proyectar una ofensiva comercial o militar contra las posesiones españolas. Además, existen vastos territorios no sólo interiores, sino litorales, que se encuentran muy poco o nada poblados, así como incontables bahías, ensenadas y calas sin defensa alguna, facilitando la penetración enemiga en cualquier momento.

Después las deficiencias estructurales de las economías coloniales y los consiguientes problemas logísticos determinan que el estado de defensa de los puntos neurálgicos del imperio dista mucho de ser siquiera tolerable. Las guarniciones nunca están completas, bien equipadas y bien disciplinadas. Faltan siempre armas, municiones, pertrechos navales y militares, víveres y dinero. Las fortificaciones en sí suelen estar contruidas mal, con materiales delezna²⁰⁰bles, y en general sin las mínimas condiciones para una resistencia prolongada. Los fallos anecdóticos rozan lo absurdo: toda la artillería de un castillo enmudecida ante el avance enemigo porque la pólvora está pasada; el único cañón de un puesto avanzado inutilizado al primer disparo; escopetas inútiles porque se han

mandado piedras demasiado pequeñas; tropas y milicias que acuden a lu-
char en carnes vivas. En fin, los defensores no ganan la guerra sino que
la pierden los ingleses, por no definir claramente sus objetivos y por
dar a sus comandantes instrucciones demasiado confusas. La desunión y la
vacilación, el clima y las enfermedades, acaban de determinar el fracaso
inglés, pero todo ello es experiencia que los ingleses sabrán interpre-
tar y aprovechar en el próximo asalto. Falta por ver si el gobierno es-
pañol sabrá igualmente aprovechar las lecciones de la guerra, y el res-
piro que viene a continuación.

LA GUERRA EN AMÉRICA 1739-1948.

NOTAS.

- 1 Geraldino a Villarias, Londres 25 junio 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710, avisa de que "no ay duda que hagan su primer objeto el sorprender los navios de Azogues que los comerciantes publican hallarse en su tornaviaje para España, pues ya se ruxe aquí que esta Corona no declarará la Guerra, si no es que fundada en el Tratado del año de 1670 hará represalias". En otra de 22 julio, dice que "por seguro Arcadus he savido está este Gobierno en la resolucion de no declarar la Guerra pero de hazer represalias para lo que se cree autorizado por los tratados".
- 2 Pares, 1936, p. 109, enumera las pocas veces que se logró interceptar los navios españoles: Piet Hein abordó la flota en la bahía de Matanzas en 1628; Blake tomó algunos galeones e incendió la flota; se tuvieron que hundir algunos navios en Vigo en 1702 para evitar su captura; y Wagner y Littleton lograron tomar y destruir algunos en 1708 y 1711. En vista de los hechos, Pares observa con cierta ironía que "the legend may be said to have lived a hard life and died a hard death".
- 3 Cenón de Somodevilla de orden del Infante Almirante General en papel de 16 abril 1738. ACS, Estado, leg. 7623, y Nota de Torrenueva /1738/, AHN, Estado, leg. 2318.
- 4 Lezo al Rey, Cartagena de Indias 30 junio 1738, (original), AHN, Estado, leg. 2318, y cartas de Lezo a Pizarro de 22 septiembre y 10 octubre 1738, citadas por Ensenada a Villarias, Buen Retiro 12 febrero 1739, AHN, Estado, leg. 3224.
- 5 Ensenada a Villarias, Buen Retiro 12 febrero 1739, cit. El marqués de la Ensenada desempeñaba en este momento el cargo de secretario del Almirantazgo, creado en 1737 y encabezado por el Infante Felipe.

- 6 Geraldino a Quadra, Londres 31 marzo, 2 abril 1739, (copias), AHN, Estado, libros 709 y 710.

- 7 Quintana a Villarias, Buen Retiro 1 y 13 marzo 1739, (copias), AGS, Estado, leg. 6909.

- 8 Quintana a Villarias, Buen Retiro 13 mayo 1739, cit.

- 9 Villarias a Iturralde, Aranjuez 9 mayo 1739, (copia) e Iturralde a Villarias, Madrid 10 mayo 1739, (original), sobre la preparación de fondos para el armamento, y Villarias a Quintana, Aranjuez 11 mayo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 6909. El Almirantazgo informó que se podrían armar pronto 19 navíos: 7 en Ferrol, 7 en Cádiz (incluyendo una fragata de 50 cañones) y 5 en Cartagena (incluyendo 2 fragatas de 30 cañones, pero que tardarían al menos mes y medio en aprestar la marinería necesaria. [Ensenada a Villarias, ¿11-17? mayo 1739], leg. cit.

- 10 [Ensenada a Villarias, ¿11-17? mayo 1739], cit.

- 11 Geraldino a Villarias, Londres 30 abril, 7 y 14 mayo 1739, (copias), AHN, Estado, libro 710.

- 12 Quintana a Villarias, Buen Retiro 20 mayo 1739, (copia), y Villarias a Quintana, Aranjuez 21 mayo 1739, (minuta), AGS, Estado, leg. 6909.

- 13 Geraldino a Villarias, Londres 18 junio 1739, (copia), libro cit.

- 14 Id., 25 junio 1739, (copia), libro cit.

- 15 Id., 18 y 25 junio 1739, (copias), cits. En otra de 25 junio Geraldino dice que supo del envío de un correo a Acene el día 19, del cual no se le informó, y por tanto supone que sería para dirigir vía el embajador unas cartas a Haddock. En otra de la misma fecha dice que en vista de tanta agitación escribió sendos avisos para Lezo y Güemes, despachándolos en un barco de la Compañía del Asiento. Estas cartas, fechadas en 20 junio 1739, están en el AGS, Estado, leg. 6909.

- 16 Id., 2 julio 1739, (copia), libro cit.

- 17 Id., 9 julio 1739, (copia), libro cit. En otra de 16 de julio avisa que el día 11 salieron 2 navíos de 60 cañones y uno de 70 para unirse a Haddock. Luego en 30 julio, y 6 agosto avisa que los tres navíos volvieron a Plymouth el día 25 por haber encontrado un temporal, volviendo a salir el día 3 de agosto.

- 18 The London Gazette. Whitehall 10/21 julio 1739, (orig. imp.), AGS, Estado, leg. 6909, y Geraldino a Villarias, Londres 22 julio 1739, (copia), AHN, Estado, libro 710, cree al contrario que las represalias se publicaron por haber perdido la esperanza de tomar los azogues, como resultas de noticias venidas de Jamaica de que la Almiranta había varado en Veracruz y que eso retrasaría la vuelta de los azogues. Geraldino tampoco cree que tenga ninguna relación con los avisos despachados a América hace semanas, pero parece más bien que esos avisos llevaban órdenes de emprender represalias.

- 19 Geraldino a Villarias, Londres 6 agosto 1739, (copia), libro cit.

- 20 Id., 6 y 13 de agosto de 1739, (copias), libro cit., dice que Vernon salió de Portsmouth el día 4, pero que volvió obligado por un temporal, zarpando de nuevo el día 11.

- 21 Villarias a Geraldino, San Ildefonso 16 agosto 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7629.

- 22 Durante las tres primeras semanas de agosto los ingleses estaban pendientes de cualquier noticia que traían sus comerciantes que pudiera referirse a los azogues, siempre en la esperanza de cogerlos. Geraldino a Villarias, Londres 13 y 20 agosto 1739, (copias), AHN, Estado, libro 710. La feliz llegada de los navíos a Santander disgustó enormemente en Inglaterra, esparciéndose el libelo de haber recibido Walpole dinero de Geraldino para facilitarlo, y avivándose la crítica del gobierno en general. Id., 3 septiembre 1739, (copia), libro cit.

- 23 Id., 25 junio y 30 julio 1739, (copias), libro cit., y Quintana al Rey [1739], AHN, Estado, leg. 2318.
- 24 Pares, 1936, pp. 65-72.
- 25 James Ferguson King (ed.), "Documents. Admiral Vernon at Portobelo: 1739" Hispanic American Historical Review, 23, 1943, núm. 2, pp. 258-82, y Manuel Moreyra Paz-Joldan, "La toma de Portobelo por el Almirante Vernon y sus consecuencias económicas", Mercurio Peruano, ALA, Lima, 1948, núm. 257, (tir. ap. Lima 1948, 45 pp.).
- 26 Consejo de guerra de los oficiales de los guardacostas, Castillo de Santiago, Portobelo 2 diciembre 1739, y Consejo de guerra del teniente gobernador y sus oficiales, Castillo de Santiago, Portobelo 2 diciembre 1739, ff 803-4 y 804-6, publ. por Ferguson (ed.), 1943, pp. 268-71, y Juan y Ulloa, Relación histórica del viaje a la América Meridional, Madrid, Antonio Marin, 1748, reimp. facsímil y ed. por José P. Merino y Miguel M. Rodríguez, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978, tomo 1, pp. 122-5, con plano de la bahía y ciudad de Portobelo, pp. 142-3.
- 27 Relacion de lo executado en la defensa y rendicion de los Castillos de Portobelo y de las fragatas y Paquibot Guarda Costas, 8 diciembre 1739, ff. 806-10, publ. por Ferguson (ed.), 1943, pp. 275-80.
- 28 El agrado con que se acoge esta consideración de vernon es esterilizado en gran medida por el hecho de que los tripulantes de los tres navíos guardacostas españoles y algunos negros de la vecindad entran a saco en la ciudad, robando todos los objetos muebles de valor y destruyendo lo demás, antes de marcharse en dirección a Panamá. El teniente gobernador de Portobelo al gobernador de Panamá, Portobelo 5 diciembre 1739, ff. 797-8, publ. por Ferguson (ed.), 1943, p. 273.
- 29 vernon al gobernador de Panamá, abordó del navío Burford, Portobelo 24 noviembre / 5 diciembre 1739, AHN Bogotá, Negocios Exteriores, vol. I, f. 796, publ. por Ferguson (ed.), 1943, p. 260. Es una carta típica del siglo XVIII. Su efecto general resulta confuso y pedante, pues ensalza

su propia benevolencia, amenaza vagamente con atacar Panamá, ³³⁶apela a los derechos basados en tratados, afecta desear una amistad angloespañola, y pide generosidad recíproca.

- 30 Real Acuerdo de Panamá 8 diciembre 1739, AHN, bogotá, Negocios Exteriores, vol. I, ff. 800-1, publ. por Ferguson (ed.), 1943, p. 261.
- 31 Vernon al gobernador de Panamá, a bordo del Burford, Portobelo 1/12 diciembre 1739, f. 817, publ. por Ferguson (ed.), 1943, pp. 263-4.
- 32 Real Acuerdo de Panamá, 15 diciembre 1739, ff. 818-9, Decreto del gobernador de Panamá, 15 diciembre 1739, f. 819, y el gobernador de Panamá a Vernon, Panamá 15 diciembre 1739, ff. 819-20, publ. por Ferguson (ed.), 1943, pp. 264-7. Nowell, 1962, p. 484, dice que la ofensa de Vernon a la reina española apenas perturba a Martínez, pero cita muy poco del texto dando una impresión totalmente errónea de los términos y el tono de la protesta.
- 33 El gobernador de Portobelo al de Panamá, Portobelo 9 diciembre 1739, ff. 802-3, y el Tesorero de Real Hacienda de Portobelo al gobernador de Panamá, Portobelo 9 diciembre 1739, ff. 811-13, publ. por Ferguson (ed.), 1943, pp. 280-2. El Tesorero dice de Vernon que es "Sumamente venigño afable y Cortesano".
- 34 Id.
- 35 Carlos Restrepo Canal, "El sitio de Cartagena por el Almirante Vernon", Boletín de Historia y Antigüedades, XXVIII, Colombia, 1941, pp. 464-5, publica ilustraciones de estas medallas.
- 36 Alan Burns, History of the British West Indies, London, Allen & Unwin Ltd, 1967², p. 476.
- 37 El Tesorero de Real Hacienda de Portobelo al gobernador de Panamá, Portobelo 9 diciembre 1739, cit.
- 38 También piensa Vernon en privar a los guardacostas españoles de esta base. Consigue entrar en el río gracias a un mapa dibujado por un pirata

reformado llamado Lowther. Nowell, 1962, p. 485.

- 39 Pares, 1936, pp. 110-1.
- 40 Estos y más detalles se recogieron por José Antonio Calderón Quijano, Historia de las fortificaciones en Nueva España, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1953, pp. 89-92.
- 41 J.C.M. Oglesby, "Spain's Havana Squadron and the Preservation of the Balance of Power in the Caribbean, 1740-1748", Hispanic American Historical Review, 49, 1969, núm. 3, p. 475, y Nowell, 1962, p. 485.
- 42 Pares, 1936, p. 111.
- 43 Nowell, 1962, p. 485.
- 44 Lezo a Somodevilla, Cartagena 28 marzo 1740, AGS, Marina, leg. 396, cit. por Oglesby, 1969, p. 475.
- 45 Charles E. Nowell, "The Defense of Cartagena", Hispanic American Historical Review, 42, 1962, núm. 4, pp. 481-2.
- 46 Reflexiones de un comerciante peruano, remitido por Laviano, comisario del comercio de Perú, a Lezo, Panamá 20 abril 1740, en Dictamen de la Junta del Almirantazgo sobre la memoria francesa de 8 de octubre, San Ildefonso 24 octubre 1740, (original), AGN, Estado, leg. 4407.
- 47 El mayor número de navíos se encuentra en El Ferrol que tiene 13 navíos de línea de entre 50 y 80 cañones cada uno, enteramente listos para salir, junto con otras 4 pequeñas fragatas. Al mismo departamento pertenecen otros 4 navíos de línea que estarán listos para finales de mayo, y el Princesa, cuyo paradero se desconoce, aunque se sabe que necesita reparaciones. En Guarnizo hay 3 navíos de línea que requieren carena y pertrechos. Cádiz tiene 6 navíos de guerra listos a falta de pertrechos, marinería y tropa, más 4 bombardas en iguales circunstancias, y en Cartagena hay 3 navíos de guerra necesitados de diferentes palos, y 2 fragatas

listas para servicio en Europa. En América se encuentran 4 navíos de ^{33f} línea y 2 fragatas en Cartagena, 4 navíos de línea en La Habana, y 2 en Puerto Rico, la mayor parte necesitados de pertrechos. Estado en que se manifiesta el número de Navíos y Fragatas que tiene S.M., Aranjuez 12 mayo, 1740, AGS, Estado, leg. 4407.

- 48 Liste des navires de guerre anglois, Londres 13 mayo 1740, AGS, Estado, leg. 4399.
- 49 Ensenada a Villarias, Aranjuez 14 mayo 1740, (original), AHN, Estado, leg. 3224.
- 50 Los navíos son Reina, Príncipe, Real Familia, Castilla, Andalucía, Nueva España, Santa Ana, Santiago, San Luis, San Felipe, San Antonio y Fuerte.
- 51 Quintana a Villarias, Buen Retiro 10 julio 1740, (original), AGS, Estado, leg. 6909, sobre la orden de detener y abrir los próximos correos para Francia y el norte para separar las cartas que hablen de la escuadra de Torres.
- 52 Felipe V a Torres, 10 julio 1740, AGS, marina, leg. 396, cit. por Oglesby, 1969, p. 476. Felipe V a Torres, San Ildefonso 29 agosto 1740, (copia), AGS, Estado, leg. 4407. Las instrucciones a Torres de 10 julio, 29 agosto, 10 septiembre y 3 octubre se extractan por extenso en el Dictamen de la Junta del Almirantazgo sobre la memoria francesa de 8 octubre, San Ildefonso 24 octubre 1740, (original), leg. 4407.
- 53 Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.
- 54 Torres llega a Cartagena el 23 de octubre de 1740.
- 55 novedades acaecidas en la exquadra del mando de el ex^{mo}. S^{or}. Dⁿ. Rodrigo de Torres y Morales, Cartagena de Indias 26 octubre 1740, (copia), AHN, Estado, leg. 2321.
- 56 Esclava a Quintana, 27 octubre 1740 en AGI, Santa Fe, leg. 572, Torres a Somodevilla, 22 septiembre, 26 octubre, 8 y 30 noviembre, 12 diciembre 1740, AGS, marina, leg. 396, cits. por Oglesby, 1969, pp. 476-7.

- 57 Modele de la Declaration qui sera publiée au nom du Roy dans les Colonies françoises de l'Amerique, Campiegne y agosto 1740, AGS, Estado, leg. 4407. Traducción española en Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.
- 58 Instrucciones a D'Antin, Archives Nationales, París, Marine B² 311, Brest, ff. 58 y ss., cit. por Pares, 1936, pp. 165-6.
- 59 D'Antin llega al puerto de Saint Louis el 7 noviembre 1740.
- 60 Larnage a Torres, Saint Louis 14 noviembre 1740, (copia trad.), AHN, Estado, leg. 2321.
- 61 Id., Pares, 1936, p. 173.
- 62 Larnage a Torres, Saint Louis 16 noviembre 1740, (copia trad.), leg. cit.
- 63 Pares, 1936, pp. 172-3.
- 64 Béthencourt, 1953, p. 854, engañado por las apariencias dice que: "las relaciones entre ambas potencias [borbónicas] discurren dentro de una perfecta armonía y perfecta confianza" en septiembre y octubre de 1740.
- 65 Fleury a Villarias, 11 septiembre 1740, extractado y traducido en Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.
- 66 Instrucciones a D'Antin, 14 agosto 1740, Archives Nationales, París, Marine B² 311, Brest, ff. 58 y ss. cit. por Pares, 1936, p. 165.
- 67 Estas instrucciones de Maurepas a D'Antin llevan fecha de 7 y 23 octubre de 1740, Archives Nationales, París, Marine B² 311, Brest, ff. 172, 208, cit. por Pares, 1936, p. 167. Además incluyen órdenes de proteger las colonias francesas en América, que los refuerzos ingleses podrían amenazar. Id., p. 169.
- 68 Dictamen de la Junta del Almirantazgo..., 24 octubre 1740, cit.

- 69 Instrucciones a los gobernadores de Puerto Rico, Santo Domingo, La Habana, Veracruz, Cartagena, Campeche y Caracas, 29 agosto 1740, en Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.
- 70 Villarias a Fleury, 24 septiembre 1740, en Id.
- 71 Instrucciones a Torres, 3 octubre 1740, en Id., y Campoflorido a Torres, Fontainebleau 6 octubre 1740, (copia), AHN, Estado, leg. 2361. Estas instrucciones no llegan a Cartagena hasta mediados de enero de 1741.
- 72 Memoria francesa de 8 octubre 1740, en Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.
- 73 Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.
- 74 Somodevilla a Villarias, San Ildefonso 16 octubre 1740, (original), AHN, Estado, leg. 3224.
- 75 Propositiones de la Junta del Almirantazgo sobre la parte que le toca de las esquadras de Francia, 24 octubre 1740, (copia), AGS, Estado, leg. 4407. Esta Junta es formada por el conde del Montijo, el marqués de Mari y Francisco Cornejo.
- 76 Somodevilla a Villarias, San Ildefonso 16 octubre 1740, cit.
- 77 Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.
- 78 El ministerio español no está solo en esta apreciación, pues el almirante inglés Wagner expresa la misma sospecha, suponiendo que D'Antin no querrá hacer mucho más que escoltar los galeones a Europa. Wager a Vernon, 11/22 octubre 1740 y 24 febrero/7 marzo 1740/41, Original Letters to an Honest Sailor, pp. 26 y 32, y 3/14 mayo 1741, Vernon Wager MSS. Biblioteca del Congreso, cits. por Pares, 1936, p. 170.
- 79 Dictamen de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit., y Propositiones de la Junta del Almirantazgo...24 octubre 1740, cit.

- 80 Esta respuesta de Villarias a Fleury lleva fecha de 30 octubre 1740.
- 81 La verdad es que los puertos españoles del Caribe apenas si pueden abastecer a sus propias guarniciones, y a muy duras penas las escuadras españolas y galeones. El 2 noviembre 1740, tras la llegada de Torres, se decide mandar pedir a Leogane (Saint Domingue) una lista de provisiones. Junta celebrada en Cartagena de Indias, 2 noviembre 1740, (copia), AHN, Estado, legs. 2330 y 2335. Los galeones reciben provisiones de harina comprada por Larnage y Maillart de Jamaica. Pares, 1936, p. 174. Larnage a Torres, Saint Louis 14 y 16 noviembre 1740, *cits.*, dice que no pueden salir las provisiones pedidas de Leogane porque lo vigilan los ingleses, pero que enviará balandras a las colonias holandesas de San Eustaquio y Curaçao para comprar provisiones para Cartagena.
- 82 Dictamen de la Junta del Almirantazgo... 24 octubre 1740, *cit.*
- 83 Instrucciones a Vernon y Ogle, 25 septiembre / 6 octubre 1740, BM, Add. Mss. 32695, ff. 138, 147, y Newcastle a Vernon, 28 febrero 1740/41, vol. 32696, f. 140, *cit.* por Pares, 1936, p. 169.
- 84 Pares, 1936, pp. 170-2.
- 85 noticias de Eslava, Lezo, Torres, reunidos en Junta, Cartagena octubre 1740, febrero 1741, (copia), remitida por Eslava a Villarias, Cartagena 4 marzo 1741, (dup.), Estado, AHN, legs. 2339 y 2335, y Torres a D'Antin, Cartagena 23 noviembre 1740, (copia), leg. 2321.
- 86 Larnage a Torres, Saint Louis 6 diciembre 1740, (copia), leg. 2321. Esta carta es recibida en Cartagena el 19 diciembre.
- 87 noticias de Eslava, Lezo, Torres...1741, *cit.*, y Torres a Larnage, Cartagena 20 diciembre 1740, (copia), leg. *cit.*
- 88 *Id.*, y D'Antin a Torres, San Luis 5 enero 1741, (copia trad.), AHN, Estado, leg. 2321. Esta carta es recibida en Cartagena el día 21 de enero.

- 89 D'Antin a Torres, San Luis 7 enero 1741, (copia trad.), leg. cit. ³⁴²
- 90 Torres a D'Antin, Cartagena 22 enero 1741, (copia), leg. cit.
- 91 Noticias de Eslava, Lezo, Torres, reunidos en Junta, Cartagena 1740-41, cit., y Torres a Villarias, Cartagena 24 enero 1741 (dup.), leg. cit.
- 92 Torres a villarias, Cartagena 24 enero 1741, cit.
- 93 D'Antin a Torres y Lezo, San Luis a bordo del Delphin Real, 20 enero 1741, (copia trad.), leg. cit., Explica su partida diciendo que sólo ha recibido de Francia víveres para un mes, e intenta vanamente paliar la noticia diciendo "boi a cruzar algunos días sobre Cauo tiburón, para ver si soi tan feliz que logro encontrar con parte de las fuerzas de los Ingleses; y ponerme en estado de atacarlas". La vaguedad de tal proyecto es criticada por los españoles, ya que así ni siquiera les da la opción de intentar la unión de las escuadras en Cabo Tiburón. Torres a D'Antin, Cartagena 3 febrero 1741, (copia), leg. cit.
- 94 Noticias de Eslava, Lezo, Torres, reunidos en Junta, Cartagena 1740-41, cit., e Id., enero-mayo 1741, AHN, Estado, leg. 2321. Oglesby, 1969, p. 479, dice que esta decisión es tomada en una Junta de 21 enero, y cita el Consejo de Guerra de Torres de esta fecha en AGI, Santa Fe, 572, pero el extracto conservado en el AHN explica que son las noticias de D'Antin de 20 enero sobre la llegada de los refuerzos ingleses, las que convencen para que Torres vaya a La Habana. Otros muchos documentos persuaden asimismo que Oglesby interpretó mal la relación de la Junta de 21 enero.
- 95 Torres a Villarias, Habana 28 febrero 1741, (dup.), leg. 2321.
- 96 Torres a D'Antin, Cartagena 3 febrero 1741, Torres a Larnage, Habana 26 febrero 1741, Torres a Roquefeuille, Habana 27 febrero 1741, (copias), leg. cit.
- 97 Uno de los navíos que salió de Cartagena, el San Felipe, tuvo que volver a puerto por no encontrarse en condiciones para seguir el viaje. Torres a villarias, Habana 28 febrero 1741, cit.

- 98 Larnage a Torres, Leogane 12 junio 1741, (copia trad.), leg. cit. 343
- 99 Tres de los navíos de D'Antin fueron a Martinica para repararse. Dos de ellos se reúnen con la escuadra principal el 16 noviembre. Larnage a Torres, St. Louis 14 y 16 noviembre 1740, (copia trad.), AHN, Estado, leg. 2321.
- 100 La costa meridional de Saint Domingue produce pocos víveres. Es difícil traerlos de Leogane, por las corrientes y la vigilancia inglesa, y las islas francesas de Barlovento acaban de sufrir un huracán que ha destruido la mayor parte de sus cosechas. El intendente de Saint Domingue, Maillart, cree no obstante que se podrían reunir más víveres, pero Larnage lo niega. Pares, 1936, pp. 174-5.
- 101 Pares, 1936, pp. 175-7. D'Antin regresa a Francia "ignominiosamente", muriendo a los pocos días de su llegada a Brest.
- 102 John J. Tepaske, "French, Spanish and English Indian Policy on the Gulf Coast, 1513-1763: a comparison". En Dibble y Newton (eds.), 1971, pp. 31-2.
- 103 Véase el capítulo sobre La Nueva Colonia Inglesa de Georgia, pp.
104. Introducción al "Report on General Oglethorpe's Expedition to St. Augustine, 1741", publ. por Ver Steeg y Hoftadter (eds.), 1969, pp. 355-6, y Stephens, A Journal of the Proceedings in Georgia, 1742, II, pp. 70-1, 76-8, 129-30, 135, 402, 473, 499, 505.
- 105 Stephens, A Journal of the Proceedings in Georgia, 1742, cit., II, pp. 197-8, 223-4.
- 106 Id., pp. 237, 263, 282-3, 336, 338, y Verne E. Chatelain, The Defenses of Spanish Florida, 1565 to 1763, Washington D.C., Carnegie Institution, 1941, p. 91.
- 107 Chatelain, 1941, p. 92.
- 108 Stephens, A Journal of the Proceedings in Georgia, 1742, II, p. 346.

- 109 Id., pp. 389-90. 344
- 110 Id., pp. 425-9, 437, 443-9, 461, da noticias confusas según van llegando del frente, y Chatelain, 1941, p. 91.
- 111 El Consejo de Indias. Expone..., 1739, (minuta), AHN, Estado, leg. 2318.
- 112 Pedro de Rivera al Rey, Guatemala 28 junio 1741, AGN, Guatemala, 872, oit. por Roberto Trigueros Bada, "Las defensas estratégicas del Rfo de San Juan de Nicaragua", en Anuario de Estudios Americanos, XI, Sevilla, 1954, p. 59.
- 113 El contador del Reino al Rey, Guatemala 10 noviembre 1740, AGN, Guatemala, 872, oit. por Trigueros, 1954, p. 60.
- 114 Pares, 1936, pp. 98-100.
- 115 Quintana a Villarias, Madrid 15 agosto 1740, (original), AHN, Estado, leg. 2330.
- 116 Id.
- 117 Trigueros, 1954, pp. 60-3.
- 118 Pares, 1936, pp. 103-4.
- 119 El Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de los fuertes de Boca-chica, y sitio de la ciudad de Cartagena de las Indias: formado de los pliegos remitidos a Su Magestad (que Dios guarde) por el Virrey de Santa Fe Don Sebastián de Eslava con D. Pedro Mur, su Ayudante General, 1741, AHN, Estado, leg. 2335, pp. 7-8, especifica que tiene 1.100 hombres de regimientos españoles y guarnición de la plaza, 400 soldados de Marina, 300 milicianos, 2 compañías de negros y mulatos libres, los 600 trabajadores indios y 600 marineros. Un Papel suelto del AHN, Estado, leg. 2330, hace una cuenta que acaba dando a Eslava algunos más hombres útiles, pero acaso no toma en cuenta las bajas habidas en Cartagena por enfermedad o desertión. Cuenta 500 de la guarnición antigua,

450 que llegan con Eslava en abril de 1740, 1700 que embarcan con Torres y 400 de tropa de Marina, menos 300 muertos durante la travesía de Torres consigo a La Habana. Es decir, que Cartagena tendría casi 2.200 hombres. Esta cifra sin embargo debe ser considerada como excesivamente optimista.

- 120 Los navíos son Dragón, San Carlos, El Conquistador, Galicia, San Felipe, y Africa.
- 121 Eslava a Villarias, Cartagena 31 marzo 1741, (original), AHN, Estado, leg. 2321.
- 122 Larnage a [Güemes], Leogane 19 marzo 1841, (copia trad.), leg. cit., dice que son 30 navíos de guerra; José Polo de la Vega a José González de Osorio, Trinidad 28 marzo 1741, (copia), leg. cit., remite las noticias del capitán Gregorio de Silva y Abreu, que acaba de ser liberado de Jamaica, donde estuvo prisionero, diciendo que son 28 navíos de guerra, 3 bombardas, 2 burlotes de fuego y 2 navíos de humo. Esla a Villarias, Cartagena 31 marzo 1741, (original), leg. cit., dice que son 33 navíos de guerra, aunque luego en su diario de todo lo ocurrido..., 1741, cit. p. 7, aumenta esta cifra especificando que son 8 navíos de 3 puentes, 28 de línea, 12 fragatas y paquebotes de entre 20 y 50 cañones, 2 bombardas y algunos brulotes. Ahora bien, este Diario de todo lo ocurrido es la versión española oficial de los hechos, y se entiende que procura abultar lo heroico de la defensa de Cartagena. Melchor Navarrete, teniente gobernador de Cartagena a Villarias, Cartagena 27 mayo 1741, leg. 2335, dice que los navíos de guerra son 38. En su Diario de lo acaecido en Cartagena de Indias desde el día 13 de Marzo hasta 20 de Mayo del mismo año, Cartagena 30 mayo 1741, (original), leg. cit. Lexo dice que son 36 navíos de guerra. Nowell, 1962, p. 489, dice que tampoco están de acuerdo las fuentes inglesas sobre las cifras exactas de las fuerzas de Vernon, pero opta por fijar el número de navíos de línea en 29, además de una fragata, corbetas, bombardas, navíos de humo y un bergantín. José A. Calderón Quijano, "¿Pensó Vernon emplear las cortinas de humo en su ataque contra Cartagena de Indias?", Revista General de Marina, CXXII, Madrid, 1942, mayo, pp. 651-5, resalta la existencia de dos navíos de humo en la armada, citando una carta de Manuel Salcedo

a Quintana, Campeche 20 mayo 1741. Efectivamente existen esos 2 navíos de humo, pues los menciona también Polo a Gonzalez, Trinidad 28 marzo 1741, cit.

- 123 El Gobernador de Martinica a A'Antin, 5 enero 1741, (copia), AHN, Estado, leg. 2321, confirmado por Nowel, 1962, p. 486.
- 124 El Gobernador de Martinica a D'Antin, 5 enero 1741, cit., dice que ya tienen en Martinica 23 hombres de la armada de Ogle, quienes afirman que en los bosques habrá más de 600 desertores. Polo a González, Trinidad 28 marzo 1741, cit., dice que han muerto mil hombres por enfermedad en Port Royal, queriendo Vernon tripular los navíos con esclavos negros, ante las protestas de los plantadores jamaicanos. Larnage a Güemes, Petit Guave 7 marzo 1741, (copia trad.), leg. 2321, dice incluso que ni siquiera embarcaron los 8.000, sino que fueron sólo 5.300 ya en Portsmouth.
- 125 Larnage a Güemes, Petit Goave 7 marzo 1741, cit., dice que las milicias coloniales enviadas del norte no son más de 4.000, y "la mayor parte de familias". Nowell, 1962, p. 486, da la cifra de 3.600, citando a L. Mc Cormick-Goodhart, "Admiral Vernon; his Marylanders and his Medals". Maryland Historical Magazine, XXX, 1935, 247.
- 126 Nowel, 1962, p. 487. Torres a Villarias, La Habana 12 octubre 1741, (copia), AHN, Estado, leg. 2321, dice que un desertor de la armada inglesa en Guantánamo (septiembre 1741) informó que pertenece a un grupo de 94 hombres procedentes de Carolina, de los cuales quedaban sólo 17, la mayor parte de las bajas siendo debidas a enfermedades. Oglesby, 1969, p. 479, sin duda no ha contado las pérdidas por desertión y enfermedades, al dar la cifra de once mil tropas de desembarco.
- 127 Lord Cathcart muere en Dominica, por lo que su segundo, el brigadier general Thomas Wentworth toma el mando.
- 128 Larnage a Güemes, Leogane 19 marzo 1741, (copia), AHN, Estado, leg. 2321.
- 129 Vernon atestigüó que sólo fingía querer desembarcar en Punta Cana para

- entretenen y confundir a los defensores, The Vernon Papers, editados por B. Mel. Hanft, Greenwich (Inglaterra), 1958, p. 194, cit. por Nowell, 1962, p. 492. Sin embargo los españoles pueden desplazarse con igual o mayor rapidez que los ingleses, y no parece que sea muy inteligente gastar cinco días en una maniobra inútil. Blas de Lezo, Diario de lo acaecido..., 1741, cit., dice que es él quien aconseja que vayan piquetas a Boquilla y Cruz Grande para resistir el desembarco inglés.
- 130 En este lapso de tiempo, Lezo en su Diario de lo acaecido..., 1741, cit., dice que Eslava reclama un día las fuerzas que mandó a Lezo el día anterior, dando la impresión de indecisión.
- 131 Eslava a Lezo, Cartagena 25 marzo 1741, (copia), AHN, Estado, leg. 2321. Véase también Eslava a Villarias, Cartagena 31 marzo 1741, (original), leg. cit.
- 132 Carlos Desnaux, en su Relación de la defensa que hizo el Castillo de San Luis de Bocachica desde el día 20 de Marzo hasta 5 de Abril a los ataques de la esquadra Inglesa comandada por el Almirante Vernon, Cartagena, 3 mayo 1741, (copia), leg. cit., y 2335, testifica que Lezo intentó presionarle para que apoyase su deseo de abandonar San Luis, el 25 marzo, pero dice Desnaux que se negó. Esto corrobora la versión de Eslava, pero Lezo acusa al ingeniero de mentir, sobornado por las promesas de promoción de Eslava.
- 133 Desnaux, Relación de la defensa..., 1741, cit., dice que el 4 abril los navíos españoles dejaron de cañonear a los enemigos, y que hizo se encontraba ya sin balas. Luego el día 5 no pudo dar con Lezo en el Galicia porque estaba "retirado en el mar para la seguridad de su persona". Esto no parece concordar con el temperamento de Lezo, cuya propia versión de una ausencia momentánea del área de combate - después de saber la noticia de la brecha - es que estaba formando las instrucciones para la evacuación y hundimiento de sus navíos. Lezo, Diario de lo acaecido..., 1741, cit.
- 134 Lezo, Diario de lo acaecido..., 1741, cit.

- 135 Lezo, Diario de lo acaecido..., 1741, cit., se siente ofendido porque Eslava, delante de Lezo, da el mando sobre la gente de mar a otro oficial y luego hace esperar a Lezo dos horas antes de mandarle fuera de la plaza al frente de los piquetes, tarea que por otro lado le aleja de Eslava. Lezo pone tres piquetes en el tejado de Cavala, uno en la Quinta, otro en el desembarcadero de Alsivia, dos en el tejado de Gracia, y otro en el preceptor.
- 136 Pares, 1936, pp. 68-77, explica en detalle las alternativas y contradicciones que llegan a aparecer en las instrucciones dadas a los comandantes ingleses.
- 137 Nowell, 1962, pp. 498-9, dice que el total de hombres enviados al asalto son 1.500, y que se pierden 43 oficiales y 136 hombres muertos, mas 475 heridos. Eslava a Villarias, Cartagena 9 mayo 1741, (original), AHN, Estado, leg. 2321, dice que avanzaron 3.200 hombres, perdiéndose más de 800 entre muertos y heridos. Navarrete a Villarias, Cartagena 27 mayo 1741, leg. cit., aumenta las pérdidas inglesas a 200 muertos con unos mil heridos y presos. Lezo, Diario de lo acaecido..., 1741, cit., dice que son 600 muertos y 400 heridos.
- 138 Lezo a Villarias, Cartagena 30 mayo 1741, (original), AHN, Estado, leg. 2335, y Lezo, Diario de lo acaecido..., 1741, cit. En su carta Lezo solicita volver a Europa por carecer de navíos ya en América. Eslava a Villarias, Cartagena 9 mayo 1741, (original), leg. 2321, también recomienda que el almirante sea retirado de Indias a causa de las friociones habidas durante el sitio de Cartagena. Empero Blas de Lezo muere en esta ciudad el 7 septiembre 1741 a causa de las heridas recibidas en la defensa de Bocachica.
- 139 No se construirán de hecho más que tres navíos en el astillero de la Habana a lo largo de la guerra. Son el Glorioso, el nuevo Invencible, y el Africa. Ogelsby, 1969, p. 481.
- 140 Duque de la Conquista a Villarias, Méjico 5 abril 1741, (copia), AHN, Estado, leg. 2330, incluye un estado de cuentas, como sigue:

Caudal existente en las cajas de Veraoruz 1.010.006 pesos.

El que aora se remite a ellas	<u>1.300.000</u>
	2.310.006

Distribución de esta cantidad.

Para la esquadra del Sr. D. Rodrigo de Torres	236.730
Para la situación de La Hauana	265.753. 4.
Para Santo Domingo, en la isla española	375.207. 4.1 3/4
Para Puerto Rico	136.166. 1.1
Para Cuba	122.038. 3.8
Para Gumaná	84.110. 6.9
Para piquetes, Forzados y fortificaciones en la Florida	80.000
Este es el caudal que ha de llevar ahora la Bizarra	<u>1.300.006. 3.7 3/4</u>
Hay en Veracruz	1.010.006
Se remite en Oro con el Conductor	124.000
En cartas de crédito	<u>166.000</u>
	1.300.006

Segunda Remisión.

Para dos años de obras de fortificación de La Habana (otra copia del mismo estado de cuentas en el leg. 2321 dice Florida en vez de Habana) hasta junio de 40	20.000
Para el mismo tiempo del Ponton	10.000
Para fabrica de Nauios en aquel Astillero	100.000
Para compra de tabacos	200.000
Para la esquadra de D. Blas de Lezo	100.000
Para la del Sr. D. Rodrigo de Torres	<u>300.000</u>
	730.000
Lo que existe, y se ha de remitir a Veracruz	2.310.006
Lo que de ello se distribuye	2.030.006. 3. 7 3/4
Quedan en aquellas Arcas para gastos de aquel Puerto	279.999. 4. 4 1/4

- 142 Id., 13 junio 1741, cit., dice que dispone de unos 2.000 hombres en total.
- 143 Id., y Acta de la Junta de Guerra celebrada en Veraoeruz a 13 junio de 1741, (copia), leg. cit.
- 144 Benavides a Villarias, Veraoeruz 12 septiembre 1741, (copia), leg. cit., estipula que son 1.200 milicianos de caballería y 900 de infantería, más las guarniciones compuestas de 210 soldados de marina y 125 de infantería, 50 soldados de caballería de la guardia del virrey, 300 soldados de infantería y otros 300 de dragones, 100 artilleros del castillo y 30 de la ciudad, 100 artilleros de milicias sin sueldo, 360 lanceros, y 570 negros y mulatos. Se queja de la lentitud de los milicianos en acudir.
- 145 Id.
- 146 Larnage a Güemes, Leogane 19 marzo 1741, (copia trad.), leg. cit.
- 147 Güemes a Villarias, Habana 14 abril 1741, (copia), leg. cit.
- 148 Torres a Villarias, La Habana 25 agosto 1741, (copia), leg. cit.
- 149 Noticias que ha traído don Antonio de Arze que fue a hacer descubierta con una Goleta a la boca de la Canal de Bahama. 23-27 julio 1741, (copia), y Torres a Villarias, A bordo del Glorioso, La Habana 27 julio 1741, (copia), leg. cit.
- 150 Torres a Villarias, La Habana 5 julio y 3 agosto 1741, (copias), Larnage a Güemes, Leogane 13 julio 1741, (copia trad.), y Relación que el día 9 de el corriente hizo un Marinero de el fuerte, que asegura hablo el día antes con quatro Marineros que venian de Jamayoa, de cuyo Puerto hauia 22 dias faltauan donde estauan Prisioneros. La Habana 14 julio 1741, remitida por Torres a Villarias, La Habana 14 julio 1741, (copia), leg. cit.

- 351
- 151 Relación que el día 9 de el corriente hizo un Marinero..., La Habana 14 julio 1741, cit.
- 152 [Torres a Villarias] Extracto de las particulares noticias que me ha dado el Gobernador de Cuba y la resolución tomada en esta Capital de la Habana como mas distintamente informara su Gobernador, à quien mas latamente le dà cuenta de todo. A bordo del Glorioso, La Habana, 25 agosto 1741, (original), y Gúemes a Villarias, La Habana 26 agosto 1741 (copia), leg. cit. Los lugares donde desembarcan los ingleses parecen ser el Cantillo, Caïamas y las Lajas. Torres dice que los milicianos son unos 70, pero el capitán Pedro Guerra dice que entre los suyos y los de su colega capitán Marcos Pérez no suman sino 37 hombres.
- 153 Torres a Villarias, La Habana 25 agosto 1741, cit., dice que las tropas regulares son 400; Gúemes a Villarias, La Habana 26 agosto 1741, cit., dice que son 4 piquetes de España (unos 200 hombres), 300 de la guarnición del presidio de Santiago, 700 milicianos de Santiago y sus alrededores, 400 milicianos de Puerto Príncipe y 500 de Bayamo.
- 154 Torres a Villarias, La Habana 25 agosto y 12 octubre 1741, leg. cit.
- 155 [Torres a Villarias] Extracto de las particulares noticias que se ha dado el Gobernador de Cuba, desde el día 28 de Agosto próximo pasado hasta el de la fecha, como mas distintamente informará el Gobernador de esta Plaza, à quien mas latamente le dà cuenta de todo. La Habana 12 octubre 1741, (copia), y [Gúemes a Villarias] Extracto de Noticias particulares de la Isla de Cuba, La Habana 11 octubre 1741, (copia), leg. cit.
- 156 El Gentleman's Magazine, 1742, p. 105, cit. por Burns, 1965², p. 478, dice que para el 5/16 octubre ya habían muerto en Guantánamo 208 oficiales.
- 157 Esto es uno de los puntos, especificando que el destacamento debe ir a Taxa Buena, del papel "Plans for a secret expedition to Panama", publicado por James A. Robertson en Hispanic American Historical Review, 2. Baltimore, 1919, pp. 66-71.

- 158 Pares, 1936, p. 96, nota 1.
- 159 Juan y Ulloa, Noticias secretas de América..., ed. cit., p. 113.
- 160 Id., pp. 112-4, Pares, 1936, pp. 93-6, y Burns, 1965², pp. 478-9.
- 161 Béthenecourt, 1950, pp. 27-8.
- 162 Chatelain, 1941, p. 92.
- 163 Los dos informadores más regulares son Richmond y Terrason, quienes escriben desde Londres. Terrason a Casas, Londres 8 septiembre 1740, (original), AGS, Estado, leg. 6910, comunica incluso que las tripulaciones de la escuadra de Anson son viejas, pues se cree que aguantan mejor los climas cálidos. Los términos de "invalids and Chelsea pensioners" empleados por Nowell, 1962, p. 486, para describir los tripulantes evidencian que no aprecia ningún elemento positivo en este aspecto.
- 164 El Infante Almirante General a Quintana [septiembre 1740], AHN, Estado, leg. 3224.
- 165 Id., y Terrason a Casas, Londres 22 septiembre 1740, (original), AGS, Estado, leg. 6910.
- 166 Pares, 1936, pp. 76 y 105.
- 167 Richmond a Geraldino, Londres enero 1740, remite un papel titulado "Consideraciones para realizar una empresa contra Buenos Aires, por un Verdadero Británico" 7/18 enero 1740, AGS, Estado, leg. 6908, Terrason a Casas, Londres 22 septiembre 1740, cit., y 15 febrero 1741, (original), leg. 6910.
- 168 Pares, 1936, pp. 76 y 105-8.
- 169 Juan y Ulloa, Relación histórica del viage a la América Meridional..., 1748, ed. cit., II, p. 250.

- 170 Nowell, 1962, p. 486.
- 171 Pares, 1936, p. 106, y Juan y Ulloa, Relación histórica..., 1748, ed. cit., II, p. 250.
- 172 Juan y Ulloa, Noticias secretas de América..., ed. cit., p. 167, explican que los ingleses se sorprendieron mucho al ver tanto dinero en un miserable barquito de pescador. Su dueño era un comerciante que iba a reunirse con otros en Paita para hacer una expedición de compras a Panamá y Nueva España.
- 173 id., dicen que no obstante el tesoro cogido, la mayor parte se había podido esconder en la arena a tiempo. Pares, 1936, p. 107, da a entender en cambio que Anson no halló mucho de valor en Paita.
- 174 Juan y Ulloa, Noticias secretas..., ed. cit., p. 29.
- 175 Pares, 1936, p. 108, y Nowell, 1962, p. 486.
- 176 Pares, 1936, pp. 77 y 96-7, y Navarro, 1975, p. 44.
- 177 Francisco Morales Padrón, Rebelión contra la Compañía de Caracas, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955.
- 178 Pares, 1936, pp. 79-84.
- 179 Torres a Villarias, La Habana 4 abril 1741, (copia), AHN, Estado, leg. 2321, pasa revista a sus cuidados. El Castilla está carenado; el Reina reparado del palo de bauprés, mesana y timón; el Santiago reparado de sus muchos defectos y provisto de un nuevo bauprés; el Real Familia está a punto de descubrir su quilla; el Santa Ana está recibiendo atenciones a su quilla también; el Invencible se acaba de construir en el astillero de La Habana; el Glorioso se está armando; y el Príncipe tiene que recibir extensas obras aún. En 22 marzo llega a La Habana un pingue de Veracruz trayendo palos de Guazacualcos para los navíos de

- 354
- Torres. La falta de tripulantes se agrava más en la guerra porque los gobernadores españoles necesitan hombres para guarnecer las fortificaciones terrestres, y se resisten a cederlos para la escuadra. Torres a Villarias, a bordo del Invencible, La Habana 19 junio 1741, (copia), leg. cit.
- 180 Id.
- 181 Id., 9 mayo 1741, y Güemes a Villarias, La Habana 9 mayo 1741, (copias), leg. 2313.
- 182 Torres a Larnage y Roquefeuille, a bordo del Invencible, La Habana, 13 mayo 1741, (copias), leg. 2321.
- 183 Relacion de los Muertos y heridos, que á havido el 30 de Junio de 1741 en la Havana. Con motivo de el Rayo, que Incendió el Navio el Imbenzible, Capitana de la presente Esquadra, del Mando de el Theniente General D. Rodrigo de Torres y Morales, leg. cit., suma 16 muertos y 21 heridos entre marineros, tropa de tierra y civiles. Torres a Villarias, La Habana 5 julio 1741, (copia), leg. cit., dice que se perdieron 400 quintales de pólvora.
- 184 Torres a Villarias, La Habana 5 julio 1741, cit., y 12 octubre 1741, (copia), leg. cit.
- 185 Id., 28 noviembre 1741, (copia), leg. cit.
- 186 Felipe V a Torres, 2 agosto 1742, AGS, Marina, 399, cit. por Ogelsby, 1969, p. 481.
- 187 Torres a Campillo 7 junio y 24 agosto 1743, AGS, Marina, leg. 399, cit. por Ogelsby, 1969, p. 482.
- 188 Fares, 1936, p. 111.
- 189 Jiménez a Ensenada, 12 marzo y 15 julio 1744, Lovio a Ensenada, 22 abril 1744. Espínola a Ensenada, 10 junio 1744, AGS, Marina 399, cit.

por Ogelsby, 1969, pp. 482-3.

- 190 Jiménez a Ensenada, 1 noviembre 1744 y Torres a Ensenada, 5 enero 1745, AGS, Marina 399, cit. por Ogelsby, 1969, p. 483.
- 191 Güemes a Ensenada, 18 mayo 1745, Reggio a Ensenada, 25 mayo, 25 julio, 1 septiembre, 1 y 28 noviembre 1745, AGS, Marina 399, cit. por Ogelsby, 1969, p. 483.
- 192 San Just a Ensenada, 10 noviembre 1746, y Spínola a Ensenada, 12 diciembre 1744, AGS, Marina, 399, cit. por Ogelsby, 1969, p. 484, y Ensenada a Huéscar, Buen Retiro 6 febrero 1747, (original), AHN, Estado, leg. 4172.
- 193 Reggio a Chatalain, 18 octubre 1747, y Fernando VI a Reggio, 6 abril 1748, AGS, Marina, 400, cit. por Ogelsby 1969, p. 485. Según Ensenada a Huéscar, Buen Retiro 6 febrero 1747, cit., el tesoro total reunido en octubre de 1746 eran casi 13 millones de pesos, más de 18.000 marcos de plata labrada y 112 marcos de oro, además de cargamentos valiosos. Sin embargo, de todo ello correspondían al Rey 1.716.626 pesos fuertes.
- 194 Knowles al Almirantazgo, 6 abril, 1 junio 1748, PRO, Admiralty, 1/234, cit. por Ogelsby, 1969, p. 485.
- 195 Reggio a Ensenada, 31 agosto, 12 octubre, Reggio a Egües, 14 septiembre 1748, AGS, Marina 400, Diario del Teniente de navío Raphael Vielsa, Archives Nationales, Marine, B4 62, y Knowles al Almirantazgo, 2 y 6 octubre 1748, PRO, Admiralty 1/234, cits. por Ogelsby, 1969, pp. 486-8. De lo que refieren los Tenientes Generales Don Andres Reggio y Don Benito Antonio de Espinola, y el Gobernador de la Habana en sus cartas de 21, 30 y 31 de octubre y 16 de noviembre del año pasado, que traxo a Cadiz la fragata la Calga. AHN, Estado, leg. 4130. Carvajal sospecha que Knowles obró de mala fe en este combate porque era muy probable que él ya supiese la conclusión de la paz antes de atacar. Véase el cap. 7, p. 5.

- 196 Pares, 1936, p. 104, y Navarro, 1975, p. 45.
- 197 Papel nuevo, en que se hace manifiesto al público en una puntual y verídica relación todas las presas que han hecho los armadores españoles desde que se publicó la guerra con Inglaterra hasta primero de Enero de este presente año de 1741..., Madrid, 1741, BN Ms, P. v-4, o-28, núm. 10, publ. por Pedro Roca en Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 3ª época, II, Madrid, 1898, pp. 265-80.
- 198 Pares, 1936, p. 109, nota 1, corrobora esta impresión, y señala cómo la contabilidad inglesa tiende a disimular las pérdidas nacionales dando a las presas de uno y otro lado valores arbitrarios para compensar la diferencia del número de presas favorable a los españoles.
- 199 Archives Etrangères, Mém. et Doc. Espagne, 82, ff. 45 y ss, y 81, ff. 175, 180, cit. por Pares, 1936, p. 114. La razón del interés francés en este tema es que muchos de los registros eran franceses. Id., p. 112.
- 200 Se trata del castillo de la Gloria en Portobelo en 1739. Ver pp.
- 201 Güemes a Villarias, La Habana 26 agosto 1741, (copia), AHN, Estado, leg. 2321.
- 202 Id.
- 203 Ensenada a Villarias, Aranjuez 14 mayo 1740, (original), leg. 3224, y Benavides a Villarias, Veracruz 12 septiembre 1741, (copia), leg. 2321.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

SECCION DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORANEA.

LAS INDIAS EN LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA, 1739-1759.

II

Tesis Doctoral

presentada por

Sylvia-Lyn Hilton.

Bajo la dirección del

Prof. Dr. D. Juan Pérez de Tudela y Bueso.

Madrid, 1979.

CAPÍTULO VI

LA PAZ DE AQUISGRAN.

El advenimiento de Fernando VI y el cambio de la política española.

Las negociaciones de Grimaldi en Viena.

Las primeras negociaciones hispanoinglesas.

La degradación de las relaciones hispanofrancesas.

El plan de pacificación de Bruselas, 1746.

Carvajal nombrado ministro de Estado, y las instrucciones de Macanaz.

Las negociaciones de paz en Lisboa y Breda.

La retirada de Macanaz.

La misión de Wall en Londres, 1747.

Las conferencias de Aquisgrán, y los artículos preliminares de la paz.

La reacción española a los preliminares, y los esfuerzos por eliminar o limitar el asiento inglés y por asegurar el establecimiento del infante Felipe.

El tratado de Aquisgrán.

La muerte de Felipe V el nueve de julio de 1746 y la ascensión al trono español de Fernando VI son acontecimientos de la mayor resonancia dentro y fuera de España. Se abre un corto período de transición en el cual además de afiansarse un nuevo monarca al frente del Estado español, se asientan las bases de una política exterior totalmente diferente de la que hasta aquí llevaron los reyes católicos.¹ En efecto se desencadena una lucha por el poder entre los partidarios de la política revisionista del reinado de Felipe V, y los paladines de una nueva política realista, que no mirase hacia el pasado sino hacia el futuro.² A los ojos de muchos españoles conscientes en 1746, el irredentismo a partir de Utrecht no ha sido una política acertada, ni compenetrada con los verdaderos intereses nacionales. Para ellos la diplomacia española ha sido dirigida de acuerdo con los intereses franceses primero, y los personales de Isabel de Farnesio después. Ahora la nueva política tan ansiada debe ser plenamente española, e inequívocamente independiente.³

Sin embargo, la transición ha de ser planeada y realizada con cuidado, porque la enemistad de la reina viuda es peligrosa mientras no se conozca mejor al nuevo rey, y la delicada situación internacional no permite cometer errores. Así es que no se hace nada con brusquedad, pero el cambio se va imponiendo progresivamente en todas las esferas relacionadas con la política exterior: en las embajadas, en el ejército, en la secretaría de Estado, y en las relaciones sostenidas con las potencias europeas.

De inmediato, el objetivo del gobierno de Fernando VI será lograr la paz, pero procurando que sea una paz honrosa y sin abandonar los empeños de Felipe V. Por lo tanto se insistirá en la concesión de un establecimiento digno para el infante Felipe, aunque naturalmente sin abrazar las desmesuradas ambiciones de Isabel de Farnesio.⁴ No obstante, la verdadera preocupación del nuevo gobierno no está en Italia, sino en América, y concretamente en las disputas que promovieron la guerra con Inglaterra.⁵

Ahora bien, lo más urgente en julio de 1746 es salvar el ejército español, derrotado ante Plasencia el mes anterior y en plena retirada, perdiendo todas las ganancias de la brillante campaña galohispana de 1745.⁶ Para esta

misión es nombrado el marqués de la Mina, que tan malos recuerdos tiene de su embajada en Francia entre 1736 y 1740.⁷ Naturalmente este paso alarma un tanto a los franceses, pues Mina tiene cierta fama de odiarles,⁸ y suscita los recelos del propio infante Felipe, que hasta este momento ha ostentado, al menos teóricamente, el mando supremo del ejército aliado en Italia. Este príncipe vislumbra el camino de rumbo de la política española, y escribe con petulancia a su madre, "Mina acaba de llegar con gran sorpresa por mi parte...por lo que mira al ejército, él será desde luego, el dueño absoluto; pero que si trata de erigirse en mi pedagogo, le mandaré a paseo. En fin todo me hace ver que el tiempo de mi felicidad ha pasado."⁹ Fernando VI envía por mano de Mina una carta muy afectuosa y tranquilizadora para el infante, pero las órdenes respecto del ejército son tajantes. El infante no debe participar más en la dirección de las operaciones militares, y el único cuidado del general ha de ser la salvación de los restos del ejército español.¹⁰

Huéscaer, camino de París, es avisado por Ensenada para que se detenga en Montpellier donde ha de entrevistarse con Mina; camino de Italia. Huéscaer debe explicarle todos los detalles del ejército de Lombardía, conocidos por él de primera mano, para que Mina tenga un exacto conocimiento de la situación militar. El duque duda que el ejército aliado pueda mantenerse, dadas las condiciones en que se halla, y así se lo hace saber a Mina. El general actúa de acuerdo con esta información, ordenando la total retirada de las tropas españolas, como único modo de cumplir con sus órdenes de salvar el ejército. Iniciada la retirada de Plasencia por Gages a mediados de agosto, se decide en consejo de guerra convocado por el recién llegado Mina, el abandono de Voghera. Se abandonan asimismo sucesivamente Tortona, Novi y el paso de Bochetta, embarcándose los restos del ejército español con todo su equipo en Génova para ir a Provenza. El ejército francés bajo el mariscal Maillebois es forzado a seguir a los españoles, y en el mes de septiembre oca Génova en poder de las tropas austrosardas. En octubre ya amenazan Provenza por un lado y Nápoles por otro, pero la invasión del suelo francés es abortada al estallar en diciembre la heroica sublevación genovesa contra el ejército de ocupación, la cual apoyada por dinero francés sobre todo, mantiene ocupado todo el invierno al mariscal Botta Adorno.¹¹

La precipitación de la retirada española provoca amargas protestas francesas, y sorprende en la Corte española. Escribe doña Bárbara a su padre

lamentando el abandono de la plaza fuerte de Tortona, causa del disgusto de Fernando, y pidiendo los buenos oficios de Juan V cerca del gobierno inglés para asegurar que Nápoles, amenazado por María Teresa, no será invadido.¹² Las luchas de facciones en la Corte española hacen peligrar momentáneamente la posición de Mina, pero el general cuenta con el poderoso apoyo del marqués de la Ensenada y cuando Juan V felicita a Fernando por haber puesto a salvo su ejército,¹³ el peligroso trance está superado.

Con una fuerza militar española vigente en Europa, por si hay que proseguir la guerra, el gobierno de Fernando VI se dedica a explorar y fomentar las diversas posibilidades de paz que se le van ofreciendo. No se llegará fácilmente a la tan deseada meta, pues a una guerra indecisa en su conjunto, se une una enorme divergencia de intereses. Así es que pese a las cautelosas esperanzas para la paz que suscita el advenimiento de un nuevo monarca al trono de España, no se presentan de hecho fáciles las negociaciones. Dos años largos han de durar, hasta desembocar al fin en la paz de Aquisgran de 1748. Dichas negociaciones se desarrollan en diferentes fases y en diversas ciudades europeas. Todas son supuestamente secretas, pero las suspicacias se exhiben a flor de piel, brillando por su ausencia la sincera cooperación entre todos los interlocutores.

Todavía reinando Felipe V, y concretamente a raíz del traidor proyecto de Argenson de pactar con Carlos Manuel de Cerdeña, don Jerónimo de Grimaldi¹⁴ es enviado secretamente a la Corte de Viena (donde adopta el pseudónimo de José Chiullini) para tratar de negociar un acuerdo austro-español a espaldas de Francia. Villarias pone grandes esperanzas en el éxito de esta maniobra, y aunque las primeras gestiones tropiezan con ciertas dificultades, muy pronto dan un resultado favorable, pues la emperatriz María Teresa acepta tratar directamente con España, ofreciendo reconocerle al infante Felipe un establecimiento digno en Italia. Solamente quedan algunos puntos delicados por arreglar pero en principio parece que la negociación puede llevarse a buen término.¹⁵ En un informe elevado a Fernando VI en veinticuatro de agosto, Villarias se muestra franco partidario de proseguir con todo interés las conversaciones con el gobierno austríaco, siendo sus consideraciones aprobadas por el rey.¹⁶ Luego elabora un proyecto de ajuste con los ingleses (aliados de Austria, y sin cuyo beneplácito María Teresa se niega a cerrar definitivamente el trato con España) que ha de guiar a Grimaldi en sus negociaciones.¹⁷

El rey de Portugal está en todo momento al corriente del desarrollo de las gestiones de Grimaldi en Viena, a través de las cartas de su hija Bárbara.¹⁸ Ofrece sus buenos oficios y aprueba la negociación, aunque él siempre demuestra cierta deferencia hacia los intereses de Inglaterra, sin la cual entiende que no se podrá ajustar nada definitivo.²⁰

Empero, los sucesos militares en Italia cambian totalmente la situación, puesto que en el otoño de 1746 el ejército austro-sardo pasea triunfalmente por el norte de la península, amenazando incluso el reino de Nápoles, y María Teresa no ve ningún motivo ya para cederle al infante español nada. Así es que las gestiones de Grimaldi en Viena se paralizan y la emperatriz afirma su voluntad de tratar con España en Lisboa, junto con Inglaterra.²¹ La verdad es que María Teresa se ha convencido que Fernando VI no insistirá sobre el establecimiento del infante, y que aceptará la paz a cambio de la seguridad de Carlos en Nápoles.²² Villarias persiste en la negociación de Viena hasta noviembre, ordenando a Grimaldi comunicar allí la determinación del rey respecto del establecimiento de su hermano, pero no se aprecia ningún indicio de éxito. La misión de Grimaldi y la negociación particular con Austria, pues, han fracasado.

Ahora bien, Juan V está en lo cierto cuando dice que los ingleses son quienes tienen la llave de una paz duradera para España, y así lo entiende el ministerio español. En 1745 se envía un agente secreto a Londres para tantear los ánimos del gobierno inglés acerca de una negociación de paz.²³ En las instrucciones pertinentes a esta misión, ya se nota una nueva influencia (la de Ensenada quizás) en las referencias a la negociación americana, pues son mucho más flexibles que antes, aunque siguen siendo bastante imprecisas y sobre todo se hace depender cualquier concesión en este punto de la satisfacción de las pretensiones territoriales españolas en Europa. Las prioridades de la diplomacia española siguen siendo, pues, europeas. La instrucción afirma el deseo de paz, "acordando a los Ingleses la libre navegacion; esto es, que no encontrandose fuera del rumbo para sus Islas, y Colonias yendo, ó volviendo, no pudiesen ser registradas, ni apressadas sus Embarcaciones, entendiendose por rumbo qualquiera latitud, ó longitud que no sea de ellas adelante en distancia á que no averlas llevando las corrientes, ó vientos contrarios; pero con condicion que S.M. Britoa. prohibiria á sus Subditos el Comercio en las Costas del Continente de la America en que siempre seria lícito á los Armadores Españoles apressar qualquiera Embarcacion

que hiciese el Contrabando; pero no entre las Islas (como no fuese en el acto de hacerle)²⁴. Empero los ingleses recelaban que España nunca podría ni querría separarse de Francia, y antes de poder convencerlos de lo contrario desembarcó el príncipe Carlos Eduardo en Escocia, cuya rebelión obligó al gobierno inglés a desconfiar por completo de las tentativas españolas. No obstante, un rayo de luz se vislumbró al afirmar los ingleses que "si hubiesen de tratar con el Príncipe de Asturias (fueron sus propias voces) dudarían menos".²⁵

La oportunidad se presenta inesperadamente. La nueva reina española es quien toma la iniciativa, respaldada por Fernando VI. No bien enterrado Felipe V, escribe la reina a su padre rogándole que actúe de mediador secreto entre España e Inglaterra para llegar a un acuerdo particular sobre la paz.²⁶ Juan V contesta que está dispuesto a empeñarse de todo corazón en dicha tarea, pero pone tantas dudas sobre la conveniencia y posibilidad de realizarla con buen éxito, que deja traslucir una falta de entusiasmo cuando menos. En el fondo, el rey Juan cree que España no ganará nada tomando los primeros pasos, cuando lo normal es que intenten las demás potencias acercarse a los nuevos soberanos. Su consejo definitivo es que deben tener paciencia, esperar los acontecimientos, contemporizar con los franceses, y afianzar la seguridad del ejército en Italia.²⁷ Evidentemente el rey portugués no quiere verse envuelto en un asunto difícil, sin perspectivas de ganancia para Portugal ni garantías de éxito para España, si puede evitarlo.

Sin embargo la muerte de Felipe V efectivamente suscita en Inglaterra nuevas esperanzas de separar España de Francia, pues la creencia general es que Fernando se desviará de la política de su madrastra Isabel.²⁸ En consecuencia son los ingleses quienes toman la iniciativa enviando a la Península, para tantear el terreno, al marqués de Tabuérniga, un español residente en Londres.²⁹ Llega a Lisboa en agosto y se pone en contacto secretamente con el embajador español marqués de la Candía, pidiéndole que transmita cartas a Villarias y a Carlos de Arisaga, antiguo ayo del rey. Tabuérniga explica que él sólo es el precursor del conocido Benjamín Keene quien se encargará de llevar a cabo las negociaciones en caso de su admisión por España. Existe, pues, una clara predisposición por ambas partes de tratar de un ajuste.

No obstante, Villarias, quien se inclina más decididamente por las negociaciones de Viena, no confía mucho en la formalidad de Tabuérniga. Per-

cibe que las promesas inglesas son grandes, pero no determinadas, por lo que decide que precisen un cauteloso examen. Prohíbe la venida de Tabuérniga a Madrid, bajo pretexto de no despertar la inquietud francesa, y le pide más amplias explicaciones de las propuestas inglesas por carta desde Lisboa, mientras llegue Keene. Esta correspondencia, por cierto, se intercambia sin ninguna mediación portuguesa, a instancias de Tabuérniga y sin duda a gusto de Villarias.³⁰

En cambio a doña Bárbara le cuesta demasiado renunciar a la mediación paterna, y asegura a Juan V que Fernando piensa del mismo modo.³¹

El embajador Candía, considerado como protegido de Villarias, es sustituido por el duque de Sotomayor, hombre de grandes cualidades y cuyo hermano Jaime Nasones será miembro destacado del partido español.³² Keene llega a Lisboa el quince de septiembre, portando instrucciones de obrar de acuerdo con el enviado austriaco conde de Rosenberg, quien llega a Lisboa el veintitres de octubre.³³ La emperatriz solicita la mediación de Juan V, de manera que los deseos de doña Bárbara parecen cumplirse al disponerse Sotomayor, Keene y Rosenberg a negociar en Lisboa un acuerdo particular, con la mediación portuguesa admitida por todos.³⁴

Cara a las negociaciones de paz en Viena y Lisboa se elabora un "Proyecto de ajuste con Ingleses"³⁵ que expone detenidamente la postura española sobre los conflictos en América, después de casi siete años de guerra. Como siempre se admite el derecho de los ingleses a navegar entre sus posesiones, pero como siempre también, se insiste en el derecho español de visitar los navíos extranjeros para combatir el comercio ilícito en las Indias españolas. Ahora bien, se comprende que si en las circunstancias actuales se negocia abiertamente sobre navegación americana, el interés común de Inglaterra, Francia y Holanda en que sea libre, impondría a España una solución francamente desfavorable. Por lo tanto el ministerio español procurará convencer a los ingleses para que desistan de esa pretensión, haciéndoles ver por una parte que no les beneficiará una libertad que disfrutarían todos, y ofreciéndoles por otra parte una compensación particular. En principio esa compensación podría ser la prórroga del asiento de negros y navío anual. Si se resistiesen los ingleses a este ajuste se les podría ofrecer otra concesión temporal, consistente en que mientras durase el asiento, no se considerarían pruebas de contrabando los productos españoles hallados a bordo

de navíos ingleses. En consecuencia, mientras el asiento constituye un conducto legal para la posesión inglesa de productos españoles, se reduciría la visita al reconocimiento de los papeles del navío para comprobar su nacionalidad y derrota. En fin, se reconocería que los guardacostas han cometido excesos y se ofrecerá despacharles órdenes más exiguas para frenarlos.³⁶

Por su parte Keene está autorizado a ofrecer sus buenos oficios para la obtención de un establecimiento para el infante, así como para garantizar la seguridad de Carlos en Nápoles.³⁷ Empero Rosenberg no está facultado para ofrecer ningún establecimiento, pues las victorias de las tropas austro-sar- das en el norte de Italia, con total retirada borbónica, han endurecido la postura de la emperatriz.³⁸ Ostensiblemente Rosenberg está en Lisboa para con- tinuar la negociación iniciada por Grimaldi en Viena, pero en realidad sólo ha ido para vigilar a Keene e impedir que ofrezca un establecimiento a cos- ta de Austria y a cambio de ventajas comerciales para Inglaterra.³⁹ Por si esto no fuera suficiente estorbo, Keene además tiene instrucciones de no admitir ninguna disminución de los privilegios comerciales ingleses en A- mérica ni tampoco de las posesiones inglesas en Europa y América.⁴⁰ Es decir, que Inglaterra acepta negociar con España sobre asuntos que realmente no competen al gobierno inglés, soslayando los auténticos puntos de conflicto entre ambos países, e incluso, después de conferir con Rosenberg, Keene adopta la postura austríaca respecto del establecimiento.⁴¹

Las conclusiones que se sacan en España de todo esto son que "Es con- tingente el ajuste de la Paz porque será durísima, y inadmisible la que propongan los Ingleses, querran los Alemanes, y no resistirán los France- ses, pues ha de venir á parar en que el Infante se vuelva á España, en que la navegación á las Indias, y las demas disputas, que hay allí se reglen por su antojo, y interés, y en que quede el Rey de Napoles como de limosna con aquel Reyno".⁴² Tampoco parece que se pueda lograr algo siguiendo la guerra en Italia, aunque siempre hay que mantener que no se depondrán las armas si la paz propuesta no es honrosa. En vista de todo ello quedan muy pocas opciones a la diplomacia española: afianzar en lo posible la alianza con Francia, e intentar persuadir a Inglaterra y Austria que la paz que de- sean bien vale una pequeña concesión territorial para el infante.⁴³ Sin em- bargo, Rosenberg se limita a perder el tiempo, y Keene le sigue el juego

en todo momento.⁴⁴ De esta forma las negociaciones de Lisboa, tan prometedoras al iniciarse, se estancan por completo.

A todo esto la alianza borbónica está agonizando sin remedio. El marqués de Argenson, nombrado secretario de asuntos exteriores a mediados de noviembre de 1744, no simpatiza en absoluto con las pretensiones italianas de Isabel de Farnesio. Considera que los compromisos del tratado de Fontainebleau se asumieron por necesidades circunstanciales, pero que son imposibles de cumplir. Además, él tiene sus propias teorías sobre la reorganización de Italia, que no contemplan la creación de otro establecimiento borbónico. Piensa en la posibilidad de crear un Estado italiano bajo los reyes de Cerdeña, aliado con Francia e independiente por igual de Austria y de España.⁴⁵ De acuerdo con estas ideas Argenson negocia a fines de 1745 un pacto con Carlos Manuel de Cerdeña, prometiéndole la mejor parte del Milanesado, territorio reservado por el tratado de Fontainebleau para el infante Felipe. Después Argenson lanza una especie de ultimatum a España, exigiendo su adhesión al proyectado tratado de Turín. Como es lógico, Felipe V se indigna y despacha al duque de Huéscar a París para oponerse a las maniobras del ministro.⁴⁶ Esta "felonía" francesa cala hondo en la sensibilidad española, causando un extraordinario fermento de pesar y resentimiento.⁴⁷ Desde este momento la alianza borbónica anda siempre cojeando. Por de pronto surge la idea en España de entablar negociaciones directas con la emperatriz, para lo cual es despachado a Viena con todo sigilo el marqués de Grimaldi.⁴⁸ El asunto del tratado de Turín acaba en un completo descalabro porque en marzo de 1746 Carlos Manuel vuelve a las armas al lado de Austria.⁴⁹ El gobierno francés intenta remediar este paso en falso enviando a Madrid en misión extraordinaria al mariscal de Noailles. Se confía en que el aprecio personal que siente Felipe V por el viejo militar francés le permitirá restaurar las buenas relaciones hispanofrancesas. Sin embargo la desconfianza española es ya insalvable y la llegada de Noailles no complace a nadie en Madrid.⁵⁰ Después de una estancia muy breve el mariscal regresa a Francia, según él habiendo logrado sus propósitos.⁵¹

En este delicado estado de cosas pasa a mejor vida Felipe V. Los consejeros del nuevo rey comprenden que, a pesar de la crisis en que Argenson sumió la alianza borbónica, ésta sigue siendo de vital importancia para España. El propio Fernando comparte este sentimiento, de manera que uno de sus primeros actos como rey es enviar a su primo Luis XV una carta personal asegu-

rándole de su lealtad para con los compromisos de su difunto padre, su intención de continuar la guerra al lado de Francia, y su amistad hacia el rey francés.⁵² Empero Fernando comprende también que éstas son sólo bellas palabras, destinadas a contemporizar con los franceses pero en el fondo sin fiarse de ellos.⁵³

Ciertos indicios de cambio sin embargo no dejan de percibirse. El marqués de Mina es puesto al frente del ejército español en Italia, y el duque de Huéscar regresa a París, esta vez en calidad de embajador extraordinario para sustituir al príncipe de Campoflorido. A Mina se le imputa cierta repugnancia hacia Francia.⁵⁴ Igualmente corren voces recelosas acerca del nombramiento de Huéscar. El duque es designado secretamente para la embajada de París el diez de julio, pero Campoflorido no es llamado a Madrid hasta el ocho de agosto.⁵⁵ Esta precaución sin embargo no basta para aquietar los recelos franceses - fomentados por Campoflorido quien se siente injustamente postergado -, y Fernando acaba teniendo que escribir de nuevo a Luis XV para tranquilizarle.⁵⁶

Las instrucciones de Huéscar reconocen lo delicado de su misión, "quando la mudanza de sistema en los respectivos intereses de ambas Monarchias, ha de hacer sumamente espinosa vuestra conducta, y no menos difícil el estudio de conciliarlos".⁵⁷ Resumiendo, el nuevo embajador debe persuadir al gobierno francés que Fernando VI desea la paz, pero mediante la leal prosecución de la guerra, que quiere un establecimiento para don Felipe,⁵⁸ y que mantendrá por su parte la amistad francesa. Ahora bien, no debe comprometerse a nada en concreto, empleando siempre expresiones ambigüas para que luego no puedan los franceses quejarse de engaños.⁵⁹ En fin, respecto de los conflictos con ingleses, en América, se debe siempre sospechar de cualquier propuesta de los franceses, porque ellos comparten en cierta medida los puntos de vista ingleses, y hay que andar con un cuidado exquisito en esos temas.⁶⁰ Provisto con estas instrucciones, y guiado por el habil y asiduo asesoramiento de sus amigos Ensenada y Carvajal, Huéscar resulta mucho menos manejable para Argenson que Campoflorido.⁶¹

En seguida sobreviene un episodio en las relaciones hispanofrancesas que ha de contribuir al distanciamiento entre las dos naciones. El día veintidos de julio muere en Versalles la delfina María Teresa, y el gobierno español piensa en afianzar la siempre frágil alianza proponiendo el enlace del

delfín con María Antonia, hermana de Fernando. Espero Argenson convence a Luis XV para que rechace la propuesta, justificándolo con vanos escrúpulos religiosos dado que María Antonia es también hermana de la difunta delfina María Teresa.⁶² El rechazo y su pretexto constituyen una grave afrenta para España, que en las circunstancias del momento indudablemente aumenta la desconfianza española hacia Francia.⁶³ Como dice Emsenada, "siéntese acá mucho la exclusión de María Antonia y no se echará en poco roto esta especie de desaire".⁶⁴

Ahora bien tampoco no se trata de un factor determinante, pues la política española ya está decidida.⁶⁵ Entretanto Argenson teme que España llegue a un ajuste particular con ingleses y austriacos, dejando a Francia prácticamente sola frente a sus enemigos, por lo que agusa todo su ingenio intrigante para desbaratar las negociaciones de Lisboa. Al embajador francés en Lisboa, Chavigny,⁶⁶ le manda regresar a su puesto tras una ausencia en misión extraordinaria, y de paso que se detenga en la Corte española para intentar averiguar las intenciones del nuevo gobierno. Ostensiblemente ha de renovar las negociaciones de un tratado comercial franco-portugués, y repetir la oferta de los buenos oficios franceses para el arreglo de las disputas coloniales entre España y Portugal. Pero Chavigny no tiene gran éxito en Madrid. Los españoles no muestran ningún interés por la mediación francesa en sus conflictos con Portugal, ofreciendo sólo contestaciones vagas.⁶⁷ Además Chavigny comete la torpeza de conversar larga y reservadamente con Isabel de Farnesio, suscitando los naturales recelos en los nuevos soberanos.⁶⁸ Promete a Isabel la ayuda francesa para obtener un buen establecimiento para el infante; se entiende a cambio de que emplee sus influencias para frustrar las negociaciones de Lisboa.⁶⁹ La reina viuda no necesita tales estímulos para oponerse, en la medida de sus posibilidades, al ajuste de la paz precisamente cuando las tropas borbónicas están en trance de perder todas sus conquistas italianas.⁷⁰ No obstante, el gobierno español se muestra alerta y precavido, entreteniendo deliberadamente a Chavigny en Madrid hasta saber algo de las primeras proposiciones de Keene a Sotomayor.⁷¹

La otra maquiavélica argucia del marqués de Argenson para recobrar el control de las negociaciones de paz resulta ser mucho más eficaz. Contando sobre la vanidad de Juan V, sugiere que el monarca portugués sea el mediador

en una conferencia general de paz.⁷² Si lo acepta Juan V, el gobierno español no podrá hacer menos y quedarán así suspendidas las conversaciones particulares.⁷³ Al principio el rey luso vacila. Le halaga la idea de presidir sobre una reunión en Lisboa de representantes de los países más prepotentes de Europa, pero al mismo tiempo duda de la sinceridad de Argenson. Observa que siguen adelante los preparativos de otras conferencias particulares en Breda, y piensa que no podrá considerar siquiera la mediación propuesta a no ser que todas las potencias interesadas la solicitasen.⁷⁴

No obstante, al poco tiempo, y sin duda influido por los discursos de Chavigny en su audiencia del catorce de octubre, y por el evidente viraje de las intenciones de Austria e Inglaterra, Juan V se decide a aceptar el papel de mediador en una conferencia de paz general. Explica a los reyes españoles que ya no existe ninguna posibilidad de ajustar una paz particular, y que antes que permitir la continuación de las de Breda (inauguradas el día cuatro de octubre), donde España no tiene ningún representante, es preferible hacer una protesta formal contra ellas, y pedir un congreso general en el cual Juan V podría ser el mediador.⁷⁵

Las conversaciones privadas entre emisarios de Inglaterra, Holanda y Francia vienen desarrollándose desde antes de la muerte de Felipe V.⁷⁶ Los ingleses han seguido una política dilatoria para intentar neutralizar el peso político de los éxitos militares franco-españoles de 1745, y luego cuando sube al trono Fernando VI, amplían esta táctica, tanteando la posibilidad de tratar directamente con España en Lisboa.⁷⁷

Esta es la política seguida por Newcastle, apoyado por Jorge II, y que va dirigida fundamentalmente contra el poder de Francia. Logra explotar la repugnancia general inglesa a devolver Cabo Bretón para frustrar las tentativas de paz y continuar la guerra, con la esperanza de mejorar las condiciones de la paz para Inglaterra.⁷⁸ No obstante, ya en mayo de 1746 se elaboró un plan de pacificación general, el plan de Bruselas, que sería la base de las conferencias de Breda. El gobierno español no es informado de ello hasta el mes de agosto en que el embajador obispo de Rennes entrega una copia del plan, a la vez que pide que se le expliquen las pretensiones españolas para poder tratar de ellas en Breda.⁷⁹ Los artículos que interesan a España son el 11º que estipula la mutua restitución de todas las conquistas en América; el 13º que preve el restablecimiento de la paz entre España e Inglaterra a base de los tratados de Utrecht y la convención del Pardo

de 1739, prohibiendo el comercio extranjero en la América española pero sin arreglar la disputa sobre navegación, ni el número de años de disfrute del asiento y navío que le quedan a la Compañía inglesa; el 15^o que remite la fijación de los límites de Florida a comisarios; y el 20^o que cede al infante el ducado de Toscana, aunque todo con algunas matisaciones y condiciones de parte holandesa.⁸⁰

La reacción española al plan de Bruselas es más bien desfavorable. Se aceptaría la Toscana como establecimiento para el infante, pero incluso este logro se presenta con dificultades, y las precisiones holandesas sobre libre navegación en América son del todo inadmisibles.⁸¹ Entonces al embajador obispo de Rennes se piensa dar una respuesta evasiva, aunque de tono afectuoso, admitiendo por una parte el establecimiento de Toscana, y por otra parte la convención del Pardo como base para arreglar las demás disputas. No se admite negociar con Holanda porque España no está en guerra contra ese país.⁸² Se hace un especial esfuerzo por sustraer las diferencias hispanoinglesas de una negociación general, para evitar que Inglaterra encuentre apoyo en las otras potencias a favor de sus pretensiones americanas.⁸³ De paso se deja bien sentado el que los holandeses apuntan a lo impensable: "Por lo que mira a la libre navegación en los Mares de América jamás los Ingleses la solicitaron con la avertura que la quieren los Ministros de Holanda".⁸⁴

La maltrecha alianza borbónica hace tiempo que lo es sólo nominalmente, pues el espíritu de la leal cooperación no florece ni en la Corte francesa ni en la española. Esta última paja del plan de Bruselas entenebrece en exceso el concepto que se tiene de Francia en España.⁸⁵ Ahora además se trasluce la gran preocupación francesa por la recuperación de Louisbourg en la isla de Cabo Bretón, conquistado por los ingleses en junio de 1745. Huéscar vaticina que "estos hombres procurarán, como se dice, agarrarse á un clavo ardiendo para facilitar la restitución de Louisbourg y para este logro abandonarán, no digo nuestra amistad, sino todo quanto no les haga á ellos mismos una gran falta."⁸⁶ Maurepas entrega incluso una memoria al embajador español sobre la importancia para España de que Francia recobre esta plaza.⁸⁷

Argenson quiere evitar un congreso general en regla, e interpreta la respuesta española sobre el plan de Bruselas como asentimiento a que el representante francés hable por España.⁸⁸ Naturalmente el gobierno español rechaza enérgicamente semejante proposición,⁸⁹ y en esta postura recibe el oportuno apoyo inglés. Efectivamente, el representante inglés en Breda Lord

Sandwich sigue fiel a la política dilatoria marcada por su gobierno,⁹⁰ y con el fin de entorpecer el desarrollo de las conversaciones exige la participación de Austria y Cerdeña. Si no accede Francia a ello, los ingleses abandonarán dichas conversaciones. Complica todavía más las cosas la aceptación por Juan V del papel de mediador en un congreso general. Argenson, claro está, no quiere ni una cosa ni otra, pero la presión por todos los lados se va a hacer irresistible.

Hacia mediados de octubre el gobierno español decide que ha de ir un representante suyo a Breda. Teme las consecuencias de un ajuste en que no se oiga eficazmente su voz, y le importa mucho desacreditar la pretensión de Argenson de que el emisario francés tiene facultades para tratar por España.⁹¹

Sin embargo la tardía decisión de Juan V sobre su mediación en un congreso general también confunde y complica la política española. El envío de un ministro español a Breda podría ofender al monarca portugués, quien acaso pensaría que se desprecia sus buenos oficios. Acaso en otras circunstancias el riesgo de ofender a Juan V no se tomará en cuenta, pero los políticos españoles mal pueden permitirse el más mínimo fallo en sus relaciones con la nueva reina doña Bárbara, leal administradora de su padre e influyente cerca de Fernando VI.

En esta inteligencia el gobierno español intenta compatibilizar ambas opciones. Por un lado se manda a Huéscar protestar porque no se le comunicó debidamente la propuesta hecha a Juan V, teniendo en cuenta "que no puede ignorar esa Corte, que en los Vínculos, que median con la de Lisboa, no le había de ser desagradable esta mediación".⁹² España, pues, acepta la mediación portuguesa en un congreso general en Breda y Huéscar debe insistir que "no pasará el Rey por cosa alguna de las que se trataran, y concluyesen allí de otro modo, y sin la asistencia de sus Ministros".⁹³ Estas mismas consideraciones son comunicadas igualmente al propio Juan V.⁹⁴

Sin embargo no se olvida en absoluto la conveniencia de tener un representante español en Breda, pero no se logra la definitiva determinación hasta que a principios de diciembre el marqués de Villarias es apartado de los asuntos exteriores, sustituido por José de Carvajal.⁹⁵ El nuevo ministro de asuntos exteriores ha de andar con pies de plomo pues debe su ascenso en gran medida a la influencia de la reina, y pese a la urgente necesidad

de enviar a alguien a controlar lo que ocurre en Breda, es preciso hacerlo con tiento. Así que por un lado procura revelar a Juan V el engaño de Argenson, comunicándole que éste ha negado haber solicitado nunca la mediación portuguesa,⁹⁶ y por otro lado planteado el envío del ministro español a Breda como un compromiso para con Francia.

Los razonamientos empleados por Carvajal son hábiles y arriesgados a la vez. Argenson procura justificar toda su resistencia a que fuese un español a Breda diciendo que así podría impedir la asistencia austro-sarda. Pero Austria y Cerdeña envían representantes por la insistencia de Sandwich ante lo cual Argenson tiene que admitir la participación española. Ahora bien, insiste Argenson que si fuese el ministro español sin voz, se podría presionar para que tampoco participasen activamente el austriaco y el sardo. Esto es lo que pide Francia en vista de la amenaza inglesa de abandonar las conferencias y retrasar indefinidamente la paz.⁹⁷ Carvajal lo acepta porque así puede decir a Juan V que no se trata de un congreso formal, y por lo tanto no hay cuestión de olvidar ni de despreciar la mediación portuguesa, que aún podrá materializarse en caso de plantearse un congreso. La reina explica, pues, a su padre que el envío del representante español es para cumplir con las obligaciones de la alianza con Francia, haciendo todo lo posible para lograr la paz.⁹⁸ Juan V no queda, como es de suponer, muy contento con el desvanecimiento de sus ilusiones, pero afortunadamente para Carvajal y sus amigos no son acusados de obrar con mala fe, y los engaños de Argenson son descubiertos en buena hora.⁹⁹ Poco después (enero de 1747) el marqués de Argenson es derribado a causa de las numerosas quejas y manobras contra él, tanto de la oposición francesa como de las potencias europeas, cansados todos de sus maliciosos enredos diplomáticos.¹⁰⁰ Gracias a este desenlace Juan V puede consolarse con la certeza de que no ha sido el único engañado por Argenson, y con la satisfacción de ver el justo castigo deparado al culpable. Por su parte, el nuevo gobierno español queda con las manos relativamente libres para realizar su propio juego diplomático, aunque se sigue hablando todavía bastante tiempo de la mediación portuguesa.¹⁰¹

El representante de España en Breda va a ser el terrible Melchor de Macanaz,¹⁰² elegido a mediados de diciembre, ante la sorpresa de todos, y el disgusto de más de uno.¹⁰³ Macanaz reside en este momento en París, y por lo tanto puede trasladarse rápidamente a Breda. Además se puede confiar en él para estar encima del representante francés, recordándole su obligación de velar por los intereses españoles. Ahora bien, Carvajal duda de que las conferencias de Breda lleguen a un acuerdo aceptable para España, y buena

parte de las razones de elegir al temperamental Macanas, con su "punta de loco y su tufillo de deísta",¹⁰⁴ residen en el deseo español de romper la situación de Breda. Carvajal explica, "a él no oree le engañaran, que es lo necesario, porque allí no espero fruto".¹⁰⁵ El fruto que acecha Carvajal es un acuerdo particular con Inglaterra y Austria, sin la intervención francesa, por lo que se espera que la actuación de Macanas en Breda sea eminentemente negativa.¹⁰⁶

En este supuesto se puede justificar también con mayor seguridad ante Juan V el envío del representante español a Breda. Se le explica al soberano portugués que se trata de detener las conferencias, tal como ha recomendado y desea Juan V, y que por este motivo se ha escogido a Macanas.¹⁰⁷ De este modo el gobierno español conserva la confianza y amistad portuguesas. La habilidad y la fortuna de Carvajal en estas maniobras, consisten en emprender una política basada en sus propios criterios y en el interés nacional, pero al mismo tiempo lograr camuflarlo como una política inspirada en los consejos e intereses de Juan V.

Las instrucciones que redacta Carvajal para Macanas reflejan las convicciones de un hombre que ha meditado largamente sobre los intereses de España y el sistema diplomático que mejor los sirve, pero al mismo tiempo que comprende las exigencias de cada momento histórico.¹⁰⁸ Por eso mantiene la necesidad de obtener un establecimiento para el infante y de conservar la alianza francesa hasta lograr la paz. También defiende la neutralidad del reino de las Dos Sicilias, y desea la restitución de Gibraltar y Menorca. Ahora bien, este legado del reinado de Felipe e Isabel se honrará sólo en lo indispensable. Si antes existía una enfermiza desconfianza hacia Francia, ahora existe un deseo franco y coherente de deshacer el pacto de familia aunque, eso sí, a su tiempo. No habrá más tratados con Francia, pero entre tanto se ajuste la paz Macanas ha de disimular y afectar "en lo exterior entera conformidad con los dictámenes de aquella Corona".¹⁰⁹

Empero las instrucciones de Macanas revelan una honda preocupación por los conflictos coloniales con Inglaterra. Carvajal cree tener algo de gran valor susceptible de ser vendido a los ingleses a cambio de la solución satisfactoria de las disputas americanas: se trata de la ruptura de la alianza borbónica, y la separación de España respecto de Francia. En efecto, Macanas es autorizado para concluir, en caso necesario, una paz particular con Inglaterra "en que no se obligareis a hacer a la Francia Guerra; pero si a una Neutralidad exacta".¹¹⁰

Esa paz debe ajustarse a base de los tratados de 1667, 1670 y de Utrecht, admitiéndose también la convención de 1739 con alguna modificación.¹¹¹ Los límites territoriales en América serán los de enero de 1739, y por lo tanto se devolverán recíprocamente las conquistas hechas durante la guerra. Ahora bien, no se trata de una renuncia a los derechos españoles sobre territorios usurpados por los ingleses desde los tratados de Utrecht, "pues no solo no pienso en ceder ni un Palmo de Tierra de aquellos Dominios; sino que procuro, y procuraré siempre, que se me restituyan los que tal vez se me hubiesen inbaido, despues de aquel Tiempo y ajuste".¹¹² Persiste aún, pues, el irredentismo español sobre los territorios americanos ocupados por otras potencias, bien que se aprecia cierta flexibilidad al señalar como puntos de partida los límites de 1713 y 1739.

En cuanto al conflicto de navegación en América, Carvajal hace un sincero esfuerzo por comprender y combinar ambos puntos de vista. "Quiero no obstante que sea libre la Navegación sin visita, detención, ni molestia en los rumbos a sus Colonias, así de ida como de Vuelta, sin escrupulizar ni ni mediar con estrechez la incertidumbre de sus Derriños; pero ha de ser bajo las reglas, que sobre estas maxims prescriban los Comisarios de una y otra parte, dentro del termino de tres meses".¹¹³ "Tampoco ha de haver en lo sucesivo Guarda-Costas ni corso, que no sea con Patentes mías, y de mi Almirantazgo".¹¹⁴ Piensa Carvajal que estos términos serán aceptables a los ingleses porque incluyen la palabra "libre",¹¹⁵ bien que no se le escapa que la propuesta de fijar rumbos, por muy amplios que sean, requiere una gran dosis de buena fe por ambas partes. El mayor control de los guardacostas es una esperanza de contener los abusos españoles, pero mantiene el principio, discutido por los ingleses, de poder defender activamente el monopolio comercial de las Indias españolas.

A toda costa quiere Carvajal eliminar el Asiento inglés, con su navío de permiso. Entiende que los ingleses fueron los agresores en 1739 y por lo tanto no tienen derecho a reclamar los años que han dejado de disfrutar del Asiento desde entonces. Sin embargo su intención es abolir el sistema de asientos, instituyendo en su lugar casi un libre comercio de negros. "Señalaré un Puerto franco en la America, á donde puedan conducir y vender Negros unicamente todas las Naciones que trafican en aquellos Mares para que sea comun la utilidad, y no resulte perjuicio á nadie: Y así me obligaré por Articulo".¹¹⁶

elogios de Huéscar,¹¹⁸ aunque el propio Carvajal concede que no son todo lo acertadas que él quisiera, añadiendo "Yo no creo que todo salga como se pinta, pero se debe intentar, y yo pongo la cosa en términos que cada uno saca alguna ventaja en unas cosas u en otras, que si no es pensar en que los otros han de ser ciegos, y de esas gangas no se suelen encontrar en tales asuntos".¹¹⁹ Sin embargo, la moderación de Carvajal no halla eco en Macanas, pues mientras aquél duda que se pueda conseguir las aspiraciones reflejadas en las instrucciones sus "altos desatinos por no saber palabra de España los que las hicieron. Pero concluyen bien diciendo que yo sabía mejor lo que convenía."¹²⁰ Macanas, en efecto, cree saber mejor que Carvajal o los reyes lo que debe hacer en Breda, y se dispone a seguir su propia política irredentista y anti-francesa, haciendo caso omiso de sus instrucciones. Con ello cuentan Enseñada y Carvajal, siempre persuadidos de que España no logrará nada en Breda y que Macanas es el hombre ideal para confundir esas conferencias.¹²¹ Ahora bien, sin duda no sospechan que la insubordinación del viejo polemista pueda llegar a los límites a que va a llegar.

Sin duda la función negativa asignada a Macanas viene condicionada también por los acontecimientos militares. La sublevación victoriosa del pueblo genovés contra la ocupación austriaca, ocurrida oportunamente para Carvajal el cinco de diciembre de 1746, marca un nuevo cambio en la suerte de las armas en Italia. Obligará al ejército austrosardo a levantar el sitio que tenía puesto a la ciudad de Antibes y a abandonar Provenza para acudir a su retaguardia. La perspectiva de una nueva ofensiva borbónica en la campaña de 1747 es una baza con que cuenta el gobierno español para intentar concluir un ajuste de paz particular. Empero Carvajal no piensa preferentemente en Breda como lugar más indicado para tales arreglos particulares, sino en Lisboa.

Efectivamente Carvajal pretende resucitar las estancadas negociaciones con Keene y Rosenberg en la capital portuguesa. Empieza por enviar a Sotomayor un suplemento a sus instrucciones (obra todavía de Villarias, y que Carvajal califica de "indignísima")¹²² que en realidad supone un cambio radical de la postura a defender por el embajador español.¹²³

Sotomayor, resentido ya contra Carvajal en parte porque él también fue candidato muy considerado para el puesto de ministro de Estado, se muestra disconforme con sus nuevas instrucciones. El embajador no cree que se puedan

conseguir las pretensiones de Carvajal. Los portugueses tampoco miran con agrado este viraje porque además ¹²⁴de parecerles desorbitadas las nuevas pretensiones, ¹²⁵reconocen que los esfuerzos españoles por reanimar las conversaciones de Lisboa constituyen otro obstáculo más para llegar a un congreso general bajo la mediación de Juan V. Rosenberg se encarga de recordárselo, y degeneran las buenas relaciones lusoespañolas.

El cardenal de Mota, actuando como mediador particular en Lisboa no se afana en agilizar las negociaciones, mientras que Keene y Rosenberg siguen el mismo juego de dejar correr el tiempo sin arreglar nada. Sotomayor describe la situación lamentando "el no haber forma que quieran hablar juntos estos dos ministros, ni cuando están separados, ninguno en sus intereses propios sino en los del otro."¹²⁶

Efectivamente, los ingleses no dan pie siquiera a abordar sus disputas con España en las conversaciones de Lisboa. Ellos se muestran como siempre muy escépticos de la voluntad del gobierno español para separarse enteramente de Francia. Alguno hay que cree en esa posibilidad, y en la conveniencia de ceder algo a cambio, ¹²⁷pero la política que se impone es la dilatoria llevada hasta aquí. Los austriacos manobran para sembrar aún más discordia entre los aliados borbónicos ¹²⁸y, confiados de que no emprenderán una campaña militar eficaz, mantienen su postura de resistencia a la concesión de un establecimiento para el infante. Carvajal, que puso grandes esperanzas en las conversaciones de Lisboa, pronto se da cuenta del error y al fin se ve obligado a desahuciar ese proyecto de ajuste particular.¹²⁹

Ansioso en todo momento de mantener la alianza borbónica hasta lograr la paz, Carvajal procura calmar la desconfianza francesa enviando a Huescar instrucciones y poderes para negociar, si toman cuerpo las conferencias recientemente concebidas entre Austria y Francia.¹³⁰ Sin embargo Argenson, quien impulsó la misión secreta de Richelieu en Dresde para iniciar los tratos con la emperatriz, cayó en enero de 1747 y su sucesor Puysieulx ¹³¹prefiere no continuar esa negociación.¹³²

Quedan vigentes, pues, solamente las conferencias de Breda. Al enoargarse Puysieulx de la dirección de los asuntos exteriores, es nombrado como representante francés en Breda Laporte Dutheil, ¹³³de quien dice Huescar: "Es un hombre astuto y experimentado en los engaños de la farándula. Dudo que sea nuestro amigo, porque ace vanidad de buen francés y no puede ser buen español."¹³⁴ En seguida cae enfermo de gravedad Puysieulx, y se afana Huescar en

descubrir quién podría sucederle, decidiendo rápidamente que el candidato más probable es Maurepas, secretario de Estado de Marina y encargado interno de los asuntos exteriores. Huescar procura saber sobre todo su pensamiento acerca de las disputas angloespañolas en América. Maurepas se explica con franqueza. Todos quieren ya la paz y si Inglaterra pretende ofrecerla a costa del comercio español, como teme Huéscar, Maurepas opinó que "era menester oederles algo, bien entendido, que si querían que les diésemos establecimientos en nuestras Indias, ó alguna concession directamente opuesta á nuestros intereses era menester desecharlos, pero que si querian mas, ó menos libertades, ó privilegios en el comercio, ó mas ó menos extension en los límites de su navegacion, era menester concederselo, como por ejemplo si pedian la continuacion del Asiento, cuidando nosotros de poner Gobernadores fieles, ó inteligentes".¹³⁵ Evidentemente Maurepas piensa que las mismas ventajas comerciales y de navegacion que consigan los ingleses, podrán ser reclamadas igualmente por Francia, preocupándole poco el escaso provecho que le queda por exprimir del asiento a la Compañía inglesa.

Avido de acción, Macanas no resiste aguardar en París hasta que el representante francés Dutheil pueda acompañarle a Breda. Abandona precipitadamente la capital francesa,¹³⁶ según él para "tener visto el teatro".¹³⁷ Empero al no encontrar a nadie más en Breda, hace un llamamiento a todos los ministros para que comiencen las conferencias,¹³⁸ y entretanto se desplaza él a La Haya donde inmediatamente entabla conversaciones muy amistosas con el enviado inglés Sandwich.¹³⁹ Hace caso omiso, pues, de esa parte de sus instrucciones que pondera la necesidad imperiosa de contemporizar con los franceses. Huéscar refiere exasperado la consternación que estos sucesos causan en la Corte francesa: "Macanas me la a pegado, no en irse a La Haya, sino en aver aviert conferencias con milord Sandwich y díchole que era menester acer la paz, que él tenía plenos poderes para concluir la sin dar cuenta a Madrid, y que era menester que pidiese los instrumentos necesarios para que no ubiese detención. No paró aquí la cosa, sino que deve aver echo tan públicamente el paso que a alborotado a todo el Consejo de Estado de aquí, y el Rey me dijo con bastante sobresalto que Macanas, tratava con el Ynglés".¹⁴⁰ También sugiere Huéscar con toda claridad que sería conveniente que fuese él a Breda para supervisar las conferencias.¹⁴¹ La verdad es que el duque no simpatiza con Macanas, tanto por el carácter de éste como por cierta envidia al verle encargado de

una misión que Huéscar hubiera deseado para sí mismo.¹⁴² La desconfianza resulta recíproca pues tampoco se fía mucho Macanas del embajador,¹⁴³ y se resiste a darle una copia de sus instrucciones para las conferencias de Breda, cosa que irrita visiblemente a Huéscar.¹⁴⁴ Por estas razones describe siempre en los términos más crueles los errores y defectos de Macanas.¹⁴⁵

El caso es que sí simpatiza Lord Sandwich con el enviado español. Inician una larga serie de entrevistas, tratando de la paz angloespañola con entusiasmo por ambas partes. Sandwich queda admirado del viejo Macanas,¹⁴⁶ y se presta a fomentar sus ilusiones, a pesar de no representar con ello la política del gobierno inglés. Las propuestas hechas por Macanas a Sandwich desatienden ya el orden de prioridad establecido por Carvajal, pues coloca en primer lugar la reivindicación de Gibraltar. Empero la más grave contravención de sus instrucciones reside en el modo de entablar y proseguir estas negociaciones particulares, sacrificando la fragil unión hispanofrancesa sin ninguna garantía de poder llegar a un acuerdo con los ingleses. Sandwich comprende la imposibilidad de complacer a los españoles en algunos puntos claves, pero cree posible negociar y en esto recibe cierto tenue apoyo de su gobierno. Se vislumbra la esperanza de romper la alianza borbónica, y de obtener ventajas en el comercio americano,¹⁴⁷ pero en definitiva acaba por imponerse la opinión de Newcastle, quien desprecia enteramente la idea de una paz separada con España, si ha de ser a costa de la alianza angloaustriaca o de la restitución de Gibraltar.¹⁴⁸

Sin embargo los ingleses ven una manera de aprovechar el genio violento de Macanas, a quien apoya Sandwich en un plan de interrumpir las conferencias de Breda. Desde el principio viene pensando Macanas en forzar su propia admisión,¹⁴⁹ y ahora en vísperas de la reinauguración de las sesiones puede contar con la política dilatoria inglesa. Además la perspectiva de un ajuste francoholandés, que por estas fechas parece muy viable, desagradea por igual a Inglaterra y a España por la independencia con que obra el gobierno francés. Así es que el día dos de marzo, cuando Duthell se dispone a iniciar las conferencias en torno al plan de pacificación de Bruselas, se encuentra con la desagradable sorpresa de un mensaje de Macanas protestando por no haber sido convocado él a la reunión para velar por los intereses de Fernando VI. Sandwich afirma estar de acuerdo en que se admita al enviado español,¹⁵⁰ de manera que queda patente que los franceses son quienes se oponen a ello, al protestar Duthell con vehemencia de que eso no es lo conveniente.

Esta iniciativa de Macanaz no viene prevista por sus instrucciones, pero una vez conocidas todas las circunstancias y a pesar de lo violenta e inesperada de la situación, el gobierno español tácitamente lo aprueba. Huéscar se lamenta del "atentado que a echo Macanaz, errando aún más en el modo que en la substancia", pero reconoce que en vista de la actitud francesa "nos podemos alegrar de tener a quien echar la culpa, pues de este modo tiene el Rey tiempo, aunque no mucho, para responder lo que le parezca después de bien examinadas las cosas".¹⁵¹ Está claro que un acuerdo entre Francia y Holanda sería con toda probabilidad perjudicial para España, así como que el plan de Bruselas es un punto de partida muy desventajoso para las conferencias de Breda, sobre todo en lo relativo a América. Huéscar intenta presionar a Naurepas para que Dutheil declare que sólo convendrá en un ajuste que satisfaga al soberano español, pero en el fondo se muestra bastante pesimista ante las pocas y malas alternativas abiertas a la diplomacia española.¹⁵² Similares reacciones tiene Carvajal. Comprende que si todo lo demás falla, debe conservar como último necesario recurso la alianza francesa,¹⁵³ pero también sigue pensando en su idea original de aprovechar el temperamento estrafalario de Macanaz en una situación diplomática poco diáfana.¹⁵⁴ Como explica a Huéscar; "tenemos una bicoca en el hombre; si se quejan, decimos que está chocho, y entre tanto puede hacer lo que tú y yo no nos atreviéramos acaso".¹⁵⁵ Además, Carvajal se ve obligado a tener en cuenta la reacción de Fernando VI, quien se siente ofendido por la oposición francesa a la presencia de Macanaz en las conferencias.¹⁵⁶ En consecuencia Carvajal envía una suave reprimenda a Macanaz, aconsejándole mayor prudencia, pero al mismo tiempo animándole veladamente a seguir su propio criterio.¹⁵⁷

Macanaz no necesita que le animen. Intrépido e inconsoiente, persiste en su actitud sin refrenar su amistad con Sandwich ni endulzar sus relaciones con Dutheil.¹⁵⁸ Huéscar se inquieta cada vez más por esta conducta y, en la convicción de que a España sólo le queda cultivar la alianza francesa, urge una más franca explicación de las pretensiones españolas.¹⁵⁹ Juzga imposible que los ingleses acepten las proposiciones de Macanaz y cree que Sandwich le está engañando. Al fin prescinde de toda delicadeza y advierte a Carvajal; "Repito y siento por principio que es precioso que retires a Macanaz, porque ni atrae a nuestros enemigos ni confía a los franceses, que uno y otro es preciso, y más oy en que ni Ingleses ni Austriacos quieren mas que nuestra desunion para lograr sus intentos."¹⁶⁰ Acierta también el duque

al señalar que ya no es posible atribuir los excesos de Macanas a su vejez sólo, "porque no siendo éstos lerdos no puede entuvrirseles que con todas las murmuraciones contra Macanas emos seguido su parecer."¹⁶⁴

En seguida se cumplirán los peores pronósticos de Huéscar acerca de los sucesos de Breda. Sandwich, deseoso de propiciar una aproximación angloespañola, suaviza en exceso la respuesta de Londres a las proposiciones de Macanas. Este, confiado en poder seguir la negociación, modifica muy levemente sus condiciones y, con el fin de ganar tiempo hasta recibir la contestación, a mediados de marzo vuelve a interrumpir las conferencias tripartitas.¹⁶⁵ Sin embargo, la rápida y rotunda negativa del gobierno inglés a considerar siquiera estas propuestas empuja a Sandwich, desilusionado, a cortar sus tratos con Macanas. En seguida abandona Breda para acudir a La Haya donde puede vigilar más de cerca los contactos francoholandeses.

Macanas puso grandes esperanzas en su negociación particular, regocijándose incluso de las protestas de franceses y holandeses: "espero en Dios concluir y que griten de veras, saliendo nosotros con lo mas que se desea y ai mucho que no se havia pedido, y será de consuelo a V.E. y creo lo sea el A-¹⁶⁶mo....este seguro que si prosiguiesse la Guerra quedaremos neutrales". Por eso, cuando Sandwich abandona Breda el viejo español queda sumamente alarmado, y ya completamente desahogado. Todo se le escapa de repente de las manos y el peligro de un acuerdo entre Francia y las Potencias Marítimas le parece inminente. Hasta este momento Macanas ha disfrutado, bien que mal, de la aprobación de Carvajal, pero el paso que toma ahora la va a perder todo apoyo. Comunica a Sandwich que está dispuesto a ceder en los puntos de Gibraltar y el establecimiento.¹⁶⁷ Los preliminares que seguidamente se redactan son totalmente ajenos a los términos de las instrucciones que Carvajal diera a Macanas.¹⁶⁸ Espero ni con esto se da por satisfecho Newcastle porque, en vista de la repentina rendición de Macanas, se decide a sacar el máximo provecho de la situación, redactando él otros preliminares todavía más desventajosos para España y mandando a Sandwich olvidar los suyos.¹⁶⁹ Macanas comprueba con gran perplejidad que las condiciones de Newcastle resultan del todo admisibles, y comprende por fin la inutilidad de proseguir esta negociación. Pero ya es tarde para disimular el error. Huéscar deja estallar toda su indignación: "Macanas la ha pegado, la pega y la pegará. Quitale de ahí porque nos a de destruir y ¡ojalá sus Preliminares (que

son indecentes) no nos salten a la cara!" La reacción de Carvajal es igual-
de negativa,¹⁷¹ bien que su modo de expresarse revela más pesar y sorpresa que
cólera.¹⁷²

No toda la actuación de Macanaz ha sido infructuosa, sin embargo, por-
que ya antes incluso de escribir su deseo Fernando VI personalmente a Luis
XV,¹⁷³ ha convenido el gobierno francés en admitir al representante español a
las conferencias de Breda.¹⁷⁴ Pero evidentemente, después de los preliminares
elaborados con Sandwich no queda más recurso que retirar a Macanaz. Al mismo
tiempo las noticias de Holanda convencen a Carvajal definitivamente de la
imposibilidad actual de un ajuste particular, al menos por la vía de Sandwich
angloespañol. La revolución y elevación de Guillermo IV de Orange a las dig-
nidades de Statuter Capitán General y Almirante de los Estados de Holanda,
fortalecen la posición inglesa, pues con el yerno del rey Jorge II al fren-
te del Estado holandés ya no cabe pensar en separar ese país de su alian-
za con Inglaterra. Además, existe otro motivo para sustituir a Macanaz. El
rey de Portugal ve con malos ojos todos los intentos de negociar ajustes
particulares, porque acaricia todavía la ilusión de ser mediador en un con-
greso general.¹⁷⁵ El embajador español en Lisboa, Sotomayor, ha acabado por o-
ponerse a Carvajal, y une sus esfuerzos a los del ministro austriaco Rosen-
berg para desacreditar la política española. Carvajal intenta valerse del
apoyo de Vilanova de Cerveira, embajador portugués en España, y de la reina
Bárbara, quien escribe a su padre para explicar que los excesos de Macanaz
se han desaprobado en Madrid,¹⁷⁶ pero el último desaforo de Macanaz ya no admi-
te disculpas.

En consecuencia, Carvajal estruja su cerebro para encontrar un sucesor
de Macanaz, y entretanto le manda contener sus iniciativas y obrar siempre
de acuerdo con Lutheil sin dar más apariencia de ruptura entre España y Fr-
cia.¹⁷⁷ La elección, no es fácil y transcurren algunos días todavía hasta que
la persona adecuada es encontrada,¹⁷⁸ pero para mediados de mayo el problema
queda sanjado, recayendo el nombramiento sobre Jaime Maspones de Lima.¹⁷⁹

La desilusión y el resentimiento de Macanaz al ser relevado de su cargo
son tremendos, y no es capaz en su senilidad de agachar la cabeza y confor-
marse con su suerte.¹⁸⁰ Escribe sin recato cartas indignantes (por lo indiscre-
tas) dirigidas a todas partes de Europa, defendiendo su actuación, justifi-
cándola con citas textuales de sus instrucciones diplomáticas y lanzando
¹⁸¹

venenosos ataques contra Huéscar, a quien acusa de estar vendido a Francia. Desde su retiro en Lieja continúa comunicándose con Sandwich, asegurando que España aceptará al fin los preliminares suyos como base de la paz.¹⁸² Además mantiene una correspondencia muy dañina para el partido españolista con ciertos personajes contrarios a la corte de Fernando VI. Esto último no es una grave amenaza,¹⁸³ pero en cambio sí es muy importante que el gobierno francés no tenga pruebas de la intención de Carvajal de hacer un ajuste particular con Inglaterra en caso necesario.¹⁸⁴ Por eso se decide liquidar el problema de Macanas, arreglando su regreso a España, su prisión en la frontera, y la ocupación de todos sus documentos, que tantas veces amenazó el propio Macanas serían perjudiciales para España en manos enemigas.¹⁸⁵

Al retirar a Macanas, Carvajal ofrece disculpas a los franceses y reafirma la voluntad de Fernando VI de honrar la alianza borbónica, anunciando que ya no admitirá más aperturas privadas sino que enviará un nuevo representante a las conferencias de paz para negociar de acuerdo con Francia.¹⁸⁶ También procura, en vano, recobrar la confianza de Juan V proponiendo que vaya un ministro portugués como mediador a las conferencias.¹⁸⁷ Empero a principios de mayo un ejército francés ha invadido Holanda, interrumpiendo las conferencias de Breda. Se habla de reanudarlas en otra ciudad neutral pero por el momento se presta mucha más atención a la campaña militar que a las negociaciones de paz.¹⁸⁸ Victoriosas las armas de Luis XV en Flandes, prometen triunfar también en Italia, pero las diferencias entre los generales Mina y Belle-Isle acaban por frustrar los planes de avance.¹⁸⁹

Ahora bien, la continuación de la guerra obedece sólo al deseo de mejorar las condiciones de la paz que ya hace tiempo buscan todas las potencias. En el verano de 1747 los franceses entablan negociaciones particulares con los ingleses, llegando incluso a entrevistarse Faysieulx y Sandwich en Lieja a mediados de septiembre. Huéscar informa debidamente del desarrollo de estos contactos, pero a lo último no dan ningún fruto.¹⁹⁰

Más significativa es la persistencia de Carvajal en su idea de tratar directa y particularmente con los ingleses. El fracaso de Lisboa podría atribuirse al clima adverso creado allí por tantas complicaciones - el deseo de Juan V de mediar en un congreso europeo, la francofilia del cardenal de Noai, el resentimiento de Sotomayor, la presencia de Rosenberg -, mientras

que el fracaso de Breda pudo reflejar sólo la ineptitud de Macanaz. Pero una vez superada aparentemente la crisis de la alianza borbónica y reemprendida la guerra en Europa, Carvajal vuelve a la carga, decidido a averiguar si los ingleses pueden ser tentados a un cambio de su política.

El ventiocho de mayo, pues, Carvajal manda a Huéscar proponer a Puyzieulx que vaya un emisario español a Londres para establecer un contacto con el gobierno inglés. Los franceses no tienen más remedio que convenir en ello, e incluso sugieren que el emisario español puede negociar también por Francia.¹⁹¹ Con este feliz respaldo no es cuestión de perder el tiempo, de modo que es llamado urgentemente de Italia, donde está sirviendo en el ejército español, Ricardo Wall.¹⁹²

Transcurren más de tres meses sin embargo hasta que Wall llega a Londres, porque ha de entrevistarse con Puyzieulx en Tongres con el fin de escuchar las condiciones francesas para la paz.¹⁹³ Huéscar se impacienta ante la tardanza, diciendo " me parecen larguissimos los momentos que tarda en llegar Wall; su misión será la que nos dé mas luz, ó para nuestro alivio, ó pa. nuestro desengaño, uno u otro es necesario pa. que lleguemos a la paz." ¹⁹⁴

Las instrucciones que redacta Carvajal para Wall a principios de agosto de 1747,¹⁹⁵ incorporan algunos puntos de un ajuste de paz particular presentado por Keene en Lisboa a mediados de junio.¹⁹⁶ De acuerdo con el proyecto inglés no se mencionará la renovación de la convención del Pardo (que Carvajal considera desfavorable para España), no se estipulará nada sobre la libre navegación, dejando este punto como lo expresan los viejos tratados, y se liquidarán recíprocamente las deudas inglesas y españolas. Ahora bien, quedan aún por dilucidar grandes problemas. Los límites americanos habrán de ser fijados por una comisión después de lograda la paz. El asiento de negros y navío anual serán anulados, y se intentará obtener la aprobación inglesa proponiendo la creación de un puerto franco para la trata de esclavos. En fin, como siempre, en Europa es absolutamente necesario lograr un establecimiento para el infante Felipe, y extremadamente deseable la recuperación de Gibraltar. No se retirarán las tropas españolas, ni se dará por terminada la guerra sin lo primero, y en cuanto a lo segundo, si bien no se continuaría la guerra sólo por esa plaza, se harán los mayores esfuerzos diplomáticos por conseguirla, ofreciendo dinero o si acaso un navío de permiso para las Indias.¹⁹⁷ Los ingleses propusieron una paz particular, pero el gobierno español desea la paz general, y sin perjudicar a Francia. No obstante, Carvajal

manda a Wall arreglar primero las disputas angloespañolas, y luego intentar persuadir al gobierno inglés para que presione por la paz general. Si no puede ser, Carvajal piensa en buscar el modo de salvaguardar la paz angloespañola sin enajenar completamente a los franceses.¹⁹⁸

A pesar de sus primeras decepciones, Carvajal confía todavía en poder atraer a los ingleses a una amistad con España, gracias a la cual prevalecería la moderación y la buena fe en todas sus relaciones.¹⁹⁹ El portador de sus esperanzas llega a Londres el diecisiete de septiembre, haciéndose pasar por un francés con el nombre de Leman.²⁰⁰ Los primeros contactos de Wall con los ministros ingleses versan predominantemente sobre los conflictos en Europa,²⁰¹ pero la esperanza de poder llegar a un acuerdo se mantiene, pues según Wall, los ingleses "tienen grandes ganas de la Paz con España". Sin embargo, las aparentemente prometedoras entrevistas de Wall con Newcastle no rinden el fruto apetecido y ya para octubre los españoles han interpretado negativamente la reacción inglesa. Carvajal lamenta la tardanza del gobierno inglés en dar una respuesta formal "por que se conoce que no han formado el sistema de abrir la mano a ventajas, por lograr la separación [de España y Francia], y que, aunque la deseen, quieren ganando tiempo, ir escaseando las ventajas".²⁰³ El juicio de Huéscar resulta, en esta ocasión, extremadamente sagaz porque comprende que los ingleses preferirán intentar obtener ventajas comerciales en las Indias españolas vía Francia, con lo cual no sólo podrían obtenerlas mejores y más fácilmente, sino que colocarían a Francia en una posición falsa respecto de España.²⁰⁴

Wall sigue fielmente las instrucciones que le diera Carvajal, y su conducta es plenamente aprobada pese a los envidiosos esfuerzos de Tabuérniga por desacreditarle.²⁰⁵ Espere pronto se convence el gobierno español de la imposibilidad de arreglar una paz general en Londres, porque los ingleses informan a la emperatriz de todo, obligando a los españoles a afianzar, definitivamente la alianza francesa. Carvajal manda a Wall tantear una última y poco viable posibilidad, proponiendo una paz particular angloespañola en cuanto a los conflictos americanos, pero respetando cada uno los compromisos bélicos que tiene en la contienda europea.²⁰⁶ En cualquier caso, si fracasa esta última iniciativa, Wall deberá prolongar todavía su estancia en Londres con el fin de dejar a los franceses en la incertidumbre de si negocia o no con los ingleses.²⁰⁷

El gobierno inglés evade las negociaciones con Wall, poniendo por pretexto que han surgido nuevas esperanzas de que concluya un ajuste Keene en Lisboa. Wall cree que esto se debe a una maniobra de Carvajal, alentando a Keene, para distraer la atención austríaca de las actividades de Wall en Londres. No obstante, la evidente falta de entusiasmo o de decisión en el ministerio inglés para aprovechar la presencia de Wall es reflejada en esta evasión, aunque personalmente cree Wall que los ingleses hacen lo posible conseguir el consentimiento austríaco a un establecimiento para el Infante.²⁰

En una conferencia hacia finales de diciembre, Wall propone al gobierno inglés una paz particular entre España e Inglaterra, pero no logran ponerse de acuerdo sobre sus términos.²⁰⁹ Wall pide sus pasaportes para retirarse, dando por acabada y fracasada su misión.²¹⁰ Sin embargo no se pone a hacer las maletas, pues solicita algunos días de licencia para realizar ciertas gestiones de carácter diverso.²¹¹

Entonces llegan cartas con una memoria de Carvajal a Tabuérniga que aseguran la plena confianza del gobierno español en Wall, e insistiendo en la idea de una paz particular con Inglaterra. Carvajal procura mostrarse enteramente desligado de la tutela francesa diciendo sobre semejante ajuste: "Y no alío para hacer esto el mas mínimo reparo, ni que pueda quejarse ningún tercero: Nos dejaron solos empezar y proseguir, hasta que se mezclaron los intereses de ellos, pues por que se han de quejar de que solos compongamos los nuestros, y prosigamos con ellos sobre los comunes?"²¹² Esto hace melía en el ánimo de Newcastle, quien se muestra ahora indeciso respecto de la oferta española.²¹³ Las opiniones difieren y provocan una división interna del gobierno británico,²¹⁴ y entretanto se mantiene Wall en Londres bajo una serie de pretextos, esperando la orden de desahuciar definitivamente las negociaciones de Londres.²¹⁵ Tanto el gobierno español como el francés, sin embargo, prefieren que Wall aguante en la capital inglesa cuanto pueda, con el fin de dar celos a los austríacos y empujarles a negociar.²¹⁶ Así es que Wall permanece en su puesto sin lograr nada cuando, una vez más, cambia el centro de acción diplomática.

Como previeron los ministros franceses, la inquietud de la emperatriz ante la permanencia de Wall en Londres impulsa la reanudación de las conversaciones franco-austríacas, cuya novedad Puyseulx se apresura a comunicar al embajador español.²¹⁷ Carvajal piensa que por muchos motivos puede ser el momento propicio para ajustar una paz aceptable con Austria, ya que la

negociación inglesa se ha paralizado.²¹⁸ Durante tres meses se negocia en París, intentando en principio separar a Austria de sus aliados, hasta que de común acuerdo se trasladan los ministros a Aquisgrán, donde está convocado un congreso general. Carvajal siempre ha rehusado semejante reunión de las potencias, porque cree firmemente que España sería muy maltratada a manos de todos, pudiendo tal vez mejorar su suerte en paces separadas con Inglaterra y Austria.²¹⁹ Sin embargo España ha agotado todas sus iniciativas y combinaciones sin lograr ningún acuerdo, y va a tener que admitir lo negociado en su nombre por los franceses.

El representante francés, conde de Saint-Séverin d'Aragón se dirige a Aquisgrán y allí entabla conversaciones con el inglés Sandwich y el austriaco conde Kaunitz-Rittberg hacia fines del mes de marzo. El gobierno francés busca, como siempre, la paz general a base de la devolución de Cabo Bretón, la conservación de las fortificaciones de Dunquerque, y la satisfacción de las pretensiones razonables de sus aliados Génova y España.²²⁰ Ahora bien, temiendo unas exigencias demasiado numerosas y exageradas por parte de España, se opta por mantener al representante español, Jaime Masones, en la más completa ignorancia respecto de la negociación, con el fin de evitar estridencias que bloqueasen el camino de la paz. Las instrucciones de Saint-Séverin le dan considerable latitud para concluir unas preliminares en cuanto se aproximasen a las condiciones mínimas consideradas viables por el gobierno francés.²²¹

Masones, por su parte, lleva órdenes de actuar en todo de acuerdo con el enviado francés, para aminorar las sospechas enemigas de una separación entre los aliados borbónicos y en fin, para reparar la confianza del propio gobierno francés, pues como dice Huéscar a Carvajal, "soy del mismo dictamen que tú en que no tenemos otra baraja que la de Francia."²²²

Carvajal tiene fe en las cualidades de Masones,²²³ aunque le preocupa sensiblemente el mal estado de salud del diplomático,²²⁴ y razón más persuasiva aún de encargarle de esta delicada misión en Aquisgrán es que no dispone de nadie más en quien pueda confiar,²²⁵ a pesar de los defectos que le va sacando Huéscar. Masones en efecto se queda bastante marginado de la acción diplomática, pero la historia de todas las negociaciones habidas hasta este momento hace dudoso que otro ministro español hubiera podido intervenir más eficazmente.²²⁷

El treinta de abril de 1748 los representantes francés, inglés y holandés firman los preliminares de la paz. Se le invita a Masones a firmar también, pero al negarse, ni siquiera se le facilita una copia de los artículos, lo cual le obliga a comunicar su contenido de memoria a la Corte española.²²⁸

Masones se queja amargamente de esta traición,²²⁹ y Huéscar pide una audiencia inmediatamente con Luis XV para protestar contra el irregular modo de proceder del gobierno francés, y contra el contenido de los preliminares. El soberano francés parece quedar convencido de lo razonable de la postura española, pero Puysieulx no se inmuta e incluso intenta justificarse echando en cara a los españoles que habían querido ajustar una paz particular con Inglaterra, lo cual naturalmente suscita una agria discusión. Huéscar advierte que Masones no firmará los preliminares sin una orden expresa de Fernando VI, y al fin accede Puysieulx a escribir a Saint-Séverin explicándole la insistencia española en que se elimine el artículo sobre el asiento y navío.²³⁰ No obstante, los preliminares de hecho se convierten en la base ineludible de la paz, pues en un artículo separado y secreto Inglaterra, Francia y Holanda se comprometen a tomar las medidas necesarias para imponérselos a cualquier potencia recalcitrante.²³¹

Desde el punto de vista español los preliminares ofrecen una mínima ganancia - Parma, Plasencia y Guastalla para el Infante - que ni siquiera queda libre de problemas puesto que se preve la reversión de estos estados a Austria.²³² No obstante haber dicho Huéscar a principios de año que "Parma y Plasencia son una cosa muy despreciable",²³³ la verdad es que esta pequeña concesión salva el honor del soberano español, cumpliendo con el empeño heredado de su padre Felipe V. Carvajal y sus colegas siempre han confesado entre sí que aceptarían gustosos un establecimiento reducido, con tal de lograr la paz. Empero también esperaban poder recompensar esa moderación logrando la restitución de Gibraltar, pretensión española que ni siquiera es mencionada en los preliminares, cuando a lo menos aspiraba Carvajal a mantener el derecho español remitiendo este punto en los preliminares al tratado definitivo.²³⁵

La restitución de las conquistas de la guerra tiene su importancia respecto de América, pues España recuperará la isla de Roatán y sin duda se beneficiaría indirectamente de que Francia recobre Louisbourg, una de las llaves de su posición estratégica en Norte-América. Ahora bien, de las grandes disputas angloespañolas en América no queda favorablemente resuelta ninguna. Los conflictos sobre límites, navegación y contrabando no son mencionados siquiera por su nombre, pues los preliminares se limitan a renovar los trata-

dos de 1667, 1670 y 1713, entre ²³⁷otros, con lo cual se dejan los problemas tal como estaban en 1739, bien que ahora se ha agotado la pasión belicista de entonces. Finalmente, lo peor de los preliminares es que se confirman el asiento y navío ingleses "por los años en que se han dejado de gozar".²³⁸

No obstante, una primera información inadecuada del contenido de los preliminares, tan grande es el deseo de los reyes españoles de lograr la paz, que están dispuestos, y aun contentos, de acceder a ellos inmediatamente.²³⁹ Asimismo la reacción inicial de Carvajal es de una moderada satisfacción pues, de acuerdo con el informe de Masones, los puntos de Gibraltar, el Toisón y el establecimiento quedan al menos decorosos, y por tanto aceptables. En cuanto al asiento dice que "el punto malo es más llevadero por limitado",²⁴⁰ porque Masones ha informado erróneamente que los preliminares estipulan: "Que se les considera a los Ingleses el no goce que han padecido desde que empezó la guerra con ellos hasta el año de 43 en que espiraba el término del tratado."²⁴¹ Carvajal no quiere bajo ningún concepto que continúe funcionando el asiento inglés, y todavía piensa en recabar el apoyo francés para eliminar este artículo de los preliminares. Huescar debe convencer a Puyzieulx de que "es el punto de mayor importancia, que importa mucho más que todos los otros, y que es importancia para nosotros y para ellos."²⁴² Ahora bien, si resulta imposible eliminar del todo las pretensiones inglesas respecto del asiento, Carvajal todavía propone separar las diferencias angloespañolas de los preliminares, remitiéndolas todas al tratado definitivo. En fin, fiándose de lo referido por Masones, el ministro español se alegra muy prematuramente de haber constreñido a los ingleses a admitir que sólo les quedan cuatro años del asiento, porque en anteriores ocasiones han pretendido recuperar todos los años perdidos por el motivo que fuese. Además vislumbra la posibilidad de cumplir con el compromiso pagando a los ingleses una cantidad equivalente a sus probables ganancias legales en esos cuatro años, evitando así el tener que soportar la presencia de factores del asiento en los puertos españoles ni un día más.²⁴³

Al mismo tiempo que remite estas instrucciones, Carvajal redacta una carta de protesta para Puyzieulx, que "va viva porque, si nos hacen firmar, guardemos motivos de queja para ver después lo que nos acomode".²⁴⁴ En realidad, la legítima queja que guardan los españoles en un primer momento respecto de estos preliminares, reside más en el modo de concertarlos que en su sustancia.²⁴⁵ Sin embargo en cuanto se enteren en España de la exacta redacción del

artículo 10^o sobre el asiento, la resignación de Carvajal ante la necesidad de admitir el mal menor, se trueca en verdadera indignación,²⁴⁷ y desde entonces vuelca todos sus esfuerzos en reparar este daño. Incluso, Carvajal está dispuesto a proseguir la guerra contra Inglaterra en América si no obtiene alguna satisfacción, y así se lo escribe a Wall,²⁴⁸ pero los reyes imponen su pacifismo y Carvajal se dispone a conseguir la máxima reparación posible mediante la negociación.²⁴⁹

Entretanto Wall ha hecho publicar y distribuir en Londres quinientos folletos explicando los deseos y las pretensiones de España para la paz, atribuyendo a la obstinación del gobierno británico la imposibilidad de llegar a un acuerdo. Su intención era agitar a la opinión pública inglesa para que presionase sobre su gobierno en favor de la paz. Huéscar creía que era una buena idea, y aunque Carvajal expresó ciertos reparos, se llevó a cabo el plan. Empero el éxito de la maniobra llegó demasiado tarde para afectar la conclusión de los preliminares de Bruselas, y cuando se supo quién había detrás del folleto se debilitaron sus argumentos a los ojos del pueblo inglés.²⁵⁰

Los ministros ingleses se quejan de que lo único que han obtenido tras tantos años de guerra es la renovación de los tratados y el reconocimiento de que les quedan algunos años de disfrute del asiento de negros y navío de permiso. Wall no pierde la ocasión de recordarles que no son logros despreciables, teniendo en cuenta que la responsabilidad de declarar la guerra y anular los tratados existentes era de los ingleses, como lo era también la culpabilidad de las interrupciones del asiento. Entonces los ministros británicos intentan explotar el resentimiento español diciendo que de todo tiene la culpa el gobierno francés, empero Wall está bien preparado para contestar esta insidia, dando a entender que para separar a los borbones no basta con que tengan motivos de discordia entre sí, sino que Inglaterra deberá ofrecer alguna ventaja positiva, alguna prueba de amistad inequívoca hacia España. Sugiere como ejemplo que los ingleses convengan en remitir el punto del asiento y navío a la negociación del tratado definitivo. En efecto,²⁵¹ la primera tentativa española va a ser la eliminación del artículo 10^o de los preliminares de paz, remitiendo la solución de este tema al congreso de Aquisgrán.²⁵²

Los ingleses lógicamente rechazan esta sugerencia, pues para ellos el asiento constituye una ventaja tangible mientras que la ruptura de la alianza

borbónica, a más de costarles caro, resulta muy incierta en todos los aspectos. No obstante, se muestran dispuestos a tomar medidas para frenar los abusos cometidos bajo capa del asiento, en un intento de suavizar en algo las relaciones angloespañolas.²⁵³ Entonces los ministros españoles cambian de táctica, concentrando sus esfuerzos en lograr una nueva redacción del artículo 10º, que especifique que la renovación del asiento se entiende por sólo cuatro años, es decir por el período desde el comienzo de la guerra en 1739 hasta el fin del asiento, según el tratado de concesión, en 1743; y además conviniendo los ingleses en negociar luego un equivalente en dinero que permita acabar con el asiento inglés de manera definitiva.²⁵⁴ En principio los ingleses convienen en tratar de un equivalente al asiento, y además unos y otros están de acuerdo en llevarlo a cabo con independencia de las demás potencias, en Londres o Madrid.²⁵⁵ Sin embargo en lo que no concuerdan los ingleses es en el cómputo de cuatro años que restan por disfrutar el asiento.

Masones quiso plantear las dos pretensiones españolas simultáneamente, dando por supuesto la duración de la prórroga del asiento e incorporándolo disimuladamente al texto de un convenio angloespañol sobre la futura negociación de un equivalente. De esta manera esperaba inducir a los ingleses a comprometerse sin discusiones.²⁵⁶ Empero Sandwich se percató inmediatamente de la treta de Masones, y contestó que habría que comensar las negociaciones del equivalente determinando el número de años que la Compañía inglesa ha dejado de disfrutar de su asiento.²⁵⁷

Puysieulx por su parte se muestra sorprendido y afligido ante la resistencia española a firmar los preliminares, diciendo "quien creería que por cuatro años mas o menos, se havia de enfadar el Rey,"²⁵⁸ y Huéscar maniobra con cautela para asegurar el apoyo francés de la postura española respecto del artículo 10º. El veintisiete de mayo Puysieulx entrega a Huéscar una carta afirmando que el gobierno francés entendió y entiende que la prórroga del asiento es por los cuatro años perdidos por la última guerra, prometiendo el apoyo francés para conseguir que así lo reconozcan los ingleses.²⁵⁹ Carvajal se alegra grandemente de esta declaración formal francesa,²⁶⁰ y el tres de junio manda acceder a los preliminares en nombre de Fernando VI, si los ingleses se avienen a añadir al artículo 10º que están conformes en negociar después un equivalente por el asiento, o si al menos aceptan hacer una declaración formal en ese sentido.²⁶¹

Sin embargo Masones estropea inadvertidamente los planes de Carvajal, pues cuando Sandwich puso en duda el número de años de la prórroga del asiento, Masones insistió sin rodeos que eran cuatro años, y enseñó al inglés la declaración de Puyseulx a este efecto; siendo así que Carvajal había querido primero comprometer a los ingleses a negociar un equivalente, y discutir sobre los años sólo después de lograr las ventajas de la paz y reservando la base de la declaración de Puyseulx como último, fortísimo recurso.²⁶²

Al saberlo Carvajal exclama, "Me ha reventado Jácome."²⁶³ Luego, al comprobar que los ingleses abultan enormemente sus pretensiones respecto del asiento,²⁶⁴ y que de ningún modo están dispuestos a renunciar a las ventajas que les conceden los preliminares de la paz,²⁶⁵ el gobierno español decide obtener de Saint-Séverin una declaración escrita sobre el artículo 10º similar a la de Puyseulx.²⁶⁶

Los franceses ya se están inquietando bastante a causa de la resistencia española a acceder a los preliminares.²⁶⁷ Saint-Séverin asegura a Huescar que es preciso dar por supuesto que los años de prórroga del asiento son cuatro, afirmando que convino Sandwich en ello de palabra cuando se firmaron los preliminares, pudiendo él mismo y su secretario Tercier atestiguar al efecto.²⁶⁸ Sin embargo Saint-Séverin a la hora de la verdad se niega a entregar a los españoles una declaración formal que avale lo que ha repetido tantas veces sobre sus conversaciones con Sandwich. Esta prueba de mala fe lógicamente aumenta la sempiterna desconfianza española hacia Francia.²⁶⁹

No obstante, resulta ineludible la necesidad de acceder a los preliminares. Los franceses presionan para lograrlo, y los propios reyes de España muestran su desagrado ante la tardanza.²⁷⁰ Por lo tanto a Masones se le repiten las órdenes de acceder, si consigue que los ingleses declaren estar dispuestos a negociar un equivalente, o en última instancia poniendo como condiciones de la accesión, la necesidad de ratificarlo Fernando VI y el envió a todos los ministros en Aix de una protesta formal contra ciertos puntos de los preliminares.²⁷¹ Empero los ministros franceses se oponen a esta última idea, diciendo que no se ha permitido a ninguna potencia acceder con protestas, y España no podrá ser una excepción.²⁷² Afortunadamente, la espera de Masones por fin resulta fructífera, pues el veinticuatro de junio firma con Sandwich un acuerdo sobre la futura negociación de un equivalente por los años perdidos del asiento.²⁷³ No se estipula el número de años a indemnizar ni la exacta naturaleza del equivalente, quedando estos puntos por discutir entre ingleses

y españoles en la negociación prevista. Una vez lograda la formulación de este convenio, se despeja el camino para la adhesión española a los preliminares, pero no sin que Masones declare que "subsisten todavía los diferentes motivos que han impedido hasta aquí á su Majestad católica la adhesión á los artículos preliminares"²⁷⁴. En definitiva, se trata de una adhesión bajo protesta, pues no se ha conseguido ninguna modificación de los preliminares, si bien el convenio ajustado entre Sandwich y Masones ofrece una esperanza al menos de mejorar la situación creada por el artículo 10º.

Se consume todo el verano y buena parte del otoño de 1748 en convertir los preliminares de paz en el tratado definitivo de Aquisgrán. Desde el punto de vista español los problemas son muy peliagudos y, aunque Carvajal nunca pierde de vista sus metas y principios fundamentales, vacila a veces durante este período respecto de la mejor política a seguir.²⁷⁵ La perspectiva de un congreso general con la participación de todos los beligerantes no agrada en absoluto a los españoles, porque pueden ganar muy poco en Europa (si acaso la competencia exclusiva del Toisón), y en cambio arriesgan muchísimo si los demás convienen en tratar de temas americanos.²⁷⁶ Por eso dice Carvajal, "es mi único systema huir del congreso".²⁷⁷ Por su parte Saint-Sáverin está de acuerdo en que es preferible evitar un congreso en regla, y sugiere que cada ministro vaya ajustando convenios bilaterales, comunicándolos a sus aliados sobre la marcha, hasta que, resueltos todos los conflictos, se pueda elaborar un tratado que incluya todos esos convenios parciales, pero sin que mencione ningún punto no convenido en los preliminares.²⁷⁸

Sin embargo este esquema tampoco satisface plenamente a Carvajal pues, aunque no le parece mal la idea de negociaciones bilaterales simultáneas, ve ciertas dificultades para realizarlas. Desde luego que le agrada la propuesta de que no se admitan en el tratado definitivo puntos que no estuviesen en los preliminares, porque teme mucho la intervención de las demás potencias en las disputas angloespañolas en América, pero en cambio no acierta a comprender la necesidad de un solo tratado general, que supone no habría de ser ventajoso para España.²⁷⁹

España no está en guerra con Holanda, ni Francia con Cerdeña, y por tanto no hay necesidad de que ajusten paces entre sí. El cuidado de Carvajal aquí está en excluir a Holanda de cualquier negociación con o sobre España, pues Holanda pretende sacar alguna ventaja comercial o de navegación a la

capa de - e incluso alentando - las ambiciones inglesas. Ahora bien, la razón principal que empuja a Carvajal a rechazar la idea de un tratado general es que él distingue con perfecta claridad dos áreas de intereses y conflictos, que desea mantener separadas e independientes. Entiende que la solución de las causas de la guerra americana entre España e Inglaterra atañe únicamente a estas dos potencias, y por lo tanto sólo si se excluyesen estos temas del tratado propuesto podría contemplarlo con agrado.²⁸¹

A Carvajal le desconcierta la actitud del gobierno inglés,²⁸² porque todavía no se convence del total pragmatismo que domina en la política inglesa, y cree que tal vez se trata sólo de una obcecación temporal hasta ver confirmadas las ventajas obtenidas en los preliminares. Si esto fuera cierto sería necesario, piensa, retrasar la conclusión del tratado definitivo de paz con el fin de comprobar la postura inglesa con mayor eficacia. En última instancia se echará mano de la mala salud de Masones para justificar durante algún tiempo la no-participación española en las conferencias.²⁸³

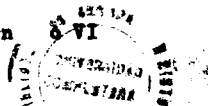
En un primer momento los ministros españoles esperan poder lograr la ejecución rápida de los preliminares, es decir la toma de posesión de su establecimiento por el infante Felipe, y la retirada del ejército español de Italia, dejando pendientes los demás problemas a solucionar en el tratado definitivo, del cual España procuraría desentenderse.²⁸⁴ Sin embargo pronto se van a desengañar los españoles, pues reina la desconfianza general y el cumplimiento de las condiciones de la paz ha de realizarse de una sola vez. Además Francia tiene sus propios motivos por querer retrasar la ejecución de los preliminares en cuanto a Italia se refiere, puesto que no quiere retirar sus tropas de Flandes ni soltar sus rehenes hasta asegurar la restitución de Cabo Bretón, y resulta más fácil justificar esta postura si se mantiene también la situación militar de Italia hasta la liquidación total y definitiva de la guerra.²⁸⁵

Entretanto Huéscar viene dudando sistemáticamente de todo. Concuera con que sería un triunfo para España evitar que entrasen en el tratado definitivo temas no mencionados en los preliminares, pero él teme que Inglaterra y Francia ajusten solas y a su propia conveniencia el tratado definitivo, y que resultaría muy difícil para España desentenderse de él, aún de ser muy expuesto el hacerlo.²⁸⁶ En efecto se va confirmando la sospecha de que Sandwich y Saint-Séverin negocian en secreto los términos de la paz,²⁸⁷ y se van convenciendo los españoles de que no habrá congreso general porque Inglaterra y Francia impondrán su propio acuerdo.²⁸⁸ Tampoco podrá el infante Felipe tomar posesión de sus estados hasta que todos accedan al tratado definitivo, y por

España como mínimo tendrá que asumir el tratado, como mínimo en lo referente a los preliminares.²⁸⁹ Consiguientemente opina el embajador que el único camino abierto para la diplomacia española está en procurar aclarar favorablemente los artículos sobre el establecimiento y el asiento, y en "darlo todo por bien empleado si logramos evitar que se incluyan otros puntos de Indias en el tratado definitivo, que es a lo que yo pondré mi mayor cuidado".²⁹⁰ Huescar teme sobre todo que se quiera introducir en el tratado algún acuerdo contrario a los intereses españoles en materia de navegación en aguas americanas, y discurre como medio de prevenirlo el pedir a los franceses una declaración de que no entrarán nuevos puntos en el tratado definitivo. Puyzieulx dice que no se hará nada sin consultar con los españoles, pero el embajador no está tan seguro.²⁹¹ Observa con desagrado y desconfianza el secreto en que mantienen Saint-Séverin y Puyzieulx sus negociaciones con los ingleses, comparando su comportamiento desfavorable con las muestras de a-bertura evidentes en la relación del duque de Bedford con Wall.²⁹²

Por lo tanto resulta difícil para los españoles enjuiciar su repentino cambio en la actitud de Saint-Séverin respecto del artículo 10°. Inesperadamente declara que es preciso fijar la prórroga del asiento en cuatro años, preguntándole incluso a Sandwich si Inglaterra está dispuesta a continuar la guerra por más años (dando a entender que Francia apoyará la pretensión española hasta ese extremo.)²⁹³ Masones sugiere, sin duda confundido por la sorpresa, que se conteste a Saint Séverin que España desistirá de la fijación de los cuatro años si consigue la exclusiva competencia del Toisón. Semejante idea hace confesar a Carvajal que "quando leí el partido que quería tomar, di un repullo en la silla."²⁹⁴ Le prohíbe terminantemente a Masones seguir adelante con su proposición, explicándole la enorme importancia que tiene el asiento de negros para España, comparado con el cual el Toisón carece de valor.²⁹⁵ Por su parte, Puyzieulx sigue regateando su apoyo, arguyendo que si España e Inglaterra van a tratar por separado sobre un equivalente del asiento, lo mejor será incluir el artículo 10° tal como está en el tratado definitivo; a lo cual Huescar responde que al contrario, será mejor excluirlo enteramente. Puyzieulx no se opondría a ello, pero lógicamente los ingleses insistirían en su inclusión, de modo que sólo queda tratar de modificar su redacción redacción en favor de España. Entonces al fin Puyzieulx se aviene a intentar añadir al artículo 10° la frase "durante la guerra", precisando a poder ser los cuatro años.²⁹⁶

A principios de agosto Puyzieulx declara que desea que entre Fern



en el tratado definitivo como parte principal.²⁹⁷ Evidentemente quiere halagar con este gesto vacío la vanidad del soberano español, y encubrir en lo posible el hecho de haber negociado las condiciones de la paz sin consultarle para nada. Carvajal oala su propósito y opta por rechazar la oferta, esforzándose ante Fernando para que no se deje embaucar. De momento prefiere el ministro que Francia e Inglaterra solas ajusten la paz, accediendo España después, y bajo protesta en lo referente al Toisón.²⁹⁸ Piensa que la paz ha de durar muy poco, y que España podrá obrar más libremente si ahora no figura como artífice del tratado de Aquisgrán.²⁹⁹ La idea de Huéscar de pedir a los franceses una declaración escrita de que no se incluirán puntos ajenos a los preliminares en el tratado definitivo, es desestimada por Carvajal, porque además de revelar la desconfianza española, no serviría para nada en el caso de que los franceses quisiesen renegar de ella.³⁰⁰ De hecho, Carvajal confiaría más en los esfuerzos verbales de Saint-Séverin que en una declaración escrita, porque él asegura que Sandwich entendía que la prórroga era por cuatro años, y por lo tanto no podrá defenderse de los reproches de Saint-Séverin si éste se empeñase en insistir.³⁰¹ Empero aún más deseable para los españoles, a principios de agosto, es acabar cuanto antes y sin mayores daños que los sufridos en los preliminares, de manera que Carvajal se manifiesta partidario ahora de concluir sin limitar la duración de la prórroga, y aunque semejante cosa no se puede decir a los franceses Masones debe intentar aminorar su apoyo de las dilaciones francesas.³⁰²

Efectivamente, se produce en la primera semana de agosto un cambio importante en la postura española. Carvajal explica su decisión, defendiéndose de la amistosa crítica de Huéscar de que parecían caminar sin sistema,³⁰³ diciendo "Desgraciada constitution del que puede menos, que en nada se puede poner firme para lo que le conviene, ó desea, sino que ha de mirar antes á lo que le querrá permitir el que puede mas".³⁰⁴ Tuvo que cerciorarse si iba a haber congreso general para negociar el tratado definitivo, o no, pero ahora que está seguro que no habrá congreso, Carvajal manda que se hable con los franceses sobre las pretensiones españolas siempre muy firmemente. Luego, el nuevo y repentino interés mostrado por Saint-Séverin en que se reconociera que la prórroga del asiento es por sólo cuatro años, desbarajusta la resolución de Carvajal de discutir el tema directamente con los ingleses, pues es imposible para los españoles decir a sus aliados que no defiendan los inte-

reses españoles. Finalmente, si antes se pensaba en retrasar o rehuir la conclusión del tratado definitivo era porque se creía poder obtener las ventajas de la ejecución inmediata de los preliminares y luego desentenderse del tratado, pero al ver que no se desarrollarán las cosas así prefiere Carvajal ahora que se concluya rápidamente, aunque velando siempre por que no se perjudique aún más a España.³⁰⁵

En resumen, pues, Carvajal viene a adoptar una postura muy similar a la propuesta por Huéscar, en medio de muchas disculpas, en su carta de comienzos de agosto,³⁰⁶ tendente a que se admitan los preliminares en el tratado definitivo, a poder ser con algunas aclaraciones convenientes, y sin que entren nuevos puntos.³⁰⁷ Remite al embajador una memoria de las pretensiones españolas,³⁰⁸ para que el gobierno francés aprecie la moderación española,³⁰⁹ y para que no pueda decir que ignoraba cuáles eran las pretensiones de su aliado.³¹⁰ El preámbulo de esta memoria da por supuesto que las demás potencias desean que no se introduzcan nuevas pretensiones para el tratado, y ya que España se ciñe a ese supuesto, espera que los demás harán lo propio. Insiste en esta misma idea la cuarta y última petición española de que no se admitan reclamaciones contra España que no estén en los preliminares, que evidentemente tira a presionar a los franceses para que no se hable en el tratado de la libre navegación en América.³¹¹

En cuanto al artículo 10^o, Carvajal pide definitivamente que se estipule que es por cuatro años. Explica que en realidad no se trata de una pretensión, sino sólo de una aclaración que corte las discusiones, teniendo en cuenta la versión de Saint-Séverin de las conversaciones sostenidas con Sandwich sobre este punto antes de ajustar los preliminares.³¹² Privadamente a Huéscar, Carvajal es más tajante, "Si no aclaran el tiempo del artículo dies, son los hombres más viles y más infames que han nacido: el pendant la guerre que ésse [Puyseulx] te ofrece es disparate."³¹³ En efecto, semejante frase no serviría para nada porque "la guerra" es una expresión general que puede referir a cualquier guerra, y sería necesario añadir alguna cualificación como esta, "la presente" o "la última" guerra para asegurar el significado deseado. Carvajal apenas puede contener su exasperación y confiesa a Huéscar: "Aseguro á v.e. que este punto me confunde mas cada dia, por que me irrita qual no puedo ponderar".³¹⁴ Días más tarde reconoce que ya casi se había hecho a la idea de admitir el artículo 10^o tal como está en

los preliminares, pero que el súbito interés de Saint-Séverin en defender el punto de vista español ha vuelto a elevar sus esperanzas y sería muy cruel no lograr la modificación ahora.³¹⁵

Sin embargo, pese a los aparentemente buenos oficios de Saint-Séverin, las noticias de París no tranquilizan en absoluto al gobierno español.³¹⁶ El embajador francés obispo de Rennes dice que será preciso que Masones tenga poderes para firmar el tratado, sin tomar tiempo para consultar con la Corte española, y asumiendo él la responsabilidad por algún punto que otro del tratado. Semejante sugerencia desde luego que no augura bien para España, pues parece indicar que se la reserva alguna sorpresa desagradable. Carvajal contesta serenamente que Masones está instruido y facultado desde siempre para todas las circunstancias imaginables, pero que lógicamente tendrá que consultar cualquier imprevisto. Empero el estado de ánimo de Carvajal en estos momentos es de un desconcierto penosísimo, que le hace decir "con que no queda que hacer, sino es observar hasta las respiraciones de esas Gentes, a ver si podemos descubrir el lado por donde intentan ofendernos".³¹⁷ Todas las noticias coinciden en que el tratado se va a concluir en seguida, y que además de incluir los artículos preliminares sin modificación, puede traer otras desventajas para España.³¹⁸ Ante esta perspectiva la pesadosa ironía de Carvajal se revela a Huéscar: "Buenos estamos cuando artículos que nos disgustaron tanto, y con razón, deseamos y solicitamos que nos los dejen de la misma manera y es ganancia según nuestros bien fundados temores."³¹⁹

Queda todavía en pie la invitación de Puysielx de entrar España en el tratadodefinitivo como parte principal. Carvajal lo desprecia como "mermelada para resolverle" a Fernando VI,³²⁰ pero ahora se pregunta si entrando Masones en las negociaciones, podría mejorar la situación española. Sin embargo acaba por confirmarse en su primera apreciación, convencido de que Masones no podrá lograr nada, pues si los franceses obraban de buena fe y no han conseguido nada, menos lo va a conseguir Masones; y si obraban de mala fe, aunque ostensiblemente apoyen los argumentos españoles, podrán hacer ver a los ingleses que no va en serio. Sea como sea, Carvajal juzga que España no ganaría nada participando en las negociaciones, y perdería las posibles, tenues ventajas de sólo acceder al tratado en cuanto le atañe y bajo protesta.³²¹

Entonces, hacia fines de agosto, se aprecia un nuevo cambio en el rumbo de las negociaciones. Los franceses se deciden a aumentar la "mermelada", comunicando a Masones, y luego a Huéscar, el contenido de los diversos proyectos de paz discutidos hasta la fecha.³²² Asimismo Puyssieux afirma que si España desea sólo acceder al tratado y no ser parte principal, con el fin de protestar o declarar algo, él se conformaría,³²³ y al mismo tiempo suelta un rayo de luz y esperanza sobre los últimos intercambios con los ingleses. Estos, al parecer, han dado a entender bastante confusamente que estarían dispuestos a ceder respecto de los cuatro años del asiento, si España se aviniese a aceptar modificaciones en el artículo 4º sobre el establecimiento.³²⁴ Huéscar se muestra conforme con ello, aconsejando: "Guíemos de nuestro reyno y de las Indias y apartemos todos los motivos que nos ligan a entrar en guerra por cosas que no son de nuestro interés".³²⁵ Empero, Carvajal todavía intenta persuadir que el artículo 4º no necesita aclaraciones explícitas, porque contiene implícito todo lo que pretenden Austria y Cerdeña, tal como está en los preliminares.³²⁶ Al fin, en los últimos días de septiembre, se acuerda dejar el artículo 4º como está, con la adición de sólo las palabras "sin hijos varones", referentes a la sucesión en el establecimiento del infante; y respetar asimismo la prórroga del asiento, con la limitación pedida por España, y proponiendo Inglaterra una última adición en favor de sus derechos.³²⁷ Tanto Masones como Huéscar opinan que estas condiciones son aceptables y Huéscar llega incluso a decir que si el tratado se concluye así, "es la mejor paz que a echo España ya que no por el bien que la ocasiona, por el mal que la evita".³²⁸ Carvajal, conforme también con los términos del tratado y con el juicio que de él hace Huéscar, da rienda suelta a su enorme alivio y satisfacción, después de temer lo peor: "es como un tratado perdido sin medios para mejorarlo y mejorado con tantas ventajas. En una palabra, se debe mirar como resurrección".³²⁹ El Marqués de la Ensenada se hace eco de estos mismos sentimientos: "Yo estoy muy contento, porque á vista del mal semblante que tomaban las cosas, hemos salido bien".³³⁰

Por fin, el tratado definitivo de Aquisgrán es firmado el dieciocho de octubre de 1748, accediendo Masones por Fernando VI dos días después.³³¹ La euforia de Carvajal no conoce límites, y escribe reservadamente: "Sea mil y más veces enhorabuena, que ya estamos en paz y libres de fatigas y de asechanzas. Ella es excelentísima atendida las circunstancias, y en sí sola mirada es mejor que todas las de este siglo y que las últimas de el

passado, y nos deja áviles a hacer prodigios si supiéramos". Asimismo no oculta su satisfacción por terminar todo en unión de Francia, con lo cual no queda ninguna mancha de mala fe por parte de España, y ³³² agradece a Saint-Séverin sus esfuerzos en favor de los intereses españoles porque, como él dice, "es razón que la misma lengua que se queja cuando duele, dé gracias cuando se experimenta el alivio". ³³³ También asegura que está contento del tratado el embajador francés Rennes, quien se apresura a decirselo a Puyisieux. ³³⁴

Empero todas estas exoresiones de satisfacción no agotan la totalidad del sentimiento español acerca del tratado de Aquisgrán. Bien sabe Carvajal que quedan muchos problemas por resolver, pero él tiene sus propias ideas sobre el cómo y el cuándo. Precisamente a raíz de la firma de este tratado el embajador sueco en París se acerca a Huéscar para explicarle su preocupación por las consecuencias que acarrearía la muerte de su rey, pues Rusia y Dinamarca apoyan a un grupo de suecos republicanos, mientras que Francia y Prusia apoyan la monarquía hereditaria. Entonces propone que en vista de que la paz de Aquisgrán ha dejado diversas disputas sin solucionar, se podría convocar un congreso europeo para tratar de esos temas y de la muerte del rey sueco, con el fin de evitar una nueva guerra en Europa. ³³⁵ Tanto Huéscar como Carvajal tienen una misma reacción y, pese a que el gobierno francés admite la idea del sueco, insisten que las únicas disputas pendientes entre España e Inglaterra han de ser resueltas a nivel de negociaciones bilaterales, por lo que rechazan la idea de un congreso. Existe una leve sospecha de que los ingleses están detrás de la propuesta por no querer discutir "mano a mano" con los españoles de sus diferencias, pero la verdadera razón de rechazar el congreso reside según Carvajal en que: "Nuestro interés político mayor es, que esta guerra se encienda, y como solemos decir, que Dios dé la victoria a ambos, que dure mucho, y todos se gasten, mirándolo el Rey tranquilo", ³³⁶ "pero me armara y entonces hiciera el papel que ha hecho ahora el de Prusia, y si podía sacar algo, luego mediará". ³³⁷ Concreta-mente piensa Carvajal en la recuperación de Gibraltar y del Tolisón, de manera que revela claramente no sólo su insatisfacción con el tratado de Aquisgrán, sino también su voluntad de remediarlo, con las armas en la mano si es necesario, en cuanto se presente la primera oportunidad favorable.

En general, el juicio formado del tratado de Aquisgrán, tanto por contemporáneos como por historiadores, ha tendido a ser adverso, haciendo hincapié

los unos en que se hubiese ganado tan poco tras una guerra tan larga y costosa, y los otros en que se dejase sin resolver los graves conflictos pendientes entre España e Inglaterra.³⁴¹ Sin embargo, hay que tener siempre presente que la guerra ha sido realmente compleja en cuanto a motivos y objetivos, y que la paz presenta la imprevista circunstancia de un cambio de rey y de gobierno en España. La guerra comercial y colonial entre españoles e ingleses sin duda es reconocida como de mucha mayor importancia para ambos países que la guerra continental en que se dejan mezclar después. Pero ello no significa que los objetivos perseguidos en la guerra de la Pragmática no tuvieran ningún interés para España e Inglaterra. España ve la posibilidad de aprovechar la debilidad momentánea de Austria para conseguir la restitución, si no a España al menos a un Borbón español, de algunos territorios italianos perdidos en Utrecht. En cuanto a Inglaterra, existe un partido en el Parlamento, interesado sobre todo en la destrucción de todo poderío francés, sea continental sea marítimo. En consecuencia, se encuentran con que las negociaciones de paz han de resolver dos conjuntos de problemas muy diferentes entre sí.

Fracasa el primer plan de Carvajal de ajustar una paz separada con Inglaterra, que abarcase todos los conflictos pendientes entre ambos países, porque los ingleses quieren asegurar la mínima ganancia positiva que ofrece Francia. Desde entonces todos los esfuerzos de la diplomacia española se encaminan precisamente a separar las esferas americana y europea, con el fin de sustraer las disputas angloespañolas en América de las negociaciones generales. El tratado de Aquisgrán en efecto resuelve con preferencia las disputas en Europa, bien que es verdad que no logran los españoles eliminar la mención del asiento de negros. Ahora bien, si las discusiones entre el gobierno español y la Compañía del Mar del Sur son asunto particular de ambos, no es menos cierto que el asiento tiene una vertiente de interés internacional, al tratarse de un privilegio gozado por Inglaterra con exclusión de otras potencias, y cuya concesión original además fue formalizada en un tratado de paz general. Por lo tanto, es al menos comprensible la inclusión de este punto en el tratado de Aquisgrán, mal que pese al gobierno español.

Sin embargo, todos los demás problemas pendientes entre España e Inglaterra - límites coloniales, comercio y navegación en mares americanos, guardacostas, corsarios y derecho de visita, más Gibraltar y Menorca - son com-

pletamente ignorados en el tratado de Aquisgrán. Puesto que precisamente esta separación es el objetivo de los esfuerzos diplomáticos españoles, debe considerarse como un triunfo español de apreciable alcance. Mediante esta separación, España logra evitar de momento imposiciones respecto de América, donde no hay alianza que valga y donde la integridad del imperio español pende en gran medida de la celosa rivalidad reinante entre las demás potencias. Cara al futuro inmediato, gravita siempre en el fondo de la diplomacia española la conciencia de que tanto Inglaterra como Francia han de intentar captar la amistad del nuevo rey Fernando VI. Consiguientemente, el saber que los ingleses negociarán más tarde su paz particular con España, sin duda es un factor determinante de los esfuerzos franceses por mejorar los preliminares desde el punto de vista español, para merecer al fin el agradecimiento de Fernando VI. Asimismo España queda en una posición ventajosa para sus negociaciones con Inglaterra, puesto que el fin de la guerra y el desarme hacen que sea altamente improbable que los ingleses quieran oír hablar de reanudar la desastrosa guerra con España, con lo cual pierde fuerza la postura inglesa, y además querrán los ingleses merecer también la amistad española en vista del inevitable recrudecimiento de la rivalidad anglofrancesa. En fin, la separación de las disputas angloespañolas de 1739, de las negociaciones de la paz de 1748, ilustra el hecho de que hubo dos guerras distintas, y si bien la paz de 1748 acaba con ambas, no se propone resolver las disputas de más de una de ellas. Por eso desde las perspectivas inglesa y española no se debe enjuiciar el tratado de Aquisgrán solo, sino siempre en conjunción con el convenio comercial que se negocia a continuación y que se firma en 1750. Empero sí que se puede decir que si ingleses y franceses desprecian el tratado de Aquisgrán, resulta más bien consecuente que para España no es demasiado desfavorable. En efecto, se gana el establecimiento, con lo cual se hace honor al empeño de Felipe V, se liquida la preocupación italiana de España, y se aleja de la Corte el molesto infante Felipe. Mas, la mayor ganancia del tratado es justamente lo que no pierde España y lo que no ganan las demás potencias a costa suya. La disputa sobre los límites de Florida espera aún su solución, y sobre todo, los conflictos sobre comercio y navegación en América, tan peligrosos para tratar en un congreso general, quedan para las discusiones bilaterales posteriores.

En definitiva el tratado de Aquisgrán marca una encrucijada en la historia de las relaciones internacionales, y en la política exterior española.

Después de esta pas todo el carácter de las relaciones diplomáticas y bélicas entre las potencias europeas cambia, pues hasta 1748 dominan las pugnas entre Francia, España y Austria en Italia, mientras que a partir de entonces van a dominar las luchas coloniales entre Francia, España e Inglaterra. El tratado de Aquisgrán pone punto final a un proceso de reajuste de los poderes e influencias en Italia, pero señala el comienzo de un nuevo reajuste de poderes de ultramar.³⁴⁴ Es evidente que España, como principal protagonista e interesada en uno y otro escenario de lucha, ha de cambiar su política exterior de acuerdo con las directrices europeas. El reinado de Fernando VI coincide justamente, por un azar de la historia, con ese período de transición entre dos políticas y con el afianzamiento de un nuevo estilo de diplomacia. El gobierno encabezado por Cárvajal tiene conciencia de que la paz ajustada en Aquisgrán no puede durar mucho tiempo,³⁴⁵ y se dispone a instaurar un nuevo sistema diplomático más de acuerdo con los verdaderos intereses nacionales.

LA PAZ DE AQUEQUIRAN. NOTAS.

- 1 María Dolores Gómez Molleda, "Viejo y nuevo estilo político en la Corte de Fernando VI", *Estos*, VI, Madrid, 1959, pp. 43-76, hace terminar este período transicional en diciembre de 1746, con el nombramiento como ministro de Estado de Carvajal. No obstante, la vieja política y sus partidarios no quedan realmente vencidos hasta mayo de 1747, con la liquidación de las conferencias de Breda y el fracaso de las gestiones de Macanaz.
- 2 Las diferencias esenciales de la política exterior española bajo Felipe V y bajo Fernando VI son interpretadas por María Dolores Gómez Molleda en "España en Europa. Utopía y realismo de una política", *Arbor*, CX, Madrid, 1-13.
- 3 Estas apreciaciones son compartidas por varios políticos contemporáneos extranjeros, entre los cuales se cuenta el ministro francés Argenson, quien observa al embajador francés en Madrid "El Gobierno ha sido francés en España en tiempo de Luis XIV, italiano durante el resto del reinado de Felipe; vendrá a ser ahora castellano y nacional". Argenson a Vauréal, 17 julio, A.A.E. Espagne, tomo 4.90, cit. por Manuel Moxas Mesa, Don José de Carvajal, ministro de Fernando VI; Jaén, 1924, p. 6.
- 4 "Si se dificultase solo el mas, ó el menos del establecimiento del Infante todos los abusos se vencerían sin notable resistencia...un reducido terreno es todo el asunto de la question", Memoria para responder a Tabuérniga, 13 noviembre 1746, AHN, Estado, leg. 2595. "Da el Rey a entender al mundo que quiere que su hermano tenga un establecimiento reducido a los términos de moderación justa", Huescar a Carvajal, [Versalles, 7 de marzo 1747], publ. por Didier Ozanam (ed.), La diplomacie de Fernando VI. Correspondencia reservada entre D. José de Carvajal y el duque de Huescar, 1746-1749, Madrid, C.S.I.C., 1975, p. 154.
- 5 "Entre los dos yo soy de dictamen que, como las cosas con Ingleses puedan componerse a satisfaccion nos contentemos con la Savoya". Huescar a Carvajal, [Versalles] 11 febrero [1747], y "La paz con la reyna de Ungría no

me parece la obra mayor,.../aunque ofrece/ algunas dificultades que, aun propuestas, me parecen menores que las que pueden ofrecerse con Ingleses, en que median puntos gravísimos y que de su peso obligan a la mayor consideración". Huéscar a Carvajal, Versailles 16-17 febrero [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 140.

- 6 El rey de Portugal aconseja salvar el ejército español, pero sin alarmar indebidamente a los franceses porque ellos son quienes más eficazmente pueden ayudar en tal empeño. Juan V a doña Bárbara, 28 julio y 12 agosto 1746, publ. por J.A. Pinto Ferreira, (ed.), Correspondência de João V e D. Bárbara de Bragança, Rainha de Espanha 1746-1747, Coimbra, 1945, pp. 197-8 y 201.
- 7 Véase el capítulo sobre "Las relaciones diplomáticas de España con Francia y Portugal cara a la guerra contra Inglaterra". El nuevo nombramiento de Mina es del 28 julio de 1746.
- 8 Coxe, 1815², IV, p. 3, describe a Mina como "a true Spaniard in his aversion to France". El duque de Noailles en sus Memorias dice que Mina es "connu par sa haine contre les Français", Mémoires relatifs a l'histoire de France de Petitot, 2^a serie, París 1820-29, tomo 74, p. 3. El embajador francés Vauréal protesta por el nombramiento de Mina porque parece una medida contraria a las buenas relaciones borbónicas. Ensenada a Huéscar, 8 agosto 1746, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 58.
- 9 El Infante Felipe a Isabel de Farnesio, 14 agosto 1746, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 59. En otra de 11 septiembre 1746, se lamenta el infante de que "seré seguramente la víctima del nuevo Gobierno y aun me sentiré dichoso si soy la única víctima".
- 10 Coxe, 1815², IV, p. 3. Gómez Mollada, 1957, p. 59. Mina, Máximas para la guerra, Vich, s.a., recuerda que "todo mi cuidado era conservar las reliquias honradas que del ejército quedaban y...denompear el especial encargo que llevaba de salvar el ejército sin exponer un granadero", cit. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 12-13.
- 11 Gómez Mollada, 1957, pp. 59-60, 63-4.

- 12 Doña Bárbara a Juan V, Buen Retiro 1 septiembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 384-5, dice " verá V. Mag. q. o exercito de El Rey se tem retirado demasiado, e abandonado a Praça de Tortona, q. he ponto sumamente sensível pa. nos... El Rey esta sumamente desgostado desta retirada tão precipitada". La dificultad de socorrer al reino de Nápoles "obliga a El Rey a recorrer a V. Mag. p^a. q. queira com a maior brevidade alcançar com os Ingleses q. assegurem q. não seja invadido ou atacado aquelle Reino".

- 13 Juan V a Doña Bárbara, 30 agosto y 10 septiembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 208 y 215.

- 14 Jerónimo Grimaldi, 1706-1789, de origen genovés, empezó preparándose para una carrera eclesíastica, pero acabó siguiendo la diplomática al servicio de España durante los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III. En 1763 sucedió a Wall como ministro de Estado, cargo que ocupó hasta 1776. Después todavía fue embajador español en Roma, y recibió el título de Duque.

- 15 Origen, curso y estado de las negociaciones pendientes [julio 1746], y Resumen del Proyecto de Ajuste de la corte de Viena, y de lo respondido por Grimaldi [julio 1746], AMN, Estado, leg. 2595. Grimaldi es designado para esta misión en febrero de 1746, pero su salida se retrasa y cuando al fin llega a Viena los sucesos militares han hecho menos flexible a María Teresa. Sin embargo luego reflexiona sobre los beneficios de la paz, y en julio ofrece al infante unos territorios en la margen derecha del río Po, incluyendo el Tortonés, Parma, Plasencia y Guastalla, parte del Pavésano y del Mantuano, y quizás el ducado de la Mirandula.

- 16 Dictamen dado por s. o. [Villarías] al Rey para responder á Tabuérniga, al obispo de Rennes, y al Marques Dn. Geronimo Grimaldi, 24 agosto 1746, leg. cit., dice "Lo que ofrece la Corte de Viena por Grimaldi no solo es ya admisible, pero aun se alarga mas alla de lo que nos prometiamos,Las condiciones no son dificiles de satisfacer, porque se probará la colonia de S.M. Sarda, se eludirá con solidez la renovacion de los articulos del Tratado de 1725 y se manifestará un Proyecto justo para la Paz con Inglaterra".

- 17 Proyecto de ajuste con Ingleses [1746], leg. cit.
- 18 Doña Bárbara a Juan V, 4 agosto 1746, dice "desde o tempo do seu Pay [Felipe V] está em Vienna incognito o Abate Grimaldi q. aqui foi ministro de Génova, o q. avisa agora q. parece q. aquella Corte dá ouvidos a negociação com esta, e tem propositro algum partido, mas com condicção de q. a deixem livre p. fazer guerra a França, o q. não parece conveniente estando o exercito de El Rey tão exposto". Luego en otra de 22 agosto 1746, "Remeto a V. Mag.... copia das proposicoens q. em Viena se fazem ao Abate Grimaldi, e a q. El Rey, respondeu não lhe desagradava, mas q. procurasse ver se podia melhoralas mais...El Rey mandará ordem ao dito Abate p.^a q. comunique com o Inviado de V. Mag. q. ali está...", publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 372, 376.
- 19 Juan V a doña Bárbara, 12 agosto 1746, promete que su mujer, la reina Mariana (tía de la emperatriz) escribirá a María Teresa para fomentar su buena voluntad hacia España. Id., p. 203.
- 20 Juan V a doña Bárbara, 30 agosto 1746, dice que las propuestas de Viena son más sustanciales que las de Francia, pero que habrá de satisfacer a Inglaterra. Id., p. 208.
- 21 Dictamen dado al Rey sobre unas Cartas de Grimaldi, y Tabuérniga, [1746], leg. cit.
- 22 Villarias a Grimaldi, San Lorenzo el Real 16 noviembre 1746, (copia), leg. cit.
- 23 Origen, Curso y estado de las negociaciones pendientes, [Julio 1746], cit. y Informe sin título con "El sr. Ordeñana. Dehn." en solapa, [1746], ANHN, Estado, leg. 2595, dico que el holandés Vandermeer dio a entender repetidamente que los ingleses querían negociar una paz con España, y que el barón de Dehn fue dos veces a Londres, donde tuvo pocas conferencias con el ministerio inglés. El principal obstáculo para llegar a un acuerdo fue el establecimiento del Infante.

- 25 Origen, curso y estado de las negociaciones pendientes, cit. Sobre la participación española en la rebelión jacobita de 1745, (que por cierto fue bastante tardía y bajo la presión francesa y del hecho consumado), véase María Josefa Carpio, España y los últimos Estuardos, Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 1952, pp. 269-90. Villarias a Huéscar, El Pardo 17 febrero 1746 (original), AHN, Estado, leg. 4083, expresa sus sospechas de que el modo de preparar los franceses su ayuda a Carlos Estuardo se manifiesta "mas para la amenaza, que para la ejecucion, mas para reducir à aquel Monarca a un Tratado, que para disponer al Pretendiente à que recobre la Corona".
- 26 Doña Bárbara a Juan V, 22 julio 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 364-6, dice "a nossa supplica ho meu S. e. amado Pay q. V. Mag. queira tomar a sua contra o ajustar a nossa paz com Inglaterra p. o q. remeto a V. Mag. os papeis adjuntos em q. V. Mag. verá sobre q. pé e fundamento desejamos q. oaminhe esta grande obra q. he o unico recurso q. tem esta monarchia... q. os Ingleses entrarão em ajuste não o duvidamos, porque temos bastantes provas de q. o desejo! Una de dichas pruebas es la comunicada por Huéscar a Villarias, París 17 mayo 1746, (copia), AHN, Estado, leg. 4086¹. "Se me ha asegurado que Ingleses quisieron oírnos, porque desean la Paz, y la que mas les importa es la de España".
- 27 Juan V a doña Bárbara, 28 julio 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 195.
- 28 Aparte de su nueva visión de los intereses nacionales, no plenamente coincidentes con los de Isabel de Farnesio, se le imputan a Fernando imponderables motivos personales para oponerse a la política de su madrastra, bien porque no le trataba con cariño cuando era joven, bien porque ella fue quien empujó a Felipe V a recuperar el trono después de la muerte de Luis I, en perjuicio de los derechos de Fernando.
- 29 Tabuérnica es un aventurero exilado de España por obra de Isabel de Farnesio, quien le debió de considerar contrario a la restauración de Felipe V después de la muerte de Luis I. Tabuérnica al parecer se mostraba partidario entonces del príncipe Fernando. Se fue a Londres y fue bienvenido en la Corte de Jorge II, donde cultivó una gran amistad con el duque de Newcastle. Gómez Collada, 1957, p. 50.

- 30 Dictamen dado por s.e. Villarías al Rey para responder a Tabuérniga, al obispo de Rennes, y al Marques D. Geronimo Grimaldi, 24 agosto 1746, cit.
- 31 Doña Bárbara a Juan V, 1 septiembre 1746, publ. por Pinto(ed.), 1945, p.403.
- 32 Gómez Mollada, 1957, p. 60. Félix Fernando Yáñez de Lima, tercer duque de Sotomayor es alabado por Ensenada, Huéscar, doña Bárbara y Vauréal, como hombre de gran valía y honrades. Doña Bárbara explica su nombramiento diciendo que se trata de demostrar el respeto sentido por Fernando hacia su suegro.
- 33 Ozanam (ed.), 1975, p. 15.
- 34 Carvajal a Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747, (minuta), AGN, estado leg. 6913.
- 35 AHN, Estado, leg. 2595. No está fechado pero por alusiones en Dictamen dado por s.e. al Rey, 24 agosto 1746, cit., se deduce que se redactó sobre esta misma fecha o poco después.
- 36 Dictamen dado por s.e. al Rey, 24 agosto 1746, y Proyecto de ajuste con Ingleses, cit.
- 37 Instrucciones privadas a Keene en 11 agosto 1746, para tratar en Lisboa la paz con España, (copia), P.R.O., Estado, Holanda, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 61.
- 38 Memoria presentada por el Conde de Rosemberg a la Reina de Portugal, San Lorenzo el Real 16 noviembre 1746, AHN, Estado, leg. 2595, no menciona ninguna oferta de establecimiento, y su esencia trata de separar España de Francia.
- 39 Carvajal a Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747, cit.

- 40 "You are to take care not to give into any proposals that may be made to you to the prejudice of the trade and Navigation of our subjects in America or of our possessions in Europe or America", Instrucciones privadas a Keene, 11 agosto 1746, cit.
- 41 Dictamen dado al Rey sobre unas cartas de Grimaldi y Tabuérniga [2 octubre? 1746], AHN, Estado, leg. 2595.
- 42 Id.
- 43 Memoria para responder a Tabuérniga, 13 noviembre [1746], (copia), y Memoria para que sirva de respuesta a la del Conde de Rosenberg, [noviembre 1746], leg. cit. El gobierno español propone ahora que el establecimiento del infante podría ser Saboya, o en su defecto y en última instancia Cerdeña. Memoria para remitir por la Reina nuestra Señora a Su Mag. Portuguesa, 13 noviembre 1746, (copia), leg. cit.
- 44 Carvajal a Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747, cit., dice "estuvo Mr. Keene en Lisboa como si estuviera en Florencia, haciendo el Papel de quien nada sabe, y sin hazer paso ni expresión que diese a entender que pensaba en ajuste".
- 45 Renato Luis de Voyer, marqués de Argenson, "Traité, Essai de tribunal européen pour la France seule; plan pour le dehors." En Considerations sur le gouvernement ancien et présent de la France, Amsterdam, Marc Michel Rey, 1764. Su sistema de equilibrio europeo incluiría además la alianza de Francia con Prusia y Sajonia para controlar a Austria, con una liga de Estados bálticos para contener a Rusia, y finalmente con Holanda para oponerse a Inglaterra.
- 46 En síntesis el duque debe insistir que Felipe V no aceptará los preliminares de Turín, sino que exige el cumplimiento del tratado de Fontainebleau. El infante deberá obtener todo el Milanesado, aunque en última instancia aceptaría un establecimiento en Flandes, reservando Parma y Piacenza para Isabel. El embajador debe intentar desacreditar a Argenson con Luis XV, y sobre todo ganar tiempo o información para que el gobierno español pueda decidir qué hacer. Extracto de lo que se previene

en la Instruccion [de Huescar], 21 febrero 1746, AHN, Estado, leg. 3457². En las Instrucciones de Huescar de 8 agosto 1746, (original), leg. cit., se aclara que esta primera misión "no fue, como creisteis, para inducir al Christ^{mo}. á la observancia del Tratado de Fontainebleau, ni para mejorar el de Turin, ni para establecer otro alguno con la Francia, sino para ganar tiempo, hacer vér á aquel Ministerio, que no se pensaba en otro recurso, y para facilitar así el ajuste, que tan facil hera entonces con Austríacos, y Ingleses..."

- 47 Son elocuente testimonio del sentimiento español las palabras iniciales de la Memoria para presentarse al Rey Christianísimo por el Duque de Huescar embajador extraordinario y plenipotenciario de S.M. [El Pardo 6 febrero 1746], AHN, Estado, leg. 4083, "Nunca creíó el Rey que debía descansar mas en la fe de los Tratados, en la ingenuidad de las promesas, y en los vinculos de la sangre, que quando lo convenido en Fontainebleau, y en Aranjuez". Morel Fatio y Léonardon (eds.), 1899, XII bis Espagne, p. 246, dicen que la noticia del tratado de Turin causó en Isabel "un véritable sentiment de stupeur" y que Felipe se mostró "trés vivement offensé".
- 48 Véase arriba pp.
- 49 Para más detalles sobre la política de Argenson se pueden consultar a E. Zevort, Le Marquis d'Argenson et le ministère des Affaires étrangères, París, 1880. Duque de Droghda, Maria Thérèse impératrice (1744-1746), París, 1881, y Maurice de Saxe et le Marquis d'Argenson (1746-1747), París, 1891. E. J.B. Rathery (ed.), Journal et mémoires inédits du marquis d'Argenson, París, 1859-67. P. Zabala y Lera, El Marqués de Argenson y el pacto de familia de 1743, Madrid, 1928, Baudi di Vesme, "La politica francese in Italia durante la seconda fase della Guerra di successione d'Austria (1743-1748)", Nova Historiae, 19-20, 1953.
- 50 Fernando VI a Luis XV, 29 julio 1746, publ. por Zabala, 1928, p. 241.
- 51 En Idea de lo que parece preciso en el día para la dirección de lo que corresponde a Estado, y se halla pendiente, julio 1746, AHN, Estado,

leg. 2595, el consejo que el ministerio da a Fernando es que "con la Francia no urge otro peso que el de la disimulación, y á éste ha dado ya principio S.M. con las cartas confidenciales al Christianísimo y al Delfin, y es muy fácil continuarla aquí con su Embajador, sin contraer más empeño que el de las buenas palabras." Doña Bárbara a Juan V, 4 agosto 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 371, dice "El Rey está... da mesma opinião q. V. Mag....q. he contemporisar aos franceses com boas palavras, mas sem fiarse delles..."

54 Véase arriba p.

50 Villarias a Huéscar, Buen Retiro 12 abril 1746 (original), AHN, Estado, leg. 4083, dice "La venida del Mariscal de Noailles nada ha tenido de grata para S.M. por que si era Corte busca nueva composicion pudiera haverla entablado por v.e..." Carvajal a Huéscar, Madrid 8 abril 1746, publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 87-9, se expresa así: "Yo te aseguro que estoi asustado desde que he savido su venida, y estaba no poco contento antes de saverla, pero doi ia por en el pozo a mi gozo y doblé la oja a una idea bien útil que creí lograda". Y en otra de 12 abril 1746 (pp. 89-90); dice "Dios perdone a el que tiene la culpa de que [venga] quien entre memorias antiguas e influencias de compatriota pueda hacerla tan grande en el espíritu como recelo".

51 Noailles pretende haber convencido a Felipe V para que renunciase al Milanesado y al Mantuano, pero el embajador Vauréal, celoso y picado, contradice esta versión. Acusa a Noailles de haber hecho promesas exageradas a Isabel, con la idea de ganar el apoyo de Luis XV por encima de Argenson. Morel Fatio y Léonardon, 1899, XII bis Espagne, p. 248. En la respuesta española a la Memoria presentada por Noailles en Aranjuez 12 mayo 1746, AHN, Estado, leg. 4083, se avienen los monarcas efectivamente a aceptar la alteración del establecimiento del infante, "aunque con repugnancia". No obstante, parece que hay algo de sustancia en la acusación de Vauréal, pues la Instrucción de Huéscar de 8 agosto 1746, cit. dice "La venida del Duque de Noailles, obra del Principe de Cam-poflorido, la sintió el Rey mi señor y Padre..., como embarazosa para lo que debía urdirse en Viena y Londres... fuele despues menos repugnante, porque las aventuras del Mariscal hicieron concebir otras esperanzas,... aun así no llebó prenda con que arguir en sustancia, [y]...

hubo alguna decisiva resolución, sobre sus persuasiones". Estas contradicciones se explican ⁴ incluso se compatibilizan con la verdad, aunque Noailles debió de comprender que las promesas verbales no tienen ninguna entidad. Explica Villarias, "Sustancialmente no llevó prenda por escrito con que convencer el logro de su negociación: pero en voz se le dio facultad bastante para reglar la diferencia". Origen, curso y estado de las negociaciones pendientes, julio 1746, cit.

- 55 Es el propio Huéscar quien lleva a Campoflorido la orden de volver a España.
- 56 Fernando VI a Luis XV, 3 octubre 1746, A.A.E. Espagne, cit. por Gómez Mollada, 1957, pp. 55-6, "Señor, mi Hermano y Primo. Mal dijo a V.M. el Principe de Campoflorido si le aseguré que no era de mi agrado porque se le veía aquí francés; lo contrario me ofendiera seguramente, pues lo que quiero es que mis ministros sean buenos franceses, como debe apetecer V.M. que sean los suyos buenos españoles... lo cierto es que la mudanza del Principe de Campoflorido no nace de aquella causa y que no es misteriosa, sino muy regular y frecuente en cualquier Corte..." No obstante estas aseveraciones, lo cierto es que los recelos franceses son fundados, como se aprecia en la Instrucción de Huéscar, Buen Retiro, 8 agosto 1746, (original), AHN, Estado, leg. 3457², que dice "siendo este Ministro [Campoflorido] agradable a aquella Corte, acaso por lo mismo que para mi no es acepto, podría producir algun embarazo el aviso de esta mudanza,...el número 2º os informara de los motivos que expongo para honestar esta mudanza;...aunque conocieran que hay otros..." También Huéscar a Villarias, Montpellier 18 agosto 1746, (copia), AHN, Estado, leg. 4086¹, dice que Campoflorido "tiene amigos en Paris, particularmente en el Gobierno, y será imposible evitar que sugiera especies dañosas si acaso las quiere seguir".
- 57 Instrucción del excmo. sr. Duque de Huéscar, Buen Retiro, 8 agosto 1746, (original), AHN, Estado, leg. 3457².
- 58 Aceptará Toscana si trae consigo el fin de la guerra, e incluso renunciaría en último extremo a Parma y Placencia.
- 59 "contender sin negociacion absoluta, ni declaración abierta,...no quedar

sin prenda en las mismas expresiones, con que poder arguir, despues que no hubo engaño en ellas;...eludir sus instancias...", Instrucción de Huéscar, Buen Retiro 8 agosto 1746, cit.

60 Id.

61 Argenson a Vauréal, 16 octubre 1746, A.A.E. Espagne, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 56, dice de Huéscar: "Anda como sobre carbones encendidos y los remedios que propone son peores que los males que pretende evitar; escucha a las gentes que tratan de desconfiarle; abusan de su juventud, y aunque no crea absolutamente las insidias, las escucha."

62 Fernando contesta friamente a las justificaciones francesas en su carta de 15 de septiembre, diciendo "que la religion ne pouvoit défendre en France les mariages permis en Espagne, et que douter du pouvoir des souverains pontifes à cet égard seroit plutôt une hérésie qu'un acte de christianisme", cit. por Noailles, Mémoires..., ed. cit., t. 74, p. 3.

63 Admiten la eficacia de este factor Ballesteros y Beretta, Historia de España, V, p. 135, y Gómez Mollada, "El marqués de la Ensenada a través de su correspondencia íntima", Ídolos, II, Madrid, 1955, p. 56. Didier Ozanam, "Un projet de mariage entre l'infante Maria Antonia, soeur de Fernando VI et le Dauphin fils de Louis XV (1746)", Estudios de Historia Moderna, I, 1951, pp. 129-77, sostiene que el rechazo de María Antonia es la principal causa del alejamiento español de Francia, pero en 1975, p. 14, rectifica su postura, reduciendo la importancia de este episodio y suponiendo que aun en el caso de haberse celebrado la boda, no habría cambiado sustancialmente el curso de los acontecimientos.

64 Ensenada a Huéscar, s.f., cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 68.

65 Esto se ve claramente en la carta de Villarias a Huéscar, Buen Retiro 7 septiembre 1746, (original), A.H.N., Estado, leg. 4083, "...la consideración de no hacer a esta Corona contraria por ofendida. Esta especie se puede soltar, mas con mucho tiento, porque no la creen amenaza; pues oy por maxima general conviene que reciban antes el golpe de nuestra separación si importare que la oya, que no que entiendan los indicios, ó señales de que pueda haverla".

- 413
- 66 Anne Theodor Chevignard de Chavigny, conde de Toulangeon, es embajador en Lisboa desde 1740.
- 67 Doña Bárbara a Juan V, 20 septiembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 402, relata lo ocurrido en la audiencia concedida a Chavigny el día 10 septiembre.
- 68 Id., dice, "o q. não deixa de em q. entender, são as largas conferencias q. este Chavigni tem muito a miudo com a Rainha viuva". Luego en otra de 30 septiembre 1746 (p. 407), dice: "Chavigny se despedio hoje de nós...leva cartas muito escondidas...da Rainha viuva a sua Filha, em q. lhe aconselhará tudo q. possa p. a dispor contra nós."
- 69 El Infante Felipe a Isabel de Farnesio, 25 septiembre 1746, cit. por Gómez Molleda, 1957, p. 66, hace alusión a estas conversaciones: "Si du moins j'avais ce que Chavigny a dit a Votre Majesté je me regarderais comme l'homme le plus heureux de la terre". En otras de 24 agosto y 14 octubre 1746, habla del apoyo francés a su causa.
- 70 Coxe, 1815², Iv, p. 8, afirma que Isabel instigaba a Villarias a rechazar la mediación portuguesa, y que además obstruía las negociaciones el cardenal da Neta, primer ministro portugués, que se inclinaba a favor de Francia.
- 71 Doña Bárbara a Juan V, 20 septiembre 1746, cit.
- 72 Argenson explica sus pasos en estos momentos diciendo "Il était d'une grande importance de gagner de la main les menées de l'Angleterre à Lisbonne et de prévenir les mouvements de la vanité portugaise et les influences de la nouvelle reine d'Espagne", Journal et mémoires inédits du marquis d'Argenson, V, pp. 39-40, cit. por Ozanam (ed.), 1975, p. 16.
- 73 Carvajal a Sotomayor, s.f., cit. por Gómez Molleda, 1957, p. 67, explica que Argenson sólo quiere interrumpir las negociaciones de Lisboa.
- 74 Juan V a Doña Bárbara, 10 septiembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 219-22, se explica, "eu repiro na circunst^a. de não ter passado ao

Conhesimento dos mais Ministros de Estado, e do Cons^o. hã neg^o. desta natureza; do q. pode resultar q. depois seja desaprovado o d^o. Argenson, como ja algũa vez lhe soccedeu. Observo tãbem q. se pede a m^a. mediação no mesmo tempo, em q. com a dos Ministros Holandeses se dispoem confer. em Bredã; e q. a resposta q. a isto deu o d. Argenson não he totalmente satisfactoria...não tomarei p^{to}. no ajusto g^{al}. se não convierem na m^a. mediação todas as Pot^{as}. interessadas".

- 75 Juan V a doña Bárbara, 18 octubre 1746, publ. por Finto (ed.), 1945, pp. 243-6.
- 76 Huéscar a Villarias, París 26 febrero, 3, 10, 25 marzo 1746, (copias), AHN, Estado, leg. 4086², va dando noticias de la misión en París del holandés Wassenaer, quien trae ciertos poderes de parte del gobierno inglés para hablar de la paz con los franceses. Wassenaer estuvo en París con similar encargo de su país en mayo-agosto de 1746, y luego será el representante holandés en Breda.
- 77 Instrucción de Lord Sandwich, representante inglés en Breda, agosto 1746, cit., por Lodge, p. 173, dice "his real mission was to prevent the conference at Breda from coming to any conclusion until it was known how far Keene could succeed at Lisbon in coming to terms with Spain".
- 78 Richard Lodge, "The continental policy of Great Britain 1740-60", History. The Quarterly Journal of the Historical Association, XVI, Londres 1932, pp. 300-1, dice de este gobierno de coalición (1744-54) que "its foreign policy was fumbling and conspicuously unsuccessful".
- 79 Dictamen dado por s.e. al Rey para responder à Tabuérniga, al obispo de Rennes, y al Marques D. Geronimo Grimaldi, 24 agosto 1746, cit.
- 80 Plan de Pacification Generale projeté a Bruxelles en May 1746. AHN, Estado, legs. 2595 y 4083. Rennes entrega la copia el 20 de agosto. Sobre navegación el proyecto de 14 de mayo decía "l'Espagne s'engage a ne point troubler ou gerner dans les mers de l'amerique la navigation des autres nations allant vers leurs propres colonies ou vers celles de leurs alliés, ou en revenant", pero los holandeses propusieron en

julio suprimir las palabras subrayadas, en las cuales claro está reside todo el problema. En el artículo 16^o se estipula además que todo acuerdo angloespañol sobre comercio o libre navegación en América tendrá igual vigencia entre España y Holanda.

- 81 Dictamen de 24 agosto 1746, cit. Por su parte explica Doña Bárbara a Juan V, 22 agosto 1746, publ. por Rinto (ed.), 1945, p. 377, "...hum plano q. comunicou agora a El Rey a corte de franca pello Bispo de Rennes, o qual verá V. Mag. q. tal he, como seu e como dispoem de tudo ao seu gosto, sem terem p^a. isso a menor condescendencia, nem noticia de El Rey; mas he certo q. se dessem a Toscana ao Inf^{te}. não desejaríamos outra cousa; mas o equivalente a q. á margem a querem reduzir, he indigno de popolo. El Rey não respondeu nada de positivo..."
- 82 Dictamen de 24 agosto 1746, cit.
- 83 Villarias a Rennes, Buen Retiro 29 agosto 1746, (copia remitida a Huéscar el 5 de septiembre), AHN, Estado, leg. 4083 "entrará el Rey en la paz con la Gran Bretaña, firméndola sobre el pie de la Convención del Pardo..., que es el modo de reducir las cosas al estado que tenían antes de comensar la Guerra. Hecho esto así, nada ay que tocar en el punto del Asiento de Negros, y Navío de permiso; pues ya entonces se remitió al examen de comisarios, que son los que lo reglarán".
- 84 Villarias a Rennes, Buen Retiro 29 agosto, 1746, cit.
- 85 "La Francia afecta estrechez con V.M. para que no se una con sus enemigos. En el fondo solicita que se arruine la Monarchia para tenerla sujeta. Siempre que pueda hacer su paz nos dexará expuestos al peligro, y al desprecio. En las exterioridades se manifiesta fina, en la sustancia indiferente... De esta conducta se infiere 1^o que no debe fiarse S.M. de sus expresiones. 2^o que es preciso proceder con desconfianza pero con disimulo, per no acelerar el daño...". Dictamen del 24 agosto 1746, cit. Es preciso recordar que estas reflexiones no son los desvaríos de algún obseso particular, sino las meditadas consideraciones del secretario de Estado para asuntos exteriores.

- 86 Huéscar a Villarias, París 7 octubre 1746, (borrador), AHN, Estado, leg. 4086¹.
- 87 Memoire sur la restitution que la France demande à l'Angleterre de l'Isle Royale autrement Cap Breton, remitido por Huéscar a Villarias el 20 octubre 1746, leg. cit. Según Maurepas, si los ingleses se quedan con la isla Francia acabará perdiendo Canada y Luisiana, y sus posibilidades de pescar bacalao, con lo cual ésta sería un monopolio inglés, poco compatible con los intereses españoles. A su tiempo además España perdería Florida, y con ella la seguridad de la navegación española en el canal de las Bahamas, y por fin amenazarían los ingleses la frontera septentrional y oriental de Méjico. Huéscar a Villarias, París 6 septiembre 1746, (copia), leg. cit., comentando una conversación que tuvo Noailles sobre estos argumentos, dice con cierto gracejo "hice que me daba mucho miedo, y le confesé que tenía mucha razón".
- 88 Ruysieulx a Huéscar, 26 octubre 1746, cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 67.
- 89 Doña Bárbara a Juan V, 20 septiembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 401, "El Rey respondeu q. nunca encarregaria os seus negocios a ministro q. não fosse seu..."
- 90 Newcastle, apoyado poderosamente por el rey Jorge y el duque de Cumberland, cree que si mantiene la coalición antiborbónica y prosigue la guerra, podrá obtener mejores condiciones de paz. R. Lodge, "Continental policy of Great Britain, 1740-1760", History. The Quarterly Journal of the Historical Association, XVI, Londres, 1932, n. 64, pp. 300-1. Además todavía no ha llegado Rosenberg a Lisboa, y los ingleses confían en poder hacer un ventajoso ajuste con España sobre sus disputas coloniales.
- 91 Dona Bárbara a Juan V, 21 octubre 1746, publ. por Pinto, (ed.), 1945, p. 418.
- 92 Villarias a Huéscar, San Lorenzo el Real 12 noviembre 1746, (original), AHN, Estado, leg. 4083, (hay copia en el leg. 2595).
- 93 Id.

- 94 Memoria. Para remitir por la Reyna nuestra Señora a Su Mag. Portuguesa, 13 noviembre 1746, (copia), leg. 2595.
- 95 Fernando VI a Villarias, Buen Retiro 4 diciembre 1746, (copia), leg. 4083.
- 96 Doña Bárbara a Juan V, 12 diciembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 440-1, dice "queixandosselhe o duq. de Huescar [a Argenson] de q. não tivesse aqui participado o ter pedido a mediação de V. Mag. podendo bem supor o agradável q. isto seria a El Rey,... tal Argenson lhe respondeu q. elle nunca tal lhe passara pella imaginação, q. V. Mag.... hera quem se ofrecera a isto".
- 97 Memorias de Argenson remitidas por Huéscar a Villarias, París 2 diciembre 1746, cit. por Gómez Kollada, 1957, p. 71.
- 98 Doña Bárbara a Juan V, 12 diciembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 441, dice "quer a corte de França saber se El Rey mandará ministro, e se conformará...com q. seja tratado com os dois sobreditos [ministros de Austria y Cerdeña]; e no mesmo tempo fazendo huma especie de protesta, dizendo q. El Rey se não acomodar a isto será sua a culpa e não da França a q. a paz se dilate ou se embarace...". También Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 15 diciembre 1746, (original), AHN, Estado, leg. 4083.
- 99 Juan V a doña Bárbara, 5 enero 1747, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 280, reconhece el engño de Argenson, que sólo quería "ganhar tempo...tenter se com ella embarasa as negociações particulares que sospeita se tratão com as cortes de Londres e Vienna e, em quanto se dilatão as nossas respostas, ir adiantando as conferencias de Breda quanto podêr e depois, se lhe for possível, sahir com huma paz separada ou ao menos feita a arbitrio da mesma França".
- 100 María Dolores Gómez Kollada, "El 'Caso Macanaz' en el Congreso de Breda", Hispánica, XVIII, Madrid, 1958, núm. 70, pp. 67-9. Argenson llega incluso en sus tenebrosos manejos a sugerir que España podría ajustar una paz con

Inglaterra. Los españoles salen del paso diciendo que escucharían con agrado cualquier proposición aceptable, pero que Keene lleva mucho tiempo en Lisboa sin ofrecer nada, por lo que dudan que lo vaya a hacer. En todo caso España no tomará la iniciativa y si hay noticias de Keene, las comunicarán rápidamente al gobierno francés. Huéscar a Garvajal, Versailles 3 enero 1747 (original), AHN, Estado, leg. 4093² y Garvajal a Huéscar, Buen Retiro 15 diciembre 1747 (original), leg. 4083.

- 101 Garvajal a Huéscar, Madrid 27 enero [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 126, alude al deseo de la reina de que su padre sea mediador, y a su propia inclinación de satisfacerla en cuanto sea posible: "Si no es preciso, no ay que matarse en que el viejo [Macanaz] marche a su destino, que a cierta dama [Barbara] no le gusta que vaya,...es preciso darla gusto en lo que nada se pierde... Quiérela [a Macanaz] allá estando todos, no sin el [representante] de ay."
- 102 Melchor Rafael de Macanaz, 1670-1760, fue secretario del rey y activo partidario de Felipe V durante la guerra de sucesión, siendo nombrado después fiscal general del Consejo de Castilla. Defendió la política regalista que le enemistó con la Inquisición, forzándole al fin a exiliarse a Francia. Sobre este personaje se puede consultar Carmen Martín Gaité, Macanaz, otro paciente de la Inquisición, Madrid, Taurus, 1975², que recoge la bibliografía pertinente y concretamente sobre su actuación en Breda, María Dolores Gómez Molleda, "El caso Macanaz en el congreso de Breda", Hispania, XVIII, Madrid, 1958, pp. 62-128.
- 103 Vauréal a Argenson, Madrid, 16 enero 1747, cit. por Gómez Molleda, 1957, p. 72, lamenta "C'est un homme sévère et caustique, hérissé de science et de formes, prévenu de lui-même et qui se croit destiné à reformer l'univers". Véase también el juicio que hacen el Duque de Broglie, 1891, II, pp. 154-8, y Baudrillart, 1890-1901, V, p. 479.
- 104 Garvajal a Huéscar [Madrid] 5 diciembre [1748], publ. por Ozanam (ed.) 1975, p. 108.
- 105 Id. En otra de 26 diciembre 1746 (p.114), repite "No es posible que se

aga nada en Breda, pero si estos amigos [los franceses] hallan entrada, nos la pegarán sin duda."

- 106 Ensenada a Huéscar, 1 enero 1747, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 74, dice de Macanaz "no fué elegido por mí, sino por el amigo [Carvajal]; pero aprobé fundado en que es para deshacer si hay qué, y nunca hacer". El duque se hace eco de las razones de Carvajal, diciendo "podrá servir aunque no aga más que estorvar a los que puedan atravesársenos" y "ninguno es mejor para estorvar los daños repentinos que puedan ocurrir". Huéscar a Carvajal, París 4 enero 1747, publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 117.
- 107 Doña Bárbara a Juan V, 15 enero 1747, publ. por Pinto (ed.) 1945, p. 456, "o Ministro q. vai á Breda he tal, qual se necessita p.^a. romper aquellas conferencias e por isso se escolheu".
- 108 Instruccion de lo que vos don Melchor de Macanaz haveis de observar y cumplir en el destino de mi Ministro Plenipotenciario á las conferencias de Breda para donde os he elegido. Buen Retiro 26 diciembre 1746, AHN, Estado, leg. 3457². Olbés, 1926, Apéndice V, publica la Instrucción de Macanaz, tomada del leg. 4156.
- 109 Id., punto núm 29.
- 110 Id., punto núm. 35.
- 111 Id., punto núm. 18.
- 112 Id., punto núm. 19.
- 113 Id., punto núm. 20.
- 114 Id., punto núm. 21.
- 115 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 18 marzo [1747], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 163, comentando las instrucciones de Macanaz dice "Repara en cómo pongo lo de la libre navegación, que es con sus mismas palabras, que son las que clama el pueblo, y en viéndolas se aquietará".

- 116 Id., punto núm. 22.
- 117 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 18 marzo [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 162.
- 118 Huéscar a Carvajal [Versailles 7 marzo 1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 153, dice "Vino Bartolo [el correo] lleno de admirables papeles. No queda que tocar en ellos, ni los pensamientos pueden ser más útiles, ni más justos, ni más honrados".
- 119 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 18 marzo [1747], cit.
- 120 Correspondencia de Macanaz con la Familia Real, 1758, cit. por Gómez Molleda, 1958, pp. 80-1.
- 121 Ensenada a Huéscar, 14 enero 1747, cit. por Gómez Molleda, 1958, p. 81, dice "Macanaz andará a 'moquetes' y aunque nos den el Rosellón, languedoc, etc., no quedará contento. Gran hombre para no concluir cosa alguna, que es lo que harán todos en Breda". Véanse también las notas 31 - 1 y 2.
- 122 Carvajal a Huéscar, Madrid 27 enero [1749], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 127.
- 123 Id., hablando de la instrucción original de Sotomayor dice "mudé casi toda".
- 124 Sotomayor a Carvajal, Lisboa 3 enero 1748 (orig.), AGS, Estado, leg. 6013, todavía se opone a la política de Carvajal porque cree que los intereses ingleses y españoles son tan incompatibles que una paz separada entre ellos no podría ser de mutuo beneficio y por tanto no podrán ponerse de acuerdo. Reconoce la futilidad de la guerra, pero entiende que es menester seguirla por los empeños y con los aliados originales.
- 125 Sotomayor a Carvajal, 25 enero 1747, cit. por Ozanam (ed.), 1975, p. 26.
- 126 Id., 14 febrero 1747, cit.

127 Véase la nota 147.

421

128 María Teresa aprovecha hábilmente en esta ocasión los enredos de Argenson, quien ha tanteado (vía el duque de Richelieu que ha ido a Dresde para recoger a la nueva delfina) la posibilidad de una reconciliación de Austria con las potencias borbónicas. La emperatriz acepta negociar y acto seguido revela a los franceses que ya está en tratos secretos con España. Naturalmente el gobierno francés, ofendido y asustado al ver confirmado así su recelo, pide explicaciones a España. Huéscar a Carvajal, Versailles 16-17 febrero [1747] publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 140, comenta la reacción de Richelieu: "no puede sosegar, teme la negociación entre nosotros y Viena, recela que los emos de dejar en la estacada y cara a cara con sus enemigos. No te negaré que yo no perdono a la archiduquesa que aya confiado a éstos nuestra negociación, no sólo por el echo mismo de descubrirnos, sino porque es verosímil que así como los a dicho que tratamos, es natural que los declare la substancia de la negociación, y en éste caso no dejarían de quejarse con razón".

129 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 19 [febrero 1747], publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 146-7, dice "en otra parte me parecía que podría quejarse que era en Lisboa, pero han andado reacios y cicateros, lisongeados de las ventajillas de Italia, por ver nuestro deajo en reclutar, y por creer que mandaban desde los Afligidos", y en otra de 13 de marzo (p. 161), "No ay forma de que resuellan en Portugal con nada; mira qué trasas de quando creíste que teníamos en secreto atado el Moro".

130 Fernando VI a Luis XV, Buen Retiro 19 febrero 1747 (copia), AHN, Estado, leg. 3977, libro 1, procura desmentir las insinuaciones de la emperatriz sobre los tratos de Lisboa: "mi intención es conforme a la de V.M. en querer la Paz, como sea honrosa y unidamente con V.M. y en prueba de esto envio con este extraordinario la Plenipotencia necesaria al Duque de Huescar, y ordenes, para que de mi parte se retarde un negocio, que se presenta con señas de proporcion. Y porque de Lisboa no se me ha hecho ofrecimiento alguno, que aya expresado el Conde de Rosenberg, acaso no le avra llegado la orden por la gran distancia de Viena". En otra de 9 marzo 1747, leg. 2763, cit. por Osanam (ed.), 1975, p. 28,

- insiste: "Nada ha auido hasta aora [de Lisboa]. Es bien manifiesta la intención de la corte de Viena de turbar nuestra unión...".
- 131 Louis-Philogène Brûlart de Sillery, marqués de Puyzieulx, (1702-70), fue plenipotenciario francés en Breda, y seguidamente consejero de Estado, ministro de Estado, y desde 1747 secretario de Estado de Asuntos Exteriores. Dimitirá en septiembre de 1751.
- 132 Huéscar a Carvajal, París 12 enero 1747, (copia), AHN, Estado, leg. 4076² y 4093², da la noticia oficial de la caída de Argenson, y la sucesión de Puyzieulx. En otra particular de la misma fecha, publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 122, dice de este último que es "hombre capaz y atentado y malo para enemigo".
- Carvajal a Huéscar, [Madrid] 23 enero [1747], id., p. 126, forma la opinión de que Puyzieulx es oriatura de Argenson.
- 133 Jean-Gabriel de Laporte du Theil (1683-1755) Oficial Mayor Asuntos Exteriores de 1710-46.
- 134 Huéscar a Carvajal, París, 29 enero [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 132. Gómez Molleda, 1958, p. 69, relata con humor que el oscuro nacimiento de Dutheil disgusta a Lord Sandwich, y que se tiene que improvisar a toda prisa una digna genealogía del apellido del representante francés.
- 135 Huéscar a Carvajal, Versailles 11 febrero 1747 (copia), AHN, Estado, leg. 4093².
- 136 Huéscar a Carvajal, [París] 7 febrero [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 136, "El viejo marchó como una escopeta".
- 137 Macanaz a Carvajal, París 29 enero 1747, AGN, Estado, leg. 4695, cit. por Martín Gaité, 1975, p. 428.
- 138 Huéscar a Carvajal, [París] 7 febrero [1747], cit.
- 139 Id., Versailles 16-17 febrero [1747], cit., y Gómez Molleda, 1958, p. 83.
- 140 Huéscar a Carvajal, Versailles 16-17 febrero [1747], cit, p. 141

- 141 Id., "Quedó [Luis XV] muy contento [de las disculpas de Huéscar por la conducta de Macanas] y se le olvidó decirme si quería que pasase a Breda, en que yo no tendría inconveniente porque me tienes dicho que podría proponer que, si querían aquí, iría a Breda para mantener la forma del congreso, y creo que al fin parará en esto, porque temo que por imprudencia a de acer algún disparate".
- 142 Gómez Mollada, 1958, p. 81.
- 143 Huéscar a Carvajal, París, enero [1747], cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 82, Macanas, "Está como los niños y dice que con cuantos yo trato son espías..."
- 144 Id., publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 125.
- 145 Cada vez que Huéscar habla de Macanas, incluye alguna frase despectiva sobre él. Huéscar a Carvajal, París 4 enero 1747, publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 117, "tiens una puntilla de chocho, como savrás". Otra, [enero 1747], p. 125, "se descoose mucho por razón de la chochez, que es una lástima". Otra, 29 enero 1747, p. 128, "pierde por instantes el juicio". Otra, 16-17 febrero 1747, p. 141, "La edad va lavrando bastante en Macanas, y como no pierde la viveza que le ocasiona el temperamento, se convierte la devilidad del juicio en violencia e inconsideración,...no tiene la necesaria firmeza que a menester el secreto". Otra [5 abril 1747], p. 169, "No es sólo chochera la suya, sino malicia porque quiere ir a España para oucharetear..."
- 146 Sandwich a Newcastle, 7 febrero 1747, cit. por Lodge, 1930, p. 227 y Gómez Mollada, 1958, p. 83, dice con cierto alboroto: "Es uno de los más extraordinarios personajes que he encontrado en mi vida. Tiene sesenta y siete años y está lleno de una sorprendente vivacidad. Habla con locuacidad asombra, mitad en francés, mitad en español, y me parece más deseoso de dar a conocer sus planes que de descubrir los nuestros."
- 147 Chesterfield a Sandwich, cit. por Lodge, 1930, p. 229. y Gómez Mollada, 1958, p. 85, dice: "I confess I should be tractable upon the affair

of Gibraltar, rather than let the negociation with Spain break off and throw the new King into the arms of France...Nay, I am persuaded that, if we could by the price of Gibraltar, purchase advantageous and unequivocal conditions for our commerce to America, the measure would be approved by all reasoning people. But this is by no means the opinion of others here".

- 148 Newcastle a Sandwich, 6 febrero 1747, cit. por Lodge, 1930, p. 230, y Gómez Molleda, 1958, p. 85.

- 149 Huéscar a Carvajal, París 29 enero [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 128-9, muestra su inquietud ante las intenciones de Macanas: "Díjome el otro día que él aría lo que pudiese por disponer que los ministros austro-sardos entrasen en las conferencias, aun aviendo oedido sus cortos del empeño. Esto no deviera dar cuidado en otro, pero en Macanas deve mirarse como un efecto de la violencia de su genio, que puede dañar...".

- 150 Sandwich a Macanas, Breda 16 marzo 1747, AHN, Estado, leg. 4156, publ. por Olbés, 1926, p. 124, confirma por escrito, y a petición de Macanas, que está dispuesto a admitirle a las conferencias.

- 151 Huéscar a Carvajal, [Versailles, 7 marzo 1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 155.

- 152 Id., p. 156. No obstante, Huéscar ya le ha mandado á Macanas hacer una contradeclaración respecto de su pretensión de entrar en las conferencias. Aoiz a Huéscar, Breda 17 marzo 1747, AHN, Estado, leg. 4156, publ. por Olbés (ed.), 1926, p. 101.

- 153 Huéscar a Carvajal, [Versailles 7 marzo 1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 155-7, y otras, AHN, Estado, leg. 4093².

- 154 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 8 marzo [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 159, dice "si acabamos con algún decoro y juntos, es obra máxima. Mui necios son los gabinetes de nuestros contrarios, que yo no puedo atribuir a los ministros que están en Lisboa el silencio, si

tuviessen órdenes de hablar; pero no dan muestras de vivientes, ni ay en qué fundar la menor esperansa. La phelonía de Viena ha hecho el efecto contrario que buscaba, porque nos ha precisado a estrechar los nudos como que no ay otro camino...".

- 155 Id., 18 marzo [1747], p. 162, "No te asustes por mí del chocho, que yo digo desde el principio sus peros, y el adventicio de chochera con la novedad también lo digo quando lo supe, con que estoy sano y salvo. Peor tomé yo que los principales este arranque, pero nos ha hecho merced en aver precisado a Dutheil a sacar la pata.
- 156 Id., [Madrid] 10 abril [1747], p. 173. Osanam transcribe "India" donde Gómez Mollada, 1958, p. 102, transcribe "bicoca", pero el sentido general es el mismo.
- 157 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 3 mayo 1747, publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 185.
- 158 Carvajal a Macanas, 18 marzo 1747, cit. por Gómez Mollada, 1958, pp. 91-2, dice " está demasiado vivo, que ha menester templarse un poco y considerar que no es prudencia exasperar aquellos con quienes vamos, quando no tenemos apoyo alguno de nadie...", y luego "seguro es que no nos ayudarán los franceses a librarnos del Asiento de negros y Navío de permiso, ni a recobrar a Gibraltar y Mahón, pero nos ayudará la actividad de V.S....".
- 159 Aparte de la disputa sobre la participación de Macanas en las conferencias, Dutheil insiste en que según los términos de la respuesta de Villarias al plan de Bruselas, España aceptará un ajuste que asegure un establecimiento para el Infante y la paz con Inglaterra a base de la Convención del Pardo. Macanas rechaza estas suposiciones. Gómez Mollada, 1958, p. 93.
- 160 Huéscar a Carvajal, Versailles 22 marzo [1747], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 165, y cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 99, dice: "Macanas a menester un primero porque alborota el mundo y nuestros enemigos le le tiran todo el secreto con fingir que están de parte de sus pensa-

mientos. Aquí le temen mucho por su intrepidez, y yo le temo tanto como ellos, porque le juzgo capaz de echar a perder las cosas con bellísima intención.

- 161 Id., "Creo que uno de los modos de quitar todas las disculpas a estas gentes, para que no nos la peguen, será explicarlos nuestras pretensiones.....es menester que me digas en cuáles puntos nos mantendremos firmes y en cuáles cederemos....es menester ablar olaro con estas gentes". Otra, AHN, Estado, leg. 4093², justifica en cierta medida la insistencia francesa en atenerse a la respuesta de Villarias al plan de Bruselas, "por que nó nos hemos explicado mas despues, y yo quisiera que los digeramos nuestras pretensiones para que nó alegasen ignorancia jamas, y para conseguir nuestro ajuste".
- 162 Id., leg. 4093².
- 163 Id. [Versailles 5 abril 1747], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 169. Otra, AHN, Estado, leg. 4093².
- 164 Id., 22 abril [1747], id., p. 180-1.
- 165 Aois a Huéscar, Breda 17 marzo 1747, AHN, Estado leg. 4156, publ. por Olbés, 1926, pp. 101-11, informa detalladamente de lo ocurrido en Breda durante la segunda semana de marzo, explicando los pasos de Macanas.
- 166 Macanas a Huéscar, Breda 14 marzo 1747. AHN, Estado, leg. 4156, publ. por Luis Olbés Fernández, La paz de Aquisgrán. Contribución al estudio del reinado de Fernando VI, Pontevedra, Julio Antúnez, 1926, p. 118, y cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 94.
- 167 Esto desmiente la afirmación de que Macanas estaba a punto de lograr, o habría logrado, la restitución de Gibraltar a España, hallada en las obras de Modesto Lafuente, Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, Madrid, 1850-67, t. XIX, p. 281, y Gardell, La Casa de Borbón en España, Madrid, 1954, p. 36.
- 168 Proyecto de Preliminares de paz entre España e Inglaterra redactado por Sandwich y Macanas, y remitido por Sandwich a Chesterfield el 21 abril

1747. PRO, State Papers, publ. por Gómez Mollada, 1958, pp. 121-5. Los artículos 2º y 3º refieren las disputas de límites y navegación a una comisión que deberá dar su solución dentro de 3 meses. Sin embargo los términos del artículo 3º reflejan claramente que se trata de asegurar la libre navegación y proteger a los ingleses de los guardacostas españoles. El artículo 5º asegura que no se concederán más asientos de negros como privilegio exclusivo, sino que se establecerá un puerto franco para dicho negocio. El 6º liquida sin compensaciones las relaciones con la Compañía del Mar del Sur, el 7º defiende el derecho español a pescar bacalao en Terranova, y el 8º estipula la neutralidad española en caso de seguir la guerra. Tres artículos secretos garantizan la seguridad del Reino de las Dos Sicilias, dejan la posibilidad de obtener un establecimiento sin comprometer a Inglaterra, y dejan para otro momento indefinido la negociación de la devolución de Gibraltar.

- 169 Proyecto definitivo de Preliminares de paz entre España e Inglaterra redactado en Londres y remitido por Chesterfield a Sandwich en 11 abril 1747, P.R.O., State Papers, publ. por Gómez Mollada, 1958, pp. 125-8. El artículo 3º destaca por su absoluta carencia de sutileza: "Comme la liberté de la Navigation aux colonies de l'Amerique est un point le plus important...Il est convenu que tout ce qui la concerne sera mis sur le pied du Traité de 1670 et de celui d'Utrecht en 1713; et par conséquent qu'il ne sera permis à aucun sujet de Sa Majesté Catholique de troubler, interrompre ou inquiéter cette liberté en aucune manière sous quelque prétexte qui soit, et que ceux qui y contreviendront seront traités et punis comme Pirates". El artículo 4º deja el conflicto de límites a comisarios, pero sin fijar un plazo para su solución; y el 5º remite el problema del asiento y navío anual a discusión entre la firma de los preliminares y la conclusión del tratado definitivo. Por el 7º Inglaterra garantiza la neutralidad y seguridad de las Dos Sicilias, pero por el 8º se compromete sólo a intentar obtener un establecimiento para el Infante. Por los artículos 7º y 11 España promete ser neutral si la guerra continuase.

- 170 Huéscar a Carvajal, [París], 3 mayo 1747, publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 186, y cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 107. Véase también, Huéscar a Macanaz, París 28 abril 1747, AHN, Estado, leg. 4156, publ. por Olbés 1926, p. 96-7.

- 171 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 13 mayo 1747, AHN, Estado, cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 108, "ni uno de los puntos sustanciales, de utilidad ni decoro afianza".
- 172 Id., otra publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 190, "¿quién creerá que nos avían de solicitar a apartarnos sólo porque ellos gustan? Yo si no estuviera dentro de la danza, jamás hubiera creído que dejassen de ofrecernos ventajas grandes por la separación en que interesaban oien veces más que quanto valiere lo que nos diessen. No tiene duda que ha faltado timón en ellos y que les pesará".
- 173 Fernando VI a Luis XV, 19 abril 1747, cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 101, menciona este punto como de paso y sin darle gran importancia: "En que entre a las Conferencias él [Macanaz] y los otros [condes de Harrach y la Chavanne] no hallo peligro y más yéndose a empezar la campaña que conviene procuremos vigorosa en todas partes...".
- 174 Huéscar a Carvajal, [Versailles] 22 abril 1747, AHN, Estado, leg. 4093², Olbés, 1926, pp. 19-33, sobreestima no obstante este logro, y en general defiende la actuación de Macanaz, basándose en insuficientes datos, y movido quizás por la ofuscada retórica del propio Macanaz.
- 175 Juan V a Doña Bárbara, 3 mayo 1747, publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 339-46, y cit. por Ozanam (ed.), 1975, p. 31 manifiesta su irritación: "Verdaderamente he impracticavel que hum negocio tão delicado e de tantos embarazos e consequencias se esteja tratando no mesmo tempo em diferentes partes e con diferentes instruções".
- 176 Doña Bárbara a Juan V, 9 mayo 1747, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 490, dice "não entenda V. Mag. q. eu culpo a Corte de Viena, por disculpar a Macanaz, por q. conheço e El Rey tãobem e o seu Ministro, q. fes mal, e q. tem feito cousas rediculas, mas...todas se lhe tem desaprovado, porq. todas forão sem ordem, nem noticia de cá... pois as instruçoens são em tudo conforme as q. forão ao Duq. de Soto Maior... com a diferença q. as de Macanaz forão mais limitadas...sé...p^a. ajuste geral, mas não p^a. particular".

- 429
- 177 Carvajal a Macanas, 6 mayo 1747, publ. por Gómez Mollada, 1958, p.106.
- 178 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 3 mayo [1747], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 185, "El mudarle está preparado, pero no sé a quién poner, te aseguro... Yo no sé qué hacer".
- 179 Id., 13 mayo [1747], p. 191.
- 180 Macanas a Huéscar y a Carvajal, Breda 9 mayo 1747, (copias), B.N. Madrid, Mss. 18646¹⁵, se defiende de todas las acusaciones previsibles. Explica sus pasos desde el principio de la negociación con Sandwich. Reprocha a Huéscar la manera en que se ha dejado engañar por los franceses, y se queja de los grandes retrasos del correo que le llega a Breda desde Madrid vía París. Reconoce que sus tratos con Sandwich no se han ajustado siempre a los puntos y gustos del gobierno de Madrid, pero se justifica diciendo que era necesario para entretener a los ingleses y evitar que Sandwich se pusiese de acuerdo con Holanda y Francia en perjuicio de los intereses españoles. Además recuerda que entre Sandwich y él no se ha firmado nada por lo que no tienen sus conversaciones mayor transcendencia, y han quedado cortadas tal y como se empezaron, en secreto y sin compromisos de uno ni otro. Evidentemente no se da cuenta Macanas que sus Preliminares debilitan enormemente la posición de España, tanto en cuanto los puntos en sí como en cuanto su revelación de la actitud española a la alianza francesa. Véase también Representación de Macanas al Rey en defensa de su actuación en Breda, AHN, Estado, leg. 2850, publ. por Olbés, 1926, pp. 169-95.
- 181 Véase la nota 185. Esta particular indiscreción de Macanas resulta muy embarazosa para el gobierno español. Carvajal a Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747 (minuta), AHN, Estado, leg. 6913, niega tajantemente la existencia de la orden contenida de hecho en el art. 35 de las instrucciones.
- 182 Wall a Huéscar, Londres 1 diciembre 1747, cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 114, dice, "me apuntaron que D. Melchor de Moanas escribía con frecuencia a milord Sandwich asegurándole que no dudase que la paz se haría sobre los Preliminares acordados con él, y que la dilación de su ratificación consistía en que el señor duque de Huéscar estaba entera-

mente entregado a Francia".

- 183 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 27 marzo [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 168, refiere una prueba que tuvo de la confianza real en él: "me ha enfadado una cosa fresca, y es que escribe [Macanaz] a Arizaga por tercera mano, pero mira lo que adelantará, que el patrón me la ha leído, que el que la recibió se la dio como le encargaba".
- 184 Ensenada a Huéscar, 29 abril 1748, cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 115, dice "Lo que únicamente nos tiene con cuidado es la copia con que se quedaría de la Instrucción que se le dio, porque contiene un punto que importa infinito lo ignore ese ministerio".
- 185 La recuperación de los papeles de Macanaz es toda una historia en sí misma, puesto que viene preocupando al gobierno español desde tiempos de Felipe V. Mediante una especie de chantaje Macanaz quería obtener el permiso real para volver a España, pero Villarias, ante la rotunda negativa del Inquisidor decano a considerar el regreso impune de Macanaz, dispone que vaya a Nápoles donde Carlos le ofrece hospitalidad. No llega a ponerse en marcha a causa de las deudas que le retienen en París, primero, y por la muerte de Felipe V, después. La retirada de Isabel de Farnesio de la Corte le inspira a Macanaz nuevas esperanzas, que comunica a Huéscar y Carvajal al tiempo de felicitarlos por sus nombramientos gubernamentales. Luego el asunto de Breda no hace sino aumentar la necesidad de asegurar los escritos y al autor en España. Véase Carmen Martín Gaité, Macanaz, otro paciente de la Inquisición, Taurus, 1975², pp. 418 y ss. Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 13 mayo [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 191, explica el problema de Macanaz: "Yo no he sabido dónde ponerle, no pudiendo ser acá ni conviniendo, ni en Francia por sus papeles, que se quedó con muchos, y aunque no los apetezco, son malos en manos de ellos". Empero las pruebas acumuladas por la interceptación de la correspondencia de Macanaz acababan por decidir a Carvajal. En un informe suyo publ. por Gómez Mollada, 1958, p. 116, explica "Habiéndose visto sucesivamente estas cartas, y otras interceptadas que fué preciso dejar correr, especialmente una de letra del mismo Macanaz, en que copiaba pasajes de la Instrucción secreta y entre ellos el que más importaba reservar, cuyas cartas han venido por el correo ordinario con señas de haberlas abierto en Francia.

Habiendo habido una noticia de que tenía correspondencia con Milord Sandwich y de que se persuadía a que se mantuviesen firmes que al fin habíamos de convenir en lo que él había dicho, cuya noticia dieron a Wall en Londres: viendo que en sus mismas cartas refiere escribir a Londres y a París: sabiéndose que escribe a Nápoles, a Chamberí, y que ha escrito a S. Ildefonso y en el Reino a muchas personas hablando en abusivo tono, conoció el rey el daño que estaba haciendo y mandó que se dispusiese encerrarle y que no escribiese ni comunicase. Repliqué que no podía hacerse en aquel país de ajeno mando, con que fué resuelto que se le enviase licencia de venir, y a la raya de España hubiese orden antes para que le metiesen en la ciudadela de Barcelona o Pamplona sin dejarle tratar o escribir. Así se ha hecho la prevención".

- 186 Carvajal a Huéscar, Aranjuez 13 mayo 1747, cit.
- 187 Vilanova a Azevedo, 7 mayo 1747, cit. por Gómez Mollada, 1958, p. 109.
- 188 Carvajal a Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747, cit., explica que habiendo fracasado hasta la fecha todas las negociaciones de paz y estando Francia muy desconfiada, era necesario abrazar con toda sinceridad la reanudación de la guerra aunque ello colocase al ejército español en posición de rehén del ejército francés, que era mucho más grande.
- 189 Sobre la guerra en Italia véase la bibliografía citada en la nota 49, y Pajol, Les guerres sous Louis XV, París, 1881-91, 7 vols., y Martínez de Campos y Serrano, España bélica. Siglo XVIII. Madrid. Aguilar. 1965.
- 190 Esta fase de las negociaciones de paz se puede seguir en Lodge, 1930, pp. 268-85. Véanse también Huéscar a Carvajal, Tongres 21 julio y 7 agosto 1747, (minutas) con una memoria austríaca de 18 julio y otra francesa de 5 agosto, AHN, Estado, leg. 4090; y Huéscar a Carvajal, [Tongres] 7 agosto y 16 septiembre [1747], publ. por Qsanam (ed.), 1975, pp. 218 y 228. Huéscar a Carvajal, Tongres 4 septiembre 1747 (minuta), leg. 4090, comenta ingenuamente sobre estas negociaciones anglofrancesas "su ajuste no podrá acerse sin nuestra noticia porque nó tienen con que contentar a los Ingleses, y és forzoso, que acudan á nosotros ...". Esta es una de las instancias de cierta inconstancia o confusión

en la lógica de Huéscar, quien en otras muchas cartas reconoce que España no podrá seguir la guerra sola y difícilmente podrá forzar la modificación de las condiciones de paz aceptadas por Francia. Véase la misma idea en Huéscar a Leman, Paris, 30 septiembre 1747 (minuta), leg. 4073-74², (orig. cif. descif.) leg. 4264².

- 191 Huéscar a Carvajal, Bruselas 11 junio 1747, (minuta) AHN, Estado, leg. 4092²-4093¹, y 12 junio [1747], publ por Osanam (ed.), 1975, p. 202. Ostensiblemente el emisario español va a tratar sólo de la restitución de Gibraltar, pero el propio Puyzieulx sugiere que negocie la paz si se viese factible.
- 192 Id., 12 junio [1747], cit., y Huéscar a Mina, Bruselas 12 junio 1747, AHN, Estado, leg. 4103. Huéscar a Carvajal, [París] 14 y 26 mayo [1747], publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 193 y 199, recomienda fuertemente a Wall para el servicio diplomático.
- 193 La principal pretensión francesa es que Inglaterra devuelva Cabo Bretón, sin el cual Francia no depondrá las armas. Huéscar a Carvajal, Bruselas 11 junio 1747, cit.
- 194 Huéscar a Carvajal, Tongres 21 julio 1747, (minuta), AHN, Estado, leg. 4090.
- 195 Instrucción de Ricardo Wall, Buen Retiro, 6 agosto 1747 (minuta), AGS, Estado, leg. 6913. Osanam (ed.), 1975, p. 33, cita la instrucción del AHN, Estado, leg. 4166, dando como su fecha 4 agosto 1747. La del AGS contiene adiciones autógrafas de Carvajal, y está acompañada de otras muchas cartas de Carvajal a Wall fechadas también en 6 agosto.
- 196 Extrait d'un projet de traité préliminaire pour être remis à la cour d'Espagne, 18 junio 1747, AHN, Estado, leg. 4166, cit. por Osanam, (ed.) 1975, p. 33.
- 197 Instrucción de Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747, cit., y Carvajal a Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747 (minutas), AGS, Estado, leg. 6013. Si fallase todo recurso diplomático para recuperar Gibraltar, Carvajal piensa que su rendición final podrá servir para facilitar la concesión

de un buen establecimiento para el Infante, en compensación. Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real noviembre 1747, (minuta), AGS, Estado, leg. 6013.

198 Carvajal a Wall, Buen Retiro 6 agosto 1747, cit.

199 Id., "su verdadero interes es pactar con mucha moderacion, y despues, con una amistad estrecha, lograr maiores ventajas en ramos particulares,...y que eso lo tendran seguro tanto mas quanto mas se moderen".

200 El marqués de Tabuérniga ofreció hospedar en su casa de Londres a un posible emisario español, pero Wall prefiere mantenerse más autónomo, sirviéndose de Tabuérniga sólo como fuente de información. Wall a Carvajal, Tongres 26 agosto 1747, (original), AGS, Estado, leg. 6913.

201 Wall a Carvajal, Londres 22 septiembre 1747, (descif.), AHN, Estado, leg. 4090, y Wall a Huéscar y Carvajal, Londres 22 septiembre 1747 (original en cifra descif.), leg. 4073-74¹. Al parecer Newcastle preguntó si España estaría dispuesta a renunciar a un establecimiento a cambio de recobrar Gibraltar. Wall dice haberse sorprendido, y que contestó que las dos cosas no tenían nada que ver lo uno con lo otro, pero en Wall a Huéscar, Londres 26 septiembre 1747 (original en cifra descif.), leg. 4073-74¹, manifiesta que la idea le ha hecho mella. Véase también Wall a Huéscar, Londres 29 septiembre 1747 (original en cif. descif.), leg. 4073-74¹.

202 Wall a Huéscar y Carvajal, Londres 22 septiembre 1747, cit.

203 Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 30 octubre 1747, (minuta), AGS, Estado, leg. 6913.

204 Huéscar a Wall, París 21 octubre 1747, (minuta), AHN, Estado, leg. 4073-74², (orig. cif. descif.), leg. 4264¹.

205 Tabuérniga a Carvajal, Londres [37] noviembre 1747, (original), AGS, Estado, leg. 6013, abunda en los recelos ingleses de que Wall sea francófilo, asegurando saber que Wall no firmaría nunca una paz parti-

- oular hispanoinglesa, y abultando sus propios esfuerzos para disponer a los ingleses a un acuerdo con España. El tenor de esta carta tiene un efecto muy distinto al pensado por Tabuérniga, pues demuestra que Wall sabiamente no le participa todas sus instrucciones ni intenciones, y pone de manifiesto la comprobada ligereza del propio Tabuérniga. Carvajal a Wall, S. Lorenzo el Real, 24 noviembre 1747 (minuta), AGS, Estado, leg. 6013.
- 206 Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 24 noviembre 1747 (minuta; otra), AGS, Estado, leg. 6013. En otra de fines de noviembre, leg. oit., Carvajal dice "sin rubor, lo diría yo [a Francia] que la Guerra que empezamos solos, la aviamos solos concluido; pero que la que llevamos con ellos, la mantenemos para acabarla con ellos mismos..." Esta debe de ser una de las últimas veces en la diplomacia europea que se propone seriamente distinguir dos teatros de guerra independientes.
- 207 Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 24 noviembre 1747, oit.
- 208 Wall a Huéscar, Londres 1 diciembre 1747, (original oif. descif.), AHN, Estado, leg. 4073-74¹.
- 209 Sotomayor a Carvajal, Lisboa 2 enero 1748 (original), comunica que los ingleses admitirían una paz particular con España si, entre otras cosas ésta se mantuviese neutral en la guerra europea que continúa. AGS, Estado, leg. 6013. Carvajal a Huéscar, [Madrid] 7 enero /1748/, publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 268, intuye que los ingleses pedirán la neutralidad absoluta de España "porque su fin es acabar con éstos [los franceses] y tanto no quisiera yo".
- 210 Wall a Huéscar, Londres 22 y 26 diciembre 1747 y 2 enero 1748 (orig. cif. descif.), AHN, Estado, leg. 4073-74¹, y Wall a Carvajal, Londres 2 enero 1748 (orig. cif. descif.), AGS, Estado, leg. 6013.
- 211 Wall a Carvajal, Londres 2 enero 1748, oit., pone como pretexto para quedarse en Londres la compra de unos caballos. Wall a Huéscar, Londres 5 enero 1748 (original cifrado descif.), AHN, Estado, leg. 4092¹, copia en leg. 4264¹, dice que solicitará la libertad de 14 marineros

españoles presos en Inglaterra.

435

- 212 Carvajal a Tabuérniga, Buen Retiro 22 diciembre 1747, (minuta), AGS, Estado, leg. 6013.
- 213 Wall a Huéscar, Londres 23 enero 1748 (orig. cif. descif.), AHN, Estado, leg. 4092¹, copia en leg. 4264¹.
- 214 Id., 27 enero 1748 (orig. cif. descif.), leg. cito., dice que Newcastle y Jorge II se pronunciaron a favor de la paz con España, mientras que Chesterfield y otros se mostraron partidarios de tratar con Francia. El Duque sugiere que lo sometan a votación en el Parlamento, pero el rey se opone para proteger el derecho real a dirigir la política exterior. Id., 31 enero 1748, (orig. cif. descif.), leg. cito.
- 215 Huéscar a Wall, Marly 28 enero 1748, (minuta), AHN, Estado, leg. 4092¹, orig. en leg. 4264¹, y Carvajal a Wall, Buen Retiro 24 enero y 12 febrero 1748, (copia y minuta resp.), leg. 4061, y AGS, Estado, leg. 6013.
- 216 Carvajal a Wall, Buen Retiro 12 febrero 1748, cito., y Huéscar a Wall, París 11 marzo 1748, (minuta), AHN, Estado, leg. 4092¹, orig. en leg. 4264¹. Puyseulx se entera perfectamente de toda la negociación de Wall, según avisa Huéscar a Carvajal, París 10 y 20 enero 1748, publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 271-2 y 274-5. En febrero Newcastle informa a los ministros de Austria y Cerdeña que el gobierno inglés ha rechazado las propuestas españolas de una paz particular, por lo que los austríacos naturalmente se confían un poco cara a sus propias negociaciones en París. Wall a Huéscar, Londres 13 febrero 1748, cito. por Osanam (ed.), 1975, p. 293.
- 217 Huéscar a Carvajal, París 20 diciembre 1747, AHN, Estado, leg. 4090, y 10 enero 1748, publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 270-2.
- 218 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 7 enero [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 268-9.
- 219 A los españoles no les importa que Francia negocie la paz con Austria,

porque las disputas austroespañolas son de poca importancia comparadas con las angloespañolas. En cambio temen siempre que Francia negocie con Inglaterra o que intente negociar una paz general. Carvajal a Huéscar, [Madrid] 1 febrero [1748], y Huéscar a Carvajal, [París] 16 febrero 1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 280 y 289-90.

- 220 En cuanto a las pretensiones españolas, Saint-Séverin debe intentar obtener el reconocimiento inglés del derecho de visita en América; convendrá en un statu quo ante bellum para el Asiento; y pedirá un establecimiento para el infante, Toscana, o Saboya con Niza, o Parma y Placencia por orden de preferencia. Sus instrucciones reconocen la dificultad de hacer restituir el territorio de Georgia a España. Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France, t. XII bis, Espagne, París, 1884-1912, p. 251.
- 221 Instrucción de Saint-Séverin, 29 febrero 1748, publ. en el Recueil..., op. cit., t. XXIII, Hollande, París, 1884-1912, pp. 115-74.
- 222 Huéscar a Carvajal, [París] 16 febrero [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 287-8.
- 223 Carvajal a Huéscar [Madrid] 4 marzo [1748], exclama: "¡Dios quiera que pueda Massa!" [asistir a las conferencias], y en otra de la misma fecha, "Massones desempeña admirablemente sus encargos; Así esté bueno!", publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 296-7.
- 224 Huéscar a Carvajal, [París] 20 enero [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 275.
- 225 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 25 marzo [1748], dice "Le aseguro que si Massones se manca, no sé dónde volverme y aunque esté cuatro codos más bajo que lo que era, no avrá otro como él...", publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 303.
- 226 Huéscar a Carvajal, [París] 15 [marzo 1748], dice "Massones es buena cosa, pero su salud no le ayuda y aun en punto de conferencias no está tan brillante como estaba, de modo que no le conocerías". En otra de 3 de mayo, dice "Massones tiene entendimiento y es mui buena cosa pero

carece un poco de espíritu, de modo que está atafagado". En 25 [mayo 1748], dice "noto en Massones poquísima resolución y ningún expediente", publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 300, 312, 327.

- 227 Massan, 1811, V. p. 393, habla de Massones como un plenipotenciario activo en las negociaciones, pero Morel-Fatio y Léonardon, XII, Espagne, p. XXVI, admiten que "L, envoyé de la France ne défendit que mollement les droits de l'infant D. Philippe", y p. 252, que Massones no participó en la negociación de los preliminares. Ballesteros, *Op. cit.*, V, p. 137, atribuye todo a un fallo personal del plenipotenciario, "su actitud tímida le hizo juguete de las intrigas del Conde de Saint-Séverin d'Aragón, que a espaldas del enviado español negociaba". Gómez Mollada, 1957, p. 44, habla de "la borrosa actuación" de Massones, que quedó "sin enfoque por insignificante", aunque sin echar toda la culpa sobre el desafortunado diplomático. En fin, el propio Massones, en vísperas de su salida de París para Aix, duda mucho que pueda hacer nada positivo en las conferencias. Massones a Wall, París 8 abril 1748 (orig. cif. desoif.), AHN, Estado, leg. 4264².
- 228 Massones a Huéscar, Aix 2 mayo 1748, AHN, Estado, leg. 4142, publ. por Olbés, 1926, p. 205. Huéscar a Carvajal, París 9 mayo 1748, (copia), leg. 4069¹, por fin remite copias de los preliminares y otros papeles.
- 229 Massones a Huéscar, Aix 1,2,6 mayo 1748, leg. 4142, publ. por Olbés, 1926, pp. 199-208.
- 230 Huéscar a Carvajal, París 4 mayo 1748, (copia), leg. 4069¹, y Puyseulx a Huéscar, París 4 mayo 1748, (copia), leg. 4264¹.
- 231 Artículos preliminares a la paz de Aquisgrán, 30 abril 1748, publ. por Cantillo, (ed.), 1843, pp. 387-8.
- 232 Id., artículo 4º, p. 386, dice q. en caso de muerte sin sucesión del infante Felipe revertirán sus estados a Austria, sin considerar los posibles derechos del infante Luis, pero más grave es la suposición de que al morir Fernando VI pasaría Carlos a España y Felipe a las Dos Sicilias. Por este artículo Carlos se niega a acceder al tratado definitivo

porque lesiona los derechos de su segundogénito a sucederle en Nápoles, según lo acordado en el tratado de Viena de 1738.

- 233 Huéscar a Carvajal, [París] 20 enero [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 274.
- 234 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 1 febrero [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 281, dice "Como separen a Viena, conseguiremos a Gibraltar, pues por tenerlo me contentara con Parma sola".
- 235 Id., [Madrid] 25 marzo [1748], Id., p. 301. Massones a Huéscar, Aquisgrán 30 abril y 2 mayo 1748, AHN, Estado, leg. 4142, tuvo una primera impresión de que se mencionaba Gibraltar en los preliminares, en términos de que no podría ser restituído por ahora. El error tardará algún tiempo en ser aclarado.
- 236 Artículos preliminares..., 30 abril 1748, artículo 2º, publ. por Gantillo (ed.), 1843, p. 386.
- 237 Id., artículo 1º, id., p. 386.
- 238 Id., artículo 10º, id., p. 386.
- 239 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 12 mayo [1748], dice "el Dueño de la viña contento está", y en 1 junio [1748], sobre la sucesión española a los preliminares dice "el patrón quiso publicarlo desde luego". Publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 322 y 330.
- 240 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 12 mayo [1748], cit., dice " en realidad la cosa no es mala".
- 241 Id., 11 mayo [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 319-21.
- 242 Id., citando textualmente la carta de Massones a Huéscar, Aquisgrán 30 abril 1748, cit.

- 243 Carvajal a Huéscar, Aranjues 11 mayo 1748, cit. No hacían falta estas instrucciones, pues al saber los términos de los preliminares Huéscar ya ha mandado sus propias instrucciones a Wall y Massones para que intenten eliminar el punto del asiento, aunque él duda de que estén aún a tiempo para lograrlo. Huéscar a Wall, París 3 y 5 mayo 1748 (minutas), AHN, Estado, leg. 4092, original en leg. 4264¹, y Massones a Wall, Aix 12 mayo 1748 (orig. cif. descif.), leg. 4264². A raíz de esto Saint-Severin insinúa a Massones que, aunque no se podrá variar el artículo 10º ahora por la vía diplomática, tal vez puedan Francia y España ajustar entre sí otro asiento de negros dentro de uno o dos años, e imponérselo por la fuerza a los ingleses. El español naturalmente desprecia enteramente semejante proposición. Massones a Huéscar, Aix 9 mayo 1748, leg. 4142, publ. por Olbés, 1926, p. 217.
- 244 Carvajal a Huéscar, Aranjues 11 mayo 1748, cit.
- 245 Id., Véase la versión entregada por Huéscar a Puyseulx en AHN, Estado, leg. 4042. Esta protesta española mueve al rey francés a disculparse personalmente para con su primo, al mismo tiempo que defiende la necesidad de acabar la guerra. Luis XV a Fernando VI, [Mayo 1748], leg. 4061. Véase también las recriminaciones de la conducta francesa que hace Carvajal a Huéscar, Aranjues 8 junio 1748, (orig.), leg. 4061.
- 246 12 mayo 1748, cit. y 8 junio 1748, cit. Carvajal a Huéscar, Aranjues.
- 247 Id., 14 mayo [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 323, dice "el maldito artículo 10... me ha irritado hasta el cielo, no puedes creer hasta qué grado. Si no tengo forma de vengarme, me moriré con desconsuelo".
- 248 Carvajal a Wall, Aranjues 14 mayo 1748, AHN, Estado, leg. 4277².
- 249 Wall negocia en Londres con Newcastle y otros miembros del gobierno inglés, mientras que Massones trata con Sandwich en Aix. Gran parte de la correspondencia de uno y otro pasan por las manos de Huéscar.

- 250 Huéscar a Carvajal [París] 11 abril [1748], Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 29 abril [1748], y Huéscar a Carvajal, [París 22 mayo 1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 306, 310 y 326; Wall a Huéscar, Londres 30 abril, 7 y 10 mayo 1748, AHN, Estado leg. 4092; y Puyzieulx a Huéscar, París 15 mayo 1748, leg. 4042.
- 251 Walla Huéscar, Londres 17 mayo 1748, (orig. cif. descif.), AHN, Estado, leg. 4090¹.
- 252 Huéscar a Wall, París 22 mayo 1748 (minuta), leg. 4092¹, original en leg. 4264¹, le manda "batallar con ese Ministerio persuadiéndole de la total repugnancia del Rey".
- 253 Massones a Huéscar, Aix 9 mayo 1748, leg. 4142, publ. por Olbés, 1926, p. 218; y Massones a Wall, Aix 12 mayo 1748, (orig. cif. descifrado), leg. 4264².
- 254 Huéscar a Massones, París 24 mayo 1748, AHN, Estado, leg. 4142.
- 255 Massones a Wall, Aix 21 mayo 1748 (orig. cif. descifrado), leg. 4264²; Huéscar a Carvajal, [París] 25 [mayo 1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 327; Massones a Huéscar, Aix 27 mayo 1748, leg. 4142, publ. por Olbés, 1926, p. 221, y Carvajal a Wall y Massones, Aranjuez 6 junio 1748, (copias), AHN, Estado, leg. 4061. Carvajal manda a Wall proponer a los ingleses que se haga una declaración por escrito de estar convenidos en tratar sus diferencias sin ninguna interferencia de terceros. Esto ilustra el fuerte empeño que siempre ha puesto el gobierno español en que Francia no intervenga en las disputas americanas de Inglaterra y España. Saint-Séverin propuso que fuera un ministro inglés a tratar con uno español en París sobre el artículo del asiento, mas como comenta Massones a Wall, Aix 14 mayo 1748 (orig. cif. descif.), leg. 4264² "seria sacarlo de el Purgatorio, y llevarlo al Ynfierno".
- 256 Massones a Huéscar, Aix 27 mayo 1748, leg. 4142, publ. por Olbés, 1926, p. 221-3. Adjunta una copia del convenio propuesto por él a Sandwich en el cual repite tres veces que el no-disfrute del asiento se entiende por los años de la presente guerra.

- 441
- 257 Id., 30 mayo 1748, id., y cit. por Osanam (ed.), 1975, p. 40.
- 258 Huéscar a Carvajal, París 22 mayo 1748, (copias), leg. 4069².
- 259 Id., 27 mayo 1748, (copia), leg. cit. y leg. 4264, y otra privada publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 328. La declaración de Puyzieulx se expresa así: "S.M. m'a ordonné de vous marquer que le comte de Saint-Séverin n'avait pas prétendu par l'article 10 accorder rien de plus à l'Angleterre que les dites quatre années, c'est à dire depuis 1739 jusques en 1743". AHN, Estado, leg. 4042, cit. por Osanam (ed.), 1975, pp. 40 y 328.
- 260 Carvajal a Huéscar, Aranjuez 3 junio 1748 (original), AHN, Estado, leg. 4061, y otra privada publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 331.
- 261 Carvajal a Huéscar y Massones, Aranjuez 3 junio 1748, (orig. y copia), leg. cit. Carvajal a Massones, Aranjuez 6 junio 1748 (copia), leg. cit. advierte con su habitual meticulosidad que no se diga en la declaración "navío anual", sino "navío de permiso", evidentemente con el fin de eliminar cualquier equívoco que dé pie a los ingleses a discutir la interpretación.
- 262 Huéscar a Carvajal, [París] 12 y 13 junio [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 335-6, se lamenta de los errores de Massones, pero concede que los comete con la mejor voluntad. En otra de 17 [junio 1748], (p. 337), dice sin ambages "Massa a emprendido su negociación contra tu sistema, contra el mio y contra el de Wall. Lo que es peor, es que cre que yo me fío de San Severino, sin acerse cargo de que yo ago por necesidad lo que no aría por elección". Véase también la de 11 julio [1748], p. 349.
- 263 Carvajal a Huéscar, [Madrid], 19 junio [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 338. Jácome es un apodo utilizado por los dos amigos para designar a Massones.
- 264 Wall a Huéscar, Londres 7 junio 1748 (orig. oif. descif.), AHN, Estado, leg. 4092¹, dice que el gobierno inglés interpreta que el artículo 10²

les concede la prórroga del asiento por todos los años que no lo han disfrutado de los treinta, concedidos en 1716. Massones a Huéscar, Aix 21 junio 1748, cit. por Ozanam (ed.), 1975, p. 40, comunica que Newcastle pretende que las interrupciones habidas suman 14 o 15 años. Véase también Huéscar a Carvajal, Compiègne 15 agosto 1748 (copia), leg. 4069². Massones a Wall, Aix 18 junio 1748 (orig. cif. descif.), leg. 4264², dice que los ingleses calculan que el equivalente en dinero de sólo 7 años de asiento monta a 1.750.000 libras esterlinas.

- 265 Wall a Huéscar, Londres 7 junio 1748, cit., y Massones a Huéscar, Aix 21 junio 1748, cit. por Ozanam (ed.), 1975, p. 342.
- 266 Huéscar a Massones, París 13 junio 1748, AHN, Estado, leg. 4142; Huéscar a Carvajal, París 13 junio 1748, (copia), leg. 4069¹, y Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 19 junio 1748 (original), leg. 4061.
- 267 Huéscar a Carvajal, [París] 13 junio /1748/, publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 337, dice "Puisieulx empieza ya a amenazarnos". En un oficio de esta fecha el ministro francés avisó que ya sólo faltaba la adhesión de España a los preliminares. Como siempre, la prudencia se impone a la indignación en la reacción de Carvajal a las razones francesas (Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 22 junio 1748 (original), leg. 4061), aunque el resentimiento halle a veces expresión en un sarcasmo demasiado elocuente (Id., 27 junio 1748 (original), leg. cit.).
- 268 Huéscar a Carvajal, París 12 junio 1748, (copia), AHN, Estado, leg. 4069².
- 269 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 27 junio 1748 (orig.), leg. 4061.
- 270 Id., [Madrid] 22 junio [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 380.
- 271 Huéscar a Carvajal, París 13 junio 1748, (copia), AHN, Estado, leg. 4069¹.
- 272 Id., 17 junio 1748 (copia), leg. cit.

- 273 Massones a Carvajal, Aix 25 junio 1748, cit. por Osanam (ed.), 1975, p. 41; y Massones a Wall, Aix 26 junio 1748 (orig. eif. descif.), AHN, Estado, leg. 4264².
- 274 Massones a Wall, Aix 26 junio 1748, cit., dice haber entendido que los ingleses intentarán obtener dinero y ventajas comerciales como equivalente de lo que les queda de asiento.
- 275 Acoesion de su Majestad católica a los preliminares de la paz de Aquisgrán, 28 junio 1748, publ. por Cantillo (ed.), 1843, p. 388. España y Génova fueron las últimas potencias en acceder a estos preliminares, pues Austria, Módena y Cerdeña habían accedido el 31 mayo. Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 14 julio 1748 (original), AHN, Estado, leg. 4061, repara en que la forma de ajustarse estos preliminares de paz deja a España sin ningún documento firmado por Austria y Cerdeña (y viceversa), quedando por tanto árbitros de la paz sus negociadores principales Francia, Inglaterra y Holanda.
- 276 Carvajal a Huéscar, [Madrid], 22 junio y 22 julio [1748], publicado por Osanam (ed.), 1975, pp. 341 y 356; Carvajal a Wall y Huéscar, Buen Retiro 14 julio 1748, y Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 5 agosto 1748 (orig.), AHN, Estado, leg. 4061.
- 277 Carvajal a Huéscar, Aranjuez 8 junio 1748, (original), AHN, Estado, leg. 4061.
- 278 Id., [Madrid] 14 julio [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 352.
- 279 Huéscar a Carvajal, París 17 junio 1748, (copia), leg. 4069¹.
- 280 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 27 junio 1748, (original), AHN, Estado, leg. 4061. Carvajal a Wall, Buen Retiro 14 julio 1748 (copia), leg. cit., explica su repugnancia ante el proyectado tratado de Aquisgrán: "quando no se pueden sacar ventajas no es corta la de eximirse de obligaciones".
- 281 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 19 junio 1748, (original), leg. 4061.

- 282 Id., 22 junio [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 341.
- 283 Id., 22 junio 1748 (original), leg. 4061.
- 284 Id., 22 junio y 4 julio [1748], publ. por Ozanam (ed.), pp. 341 y 346.
En la de 4 de julio dice: "Vamos a ver si logramos que se execute lo de Ytalia y que se alargue lo demás; a ver si se enredan para pescar en agua turbia". Otras, 7 y 22 julio 1748 (original), leg. 4061.
- 285 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 19 julio 1748 (original), leg. 4061.
- 286 Huéscar a Carvajal, [París] 11, 17 y 24 julio [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 349, 354 y 358.
- 287 Carvajal a Wall y Huéscar, Buen Retiro 14 julio 1748 (copia), leg. 4061.
- 288 Huéscar a Wall, Compiègne 31 julio 1748 (minuta), leg. 4092¹, (original en leg. 4264¹).
- 289 Huéscar a Carvajal, [Compiègne] 2 agosto [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 364.
- 290 Id.
- 291 Id., 27 julio 1748, (copia), AHN, Estado, leg. 4069².
- 292 Id., 29 julio 1748, (copia), leg. cit.
- 293 Massones a Huéscar, Aix 22 julio 1748, AHN, Estado leg. 4142, cit. por Ozanam (ed.), 1975, p. 357, y Huéscar a Carvajal, Compiègne 27 julio 1748, (copia), AHN, Estado, leg. 4069². Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 5 agosto 1748, (original), leg. 4061, se sorprende de este cambio en Saint-Séverin sin avisar siquiera al gobierno español de lo que pensaba hacer.
- 294 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 31 julio [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 362.
- 295 Carvajal a Massones, Madrid 31 julio 1748, cit. por Ozanam, (ed.), 1975,

p. 362.

296 Huéscar a Carvajal, Compiègne 2 agosto 1748, (copia), AHN, Estado, leg. 4069².

297 Id., 6 agosto 1748.

298 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 3 agosto 1748 (original), leg. 4061; y [Madrid] 5 agosto [1748], y 9 agosto [1748], en que además explica que "el modo despótico de convenir y formar el tratado, da muchos ensanches para faltar a él si se mejora la fortuna", publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 368 y 370.

299 Id., y 13 agosto [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 371.

300 Id., Buen Retiro 3 agosto 1748 (orig.), AHN, Estado, leg. 4061. En esta carta Carvajal explica que tampoco serviría tal declaración para impedir que el tratado diga algo sobre la libre navegación, porque como los preliminares remuevan expresamente el tratado de 1670, el tratado definitivo podría incluir un artículo "explicándolo" en lo referente a navegación, y de este modo sostener que no se trata de una nueva introducción sino de una mera aclaración.

301 Id.

302 Id., 5 agosto 1748 (original), leg. cit. Massones a Wall, Aix 8 agosto 1748 (original), leg. 4264², sospecha que los franceses se han decidido a insistir ahora en los cuatro años para alargar las negociaciones, pero no se explica el motivo.

303 Huéscar a Carvajal, Compiègne 2 agosto 1748, (copia), leg. 4069².

304 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 9 agosto 1748, (original), leg. 4061.

305 Id.

306 Véase arriba, p.

- 307 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 9 agosto 1748, cit.
- 308 Memoria de las pretensiones del Rey Catholico mi Amo para el tratado definitivo que se ha de celebrar en Aix la Chapelle, (remitida a Huéscar en 9 agosto 1748), leg. 4061.
- 309 En otra carta de Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 9 agosto 1748 (original), leg. cit., enumera todas las demás disputas pendientes entre España y otras potencias, así en Europa como en América, para que el embajador abrume a los franceses y los convenza de la extrema moderación española. Se hace constar naturalmente que la presente limitación de las pretensiones españolas no significa que se haya renunciado a las demás, sino que se justifica por querer ceñirse estrictamente a los preliminares aceptados por España en esta ocasión. Memoria de las pretensiones, cit.
- 310 Las pretensiones son cuatro: 1) que el establecimiento del infante no sea sujeto a infeudación ni investidura; 2) que la prórroga del asiento sea por 4 años; 3) que el rey español sea declarado único maestro y soberano de la Orden del Toisón de Oro; y 4) que no se admitan pretensiones contra España que no estén en los Preliminares. Memoria de las pretensiones, cit.
- 311 Id.
- 312 Id.
- 313 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 9 agosto [1748], publ por Ozanam (ed.), 1975, p. 370. Véase para esta oferta de Puyzieulx la página 84.
- 314 Id., (otra, original), leg. 4061.
- 315 Id., 13 agosto [1748], publ. por Ozanam, (ed.), 1975, p. 371.
- 316 Huéscar a Carvajal, Compiègne 6 agosto 1748, (copia), leg. 4069², id., 7 agosto 1748, publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 368; Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 13 y 15 agosto 1748 (original), leg. 4061. En la del 15,

447

Carvajal sospecha incluso que el reciente empeño de Saint-Séverin en los 4 años y la resistencia de Sandwich pudieran ser una farsa montada por ambos para convencer a España de su imposibilidad, pues le parece que la oposición inglesa no ha sido tan furiosa esta vez, y que el francés ha desistido demasiado fácilmente. Ahora, también se da cuenta Carvajal que estas disquisiciones son ya muy bisantinas, y no servirán para alterar el desenlace, aunque sí cree que le iluminarán para determinar el modo de aceptarlo.

- 317 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 13 agosto 1748, (original), leg. 4061.
- 318 Id., 13 y 15 agosto 1748 (original), cit., y Huéscar a Carvajal, Compiègne 15 agosto 1748, (copia), leg. 4069².
- 319 Carvajal a Huéscar, [Madrid], 15 agosto 1748, publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 373.
- 320 Id., p. 372.
- 321 Id., 13 agosto 1748, cit.
- 322 Son dos proyectos franceses de fines de julio, que Massones considera muy satisfactorios porque incluyen los preliminares inalterados, y dos angloholandeses de 8 y 27 agosto, que considera muy desfavorables. Massones a Wall, Aix 29 agosto y 4 septiembre 1748, (orig. oif. desoif.), leg. 4264²; Massones a Huéscar, Aix 1 septiembre 1748, publ. por Olbés, 1926, pp. 233-5. Todos ellos son remitidos por Huéscar a Carvajal, París 4 septiembre 1748, (copia), leg. 4069².
- 323 Huéscar a Carvajal, París 4 septiembre 1748, (copia), leg. 4172.
- 324 Id., y otra, leg. 4069²; e id., y otras, publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 377-80; Wall a Massones, Londres 13 septiembre 1748, (copia), leg. 4264². Se trata de limitar la sucesión en el establecimiento a la línea masculina, con exclusión de hembras; de admitir la reversión en caso de extinción de la línea de don Felipe; y de aceptar la transmigración de toda la línea de don Carlos de Nápoles a España, en el probable caso de

morir Fernando VI sin descendencia; pasando toda la línea de don Felipe a Nápoles, vacando los ducados septentrionales.

- 325 Huéscar a Carvajal, París 4 septembre 1748, cit., p. 380.
- 326 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 20 y 26 septiembre [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 387-8.
- 327 Massones a Carvajal, [Aix] 24 septiembre 1748, (copia), y Massones a Wall, Aix 1 octubre 1748 (orig. cif. descif.), leg. 4264¹ y ², y Huéscar a Carvajal, [París], 27 septiembre [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 390. La edición inglesa (subrayada) remitida por Massones reza: "Le traité de l'assiento...et l'article du Vaisseau...sont spécialement confirmés par le present traité pour les 4 années pendant lesquels la jouissance en à été interrompue depuis le commencement de la presente Guerre pour etre executées sur le meme pied et sous les mêmes conditions qu'il à ou été ou du etre executées vant la dite guerre." Los ingleses quisieron añadir alguna referencia a las cuentas pendientes de la convención del Pardo, pero Massones, apoyado por Saint-Séverin, lo rechazó enérgicamente.
- 328 Huéscar a Carvajal, [París] 27 septiembre [1748], cit. En otra de 30 septiembre 1748, (copia), leg. 4069², remite una copia del último proyecto del tratado definitivo.
- 329 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 2 octubre [1748], publ. por Ozanam, (ed.), 1975, p. 391. Otra, (original), leg. 4061.
- 330 Ensenada a Losada, [Madrid] 29 octubre 1748, publ. por Rodríguez Villa, 1878, p. 73.
- 331 Huéscar a Carvajal, París 20 octubre 1748 (copia), leg. 4069², y Massones a Wall, Aix 20 octubre 1748, (orig. cif. descif.), leg. 4264². Austria y Cerdeña acceden al tratado en noviembre. Carlos de Nápoles se niega a acceder porque lesiona sus derechos sucesorios en Nápoles.
- 332 Carvajal a Huéscar, [San Lorenzo el Real] 28 octubre [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 398.

- 447
- 333 Id., 2 octubre [1748], cit., dice " si esto se acaba como pinta, más lo celebro quedando con honra que algo más quedando marcados de mala fe para todos, y que se rían de esto los politicones del mundo".
- 334 Id., San Lorenzo 28 octubre 1748 (original), leg. 4061. Huéscar a Carvajal, Fontainebleau 12 noviembre 1748, (copia), leg. 4069², refiere haber dado las gracias a Luis XV elogiando los esfuerzos a favor de España de Puyzieulx y Saint-Séverin.
- 335 Carvajal a Huéscar, [San Lorenzo] 28 octubre [1748], (otra), publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 399. Massones a Wall, Aix 11 octubre 1748 (orig. cif. descif.), leg. 4264², explica su deseo de acceder el primero al tratado, ya que fue el último en acceder a los preliminares, "para labar la mancha de desunion con la fransia que dimos entonces no teniendo aora motivo para no estar satisfechos de ella...". Estos testimonios y todo el desarrollo de las negociaciones contradicen eficazmente las afirmaciones de Olbés, 1926, p. 35, de que la paz de Aquisgrán mereció "la más fría acogida" en España; y p. 63, que los españoles "quedamos convertidos en meros expectadores (sic) de nuestra desdicha".
- 336 Carl-Fredrik, barón de Scheffer era embajador de Suecia en Francia de 1744 a 1752.
- 337 Huéscar a Carvajal, Fontainebleau 12 noviembre 1748, (copia, otra), leg. 4069².
- 338 Id., (otra), leg. cit.
- 339 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 25 noviembre 1748, (orig.), leg. 4061.
- 340 Id., [San Lorenzo el Real], 19 noviembre [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 407.
- 341 Wall a Huéscar, Londres 18 noviembre 1748 (orig.), leg. 4290¹, avisa que la oposición al gobierno inglés y los comerciantes ya se están preparando para protestar contra el tratado de Aquisgrán por no mencionar siquiera los puntos por los que entró Inglaterra en guerra contra España.

Richard Lodge, "Continental policy of Great Britain, 1740-17602, Histo-
ry, XVI, 1931-32, p. 301, dice: "Considering Newcastle's record for the
last three years, the Treaty of Aix-la-Chapelle ought to have annihila-
ted both his reputation and his political influence". Basil Williams,
en The Whig Supremacy, 1714-1760, Oxford, 1939, p. 250, dice que, "En-
gland had to submit to the most humiliating terms finally settled at
Aix-la-Chapelle...", y en p. 251, "Bête comme la Paix was the catchword
in Paris after the peace...". El Duque de Noailles en sus "Memorias",
tomo IV, recogidas en Mémoires relatifs a l'histoire de France, seconde
série, tomo 74, p. 27, dice que Francia soportó todo el peso de la gue-
rra, sin tener un interés directo, y sacrificando al fin todas sus con-
quistas en beneficio de sus aliados.

- 342 La obra de Aquisgrán será coronada en 14 junio 1752 por el tratado de
Aranjuez, en el cual España, Austria y Cerdeña se garantizan mutuamente
los estados italianos.
- 343 Fernando y Bárbara tienen un vivo deseo personal de mantener alejados
de su Corte al infante Felipe y su esposa, porque molesta su presencia
por el temperamento y francofilia de ambos, y sus vínculos con la Reina
Viuda. Carvajal a Huéscar, [San Lorenzo el Real] y noviembre [1748],
publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 402; Coxe, 1815, IV, p. 10, citando una
carta de Walpole de 1747; Instrucción de Vaulgrenant, Versailles 11 a-
bril 1749, publ. en Recueil..., XII bis Espagne, p. 289; y Basil Wi-
lliams, The Whig Supremacy, 1714-1760, Oxford, University Press, 1945,
p. 249.
- 344 José María Jover Zamora, Política mediterránea y política atlántica en
la España de Feijoo, Oviedo, Cuadernos de la Cátedra de Feijoo, 1956,
pp. 92-102. M. S. Anderson, Europa en el siglo XVIII, 1713-1783, [Ma-
drid], Aguilar, 1964, p. 210.
- 345 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 30 julio y 13 agosto [1748], y Huéscar a
Carvajal, [Compiègne] 7 agosto [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975,
pp. 361, 371 y 368; y Carvajal a Wall, Buen Retiro 14 julio 1748, (co-
pia), leg. 4061.

CAPITULO VII

LA NUEVA DIPLOMACIA ESPAÑOLA Y EL TRATADO DE COMERCIO CON INGLATERRA.

Disputa sobre el cese de las hostilidades.

Los nuevos embajadores: Keene, Vaulgrenant y Piñateli.

El conflicto anglofrancés sobre Tobago.

El proyectado viaje inglés de descubrimiento por el Atlántico y el Pacífico.

La negociación del tratado de comercio: el equivalente por el asiento, el crédito de la Compañía, y la renovación del tratado de 1715.

Renacen los conflictos hispanoingleses, y se paralizan las negociaciones.

Los esfuerzos de Carvajal por reanimar las negociaciones.

El tratado de comercio entre España e Inglaterra de 1750.

LA NUEVA DIPLOMACIA ESPAÑOLA Y EL TRATADO DE COMERCIO CON INGLATERRA.

El primer obstáculo con que tropieza la normalización de las relaciones internacionales, después del restablecimiento de la paz, está en el cese de las hostilidades en los mares americanos, con la reanudación del comercio normal y la restitución de aquellas presas capturadas con posterioridad a la fecha designada. En un primer momento, tras la adhesión española a los preliminares de la paz, los ingleses pretenden que se cuente su paz con España desde esa adhesión y no desde el treinta de abril, fecha en que se concluyeron los preliminares. Esto significaría que el plazo estipulado para el cese de las hostilidades entre Inglaterra y España empezaría su cuenta desde el veintiocho de junio y por tanto tendrían que considerarse buenas las presas tomadas en el intervalo, lo cual, según Masones, es sólo un pretexto "para tener así mas tiempo de bebernos la sangre".¹ Los preliminares establecieron que las hostilidades cesarían en tierra dentro de seis semanas, y en los diversos sectores del mar según estipuló el tratado de paz de 1712 entre Inglaterra y Francia, contándose todos los plazos desde el treinta de abril.² No obstante, el mismo día de la adhesión española a los preliminares, el representante inglés Sandwich hace una declaración formal para explicar que los diferentes plazos hasta la cesación de hostilidades entre España e Inglaterra comenzarán a correr desde el veintiocho de junio.³

De momento Masones no logra más que la promesa de Sandwich de pedir a su Corte un acortamiento de los plazos, y ambos concuerdan en pedir treinta pasaportes cada uno para proteger los navíos que lleven la noticia de la paz,⁴ bien que Masones no se fía demasiado de la eficacia de los pasaportes ingleses para con los corsarios.⁵ De hecho Carvajal remite cien pasaportes para los navíos ingleses, de los cuales entrega Masones cincuenta, hacia mediados de julio, a cambio de los treinta que le da Sandwich, razonando que ya que los ingleses gozan de una clara superioridad naval y pueden navegar donde quieran sin pasaportes de nadie, España no pierde nada entregándoles más pasaportes, y sin embargo con ello da una prueba de buena fe.⁶ Casi en seguida cierta confusión producida por la proclamación francesa de cese de hostilidades da lugar a una nueva con-

vención franco-anglo-holandesa, firmada el ocho de julio, para aclarar la cuestión de los plazos. Masones accede por España el veinticuatro de agosto, quedando acordado que todas las hostilidades entre Inglaterra y España debían cesar "más acá de la línea" el nueve de agosto de 1748.⁷ En definitiva, los ingleses han logrado imponer su criterio en este asunto.

Según va pasando el tiempo, Masones se extraña que el gobierno inglés tarde tanto en publicar el cese de las hostilidades,⁸ pero Wall explica que los ingleses quieren hacer una declaración simultánea de la reanudación del comercio pacífico entre las dos naciones.⁹ Ya a principios de abril de 1748, en el curso de las negociaciones para una paz particular angloespañola, los ingleses pidieron la reanudación del comercio en Europa, y Carvajal tuvo que rechazarlo porque sólo beneficiaría a Inglaterra, sin sacar España ninguna ventaja.¹⁰ A mediados de julio el duque de Bedford informa a Wall de que se va a autorizar la importación de productos españoles, y expresa su esperanza de que el gobierno español haga lo propio pronto.¹¹ Empero Ensenada se niega absolutamente a hacerlo hasta que no se publique el tratado definitivo de paz.¹² Esta actitud se mantiene a pesar de que se proclama en Inglaterra el cese de las hostilidades el día diecisiete de agosto,¹³ y ya para primeros de septiembre empiezan a llegar navíos cargados de frutos españoles.¹⁴ Carvajal lamenta no poder hacer nada en este punto, pero tiene las manos atadas porque se trata de un asunto de la competencia de Ensenada.¹⁵ Los ingleses se impacientan por reanudar su comercio normal con España,¹⁶ pero Ensenada se mantiene en sus trece hasta saber firmado el tratado definitivo de Aquisgrán. Sólo entonces, y alardeando de la condescendencia de hacerlo antes de publicado el tratado oficialmente, se aviene a abrir los puertos españoles a los productos ingleses.¹⁷

A fines del año 1748 llegan a Europa las primeras noticias sobre el combate naval entre Knowles y Reggio cerca de La Habana, y ya empieza a sospechar el gobierno español que Knowles tenía que saber que se había declarado la paz cuando atacó la escuadra española. Esta sospecha y la voluntad del gobierno inglés de proteger a su almirante de esa acusación hieren sensiblemente a Carvajal, quien aún se mantiene a la espera de se-

ñales de mejores relaciones hispanoinglesas.¹⁸ El ministro español resuelve pedir con energía la restitución del navío apresado por Knowles, quien se negó a restituirlo en el acto al saber la noticia de la paz.¹⁹

Desde su conocimiento de los preliminares de abril de 1748, Carvajal viene mandando a Wall tantear repetidamente al gobierno inglés sobre el envío de Benjamin Keene a España para tratar de las disputas angloespañolas. Durante el mes de julio parece confirmarse que Keene será nombrado en efecto embajador inglés en la corte de Fernando VI,²⁰ pero la ausencia de Jorge II, quien se encuentra en una larga visita a Hanover, retrasa la confección de instrucciones para semejante puesto así como el nombramiento efectivo.²¹ En consecuencia, no llega el nuevo ministro a la corte española, donde recibe una cordial acogida,²² hasta el trece de febrero de 1749.²³ En contrapartida, y cumpliendo con un deseo repetidamente expresado por Carvajal,²⁴ Wall es nombrado ministro plenipotenciario de España en Londres.²⁵

Esta normalización de las relaciones diplomáticas hispanoinglesas y la suposición de que Keene va a negociar directamente con el gobierno español sobre las disputas coloniales y comerciales que quedan pendientes, estimulan grandemente el recelo francés. La rivalidad anglofrancesa se ha despertado a raíz de la pugna de las negociaciones de la paz de Aquisgrán, y en seguida proliferan los celos y las sordas contiendas diplomáticas por la amistad española.²⁶

No bien concluido el tratado definitivo, Ruysieulx expresa su intención de mudar el embajador francés en España, sugiriendo como posibles sustitutos a Mirepoix²⁷ y Vaulgrenant.²⁸ Huéscar prefiere á este último porque conoce ya la Corte española y es de genio más apacible, mientras que "Mirepoix es intrepido (y aunque muy illustre) de una excessiva vanidad, que no puede convenirnos".²⁹ La reacción de Carvajal al cambio previsto es pesadosa pero resignada: "Siento que nos quiten el obispo que está bueno bueno, pero tragaremos el que nos den por no sufrir el voto de ellos en los que queramos poner."³⁰

A Carvajal en realidad le preocupa menos el embajador que los franceses puedan enviar a España, que el español destinado a la Corte francesa. Desde hace tiempo Huéscar está insistiendo mucho en su propio regreso a España y se le plantea a Carvajal el doble problema de no dispo-

ner de alguien de confianza capaz de conducirse bien entre franceses, y de tener que oponerse con éxito a los candidatos indeseables.³¹ Quisiera que Masones aceptase el puesto pero éste se niega en redondo, y entonces el único que se le ocurre a Garvajal es el marqués de la Solera,³² aunque Huéscar, siempre dispuesto a criticar, encuentra que Solera es poco hombre para ese cargo.³³ Ante todo quiere Garvajal evitar que el marqués de Salas ocupe la embajada francesa, valiéndose de su amistad con Ensenada.³⁴ Tampoco quiere que vaya el conde de Bena,³⁵ a quien en todo caso procura desviar hacia la embajada de Viena pensando que allí molestaría menos. Al fin logra salirse con la suya, pues Salas es nombrado para la embajada de Venecia, y Bena se queda en España como director general de la Real Armada.³⁷

Al fin la elección de embajador español en Francia cae sobre Francisco Pignatelli³⁸ aunque Ignacio de Luzán es encargado de la embajada durante el intervalo entre la salida de Huéscar a fines de abril de 1749 y la llegada de Pignatelli en agosto.³⁹

Por un momento se baraja el nombre del conde de Estrées⁴⁰ como posible embajador francés en la Corte española,⁴¹ pero Huéscar favorece decididamente a Vaulgrenant, quien es nombrado a fines de noviembre de 1748.⁴² Empero Vaulgrenant no puede ir inmediatamente a Madrid, y es nombrado Partyet, antiguo cónsul francés en Cádiz y Sevilla, como encargado interino de la embajada.⁴³ Ahora bien, Puyzieulx parece que desconfía de Rennes, y evidentemente no le tranquiliza la presencia de Partyet, de modo que Garvajal sospecha en seguida que el paso de Chavigny por Madrid,⁴⁴ camino de Francia desde Lisboa donde es embajador, se ha ingeniado para vigilar de cerca e informar sobre las actividades de Keene.⁴⁵ Sin embargo las sospechas de Garvajal no se materializan, pues Chavigny no permanece largamente en la Corte española, pese a que Vaulgrenant no llega a Madrid hasta finales de mayo de 1749.⁴⁶

Las instrucciones del nuevo embajador francés reflejan claramente la convicción de que la alianza borbónica ha de mantenerse y fortalecerse ante la posibilidad de una nueva guerra. Un aspecto concreto del fortalecimiento del bloque borbónico debe ser la reconstrucción de la marina de ambos países, y Vaulgrenant no debe desperdiciar ninguna ocasión para fomentar esta idea en España. Respecto de América, Vaulgrenant debe informarse pormenorizadamente de todas las negociaciones de Keene, y en espe-

cial del rumor sobre un proyecto para recuperar Gibraltar a cambio de Puerto Rico,⁴⁷ a lo cual Francia ha de oponerse con todas sus fuerzas. También debe defender los intereses comerciales franceses, pero sin mezclarse en las disputas de particulares, excepto en casos importantes o privilegiados. En fin, el conflicto angloespañol sobre navegación en América no tiene solución por ahora, porque ni uno ni otro cederá en su interpretación de sus derechos. Sin embargo, se cree que no ocasionará otra ruptura en el próximo futuro, y la política francesa será reconocer los derechos de ambos, pero sin abusos.⁴⁸

La política de Carvajal hacia Francia es de suma dificultad para poner en práctica, pues aun reconociendo a los franceses como aliados naturales de España, ni se fía de ellos, ni desea ataduras diplomáticas. Entonces procurará contemporizar y disimular, con el fin de ganar tiempo para enderezar toda la política interna y exterior de España. "Tengo mis especies", explica a Huéscar reservadamente, "de que Vaulgrenant intentará tratados y alianzas. En el estado presente no lo conseguirá aunque yo lo ayudara, pero estoy lejos de hacer tal cosa. Por situación natural y por sangre essa debe ser nuestra alianza, pero ellos no pueden obrar bien aunque quieran. Pero desconfiarlos sin otro apoyo no es cosa para nuestro estado de debilidad y manejo que ya hará perpetua".⁴⁹

Antes del final de la guerra en América, surgió una pugna entre ingleses y franceses por la posesión de la pequeña isla de Tobago, al norte de Trinidad, que reclamaban unos y otros, junto con las islas de Santa Lucía, Dominica y San Vicente. Los ingleses pretendían que sus rivales intentaban establecer una nueva colonia, mientras que los franceses acusaban a los angloamericanos de querer expulsar por la fuerza a los colonos franceses de la isla. Llega a los oídos de Carvajal, a principios del año 1749, que Luis XV ha hecho cesión de Tobago al mariscal de Sajonia, cuyo propósito es colonizar la isla definitivamente.⁵⁰ Huéscar confirma la especie, explicando que la isla pertenecía a una compañía comercial holandesa en el siglo diecisiete, pero que fue abandonada.⁵¹ El mariscal dice proyectar la admisión de todos para colonizar Tobago, pero Huéscar ha oído que en realidad proyecta una expedición de alsacianos exclusivamente. Expresa la sempiterna inquietud española de que el jefe de la

nueva colonia, Latouche, "aunque la Isla sea infructifera el hará que sea útil por medio del contrabando y comercio con la proximidad de nuestras Indias"⁵³. Pese a este temor, Huéscar no concibe ninguna solución porque según dice él, "oreo que nunca a sido nuestra"⁵⁴. Una semana más tarde se reitera en su opinión de que España no puede oponerse al proyecto, pero sugiere que quizás se opongan fuertemente los ingleses, con lo cual "dejaremos sacar el asno con la mano ajena"⁵⁵.

De hecho ésta es la política que se adopta por el ministerio español. A Wall se le manda "incitar diestramente" al gobierno inglés para que impidan ellos, junto con los holandeses, la nueva colonización francesa.⁵⁶ Efectivamente, los ingleses ya han escudriñado en sus archivos y llegado a la conclusión que Tobago pertenece a la Corona británica. Newcastle explica que se prohibió poblar la isla a causa de su insalubridad y también por no exaltar más los celos españoles, dado que la isla está tan cercana a los dominios de España. El Duque abunda todavía más sus oínicas pruebas de amistad y confianza para con España prometiendo informar a Wall de todo lo que ocurra así como de los documentos ingleses relevantes al caso.⁵⁷

Los franceses resienten en seguida de la oposición general a su proyecto, y el gobierno retiene la patente de donación al mariscal (aunque Latouche continúa reclutando a colonos)⁵⁸, e inmediatamente publica que nunca pensó en realizar tal proyecto.⁵⁹ Sin embargo, Wall no permite a los ingleses bajar la guardia, procurando que permanezcan atentos a los acontecimientos.⁶⁰ En las Antillas ya ha habido ciertos prolegómenos de un conflicto armado, según noticias llegadas de Barbados, y el duque de Bedford insiste al embajador francés que los ingleses están dispuestos a impedir la nueva colonia por la fuerza si fuese necesario. El ministro inglés en París, Joseph Yorke, presenta asimismo un largo oficio exponiendo los fundamentos histórico-legales de la soberanía inglesa sobre Tobago, y exigiendo la evacuación francesa de la isla y la demolición de los fuertes que se hayan podido levantar.⁶¹ Por otra parte, Bedford intenta sondear la postura oficial española sobre el asunto, insinuando que España debía hacer causa común con Inglaterra en esta ocasión, sugiriendo que Wall aparta con gran habilidad.⁶²

La disputa se vuelve más complicada para la diplomacia española, al pretender a su vez los franceses que España apoye la posición suya. El

embajador francés en Londres, Durand, insiste que no se había pensado en donar la isla al mariscal, ni se habían enviado ya colonos, pero defiende el derecho de Luis XV de hacerlo y termina pidiéndole a Wall que intente suavizar la reacción inglesa, en virtud de la amistad borbónica y sobre todo porque a España no le interesa Tobago para nada. Wall naturalmente se excusa de hacerlo, diciendo que no tiene instrucciones para ello, y además puede que la Corona española tenga más derecho que nadie a la isla.⁶³ En fin, Wall cree que los franceses mostrarán tesón en lo relativo a Tobago, para que luego sirva de sacrificio, a cambio del consentimiento inglés a que se consolide la colonia francesa de Santa Lucía, establecida durante la guerra pese al acuerdo anglofrancés sobre la neutralidad provisional de esta isla.⁶⁴

Tras comprobar la falta de apoyo, Puyssieux reprocha suavemente a Huéscar la conducta española en esta ocasión. Da a entender que sabe que los españoles han espolcado la oposición inglesa al establecimiento francés en Tobago, lamentando la utilización de semejantes métodos, y señalando que los ingleses también deberían practicar lo que predicán y devolver a España la isla de Roatán y otras que han ocupado contra los tratados.⁶⁵ Empero Carvajal ha pensado ya en este asunto, y espera concluir el tratado del equivalente por el asiento, antes de exigir la evacuación de Roatán por los ingleses.⁶⁶ Piensa que todos los argumentos que empleen los ingleses ahora para forzar la evacuación francesa de Tobago, podrán ser aprovechados con gran efecto más tarde para obligar a los ingleses a abandonar Roatán y las islas contiguas. Además, Francia apoyará a España para vengarse de Inglaterra por lo de Tobago.⁶⁷ Puyssieux efectúa entonces una maniobra para comprometer al gobierno español, al publicar que Francia hará causa común con España para obligar a los ingleses a dejar Roatán. Empero Bedford enseña una carta del gobernador de Bermuda, en donde dice haber retirado ya la guarnición de Roatán, y por su parte los españoles contestan al gobierno inglés que confían en el cumplimiento inglés del tratado de Aquisgrán, de manera que ni piensan hablar del asunto ni tienen porqué mezclarse en ello los franceses.⁶⁸

Sin embargo a Vaulgrenant Carvajal insiste que no ha mandado fomentar la oposición inglesa a la colonia de Tobago, y que la culpa del silencio español sobre este asunto la han tenido los propios franceses por no in-

formar al gobierno español de su proyecto. Asimismo logra Carvajal desviar, sin despreciar, el ofrecimiento francés de apoyar las pretensiones españolas sobre Roatán.⁶⁹ En definitiva, estos lances diplomáticos atestiguan el estreno de la nueva política española respecto de Francia e Inglaterra: "Es tecla mui delicada", explica Carvajal "el modo, con que debemos comportarnos con estas dos naciones, rivales entre si para el galanteo de nuestra amistad, no pudiendo dudar que ambas la desean para desfrutarnos, y que con ninguna podemos contar hasta tal punto, que debamos orer poder desagradar a la otra en cuyo supuesto es preciso estar con cien ojos para tratar con cada una".⁷⁰

A Puyzieulx, pues, no le queda más remedio que renunciar por ahora al proyecto de colonización definitiva de Tobago, pero se aviene á evacuar la isla sólo bajo la condición de que hagan lo propio los ingleses, y proponiendo al mismo tiempo que se nombren comisarios para determinar cuáles son las posesiones antillanas de Inglaterra y Francia, y qué islas deberán permanecer neutrales y desiertas.⁷¹

Los ingleses tardan algún tiempo en contestar a esta propuesta francesa,⁷² dando pie al ministro francés para quejarse de la tardanza, al mismo tiempo que de sus noticias sobre la intención inglesa de ocupar tierras en Nueva Escocia.⁷³ Entretanto Wall piensa que sería conveniente que participase un comisario español en estas conferencias, y sugiere a Pignatelli que lo proponga como de sí mismo al gobierno francés, mientras que él haría lo propio en Londres.⁷⁴ Los ingleses se manifiestan conformes, pero Carvajal naturalmente desestima la idea porque quiere evitar cualquier negociación que no sea estrictamente bilateral sobre las disputas americanas pendientes entre Inglaterra y España, y además porque quiere evitar una situación en que necesariamente daría celos la actuación española a las otras dos potencias rivales.⁷⁵

Ahora bien, el siempre inquieto Carvajal piensa que existe un modo de beneficiarse España de este conflicto anglofrancés. Propone que España podría ser mediador y ejecutor del convenio anglofrancés sobre las islas disputadas y Nueva Escocia. Preve que querrán convenir en dejar neutrales las islas Tobago, Santa Lucía, Dominica y San Vicente, con la intención de ocuparlas despues de transcurrido algún tiempo; de modo que propone que navíos españoles garanticen la evacuación y completa neutra-

lización de las islas. Así, además de asegurar este objetivo principal, se fortalecería tanto la autoridad española para expulsar a intrusos de ciertos territorios americanos como el prestigio de Fernando VI.⁷⁶ Sin embargo, la reacción inglesa no parece muy alentadora pues Newcastle se limita a decir que Francia no aceptaría tal arreglo por celos.⁷⁷ No obstante, sí que se comienza a preparar las conferencias anglofrancesas,⁷⁸ y por fin se declaran neutrales las cuatro islas disputadas.⁷⁹ En todo el desarrollo de esta pequeña escaramusa heraldo del gran conflicto que se avecina, la diplomacia española estrena y pone a prueba una nueva orientación neutral cuyos frutos todavía no parecen claros, pues aparentemente no gana con su actuación nada que no hubiese podido esperar quedándose totalmente pasiva. Sin embargo, el pequeño riesgo corrido respecto de las relaciones hispanofrancesas no ha sido suficiente para alarmar seriamente, ni por supuesto enajenar a los franceses, pero ha bastado para dar un toque de atención y convencerlos de que deben trabajar si quieren mantener la amistad española. Por otra parte, la actitud independiente mostrada en esta disputa por el gobierno español sin duda ayuda a fomentar entre los ingleses la esperanza de poder separar a los Borbones, y abona el terreno para unas favorables negociaciones angloespañolas.

Otra cuestión americana que ocupa la atención del ministerio español durante 1749 es un proyectado viaje de descubrimiento inglés a las islas actualmente llamadas Falkland y al Pacífico. La idea surgió, al parecer, de la descripción escrita por el almirante Anson de su viaje al Mar del Sur durante la última guerra, pues resultaba fácil percibir el interés que tendría para la navegación inglesa el contar con alguna base en el Atlántico sur cerca de América, o en el mismo Pacífico.⁸⁰

La primera noticia sobre este viaje procede de Jorge Juan, quien en la primavera de 1749 se encuentra inspeccionando los astilleros ingleses, donde se fija en una fragata de catorce cañones (el Puerco espinoso)⁸¹ que se está preparando con toda urgencia para un largo viaje. Logra averiguar que va destinada al Mar del Sur, informándole luego a Wall de ello. El embajador a su vez expone al duque de Bedford que semejante proyecto forzosamente alarmaría al gobierno español, pero el inglés supone que ya que se trata de descubrir islas y parajes no pertenecientes a España, no tiene porqué surgir ningún conflicto, y sugiere también que la Corona española no tiene derecho a impedir tal viaje, con lo cual

resucita la peligrosa disputa sobre derechos de navegación. Empero Wall no se deja arrastrar a ese terreno tan quebradizo, y se limita a observar sin remilgos que el único objeto que podría tener este viaje es establecer una colonia y equiparla para que sirva de base permanente a una escuadra inglesa. Ambos propósitos indefectiblemente acarrearían conflictos, pues resulta evidente que la colonia comerciaría ilícitamente con los dominios españoles, y en tiempo de guerra facilitaría las operaciones navales inglesas contra el imperio español. Advierte que esa amenaza movería al gobierno francés a oponerse para proteger sus propios intereses, y por la disputa actual sobre la colonia francesa de Tobago, con lo cual España acabaría unida otra vez a Francia. Tanto el duque de Bedford como luego el almirante Anson procuran tranquilizar a Wall, insistiendo en que desean la paz y la amistad española, y que no se hará nada que pueda suscitar el recelo español. Ni Wall ni Juan se fían sin embargo de esta afirmación.⁸²

En seguida el ministerio inglés se apresura a explicar a Wall que no habrá problemas porque las fragatas no entrarán en el Mar del Sur, sino que van destinadas a explorar las islas Falkland,⁸³ que se encuentran entre Africa y América. Incluso estarían dispuestos, dicen Bedford y los dos hermanos Pelham, a suspender el viaje pero insiste en realizarlo Anson, aunque mirarán a ver si su amigo Sandwich puede disuadirle. Esta respuesta resulta muy poco convincente y Wall decide avisar a Ensenada para que éste pueda tomar sus precauciones.⁸⁴

En un primer momento, los informes recabados por Carvajal le inducen a pensar que no existe ningún inconveniente en el proyecto inglés, pero como está consciente de que pueden faltar datos, decide aferrarse únicamente a la declaración del gobierno inglés de que no se penetraría en el Pacífico - que por otra parte constituye un reconocimiento del derecho español a prohibir la navegación extranjera allí -, ni se daría motivo de queja a la Corona española.⁸⁵ Apela a los derechos históricos y legales que aseguran la exclusiva navegación española en el Mar del Sur, y afirma que el gobierno español "usara de todos los medios sin exceptuar alguna, para oponerse"⁸⁶ a la expedición inglesa a esa mar. Ahora bien, un cotejo personal más cuidadoso de los mapas españoles, revela a Carvajal que las islas atlánticas que pretenden explorar los ingleses de hecho están muy cercanas al extremo meridional de la América española. Son

bien conocidas por los españoles, quienes las utilizan de vez en cuando, e incluso se han interesado los jesuitas en establecer misiones en estas islas, que desde luego pertenecen a la Corona española.⁸⁷ Carvajal percibe que una escuadra inglesa basada allí no sólo podría entrar a su antojo en el Mar del Sur, sino que podría impedir la navegación española por el Cabo de Hornos o Estrecho de Magallanes, o sea que "es lo mismo que quitar al Rey el Dominio de aquel Mar y tomarle para sí."⁸⁸ En consecuencia, el gobierno inglés debe renunciar enteramente a la expedición.

La previsión de Wall y Carvajal en no basar su oposición a la expedición en el derecho español a impedir la navegación en aguas americanas, se demuestra acertadas; pues el ministerio inglés explica que renunciarían si tuviesen la seguridad de que no se entendería como una renuncia al derecho de libre navegación.⁸⁹ Tras la habil contestación de Wall a este reparo, resuelven al fin desistir definitivamente de hacer el viaje proyectado,⁹⁰ desenlace que considera Carvajal como "un gran triumpho".⁹¹

Entretanto se han iniciado las largas negociaciones angloespañolas que desembocarán en el convenio comercial de 1750. Desde su llegada a mediados de febrero Keene deja transcurrir varias semanas sin abordar la negociación del equivalente por el asiento. La verdad es que el embajador inglés no está enterado del convenio firmado el veinticuatro de junio de 1748 por Sandwich y Masones, y el veintiuno de marzo sorprende a Carvajal al pasar un oficio pidiendo las cédulas para la readmisión en los puertos indianos de los factores de la Compañía del Asiento.⁹² Carvajal expresa su extrañeza y supone que Keene ha debido de pasar el oficio sin orden de su gobierno. Le remite una copia del convenio del veinticuatro de junio, diciendo que se mantiene a la espera de entablar las negociaciones correspondientes.⁹³

Resulta que Bedford tampoco se acuerda del convenio, aunque sí admite haber hablado repetidamente de ajustar un equivalente por el asiento. Wall está convencido de que el coste de restablecer las factorías superaría las ganancias previsibles en sólo cuatro años de asiento, y que por tanto interesa más a los accionistas, renunciar a cambio de una indemnización, así como interesa al gobierno inglés por razones políticas eliminar esa fuente de discordia entre Inglaterra y España.⁹⁴ Por eso mis-

mo, Carvajal ya ha formado su política de mostrarse interesado, pero no excesivamente, en ajustar el equivalente. El desea fervientemente acabar con el asiento inglés, pero no a cualquier precio, porque cree que los ingleses también tienen interés en liquidarlo, de modo que piensa negociar un tratado lo más favorable posible y "si en todo estuviesen los Ingleses intratables les dejaremos gozar su artículo...; Y yo espero tomar medidas que les haga desear, que los años se abrevien, que esse recurso tenemos".⁹⁵

De momento el gobierno inglés empieza por intentar suscitar el temor español de que no está dispuesto a negociar el equivalente. A más de retrasar largo tiempo el envío de instrucciones a Keene, se objeta que el convenio Sandwich-Nasones se firmó antes de acordarse los cambios en el artículo sobre el asiento, dando a entender que se considera invalidado el convenio. Wall rebate con eficacia este argumento, pero se le ofrecen mayores dificultades cuando el gobierno inglés justifica su tardanza en remitir instrucciones a Keene diciendo que la Compañía aún no ha entregado la lista de sus créditos y pretensiones contra la Corona española. Insisten los ingleses que las deudas reconocidas subsisten a pesar de haber estallado la guerra y no haberse renovado la convención del Pardo. Esto obliga a Wall a recordar que Fernando VI también tiene sus reclamaciones contra la Compañía, y que como todos preven que esas negociaciones durarán mucho tiempo, sería conveniente ajustar primero el equivalente y luego atender a las demás cuentas pendientes. Naturalmente los ministros ingleses no van a debilitar de entrada su posición admitiendo tal procedimiento, y contestan que todos los puntos habrán de tratarse al mismo tiempo,⁹⁶ o incluso que antes que nada sería preciso llegar a un acuerdo sobre los respectivos créditos reclamados.⁹⁷ Newcastle por su parte, expresa su deseo de que se concluya una convención angloespañola pronto,⁹⁸ pero resulta que la Compañía se retrae de iniciar los tratos por no parecer deseosa del equivalente.⁹⁹ Wall comprende, y comparte, el deseo de Newcastle, porque percibe que ahora el duque se encuentra en una posición similar a la que ocupaba Walpole en 1739, y que a España le conviene facilitar en lo posible el ajuste de un convenio, con el fin de acallar la oposición y fortalecer el gobierno relativamente amistoso de Newcastle.¹⁰⁰

Entretanto, surge de nuevo el problema del cese de las hostilidades

y la restitución de presas. Carvajal ha entendido que el cese en mares americanos debe comenzar doce¹⁰¹ semanas desde la accesión española a los preliminares el veintiocho de junio (que sería entonces el veinte de septiembre). Empero Keene le aclara el punto explicando que se acordó que cesasen las hostilidades el nueve de agosto, incluso en los mares americanos septentrionales con tal de que sean "más acá de la línea". Así se publicó en Londres, y se acordó el ocho de julio entre Inglaterra, Holanda y Francia, accediendo España a fines de ese mes. Carvajal conviene entonces en ello, y se da como fecha definitiva de cese de hostilidades dentro de los límites señalados el nueve de agosto de 1748.¹⁰² Ensenada da salida a las órdenes de restitución de presas tomadas después de esta fecha, el veintiuno de mayo de 1749.

Mientras espera instrucciones sobre el asiento, Keene aborda otro asunto de considerable importancia para los comerciantes ingleses. Se trata de la renovación del tratado de 1715, explanatorio de los de Utrecht de 1713, negociado en Madrid por Jorge Bubb, y que Sandwich olvidó de hacer renovar por el tratado de Aquisgrán. De este pequeño tratado dependen los derechos ingleses a gozar de los mismos impuestos de importación y exportación que regían en tiempos del infeliz Carlos II, y a extraer sal de la isla Tortuga, así como la confirmación del tratado de Santander de 1700.¹⁰³ Resulta embarazoso para el gobierno inglés haber perdido estos derechos por negligencia, y Carvajal comprende de las palabras de Keene que "les duele bravamente",¹⁰⁴ pero por el momento procura esquivar la petición, manteniendo que no encuentra ninguna justificación suficiente para renovar ese tratado,¹⁰⁵ especialmente teniendo en cuenta que los defectos del tratado de Aquisgrán difícilmente se pueden imputar a presiones españolas cuando Inglaterra y Francia excluyeron a España de su elaboración.¹⁰⁶ La importancia de asegurar las ventajas comerciales del tratado de 1715 viene subrayada por el aumento, durante la guerra, de los impuestos españoles sobre ciertas mercancías, afectando adversamente al comercio inglés.

Por otra parte, las confusas explicaciones dadas por el ministerio inglés a Wall respecto de los créditos ingleses contra la Corona española, y la convención del Pardo, obligan a Carvajal a recordar y precisar que la convención no estipulaba nada sobre las mutuas reclamaciones de la Compañía y la Corona española, y que la suma de dinero que España aceptó

pagar en concepto de indemnización de presas indebidas ya no se debe pedir. Explica que se admitieron casos dudosos y cálculos elevados de las pérdidas inglesas, con el fin de conservar la paz, pero los propios comerciantes ingleses propiciaron la ruptura, "con que su satisfacción la pusieron en las armas, y así se deben contentar con el fruto de ellas".¹⁰⁷

Para mediados de julio parece que se aclara algo el planteamiento inglés de las negociaciones con España. Se admitirá un equivalente por el asiento y navío de permiso, y se renunciará a la indemnización por presas particulares, a cambio de la renovación del tratado de 1715, y el reconocimiento de la deuda de la Corona española para con la Compañía.¹⁰⁸ Semejante actitud, tan parca en concesiones, augura penosas y complicadas negociaciones en los próximos meses. Efectivamente, al ver la resistencia de Carvajal a admitir la renovación del tratado de 1715, piensan los ingleses en negociar un nuevo tratado comercial con España.¹⁰⁹ Las exigencias de la Compañía y su eterna obstinación en no presentar sus cuentas claras y completas, van a entorpecer nuevamente el proceso de alcanzar un acuerdo en negociaciones ya de por sí sumamente intrincadas.¹¹⁰

Todavía durante algún tiempo el ministerio inglés intenta persuadir al español para la renovación del tratado de 1715. Ahora arguyen que los tratados de 1667 y 1713 (en particular el artículo 8º de este último)¹¹¹ de hecho aseguran al comercio inglés las ventajas de tiempos de Carlos II, y que por lo tanto no se puede introducir novedades que lesionen esos derechos e intereses. Wall señala que España no ha adoptado ninguna medida mercantil que Inglaterra no hubiese establecido con anterioridad, y apela al principio básico de la reciprocidad en cualquier pacto comercial entre dos naciones. Asimismo recuerda que España está obligada por tratados a no favorecer una potencia por encima de otra, de manera que no podrá renovar el tratado de 1715 sin extenderlo a las demás potencias, y sin embargo sí puede favorecer de hecho el comercio de una u otra, siempre que lo merezca. Naturalmente no interesa en absoluto a los ingleses un tratamiento moderado o incluso benigno, pero que pende de su propia buena conducta.

Entonces el ministerio inglés propone formalmente que se renegocie el tratado de 1715, englobando sus puntos en un nuevo convenio comercial

particular, y justificando las ventajas que ofrecerá diciendo " que lo ⁴⁶⁶
que se concedía a la Inglaterra era en consideración a los derechos que
nos cedía de las quantas a favor de la Compañía y del goze de los quatro
años del Assiento de negros y Navio de permiso; lo que renunciarían por
el comun bien de la Nación." ¹¹² Por su parte, Carvajal admite gustoso la idea
de negociar un nuevo tratado comercial con Inglaterra, pero considera muy
pequeñas las concesiones propuestas a cargo de la Compañía, comparadas
con las ventajas permanentes del tratado de 1715 que los comerciantes in-
gleses desearían ver englobadas en el nuevo convenio. ¹¹³ Además no ha queda-
do del todo claro si la oferta inglesa se entiende renuncia a todas las
pretensiones de la Compañía, o renuncia solamente al disfrute de los cua-
tro años de asiento, y navío que quedan, con lo cual pretenderán cobrar
todavía el equivalente a convenir. Sea como sea, Carvajal se dispone a
iniciar cautelosamente la negociación de un tratado comercial con Ingla-
terra, concediendo los puntos menos perjudiciales del tratado de 1715. ¹¹⁴
Wall comunica esta decisión al gobierno inglés con suma habilidad, cul-
tivando una sensación de alivio, de agradecimiento y de satisfacción en
la Corte inglesa. Newcastle expresa su voluntad de no volver a compromé-
ter o romper la amistad angloespañola mientras él viva, y en Londres al
menos todo parece respirar un nuevo optimismo cara a las relaciones con
España. ¹¹⁵

Durante los prolegómenos de la nueva negociación y mientras se prepa-
ren las instrucciones para Keene, ambos gobiernos procuran aclarar y for-
talecer sus posiciones de entrada. Los españoles hacen hincapié en que
se presenta una ocasión única para que Inglaterra cimente una verdadera
amistad con España, y en que se debe reconocer el mérito y la buena fe
manifestados por España al admitir la negociación de un tratado comer-
cial, cuyas ventajas serán permanentes, a cambio de la renuncia de tan
pequeñas y dudosas pretensiones de la Compañía. Con estas apreciaciones
se está intentando asegurar que la Compañía renuncie en efecto y sin re-
servas a todas sus antiguas y actuales pretensiones, a la vez que se
procura disponer al gobierno inglés a ser moderado y concesivo en la
próxima negociación. Por su parte, los ingleses empiezan a insinuar que
podrían pedir ventajas que no estuviesen incluidas en el tratado de 1715,
revelando su constante ambición de crecientes privilegios comerciales. ¹¹⁶
Más tarde, también empiezan a suscitarse dudas sobre poder recompensar a la
Compañía por sus renunciaciones, o siquiera obligarla a dichas renunciaciones mien-
tras no se aclaran más las ventajas comerciales que España piensa conceder

en el nuevo tratado. Reconocen que los cuatro años de asiento y navío no significan demasiado, pero reducen repentinamente sus escrúpulos sobre la renuncia al crédito de la Compañía contra la Corona española, el cual hacen ascender a quinientas mil libras.¹¹⁷ La sorpresa y el pesar de Wall son considerables, teniendo en cuenta que la renuncia a todas las pretensiones de la Compañía fue idea del gobierno inglés, y explica finalmente que si Su Majestad Católica concedía un tratado comercial particular con Inglaterra a cambio de la renuncia en cuestión, no es porque se reconoce la existencia, ni por supuesto la elevada cuantía, de los créditos reclamados, sino exclusivamente para poder justificar ante las demás potencias que Inglaterra había "pagado" sus ventajas comerciales.¹¹⁸

Entonces, y después de muchas discusiones internas, el ministerio inglés propone que se haga el convenio previsto, pero sin mencionar el crédito que reclama la Compañía. Arguyen que esta prevención será suficiente para quitar todo apoyo oficial a la reclamación de la Compañía, pero que al mismo tiempo evita al gobierno la arriesgada, y acaso anticonstitucional, necesidad de interferir con la propiedad privada. Estos argumentos resultan bastante plausibles, pero no obstante Wall se resiste a ellos porque evidentemente no ofrecen ninguna verdadera garantía de que no se reclamará el crédito en el futuro.¹¹⁹

Carvajal capta en seguida las intenciones inglesas, y explica con razón que la idea del convenio no fue propuesta por él sino por el gobierno inglés, y posteriormente admitida por el español, de modo que bajo ningún concepto podrán los ingleses ahora introducir variaciones importantes en la propuesta original. Si insisten, se olvidará el convenio, y se procederá a negociar simplemente el equivalente por los cuatro años de asiento y navío, iniciando también la investigación y discusión de las cuentas de la Compañía, proceso que se preve durará muchos años, hasta determinar por fin el crédito (sin duda pequeño) debido a España.

Si tampoco se ajustase el equivalente, la Compañía podrá disfrutar de sus cuatro años, y en pas, pero en cualquier caso Inglaterra se quedaría sin tratado de 1715.¹²⁰ Son argumentos de peso que ponen a Carvajal en una posición de fuerza frente al indeciso y temeroso ministerio inglés. Wall advierte que Bedford se ha opuesto al proyecto de Newcastle por la ligereza con que lo ideó, para poderse defender de las críticas de la oposición política, y a su vez para poder atacar al propio Newcastle.¹²¹ De hecho y a causa de la resistencia de la Compañía a renunciar a sus

derechos para facilitar el ajuste de un convenio comercial, las negociaciones angloespañolas se quedan estancadas.

Sin embargo el deseo de Carvajal de estabilizar, y a poder ser mejorar, las relaciones de España con Inglaterra, le impulsa en diciembre de 1749 a tomar la iniciativa e intentar salir del atolladero, elaborando él un proyecto de conveni^on como base de discusión. En él incluye la renuncia expresa y absoluta a todas las pretensiones de la Compañía, a la vez que incluye los artículos del tratado de 1715, excepto el 2º que confirmaba el tratado de Santander de 1700, y parte del 5º que podría interpretarse para autorizar el acceso de todas las potencias a los privilegios concedidos a Inglaterra. En fin, para asegurar incluye dos veces la exclusividad inglesa en los privilegios comerciales. La reacción de Keene es astutamente desconfiada respecto de la efectiva exclusividad en los privilegios, e insiste en las insuperables dificultades para convencer a la Compañía, volviendo a solicitar que se omita toda mención del crédito en el convenio.

Esta vez logra confundir a Carvajal por un momento, pues cuando éste se niega al expediente del silencio porque eso equivaldría a dejar en pie el crédito de la Compañía, Keene contesta que ¿cómo es entonces que el olvido del tratado de 1715 en Aquisgrán lo había dejado inválido? Carvajal sale del paso como puede diciendo que el tratado de Aquisgrán no mencionaba para nada el tratado de 1715, a la vez que sí renovaba otros tratados, pero que reconocía el derecho de la Compañía a otros cuatro años de asiento, con lo cual se da a entender que también se reconocían las pretensiones derivadas de ese asiento.¹²²

Manteniéndose los ingleses en que silencio el crédito, y los españoles en que se estipule su anulación, se definen las posturas divergentes dentro del ministerio inglés. Newcastle arguye a favor de un enfoque político del problema, defendiendo su estrategia diplomática de separar a los Borbones con el fin de aislar a Francia. De acuerdo con este pensamiento, el establecimiento de relaciones amistosas con España trasciende con mucho el inmediato y egoísta interés monetario de la Compañía. Empero le queda a Newcastle todavía la legítima duda de si el gobierno puede disponer de la propiedad privada, sobre todo habida cuenta de que la Compañía

ha negociado directa e independientemente con el gobierno español a raíz de las disputas derivadas del asiento de negros y navío de permiso. Algunos juristas ingleses consultados sobre este problema sugieren que se estipule la abolición del crédito pero añadiendo la frase "quantum est in nobis", con lo cual evidentemente la garantía para España deja de ser absoluta, y por tanto es inadmisibile.¹²³ En fin, Bedford pregunta si no sería viable para España conceder a la Compañía, a cambio de la anulación del crédito, el derecho de vender negros en algún puerto hispanoamericano, tomando precauciones para impedir el contrabando y sin excluir de la trata a otras potencias. Naturalmente semejante proposición no es admisible bajo ningún concepto pues, aunque esto no lo pueden decir los españoles, todo el interés en liquidar el asiento inglés reside precisamente en alejar a los ingleses de los dominios indios de España, al menos en la medida de lo posible legalmente.¹²⁴ Por otra parte, surgen nuevos problemas en la negociación, al insistir el gobierno inglés en la inclusión en el nuevo convenio de aquellos puntos del tratado de 1715 deliberadamente omitidos por Carvajal de su proyecto.¹²⁵

Empero durante varias semanas toda la atención de unos y otros está puesta en la lucha de Newcastle consigo mismo y con los demás ministros y consejeros legales sobre la anulación del crédito de la Compañía. El gobierno español mantiene sus dos argumentos fundamentales de que sin la anulación expresa podrá resucitarse la pretensión en cualquier momento futuro, y que sólo la tal anulación, junto con la renuncia a los cuatro años de asiento y navío, podrá permitir a España justificar ante las demás potencias las concesiones comerciales que Inglaterra habrá de gozar en exclusiva. Por su parte los ingleses sostienen que el gobierno no puede disponer de la propiedad privada, por muy interesantes que sean los motivos políticos que impulsan a ello.¹²⁶ Al fin, Newcastle empieza a flaquear, y pide que el gobierno español pague una cantidad pequeña para "tapar la boca a los mal Yntencionados".¹²⁷ Esta idea acaba imponiéndose en la Corte inglesa, y pronto se especifica que la cantidad mínima aceptable sería doscientas mil libras.¹²⁸ Verdad es que esta cifra dista mucho de las ochocientas mil, o siquiera las quinientas mil, libras de que la Compañía decía ser acreedora, y Wall aconseja que se acepte pagar la cantidad, confiado en que se darán facilidades de pago.¹²⁹

Sin embargo Carvajal se resiste con tesón a esta solución, diciendo "no puedo salir de aquí que el poco, ni mucho no me hacen diferencia: que en pidiendo algo, se varia el sistema, y se me priva del fundamento de hazer particularidad respecto de otras Naciones,... y que así no sé que hablar, si no es de ajustarnos sobre los 4 años a dinero y dejar al examen de contadores lo que resulte de lo pasado, pagando el que deba, en haziendose la liquidación,... con que después de tanto adelantado, empesamos de nuevo ahora por camino tan distinto del que avíamos adelantado tanto, pero no hay remedio".¹³⁰ Carvajal evidentemente está intentando forzar a los ingleses a abandonar las pretensiones de la Compañía bajo amenaza de perder la ocasión de obtener un tratado comercial con España. Sigue, pues, la táctica que se marcó al comienzo de las negociaciones, disponiéndose ahora a entrar en su segunda alternativa.¹³¹ El tajante lenguaje empleado por Carvajal se justifica a sus ojos porque, según interpreta él, sus negociaciones con Keene hasta ahora no tropezaban sobre si se anulaba o no el crédito, sino sobre su expresa inclusión en el tratado o su omisión.¹³² Empero Carvajal está perfectamente enterado de las disensiones en el ministerio inglés sobre este punto, y por tanto es preciso entender que con esta reacción pretende dar un golpe de efecto para inclinar a los ingleses a su favor. Insiste que desde el punto de vista español, el asiento se concedió originalmente a la Corona inglesa y que en consecuencia todas las pretensiones derivadas de él también competen a la Corona.¹³³ Con este argumento Carvajal está insinuando de hecho que el gobierno inglés debe arreglárselas como pueda con la Compañía, indemnizándola si acaso con lo que juzgue oportuno, independientemente de la negociación a nivel de Estado actualmente en curso entre las dos potencias. También toca ligeramente el ansia inglesa de separar a España de Francia, aunque templando su referencia a los "amigos anteriores" con una clara alusión a sus esperanzas de cimentar una nueva amistad hispanoinglesa.¹³⁴ En definitiva, Carvajal ha exprimido al máximo todos los argumentos de que dispone para persuadir al gobierno inglés, y confía a Wall, "espero un poco que produzca efecto mi firmeza".¹³⁵

El efecto que produce la determinación de Carvajal resulta ser desconcertante. Bedford se muestra indeciso, sin saber qué hacer, y aunque

Newcastle habla de trabajar todos para concluir, Wall se cierra en que corresponde a los ingleses decidir, y a él solamente escuchar y transmitir esa decisión.¹³⁶ Esta situación de desconcierto y de vacilación se prolonga durante los meses de mayo y junio, hasta que por fin se decide Carvajal a intentar reanimar las negociaciones, que por cierto quedan un poco en el aire también a causa del viaje hecho por el rey Jorge II a Hanover. Le acompañan Newcastle y Wall, mientras que Bedford permanece en Londres con el gobierno de regencia, y queda encargado de los negocios españoles el secretario de la embajada, Félix de Abreu.

Entretanto, las amistosas relaciones angloespañolas se ven turbadas momentáneamente a raíz de la misión secreta de Jorge Juan en Inglaterra, consistente (entre otras cosas) en reclutar y embarcar para España a cuantos maestros de oficio quieran ir y reúnan las condiciones requeridas. En abril de 1750 se descubre el engaño y Jorge Juan se ve obligado a disfrazarse para huir.¹³⁷ Naturalmente el disgusto a nivel gubernamental es mayúsculo, y Wall ha de procurar alejar de sí toda sospecha de colaboración en tan desleal competencia.¹³⁸

Otro motivo de inquietud para el gobierno español es la información que va recibiendo a lo largo de la primavera y el verano de 1750 sobre una expedición al Mar del Sur. Se prepara en el puerto de Liorna y parece que el emperador lo patrocina, pero los navíos, las provisiones, los oficiales y tripulantes son todos ingleses, y naturalmente en España surgen los mismos recelos que el año anterior cuando se proyectaba una expedición similar. Empero el deseo de no suscitar nuevamente la disputa sobre la libertad de navegación en los mares americanos, hace que se tante el asunto muy suavemente, contentándose el gobierno español con las seguridades ofrecidas por Bedford y Newcastle de que el gobierno inglés no está implicado oficialmente para nada en la expedición.¹³⁹ Al fin resulta que la expedición no se destina a las Indias, y por ahora amaina de nuevo la inquietud española.¹⁴⁰

En fin, las incompatibilidades fundamentales entre el sistema político-económico inglés y el español vuelven a plantear los mismos problemas y conflictos que originaron la guerra de 1739. Ya en agosto de 1749 hubo quejas acerca de un corsario español de Campeche, que al parecer se erigió en guardacostas cuando terminó la guerra, con el ánimo declarado de cruzar delante de Caracas para apresar algún navío inglés cargado de plata. El

gobierno español ofreció entonces unas respectivas conciliatorias, prometiendo como siempre investigar el caso y castigar al culpable si procediese, y hacer lo posible por evitar tales abusos en el futuro.¹⁴¹ En marzo del año siguiente de 1750 ya se remitieron de Indias noticias sobre los esfuerzos de los ingleses para continuar su comercio ilícito en Honduras y Guatemala. El oficial expuso las dificultades con que tropezaba, en orden a autoridad y financiación, para impedirlo, pero relató la captura en Gracias a Dios, tras resistencia armada, de un navío jamaicano cargado de mercancías consignadas a un comerciante español de Guatemala.¹⁴²

Asimismo Abreu se preocupa de averiguar lo que pueda sobre los navíos que se preparan en puertos ingleses para hacer el comercio ilícito en las Indias españolas. Con el fin de estar al tanto de estas expediciones comerciales, y de cualquier otra novedad en la marina inglesa, contrata a unos cuantos espías que le van informando de todo, y él piensa en llevar una especie de registro secreto de todos los navíos mercantiles destinados a América cargados de contrabando. En seguida se entera de la preparación de dos navíos particulares de veinte cañones, Leostaff y Barracuta, capitanes Hutchinson y Reynolds, que irán a comerciar en Honduras y Tierra Firme. Explica que es imposible guardar el secreto de semejantes empresas en Inglaterra, y asegura que "no hai mes en el año en que aquí no se arme para hacer el contrabando".¹⁴³ Empero reconoce que el gobierno inglés no tiene parte en este comercio, aunque naturalmente tampoco no hace nada por poner ningún freno efectivo.¹⁴⁴

Entonces en el verano de 1750 los ingleses empiezan a tener noticias de la preparación de grandes armamentos españoles en Honduras, Campeche, La Habana y Cartagena. Corre la voz de que se piensa atacar a los indios mosquitos que están bajo la protección inglesa, pero de momento el riesgo de ser apresado retiene al Barracuta, destinado a Honduras, en Londres.¹⁴⁵ Sin embargo a mediados de agosto llegan a Londres cinco navíos, procedentes de Honduras, cargados con mucho palo y un poco de plata. Traen también noticias de una inminente expedición española a esas costas. Al mismo tiempo llega la noticia de la captura sobre la costa portorriqueña de un navío que se dedicaba al contrabando.¹⁴⁶

Pocos días mas tarde se sabe que veinticinco navíos ingleses han sido apresados por guardacostas españoles cuando traficaban en Honduras. Naturalmente Abreu insiste que los ingleses no tienen nada que hacer legalmente en esa parte del mundo, y por lo tanto no es de extrañar que encon-

trándose allí, se apresasen. No obstante, este caso da pie al gobierno inglés para defender su derecho a cortar palo en esos lugares, si no por los tratados internacionales, si por larga tradición y ejercicio del corte de palo en la costa hondureña.¹⁴⁷ Otra vez sale pues, el argumento inglés de la posesión u ocupación efectiva como base del derecho. Esta disputa concreta ya estaba en la mente de ambos gobiernos en 1739 pero, aunque los españoles prepararon sus argumentos sobre el tema, no surgió de hecho en las discusiones de entonces.

A fines de junio Carvajal admite que ya no adelanta nada en sus negociaciones con Keene sobre el ajuste comercial.¹⁴⁸ Es preciso salir del estancamiento, porque la plena maduración de los planes del nuevo gobierno español en todos los frentes, requiere cierto grado de independisación de España respecto de Francia, y la semblanza al menos de una amistad discreta con Inglaterra. En consecuencia, la mera negociación de un equivalente por el asiento, o la perspectiva de la reanudación del asiento inglés por los cuatro años, y sobre todo la resucitación de las disputas con la Compañía sobre cuentas pendientes, resultan a todas luces insatisfactorias o incluso negativas para los proyectos españoles. Carvajal, pues, va midiendo las exigencias inglesas contra el interés para España de un convenio amigable, que tendrá buena acogida en Inglaterra y asegurará la estabilidad en el poder de un gobierno inglés relativamente favorable a España.

En efecto, Carvajal opina que todavía vale la pena intentar salvar las negociaciones, y por fin cede en uno de sus puntos, aceptando que se silencie en el tratado la anulación del crédito de la Compañía, con tal de obtener una garantía formal reservada de que queda extinguido.¹⁴⁹ Con ello, naturalmente, renuncia a su argumento de que hacía falta la extinción expresa para justificar ante las demás potencias la concesión de especiales ventajas comerciales a Inglaterra. La reacción de Newcastle desconcierta a Wall, porque si bien se muestra muy contento de la concesión de Carvajal, acaba por rechazar la propuesta diciendo que no podría mantener en secreto la garantía y resultaría muy peligroso para el gobierno obrar de esa manera.¹⁵⁰

Entonces Carvajal intenta otro tipo de concesión. Ofrece pagar una suma de dinero a la Compañía, pero a cambio de que se limite el número de años de vigencia del tratado comercial. Contra la petición inglesa de doscientas mil libras, él ofrece cien mil en efectivo más la renuncia a las setenta mil (aproximadamente) que la Compañía debe a la Corona española,

y por otra parte quiere limitar la vigencia del convenio a seis años.¹⁵¹ Arguye que ya que tiene que pagar algo, sólo podrá seguir justificando el convenio comercial si tiene una duración limitada. Carvajal bien puede decir: "Si no acabamos de concluir bien nuestras cosas no sera por falta de deseo, y de diligencia: Todos los caminos se han tocado, en ninguno he estado inflexible, y ultimamente vengo en dar dinero, y ventajas particulares, y aunque á Mr. Keene se le hace poca la cantidad de una, y otra especie, a mí se me hace mucho que sean las dos a vn mismo tiempo concedidas, por poco que se dé de cada vna".¹⁵² Finalmente, procura endulzar el trago señalando que si continúan las amistosas relaciones angloespañolas al cabo de los seis años, siempre queda abierta la posibilidad de renovar el convenio.¹⁵³

En realidad, y aunque parezca que Carvajal ha cedido enteramente en su postura, esta última proposición sería sin duda ventajosa para España. Limitar la vigencia de las concesiones comerciales a Inglaterra, sin duda vale el pago de una suma de dinero que, aunque gravoso en el momento, no comporta desventajas permanentes. De la misma forma piensan lógicamente los ingleses, y se resisten absolutamente a la propuesta de Carvajal.¹⁵⁴ Newcastle acusa al gobierno español de cambiar por completo el planteamiento acordado del tratado y, exasperado, concluye "que por fin está el negocio peor que al principio".¹⁵⁵ La limitación del tiempo de disfrute de los privilegios comerciales se rechaza básicamente porque se sospecha que España busca sólo ganar tiempo para reconstruir la marina y potenciar los recursos españoles.¹⁵⁶ Es decir, que los ingleses están lejos de creer que España está total y definitivamente indefensa, así que su mayor deseo es obtener concesiones permanentes formalizadas en un tratado, ahora que España se encuentra momentáneamente debilitada y pacífica.

La respuesta inglesa a las proposiciones de Carvajal se presenta entonces como su última palabra, de manera que se deja entrever una incierta amenaza en el caso de no llegar a un acuerdo.¹⁵⁷ Los ingleses ofrecen dos alternativas para concluir un ajuste: se acentarían las cien mil libras ofrecidas por Carvajal a cambio de la renuncia a los cuatro años de asierto y navíos, y al crédito de la Compañía, pero concediendo España todos los privilegios incluidos en el tratado de 1715 sin expresar la exclusión de otras potencias. La segunda posibilidad modifica la primera solamente en que si España no quiere pagar dinero además de conceder los privilegios comer-

ciales, se podría incluir un artículo en el cual la Corona inglesa renunciase a todas sus pretensiones¹⁵⁸ contra España en general, pero sin especificar las de la Compañía.

Esta última propuesta engaña sin duda, porque está claro que el gobierno inglés no puede disponer a su conveniencia de la propiedad privada, sin violar uno de los más estimados derechos constitucionales de los ingleses. Además la Compañía no admitiría su inclusión en una renuncia general, puesto que sus intereses específicos han sido el objeto de tratados internacionales, el último de los cuales reconoce su derecho a continuar gozando del asiento durante otros cuatro años. Dada la forma de gobierno y el temperamento político de los ingleses, resulta verosímil que la historia pueda repetirse, y que estalle otra guerra por los mismo motivos y manipulaciones prevalentes en 1739. Sin duda alguna, pues, conviene a España no dejar ningún cabo suelto, y menos cuando reviste la importancia de los asuntos de la Compañía del asiento. Por lo tanto habrá de pagar las cien mil libras para asegurar uno de los principales fines de la negociación: la liquidación definitiva del asiento inglés.

Esto mismo piensa Carvajal, pero aún regatea un último punto, obteniendo una leve mejora en los términos del acuerdo. En efecto, se niega a renovar el tratado comercial, ajustado en 1700 entre los vecinos de Santander y los ingleses,¹⁶⁰ y confirmado en el tratado de 1715.¹⁶¹ Carvajal insiste que semejante concesión va en intolerable menoscabo de la soberanía del rey, y se mantiene firme a pesar del argumento de Keene de que si Felipe V pudo confirmarlo, la negativa de Fernando VI se vería como una crítica sobre la conducta de su padre.¹⁶² Al fin, Keene decide que es un obstáculo demasiado insignificante para detener toda la negociación, y cede a Carvajal en este punto.¹⁶³ El tratado se firma por fin el cinco de octubre de 1750.¹⁶⁴

El asiento inglés queda enteramente liquidado¹⁶⁵ a cambio del pago de cien mil libras esterlinas dentro del plazo de tres meses. Para Carvajal es un auténtico logro pues no se trata sólo de librarse de cuatro años de asiento inglés, (cuya limitación era ya un notable triunfo de la diplomacia española de 1748), sino de poner en el olvido las angustiosas disputas sobre las cuentas pendientes entre la Compañía y la Corona española, que habrían complicado y agriado innecesariamente las relaciones hispanoinglesas, en este delicado momento de replanteamiento de toda la política española.

En cuanto a las otras grandes disputas americanas entre los dos países,

no se estipula nada. Sobre límites territoriales no se añade nada a la cláusula de la paz de Aquisgrán, que impone la restitución de todas las conquistas de la guerra; y ni siquiera esta mínima condición de la paz es cumplida puntualmente, pues aunque la isla de Roatán es evacuada por la guarnición inglesa, permanecen en ella algunos particulares, circunstancia que los ingleses intentan justificar.¹⁶⁶

Los españoles en esto se mantienen a la expectativa del desenlace de las negociaciones anglofrancesas sobre Tobago y Santa Lucía. Así pues, el conflicto fronterizo entre Florida y Georgia no es resuelto sino en la práctica, en virtud de una especie de tregua sine die. Se olvida por el momento toda idea de negociar unos límites definidos, y quizás sea ésta el defecto más notable del tratado.

Tampoco se menciona el conflicto sobre derechos de navegación, pero esta omisión es más comprensible porque sin importantes concesiones de una u otra parte, las posturas en este conflicto son virtualmente irreconciliables sobre el papel. Ambos gobiernos prefieren eludir el tema, e incluso los ingleses parecen haberse dado cuenta de la imposibilidad de sus pretensiones de 1739, una vez que el criterio que provocaron alcanzó su objetivo principal al caer Walpole del poder.¹⁶⁷ Consecuentemente ambos gobiernos adoptan una política de contención y reconciliación que, si bien no impide la pronta renovación de las quejas y protestas de siempre, permite ir defrayando la paz y la amistad hasta donde es posible. Carvajal manifiesta una satisfacción moderada con el tratado, diciendo "Nadie pensó que se acabase la guerra con los Yngleses, quedandose ellos sin asiento de Negros y sin libre navegación establecida, y se ha logrado uno y otro".¹⁶⁸

Las concesiones aduaneras hechas por el tratado al comercio inglés en España sin duda son importantes, pero la verdad es que el tratado de 1667, incluido íntegro en el de comercio de Utrecht, confirmado a su vez en 1748, asegura ya a los ingleses que su comercio no será sujeto a mayores ni diferentes gravámenes que los vigentes para los súbditos españoles o para los demás extranjeros, y que gozará siempre de los mismos privilegios que el comercio de los propios españoles, y de la nación más favorecida.¹⁶⁹ Sin embargo también es verdad que desde entonces los impuestos han sido incrementados para todos,¹⁷⁰ y que en virtud de este tratado de 1750 los ingleses logran obtener y gozar para siempre de los impuestos que pagaban en tiempos de Carlos II.¹⁷¹

Evidentemente esto es un importante triunfo de la diplomacia inglesa con respecto a su comercio europeo, pero Carvajal ha logrado incluir dos puntos de sumo interés para España, que en cierto modo contrarrestan esa ventaja inglesa. Por un lado se insiste en la reciprocidad del tratamiento de nación más favorecida,¹⁷² lo cual interesa por ejemplo a los agricultores y comerciantes canarios quienes vienen quejándose de la discriminación que sufren sus vinos frente a los vinos portugueses y franceses en los mercados ingleses; y por otro lado, extendiendo ese mismo principio, ambos gobiernos se comprometen a eliminar todas las innovaciones introducidas en el comercio,¹⁷³ de manera que España pueda justificar su propio incumplimiento de esta condición haciendo ver que tampoco los ingleses han acumulado sus recientes aumentos de impuestos.

En conjunto pues, el tratado angloespañol de 1750 no representa pérdidas irremediables para España, y si tampoco ofrece brillantes ganancias en los conflictos americanos de mayor envergadura, se puede considerar que la diplomacia española ha logrado ciertas ventajas discretas. En primer lugar se elimina una fuente de discordia continua al acabar con el asiento inglés y liberarse de cualquier reclamación de la Compañía, así como de todas las reclamaciones particulares por presas y represalias anteriores a 1739. Empero Carvajal concede aún más importancia al significado político del tratado, puesto que es una prueba fehaciente de la voluntad española de independizarse respecto de Francia, y de contemplar una mejora de las relaciones hispanoinglesas.¹⁷⁵ Piensa que " en realidad el pasaje no tiene modelo en este siglo, y así es original; pero confío que sea principio de otras semejantes pruebas de amistad, y confianza, y de que aquí no se toma licencia de nadie para los negocios ía". Los reyes españoles expresan asimismo su gran satisfacción con el tratado y su deseo de conservar la paz y la amistad con Inglaterra.¹⁷⁷ En fin, tal vez no cabe exaltar en demasía los beneficios que el tratado de 1750 procura a España, pero teniendo en cuenta la posición relativamente débil de España en el concierto europeo y su vital necesidad de un paz estable para emprender la reconstrucción y desarrollo de los recursos nacionales, no se puede considerar, ni mucho menos, como un tratado desventajoso. Además, insertándolo en la historia diplomática de España de los últimos tiempos, el tratado de 1750 marca un

notable cambio de rumbo y una decorosa recuperación de iniciativa y de fuerza.¹⁷⁹

En Inglaterra la acogida del convenio es generalmente favorable, aunque lógicamente la Compañía del asiento protesta que sus intereses han sido sacrificados, y la oposición política refunfuña sobre las disputas que han quedado sin solución. Los comerciantes ingleses que tienen negocios en la vieja España han asegurado algunas ventajas, pero no es ésta la consideración que alimenta la satisfacción de Newcastle sino, al igual que le ocurre a Carvajal, el haber concluido un tratado que no siendo desfavorable, representa una importante baza política, tanto en el Parlamento inglés, como en el juego diplomático europeo.¹⁸⁰

De hecho el tratado angloespañol llega en un momento de enorme relevancia para el desarrollo de las rivalidades europeas. Deliberadamente Carvajal ha dejado a los franceses en la más completa ignorancia sobre los progresos de sus negociaciones con Keene, e incluso no se entera el embajador francés en España de la conclusión del tratado hasta varias semanas después. Sin embargo tampoco quiere Carvajal alejarse del todo de Francia, y expresa su deseo de informar oficialmente a Luis XV del tratado, aunque prefería tener el visto bueno del gobierno inglés para ello.¹⁸¹ Mide con cuidado todos sus pasos, y confía a Wall: "No se me ofrece duda en que los Franceses no pueden quejarse de nuestro Ajuste, pero tampoco la tengo de que interiormente no les ha de gustar, y ya me avisan de Paris que sienten la auctoridad que esto dá a ésse Soberano [Jorge II] en el Norte, y en Parlamento proximo".¹⁸² Lo que teme Carvajal sobre todo, sin embargo, es que los franceses intenten atizar las críticas inglesas del tratado porque no hace mención de la libre navegación en mares americanos, y manda a Wall estar atento a los acontecimientos.¹⁸³

Es precisamente el disgusto francés con la política española lo que satisface tanto en Inglaterra, y abona el terreno para la buena recepción del tratado. El caso es que la rivalidad anglofrancesa en América se ha reavivado apenas queda concertada la paz de Aquisgrán. Además del conflicto sobre las islas de Tobago, Santa Lucía, Dominica y San Vicente, que aún hacia fines de 1750 no ha encontrado solución,¹⁸⁴ los ingleses recelan de un posible proyecto de establecimiento francés en el Darién,¹⁸⁵ y se va calentando paulatinamente una seria disputa sobre Nueva Escocia.¹⁸⁶ "Muchas gentes de juicio", escribe Abreu desde Londres, "creen que la colonia de la Nueva

Escocia produjera tarde que temprano una guerra en America entre la Francia, y la Inglaterra".¹⁸⁷ Naturalmente, en vista de esta situación, el papel de la diplomacia española empieza a cobrar una relevancia inusitada, aunque la escasez de recursos materiales y humanos impide que España opte por una independencia libérrima frente a los dos rivales.

LA NUEVA DIPLOMACIA ESPAÑOLA Y EL TRATADO DE COMERCIO CON INGLATERRA.

NOTAS.-

- 1 Massones a Wall, Aix 26 junio 1748, (orig. cif. descif.), AHN, Estado, leg. 4264².
- 2 Artículos preliminares de la paz de Aquisgrán, 30 abril 1748, artículo 16º, publ. por Candillo (ed), 1843, p. 387.
- 3 Copia de la declaración hecha por el Ministro de la Gran Bretaña al tiempo de la aceptación de los Preliminares, Aix la Chapelle 28 junio 1748. AHN, Estado, leg. 6916. Los plazos fijados son 12 días en la Mancha y Mares del Norte, 6 semanas hasta el cabo San Vicente y la línea, y 6 meses más allá de la línea y en todas las demás partes del mundo.
- 4 Massones a Wall, Aix 28 junio 1748 (orig. cif. descif.), AHN, Estado, leg. 4264².
- 5 Id., 5 julio 1748, (orig. cif. descif.), leg. cit.
- 6 Id., 14 y 20 julio 1748 (original), leg. cit. Los pasaportes son 50 para América, 12 para Oriente y 38 para el Mediterráneo.
- 7 Id., 5 julio 1748, (original), leg. cit. Ozanam (ed), 1975, p. 393, n. y Massones a Wall y Huéscar, [Aix] 24 septiembre 1748, (copia), leg. 4264.
- 8 Massones a Wall, Aix, 8 agosto, (original), leg. 4264².
- 9 Wall a Massones, Londres 20 agosto 1748, (copia), leg. cit.
- 10 Carvajal a Wall, Aranjuez 29 abril 1748, (copia), leg. 4061, contesta a la suya de 2 abril. El deseo de los ingleses de reanudar su comercio con España fue también el asunto de la carta de Wall a Huéscar, Londres 16 febrero 1748 (orig. cif. descif.), leg. 4092¹.

- 11 Wall a Massones, Londres 19 julio 1748, (copia), leg. 4264².
- 12 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 25 agosto [1748], publi. por Ozanam (ed.), 1975, p. 376, Carvajal teme que esta decisión pueda perjudicar las relaciones hispanoinglesas en este momento tan delicado.
- 13 Wall a Massones, Londres 20 agosto 1748, cit., Wall a Huéscar y Carvajal, Londres 5 septiembre 1748.
- 14 Wall a Massones, Londres 10 septiembre 1748, (copia), leg. 4264².
- 15 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 2 octubre [1748], publi. por Ozanam (ed.), 1975, p. 392. En otra de 11 octubre, p. 394, dice "si no urge, no despachos correos a Wall, porque como los ven llegar y sin orden de avrir comercio, no pueda criar buena sangre y esto es con los que queremos alimbarar."
- 16 Wall a Massones, Londres 18 octubre 1748, (copia), leg. 4264².
- 17 Massones a Wall, Aix 8 noviembre 1748, (orig.), leg. cit., avisa que Ensenada dio la orden el 28 octubre. También Carvajal a Wall, San Lorenzo 28 octubre 1748, leg. 4277², cit. por Ozanam (ed.), 1975, p. 399.
- 18 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 25 diciembre [1748] y 23 enero [1749], publicado por Ozanam (ed.), 1975, pp. 422 y 433-4. Carvajal a Wall, Buen Retiro 8 enero, 1 y 7 febrero 1749, (original), leg. 4267¹. Puyzieulx naturalmente dice compartir la sospecha de que Knowles y el gobierno inglés obran de mala fe en este asunto. Huéscar a Carvajal y Ensenada, París 11 diciembre 1748 (copias), leg. 4069².
- 19 Carvajal a Wall, Buen Retiro 7 marzo 1749, (original), leg. cit.
- 20 Wall a Huéscar, Londres 5 julio 1748, leg. 4092; Massones a Wall, Aix 14 julio 1748, y Wall a Massones, Londres 19 julio 1748, leg. 4264². Huéscar a Carvajal, Compiègne 24 julio [1748], publi. por Ozanam (ed.), 1975, p. 358.

- 21 Wall a Massones, Londres 18 octubre 1748, (copia), y Wall a Huéscar, Londres 28 octubre 1748, (original), legs. 4264² y 4092¹.
- 22 Carvajal a Wall, Buen Retiro 26 febrero 1749, (original), leg. 4267¹.
- 23 Carvajal a Wall, Buen Retiro, 15 febrero 1749, (original), leg. 4267¹.
- 24 Carvajal a Huéscar [Aranjuez], 6 junio [Madrid], 19 junio, y [San Lorenzo el Real] 1 y 2 noviembre [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 333, 339, 401, y 410.
- 25 Carvajal a Wall, Buen Retiro 7 marzo 1749, (original), leg. 4267¹. Wall no es nombrado embajador porque tampoco se le concede este carácter a Keene, quien se ve discriminado a causa de su humilde linaje. Lodge (ed.), 1933, p. XIV-XVII.
- 26 Carvajal a Wall, Buen Retiro 16 julio 1749, (minuta), ACS, Estado, leg. 6914, (orig. AHN, Estado, leg. 4267¹), refiere cómo se preocupan los franceses de que los españoles parezcan estar unidos con ellos, especialmente en la Corte inglesa.
- 27 Gaston-Charles-Pierre de Léves, marqués de Kirepoix, 1699-1757. Militar de carrera alcanzó el grado de mariscal de campo en 1738. Sirvió como embajador en Viena de 1738 a 1740, y en 1744 es nombrado teniente general.
- 28 Francois-Marie de Villers-la-Faye, conde de Vaulgrenant, 1699-1774. Fue embajador en España de 1734 a 1738. De 1745 a 1746 fue ministro plenipotenciario en Sajonia.
- 29 Huéscar a Carvajal, Fontainebleau 12 noviembre 1748, (copia), AHN, Estado, leg. 4069².
- 30 Carvajal a Huéscar, [San Lorenzo el Real] 19 noviembre [1748], publicado por Ozanam (ed.). 1975, p. 408.

- 31 En un primer momento, después de firmados los preliminares, Huéscar mostró su deseo de ir a Londres como embajador, pero al comprobar que Carvajal prefería a Wall en ese puesto, Huéscar pide repetidamente su regreso a España. Huéscar a Carvajal, [París 9 de mayo y 11 de julio de 1748], Carvajal a Huéscar, [Aranjuez], 6 junio [1748], publicado por Ozanam (ed.), 1975, pp. 318, 348 y 333.
- 32 Antonio de Benavides y de la Cueva, 1714-82. Nombrado caballerizo mayor de la infanta delfina en 1744, más tarde será capitán de los Reales Alabarderos.
- 33 Huéscar a Carvajal, [París] 12 junio y 11 julio [1748], y Carvajal a Huéscar, [Madrid] 19 junio [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 336, 347 y 339.
- 34 José Joaquín de Montealegre y Andrade, duque de Montealegre, 1692-1771, real bibliotecario, traductor y oficial de la primera secretaría de Estado entre 1720 y 1731, sirvió al infante Carlos como secretario de Estado en Parma y en Nápoles hasta 1746, año en que regresó a España, donde fue nombrado consejero de Estado.
- 35 Carvajal a Huéscar, Aranjuez 29 abril [1748], y en la de [Madrid] 19 junio [1748] se refiere a él en estos términos: "El Atlante pasado del Vesubio me parece vegiga llena de viento. Tengo malas noticias de su intención, tengo mucho conocimiento de sus incesantes intrigas de todas castas, unido o separado de su alma B. [Ensenada]," publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 310 y 339.
- 36 Guido-Jacinto Ferrero Fieschi, conde de Bona y Maserano, 1690-1750. Teniente general de la Real Armada y ministro español en Rusia en 1741 hasta 1749.
- 37 Carvajal a Huéscar, [San Lorenzo] 12 septiembre, 1 y 19 noviembre [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 383, 401 y 407.

- 38 Francisco Pignatelli y Aymerich, 1687-1751. Militar de carrera alcanzó el grado de teniente general en 1739.

- 39 Carvajal a Huéscar, Madrid 29 enero 1749, AHN, Estado, leg. 4130, y Ozanam (ed.), 1975, p. 438, anuncia la elección para que se comuniqué a Puysieulx. Pignatelli no sale para Francia antes porque desea encontrarse con Huéscar en Madrid. Carvajal a Huéscar, Aranjuez 24 abril [1749], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 461.

- 40 Louis-Gésar-Charles Le Tellier, conde de Estrées, 1695-1771. En 1744 alcanza el grado de teniente general y se casa con la única hija de Puysieulx.

- 41 Carvajal a Huéscar, [Madrid 25 noviembre 1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 411.

- 42 Huéscar a Carvajal, [París], 29 noviembre [1748], id., p. 412.

- 43 Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France, XII bis, Espagne, París, 1889, p. 252. Rennes va retrasando su partida bajo diversos pretextos hasta mediados de abril de 1749.

- 44 Anne-Théodore Chevignard de Chavigny, 1687-1771. Diplomático muy experimentado que ha servido en muchos países de Europa, incluyendo Holanda, Inglaterra, Hanover, Génova, España, Dinamarca, Portugal y Austria, es un viejo amigo de Puysieulx.

- 45 Carvajal a Wall, Buen Retiro, 23 enero 1749, (original), AHN, Estado, leg. 4267¹. También Carvajal a Huesoar, [Madrid], 25 diciembre [1748] y 23 enero [1749], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 422 y 433.

- 46 Carvajal a Luzán y Wall, Aranjuez, 29 mayo 1749, (copia), leg. 4267¹, dice que Vaulgrenant llegó el 25 de mayo por la noche y tuvo su primera audiencia real el 26.

- 485
- 47 Carvajal a Wall, Buen Retiro 27^o febrero 1749, (original), leg. 4267¹, rechaza enérgicamente esta propuesta "que en verdad era entregarles nada menos que la Puerta de todas las Indias". En otra de 13 de abril de 1749 (original), leg. cit., dice que siempre pensó en Puerto Rico como posible puerto franco para la trata de negros pero que ha tenido que desechar esta idea a raíz del tratado de Aquisgrán.
- 48 Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France, XII, bis, Espagne, Paris, 1889, pp. 277-303.
- 49 Carvajal a Huéscar, [Madrid], 8 enero [1749], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 427.
- 50 Londres, 28 marzo 1748, [Noticias generales de Inglaterra], AHN, Estado, leg. 2496-99; y Ordonnance du General des Isles françoises contre le vent (Windward) en Amerique du 7 Décembre 1748 n.s. ABS, Estado, leg. 6914.
- 51 Carvajal a Wall, Buen Retiro 15 enero 1749, (original), AHN, Estado, leg. 4267¹
- 52 Huéscar a Carvajal, Paris 17 febrero 1749 (copia), leg. 4264¹. Las mil y una vicisitudes de la isla de Tobago pueden verse en Alan Burns, History of the British West Indies, London, George Allen & Unwin Ltd., 1965², especialmente pp. 224, 351, 368, 370-1, y 456. Fue ocupada, saqueada y abandonada repetidamente por holandeses, franceses e ingleses a lo largo de los siglos XVII y XVIII, aunque en 1748 Burns cree que Inglaterra probablemente tenía mayores derechos sobre ella que Francia.
- 53 Huéscar a Carvajal, Paris 17 febrero 1749, cit.
- 54 Id., publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 444-5.
- 55 Id., 24 [febrero 1749], id., p. 446.
- 56 Huéscar a Wall, Paris 26 febrero 1749 (minuta), leg. 4073-74¹, y Carvajal a Wall, Buen Retiro 7 marzo 1749, (orig.), leg. 4267¹.

- 57 Wall a Huéscar, Londres 13 mayo 1749, (orig. cif. descif.), leg. 4073-74.^{486 1}
- 58 Huéscar a Carvajal, París 15 y 19 marzo 1749, (copia), leg. 4264¹.
- 59 Id., y Huéscar a Wall, París 21 marzo, 1749 (minuta), leg. 4073-74, (orig. en 4264¹).
- 60 Wall a Huéscar, Londres 24 marzo 1749, (orig. cif. descif.), leg. 4073-74; y Carvajal a Wall, Buen Retiro 30 marzo 1749, (orig.), leg. 4167¹.
- 61 Yorke a Puyzieulx, París 12 abril 1749, (copia), AGS, Estado, leg. 6915. Este documento es remitido a Carvajal por Wall.
- 62 Wall a Huéscar, Londres 3 abril 1749, (orig. cif. descif.), AHN, Estado, leg. 4073-74.
- 63 Id., 9 abril 1749, (orig. cif. descif.), leg. cit.
- 64 Id.
- 65 Huéscar a Carvajal, París 16 abril 1749, (copia), leg. 4264¹. Véase también la instrucción de Vaulgrenant en Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France, XII bis, Espagne, París, 1899, pp. 298-9, que habla de "Ce procédé bizarre et singulier" de España, autorizando al embajador para desenmarañar "quel est donc le si grand intérêt qu'a l'Espagne d'empêcher cet établissement, pour s'être servie des moyens qu'elle a employés pour y parvenir, et qui ont été aussi désobligeants pour le Roi que peu convenables à la dignité de Leurs Majestés Catholiques". Wall a Carvajal, Londres 19 mayo 1749, (original), AGS, Estado, leg. 6915, refiere su entrevista con Durand sobre este tema.
- 66 Carvajal a Huéscar, Aranjuez 22 abril, [1749], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 460.
- 67 Carvajal a Wall, Aranjuez 24 abril 1749, (orig.), AHN, Estado, leg. 4267¹.

- 68 Id., 21 mayo 1749, (orig.), leg. cit.
- 69 Carvajal a Luzán, Aranjuez 29 mayo 1749, (copia), leg. cit.
- 70 Carvajal a Wall, Aranjuez 29 mayo 1749, (orig.), leg. cit.
- 71 Reponse aux memoires de Mr. d'Yorke [¿mayo? 1749], AGS, Estado, leg. 6915.
- 72 Carvajal a Wall, Aranjuez 27 junio 1749, (orig.), AHN, Estado, leg. 4267¹.
- 73 Id., 27 junio 1749, (orig.; otras), y Buen Retiro 24 agosto 1749 (orig.), leg. cit., (minutas en AGS, Estado, leg. 6915). Wall a Carvajal, Londres 23 abril 1749, (orig.), AGS, Estado, leg. 6915, refiere los detalles de esta expedición inglesa según se los contó Halifax. Se preparan 2.400 hombres, 4 navíos de guerra y 14 transportes, y se dispone de un crédito de 40.000 libras. Los habitantes franceses ya establecidos allí podrán quedarse con tal que presten juramento de fidelidad. En otra de 11 de agosto, Wall comunica que la expedición ya ha zarpado, y que Durand ha negado formalmente la posesión inglesa de la isla Canso. Wall cree que la intención inglesa es desalojar a los franceses de toda Nueva Escocia.
- 74 Wall a Carvajal, Londres 25 agosto, 4 y 11 septiembre 1749, (origins.), Wall a Piñateli, Londres 25 agosto y 4 septiembre 1749, y Piñateli a Puyseulx, París, 3 septiembre 1749, (copias), AGS, Estado, leg. 6915.
- 75 Carvajal a Wall, Buen Retiro, 14 y 28 septiembre, 1749, (copia), y Carvajal a Piñateli, Buen Retiro 14 septiembre 1749 (minuta), leg. cit.
- 76 Id., 28 septiembre 1749, cit.
- 77 Wall a Carvajal, Londres 6 noviembre 1749, (orig. cif. descif.), AGS, Estado, leg. 6914.

- 78 Piñateli a Carvajal, Versailles 8 septiembre 1749, (orig. cif. descif.), leg. 6915, y Wall a Carvajal, Londres, 13 noviembre, (orig.), leg. 6914, dice que se ha nombrado como uno de los comisarios ingleses al señor Sheerly, recién llegado de Nueva Inglaterra donde ha vivido durante catorce años, y servido como gobernador.
- 79 Piñateli a Carvajal, París 22 septiembre 1749, (orig. cif. descif.), leg. 6915, dice que Puyzieulx cree que no se reunirán los comisarios, y que se darán órdenes condicionales para la evacuación de Tobago y Dominica. En España no se tiene noticia de que se reunieran los comisarios para llegar a este acuerdo, y en todo caso resulta no ser la última palabra sobre el asunto, pues de hecho los franceses se resisten tenazmente a evacuar Tobago. Carvajal a Wall, Buen Retiro 1 y 25 enero 1750, (minuta y orig.), AGS, Estado, leg. 6915 y AHN, Estado, leg. 4263¹, y Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 27 agosto 1750, minuta), leg. 4263¹. Los franceses informan por fin a la Corte española que las conferencias están bastante "embrolladas", y advirtiéndole que los ingleses siguen manteniendo sus ambiciones desmedidas en América. Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 11 octubre 1750, (orig.), leg. 4263¹.
- 80 Cox, 1815², IV, p. 39.
- 81 En realidad se están preparando 2 fragatas para el viaje, según sabrá Wall después.
- 82 Wall a Carvajal, Londres 17 abril 1749, (orig.), AGS, Estado, leg. 6915.
- 83 Pez es el nombre que utiliza Wall. Carvajal a Wall, Aranjuez 21 mayo 1749, (orig.), AHN, Estado, leg. 4267¹, dice islas de Peppy y Falkland como sus nombres ingleses, e islas de los Leones como su nombre español.
- 84 Wall a Carvajal, Londres, 22 abril 1749, (orig.), AGS, Estado, leg. 6915.
- 85 Carvajal a Wall, Aranjuez 10 mayo 1749, (original), AHN, Estado, leg. 4267¹.

- 86 Id., (otra), legs. cit.
- 87 Keene a Bedford, Antigua 21 mayo 1749, cit. por Cox, 1815², IV, pp. 39-41; y Carvajal a Wall, Aranjuez 21 mayo 1749, (original), AHN, Estado, leg. 4267¹.
- 88 Carvajal a Wall, Aranjuez 21 mayo 1749, cit.
- 89 Wall a Carvajal, Londres 8 junio 1749, (orig.), AGN, Estado, leg. 6914.
- 90 Carvajal a Wall, Aranjuez 27 junio 1749, (orig.) AHN, Estado, leg. 4267¹, (minuta AGN, Estado, leg. 6915), acusando recibo de la suya de 16 junio.
- 91 Id., 27 junio 1749, (orig.), leg. cit. Este tema resucita a finales de año, pero Wall confía que los ingleses no arriesgarán sus negociaciones amistosas con España por la expedición. Sin embargo reconoce que podrían enviarla desde cualquier puerto inglés o americano sin que se enterase el gobierno español. Carvajal a Wall, Buen Retiro 10 diciembre 1749, (minuta), y Wall a Carvajal, Londres 29 diciembre 1749, (orig.), AGN, Estado, leg. 6914; Wall a Carvajal, Londres 8 enero 1750, (minuta), y Carvajal a Wall, Buen Retiro 25 enero 1750, (original), AHN, Estado, leg. 4263¹.
- 92 Keene a Carvajal, Madrid 21 marzo 1749, (original), AGN, Estado, leg. 6916, y Carvajal a Wall, Buen Retiro 8 abril 1749, (orig.), AHN, Estado, leg. 4267¹. Véase también Charles Petri, "Estudio de las relaciones angloespañolas: Fernando VI y Sir Benjamin Keene", Estudios Americanos, XVI, Sevilla, 1958, p. 113.
- 93 Carvajal a Keene, Buen Retiro [8] abril 1749, (copie), AGN, Estado, leg. 6916.
- 94 Wall a Carvajal, Londres 24 abril 1749, (original), leg. 6914.
- 95 Carvajal a Huéscar, Buen Retiro 4 julio 1748, (orig.), AHN, Estado, leg. 4061. Esto lo escribió Carvajal cuando aún esperaba quitar el artículo 10 de los preliminares, pero ilustra una idea constante de que en últi-

490
ma instancia podría simplemente dejar finalizar el asiento inglés pero bajo rígido control. Se hace eco del pensamiento de Carvajal, Wall en su carta a Carvajal de 24 abril 1749, cit.

- 96 Wall a Carvajal, Londres 19 mayo 1749, (original), AGS, Estado, leg. 6914.
- 97 Id., 8 junio 1749, (original), leg. cit.
- 98 Id., 19 mayo 1749, (otra), leg. cit.
- 99 Id., 8 junio 1749, cit.
- 100 Id. 9 junio 1749, (original), leg. cit.
- 101 Carvajal a Ensenada, Buen Retiro 9 abril 1749, (minuta), leg. 6916, refiriéndose al oficio de Keene.
- 102 Carvajal a Ensenada, Aranjuez 30 abril 1749 y a Keene, Aranjuez 30 abril 1749, (minutas), leg. 6916, y Carvajal a Wall, Aranjuez 10 mayo 1749, (minuta), leg. 6914. En vista de esta circunstancia, España solicita la restitución del navío Ana María y San Felix apresado el 14 de septiembre de 1748, así como admite la petición inglesa sobre los navíos Prosperidad y Sally apresados el 3 y 7 de septiembre respectivamente.
- 103 Tratado explanatorio de los de paz y comercio ajustados entre España é Inglaterra en el año de 1713; concluido en Madrid en 14 diciembre de 1715, publ. por Cantillo, (ed.), 1843, I, pp. 170-1.
- 104 Carvajal a Wall, Aranjuez 10 mayo, 1749, (original), AHN, Estado, leg. 4267¹, (copia en AGS, Estado, leg. 6915). Véase también Newcastle a Keene, 8/19 diciembre 1748, publ. por Lodge, (ed.), 1933, pp. 21-2.
- 105 Carvajal a Wall, Aranjuez 10 mayo 1749, cit., y 14 junio 1749, (original), AHN, Estado, leg. 4267¹ (copias en AGS, Estado, leg. 6914).
- 106 Id., Buen Retiro 16 julio 1749, (orig.), leg. cit.

107 Id., 14 junio 1749, (otra), leg. cit.

491

108 Wall a Carvajal, Londres 17 julio 1749, (orig.), AGS, Estado, leg. 6914. En otra de 11 agosto 1749 (orig.), leg. cit., Wall cree que es posible que el gobierno inglés renuncie a todas las pretensiones de la Compañía a cambio de obtener la renovación del tratado de 1715, pero la posterior marcha de las negociaciones demuestran que ésa es una apreciación demasiado optimista. En otra de 11 de septiembre de 1749 (original), leg. cit., refiere que Pelham reconoce tajantemente no tener derecho a pedir la indemnización por presas indebidas antes de 1739 porque antes de declarar la guerra se autorizaron represalias contra la navegación española precisamente para satisfacer ese demanda.

109 Id., 25 agosto 1749, (orig.), leg. cit.

110 Id., 11 septiembre 1749, cit., cuenta que Pelham le dijo, refiriéndose al crédito de la Compañía contra SHC que "sin arrojarse de alguna manera este punto, sería imposible llegar a concluir nada sobre los demás que aí en controversia".

111 Tratado de comercio y amistad entre España y Gran Bretaña, Utrecht 9 diciembre 1713, publ. por Cantillo, (ed.), 1843, I, p. 130.

112 Id., 11 septiembre 1749, (orig., otra), leg. cit.

113 Carvajal a Wall, Buen Retiro 28 septiembre 1749, (minuta), leg. cit. (orig. en AHN, Estado, leg. 4267¹).

114 Id., (otra), leg. cit.

115 Wall a Carvajal, Londres 13 octubre 1749, (orig.), leg. cit.

116 Id., 14 octubre 1749, (orig.), leg. cit.

117 Id., 23 octubre 1749, (orig. cif. descif.), leg. cit., da esta cifra, mientras que en otra de 30 de octubre de 1749, (orig. cif. descif.), leg. cit., comunica que se abulta la cifra a 800.000 libras.

- 118 Id., 23 y 30 octubre 1749, cit.
- 119 Id., 30 octubre 1749, cit. y 6 noviembre 1749, (orig. cif. descif.), leg. cit.
- 120 Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 11 noviembre 1749, (minuta), leg. cit., (orig. en AHN, Estado, leg. 4267¹).
- 121 Wall a Carvajal, Londres 20 noviembre 1749, (orig. cif. descif.), AGN, Estado, leg. 6914, dice que el ambicioso Sandwich está incitando a Bedford con el fin de minar la posición de Newcastle. Pares, 1936, p. 529, explica de Newcastle está dispuesto a sacrificar la Compañía si con ello ganase privilegios exclusivos para la nación, pero que Bedford toma más en serio su deber de defender los intereses de la Compañía, y cree que se podría concluir si se renunciase a la exclusividad en los privilegios.
- 122 Carvajal a Wall, Buen Retiro 10 diciembre 1749, (minuta), leg. cit., (original en AHN, Estado, leg. 4267¹).
- 123 Wall a Carvajal, Londres 12 febrero 1750, (minuta), AHN, Estado, leg. 4263¹.
- 124 Id., 5 enero 1750, (minuta), leg. cit. (La correspondencia de Wall y Carvajal de enero a octubre de 1750 está publicada por Mozas, 1924, pp. 78-134), y Wall a Ensenada, Londres 12 enero 1750, (minuta), leg. 4263².
- 125 Wall a Carvajal, Londres 5 enero 1750, cit.
- 126 Id., 22 y 29 enero, 12 y 23 febrero 1750, (minutas), y Carvajal a Wall, Buen Retiro 25 enero 1750, (original), AHN, Estado, leg. 4263¹.
- 127 Wall a Carvajal, Londres 23 febrero 1750, cit.

- 128 Id., Bedford dice que Keene pedirá 300.000 libras, pero con el fin de rebajar a 200.000.
- 129 Id., y otra.
- 130 Carvajal a Wall, Buen Retiro 16 marzo 1750, (orig. cif. descif.), leg. 4263².
- 131 Véase arriba p. 33, Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 11 noviembre 1749.
- 132 Carvajal a Wall, Buen Retiro 22 marzo 1750, (orig.), leg. 4263².
- 133 Id.
- 134 Id., dice "no sería Yo tan loco que aconsejase à el Rey mi Amo que desechase sus amigos anteriores, y otros que solicitan serlo, fiado solo de la Gran Bretaña de quien tengo buenas esperanzas / que quizás las abulto porque lo deseo / pero ninguna prueba".
- 135 Id., 25 mayo 1750, (orig.), leg. cit.
- 136 Wall a Carvajal, Londres 16 y 23 abril 1750, (minutas), leg. 4263¹.
- 137 Sobre esta misión en particular véase José Luis Morales Hernández, "Jorge Juan en Londres", Revista General de Marina, 184, Madrid, 1973, pp. 663-70. Para un tratamiento más completo de los resultados de la misión véase José Patricio Merino Navarro, La marina de guerra española en el siglo XVIII, (tesis doctoral inédita), presentada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid el año 1977.
- 138 Wall a Carvajal, Londres [¿ 9, 17/23 ?] y 30 abril 1750, (minutas), leg. cit. y Wall a Encenada, Londres 30 abril, y Hanover 25 junio 1750, (minutas), leg. 4263².

- 494
- 139 Abreu a Carvajal, Londres 21 y 23 mayo de 1750, (orig. cif. descif.), AGS, Estado, leg. 6914, y 4 junio, 16 julio 1750, (orig. cif. descif.), leg. 6917. Wall a Carvajal y Ensenada, Hanover 3 y 12 junio 1750, (minutas), Wall a Ensenada, Hanover 25 junio y 17 julio 1750, (minutas), AHN, Estado, leg. 4263¹.
- 140 Carvajal a Abreu, Buen Retiro 3 agosto 1750, (minuta), AGS, Estado, leg. 6917, (original AHN, Estado, leg. 4263¹).
- 141 Carvajal a Keene, Buen Retiro, 14 agosto 1749, (copia), AHN, Estado, leg. 4267¹, (minuta en AGS, Estado, leg. 6916), contesta al oficio suyo de 12 agosto; y Ensenada a Carvajal, Buen Retiro 20 agosto 1749, (original), AGS, Estado, leg. 6916, contesta a la suya de 17 agosto.
- 142 Alfonso Fernández de Heredia a Carvajal, Granada 30 marzo 1750, (copia), AHN, Estado, leg. 4263². El Prospero, balandra inglesa de 50 toneladas, capitán Simon Walton, fue apresado por un guardacostas armado por Francisco Mateo de la Guerra. Traía 166 fardos consignados por Isaac Diaz Arias y Cía. a Ignacio Boteta. En el combate murieron 5 hombres del guardacostas y 7 de la balandra.
- 143 Abreu a Carvajal, Londres 4 junio 1750, (orig. cif. descif.), AGS, Estado, leg. 6917.
- 144 Abreu a Carvajal, Londres 14 mayo y 4 junio 1750, (orig.), AGS, Estado, legs. 6914 y 6917; Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 4 junio 1750, (minuta), y Abreu a Ensenada, Londres 25 junio 1750, (minuta), AHN, Estado, leg. 4263¹; Abreu a Carvajal, Londres 2 julio 1750, (orig. cif. descif.), leg. 6917; Abreu a Ensenada, Londres 2 julio, 1750, (minuta), leg. 4263¹; Abreu a Carvajal, Londres 16 julio 1750, (orig. cif. descif.), leg. 6917. El Leostaff zarpó a primeros de julio llevando bayetas y paños a la costa de Venezuela hasta Cartagena.
- 145 Abreu a Ensenada, Londres 2 julio 1750, cit.; Abreu a Carvajal, Londres 16 julio 1750, cit., 23 y 30 julio 1750, 13 agosto 1750, (orig. cif. descif.), AGS, Estado, leg. 6917, (minutas AHN, Estado, leg. 4263¹).

- 146 Abreu a Carvajal, Londres 20 agosto 1750, (orig. cif. descif.), leg. 495
6917. En otra de 10 septiembre 1750, (orig.), leg. cit., remite una
lista de los navíos ingleses que han llegado a Inglaterra, a partir del
11 de mayo de 1750, procedentes de las Indias españolas. Da los nom-
bres de 9 navíos, de sus capitanes y señala el lugar donde hicieron
el contrabando. En otra de 12 de octubre de 1750, (orig.), leg. cit.,
añade a la lista otros 4 navíos.
- 147 Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 27 agosto 1750, (minuta), AHN,
Estado, leg. 4263¹.
- 148 Carvajal a Wall, Aranjuez 29 junio 1750, (orig. cif. descif.), leg.
4263².
- 149 Wall a Carvajal, Hanover 10 julio 1750 (minuta), AHN, Estado, leg.
4263¹.
- 150 Id.
- 151 Petrie, 1958, p. 114, dice que la limitación propuesta era de 5 años,
y que Ensenada fue el autor de esta idea. Petrie no cita sus fuentes,
pero desde luego que Ensenada estaría de acuerdo en toda medida con-
cebida para proteger el comercio español de las ambiciones inglesas.
Pares, 1936, p. 532, también dice que la limitación fue idea de Ense-
nada, basándose en las cartas de Keene a Newcastle.
- 152 Carvajal a Wall, Buen Retiro 13 agosto 1750, (orig.), AHN, Estado,
leg. 4263². Aunque los ingleses habían dicho que pedirían 300.000 li-
bras para acabar aceptando 200.000, Keene a Castres, Madrid 23 agosto
1750, publ. por Lodge, (ed.), 1933, p. 247, admite privadamente que
aceptaría 150.000 en efectivo.
- 153 Id., y 14 agosto 1750, (orig.), leg. cit.
- 154 Keene a Castres, Madrid 23 agosto 1750, cit., refiere su reacción a la
propuesta de limitar la vigencia del tratado: "I tell them I must have
a treaty not a truce, a contract that will show to all mankind a reci-

precal intention to unite most cordially, not a pityfull bargain between two tricksters who suspect each other's good faith".

- 155 Wall a Carvajal, Hanover 27 agosto 1750, (minuta), leg. 4263¹. Véase también la de 2 septiembre 1750, (minuta), leg. cit.
- 156 Abreu a Carvajal, Londres 3 septiembre 1750, (minuta), leg. cit., (orig. AGS, Estado, leg. 6917).
- 157 Id., 10 septiembre 1750, (orig.), AGS, Estado, leg. 6917.
- 158 Wall a Carvajal, Hanover 18 septiembre 1750, (minuta), AHN, Estado, leg. 4263¹.
- 159 Id., y Wall a Ensenada, 25 septiembre 1750, (minutas), leg. cit.
- 160 Capítulos ajustados por la villa de Santander en 12 septiembre de 1700 con diferentes comerciantes súbditos ingleses, publ. por Cantillo, (ed.), 1843, I, pp. 1-7. Se concedieron importantes y numerosas ventajas a los ingleses a cambio de que se trasladasen de Bilbao a Santander y residiesen en esta ciudad.
- 161 Tratado esplanatorio de los de paz y comercio ajustados entre España é Inglaterra en 1713, Madrid 14 diciembre 1715, artículo 2º, Cantillo (ed.), 1843, I, p. 171.
- 162 Keene a Newcastle, Madrid 3 octubre 1750, publ. por Coxe, 1815², IV, pp. 43-45, cuenta cómo por fin pudo persuadir a Carvajal a someter el asunto a Fernando VI, y cómo éste se negó a escucharlo, marchándose del despacho, indignado por la mera sugerencia de compartir su autoridad con sus súbditos.
- 163 Keene a Castres, Madrid 5 octubre 1750, publ. por Lodge (ed.), 1933, p. 257, explica "Nothing would do on this head I would not stop the whole for so whimsical a point. Made in 1700, not so much as thought of at the treaty of Utrecht, found out in a corner I suppose in order

497

to swell Mr. Bub's treaty in 1715, and never once thought on from 15 to 50". Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 11 octubre 1750, (orig.), leg. 4263².

- 164 Id., Tratado de indemnizaciones y comercio entre las coronas de España y de la Gran Bretaña, Madrid 5 octubre 1750, publ. por Cantillo, (ed.), 1843, I, pp. 409-10.
- 165 A partir de 1750 las Indias españolas son abastecidas de esclavos negros por el sistema de licencias especiales, concedidas a individuos o empresas para la venta de un determinado número de esclavos. Los españoles que obtenían estas licencias a menudo trabajaban con los comerciantes ingleses de Jamaica. La Compañía de La Habana quiso ajustar un contrato importante con los jamaicanos para la trata de negros, pero insistió en utilizar sus propios navíos españoles y el contrato tuvo que ser rechazado, muy al pesar de los jamaicanos, porque contra-venía las leyes de navegación inglesas. Pares, 1936, pp. 532-3.
- 166 Abreu a Carvajal, Londres 12 octubre 1750, (orig.), AGS, Estado, leg. 6915, (minuta, AHN, Estado, leg. 4263¹).
- 167 Pares, 1936, p. 533.
- 168 Carvajal a Wall, Buen Retiro 20 noviembre 1750, (orig.), leg. 4263².
- 169 Tratado de Madrid 23 mayo 1667, inserto en el de Utrecht de 9 diciembre 1713, artículo 5º, publ. por Cantillo, (ed.), 1843, I, p. 129.
- 170 Keone a Castres, Madrid 23 agosto 1750, publ. por Lodge (ed.), 1933, p. 247, dice que los impuestos están 7% más altos ahora y que los franceses pagan aún más.
- 171 Tratado de indemnizaciones, oit., artículo 4º, publ. por Cantillo, (ed.), 1843, I, p. 410.
- 172 Id., artículo 7º, id.

- 173 Wall a Carvajal, Londres 23 abril, 19 mayo y 29 diciembre 1749, (original), AGS, Estado, leg. 6915; id., 12 febrero 1750 (minuta), y Carvajal a Wall, Buen Retiro 25 enero 1750 (orig.), AHN, Estado, leg. 4263¹.
- 174 Tratado de indemnizaciones, cit., artículo 8º, publ. por Cantillo (ed.), 1843, I, p. 410.
- 175 Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 11 octubre 1750, (orig.), leg. 4263².
- 176 Id., Buen Retiro 8 diciembre 1750, (orig.), leg. cit.
- 177 Keene a Bedford, Madrid 8/19 diciembre 1750, publ. por Coxe, 1815², IV, pp. 46-9, relata las casi cariñosas audiencias que le concedieron Fernando y Bárbara, y su propia sorpresa, especialmente cuando el rey comenzó a decir un conocido proverbio español: "Paz con Inglaterra", aunque sin terminarlo "con todo el mundo guerra".
- 178 Wall a Carvajal, Londres 31 diciembre 1750, (minuta), leg. 4263¹, exagera sus enhorabuena al ministro de Estado diciendo que el tratado representa "tanta felicidad y ventaja que sin duda inmortalizara la gloria del Ministro de v. e.".
- 179 Becker, 1906, p. 27, toma este punto muy en serio cuando juzga que este tratado fue "el más ventajoso para los intereses españoles de cuantos se habían celebrado hacia muchos años".
- 180 Pares, 1936, pp. 532 y 535.
- 181 Carvajal a Wall, Buen Retiro 20 noviembre 1750, (orig.), leg. 4263¹.
- 182 Id., (otra), leg. cit.
- 183 Id.

- 184 Carvajal a Wall, San Lorenzo el Real 11 octubre 1750, (orig.), leg. 4263¹.
- 185 Abreu a Carvajal, Londres 10 septiembre 1750, (orig.), AGS, Estado, leg. 6917, y Wall a Carvajal y Ensenada, Londres 22 abril 1751, (minuta), AHN, Estado, leg. 4263¹; Ensenada a Wall, Aranjuez 10 mayo 1751, (orig. cif. descif.), leg. 4263².
- 186 Wall a Carvajal, Londres 23 abril, 26 junio y 11 agosto 1749, (orig.), AGS, Estado, leg. 6915; y 19 marzo 1750, (minuta); Abreu a Carvajal, Londres 25 junio 1750, (minuta); Wall a Ensenada, Hanover 25 junio 1750, (minuta); Wall a Carvajal y Ensenada, Londres 11 marzo 1751, (minuta); Wall a Carvajal, Londres 1 julio y 9 diciembre 1751, (minuta), AHN, Estado, 4263¹.
- 187 Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 13 agosto 1750, (minuta), leg. 4263¹.

CAPITULO VIII

EL TRATADO DE LIMITES HISPANOPORTUGUES DE 1750.

La sucesión de Fernando VI favorece las relaciones hispanoportuguesas.
Las posturas portuguesas y españolas ante los conflictos surgidos del expansionismo brasileño.

El tratado de límites.

La oposición portuguesa e inglesa al tratado, y los primeros problemas para su ratificación y ejecución, vencidos por la política conciliatoria española.

La oposición jesuítica y guaraní a la cesión de las siete misiones, y la postura del marqués de Valdelirios.

Otros aspectos del pensamiento de Carvajal sobre el tratado de límites: la expulsión de holandeses y franceses de América del Sur, y la investigación de los recursos económicos de las regiones del Orinoco y del Plata.

Wall ante el tratado de límites.

Ceballos defiende a los jesuitas y culpa a los portugueses de las dificultades para la ejecución del tratado.

EL TRATADO DE LIMITES HISPANOPORTUGUESES DE 1750.-

El estancamiento de las negociaciones tripartitas entre España, Portugal y Francia dura desde 1740 hasta la muerte de Felipe V, cuando la subida al trono español de Fernando VI, yerno del soberano portugués Juan V, marca un cambio profundo en las relaciones entre las dos naciones ibéricas. De pronto, se envía a un nuevo embajador español, el duque de Sotomayor, para sustituir al marqués de Gandía como representante de España en la Corte portuguesa. Sus instrucciones se reducen a manifestar por todos los medios el respeto y la amistad que sienten los nuevos soberanos españoles hacia sus vecinos peninsulares, y el claro ánimo de acabar con los recelos y enfrentamientos que caracterizaron el reinado anterior. Por lo tanto, Sotomayor deberá averiguar en qué estado quedó la negociación del tratado de neutralidad, por si acaso conviene reanudarlo.¹ La elección de un Grande de España como el nuevo embajador se concibe como especial prueba del respeto y estima en que se tiene a Juan V,² e igual intención reside en la costumbre adoptada inmediatamente por la reina Bárbara de consultar e informar a su padre sobre todos los negocios públicos.³

Por su parte Juan V empieza ya a hablar de la necesidad de arreglar las diferencias hispanoportuguesas mediante un tratado,⁴ y el ministro francés Chavigny, a su paso por Madrid en septiembre, también procura resucitar el interés en una estrecha unión hispano-franco-portuguesa.⁵ Sin embargo, la preocupación predominante de la Corte española ahora es lograr el fin de la guerra, y la cautela aconseja respuestas vagas y generales a estas sugerencias. Luego la frustración de la mediación portuguesa en un congreso europeo de paz enfría un tanto la satisfacción de Juan V con Carvajal.

No obstante, la coyuntura resulta inmejorable desde muchos puntos de vista para la solución de las disputas entre España y Portugal. Así lo cree el gobierno lusitano, quien en 1747 inicia las negociaciones que habrán de conducir al tratado de límites de 1750.⁶ Los motivos que pueda tener el gobierno portugués para emprender esta política han sido objeto de diferentes interpretaciones. Una versión bastante difundida es que los ingleses presionan sobre Portugal - económica y diplomáticamente sujeto a Inglaterra - para que inicie las negociaciones. La explicación de esto estaría en que Inglate-

rra desea aprovechar los lazos familiares que unen las Coronas española y portuguesa para atraer a España hacia su propia esfera de influencia, y así mejorar sus posibilidades de controlar el comercio hispanoamericano como ya hace con el lusobrasileño. El primer paso en dicha política de largo alcance sería evidentemente eliminar todo motivo de conflicto entre la aliada tradicional y la codiciada.⁷ Alternativamente, los autores que juzgan que las cesiones territoriales hechas por España a Portugal iban a incrementar las oportunidades inglesas para introducir el contrabando en los dominios españoles, suponen que el gobierno inglés sugirió el canje en un principio en virtud de esa consideración.⁸ Empero la tesis de la instigación inglesa tropieza con el serio inconveniente de numerosos testimonios sobre el secreto en qué se llevan las negociaciones, no enterándose de ellas el gobierno británico hasta después de firmado el tratado.⁹

Otra versión historiográfica es que la iniciativa parte de los portugueses. Una procedencia sería el gobernador de Río de Janeiro, Gómez de Andrade quien, convencido de que el misterio que rodea las reducciones jesuíticas de Ibiçuy oculta fabulosas minas de oro, intenta apoderarse de ellas para Portugal.¹⁰ Hace ya muchos años que corren los rumores más exagerados sobre la riqueza de los jesuitas del Paraguay. Gozan de exenciones tributarias, tienen el derecho de comerciar directamente con España, disponen de una abundante mano de obra indígena, ocupan las mejores tierras, y controlan el comercio de la yerba del Paraguay que, con los cueros vacunos, constituye la mayor fuente de ingresos de los encomenderos de toda la región del Plata. La prohibición de entrar en las misiones y el poder político de los jesuitas - reforzado por su insólito y temible ejército guaraní -, suscitaron ya en el siglo diecisiete el antagonismo duradero entre los misioneros y sus vecinos, amargados por su pobre economía de subsistencia.¹¹ Los descubrimientos de oro y diamantes en el Brasil desde fines del siglo diecisiete y a lo largo de la primera mitad del siglo dieciocho, sin duda excitaron las imaginaciones - en América siempre más dispuestas a soñar en el Dorado -, fomentando la codicia de las supuestas riquezas ocultas del Paraguay.

Otra interpretación de los hechos da toda la paternidad de la idea del tratado a Alexandre de Gusmão, famoso diplomático y científico "brasílico". Según esta tesis, él es quien confecciona los mapas utilizados como base de la negociación, y quien guía las conferencias aprovechando las rivalidades

internas de la Corte española para lograr la ganancia apetecida por él para Portugal. Sus motivos serían de tipo patriótico, a favor del Brasil y de su metrópoli Portugal.¹²

En fin, resulta más verosímil que el gobierno portugués quiere aprovechar una coyuntura altamente favorable para incrementar sus opciones diplomáticas y económicas, sustrayéndose en lo posible de la tutela inglesa, y viendo si puede obtener alguna ventaja o concesión de un gobierno español que se supone procurará complacerle por sus propios motivos e intereses internos y diplomáticos. El resentimiento portugués contra la flagrante desviación del oro brasileño a manos de los comerciantes ingleses, que tienen totalmente subyugada la economía portuguesa, hace tiempo que se viene incubando,¹³ y sin duda fue uno de los factores que empujó a Portugal a intentar establecer mejores relaciones con España y Francia en el período 1737 a 1740.

Los españoles por su parte, están perfectamente al tanto de las pretensiones portuguesas, como observa Huéscar a Carvajal a mediados de 1748, "aquel ministerio a meses que piensa en aprovecharse de la ocasión para sacar ventajas en América. Acuña me a dicho que las diferencias de Indias se compondrían a satisfacción de las dos cortes. Esta especie me ubiera dado oído si otro que tú manejara esta dependencia porque son muchas las usurpaciones que an echo y porque se an echo dueños del Marañón sin justicia ni derecho y con notable embarazo para las ideas que pueden formarse para favorecer nuestro comercio".¹⁴

La primera reacción de Carvajal al intento portugués por fuerza ha de ser sumamente cautelosa. El desea liquidar las diferencias que separan a España y Portugal, con el fin de llegar a una estrecha amistad y defensa común de sus imperios americanos contra las infiltraciones y usurpaciones de terceros. Ahora bien, el buen éxito de sus planes requiere una madurez, una igualdad de condiciones y una perfecta confianza que en 1747 aún están lejos de existir. Carvajal no se deja apresurar porque él piensa en soluciones de largo alcance, que mal podrán nacer del presente oportunismo portugués. Por lo tanto, decide aceptar la propuesta de negociar, pero con la condición de respetar un secreto absoluto, y luego se dedica a ganar tiempo hasta concluir la paz de Aquisgrán.¹⁵

Lo cierto es que Carvajal se encuentra ante un dilema de incalculable

gravidad. Podría seguir la secular tradición diplomática española y rechazar de plano cualquier sugerencia de renunciar a las utópicas pretensiones territoriales de España en América, o podría intentar romper con los inflexibles dogmatismos prevalentes hasta entonces, con el fin de acercarse más a la realidad presente. Su gran mérito reside en la valentía con que lucha contra la inercia diplomática de siglos, abrazando un nuevo planteamiento del conflicto, aunque su tragedia brota de que no logra liberarse del todo de la utopía. Negociará; con todo lo que esto significa - renuncias, restricciones, concesiones, y cómo no, algunas ganancias - pensando en el presente y en el futuro. Procurará ganar la amistad portuguesa para España, pagando un precio justo y no más.¹⁶

Durante muchos meses, las negociaciones se reducen al intercambio de las estériles justificaciones legales de las pretensiones territoriales de cada potencia.¹⁷ En efecto, el oficio inicial de los portugueses no es más que una repetición de sus antiguos argumentos un apoyo a sus derechos sobre el interior del Brasil, y especialmente sobre los ríos Marañón y de la Plata. Las respuestas sucesivas de españoles y portugueses insisten en esta línea, de acuerdo con la táctica de Carvajal de prolongar las conferencias.

Así, la historia del conflicto de límites hispanoportugués se repasa desde sus orígenes. El Papa Eugenio IV concedió a Portugal el derecho exclusivo de hacer conquistas en las costas occidentales de África, y por la paz de Alcántara de 1479 España aceptó este derecho, comprometiéndose a no turbarlo. Tras el descubrimiento colombino de América en 1492, los soberanos españoles consiguieron la bula de 1493 del Papa Alejandro VI, que partía el globo entero entre España y Portugal, colocando la línea divisoria a cien leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, quedando los dominios españoles al oeste de esta línea. Empero esta demarcación fue modificada por el tratado de Tordesillas de 1494, el cual desplazó la línea hasta trescientas setenta leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Esta demarcación, aceptada por ambas potencias, fue siempre el punto de partida y fundamento de todas las pretensiones y disputas posteriores.

Pasando el tiempo los portugueses se establecieron en el Brasil y los españoles tomaron posesión de las islas Molucas. Brasil entonces no se reconocía como imponente fuente de riquezas de modo que los establecimientos portugueses allí no suscitaban grandes inquietudes, pero las Molucas eran codiciadas islas de la especiería y Portugal promovió una disputa acerca del

derecho español de ocuparlas. Las conferencias de 1524 no resolvieron el conflicto básico, y quedaron enfrentados y en pie tanto la pretensión portuguesa de que había que empezar la cuenta de las trescientas setenta leguas desde la isla de la Sal (la más oriental de las de Cabo Verde), y la pretensión española de que se empezase desde la isla de San Antonio (la más occidental), ambas con el objeto de asegurar la posesión de las islas Molucas.

Empero se llegó a un acuerdo práctico provisional en 1529, cuando por el tratado de Zaragoza empeñó Carlos V el usufructo de los recursos y comercio de las Molucas a Portugal a cambio de trescientos cincuenta ducados, que necesitaba para financiar su coronación como emperador, pero con una cláusula que estipulaba que España podría recuperar las islas en el momento que devolviese el dinero. No fueron nunca desempeñadas y después cayeron en manos de los holandeses.

Entretanto los portugueses seguían colonizando el Brasil, extendiéndose durante el siglo diecisiete hacia el oeste, a lo largo del Amazonas hasta el Marañón y asegurándose la posesión de los puntos de confluencia de los ríos Japurá, Isá y Putumayo, y hacia el sur, llegando hasta el estuario del Plata donde fundaron en 1680 la colonia del Sacramento. España, por sus otras muchas preocupaciones internas e imperiales no prestó la debida atención a este expansionismo portugués, hasta que a fines del siglo se habían invertido las posturas, adoptando cada potencia los argumentos que utilizara antes su rival, con el objeto de disputar ahora los derechos de soberanía en el Brasil.

Para mediados del siglo dieciocho la situación se ha vuelto sumamente delicada. La expansión así de españoles como de portugueses en el interior de la América meridional ha hecho que la disputa legal se halle convertida ahora en inminente conflicto fronterizo. Por el oeste los portugueses se han establecido en Cuiabá y Mato Grosso, y han llegado a la confluencia del río Javari, con lo cual amenazan ya las misiones de los indios ohiquitos y de los moxos,¹⁸ así como toda la provincia de Santa Cruz de la Sierra que es el antemural de las minas de Potosí. Asimismo poco les falta para comunicarse ya con el Perú. Por el sur han consolidado su presencia asegurando sus comunicaciones con Sacramento mediante la construcción de numerosos fuertes.

Entonces surge una oportunidad relativamente favorable para tratar de este problema. El tratado de Tordesillas, se interprete como se interprete,

indudablemente da a Portugal derechos sobre algún territorio del Brasil. Además de la incertidumbre acerca del punto exacto de las islas de Cabo Verde desde donde hay que empezar la cuenta, el gobierno portugués echa mano de una cláusula del acuerdo de 1529, por la cual España cedía diecisiete grados de sus oientoochenta a Portugal. Ahora pretenden los portugueses que se les cuenten esos diecisiete grados en América con el fin de aumentar la extensión del Brasil. A esto responden muy contundentemente los españoles que aquellos grados se concedieron sólo como medida de precaución y protección del comercio portugués en las Molucas, de modo que habiéndose desvanecido éste, ya no subsiste ningún derecho portugués a esos grados. Por otra parte, aun en el caso de subsistir algún derecho, los diecisiete grados deberían darse en Oriente y no en América, y de todos modos aunque España se aviniese a darlos en América ni aun así llegarían los dominios legales de Portugal hasta el río Javari.

Empero, aunque se pudiese convencer al gobierno portugués de lo infundada de su pretensión a diecisiete grados más en América, queda en pie la disputa original sobre la colocación exacta de la línea acordada en Tordesillas. El estuario del Plata se encuentra justo en la zona bajo litigio, y al presente España no dispone de irrefragables recursos legales ni militares para establecer y mantener su dominio en esta zona. Esto es un potente motivo para intentar arreglar la disputa mediante una negociación amigable y definitiva, aun a costa de algunas concesiones. Otro motivo es de carácter eminentemente práctico, pues en el ministerio español hay una clara conciencia de que cuanto más se prolonguen las discusiones y la indecisión, los portugueses se extenderán y se fortificarán más y más, por lo tanto el único, remedio urgente que queda es la fijación de una frontera real reconocida por ambas naciones.

Ha llegado el momento de abandonar el utópico irredentismo americano en favor de una política más realista y un sentido de responsabilidad para el futuro. ¹⁹ "Ya no es posible", dice un consejero "que los españoles resuciten pretensiones antiguas, y en adelante será lo mismo". ²⁰ Luego comentando sobre las extensas usurpaciones territoriales consumadas en América, se dice "nosotros que lloramos ahora este daño no atendemos que dexamos la materia dispuesta para que nuestros sucesores lloren otros mas sensibles", y "es lo peor que mientras mas tardemos, pedirán mucha mas tierra, y con justicia". ²¹

España no dispone de recursos, no ya para recuperar los territorios perdidos, sino siquiera para poblar y defender los amenazados. Además, el enfrentamiento hispanoportugués desgasta las fuerzas de ambas potencias, en beneficio sólo de terceros.

Así pues, Carvajal enfoca el problema desde la perspectiva de la realidad presente en Indias. La extensión de los territorios ocupados por portugueses no podrá ser modificada sino ligeramente, pero los escritos del padre Gumilla y de Jorge Juan y Antonio de Ulloa han convencido a Carvajal de la necesidad de frenar al menos el avance portugués en el interior del país.²²²³ Por otra parte, España deberá intentar rescatar Sacramento por la vía pacífica de la negociación. Sería factible desde el punto de vista militar tomar la plaza por la fuerza, pero la reina Bárbara sin duda se opondría, y además Carvajal tendría que renunciar al menos por algún tiempo, a la consolidación de una amistad hispanoportuguesa. Dejar la Colonia en manos portuguesas significa resignarse a que un contrabando incontenible - abrumadoramente inglés - se apodere de los mercados hispanoamericanos; pero todavía más que esto, impulsa al gobierno español el conocimiento de que aquella situación amarga irremediabilmente las relaciones entre España y Portugal, mientras la que gana económica y diplomáticamente es Inglaterra. En fin, la recuperación de Sacramento tiene también su importancia estratégica, pues significa que en tiempos de guerra España contaría con el dominio absoluto del estuario del Plata, cuya relevancia para las comunicaciones terrestres y marítimas de América del Sur es palpable. Los consejeros de Carvajal no están de acuerdo sobre cuál de los territorios es más importante para España, si el del Marañón o el del Plata, pero en lo que sí están de acuerdo es sobre la urgente necesidad de fijar unos límites ahora.²⁴²⁵

Las negociaciones se desarrollan con sumo secreto con el fin de evitar cualquier intromisión extranjera, en particular de los ingleses.²⁶ A principios del año de 1749 se renuevan las insinuaciones portuguesas sobre la posibilidad de ajustar una alianza entre España, Francia y Portugal,²⁷ pero afortunadamente para Carvajal no se hace ninguna propuesta formal, y el ministro de Estado se salva de tener que negociar una alianza tripartita que no desea.²⁸ Bien que querría la amistad portuguesa, pero independientemente de Francia, mientras que los portugueses buscan con preferencia la amistad francesa para contrarrestarla a la influencia inglesa. En cambio, la negociación sobre límites americanos empieza a progresar. Ambas partes aceptan

la idea de determinar límites concretos basados en la topografía conocida, y Portugal se aviene a ceder Sacramento a España, mediante la transferencia al dominio portugués de las misiones guaraníes al este del río Uruguay.

No obstante, Carvajal se resiste largo tiempo a sacrificar las misiones pese a los esfuerzos del embajador portugués, Tomás de la Silva Téllez,³⁰ por convencerle y facilitar el canje. En el caso de que España prefiera dejar a los indios en sus misiones, haciendo una transferencia íntegra a Portugal, se ofrece respetar sus bienes y también la administración jesuítica del territorio. Si en cambio prefiere el gobierno español trasladar a los guaraníes a otro lugar, también se admitiría y se permitiría que se llevaran sus bienes muebles y ganado. En fin, se ofrece también la posibilidad de que los indios elijan si quieren mudarse o quedarse.³¹

El gobierno portugués arguye en todo momento que no tiene ningún interés especial en las misiones guaraníes, pero que siente que debe insistir en que la frontera se fije en un río grande, como es el Uruguay, con el fin de asegurar el objetivo principal del tratado, que es prevenir contra disputas en el futuro.³² Además, Portugal necesita mantener su propio prestigio nacional e internacional, y por lo tanto ha de poder probar al mundo que no ha regalado Sacramento a España, sino que ha obtenido un equivalente adecuado. Por otra parte, los indios desplazados bien podrían poblar los extensos territorios españoles que están actualmente, deshabitados, e incluso podría convenir asentarlos en la costa septentrional del estuario del Plata entre Sacramento y Maldonado.³³

Empero lo que a Carvajal le inquieta realmente es que la posesión portuguesa de las misiones del Uruguay incremente el contrabando en los dominios españoles. A esto responde el ministro portugués Acevedo³⁴ que "como siempre hemos de ser vecinos no al raxon para recelar el comercio ilícito mas en una parte que en otra", añadiendo con bastante desoaro que "es mas facil descubrir los fraudes en un Rio grande que en caminos esquisitos practica-dos en una dilatada frontera de montañas".³⁵

Además, el gobierno portugués ofrece cumplir cualquier exigencia razonable y recíproca para evitar el comercio ilegal entre los dominios suyos y los españoles. En fin, para demostrar su buena voluntad y que no odian las misiones guaraníes especialmente, ofrecen contentarse con cualquier otro territorio de similar extensión como equivalente de Sacramento. Ahora bien, no dejan de subrayar la dificultad de hallar otro territorio, sin des-

viar sensiblemente la frontera de la línea acordada, en perjuicio de la claridad y de otros intereses españoles.³⁶

Finalmente Carvajal acepta el canje propuesto por el gobierno portugués, y tras meses de arduas negociaciones para fijar la frontera por ríos y montes, es firmado el tratado de límites el trece de enero de 1750. Es impreso inmediatamente en Madrid, aunque todavía no es dado al público.³⁷ La primera característica destacable de este tratado es su enfoque eminentemente práctico y realista. Constituye una verdadera revolución en la diplomacia tanto portuguesa como española, al hacer caso omiso de los derechos territoriales americanos basados en los tratados anteriores y renunciar a las interminables discusiones interpretativas, para asumir la realidad presente de las posesiones americanas de unos y otros. Es, además, una decisión consciente, tomada con el propósito y la esperanza de acabar de una manera definitiva con las disputas y violencias sufridas durante tanto tiempo. En consecuencia, se abandona enteramente la imaginaria línea meridiana de demarcación, en favor de una demarcación casi puramente topográfica, que en la medida de lo posible reflejaría las posesiones realmente ocupadas por ambas naciones, con la excepción de las cesiones recíprocas estipuladas en este tratado, y los territorios aún deshabitados.³⁸

De esta manera Portugal añade una vasta extensión a sus dominios del Brasil, cuyos límites se aproximan ahora a los definitivos del futuro Estado independiente. Desde el monte de los Castillos Grandes, asegurado a los portugueses, en el sudeste, la frontera busca la línea divisoria de aguas, pasando junto a las cabeceras del río Negro y sus afluentes, hasta dar con el origen del río Ibicui, baja este río hasta el Uruguay y luego sube hasta la confluencia del Pepiri, el cual sube hasta su cabecera. Siguiendo a continuación la línea divisoria, busca el origen del río más próximo que desemboque en el Guassú, de modo que bajando aquél y éste, llegue al río Paraná. Sube el Paraná y después su afluente el Iguay hasta su cabecera. Desde allí sigue de nuevo la línea divisoria de aguas en dirección al tributario más cercano del río Paraguay, para bajar aquél y subir éste, cruzando la zona pantanosa hasta encontrar la desembocadura del río Jaurú. Desde allí debe pasar al río Guaporé de tal modo que se asegure a los portugueses la navegación exclusiva del río Jaurú y el camino habitual entre Cuiabá y Matogroso. Baja luego todo el Guaporé y el río Madera hasta un punto aproximadamente a media distancia entre

la boca del río Mamoré y el Amazonas. Entonces debé seguir una línea recta de este a oeste hasta la orilla oriental del río Javari, que bajará hasta el Amazonas. Siguiendo el Amazonas abajo y luego el Japurá arriba, debe dirigirse después hacia el Atlántico buscando siempre la divisoria entre la cuenca del Orinoco que se reserva para España, y el Amazonas que queda en manos portuguesas.³⁹

Salvando, pues, ciertas modificaciones posteriores,⁴⁰ en 1750 emerge ya la configuración definitiva del Brasil. Evidentemente el tratado representa un gran triunfo para Portugal, y representa también el ulterior triunfo del expansionismo agresivo y de la fuerza sobre los derechos reconocidos por anteriores tratados internacionales. Portugal se asegura la posesión de minas de oro y diamantes, que no estaban incluidas en la antigua demarcación, amén de vastos territorios vírgenes interfluviales conseguidos en virtud del expansionismo portugués a lo largo de los ríos de la cuenca amazónica.

Ahora bien, desde el punto de vista español, el tratado de 1750 representa un ejercicio en realismo combatiivo. No se trata sólo de ceder, de ceder ante la usurpación y la fuerza, sino de contener el empuje enemigo, de conservar los territorios amenazados, y de asegurar el dominio de ciertas áreas conflictivas de gran importancia estratégica y/o comercial. Los consejeros de Fernando VI están plenamente convencidos de que si no se frenan con eficacia las agresiones fronterizas de los portugueses, cosa que España no podrá lograr por la pura fuerza armada, se perderán más y más misiones / territorios sin remedio.⁴¹

En cambio, una frontera inequívoca ofrece en el mejor de los casos una esperanza de impedir mayores pérdidas futuras,⁴² y en cualquier caso no representa para España sino el sacrificio de posesiones hipotéticas donde el asentamiento español o nunca existió o ha desaparecido frente al avance portugués. La perdurabilidad efectiva, a grandes rasgos y a través de innumerables vicisitudes, de la frontera establecida en 1750 puede constituir una prueba del acierto español en esta política.

La frontera sigue en líneas generales la máxima extensión de los asentamientos portugueses, pero el tratado preve también algunas cesiones de una y otra parte, las cuales suscitarán violentas oposiciones y acabarán por hacer abortar la inmediata ejecución del acuerdo. Aparte del reconocimiento de la posesión española de Filipinas,⁴³ lo más importante es la cesión portuguesa de la colonia del Sacramento, con su territorio y derechos de navegación por el

río de la Plata,⁴⁴ y la cesión española de las misiones jesuíticas de indios guaraníes al este del río Uruguay.⁴⁵

Desde el punto de vista portugués, el reconocimiento español de todas las usurpaciones efectuadas en el interior del Brasil puede valer sólo de contención de más agresiones, y quizás cierta inclinación hacia la amistad española. La renuncia a Sacramento requiere sin embargo alguna cesión española de contrapartida, y por lo tanto ha de ser algún territorio realmente ocupado por España, como lo es Sacramento por Portugal. Esto significa que España debe sacrificar misiones en alguna parte, pues prácticamente toda la frontera del lado español queda bordeada por extensas áreas de misiones, si desea concluir un ajuste amistoso con Portugal y asegurar su propio dominio de la región del Plata.⁴⁶

Los portugueses sin duda apeteen las aldeas guaraníes por si acaso resultasen ciertos los rumores sobre sus ricas minas, y en cualquier caso por la notoria calidad de sus prados, amén del interés que puedan tener en desarraigar y tal vez dispersar unos indios que siempre les han hecho frente en sus incursiones hacia el sur en busca de esclavos. Por su parte, el gobierno español padece un grave conflicto interno, y si al fin decide sacrificar las misiones guaraníes, lo hace en la sincera convicción de que con ello conseguirá un bien mayor mayor.⁴⁷ Estas mutuas cesiones provocarán la oposición al tratado de diversos grupos españoles y portugueses, y posteriormente la mayoría de las críticas del tratado de 1750 se centrarán en este único aspecto, sin analizar ni considerar siquiera la concepción global del acuerdo, ni sus motivos y objetivos fundamentales.

En fin, este tratado reafirma la prohibición de comerciar entre unos y otros,⁴⁸ habitual en todos los tratados tocantes a América; pero además hace clara alusión a la costumbre inglesa de comerciar con los dominios españoles vía el Brasil, prohibiendo la protección o tolerancia de navíos o comerciantes extranjeros dedicados al contrabando en los dominios vecinos.⁴⁹ La voluntad de defender la integridad comercial y territorial de ambos imperios americanos se refleja asimismo en la anticuada y utópica declaración de que aun estando España y Portugal en guerra en Europa, mantendrán la paz en América.⁵⁰ Por otra parte, la mutua garantía de los dominios americanos tiene sus limitaciones y no es muy específica, pero refleja cuando menos una conciencia de interés y enemigos comunes, y es tenida en especial consideración por el gobierno espa-⁵¹

ñol como expresión del genuino espíritu de mutua cooperación y protección del tratado.⁵²

No hay ninguna mención con este tratado de la cesión por España a Portugal de la provincia gallega de Tuy, especie que numerosos autores han repetido,⁵³ deseando quizás desacreditar a Carvajal,⁵⁴ ni hay tampoco evidencia que jamás se pensara seriamente en hacer semejante cesión.⁵⁵

El secreto de las negociaciones del tratado de límites es guardado con exquisita escrupulosidad, tanto más remarcable en cuanto que se iniciaron en un momento cuando todas las potencias dedicaban sus mejores esfuerzos para averiguar qué política seguían las demás. Empero, después de intercambiar las ratificaciones la noticia se difunde, e inmediatamente surgen las primeras manifestaciones de resistencia a que se ejecute el tratado. Los comerciantes portugueses, sin duda impulsados por el interés británico,⁵⁶ elevan al rey una representación contraria al tratado, una copia de la cual es remitida a Ensenada por un agente español en Lisboa nombrado Lángara.⁵⁷ Así, el conocimiento del tratado se extiende desde las secretarías de Indias y Marina por todo Madrid, y en breve tiempo la noticia es conocida en todo el mundo.⁵⁸

Poco después de la conclusión del tratado de límites muere el rey Juan V de Portugal (31 de julio de 1750). El nuevo soberano José I al principio se muestra decidido a honrar y cumplir los designios de su padre,⁵⁹ no menos porque en sus últimos años de vida el difunto rey se vio incapacitado para los negocios de Estado, y el entonces príncipe heredero participó activamente en las negociaciones del tratado, y es presumible que se identificase con el empeño.⁶⁰ Ahora bien, el advenimiento al trono de José I acelera la ascensión del famoso político Sebastián José de Carvalho e Melo, más tarde marqués de Pombal, quien en 1750 es llamado a ocupar la secretaría de Asuntos Exteriores y Guerra, y en 1756 consolidará su dictadura al ser nombrado secretario de Estado.

Carvalho se muestra contrario al tratado desde el primer momento, haciendo todo lo posible para retrasar y dificultar su ejecución y trabajando para convencer al nuevo rey de la conveniencia de romper el compromiso. Se le informa en 1753 al nuevo embajador español en Lisboa, conde de Perelada, que Carvalho inmediatamente "empezo por sí, y moviendo a otros a influir dictámenes contrarios [al tratado] o dar por perjudicialísimo a aquel Reino todo

lo hecho, y despues de muchas preparaciones estamos informados que llegó a persuadir a su Amo a que deshiñiese todo lo hecho....sin cesar....de promover su idea para lograr a lo menos la de que su Amo lo desee para el caso de que sobrevenga algun pretexto, y hasta este punto creemos que ha llegado su porfia".⁶¹

El ministro portugués se vale de diversos medios indirectos para sabotear la ejecución del tratado. Carvajal afirma que incluso abrazó "el temerario passo de dejar de ratificar las Instrucciones para la ejecución, habiendo ya ido las del Rey, para que se hiciese el cange, y ya oonoce V.E. hasta donde pudo llegar este lance: Fero Yo, tomando sobre Mi, no dar quenta a él Rey de esto enteré a la Reyna, que escribió con acierto y eficacia, y con unos dias más se salió de este Pantano".⁶² Envía a un tal Antonio Lobo a la Corte española con el solo fin de exasperar y desacreditar al embajador portugués, y de oponerse "por conductos extrabiados" al buen éxito del tratado.⁶³ Va retrasando y dificultando todo lo que puede los trámites obligados para el cumplimiento del Tratado, poniendo por ejemplo "bríbolos cavilosos reparos" a los despachos españoles.⁶⁴ En fin, su determinación le impulsa incluso a enviar refuerzos militares al Brasil con el fin de resistirse a la entrega de la plaza de Sacramento, y frustrar la ejecución del tratado. El embajador español Sotomayor informa pormenorizadamente de esta expedición en la primavera de 1752, confirmando también que Carvalho cuenta con la ayuda inglesa, y explicando que a José I se le dice que se trata sólo de medidas de precaución y prevención, aunque por la naturaleza de las armas embarcadas Sotomayor teme que se intente alguna operación ofensiva.⁶⁵

El ministro español Carvajal, quien advierte enseguida la actitud negativa de su colega portugués, atribuye su oposición al tratado de límites a una "desmesurada ambición personal", unida a un enconado resentimiento con deseos de venganza contra los ministros del gobierno anterior y su obra.⁶⁶

También cabe sospechar si Carvalho no es presionado por los ingleses para que se oponga a la ejecución del tratado porque la entrega de Sacramento no favorece los intereses de Inglaterra. Carvajal dice que de ser verdad esta sospecha, sería una "negrísima felonía", pero se resiste a creerlo, diciendo "más presto me inclino a que la cabilosa ambición de Carvalho los busque por Protectores, queriendo pintar que es de servicio de ellos, y que puede ser que comerciantes Ingleses, de los que han hecho el contrabando, por la colonia le apoyen, sabiendolo o ignorándolo esse gobierno". No obstan-

te, se decide a informar de todo al embajador español en Londres, Ricardo Wall, "para que con su actividad y maña observe sin descubrirse si puede aver ay alguna parte en este caso".⁶⁷

Inglaterra sin duda tiene motivos para recelar de la consolidación de una sincera y duradera amistad hispano-portuguesa, pues en el fondo la prepotencia inglesa en Portugal debe no poco a la necesidad lusitana de un aliado poderoso que pueda defender el país de las apetencias anexionistas de España. Si se disipasen los recelos portugueses ante un despliegue de sinceridad y generosidad por parte de España, cabría pensar en una futura alianza, basada en sus palpables intereses comunes, que alteraría la posición política de Inglaterra en Europa, y lo que es peor, amenazaría sus intereses comerciales y marítimos a escala mundial.⁶⁸ De hecho el pensamiento de Carvajal y los términos del tratado mismo van en esta dirección, y no es de extrañar que una vez más las consideraciones políticas se aunasen a influyentes intereses comerciales para encauzar la diplomacia inglesa respecto del tratado de límites. Las noticias remitidas desde Londres, empero, no sacan a Carvajal de sus dudas, pues Wall no consigue averiguar nada positivo y sólo puede conjeturar que la posesión española de Sacramento y de todo el río de la Plata no pueden gustar a los comerciantes ingleses, aunque los ministros digan que se alegran del tratado porque reducirá los conflictos sobre el comercio ilícito.⁶⁹ De todo ello Carvajal parece sacar la conclusión de que el gobierno inglés no está detrás de la oposición portuguesa al tratado, aunque sí están involucrados algunos comerciantes ingleses.⁷⁰

Por otra parte, en Portugal comienzan a agruparse en torno al infante Pedro, hermano de José I, todos los enemigos del ministro Carvalho. La lucha de facciones políticas, pues, bien puede ser la clave de la actitud de Carvalho al tratado de límites, especialmente teniendo en cuenta que uno de sus enemigos es Alejandro de Gusmão,⁷¹ uno de los principales colaboradores en los trabajos de elaboración del tratado.

En fin, no se debe desechar la idea de que Carvalho verdaderamente considere que el tratado supone un grave perjuicio para Portugal, y que la obstaculización de su cumplimiento constituye un servicio en beneficio de los intereses nacionales portugueses.⁷² El mismo Juan V tuvo sus vacilaciones acerca de la conveniencia o no del tratado, cuando estaba a punto de concluirse,⁷³ y no sería inverosímil pensar que Portugal se cortaba sus propias alas en el

Brasil sin apenas obtener nada, que no poseyese ya de hecho a cambio.

Sea como fuere, la insidiosa oposición de Carvalho al tratado resulta bastante difícil de combatir. El gobierno español apenas si puede tener recurso a las expresiones de buena fe, mostrándose condescendiente con los reparos y retrasos portugueses. En las instrucciones secretas al marqués de Valdelirios, comisario español para la demarcación meridional, se le advierte que si tropezase con "algún inconveniente o reparo que pueda ofender el pundonor de los Portugueses no os empeñéis en ello, antes bien cedereis en todo quanto se pueda, de forma que no tengan motivo para suspender la ejecución del tratado".⁷⁴

La reina Bárbara procura mantener una correspondencia cariñosa y confiada con su hermano José, mientras que Garvajal manda al conde de Perelada, nombrado embajador en Lisboa en 1753, que procure convencer a Carvalho de la sincera buena voluntad de España, y del mutuo interés del tratado. Se muestra dispuesto a olvidarse de la idea y negociación de un tratado de comercio en Europa entre las dos potencias,⁷⁵ y a negociar un tratado de alianza, todo a gusto del gobierno portugués.⁷⁶ Mediante esta política sumamente condescendiente y cautelosa, Garvajal logra ir alcanzando una tras otra sus metas para la ejecución del tratado. El diecisiete de enero de 1751 se firman varios documentos relativos a la demarcación: un tratado sobre las instrucciones que habrán de llevar los comisarios; unos artículos adicionales al tratado de 1750; una prórroga por un año del plazo concedido para la entrega de las cesiones territoriales estipuladas; y un tratado explanatorio de los mapas previstos para la demarcación. El dieciocho de abril del mismo año se firma un suplemento y declaración del tratado de 1750, regularizando las instrucciones de los comisarios, y finalmente, el doce de julio de 1751 se firman otros acuerdos sobre los mapas a utilizar.⁷⁷

Empero Carvalho no es la única fuente de oposición a la nueva demarcación americana. La más sonada y polémica resistencia corre a cargo de las misiones guaraníes regidas por los jesuitas en el territorio cedido a Portugal al este del río Uruguay y al norte del río Ibicuí. En este recodo triangular hay establecidos siete pueblos o reducciones que albergan a casi treinta mil indios guaraníes, sujetos a la tutela espiritual de los jesuitas españoles.⁷⁸

Las primeras noticias sobre el tratado tardan algún tiempo en llegar a las misiones. Algo parece que se barrunta en la Congregación Provincial celebrada en Córdoba en septiembre de 1750, gracias a la escueta comunicación

traída desde Lisboa por el padre Ladislao Horos, quien sostuvo algunas conversaciones con la reina de Portugal. La inquietud de los jesuitas americanos aumenta al saberse que el Padre General Francisco Retz escribe al Provincial de Paraguay, Manuel Quirini, comunicando la próxima conclusión del tratado de límites y ordenando que se dispongan suave y eficazmente los ánimos de los indios a la obediencia.⁷⁹ Empero la noticia definitiva y detallada sobre la cesión de los siete pueblos no llega a su destino hasta fines de febrero de 1752, días después de la arribada de Valdelirios y la comisión española a Buenos Aires.

El nuevo Padre General de la Compañía Ignacio Visconti escribe el 21 de julio de 1751 ordenando al nuevo Provincial, José de Barrera, que vaya personalmente a supervisar el abandono del territorio "sin dar lugar a excusas, tergiversaciones o protestas que puedan alegarse o por los indios o por los misioneros para conseguir alguna demora".⁸⁰ Asimismo exhorta a los misioneros no sólo a no oponerse al tratado, sino a colaborar eficazmente para que obedezcan los indios bajo sus cuidados.

Barrera recibe la carta en diciembre e inmediatamente comunica sus órdenes al Superior de las Misiones del Paraguay, Bernardo Nudorffer, en quien delega mientras no acuda él mismo a las misiones.⁸¹

En Nudorffer, pues, quien recorre los pueblos explicando la dolorosa noticia a los indios y misioneros, "y a fuerza de paciencia y persuasión, en medio de infinita repugnancia y de lágrimas y sollozos de aquellos pobres indios, consiguió arrancarles el sí de que se mudarían".⁸² Sin embargo, resulta evidente desde el principio que los guaraníes no van a someterse sin resistencia. La presencia del amado Superior acalla las pocas tentativas de protesta, pero aun así, se atreve un cacique de San Nicolás a decir que las tierras guaraníes han sido heredadas de los antepasados, dando a entender que duda de la autoridad del rey para disponer de ellas.⁸³

De acuerdo con las órdenes recibidas, los padres jesuitas procuran preparar durante los meses siguientes todo lo necesario para la migración. Acuden a los pueblos los misioneros más conocidos y amados de los indios, se aprestan carretas y barcos para transportar los bienes muebles y las personas incapaces de caminar a pie, y se buscan nuevas tierras donde asentar los nuevos pueblos.⁸⁴

No obstante estas pruebas de obediencia, los jesuitas del Paraguay comenzaron al instante a utilizar todos sus recursos para apelar contra la cesión de las siete misiones. Los jesuitas son enviados a España para defender la causa personalmente, y como es natural se ponen en contacto con el padre Rávago, confesor del rey y jesuita también.⁸⁶

Años más tarde, cuando se anula el tratado de límites el primer ministro Wall afirma que el confesor no sólo tiene conocimiento del tratado antes de su firma sino que lo aprueba.⁸⁷ Esto podría ser verdad o no, pero lo cierto es que en el año 1752 el padre Rávago ya duda de su bondad y confiesa a Carvajal, "yo siento mucho recelo deste tratado...ninguno de tantos, que yo sepa, de los que están alla deja de reprobarle como pernicioso al Rey".⁸⁸ Sin embargo, el confesor real no quiere, o quizás no tiene suficientes datos para poder juzgar y tomar una determinación, así que escribe a Barrera una carta sumamente precavida y no poco tortuosa. Señala el peligro que encierra para toda la Compañía el hecho de que sean solamente los misioneros jesuitas quienes se quejan del tratado. Luego intenta atraparlos por sus expresiones de obediencia al rey, al mismo tiempo que cumple con su deber sacerdotal de velar por las almas cristianas y defender sólo lo justo. Supone que si el tratado es injusto, ellos no deberían sentirse obligados a cumplirlo, sino que antes bien deberían abandonar las misiones a su suerte, para no oponerse tampoco activamente a la autoridad real. Empero, como los misioneros ya se han confesado dispuestos a obedecer, Rávago saca la conclusión bastante retorcida de que los daños no serán tan terribles como quieren persuadir.⁸⁹ En definitiva, la única solución que propone es que, si el tratado es realmente inadmisibile, se laven las manos los misioneros de todo el asunto, sin pensar, al parecer, en la angustia que tal renuncia ha de causarles.

Además de enviar agentes jesuitas a Europa se escriben numerosísimas representaciones y cartas dirigidas a autoridades eclesiásticas e imperiales, exponiendo los graves perjuicios espirituales y materiales que resultarán de la nueva demarcación, tanto para las misiones afectadas como para el resto del imperio español en la América meridional.⁹⁰ Los propios indios, asesorados por sus misioneros dirigen una súplica al gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui, expresando su más completo asombro ante la decisión del rey, y recordando por un lado los servicios y sacrificios pasados de los indios guaraníes en beneficio de la monarquía española - especialmente combatiendo

contra los portugueses -, y por otro lado las órdenes de Felipe V exhortándoles a que jamás abandonasen sus tierras a los portugueses.⁹¹ No se trata de una declaración de rebeldía, sino de una invitación a la reflexión sobre los términos del tratado, aunque con una fuerte dosis de indignado reproche dirigido al rey.

Empero es quizás en las cartas del provincial del Paraguay, José de Barreda, donde se aprecia mejor el doloroso dilema padecido por las misiones guaraníes en este momento de amargura. Por una parte, reconoce y asume su obligación absoluta de obedecer al rey,⁹² pero al mismo tiempo cree firmemente que el rey se ha equivocado, y que si oyese y comprendiese la enormidad del daño que ha de surgir de la demarcación, rectificaría su determinación. En esta convicción Barreda, como otros, solicita insistentemente que se suspenda la ejecución del tratado hasta recibir nueva respuesta del rey.⁹³

Pide comprensión y compasión para los indios porque su limitada inteligencia y experiencia les incapacita para entender y aceptar esta orden, pero acto seguido demuestra que él mismo compartía los pensamientos de los indios, defendiendo su causa como natural y justa.

Los guaraníes habitan sus tierras desde hace ciento treinta años, viven de según la ley cristiana y como súbditos del soberano español, a quien se sometieron voluntariamente y no por fuerza de armas. Construyeron sus pueblos, con hermosas iglesias, y prosperaron pese a innumerables adversidades, explotando los recursos de estas tierras donde yacen sus antepasados. Cumplieron siempre con las órdenes reales de defender sus pueblos frente al portugués, sin abandonarlas jamás, y por todas estas circunstancias entienden que son suyas estas tierras.

La comisión española para la demarcación del sur llega a Buenos Aires en febrero de 1752. Las instrucciones de Carvajal a Valdelirios y demás comisionados y la presencia de Luis Altamirano, comisario jesuita enviado por el Padre General de la Compañía, revelan que se anticipaba la repugnancia de los misioneros a cooperar en la ejecución del tratado, y también que se pensaba en responsabilizarlos de las reacciones de los indios.⁹⁴ Esta postura es fácilmente explicable, pues ni Carvajal ni Fernando VI son insensibles a los trabajos y dolores que ha de causar la migración,⁹⁵ pero no por nada han gozado los jesuitas de licencia para excluir a otras autoridades o personas extrañas de

cualquier contacto con sus misiones del Paraguay.⁹⁶

En sus instrucciones reservadas a Valdelirios Carvajal revela que no cree en la probabilidad de una fuerte resistencia de los misioneros: "No ay que recelar opposicion de parte de nuestros Jesuitas, que conoceran bien las consecuencias".⁹⁷ Sin embargo, los portugueses afectan no dejarse convencer de ello, y ponen como condición de la entrega de Sacramento la total evacuación de las siete misiones. En consecuencia, Carvajal ha de emplear todos los recursos para asegurar su propósito, explicando la situación a las autoridades de la Compañía, sin que ello signifique que él duda de la fidelidad y pronta obediencia de los misioneros.⁹⁸

No es necesario pues explicar la postura de las personas comprometidas en la ejecución del tratado, en términos de su ciega creencia en la historia del imperio jesuítico;⁹⁹ aunque es cierto que Carvalho aprovecha las circunstancias para propagar la leyenda y reforzar la opinión antijesuitica en Europa,¹⁰⁰ y Valdelirios acaba comulgando con la afirmación del portugués Gómez Freire, de que la oposición guaraní a la nueva demarcación es instigada y sostenida por los misioneros.¹⁰¹

Es verosímil que Valdelirios piense también en aumentar su propio prestigio logrando el cumplimiento de la misión que le confiara Carvajal, y de allí que se cerrase totalmente a contemplar por las buenas su suspensión.¹⁰² Lo cierto es que sus instrucciones secretas no le dejan ninguna alternativa, puesto que prevén que en el improbable supuesto de resistirse los misioneros a evacuar los pueblos, se debe insistir en ello, y en última instancia recurrir a la fuerza para obligarles.¹⁰³

El caso es que el marqués confía en que los jesuitas se desvivirán para efectuar la migración, por temor a dejar la Orden enteramente desacreditada si queda el más leve indicio de la verdadera existencia de un imperio independiente en el Paraguay. Además este planteamiento ofrece la ventaja en el peor de los casos de poder atribuir el fracaso a los misioneros. Así lo da a entender Altamirano en su carta circular de once de abril de 1752: "El buen nombre y crédito de la Compañía se perderá sin remedio si en esta ocasión no obedecen los indios, porque nuestros émulos atribuirán a desleal positivo influjo nuestro su desobediencia, y nuestros afectos que más nos favorecen, al menos a poca industria o culpable omisión de nuestros misioneros".¹⁰⁴

Empero no hay persuasión que valga a la hora de la verdad. Gómez Freire mete prisas a Valdelirios, y éste se retracta de su primera promesa de conceder tres años para la mudanza, ordenando que se efectúe en menos de un año. Esta insufrible urgencia hace que la resistencia de los guaraníes a abandonar sus hogares, sus campos labrados y vaquerías, sus iglesias y las tumbas de su gente, acaba por convertirse en rebeldía abierta. Incluso llegan a acusar a los misioneros de querer vender todos esos bienes, y les amenazan de muerte si intentan abandonar los pueblos.¹⁰⁵

El conflicto de obediencia que padecen en su conciencia los jesuitas paraguayos durante estos años debe de ser muy duro, y digno de la más profunda comprensión. por un lado, sus votos imponen el estricto acatamiento de los órdenes de sus superiores, a la vez que de su conducta pende la reputación de la Compañía entera, y su condición de súbditos españoles les obliga al máximo respeto por la soberanía del rey; pero por otro lado, su vocación civilizadora, protectora de la inocencia india, y cultivadora de los sentimientos cristianos, junto con su labor de siglos en aquellos terrenos tan inhóspitos, les abocan a rebelarse contra la injusticia que amenaza la continuidad de su obra entre esos alumnos tan mimados. La consecuencia de semejante conflicto interno sólo puede ser esa clase de angustioso compromiso que no satisface al que lo adopta, y sin embargo le deja totalmente indefenso contra los ataques de ambos extremos.

Los jesuitas obedecen y emprenden las preparaciones para la migración, pero quieren, y confían en poder detener la ejecución del tratado. Cuando comprenden que ni pueden persuadir a los guaraníes, ni pueden detener a los comisarios, su Superior Barreda toma la última solución que le queda: renuncia a su jurisdicción sobre las siete ciudades, tal como el padre Rábago había aconsejado, y solicita que se les envíe a los indios otros religiosos.¹⁰⁶ Empero, como es natural, no es admitida dicha renuncia.

La rebeldía de los indios, la confesada impotencia de los misioneros y la repugnancia de Altamirano a hacer un castigo ejemplar con alguno de ellos, obligan a Valdelirios a pensar en el empleo de la fuerza, según prevén sus instrucciones y el propio tratado de límites. Sin embargo, al principio vacila él mismo, en parte por repugnancia y en parte porque no puede asegurar una victoria, y una derrota sería insufrible, y enseguida tropieza con las

dilaciones de Andonaegui, quien protesta su falta de recursos para emprender una gran operación militar.¹⁰⁷ Pero al fin se dirigen tropas contra los rebeldes guaraníes en mayo de 1754. Esta primera compañía resulta vencida por los obstáculos naturales, de modo que no se acaba con la rebelión hasta 1756, cuando tres mil españoles y portugueses marohan juntos contra otros tantos indios, liquidando su resistencia en las dos batallas de Bacacay y Caibaté. Las siete misiones son ocupadas en el mes de mayo, y gran parte de sus treinta mil habitantes huyen dispersados a los montes.¹⁰⁸

Entretanto ha muerto en abril de 1754 el principal artífice español del tratado de límites, José de Carvajal. A pesar de todas las dificultades surgidas en los cuatro años largos que van desde la conclusión del tratado hasta su muerte, el ministro de Estado mantiene su fe en la posibilidad y conveniencia de realizar la demarcación. Sigue con su visión de conjunto de los propósitos del tratado, y si bien se muestra dispuesto a facilitar la mudanza de los guaraníes desplazados,¹⁰⁹ no cabe en su mente la idea de tirar todo su trabajo por la borda sólo porque los misioneros jesuitas no pueden o no quieren convencer a treinta mil indios para que se trasladen pacíficamente.¹¹⁰ Así es que remite a Valdelirios la real confirmación del tratado, y poderes para proseguir con la demarcación.¹¹¹

Ahora bien, para Carvajal el tratado de límites representa mucho más que el conflicto de las misiones guaraníes. En las cuencas del Orinoco y del Amazonas se centran otras dos nuevas preocupaciones, que tiene presentes el ministro durante estos años.¹¹² Por un lado pretende aprovechar la nueva amistad luso-española, y el hecho de que los holandeses de Surinam están enfrentados con una grave sublevación de esclavos negros, para concertar una operación conjunta de expulsión de los holandeses de América del Sur.

Con las instrucciones diplomáticas del conde de Perelada, embajador español en Lisboa desde 1753, va otra carta de Carvajal explicando su idea de que españoles y portugueses vayan cercando por tierra los establecimientos holandeses del Surinam, con el fin de impedir su expansión y de prestar ayuda a los negros sublevados.¹¹³ Ulteriormente el objetivo sería expulsar a los holandeses de aquel territorio, repartiéndoselo luego amistosamente España y Portugal, y fundando pueblos en la costa habitados y defendidos por los negros liberados. Carvajal le advierte a Perelada: "Toque v.e. la especie a Carvalho con tiento, por que como piensa por caminos insolitos, no sé, si estará en animo de hacer Capital de Holandeses, para alguna de sus ideas, y

en tal caso no entrará, y nos podría descubrir".¹¹⁴

Hacia fines de mayo Carvajal se impacienta un poco porque la comisión de demarcación que va a Cumaná se encuentra ya casi preparada para salir, y él quisiera darles algunas instrucciones referentes a holandeses, antes de su partida.¹¹⁵ Por su parte, Carvalho no parece hacerle ascos a la idea,¹¹⁶ y Carvajal sugiere que los comisarios principales podrían informar sobre la situación y tal vez ir adelantando algunas medidas conducentes al fin propuesto.¹¹⁷ Sin embargo, el gobierno portugués recuerda que también están en la Guayana algunos franceses, y Carvajal responde al sondeo quitándole importancia a los establecimientos franceses y sugiriendo que los portugueses los pueden cercar fácilmente.¹¹⁸ Definitivamente, pues, José I acepta el plan de Carvajal y se preparan instrucciones sobre el particular para los principales comisarios de la demarcación del norte.¹¹⁹ Así puede escribir Carvajal a José de Iturrriaga que los dos gobiernos "están conformes en que se procure desalojar a unos y otros [holandeses y franceses] con la industria y a este efecto han resuelto que ambas naciones procuren estrecharlos cada una por su parte, los Españoles por la del Río Orinoco y los Portugueses por la del Marañón o Amazonas".¹²⁰

El interés geopolítico de eliminar el Surinam y la Guayana francesa resulta evidente, especialmente en vista de la reciente rebelión ocurrida en Caracas, para lo cual se obtuvieron armas holandesas a cambio de cacao, e incluso hubo insinuaciones de que el alzamiento fue inspirado por extranjeros.¹²¹ Ambas colonias, y sobre todo la holandesa, facilitan y fomentan el comercio ilícito en toda la costa, además de patrocinar las incursiones al interior de los territorios españoles y portugueses a la caza de indios para convertirlos en esclavos en las plantaciones costeras. Estas incursiones suelen ser llevadas a cabo por los indios caribes, con o sin caudillos holandeses, pero siempre instigados a hacerlo por éstos o por los judíos del Surinam, quienes tienen a los indios caribes totalmente endeudados con ellos para obligarles a traer cada vez más esclavos.¹²² La importancia de estas consideraciones iguala sin duda la de los problemas de la zona del Plata, y no es de extrañar que la atención de Carvajal sea atraída hacia este territorio orinoqués que tan poco interés ha estimulado en el pasado de España.

El segundo aspecto de la preocupación de Carvajal por estas tierras es

de tipo económico. Se trata de averiguar la verdad sobre las posibilidades de cultivar y comercializar la canela que allí crece. También instruye a los comisionados a descubrir, de paso, qué calidad y abundancia tienen el cacao de la región platense, y la lana y el ganado de Buenos Aires y Chile. Ahora bien, el gran valor concedido a la canela en estos años refleja un "renacimiento del mito de las especias",¹²³ en el siglo XVIII, y el renovado interés de los estudios biológicos que caracteriza la vida intelectual del reinado de Fernando VI. Además, es una creencia bastante divulgada que si la canela del Orinoco se pudiese en condiciones de competir con la que comercializan los holandeses, se lograría arruinar por completo el poderío de Holanda.¹²⁴ Carvajal, pues, no hace sino recoger y sistematizar en su política, auténticas e informadas preocupaciones de los hombres de su época.

La conveniencia de dirigir la política española en primer lugar contra Holanda reside en varias circunstancias. En el pasado, los holandeses se han visto habitualmente enfrentados así con españoles como con portugueses, de manera que se trata de un viejo enemigo común, contra quien sin duda será más fácil ganar el auxilio portugués. Últimamente - en la guerra de la Pragmática Sanción - se han revelado muestras de debilidad en el Estado holandés, y desde las negociaciones de la paz de Aquisgrán se aprecia un distanciamiento entre Holanda e Inglaterra, por lo que es factible pensar que los ingleses no vendrían en ayuda de su antigua aliada si para ello tuviesen que enfrentarse a España y Portugal.

El sucesor de Carvajal en la Secretaría de Estado, Ricardo Wall, intenta proseguir con la obra de su amigo y antecesor al frente de la diplomacia española. De hecho, bien que en medio de innumerables dificultades y rencillas, los trabajos de la demarcación se van adelantando, pero la ausencia del principal defensor del tratado se va notando. Además, el marqués de la Ensenada acaba de decidir que el tratado le parece más bien perjudicial para España, y avisa ahora secretamente a Carlos de Nápoles de todo el asunto, con la idea de detener su ejecución.¹²⁵ La protesta de Carlos cerca de su hermano Fernando VI indigna al rey español, y facilita a los enemigos de Ensenada el logro de su destitución y destierro.

A principios de 1756 es enviado a Indias Pedro de Ceballos, como sucesor de Andonaegui, en el gobierno de Buenos Aires. En sus instrucciones se acusa ya formalmente a los jesuitas de fomentar la rebelión guaraní, pero al hacerse cargo por sí mismo de todo lo ocurrido, Ceballos decide que los je-

suitas no tienen la culpa. Entonces se erige en defensor suyo, pese a la insistencia de Valdelirios en la culpabilidad de los misioneros. A su vez, el nuevo gobernador halla que los portugueses han obrado siempre de mala fe, ocupando más tierras, pretendiendo ensanchar sobre el terreno los límites establecidos en el tratado, retrasando bajo diversos pretextos la entrega de Sacramento, metiendo presas en la evacuación de las misiones, robando ganado, y propagando libelos contra los jesuitas. Valdelirios ha sido excesivamente condescendiente y ciego ante las maniobras de Gómez Freire de Andrade, y Ceballos le acusa de incompetente, iniciando una apasionada controversia cuyo desenlace carecerá de la claridad necesaria, pues si bien parecen imponerse los razonamientos de Ceballos, Valdelirios no resulta desacreditado.¹²⁶

Tras la subida al trono de Carlos III y un detenido examen del estado de la cuestión, el gobierno español decide al fin anular el tratado. Wall entrega un larguísimo oficio comunicando la decisión al embajador portugués, el dieciséis de septiembre de 1760,¹²⁷ y por la declaración del Pardo del doce de febrero de 1761 el tratado queda definitivamente anulado, de manera que los límites entre las dos potencias en América vuelven a ser teóricamente los acordados por tratados anteriores.¹²⁸

EL TRATADO DE LIMITES HISPANOPORTUGUES DE 1750.

NOTAS.

- 1 Instruccion de lo que vos D. Felix Fernando Yáñez de Limia, etc., haveis de observar para el mejor desempeño del empleo de nuestro embaxador ordinario al Rey de Portugal, que os hemos conferido. Buen Retiro, agosto 1746, (copia), AGS, Estado, leg. 7239.
- 2 Doña Bárbara a Juan V, Buen Retiro 27 julio 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 369.
- 3 Id., 4 agosto 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 370, dice "El Rey... me dis o diga assim a V. Mag^{de}...que em tudo quer seguir os dictames de V. Mag^{de} q. conhece são fundados em toda a razão e conhecim^{to}. e experien- cia dos negocios...em todo se conforma com o q. V. Mag^{de}. lhe dis".
- 4 Juan V a Doña Bárbara, [Lisboa] 12 agosto 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 205.
- 5 Doña Bárbara a Juan V, Buen Retiro 20 y 30 septiembre 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, pp. 401 y 407.
- 6 Wall a Joseph de Silva Pesarreha, Buen Retiro 16 septiembre 1760, (copia), AHN, Estado, leg. 4798². En su afán de probar que el tratado no fue impuesto a España por Juan V, valiéndose del afecto filial de la reina Bárbara, Bermejo de la Rica, 1920, pp. 44-5, incurre en la inexactitud de decir que fue el gobierno español quien propuso el tratado, fijándose sólo en cierta reticencia mostrada por el rey portugués hacia la conclusión de las negociaciones. [Sotomayor a Carvajal?] AGS, Estado, leg. 7234, publ. por Bermejo, 1920, pp. 184-8. Sin embargo, es muy leve el error en comparación con el acierto general del espíritu crítico de este autor al tratar de estos temas. Es más, publica él mismo una carta de Carvajal a Wall, Aranjuez 20 mayo 1751 (pp. 163-4) en que se afirma que las negociaciones se emprendieron a instancias de Juan V.

- 7 Lafuente, 1850-67, XIX, pp. 330-1; Hume, 1905, p. 387; y Rodríguez Villa, 1878, p. 191.

- 8 Fernández Duro, 1895-1903, VI, pp. 347-8. Muret, 1940-45, p. 135, dice que "Keene avait été l'inspirateur" del tratado para abrir nuevas y más lucrativas rutas de contrabando al comercio inglés. Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VIII, 1ª parte, pp. VII y XII sugiere también que la influencia inglesa era anticatólica y antijesuitica desde el principio.

- 9 Wall a Carvajal y Ensenada, Londres 22 enero 1750, (minuta), AHN, Estado, leg. 4263¹, y publ. por Bermejo, 1920, pp. 162-3, refiere que Newcas:le y Bedford le hablaron de haberles escrito sobre el tratado el embajador de Lisboa, Castres, y un comerciante inglés. Ambos dijeron que si fuese cierto se alegrarían mucho. En su lugar cito otras referencias al secreto de estas negociaciones.

- 10 Madariaga, 1959², p. 338; F. Mateos, "El tratado de límites entre España y Portugal de 1750 y las Misiones del Paraguay (1751-1753)", Misionaria Hispánica, VI, Madrid, 1949, n. 16, p. 327, dice que el jefe de la comisión de demarcación portuguesa, Freire de Andrade, "después de haber rebusoado a su gusto todos los escondrijos de los pueblos, se persuadió que eran soñadas las minas de oro de los jesuitas, propuso otra línea de límites más al oriente...que dejaba intactas las Misiones".

- 11 Magnus Mörner, "Panorama de la sociedad del Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII", Estudios Americanos, XVII, Sevilla, 1959, n. 92-93, pp. 205-16, y James S. Saeger, "Origins of the Rebellion of Paraguay", Hispanic American Historical Review, 52, 1972, n. 2, pp. 115-229.

- 12 Virgilio Sampognaro, "El Tratado de Madrid de 1750. (Su causa. Su celebración. Su fracaso)", Revista de Estudios políticos, XIV, Madrid, 1946, pp. 192-4, dice sin más explicaciones ni apoyo de fuentes que "en la intriga palaciega consiguió oponer al marqués de la Ensenada, que veía claro, el ministro Carvajal de vistas menores". El mapa confeccionado por Guzmán

data de 1749 y tiene marcada en rojo la línea fronteriza que debía ser el objetivo de la negociación con España. De él se sacó una copia exacta destinada a la Corte española. Sampaio parece basar toda su tesis acerca de la paternidad del proyecto del tratado en esta fecha del mapa de 1749, por ser anterior a la conclusión del tratado. No piensa, al parecer, que el gobierno portugués pudiera haber encargado el mapa a Guzmão, quien por haber nacido y vivido en el Brasil tenía un conocimiento más exacto del terreno en litigio. Por otra parte desconoce que en realidad se utilizaron muchos mapas para elaborar el tratado, tal y como se desprende de una carta del marino y geógrafo José Solano, consejero de Carvajal en lo referente al tratado, citado por Ramos Pérez, en El tratado de límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco, Madrid, 1946, pp. 40-1. No obstante, C.R. Boxer, The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825, Pelican Books, 1969, p. 179, dice que el tratado fue en gran medida obra de Guzmão.

- 13 C.R. Boxer, "Brazilian Gold and British Traders in the First Half of the Eighteenth Century", Hispanic American Historical Review, 49, 1969, n. 3, pp. 454-72.
- 14 Huéscar a Carvajal, [París] 11 julio [1748], publ. por Osanam, (ed.), 1975, p. 347. Carvajal a Huéscar, [Madrid] 22 julio [1748], p. 356, evidentemente se refiere a la patria del embajador Acuña cuando dice "Gana han tenido en la tierra del viejón de valerse del buen año".
- 15 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 22 julio [1748], cit., refiriéndose a la apertura portuguesa dice, "Yo he dicho que sí, pero que con sumo secreto y he dado largas hasta el punto de aver oído quejas de las que espantan a quien no sea tan filósofo como yo".
- 16 Id., "Si siguen por acá [las negociaciones] espero en Dios no perder", y 29 enero [1749], p. 437, "Deseo asegurar la puerta falsa, pero sin más costa que la que merece".
- 17 Wall a Silva pesarreja, Buen Retiro 16 septiembre 1760, cit.

- 18 Sobre la amenaza portuguesa contra las misiones de los indios moros, véase Francisco Larreta, provincial de la provincia del Peru a Pedro Ignacio Altamirano, procurador general de Indias de la Compañía de Jesus en Madrid, Lima 22 diciembre 1748, (copia), AGS, Estado, leg. 7403.

- 19 Discurso sobre la necesidad de ajustar los límites con la corona de Portugal en América, y utilidad manifiesta del modo con que se propone. [1747-49?]. Respuesta de vn español a los discursos del Portugues sobre diferencia de limites con España en las Indias [1747-49?], AGS, Estado, leg. 7374. El examen de mapas solo puede servir de acalorar una disputa inutil, y embarazosa para la conclusión que tanto importa a todos [1747-49?], leg. 7403.

- 20 Respuesta de vn espanol..., cit.

- 21 Discurso sobre la necesidad..., cit.

- 22 José Gumilla, El Orinoco Ilustrado y Defendido..., Madrid, 1741, e informe...sobre impedir a los Indios Caribes, y a los Olandeses las hostilidades, que experimentan en las Colonias del gran Rio Orinoco, y los medios más oportunos para este fin. AHN, Diversos. Serie de Documentos de Indias, Doc. 421.

- 23 Jorge Juan y Antonio de Ulloa, Disertación Histórica, y Geográfica sobre el Meridiano de Demarcación entre los Dominios de España y Portugal, Madrid, 1749.

- 24 Otros autores que dieron la alerta sobre conflictos fronterizos en las cuencas del Orinoco y Amazonas fueron los padres jesuitas Samuel Fris, Juan Magnín, y Manuel Román, y el capuchino José Cassani, pero fueron Juan y Ulloa quienes sistematizaron y concretaron los datos disponibles sobre límites en estos territorios. Véase Ramos Pérez, 1946, pp.14-21.

- 25 Discurso sobre la necesidad..., Respuesta de vn español..., y El examen de mapas..., cits. Los autores contrarios a Carvajal le han acusado de conminar y sobornar al gobernador de Montevideo para que informase favorablemente sobre el proyecto del tratado de límites. Lafuente, 1856-

67, XIX, p. 331; Rodríguez Villa, 1878, p. 191; y Fernández Duro, 1895-1903, VI, p. 349. Sin embargo, una vez comprendidas sus muchas y justas razones para hacer el tratado, pierde interés el que empleara ese tipo de métodos, teniendo en cuenta todo el contexto político en que se movía, Fernández Duro resulta especialmente cáustico y superficial al enjuiciar el tratado de límites: "Por raro que parezca, el negocio monstruoso propuesto por los comisarios portugueses tuvo aceptación, patrocinada por la Reina, en obsequio de su hermano y de su patria; favorecido por el Ministro negociador, en gracia de la misma Reina; apoyado con todo el esfuerzo de que fuera capaz la influencia ingl^a. como causa propia con cubierta ajena...".

- 26 Carvajal a Huéscar, [Áranjuez] 1 junio [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 331, contesta a la suya de 22 mayo 1748, diciendo "Responde a Aouña que nada ay sobre colonia de Sacramento, ni sé qué pudiera averia". En otra de [Madrid] 22 julio [1748], p. 357, confía Carvajal a Huéscar que está llevando el asunto muy secretamente, dando a entender que no sabe nada de ello ni él propio Ensenada: "No se lo toques a B. [Ensenada] ni de mil leguas, que si huele, se mete y lo lleva todo el diantre".
- 27 Wall a Silva Pesarreha, Buen Retiro 16 septiembre 1760, cit.
- 28 Huéscar a Carvajal, [Versalles] 9 [febrero 1749], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 442.
- 29 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 7 marzo, [1749], p. 449.
- 30 Tomás da Silva Teleo, visconde de Vilanova da Cerveira, 1683-1760. Militar de carrera, fue nombrado embajador portugués en España en 1738, pero no ocupó el cargo hasta 1746, cuando Fernando VI subió al trono.
- 31 Tomás de la Silva a Carvajal, Madrid marzo 1749, (original), AGN, Estado, leg. 7403.
- 32 Id., y Acevedo a Silva, Lisboa 14 septiembre 1749, (copia trad.), leg. cit.

- 529
- 33 Acevedo a Silva, Lisboa 14 septiembre 1749, cit.
- 34 Marco Antonio de Acevedo Gouthiño.
- 35 Id.
- 36 Id.
- 37 Wall a José de Silva, Buen Retiro 16 septiembre 1760, cit.
- 38 Tratado de límites en las posesiones españolas y portuguesas de América, Madrid 13 enero 1750; Preámbulo y Artículos 1º y 3º, publ. por Gentilino (ed.), 1843, I, pp. 400-3.
- 39 Id., artículos 4º al 9º, pp. 403-4.
- 40 Aparte de alteraciones menores (al menos a nivel continental y desde un punto de vista puramente de extensión territorial), los cambios más importantes han afectado el extremo sudeste, región que también en 1750 ya es conflictiva, como veremos, y un enorme terreno interior al oeste del río Madera. En este caso importa señalar que se trata precisamente de la zona que en 1750 se piensa demarcar con una línea imaginaria, recta, y que por lo tanto constituye una brecha por donde podía continuar la expansión portuguesa.
- 41 Francisco Larreta a Pedro Ignacio Altamirano, Lima 22 diciembre 1748; Discurso sobre la necesidad de ajustar los límites con la corona de Portugal en América...; Respuesta de un español a los discursos del Portugués sobre diferencia de límites..., cit.
- 42 La determinación de Carvajal de que la frontera no sólo se definía sino que se defenderá decididamente, se aprecia claramente en las Instrucciones secretas a Valdelirios, Echevarría y Arquedas de 1751 (minuta), AGS, Estado, leg. 7403, en cuyo 4º punto se manda "observar los sitios ventajosos de toda la frontera por donde los Portugueses puedan en adelante introducir su navegación, y Comercio, o poblarse, y fortificarse, y los parages mas oportunos para contenerlos, aboriguando con la mayor exactitud la calidad del terreno, y del clima, y la distancia, y las

de camino que podran gastarse hasta los primeros Poblados de mis dominios".

- 43 Tratado de límites..., Madrid 13 enero 1750, artículo 2º, publ. por Cantillo (ed.), 1843, I, p. 403. Se llegó a hablar de la posibilidad de ceder Filipinas a Portugal a cambio de su renuncia al Brasil o a la mayor parte de él, pero la idea no prosperó. Véase Respuesta de un español..., cit.
- 44 Tratado de límites..., artículos 13º y 15º, ed. cit., p. 405.
- 45 Id., artículos 14º y 16º, pp. 405-6.
- 46 De hecho, y para facilitar la demarcación por grandes ríos conocidos, España cede también los territorios al este del río Guaporé, que pertenecen a las misiones de los indios majos. De la misma forma, Portugal renuncia a sus ambiciones sobre el territorio entre el Japurá y el Javari, dejando a España el dominio de los ríos Iça y Marañón. Id., artículo 14º, p. 405.
- 47 Cantillo, 1843, I, p. 546, opina que el sacrificio del Ibiouí estaba "muy compensado" por la definitiva posesión española de las orillas del Plata y Filipinas.
- 48 Tratado de límites..., artículo 19º, p. 406.
- 49 Id., artículo 21, pp. 406-7.
- 50 Id.
- 51 Id., artículo 25º, p. 408.
- 52 Wall a José de Silva, Buen Retiro 16 septiembre 1760, cit.
- 53 Goxe, 1815², IV, p. 55; M. Lafuente, 1850-67, XIX, p. 331; Rodríguez Villa, 1878, pp. 191 y 193; Fernández Duro, 1895-1903, VI, p. 348 ; y

Hume, 1905, p. 387.

531

- 54 Bermejo de la Roca, 1920, p. 56, y Ballesteros y Beretta, 1918-41, V, p. 145.
- 55 Id. La primera referencia que he encontrado a esto está en "Narración Histórica de la Línea Divisoria y Juicio imparcial, para que la Frontera Española de la Provincia del Paraguay se aclare por límites conocidos. Por Dn. Juan Francisco de Aquirre". Asunción del Paraguay, 18 enero 1794, AHN, Estado, leg. 3385¹.
- 56 Carvajal a Valdelirios, Buen Retiro, 1751, (minuta de puño de Carvajal), AGS, Estado, leg. 7403, dice que avivan la oposición al tratado "algunos de los que ganaban algo en prestar su nombre a extranjeros, que hacían por ella [La Colonia del Sacramento] el comercio prohibido y a unos, y otros incitaban embozados los de Naciones extranjeras comerciantes, que disfrutaban con sus mercancías este injusto trato".
- 57 Es posible que se trate de Juan de Lángara y Arizmendi, ¿1700? - 1781, que en 1760 recibe el nombramiento de jefe de escuadra.
- 58 Wall a José de Silva, Buen Retiro 16 septiembre 1761, cit.
- 59 En las Instrucciones al conde de Perelada, embajador español en Lisboa, Buen Retiro 30 marzo 1753, AGS, Estado, leg. 7239, y publ. por Bermejo, 1920, pp. 188-98, dice Carvajal que José I rechazó la sugerencia de que anulase el tratado porque sería "cosa fea y contraria a su reputación estando firmado y ratificado con todas las solemnidades que ligan a los soberanos y no les dexan arbitrio de retractarse", (p. 191), y en Carvajal a Wall, Aranjuez 20 mayo 1751 (orig.), AHN, Estado, leg. 4263², y publ. por Bermejo, 1920, pp. 163-4, dice que José I "manifestó repetidamente los mismos deseos y eficaces instancias sobre la pronta ejecución" del tratado.
- 60 Carvajal a Wall, Aranjuez 20 mayo 1751, cit., dice que el príncipe José intervino en las negociaciones a causa de la enfermedad de Juan V. Véase también las Instrucciones al conde de Perelada..., 30 marzo 1753, cit.

- 61 Instrucciones al conde de Perelada..., 30 marzo 1753, cit., p.191.
- 62 Carvajal a Perelada, Buen Retiro 30 marzo 1753 (original), AHN, Estado, leg. 4265¹, (copia AGS, Estado, leg. 7239, publ. por Bermejo, 1920, pp. 198-202).
- 63 Carvajal a Wall, Aranjuez 20 mayo 1751, cit. También Carvajal a Perelada, Buen Retiro 30 marzo 1753, cit.
- 64 Id., e Instrucciones al conde de Perelada..., 30 marzo 1753, cit.
- 65 Sotomayor a Carvajal, Lisboa 11 mayo 1752, AGS, Estado, leg. 7234, publ. por Bermejo, 1920, pp. 181-4. Se fija especialmente en la embarcación de 5.000 fusiles y 2.000 pistolas, que cree sólo sirven para caballería, y que no parece lo más indicado para la defensa de la colonia. Véase también Carvajal a Valdelirios, Aranjuez 8 abril 1752, (copia), AHN, Estado 4798². El gobierno portugués corrió la voz sobre una supuesta rebelión en Mozambique para justificar el movimiento de materiales y hombres. De todos modos experimenta grandes dificultades para encontrar hombres.
- 66 Carvajal a Perelada, Buen Retiro 30 marzo 1753, cit., dice "Creo que [Carvalho] consintió que le llamaba para el empleo que oy logra el Rey Difunto; pero no lo pensó S.M. ni lo hubiera sido por muchos años que viviese, ni de él hizo caso para nada: De aquí conceviria contra los favorecidos de aquel Monarcha el odio que suele dominar tales Espiritus. Obtuvo el empleo, y como vio que su nuevo Amo havia visto servir con acierto, y aprobacion a los demas empleados por su Padre se formó la idea de desautorizarlos en el concepto del nuevo Rey y siendo el más reciente señalado fruto de la aplicación de ellos este tratado, le convenia bajarle el valor primero, y después pasar a hacerle creer dañoso, y para esto promover y dar mucho valor a los dictámenes de algunos Viejos, que mantenian por instinto la antigua máxima de que estaba el honor de la Corona de Portugal en mantener en su Dominio la Colonia del Sacramento...". Carvajal a Wall, Aranjuez 20 mayo 1751, cit. dice

que Carvalho "consideró conveniente a sus particulares intereses destruir la opinión de un Ministro togado de su corte que por mui abil en tal asunto avia llebado la mano y Pluma en el curso del", y "desacreditar el merito de los que avian intervenido".

- 67 Carvajal a Wall, Aranjuez 20 mayo 1751, cit.
- 68 Id., explica: "Entre mis aberiguaciones me viene la noticia de que Ingleses y Austríacos (por complacer los primeros) mueben esta guerra, [la oposición de Carvalho al tratado] porque no se nos quite este origen de discordia entre los dos Reynos confinantes". Véase tambien [Sotomayor a Carvajal?], Lisboa 1751, AGS, Estado, leg. 7234, publ. por Bermejo, 1920, pp. 184-8.
- 69 Carvajal a Valdelirios, Buen Retiro 1751, (minuta de puño de Carvajal), AGS, Estado, leg. 7403.
- 70 Wall a Carvajal, Londres 29 julio 1751, (minuta), AHN, Estado, leg. 4263².
- 71 Ballesteros y Beretta, 1918-41, V, p. 221. La facción formada contra Carvalho es esencialmente una agrupación de los estamentos privilegiados, contra la amenaza de un ministro reformador. Conducirá a un atentado contra José I en septiembre de 1758.
- 72 Bermejo, 1920, p. 49.
- 73 [Sotomayor a Carvajal, Lisboa 1751?], cit., refiere cómo Juan V confió sus dudas al padre de Gaspar de Moscoso, asesorándose por un ministro confidencial, antes de decidirse del todo.
- 74 Instrucción secreta al marqués de Valdelirios, Buen Retiro 1751, (minuta), AGS, Estado, leg. 7403, y publ. por Bermejo, 1920, p. 57. Véase tambien Carvajal a Valdelirios, Aranjuez 8 abril 1752, (copia), AHN, Estado, leg. 4798².

- 75 Carvajal a Perelada, Buen Retiro 30 marzo 1753 (otra; orig.), AHN, Estado, leg. 4265¹, explica que a la par con el tratado de límites, se negociaba otro de comercio que el nuevo gobierno portugués ha preferido abandonar, aunque un ministro prometió que podría lograr el beneplácito de José I para tratar del asunto con Sotomayor, a espaldas de Carvalho. Carvajal, aunque receloso, se avino a ello, pero entonces cayó enfermo el ministro portugués y no se pudo adelantar nada. Instruye ahora a Perelada de que vuelva a tantear la posibilidad tras cerciorarse si el ministro en cuestión aún goza de la estima del rey.
- 76 Instrucciones al conde de Perelada, y Carvajal a Perelada, Buen Retiro 30 marzo 1753, *cits.*
- 77 Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VII, pp. 843-4. Hay copias de algunos de estos documentos en el AGS, Estado, leg. 7374.
- 78 Los pueblos son San Luis, San Lorenzo, San Miguel, San Juan, Santo Ángel, San Borja, y San Nicolás. Véase "Noticia de los pueblos que había el año de 1753 en las Misiones de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay, con expresión de las familias y personas que había en cada uno y de los que quedan por España y de los que se entregan a Portugal". Archivo de la Compañía de Jesús de Madrid, publ. por Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VIII, 1ª parte, pp. 117-9.
- 79 Ibáñez de Echavarri, 1770, p. 103. La inicial reacción de los misioneros ante esta noticia es de consternación y de recriminación contra Horos por no haberse quedado en Lisboa hasta averiguar exactamente qué sucedía. Véase también la "Representación de los Padres Juan Domingo Masala, Ladislao Oros, Rafael Caballero, Eugenio López y Pedro Lozano, Consultores por su Religión en la provincia del Paraguay,... dirigida al Virrey del Perú". ¿12 mayo 1751?, publ. en extracto por Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VIII, 1ª parte, pp. 9-18.
- 80 El Padre General de la Compañía de Jesús al Padre Provincial del Paraguay, 7 enero 1750, *cit.* por Ibáñez de Echavarri, 1970, p. 103.

- 81 Visconti a Barreda, 21 julio 1751, cit. por Muriel, 1919, pp. 27-8. Mateos, 1949, p. 320. No se le remite al virrey del Perú noticia oficial del tratado hasta 24 agosto 1751; véanse los documentos 4.588 y 4.589 en Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VII, pp. 843-50.
- 82 Mateos, 1949, pp. 320-1.
- 83 Id., pp. 322.
- 84 Id., y Muriel, 1919, pp. 28-9.
- 85 Mateos, 1949, pp. 322-3, y 325-7. Muriel, 1919, pp. 29-30. Ambos señalan los terrenos escogidos por cada pueblo para sus nuevos asentamientos, así como las dificultades a que se enfrentaban. Por una u otra razón resulta que todos los lugares finalmente elegidos tienen unas condiciones de habitabilidad y de aprovechamiento muy inferiores a las de los pueblos abandonados.
- 86 Wall a José de Silva, Buen Retiro 16 septiembre 1760, (copia), AHN, Estado, leg. 4798². Ibáñez de Echavarri, 1770, p. 104, dice que los dos enviados son Pedro Arroyo y Carlos Gervasoni.
- 87 Wall a José de Silva, Buen Retiro 16 septiembre 1760, cit.
- 88 Rávago a Carvajal, 26 abril 1752, AGS, Estado, leg. 7377, f. 29-30, c.t. por Miguélez, 1895, p. 227.
- 89 Rávago a Barreda, s.f., cit. por Echavarri, 1770, p. 106: "Dos escrúpulos tengo sobre esto: El primero es, que solos los Jesuitas se quejan de este Tratado; El segundo, que si los hechos fuesen como Vs. Rs. los pintan y fuesen tan ciertas las tragedias, é infamias que aseguran, podrían Vs. Rs. desamparar esos Pueblos y aun todos los otros, por no desobedecer al Rey y justificar en todo el Mundo que no les movia el interés, sino la Gloria de Dios, la que podrían buscar en otros Países, donde aun no se ha publicado el Evangelio. Hasta aqui podría executarse; pero cooperar Vs. Rs. á engañar á esos Pueblos, cooperar á esas injusticias y tragedias, yo no lo alcanzo cómo pueda licitamente hacerse,

aunque lloviesen sobre Vs. Rs. Decretos del Rey y Excomuniones del Papa. Viendo, pues, que Vs. Rs. se creen obligados a obedecer, en ese caso infiero, que aunque sean muy probables esos daños, no serán ciertos". Aceptamos esta cita, como otras de Echavarri, porque aunque este autor adopta una postura tajantemente antijesuitica, sus fuentes no son despreciables, y admiten además interpretaciones algo diferentes de las dadas por él. En este caso concreto, diferimos en la interpretación de las palabras de Rávago, pero damos por fidedigna la cita en sí, porque sin duda se trata de la carta a que se refiere Barreda a Rávago, 2 agosto 1753, AGS, Estado, leg. 7381, f. 11, cit., por Miguéles, 1895, pp. 228 y 455, cuando dice " como V.R. me enseña...en semejante peligro [de perder almas neófitas] no estamos obligados, ni aun podemos cooperar lícitamente, aunque lluevan órdenes preceptos y aun excomuniones".

- 90 Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VIII, 1ª parte, pp. 9-18, 28-31, 175-6, 184, publican algunos de estos documentos, y citan muchos más enviados de parte de cabildos, gobernadores y otras autoridades americanas. Véase también Mateos, 1949, pp. 329-30.
- 91 Bernard Moses, Spain's declining power in South America, 1730-1806, Berkeley, University Press, 1919, pp. 76-7, reproduce en traducción inglesa esta súplica de los guaraníes.
- 92 Barreda al Rey, Córdoba 10 junio 1753, (copia), AGS, Estado, leg. 7403, y cit. por Ibáñez de Echavarri, 1770, p. 106.
- 93 Barreda a Valdelirios, abril 1752, cit. por Mateos, 1949, p. 330. Barreda a Andonaegui, al Rey, y al Obispo de Buenos Aires, Córdoba 19 de julio 1753, publ. en extracto por Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VIII, 1ª parte, pp. 94-7. Antonio González de Guzmán a Valdelirios, Asunción 28 abril 1752, (copia), AHN, Estado, leg. 2499, expone que las autoridades indianas están obligadas por leyes y reales cédulas a defender a los indios en todo momento, y que pueden acatar sin cumplir órdenes procedentes de España, si se ve que causarían graves daños en América, hasta que el rey confirme o anule sus órdenes a la vista de las representaciones americanas.

- 94 Véase en relación con esta idea "Breve Relación de lo sucedido en la provincia del Río de la Plata sobre la entrega de los siete pueblos...", AHN, Jesuitas, leg. 120j, cit. por Mateos, 1949, p. 331.
- 95 Carvajal al Rey, s.f. "Proposición de los Comisarios para reconocer y establecer la Frontera de los Dominios de España y Portugal en la América etc.. y resolución del Rey", ACS, Estado, leg. 7403. El Rey al F. Provincial del Paraguay, s.f., ACS, Estado, leg. 7375, informa del tratado, lamentando haber tenido que ceder los siete pueblos y pidiendo su ayuda para lograr la migración sin perder a los indios, para lo cual concede 4.000 pesos por pueblo para aliviar los costos. Más tarde, una Real Cédula de 16 febrero 1753, (copia), leg. cit., exime a los indios desplazados del pago de tributos por 10 años.
- 96 Carvajal a Altamirano, Buen Retiro 28 octubre 1752, R.A.H., Jesuitas, leg. 11-10-3/23, 161, cit. por Mateos, 1949, pp. 337-8, dice al saber que los indios se han avenido a la mudanza "no puedo ponderar el gusto que he tenido, viendo lo bien que se va encaminando un negocio que a los principios se juzgaba inaccesible, aunque a mí no me lo parecería, porque sé muy bien que los jesuitas han sabido allanar mayores dificultades, y no dudaba que en esta ocasión se empeñarían igualmente".
- 97 Carvajal a Valdelirios, Buen Retiro, 1751, ACS, Estado, leg. 7403. Lo mismo dice en las instrucciones secretas a Valdelirios, Echevarría y Arguedas, 1751, (minuta), leg. cit.
- 98 Carvajal a Diego Céspedes, Asistente General de la Compañía de Jesús por España en Roma, s.f. [1751?], ACS, Estado, leg. 7403.
- 99 Mateos, 1949, p. 331 afirma, sin citar más fuentes que la "Relación" jesuítica citada, que creían firmemente en la realidad del Estado teocrático de los jesuitas del Paraguay, Carvajal, Valdelirios, Freire de Andrade, y el propio Altamirano. En cambio, Bermejo, 1920, p. 58, concede que las iniciales sospechas de Carvajal resultan "muy lógicas".

- 100 El ministro portugués publica anónimamente la Relação abbreviada da Republica que os Religiosos Jesuitas das Provincias de Portugal e Hespanha estabelecerão nos Dominios ultramarinos das duas Monarquias, Lisboa, 1757, (trad. española: Relación abreviada..., B.N., Mss. 11.318¹⁰.)

- 101 Valdelirios a Carvajal, Buenos Aires 12 diciembre 1753, 28 enero 1754, y 7 abril de 1754, AHN, Estado, leg. 2499. Bermejo, 1920, p. 58, culpa principalmente a los portugueses de propagar toda clase de maliciosas mentiras acerca de las actividades jesuíticas en el Paraguay.

- 102 Mateos, 1949, p. 330.

- 103 Instrucciones secretas a Valdelirios, Echevarria y Arguedas, 1751, cit., dice tajantemente que a las posibles protestas jesuitas se ha de contestar que no puede haber en aquellas partes beneficio, ni utilidad equivalente al daño de estar despojada mi Corona del dominio privativo del rio de la Plata, y de la Colonia del Sacramento y que mi ánimo deliberado es que se cumpla y execute el tratado en todas sus partes, sin admitir replica ni escusa, aunque sea con motivo del maior beneficio".

- 104 Patente de Comisario del P. Luis Altamirano, Buenos Aires 11 abril 1752, cit. por Mateos, 1949, p. 333.

- 105 Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VIII, 1ª parte, p. XV, y Barrera al Rey, Córdoba 19 julio 1753, ed. pp. 94-5; y Valdelirios a Carvajal, Buenos Aires 28 enero 1754, AHN, Estado, leg. 2499. Detalles de la rebelión pueden encontrarse en Mateos, 1949, pp. 349 y ss.

- 106 Renuncia de las doctrinas Guaraníes hecha por el Provincial de la provincia del Paraguay, José de Barrera, de la Compañía de Jesus, Buenos Aires 2 mayo 1753, y Barrera a Cayetano Marceliano Agramont, obispo de Buenos Aires, Córdoba 19 julio 1753, publ. por Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, pp. 76-7 y 95-7.

- 107 Valdelirios a Carvajal, Buenos Aires 12 diciembre 1753, AHN, Estado, leg. 2499.
- 108 Pastello y Mateos (eds.), 1912-49, tomo VIII, 1ª parte, pp. XV-XVIII.
- 109 Véase nota 95 sobre las facilidades económicas que se decretan a favor de las misiones jesuíticas. Además en octubre y diciembre de 1752 escribe Carvajal a Valdelirios y Altamirano concediendo todo el tiempo necesario para que los indios puedan llevarse todos sus bienes muebles y semovientes, Mateos, 1949, p. 338.
- 110 Valdelirios a Carvajal, Buenos Aires 7 abril 1754, AHN, Estado, leg. 2499, acusa recibo de la suya por la que se ve que Carvajal todavía no cree absolutamente en la culpabilidad de los misioneros, pero que gracias a los informes de Valdelirios recela fuertemente de ellos.
- 111 Valdelirios a Carvajal, Buenos Aires 7 abril 1754, cit.
- 112 Ramos Pérez, 1946, pp. 65-85, trata de estas nuevas preocupaciones que él llama "propósitos secretos" que "seguramente no nacidos con el Tratado de 1750, sino originados en el largo tiempo que medió desde la firma de 13 de enero hasta la partida de las Comisiones", constituyen "un reflejo de la política general de Carvajal" (p. 66).
- 113 Carvajal a Iturriaga, [¿1753?], AGS, Estado, leg. 7375, f. 40, cit. por Ramos Pérez, 1946, p. 81, al informarle sobre la rebelión negra en Surinam dice, "me manda el Rey comunicar a v.s. reservadamente estas noticias para que procure con la misma reserva animar a los negros sublevados contra Holandeses de parte que ejecuten contra ellos todas las hostilidades posibles, bien sea destruyéndoles sus haciendas y granjerías o en otra forma...el medio más efectivo será dexar entre ellos algunos españoles de industria y valor, para que los dirijan y acaudillen, los cuales parecerán foragidos de nuestra nación y de este modo se podrá conseguir el fin sin exponernos a quejas..."

- 114 Carvajal a Perelada, Buen Retiro 30 marzo 1753, (original), AHN, Estado, leg. 4265¹. (Minuta de puño de Carvajal en ACS, Estado, leg. 7239).
- 115 Id., Aranjuez 28 mayo 1753, (original), ACS, Estado, leg. 7243, (minuta de puño de Carvajal; leg. 7239).
- 116 Perelada a Carvajal, Lisboa 19 mayo 1753, (copia), leg. 7239.
- 117 Carvajal a Perelada, Aranjuez 28 mayo 1753, (otra; minuta), leg. 7239.
- 118 Perelada a Carvajal, Lisboa 19 mayo 1753, cit., y Carvajal a Perelada, Aranjuez 28 mayo 1753, (otra; minuta), leg. 7239.
- 119 Perelada a Carvajal, Lisboa 2 junio 1753, (original), y Carvajal a Perelada, Aranjuez 2 julio 1753, (minuta), leg. cit.
- 120 Carvajal a Iturrriaga, Madrid 8 octubre 1753, ACS, Estado, leg. 7375, f. 31, cit. por Ramos Pérez, 1946, p. 80.
- 121 Francisco Morales Padrón, Rebelión contra la Compañía de Caracas, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955, pp. 28 y 30.
- 122 El padre Gumilla afirma que "los holandeses y judíos les dan tanta multitud de rescates que casi todos los caribes están gravemente adeudados por más esclavos que roben y compran", cit. por Ramos Pérez, 1946, p. 78.
- 123 Ramos Pérez, 1946, p. 71.
- 124 Gumilla, Orinoco Ilustrado y Defendido..., Madrid, 1741, p. 258.
- 125 Rodríguez Villa, 1878, p. 193, afirma que Ensenada no supo nada de

la negociación del tratado de límites, a pesar de ser él el ministro de Indias, y que la primera noticia que tuvo del tratado fue su conclusión, con lo cual insinúa que el marqués estuvo opuesto al tratado desde el principio. Existen testimonios de Carvajal sobre su deseo de mantener el secreto de las negociaciones con Portugal, especialmente a su comienzo y señaladamente con respecto a Ensenada. (Véase la nota 26). Empero, en primer lugar Carvajal es el ministro de Estado, a quien compete negociar y firmar tratados con otras potencias, asesorándose o no de consejeros. En segundo lugar, la necesidad de guardar un secreto absoluto en esos años es evidente, pues aparte de todos los empeños diplomáticos españoles para la paz de Aquisgrán y el convenio comercial con Inglaterra, que los tratos con Portugal podrían fácilmente desbaratar, la propia negociación de límites se podría frustrar si llega a ser conocida. Es notoria, aun para los contemporáneos, la eficacia de los sobornos ingleses en general, y en la secretaría de Indias en particular, de modo que no es de extrañar que Carvajal tuviese el máximo cuidado en este asunto. Ahora bien, eso no quiere decir que no se asesorase por ningún entendido en materias indianas. Para empezar él mismo no es precisamente un ignorante en tales temas, pero además existen documentos, anteriores a la firma del tratado, que atestiguan que el ministro hizo consultas previas. (Véase la nota 19. Incluso nombra su colaborador más cercano, Francisco de Ausmendi, que es oficial de la secretaría de Indias. (Carvajal al Rey, "Proposición de los Comisarios...", cit.). Ramos Pérez, 1946, pp. 35-6, halla además suficientes pruebas de que el propio Ensenada trabaja de acuerdo con Carvajal en la ejecución del tratado y supone que existe alguna comunidad de ideas sobre el particular, si bien sus citas son todas posteriores a enero 1750 de manera que no parece haber demostrado que Ensenada sabe algo del tratado antes de su conclusión. Finalmente, Wall a José de Silva, Buen Retiro 16 septiembre 1760, cit., afirma que Ensenada aprobó el tratado antes de su firma, aunque tal afirmación puede no ser cierta, por la naturaleza de este documento. En cualquier caso, la posterior oposición del marqués puede explicarse bien como un sincero cambio de opinión, o bien como una maniobra para hacerse notar y ganar el favor de Carlos de Nápoles, quien no podía tardar en subir al trono.

- 126 Bermejo, 1920, pp. 58-9, y Pastells y Mateos (eds.), 1912-49, VIII, 1ª parte, pp. XVIII-XXII.
- 127 Wall a José de Silva, Buen Retiro 16 septiembre 1760, (copia), AHN, Estado, leg. 4798².
- 128 En 1777, tras la muerte de José I y la caída de Carvalho, el conde de Floridablanca lleva a buen término el ajuste de un nuevo tratado de límites llamado de San Ildefonso, o de La Granja, con Portugal. Este tratado adopta gran parte de los criterios y trabajos del tratado abortado de Carvajal, aunque lógicamente y según previeron los consejeros de Carvajal los portugueses reclaman y obtienen más territorios en 1777 que los concedidos en 1750. En 1778 se firma también un tratado de amistad, garantía y comercio entre España y Portugal, de modo que al fin se impone la política propugnada por Carvajal. Cantillo (ed.), 1843, I, pp. 546-7.

CAPITULO IX

ESPAÑA ANTE LA RIVALIDAD COLONIAL ANGLOFRANCESA, 1750-59.

Los conflictos americanos entre España e Inglaterra se mantienen en bajo relieve.

Surge con fuerza la disputa sobre el derecho inglés a cortar palo en América Central.

La rivalidad anglofrancesa por la amistad española se encona tras la muerte de Carvajal y el derribo de Ensenada (1754).

La guerra, el tema del respeto a la bandera y la neutralidad de España, y la declaración inglesa de 5 de octubre de 1756.

El recrudecimiento del conflicto sobre los leñadores ingleses, y la distinción entre establecimientos "antiguos" y "modernos".

Atropellos ingleses contra la bandera española.

Máximos esfuerzos franceses e ingleses para obtener la alianza española.

La degradación de las relaciones hispanoinglesas, y la aproximación entre España y Francia.

La disputa sobre el derecho español de pescar bacalao en los bancos de Terranova.

ESPAÑA ANTE LA RIVALIDAD COLONIAL ANGLOFRANCESA, 1750-59.

En virtud de la negociación del tratado comercial de 1750, las relaciones anglo-españolas experimentan un corto período de tranquilidad, e incluso de cordialidad superficial.

Aunque la cuestión de los límites de la Florida no se ha resuelto por vía diplomática, de hecho cesan los conflictos en esta zona durante algunos años. Después de la guerra las reformas militares inglesas disuelven el ejército de Oglethorpe, dejando sólo tres regimientos para la defensa de la frontera meridional. En 1750 incluso estas pocas tropas son retiradas de Georgia a Carolina del Sur, y casi todos los fuertes construidos por Oglethorpe son abandonados. Quedan como avanzada más meridional seis soldados con un cabo en el fuerte William de la isla de Cumberland, y el límite de la efectiva ocupación inglesa del territorio disputado queda en el río Altamaha.

Entretanto el gobernador de Florida, Melchor de Navarrete procura reconstruir sus defensas, volviendo a ocupar los fuertes Diego, Picolata y Mosa, y ganar la amistad de los indios, mientras que el gobierno metropolitano por fin emprende una política de fomentar y financiar la colonización de Florida. Llegan numerosos inmigrantes canarios, pero se frustran los proyectos de Navarrete de asentarlos en zonas fronterizas del norte o del oeste, a causa de las hostilidades indias y las dificultades naturales. En consecuencia, los nuevos colonos se asientan mayoritariamente en las cercanías de San Agustín. No obstante, Navarrete prosigue con la idea de formar comunidades de negros libres, propietarios de tierras fronterizas, con los esclavos fugitivos de Carolina y ahora también de Georgia, puesto que se ha anulado la prohibición de la esclavitud en esta colonia.² Esta política viene reforzada por la real cédula de septiembre de 1750 que confirma la puesta en libertad de todos los esclavos que huyan de los dominios ingleses u holandeses, y abracen la religión católica.³

De la misma manera queda aquietado, si no apagado, el conflicto entre contrabandistas ingleses y guardacostas españoles. Abreu y Wall se encargan de recordar suavemente a los ministros ingleses que las autoridades hispanoamericanas han de seguir hostigando a los comerciantes ilícitos para proteger los

intereses españoles, insinuando que el gobierno inglés no debe volver a tomar en serio las protestas de los apresados.⁴ Por su parte, los ministros ingleses deploran, con igual suavidad, las noticias recién llegadas sobre gran número de presas tomadas por los guardacostas y corsarios españoles.⁵

Empero la voluntad de aparentar al menos una sincera y razonable disposición a negociar un acuerdo sobre la navegación americana, hace admitir al gobierno inglés que estarían dispuestos a aceptar la idea de la licitud de las presas hechas en las costas españolas, en parajes sospechosos, o fuera de los rumbos normales entre los dominios ingleses, siempre teniendo en cuenta los accidentes naturales que pueden desviar los navíos.⁶ Como avisa Keene que Ensenada está trabajando en un plan para evitar o minimizar las disputas,⁷ por un momento parece posible albergar esperanzas de un ajuste. De hecho, Ensenada remite órdenes a los gobernadores americanos previniéndoles contra los abusos cometidos por los corsarios españoles.⁸

Sin embargo, una vez concluido y ratificado el convenio comercial las quejas inglesas empiezan a mostrar señales de endurecerse de nuevo,⁹ pero el ministerio español logra ganar algún tiempo abultando y alargando las propias protestas por el saqueo y las extorsiones a que se ven sometidos unos navíos españoles con ricos cargamentos, que son abatidos por un temporal y naufragados u obligados a buscar refugio en puertos angloamericanos.¹⁰

De todos modos, ambos gobiernos se muestran pacifistas y conciliadores, aunque manifiestan también su pesar ante la continuación del conflicto, quejándose los ingleses de las presas y los españoles del contrabando.¹¹ Carvajal lamenta que Keene tenga que sufrir disgustos, y si bien no puede ceder nada en lo referente al derecho español de visitar y apresar navíos extranjeros sospechosos de dedicarse al comercio ilícito, procura no obstante minimizar los abusos y los motivos de queja.¹² Sin embargo, su actitud permanece siempre firme en lo esencial, y al mismo tiempo que promete hacer lo posible para reducir las fricciones en América, advierte, "pero no ay que pensar en que se pueden extinguir, porque los colonistas Ingleses tienen su trato en el contrabando, no han de cesar en intentarlo, ni dejan de gritar quando los cojan".¹³

Por su parte, el gobierno inglés nombra como gobernador de Jamaica al almirante Knowles, el cual supone que será más del agrado de España que el agresivo Trelawney. Además, a petición de su gobierno, Knowles elabora un proyecto

para frenar el comercio ilícito realizado desde la isla, consistente en poner una marca o un sello en todas las mercancías legales destinadas a/o procedentes de América. También admite que los navíos ingleses no pueden tener nunca ningún motivo de estar en la costa de Tierra Firme, por lo que cualquier navío hallado allí habrá de ser apresado, pero que alrededor de las islas convendría limitar las aguas jurisdiccionales españolas y el alcance de las actividades de los guardacostas.¹⁴

Semejante plan no sólo no ofrece ninguna garantía de éxito, sino que probablemente aumentaría la confusión y los fraudes, sin duda se falsificarían los sellos utilizados. Naturalmente, pues, Abreu expresa su sorpresa ante "lo ridículo" del plan, rechazándolo como enteramente impracticable e inadmisible. Luego el almirante Anson corrobora el juicio de Abreu, diciendo que sería imposible ejecutar el proyecto con resultados positivos.¹⁵

Así pues las quejas inglesas sobre las "depredaciones" de los guardacostas españoles continúan, alternando expresiones de estima hacia Carvajal y su política, y de triste reproche por estos impedimentos para cimentar una verdadera amistad angloespañola,¹⁶ con expresiones de dura insistencia en los derechos ingleses, y de violentas amenazas contra España en general y los guardacostas en particular.¹⁷

Ahora bien, Carvajal no se deja amenazar sin pagarlo con la misma moneda, y sobre las protestas de Newcastle contra las visitas españolas advierte, "no puede tocar essa especie Ministro que desee la union, porque es tal, que a pocas razones se há de hechar mano á las espadas, sin que aya otro remedio".¹⁸ Asimismo arroja sus propias indignadísimas quejas por las ingentes cantidades de productos y plata de las Indias españolas que han pasado por los mercados ingleses desde el fin de la guerra. Supone que la mínima cantidad de productos hispanoamericanos apresada en navíos ingleses por los guardacostas españoles no iba a ser precisamente aquella poquita cantidad que podrían alcanzarse a tener los comerciantes ingleses por vías legales. Creerlo así sólo son ganas de "querer cegar, y cegarse".¹⁹

Surge otro conflicto en abril de 1752 cuando un navío español pretende importar cacao a Londres, y es confiscado en virtud de la ley de navegación inglesa de 1660, que prohíbe la importación a Inglaterra de productos americanos en navíos extranjeros. Más tarde el navío es liberado al percibirse que el capitán español procedió de buena fe y en ignorancia de esa ley, pero el gobierno inglés insiste en la vigencia de la ley diciendo que es anterior al tratado

de 1667 por el cual España permite la introducción de productos angloamericanos en navíos ingleses, y que por tanto no cabe la reciprocidad.»

El proteccionismo inglés de su propia marina queda embarzosamente expuesto por este incidente, que impulsa al gobierno español a pedir la reciprocidad, en virtud de la amistad reinante entre ambos países, y bajo el supuesto de que todas las ventajas comerciales concedidas por tratados bilaterales han de considerarse recíprocas.²⁰

A principios de 1753 las amenazas inglesas contra los guardacostas españoles parecen estar a punto de realizarse. Knowles comunica que uno de sus navíos de guerra ha detenido en alta mar un navío español que no pudo enseñar su patente de guardacostas, por lo que han sido condenados sus tripulantes como piratas. Empero, ha decidido no ejecutar la sentencia hasta recibir el visto bueno de su gobierno. El asunto se agrava al publicarse en una gaceta londinense que Knowles ha mandado a sus navíos de guerra proteger el comercio inglés y dar caza a los guardacostas españoles. El embajador Wall protesta que eso sería casi una declaración de guerra, y que de todos modos el gobierno español tiene motivos para desconfiar del nuevo gobernador de Jamaica.

El ministerio inglés afirma desde luego que la noticia publicada por la gaceta no es cierta, y ofrece mostrar a Wall las instrucciones dadas a Knowles. No obstante, prometen investigar el asunto, y castigar severamente cualquier infracción que se haya cometido. Por su parte, Wall les advierte que es muy posible que los ingleses del navío de guerra hayan destruido los papeles del navío español, y sugiere que se pida el testimonio del gobernador español que se cite como expedidor de la supuesta patente.²¹

Al poco tiempo los jueces ingleses confirman la sentencia condenando a muerte a los españoles capturados como piratas, pero el gobierno da muestras de no querer proceder a la ejecución de la sentencia. Wall propone que se entregue el reo a las autoridades españolas para que, en vista de su propia documentación, impongan el castigo, o declaren inocente al condenado. Naturalmente, semejante solución ofrece grandes inconvenientes legales, aunque por razones políticas el gobierno inglés muestra señales de querer complacer al español, y de momento manda a Knowles suspender la ejecución de la sentencia y remitir más documentos.²²

Sin embargo a Wall le parece poco adecuada esta postura, e insiste con vehemencia en la absoluta necesidad de amonestar clara y severamente a Knowles por

la incorrección manifiesta en su proceder contra los guardacostas españoles.²³ No logra abtener la satisfacción exigida porque pronto siente la necesidad de silenciar sus quejas para corresponder a la moderación mostrada por el gobierno inglés respecto de sus quejas contra los guardacostas.²⁴ No obstante, para principios del año 1754 llega una carta del propio Knowles haciéndose cargo de la incorrección de sus pasos, y prometiendo no dar nuevos motivos de queja en el futuro, con lo cual Wall y Carvajal se dan por satisfechos.²⁵

En cambio, la disputa sobre derechos de navegación en América no se deja adormecer. La opinión pública inglesa vuelve al ataque con las mismas tajantes exigencias y acusaciones de siempre, mientras que el gobierno procura suavizar sus protestas y encontrar una solución. Carvajal y Keene van negociando muy despacio, aunque Carvajal insiste que los asuntos de Indias no son competencia suya, al mismo tiempo que lamenta que la enfermedad y las infinitas preocupaciones de Ensenada no le permiten avanzar más de prisa en los negocios ingleses.²⁶

Al fin en septiembre de 1753 los ingleses proponen formalmente unas bases o peticiones para un acuerdo sobre navegación en aguas americanas. Solicitan que las patentes de guardacostas sólo sean expedidas por el rey de España, o como mucho por los gobernadores indianos de máxima categoría, y que los navíos guardacostas sean costeados con fondos reales.

Los guardacostas sólo deberían cruzar por los sitios donde puede hacerse el comercio ilícito, y no en alta mar, y no deberían apresar navíos por el hecho de llevar abordo plata o palo, porque productos pueden obtenerse por varias vías legítimas, como por ejemplo en pago de las provisiones vendidas a los presidios españoles. En fin, se debería valorar el navío y su carga según consta en las pólizas de seguro, porque las ventas por subasta en puertos españoles siempre suponen una gran pérdida de su auténtico valor, y cuando el consejo de Indias dictamine que una presa fue indebida, la indemnización debería ser pagada en España por el rey.²⁷

Carvajal responde con suma cautela, aceptando tratar de los puntos propuestos, pero haciendo ver que no será posible avanzar rápidamente en las negociaciones, a causa de los numerosos, graves inconvenientes que ofrece el conflicto, y porque tiene que consultar todo con Ensenada.²⁸ En definitiva, sigue su política contemporalizadora, intentando ganar tiempo sin perder de vista los intereses esenciales de España.

Ni siquiera explica llanamente a Keene todo su pensamiento sobre las disputas en cuestión, sino que contesta vagamente que algunas de las pretensiones inglesas son imposibles y otras difíciles de conceder, pero que se aviene a conferenciar sobre modos de vencer las dificultades.²⁹

En cambio a Wall si que explica Carvajal su pensamiento, con el fin de guiarle en sus propios tratos con los ministros ingleses. Aceptaría, por ejemplo, que se pagasen en España las indemnizaciones de presas indebidas, y él personalmente preferiría que el servicio de guardacostas lo realizasen escuadras del rey.

Ahora bien, rechaza totalmente las pretensiones inglesas a navegar hasta las costas centroamericanas para cortar palo, y propone que se arregle un modo de vendérselo España a Inglaterra. Mientras tanto la existencia de palo a bordo de un navío inglés seguirá siendo una prueba de haber comerciado ilícitamente; prueba que es de absoluta necesidad en los rumbos compartidos por la navegación de una y otra nación. Sólo mediante la visita y la búsqueda de pruebas inequívocas como ésta, pueden las autoridades españolas proteger eficazmente el comercio americano, sin perturbar excesivamente la legítima navegación angloamericana. En fin, Carvajal percibe numerosos inconvenientes en la idea de valbrar las presas según sus pólizas de seguro, por lo cual rechaza esa sugerencia aunque dice estar abierto a otros métodos más equitativos de hacer las valoraciones.³⁰

La disputa sobre el palo de Campeche ha estado agitándose durante estos años, con especial encono. Ya en vísperas de la guerra de 1739 fue un serio motivo de enfrentamiento, y entonces el gobierno español preparó sus argumentos rechazando el derecho inglés a tener establecimientos centroamericanos para el corte de palo,³¹ pero de hecho el tema apenas salió a relucir en las conferencias, a causa de la urgencia de resolver los conflictos sobre Georgia y derechos de navegación y comercio. Ahora, como entonces, la cuestión del derecho inglés a cortar palo es suscitada por la insistencia española en considerar la posesión de palo como evidencia inapelable de haber hecho el comercio ilícito.

Los ingleses sostienen que sus leñadores se establecieron antes de 1670 por los alrededores de la Laguna de Términos en la bahía de Campeche, y en el río Vallis o Río Viejo, que desemboca en la bahía de Honduras, lugares donde no existían asentamientos ni fuertes españoles, y que por lo tanto quedó reconocida la posesión inglesa de territorios por el tratado de Madrid de 1670. Sin embargo el gobierno inglés no se atrevió durante mucho tiempo a defender con

vigor este razonamiento, ni asumió una autoridad oficial sobre aquellos establecimientos.³²

De hecho, no es hasta mediados del siglo dieciocho que el gobierno inglés comienza a repetir los argumentos populares en apoyo de sus establecimientos centroamericanos, cuyo valor aumenta cada día. En 1751 los comerciantes de Nueva Inglaterra, Nueva York y Pensilvania extraen palo por valor de ciento sesenta mil libras anuales, lo cual representa ocho mil toneladas.³³

Por la paz de Aquisgrán, los beligerantes se comprometieron a devolver los territorios conquistados, e Inglaterra evacuó (aunque no inmediatamente) la guarnición que había puesto en la isla de Roatán, pero como no había proclamado la formal anexión de los campamentos de leñadores, no se sintió obligada a evacuarlos al restaurarse la paz. Al contrario, confirmó la comisión dada por Trelawney a Hodgson durante la guerra para proteger y supervisar aquellos establecimientos ingleses entre los indios mosquitos.³⁴

Por su parte, España nunca dejó de considerar suyos esos territorios, pese a no haberlos podido colonizar, y por consiguiente nunca dejó de hostilizar a los leñadores ingleses, expulsándoles de sus campamentos repetidamente.³⁵ Empero siempre volvían a aparecer nuevas rancherías pues los leñadores se limitaban a huir a Jamaica o a otras colonias inglesas cercanas, dispuestos a reanudar sus actividades una vez que hubiese desaparecido el inmediato peligro.

Heredia presta especial atención a la costa nicaraguense llamada de los Mosquitos, refugio favorito de los leñadores expulsados de Belice, intentando pactar con aquellos indios y enviándoles como misionero al padre Solís, quien en pocos meses logra bautizar al rey mosco y formar un pequeño grupo de partidarios entre mosquitos e ingleses. Sin embargo esta tentativa española de infiltración y división fracasa porque los jamaicanos consiguen deshacerse de Solís, y Hodgson recibe órdenes de no permitir la presencia de más misioneros entre los indios.³⁶

En el otoño de 1750 Ensenada envía a Heredia nuevas instrucciones para la expulsión de los leñadores ingleses.³⁷ La noticia preocupa en Londres y, junto con la multiplicación de navíos apresados y condenados por llevar palo, impulsa al duque de Bedford a intentar persuadir al embajador español de que el tratado de 1670 fundamenta el derecho inglés a cortar el palo. Sin embargo, aún no se decide a insistir en ello y el intercambio no pasa de ser una breve conversación sin trascendencia.³⁸ En cambio, el gobernador de Jamaica, Trelawney, toma sus propias precauciones, enviando una compañía de soldados a Mosquitia en 1751.³⁹

En estos años, y como solución del enfrentamiento planteado, renace en el ministerio español la idea de promover la extracción de palo por los propios españoles, llevándolo a Cádiz o algún otro puerto peninsular, donde lo podrían comprar los comerciantes ingleses.⁴⁰ Las ventajas de semejante actividad serían múltiples para España, porque además de consolidar su dominio sobre aquellos territorios, crearía un importante foco de ingresos y fomentaría la marina mercante.

De hecho se intenta iniciar la explotación española del palo de la bahía de Campeche en 1750, pero la competencia inglesa aboca este proyecto al fracaso.⁴¹ No obstante, Ensenada no se da por vencido y se pone a trabajar en un plan para la creación de una compañía angloespañola que tendría el monopolio de la explotación del palo.⁴² Sin embargo, en seguida empieza a sentir reparos, y acaba decidiéndose por un monopolio español.⁴³

Entretanto los ministros ingleses se ven precisados por las frecuentes noticias de hostilidades entre guardacostas y leñadores, a reconocer su interés en los establecimientos centroamericanos. Wall cree que estos ministros están "interiormente convencidos" de que no tienen ningún derecho a ellos, pero también comprende que "nunca habrá quien se atreva a confesarlo".⁴⁴ Carvajal, pues, se limita a expresar su sorpresa ante la pretensión inglesa, rechazándola firmemente pero sin violencia.⁴⁵

Carvajal arroja su firmeza con tonos moderados, como buen diplomático que es, pero en el consejo de Indias se están fraguando nuevas medidas de fuerza para combatir la creciente amenaza de los leñadores-contrabandistas ingleses. Ya a finales de diciembre de 1751 recibe el capitán de fragata Antonio de Castañeda una orden real de salir en corso para impedir la extracción del palo de los dominios españoles,⁴⁶ y durante la primera mitad del año 1752 se va madurando la decisión de enviar una fuerte expedición de expulsión contra las rancherías inglesas, a raíz de los informes remitidos a Madrid por Fernández de Heredia.⁴⁷ Se decide asimismo que no se proceda a la expulsión en virtud de una especial orden real, evidentemente para obviar la acusación de haber declarado la guerra, sino en ordinario cumplimiento de la obligación de conservar la integridad territorial del imperio español.⁴⁸ Al fin, es enviada a Melchor de Navarrete, gobernador de Yucatán, una orden fechada en veintiseis de junio de 1752 para que prepare un armamento capaz de desalojar a los ingleses de manera definitiva. Habrán de colaborar en el intento navíos de Nueva España; Cuba, Honduras, Campeche y Bacalar, junto con tropas guatemaltecas.⁴⁹

Ahora bien, hasta que se reciban las órdenes, y se puedan vencer las innumerables e inevitables dificultades con que tropieza cualquier empresa de esta naturaleza, transcurren muchos meses.⁵⁰ Entretanto el acaloramiento de la disputa sobre presas ofrece a Carvajal la oportunidad, que aprovecha sin remilgos, de reiterar con un tono amenazador que antes no usó, que Inglaterra no tiene ningún derecho a cortar el palo centroamericano.⁵¹ Sin embargo los ministros ingleses no se muestran inclinados a discutir el asunto, pese a las constantes noticias llegadas de América sobre combates navales y presas,⁵² sea porque están ahora muy preocupados por la política de Prusia y Austria, sea porque no están convencidos de la justicia de sus propia causa, o sea porque no ven ninguna solución y desean evitar una ruptura con España. El caso es que a lo largo de 1753 se aprecia una ausencia total de referencias por parte del gobierno inglés al tema del palo de tinte.

En los primeros meses de 1754 no ocurre nada de particular en las relaciones hispano-inglesas. Muere en marzo el ministro Henry Pelham, hermano de Newcastle, dando lugar a luchas de facción para constituir un nuevo gobierno y además está empezando a tomar cuerpo el enfrentamiento entre Inglaterra y Francia por la hegemonía colonial y comercial.⁵³ Las referencias en la correspondencia de Wall a la rivalidad anglofrancesa en Nueva Escocia, en las Antillas y en la India todavía no son urgentes ni muy frecuentes, pero la tensión se va acrecentando poco a poco, y donde se percibe claramente es en la Corte española, sobre todo a partir de 1754.

La relaciones personales entre el embajador inglés Keene y Carvajal son extremadamente buenas. La mutua estima, la confianza, la sinceridad caracterizan su trato, sin que ello signifique que ninguno sacrifica los intereses políticos de su nación. Ambos, en definitiva, proceden con el máximo tacto y moderación, en un esfuerzo por encontrar un viable modus vivendi con un mínimo desgaste de recursos.

Los éxitos de Keene en la Corte española espolean al receloso gobierno francés a cambiar de embajador, y el conde Vaulgrenant es sustituido en septiembre de 1752 por el duque de Duras.⁵⁴ Las instrucciones diplomáticas del nuevo embajador son muy difusas, pues se limitan a repetir la importancia de ganar la confianza y amistad de los soberanos y ministros españoles, si es necesario con regalos y dinero, haciéndoles ver que con Inglaterra siempre habrá conflictos sobre el corte de palo y sobre visitas y presas en América, siendo Francia

la única potencia capaz de ayudar a España eficazmente. Deberá vigilar con especial esmero los pasos de Keene, y procurar fomentar la reconstrucción de la marina española en previsión de una guerra contra los ingleses.⁵⁵

En diciembre de 1752 Duras empieza a insinuar a Carvajal la necesidad de concertar un plan de acción para oponer un frente común a las ambiciones comerciales y coloniales de Inglaterra. El ministro español naturalmente le tranquiliza con expresiones de amistad, pero sin comprometerse a nada en definitiva. Parece que Huéscar le habla en secreto de una posible alianza defensiva y que mantienen una serie de conversaciones bastante vagas sobre el tema, pero ni el contacto ni sus intentos de valerse de Ensenada y de Rávago le sirven a Duras de mucha utilidad.⁵⁶

Carvajal resume la actividad diplomática de Duras durante todo 1753 así: "Este embajador de Francia desde que llegó me ha estado atormentando con proyectos de alianza, de comercio, y en fin su asunto continuo es volver a poner este reyno a las ordenes, y dependencia del suyo, y el mio disipar semejante plaga ya por un camino ya por otro, a costa de grandisimas molestias, por que el ofrecio progresos grandes a su costa, y porque en esto no le han faltado consejos, y protecciones disimuladas. Como Yo siempre hechaba sobre mi las repulsas, como enterado de las intenciones del Rey en general, y que saviendolas no podia darle cuenta de intentos contrarios, resolvieron forzarme con pasar un oficio formal para que dicesse cuenta a el Rey con un proyecto de una alianza defensiva general, perpetua y reciproca con titulo de pacto de familia indisoluble contra todos los que pudiesen oponerse. Y se jacto que de este paso no podia Yo librarme".⁵⁷

Carvajal sigue dando largas al asunto acusado por las inoportunas y urgentes instancias de Duras, hasta que averigua que los franceses intentan forzar su mano, divulgando que se ha pactado la unión francoespañola, con lo cual sin dud esperar al menos suscitar la desconfianza inglesa hacia España. Entonces entera de todo a Fernando VI, quien le da orden de desmentir totalmente aquel rumor; desenlace que satisface grandemente al gobierno inglés.⁵⁸

Entonces intenta Keene atraer a España hacia una alianza con Inglaterra y Austria, aprovechando esta coyuntura aparentemente tan favorable. Sin embargo, Carvajal esquivo el compromiso con suma habilidad, profesando sus deseos personales de tal alianza, pero en definitiva rechazándola. "Pero no me ruborizo de confesar -dice- y usted no ignora, mi poco poder y los obstáculos que sufrirá un arreglo de esta especie; y dire también con franqueza, que habiendo tan re-

ciente y positivamente desechado las proposiciones de la Francia, me veo en la necesidad de obrar del mismo modo por algún tiempo con la Inglaterra y sus aliados".⁵⁹

En este estado de cosas, habiendo iniciado una cautelosa y no muy convincente negociación para encausar las actividades de los guardacostas españoles, con el irremediable enfrentamiento acerca del corte del palo a punto de estallar, y encontrándose España libre de compromisos en vísperas de la gran guerra imperial entre Inglaterra y Francia, el ocho de abril de 1754 muere repentinamente José de Carvajal.

El reajuste ministerial ocurrido en España tras la muerte de Carvajal desencadena una fiera lucha entre Keene y Duras por encumbrar candidatos adictos a una u otra alianza. La proximidad de la guerra se masca en el aire, y el apoyo español puede quizás inclinar la balanza en una u otra dirección. El puesto de ministro de Asuntos Exteriores es clave, y los ingleses se desesperan al saber la desaparición de Carvajal, pues suponen, como casi todo el mundo, que el sucesor elegido será Ensenada o una de sus hechuras, como por ejemplo su secretario Ordeñana. Duras parece confiar en esta elección, y se promete un cambio favorable a Francia en la política exterior española.

Sin embargo, Fernando VI vacila. Es posible que tema que Ensenada en la Secretaría de Estado le conduciría irremisiblemente hacia la guerra, cosa que desea evitar a toda costa. Ofrece el cargo al duque de Huéscar y al conde de Valparaíso, pero ambos suplican que se les permita rechazarlo, aunque Huéscar se aviene a encargarse de ello provisionalmente.⁶⁰ Entretanto Keene aprovecha las inesperadas vacilaciones para apoyar ante Huéscar y Valparaíso la candidatura de Ricardo Wall, embajador español en Londres.⁶¹ Los notables servicios prestados tanto militares como diplomáticos por Wall a España,⁶² y la estima en que indudablemente le tenía Carvajal son ventajas que obran con fuerza a favor de su ascenso, pero también cabe suponer una decidida preferencia en Fernando VI por una persona que pueda representar en el ministerio español el papel de "anglófilo", inventado y desempeñado tan oteramente por Carvajal. Así pues, Ricardo Wall, el candidato inglés, es llamado urgentemente a España y a mediados de mayo nombrado secretario de Estado.⁶³⁶⁴

Ahora bien, no satisfecho con este triunfo imprevisto, los ingleses se mueven rápidamente contra Ensenada, a quien consideran gran enemigo de Inglaterra. Estando Carvajal en el poder no pudieron nada contra el Marqués, porque

a pesar de sus diferencias, el ministro de Estado protegía, y rehuía cualquier indicio de ruptura entre los dos.⁶⁵ Pero el gobierno inglés hace ya tiempo que piensa en provocar la caída del Marqués y con este propósito viene reuniendo Keene toda clase de información que pueda resultarles útil.⁶⁵

El ascenso de Wall a la secretaría de Estado les brinda una oportunidad inmejorable. Antes de salir de Londres, Wall se compromete con Newcastle a lograr el golpe,⁶⁶ y una vez en la Corte española se confabula con Keene y Huéscar, y quizás con Valparaíso, para asegurar su propósito.⁶⁷ Presenta a Fernando VI todas las acusaciones y pruebas capaces de desacreditar a Ensenada a los ojos del rey, y consigue una reacción fulminante.

Se le inculpa al marqués de actividades independentistas, francófilas, belicistas, y subversivas de la autoridad regia en general. Se resalta el hecho de que mantiene una correspondencia secreta con Isabel de Farnesio y con la Corte de Carlos de Nápoles, acusándole de hacerles partícipes de información reservada sobre el tratado de límites americanos entre España y Portugal, y de incitarles a oponerse al dicho tratado. De hecho Carlos, como presunto heredero de Fernando VI y por tanto interesado en la integridad territorial del imperio, protesta del tratado ante su hermano, quien considera semejante atrevimiento como un insulto y un atentado insufrible contra su absoluta soberanía. Esto, y sus mediocres relaciones personales, en cuanto a su hermano, y con respecto a Ensenada, el rey siente indignación ante su imperdonable divulgación de secretos de Estado a una potencia extranjera. Habría que tener también muy presente la influencia de la reina Bárbara, que sin duda se dirigiría contra cualquiera que se oponga al tratado de límites.⁶⁸

Sin embargo, el factor que más pesa en el ánimo así de Fernando VI como de sus consejeros Huéscar y Wall, sin duda es el temor que la política agresiva mantenida por Ensenada contra los leñadores y contrabandistas ingleses en América llevará a la guerra. Newcastle y Robinson afectan enterarse de la proyectada expedición española a principios de julio de 1754, cuando no cabe duda que lo supieron mucho antes,⁶⁹ y aprovechan las más recientes noticias de agresiones francesas en la América septentrional para insinuar que podrían sospechar una secreta coordinación francoespañola para hostilizar a los ingleses.⁷⁰ Keene se encarga de que Fernando VI y sus ministros comprendan las consecuencias de tales hostilidades, dando a entender que sólo podrán esquivarlas y conservar la amistad inglesa, revocando las órdenes que enviara Ensenada. En el fondo, pues, hay una clara amenaza inglesa de declarar la guerra a España, o cuando menos

de emprender represalias, si Ensenada no es desautorizado y destituido.⁷¹

Fernando VI y sus consejeros son pacifistas a ultranza, y la última cosa que desean es otra guerra americana contra Inglaterra, inevitablemente resucitando la alianza borbónica, después de tantos años combatiendo el fantasma de la tutela francesa sobre España y afirmando la independencia española.⁷² Huéscar ha aprovechado su breve ejercicio del cargo de ministro de Estado para apartar de sus puestos en el Consejo de Indias a algunos francófilos partidarios de Ensenada, reflejando una auténtica preocupación por la acusada francofilia de muchos funcionarios estatales, y aunque es posible que haya un elemento de emulación personal en la actuación de Huéscar, es verosímil que él, como Wall, crea obrar en los mejores intereses nacionales.⁷³

Ensenada es apresado en su casa, destituido de todos sus cargos y conducido a prisión, una noche de mediados de julio de 1754, celebrándolo Wall como un gran triunfo para el partido inglés.⁷⁴ Oficialmente, expresa los deseos del rey de conservar la amistad inglesa, "apartando u evitando todos los incidentes que puedan turbarla".⁷⁵ Consecuencia y complemento del hundimiento de Ensenada, será la destitución en octubre de 1755 del padre Rávago, íntimo amigo del marqués, de su cargo como confesor de Fernando VI. Una vez más será Keene quien secreta y hábilmente acumule testimonios condenatorios del confesor, muchos de los cuales proceden de la Corte portuguesa, donde la política contraria al tratado de límites y la política antijesuitica corren parejas.⁷⁶

Ahora bien, los cargos desempeñados por el polifacético marqués son redistribuidos entre personas identificadas con la política de neutralidad mantenida hasta ahora. Julián de Arriaga se ocupa de Marina e Indias, Valparaíso acepta por fin encargarse de Hacienda, y Sebastián de Melava, antiguo virrey de Nueva Granada y defensor (con Lezo) de Cartagena, ocupa la secretaría de Guerra. Si no se les puede calificar de francófilos, ciertamente tampoco serán fáciles colaboradores en una política anglófila y contraria a los intereses nacionales. Es más, una vez derribado Ensenada, el propio Wall empieza a darse cuenta de que no podrá mantener las amistosas relaciones angloespañolas que soñó.

De hecho, el último triunfo relevante de la diplomacia inglesa en España será la suspensión, por una real orden del cuatro de septiembre de 1754, de las hostilidades ordenadas por Ensenada contra los leñadores y contrabandistas ingleses, "por la seguridad con que S.M. se halla de que se acolaren amigablemente con el Rey Británico todos los puntos que merezcan contestación".⁷⁷

Después de estudiar los documentos del ministerio de Indias, el gobierno español reconoce pues, sólomente⁷⁸ que Ensenada se excedió un tanto en su interpretación de la voluntad regia, pero no renuncia en absoluto a sus derechos sobre Honduras y Mosquitia. Queda claro, además, que el gobierno español espera recibir las correspondientes pruebas de la buena fe inglesa para llegar a un acuerdo aceptable sobre las disputas americanas. De hecho, se le ordena al gobernador de Jamaica comportarse amistosamente con los españoles⁷⁹, pero continúa las quejas sobre apresamiento de navíos cargados de palo⁸⁰, demostrando que los ingleses tampoco piensan renunciar ni mucho menos a sus pretensiones.

Entretanto el enfrentamiento entre Inglaterra y Francia se está volviendo cada vez más violento.⁸¹ El gobierno francés ha quedado muy impresionado ante la caída de Ensenada,⁸² y el embajador Duras intenta maniobrar desesperadamente para comprometer a España a la unión con Francia en la lucha que se avecina. Propone que ambas potencias soliciten la mediación de Fernando VI para resolver los conflictos por vía de la negociación pacífica.

No es necesario decir que los ulteriores propósitos de esta sugerencia resultan tan transparentes que la idea queda sofocada al instante.⁸³ Poco después, en un discurso al Parlamento, Jorge II procura abultar la amistad angloespañola, causando gran alboroto entre los embajadores extranjeros en Londres.⁸⁴

Sin embargo, en diciembre de 1754 empiezan a llegar a Londres noticias sobre las recientes hostilidades españolas contra los leñadores de Honduras. Las contraórdenes enviadas por Wall a las autoridades americanas no han llegado a tiempo para detener el golpe, y los ingleses han sido expulsados de Honduras. El gobierno británico solicita que se reiteren las órdenes de cesar en todas las hostilidades, y que se restablezca el statu quo ante, si la expulsión se comprueba ser cierta.⁸⁵

De esta última pretensión, van a renacer las antiguas discusiones en torno al tema, pues si bien el gobierno español se aviene a repetir las órdenes de cese de hostilidades, e incluso a mandar restituir a los ingleses algunos navíos apresados,⁸⁶ no puede admitir bajo ningún aspecto el retorno de los leñadores a sus rancherías. Keene pretende que con ello España no perdería nada, porque sólo se trata de volver a la situación existente antes de la expulsión, mientras se pueda negociar un ajuste amigable. Wall, por su parte, se mantiene inflexible en este punto, e incluso confirma el principio de que todo navío comprometido en el comercio del palo será considerado como buena presa.⁸⁷

No es que Wall haya cambiado su postura respecto de las disputas angloespañolas, sino que hasta ahora ha confiado en poder convencer a los ingleses de su error, por las buenas. Por eso deploró el belicismo de Ensenada, y coadyuvó a su derribo, pero a partir de enero de 1755 se va dando cuenta de la incompatibilidad de los intereses de una y otra nación, y del provecho que los ingleses quieren sacar de la posición de Wall, sin ofrecer ellos nada a cambio.⁸⁸ Newcastle, quien mantiene una correspondencia mistosa con Wall durante estos años, le exhorta a poner remedio eficaz a la situación,⁸⁹ al mismo tiempo que lamenta a Keene que la opinión pública inglesa no se dejará persuadir de su acertada dirección de la política exterior si no se detienen y se remedian las agresiones españolas.⁹⁰

Empero, la verdad es que el ministerio inglés no parece estar convencido o tener una idea muy clara de sus derechos y pretensiones en lo referente al palo. Por una parte se esfuerzan los argumentos de siempre, interpretativos de los tratados de 1670 y 1713, para fundamentar un derecho de posesión territorial, pero repetidamente se ha admitido la idea de comprar el palo, o de hacer una explotación conjunta, reconociendo implícitamente el derecho español sobre aquellos territorios y sus productos. A mediados de febrero, y en vista de la respuesta de Wall, Robinson propone toda clase de soluciones prácticas para salvar la situación aunque fuera sólo temporalmente.

"Empezó a discutir", cuenta Abreu, "si acaso no podríamos entablar una negociación para hacer bolber los cortadores expulsos al río Valis por un cierto tiempo, mientras encontrabamos un medio de darles el palo de que necesitan; si acaso nuestros Navios españoles no podrian conducirlo a un tal o tal Puerto a donde fuesen los Ingleses a buscarle; si no podria permitirse a algunos particulares Ingleses irlo a cortar con permiso y pasaporte de nuestra corte: Si el valor del palo que les abasteciesemos, no podria componerse que nos lo pagasen en negros de que necesitabamos en lugar de dinero, para que les resultase esta utilidad por la del Corte que perdian".⁹¹ Wall contesta de nuevo que los ingleses deben renunciar a sus pretensiones en este terreno, pero procura suavizar su propia firmeza minimizando la importancia de las hostilidades ocurridas en Honduras.⁹²

A fines de septiembre de 1755, se insiste con el proyecto de formar una compañía española para el corte de palo y su venta en Jamaica a cambio de negros. Los inconvenientes de la mayor demanda de negros y su crecido valor res-

pecto del del palo, se superarían permitiendo a la compañía española la compra de algunos negros por dinero, con lo cual los comerciantes jamaicanos vendrían a gozar una especie de asiento de negros, pero sin acercarse a los puertos españoles.⁹³ España tendría que autorizar a la compañía suya para comerciar en Jamaica, e Inglaterra tendría que violar sus leyes de navegación permitiendo la introducción de productos hispanoamericanos a la isla en navíos españoles. Newcastle y Robinson promueven y aprueban este proyecto,⁹⁴ pero Wall acaba de recibir noticias de América que minan su fe en la buena voluntad inglesa, indispensable totalmente a negociar semejante proyecto.

En efecto, los gobernadores Navarrete y Arcos Moreno comunican que los ingleses han vuelto a ocupar sus campamentos hondureños, reparando y aumentando sus fortificaciones, con la ayuda del gobernador de Jamaica, lo cual obliga a Wall a hacer una protesta formal ante el ministerio inglés, pidiendo medidas que eviten la continuación de la provocadora conducta de Knowles.⁹⁵

Entre tanto Duras no descansa en su empeño de comprometer a España en el enfrentamiento anglofrancés. Keene observa la inutilidad de sus esfuerzos con evidente satisfacción, y de paso ofrece un cuadro certero de la situación del gobierno español en estos momentos. "Duras desoliega una actividad sin ejemplo, y negocia sin tregua. Wall, con sus respuestas lacónicas y terminantes corta todas las largas disertaciones del diplomático francés. El duque de Alba no puede tolerarlo; Arriaga le dice que hable con Wall de cuanto tiene relación con la política exterior; Esclava es demasiado viejo, gastado y tenaz; de lo cual resulta que el Embajador francés no tiene ministro ninguno a quien dirigir sus bellas frases más que a Valpareíso, palaciego flexible, dispuesto siempre a escuchar, pero más dispuesto todavía a ir a contar a Sus Majestades Católicas cuanto puede saber...del Embajador de Francia".⁹⁶ El propio Duras habla también de la falta de comunicación y de coordinación entre los ministros españoles, afirmando que de la lucha de influencias y la indecisión del rey resulta un "caos impenetrable" en la Corte española.⁹⁷

Así es que, frustrado en sus anteriores intentos de servirse de la mediación de los ministros, al fin Duras se decide a adoptar medidas drásticas y poco meditadas en un esfuerzo desesperado por ganar de una vez a Fernando VI para la causa borbónica. Duras, como ministro de familia, e igualmente su esposa la duquesa, gozan del derecho de libre acceso a los soberanos, sin necesidad de pedir audiencias, como han de hacer los embajadores de las demás poten-

cias. El ministro francés se aprovecha de esta circunstancia para forzar a Fernando y Bárbara a tomar una decisión, pues hace a la duquesa entregar una carta confidencial escrita por Luis XV a la reina española, invitándola a mantener con él una correspondencia privada. Bárbara no se deja seducir por la idea, y pasa la carta a su marido delante de los ministros. El incidente sirve sólo para suscitar la indignación de Fernando ante estos métodos furtivos y sus objetivos, siendo Wall el encargado de contestar al soberano francés.

Empero Duras no se acobarda, y se presenta él mismo ante los reyes para proponerles un nuevo proyecto de pacto de familia, atreviéndose incluso a sugerir que los ministros españoles no informan debidamente a Fernando de los verdaderos acontecimientos en América y en España.⁹⁸ La contestación real no pasa de ser una vaga y comedida expresión de amistad y buena voluntad, pero desde este instante se empieza a pensar en pedir el relevo del embarazoso Duras. Por el momento parece que Wall y Huéscar logran templar el enojo del rey,⁹⁹ pero Duras, ante la evidente imposibilidad de conseguir una alianza, vuelve a la idea de la mediación española en las disputas anglofrancesas. Naturalmente, semejante proposición es considerada una trampa y rechazada como no procedente. A raíz de este episodio la Corte española pedirá el relevo de Duras, como señal del desagrado real ante tantas inoportunas insistencias.

En el verano de 1755, pues, la influencia inglesa prevalece triunfante en la Corte española. Newcastle está seguro que se podrá mantener la amistad hispanoinglesa, y como Wall reconoce que los franceses han sido los agresores en América,¹⁰⁰ se promete que España permanecerá neutral en el conflicto. Desde la partida de Duras en octubre de 1755, los franceses se quedan sin un representante importante en la Corte española, porque el nuevo embajador retrasa su viaje, dejando los negocios franceses en manos del secretario de la embajada, Frieschmann.

Sin embargo, en este mismo mes de octubre remite Wall a Londres su primera queja oficial sobre los leñadores de Honduras y las actividades del gobernador de Jamaica.¹⁰¹ Es el principio de un gradual enfriamiento de la anglofilia de Wall, quien se aparta progresivamente de su amistad con Keene, al comprobar que lejos de reportar beneficios para España, le resta eficacia en la prosecución de una política responsable. En los meses siguientes también se irán separando los otros conjurados del verano de 1754. Valparaíso parecerá arrepentido de la destitución de Ensenada,¹⁰² y Huéscar, disgustado por la adquisición de fa-

ma como anglófilo, primero vociferará sus sentimientos puramente patrióticos, alejándose de Wall, y finalmente se retirará de la vida política activa.

La escalada de agresiones entre ingleses y franceses, a lo largo de 1755 y primeros meses de 1756, impulsa a Prusia y a España a ofrecer sus buenos oficios para ayudar a conservar la paz. La oferta española es muy circunspecta, pues se hace especial hincapié en que no se trata de una mediación o arbitraje, sino simplemente de una buena disposición para actuar de "fiel conduction para comunicar qualquiera idea proposicion o proyecto, que dulcificando los animos pueda atraerlos a seguir la negociacion".¹⁰³ Ninguna de las dos potencias rivales puede permitirse despreciar o desestimar el ofrecimiento español, de modo que ambos aceptan, en principio, servirse de esa vía para continuar sus intercambios, pero la insistencia francesa en la restitución de todas las presas hechas por los ingleses hasta la fecha, antes de proseguir con la negociación, corta toda posibilidad de llegar a un entendimiento.¹⁰⁴

El día dieciocho de mayo de 1756 Inglaterra declara oficialmente la guerra a Francia.¹⁰⁵ Por el tratado de Versalles se ha efectuado la "revolución diplomática" por la que Austria se convierte en aliada de su tradicional enemiga Francia, atrayendo a la misma alianza a Suecia, Rusia y Sajonia. Los ingleses, viéndose así abandonados por la Emperatriz austríaca, se apresuran a aceptar el pacto ofrecido por Prusia, pudiendo contar además con las fuerzas, más bien exigüas, de Hannover y Hesse-Cassel. Francia, sin previa declaración de guerra, ha atacado el fuerte inglés de San Felipe en Menorca. El almirante francés Gallissomnière rechaza el veinte de mayo la flota mediterránea de Inglaterra que, bajo el mando de Byng, acudía al auxilio de la guarnición, y el veintiocho de junio cae la plaza en poder de los franceses. Evidentemente, esta conquista sirve no sólo para afianzar la moral francesa cara a la guerra, sino para colocar a Francia en una posición muy ventajosa respecto de sus relaciones con España, y no cabe duda que el golpe se realizó con vistas a convertir la isla en cebo y premio de la alianza española.

En Inglaterra la pérdida de Menorca produce un escándalo mayúsculo, y desgraciadamente la opinión pública logra presionar tanto que Byng será procesado, condenado y ejecutado por lo que se considera su incompetencia y cobardía. Esta cabeza de turco no basta, sin embargo, para salvar al gobierno de turbulentas luchas facciosas en los círculos políticos ingleses, que acabarán elevando al poder a Fox y a Pitt el Viejo.¹⁰⁶ Estos cambios ministeriales habrán de tener gran importancia para las relaciones angloespañolas en el crítico primer año de la guerra.¹⁰⁷

Aún antes de la formal declaración de la guerra, y estando España e Inglaterra en muy buenas relaciones, el embajador Abreu, haciendo memoria de las violaciones sufridas por la bandera neutral de Prusia durante la pasada guerra de 1740 a 1748, planteó al ministerio inglés una interrogación sobre el respeto debido a la neutralidad española. Entonces, la contestación inglesa fue del todo satisfactoria, pues se prometió respetar el pabellón español, haciendo, para más detalle, una favorable interpolación del tratado de Madrid de 1667, cuyas normas habrían de regir. En sustancia, convinieron los ingleses en que los efectos enemigos, excepto los de contrabando (armas, municiones y demás pertrechos de guerra),¹⁰⁸ que se hallasen en navíos españoles serían inmunes, mientras que los efectos españoles hallados en navíos enemigos serían buena presa. Esto quiere decir que el gobierno inglés aceptó el principio de que el pabellón cubre la mercancía excepto cuando se trata de material bélico destinado al enemigo. Ahora bien, el duque de Newcastle no se olvidó de aconsejar o pedir que España no prestase su pabellón para el comercio francés.¹⁰⁹

Tras consultar con expertos en asuntos de Marina e Indias, Wall contestó a fines del año 1755 que estaban conformes con las normas enunciadas por los ingleses, que por otra parte eran las mismas establecidas entre España y Francia por el artículo 19º del tratado de los Pirineos de 1659. Ahora bien, Wall observó entonces que el tratado de 1667 se refiere solamente al comercio europeo, y que el comercio americano debía considerarse totalmente inmune, incluso de visitas para comprobar si se llevaban armas o municiones. Se apoyó esta pretensión de Wall principalmente en la suposición de que, estando prohibido a los españoles de América comerciar con extranjeros, no era posible que se les encontrase contrabando.¹¹⁰ Evidentemente, Wall no podía ignorar que el comercio ilícito de todo tipo era un modo de vida en América, por lo que tampoco podía ignorar que este intento de proteger y favorecer el comercio español habría de tropezar con una fuerte resistencia entre los ingleses. Estos, por su parte, siempre codiciarían los cargamentos de los navíos españoles de Indias, pretextando con más o menos sinceridad que se trataba de comercio francés encubierto.

Abreu comprendía esta dificultad, pero no se decidió a encararse con los ministros ingleses para obtener una declaración formal de que aceptaban la inmunidad del comercio español de América. No obstante, Anson, jefe del tribunal del Almirantazgo, aseguró verbalmente que los ingleses se conformarían con la muestra de los papeles de los navíos de la carrera de Indias, absteniéndose de registrarlos.¹¹¹

No se trató más del tema hasta que, declarada ya la guerra, Wall ordena a Masones y Abreu solicitar a los gobiernos francés e inglés respectivamente la expedición de órdenes a dos oficiales de mar y armadores, para el cumplimiento de lo acordado por los tratados, y especialmente para que no se interrumpa el comercio americano de España.¹¹²

Sin embargo, el gobierno inglés ha vuelto a pensar la cosa, y ahora dice Fox que el artículo 23º en cuestión no asegura la inmunidad de los efectos enemigos hallados en navíos neutrales, y que a falta de otra regla debe ser respetado el derecho de gentes que da tales efectos por buena presa.¹¹³ Abreu queda convencido del razonamiento de Fox, lamentando que el tratado de 1667 en general es muy desventajoso para España. En cuanto a los navíos de la carrera de Indias, se resisten también los ingleses a renunciar a la visita, porque naturalmente no tienen en muy alto concepto la eficacia de las leyes españolas para impedir el contrabando. Esta vez Abreu insiste y Fox acaba cediendo, aunque pregunta que si se encuentran navíos con bandera española en rumbo hacia las colonias francesas, si no deberían ser visitados.¹¹⁴ Aceptándose el supuesto inglés de que los efectos enemigos hallados en navíos neutrales son buena presa, esta pequeña trampa tendida por Fox sobre la relación entre rumbo sospechoso y derecho de visita resultaría molesta para el gobierno español, pero Wall va a negar la validez de este planteamiento.

En efecto, Wall despacha inmediatamente una caústica reprimenda a Abreu por haberse dejado convencer y engañar tan fácilmente por Fox, expresando su propia extrañeza y mortificación al ver cómo ha cambiado en este asunto la intención del gobierno inglés, y diciendo incluso que no se lo ha comunicado al rey, para dar a entender que causaría un efecto muy negativo para la buena marcha de las relaciones angloespañolas.

Recuerda Wall que los ingleses, en el pasado, siempre apelaban al tratado de 1667 para justificar que la inmunidad de su bandera cubría incluso efectos moros, cuando el gobierno español quería excluir las mercancías africanas de los beneficios del tratado por no ser europeas. En cuanto a la terminología exacta del tratado de 1669, tiene que admitir que no se dice expresamente que los efectos enemigos en navíos neutrales serán libres, pero tampoco se dice que serán buena presa, y arguye Wall que el sentido general de las expresiones da la inmunidad a la bandera amiga o neutral, y a todos los efectos que cubre, a excepción del contrabando de guerra. En fin, apela a la equidad y reciprocidad,

diciendo que hay que reconocer la inmunidad bien de la bandera, bien de la pertenencia de los efectos, pero decidiéndose por uno u otro criterio, porque si los ingleses van a apresar efectos españoles en navíos franceses y también efectos franceses en navíos españoles, entonces el tratado de 1667 resultaría mucho más perjudicial, tanto para Inglaterra como para España, que el derecho de gentes, que al menos protege los efectos neutrales en navíos enemigos.¹¹⁵

Una vez más, pues, la diversa interpretación de los tratados de 1667 y 1670 refleja el enfrentamiento hispanoinglés, y una vez más, la letra sirve los intereses ingleses, bien que no hay duda que el espíritu es el que los españoles entienden y defienden. Tan convencido de su justicia y razón está Wall, que en esta ocasión se permite lanzar una grave amenaza, advirtiendo que si Inglaterra no respeta el genuino sentido de los tratados, España se considerará "libre de todas las obligaciones contrahidas entre las dos".¹¹⁶

En cuanto a la posibilidad de que los ingleses visiten navíos españoles de la carrera de Indias, por hallarlos en "rumbo sospechoso", insiste Wall que ese caso sólo podrá darse en mares europeos. En América, aparte de la prohibición de comerciar con extranjeros, hay que dar por supuesto que la soberanía española sobre aquellos mares da derecho a los navíos españoles para navegar en cualquier rumbo.¹¹⁷

No contento con estas disquisiciones teóricas y advertencias más o menos vagas, en seguida se decide Wall a enseñar un poco los dientes. Ha discurrido que si los ingleses, en su afán de arruinar el comercio francés, no respetan la inmunidad de los efectos franceses bajo bandera española, entonces tampoco querrán los franceses respetar la inmunidad de los efectos ingleses en las mismas circunstancias, con lo cual el comercio español será atacado por unos y otros, y perderá más por ser neutral que si fuera beligerante. Comunica, entonces, a Abreu que España tiene doce navíos de guerra armados, a más de otros muchos jabeques, para defender el comercio y el pabellón nacionales, y que se emplearán todos los medios necesarios para asegurar la eficacia de tal defensa, incluido el castigo de los agresores si éstos no son castigados por sus propios gobiernos. No obstante, es evidente que, pese a estas advertencias, prevalece aún el pacifismo en el ánimo de Wall, pues pretende persuadir a los ingleses que les interesa a ellos que todos respeten a la bandera española, porque ellos más que los franceses necesitan asegurar su comercio, su fuente más preciosa de riqueza y vitalidad.¹¹⁸

La reacción del gobierno inglés a los argumentos españoles es francamente

conciliatoria, pues Fox se deja de dudas maliciosas referentes a la navegación americana, y asegura ahora que no se practicarán visitas en los navíos españoles del comercio de Indias, cuyos papeles acrediten su legitimidad. En cambio, procura convencer a Abreu de que la guerra no tendría sentido, ni podría Inglaterra esperar derrotar definitivamente a Francia, si no pudiese estrangular casi totalmente el comercio francés. Si España y otras potencias neutrales transportan sin riesgo las mercancías francesas, no sólo no lograrán los ingleses abatir el poder de Francia, sino que además fomentarían las marinas mercantes de otras potencias que podrían convertirse en rivales.

Evidentemente el gobierno inglés no quiere admitir la interpretación española del tratado de 1667 en este punto, pero tampoco quiere dar su negativa por escrito, de manera que se le pide a Abreu que retire su oficio detallando la solicitud española, y que presente otro más vago solicitando el cumplimiento del tratado de 1667 sin especificar los puntos. Habida cuenta del malentendido creado ya, desde luego que no le es dable a Abreu convenir en semejante proposición, sobre todo tras comprobar que a los ministros les hace fuerza el averiguar que Francia respetará las mercancías inglesas transportadas bajo la bandera española.

Al fin la respuesta dada al oficio de Abreu resulta tan oscura y equívoca que apenas si vale para algo. Fox explica verbalmente que se ha complacido a España, ordenando a los navíos de guerra que no apresen navíos españoles aunque lleven efectos enemigos, pero que no se podrán extender tales órdenes a los corsarios, quienes habrán de ajustarse a los tratados. No obstante, si se presentan casos dudosos, promete su resolución a favor de España, pagando el gobierno inglés el importe de las restituciones si es necesario.¹¹⁹ En sustancia,¹²⁰ aunque Abreu piense lo contrario, esto quiere decir que los ingleses procuran ganar tiempo y mantener a España neutral, sin comprometerse oficialmente a nada, pues no ceden en lo teórico, y resulta obvio que harán cesiones prácticas sólo hasta donde y hasta cuando les interesa.

Así lo entiende Wall, quien en septiembre vuelve a exigir una declaración formal e inequívoca de los derechos españoles, y la inmediata expedición de órdenes sobre el particular a todos los oficiales y armadores ingleses, previniéndole a Abreu que actúe "sin dilación" y "sin dejarse llevar de explicaciones ambiguas, ó verbales".¹²¹ Wall se encuentra ahora al límite de su paciencia, y ante la repetición de "violencias, robos, y malos tratos" cometidos por

ingleses contra el comercio español, ordena a Abreu quejarse "agriamente", y advertir al gobierno inglés que si no se obtiene una satisfacción total "no deberán estrañar, que S.M. tomo las [medidas] que juzgue convenientes". Es su primera amenaza, bien que vaga, de utilizar la fuerza para proteger la navegación española.¹²²

Por el momento, no va a ser necesario, porque el mismo día que escribe Wall esta carta (cinco de octubre), expide el gobierno inglés una declaración prohibiendo a todos sus navios molestar o interrumpir la navegación española "bajo qualquier pretexto que sea, a menos que no tengan efectos de contravando". Esta concesión satisface y tranquiliza al ministerio español, de modo que la controversia se da por resuelta al menos a nivel teórico, antes de finalizar el año 1756.¹²³¹²⁴

Entretanto el conflicto sobre los cortadores ingleses de palo ha permanecido latente en la diplomacia hispanoinglesa desde la protesta de Wall del quince de octubre de 1755 hasta septiembre de 1756. Aquella protesta no obtuvo ningún resultado, y al tener conocimiento del regreso de los ingleses a sus rancherías, el ministro de Indias Arriaga reprocha a Navarrete su interpretación literal de las órdenes de 1754 de cesar en todas las hostilidades contra los leñadores, recordándole que aquellos territorios pertenecen a España y que "es de obligación de V.S. el poner los posibles medios para su conservación, y en falta de la fuerza para expeler a los extranjeros de los referidos parajes, usar absolutamente de cuantos alcancen a no permitir su usurpación tranquila".¹²⁵ Navarrete acusa recibo de esta rectificación de sus órdenes en agosto de 1756, y se dispone a volver a autorizar la expedición de patentes de corso para hostilizar a los cortadores y contrabandistas de palo. Esta aclaración de la actitud del ministerio de Indias pronto encontrará su eco en la modificación de la diplomacia española en relación con este tema.¹²⁶

A fines de marzo de 1756 remitió el gobernador de Yucatán más noticias sobre el restablecimiento y fortificación de los campamentos ingleses en Belice. También se sabe que algunos de los que evacuaron la isla de Roatán se han asentado en la costa de Mosquitos, y que todos estos leñadores son apoyados positivamente por el gobierno inglés. Wall piensa que la buena fe española al hacer cesar las hostilidades contra los leñadores en 1754, es evidente, y no ha sido correspondida. Por lo tanto ya no se trata de negociar ni de hacer concesiones (y menos estando Inglaterra ya en guerra con Francia) sino que se exige en septiembre de 1756 evacuación de todos los establecimientos ingleses en las costas yucatecas y hondureñas, entregando al embajador español una copia

de las órdenes que se expidan a este efecto.¹²⁷

El gobierno inglés viene afirmando desde hace algún tiempo que no se opondría a la evacuación solicitada, con tal de que se llegase a un acuerdo para abastecer a Inglaterra del palo que necesita. Esta disposición desde luego que no parece verosímil que fuera sincera, porque, entre otras consideraciones los ingleses no querrán bajo ningún concepto estar sujetos al capricho de una potencia extranjera para el abastecimiento de una de las más preciadas materias primas de su pujante industria textil.¹²⁸ Empero, la negociación de semejante proyecto ofrece infinitas posibilidades para hacer pasar el tiempo, y además pone al gobierno español en un bonito aprieto respecto de la prohibición a los súbditos americanos de comerciar con extranjeros. Entretanto, piensan sin duda los ingleses, los leñadores prosiguen con su ilícito corte y comercio del palo, y se consolidan aquellos establecimientos.

No obstante, el enorme valor de la neutralidad de España en esta guerra impulsa al gobierno inglés a pensar en algo, que no está claro si se trata de una concesión, concebida para ganar posiciones, o de una simple maniobra de diversión. El caso es que introducen en sus discursos la distinción entre los establecimientos más "modernos" y los "antiguos" o anteriores a 1670, ofreciendo evacuar los "modernos" antes de arreglar el negocio del palo, pero no los "antiguos".¹²⁹

Wall responde cautelosamente a esta sugerencia. Abreu deberá aceptar en principio la evacuación de los establecimientos "modernos", asegurándose de que las autoridades españolas en América tengan previa noticia de ello, pero teniendo mucho cuidado de no dar a entender que con esto reconoce España la legítima posesión inglesa de sus otras usurpaciones centroamericanas.¹³⁰

Sin embargo Pitt, que acaba de acceder al poder, se sorprende de la distinción de "antiguos" y "modernos" de los campamentos de leñadores, diciendo que él cree que todos datan de antes de 1670, por lo que pide tiempo para hacer consultas sobre este tema.¹³¹ Abreu afecta creer que el mal semblante de la guerra para los ingleses les obligará a complacer a España,¹³² pero de hecho no logra obtener ninguna promesa o declaración oficial sobre este tema, pues Pitt se limita a repetir que necesita consultar con personas expertas, aunque dando a entender que no preve dificultades.¹³³

Entonces Wall señala la falta, insinuando al embajador para que exija una respuesta formal por escrito al oficio entregado el veinticinco de septiembre

de 1756, pues "ya comprenderá v.s.", dice Wall, "que en conversaciones verbales no se puede proceder con seguridad". Entretanto se sigue estudiando en el ministerio español de Indias la validez de la distinción propuesta por los ingleses entre establecimientos "antiguos" y "modernos".¹³⁴

Sin embargo Pitt se excusa de contestar al oficio de 1756, pretextando que resulta demasiado general, y rogando su sustitución por otro oficio referido solamente a la evacuación de los establecimientos "modernos". Abreu muestra, como es de habitual en él, una extremada ingenuidad y blandura (si no una condición mucho más reprochable), aceptando como buenas las razones e intenciones de Pitt y apoyando su propuesta, sin justificar siquiera el haber insistido mucho en que se respondiera al oficio de 1756, según las recientes instrucciones de Wall.¹³⁵ Pasan las semanas hasta convertirse en meses, y todavía afecta Abreu creer en la buena fe inglesa. Halla excusas en las luchas políticas internas y en los cambios gubernamentales, y en la mala salud de Pitt, y aún habla de defender la postura española con "prudencia".¹³⁶

En cambio Wall sólo ve ahora que los ingleses no han correspondido a la evidente buena voluntad española al ordenarse el cese de hostilidades contra los leñadores en 1754, sino que han aprovechado estos años para proseguir con sus mismas actividades ilícitas de siempre, e incluso para fortificar más aquellos establecimientos. Por lo tanto ordena a Abreu avivar este asunto y pedir insistentemente la evacuación ofrecida, "pero sin soltar palabra ni prenda, que mire, ni pueda sugetarnos a darles el palo con distinción de otra Nación; pues siendo este un fruto comerciable como los demás de la América, ni puede concederseles preferencia, ni dejara de transportarse por nuestros Navios para el surtimiento de la Europa, según su consumo y necesidad, que no es privativa de las fabricas de ^{la} Inglaterra".¹³⁷ Un satisfactorio abastecimiento de palo siempre ha sido, al menos en teoría, la condición inglesa para efectuar las evacuaciones solicitadas, y aunque Abreu siempre ha supuesto y apoyado su satisfacción, Wall nunca le ha confirmado que así se haría. Ahora se percibe claramente que Wall no quiere atar la diplomacia española con condiciones de mal arreglo y peor ejecución. Exige la evacuación como derecho, y tratará del palo como negocio, para el mayor provecho de España.

Por segunda vez, pues, Abreu pide la evacuación de las rancherías de leñadores ingleses, en su oficio del primero de julio de 1757.¹³⁸ La respuesta de Pitt resulta sumamente desafortunada, pues en medio de sus habituales vagas esperanzas optimistas y solicitud de tiempo para consultar, pretende que la solución de este conflicto ande paralelamente con (es decir, depende de) la favorable

5

solución de las reclamaciones inglesas referentes a presas que en este momento se hallan pendientes en los tribunales españoles. Esta mezcla de asuntos completamente dispares e independientes en un torpe intento de chantaje diplomático causa "conmoción" hasta en el calmoso Abreu, moviéndole a sostener una conversación "bastante viva" con el ministro inglés.¹³⁹

La reacción inicial de Wall es de penosa frialdad, y aconseja a Abreu que frene sus manifestaciones de amistad hacia los ingleses.¹⁴⁰ Luego unos días más tarde censura al embajador por haber restringido a los establecimientos llamados modernos su petición de que se evacuaran las rancherías de leñadores, pues no se le envió instrucción de hacerlo así. En fin, se le prohíbe volver a tratar del asunto, debiéndose limitar él a recibir y remitir la respuesta inglesa al oficio, si se ofreciese por escrito.¹⁴¹

Abreu procura defenderse de los reproches de Wall, diciendo que viene insistiendo continuamente en las peticiones españolas y que todos los ministros contestan favorablemente, pero que de eso a responsabilizarse públicamente de un acto que ha de ser muy impopular, hay un trecho, y Pitt se encuentra demasiado inseguro en el gobierno para arriesgarse. No obstante, Abreu se permite sugerir a Wall que la amistad y neutralidad de España son tan indispensables para los ingleses que una declaración formal, historiendo lo ocurrido y tratado hasta la fecha y pidiendo una respuesta perentoria, podría surtir el efecto deseado.¹⁴²

A principios de septiembre de 1757 Pitt entrega una respuesta ininteligible para Abreu a su oficio de julio,¹⁴³ la cual acaba de agotar la paciencia de Wall, quien abrumado por otras mil pruebas de la mala fe inglesa, la califica de "injuriosa, e inadmisibles en todas sus partes", mandándole a Abreu devolver el original al ministerio inglés.¹⁴⁴

Así es que para el otoño de 1757 las relaciones angloespañolas han llegado a un punto muy bajo. Gran parte de la culpa la ha tenido la política dilatoria adoptada por los ingleses respecto de sus cortadores y contrabandistas de palo, pero otro factor de peso que amarga las relaciones entre las dos potencias, casi a diario, es el comportamiento de los navíos ingleses hacia la bandera y las aguas jurisdiccionales de España.

La declaración inglesa del cinco de octubre de 1756 teóricamente impuso el respeto a la inmunidad de la navegación española, pero en la práctica los navíos y súbditos españoles se ven sometidos a toda clase de violencias. Las primeras noticias de estos atropellos se refieren lógicamente al comercio europeo, pero en la primavera de 1757 ya empiezan a llegar relatos y protestas acerca de los abusos perpetrados por los corsarios ingleses contra el comercio

español de Indias.¹⁴⁵ El gobierno inglés inmediatamente cursa órdenes a América para la detención de los corsarios señalados, para la pronta y eficaz satisfacción a los propietarios españoles por los daños y perjuicios sufridos, y para el estricto cumplimiento de la declaración del cinco de octubre de 1756.¹⁴⁶

Sin embargo, Wall no se muestra muy confiado en la verdadera eficacia de estas órdenes, porque piensa, con evidente acierto, que si el gobierno inglés no puede o no quiere frenar y castigar los excesos cometidos en aguas europeas, menos se va a lograr respecto de los distantes y siempre confusos sucesos americanos.¹⁴⁷ De momento, se expiden órdenes a todos los puertos y navíos de guerra españoles para que detengan, "en qualquiera parte que entre ó le encuentren", el corsario inglés Duque de Bedford, que viene hostigando el comercio peninsular de un modo intolerable. Además se comunica en junio de 1757 que "por lo que toca á los demas Corsarios, si el Gobierno de Inglaterra no toma la mano, y contiene sus insolencias, [S.M.C.] se verá en la precisión de repe-¹⁴⁸lerlos con la fuerza".

En realidad, la falta de respeto por parte de los corsarios ingleses hacia la neutralidad de España no se agota en los insultos a sus navíos, sino que se extiende incluso a la violación de sus aguas jurisdiccionales, al tomar presas francesas en las cercanías de los puertos y bajo los cañones costeros españoles.¹⁴⁹ Las protestas y reoriminaciones estan a la orden del día, pero sobre esto también tienen algo que decir los ingleses, pues insisten que las autoridades españolas, especialmente en los puertos mediterráneos, se muestran francamente parciales a los franceses.¹⁵⁰

Esto dice en su defensa el almirante Hawke, quien sin hacer caso de las peticiones españolas de que se retirase, se empeñó en rescatar un paquebote inglés de manos de un corsario francés que había tomado refugio con su presa bajo los cañones españoles. Este caso va a traer cola, porque no se trata de un corsario particular sino de un navío de guerra, y naturalmente Wall exige un castigo ejemplar del almirante, además de la restitución de la presa.¹⁵¹ El gobierno inglés procura esquivar el tomar una decisión, diciendo que según la versión de Hawke la presa era ilegal y el no hizo más que defenderse del bombardeo español, de modo que han de esperar el regreso del almirante para poder esclarecer los hechos.¹⁵²

Después se pretexta la enfermedad de Hawke para no someterlo a interrogatorio, y por fin se ofrecen disculpas con una promesa de que los oficiales ingleses respetarán la soberanía y la neutralidad españolas.¹⁵³ Otro gesto concebido para complacer a España es dar al almirante Osborne, en vez de a Hawke,

el mando de la escuadra destinada al Mediterráneo en la primavera de 1757, con órdenes de cultivar las mejores relaciones con los españoles.¹⁵⁴ Sin embargo, Wall no se da por satisfecho con esto, sino que insiste en la localización y restitución de la presa liberada por Hawk, como única prueba aceptable de la imparcialidad de la neutralidad española.¹⁵⁵ En efecto, el gobierno inglés ordena la búsqueda del navío, aunque expresando sus dudas de poderlo hallar.¹⁵⁶

Un ejemplo del caso contrario es la acalorada reclamación por armadores ingleses del navío francés Duque de Penthièvre, apresado por el corsario Antigalican y detenido en Cádiz porque las autoridades españolas mantienen que la presa fue hecha en violación de las aguas jurisdiccionales de España. Esta es la principal presa a que se refiere Pitt en su infeliz insinuación de que, entregándola, se podría agilizar o facilitar la evacuación inglesa de sus establecimientos en Honduras. El Duque de Penthièvre es restituido a los franceses, pero los armadores ingleses protestan que no se les dio tiempo suficiente para preparar la defensa, y la obligación del gobierno de defender estos intereses contribuye sensiblemente al enfriamiento de las relaciones angloespañolas hacia el otoño de 1757.¹⁵⁷

Lo que más exaspera a Wall, no obstante, es el hecho de que el gobierno inglés no castigue a ninguno de los corsarios que se excedan en su odio o entusiasmo bélico.¹⁵⁸ Por su parte los ingleses a menudo intentan justificar sus presas diciendo que se prestan los navíos españoles para llevar el comercio francés, sin querer darse cuenta de que tanto los tratados como la declaración del cinco de octubre de 1756 aseguran la inmunidad de cualquier mercancía menos el contrabando de guerra que esté protegida por la bandera española.¹⁵⁹

La multiplicación de quejas, cada vez más agrias, sobre los abusos de los corsarios ingleses, el fracaso de la campaña bélica inglesa, y la inestabilidad del propio gobierno, al fin obligan a Pitt a intentar calmar los ánimos. Así es que expide el quince de septiembre de 1757 a todos los gobernadores y comandantes de América nuevas órdenes de obedecer la declaración del cinco de octubre, y sobre todo de no interrumpir la libre navegación de españoles entre sus propios puertos.¹⁶⁰ Los términos y el tono empleados parecen bastante tajantes, y Abreu se deja engañar por las apariencias,¹⁶¹ pero Wall ya no cabe en sí de exasperación, y censura duramente al embajador diciendo "v.s. ha perdido luzes y conocimiento, y si no falta al servicio del Rey".¹⁶² Las nuevas órdenes de Pitt no añaden nada a los compromisos ya asumidos por el gobierno inglés, y en el terreno práctico tampoco se ofrece mayores garantías, de manera que a la hora de la verdad el "zelo inexplicable" del ministerio inglés por complacer a España, que asegura Abreu, se reduce a buenas palabras.¹⁶³

La credulidad e incompetencia de Abreu viene deformando la verdadera actitud inglesa sobre España y la marcha de la guerra. Entre tanto, Wall se ve abrumado por la tarea de dirigir la política exterior en medio de las intrigas y presiones de la Corte española. Mirado con recelo por su origen extranjero, acusado de ser anglófilo perdido, sin la comprensión ni la colaboración de sus colegas en otros ministerios, trata de mantener una neutralidad honrosa, de acuerdo con su propia convicción y la de los reyes, frente a múltiples instancias e influencias externas que buscan comprometer a España en favor de Inglaterra o Francia.

Los franceses naturalmente siguen intentando atraer a España hacia una alianza. Durante algún tiempo piensan, al parecer, en ofrecer ayuda para colocar a Felipe de Parma en el trono de Polonia, en vista de la quebrantada salud de su ocupante Augusto, el elector de Sajonia. Como es lógico tal idea entusiasma a Isabel de Farnesio, pero Luis XV no quiere tomar la iniciativa ni hacer grandes dispendios de modo que es desechado este plan. De todas formas, se trata de un tipo de proyecto completamente en desacuerdo con las aspiraciones de Fernando y Bárbara, y desde luego que no es ése un cebo adecuado para atraerlos a la guerra.

En abril de 1757 llega a Madrid el marqués d'Aubeterre en calidad de embajador francés. Sus instrucciones le prohíben hacer reproches a Fernando VI por su obstinación en no ayudar a Francia, porque no serviría de nada y podría disponer el ánimo del rey español contra Francia definitivamente. Debe prestar su apoyo, discretamente, al portugués Souza, que está en la Corte con la misión secreta de inspirar mayor voluntad hacia Francia en la reina Bárbara. Aubeterre logra, además, atraerse en secreto la amistad y la colaboración del conde de Valparaíso.

Los ingleses temen sobre todo que el nuevo embajador francés intente obtener la alianza española ofreciendo a cambio la restitución de Menorca, y Keene trabaja infatigablemente para fortalecer la determinación negativa de Wall. "Considerando", expone Keene, "la fuerza del ataque contra el Duque de Alba y contra Wall, bajo todos los aspectos, he tratado de conseguir todas las promesas posibles acerca de la resolución de negar la isla de Menorca; creo que Wall, como extranjero, pedirá, cuando sea tiempo de tomar un partido, que negocio tan grave se consulte con otras varias personas, pero su opinión, como la del Duque de Alba, está tan pronunciada en este punto, que si SS.MM.CC. se pudieran apartar de lo que tienen resuelto al parecer, Wall, por lo menos, decidido está a dejar el Ministerio". Sin embargo, Keene no obtiene ninguna pro-

mesa formal, y la degradación de las relaciones hispanoinglesas mueve a Pitt a un último esfuerzo, un sacrificio importante para ganar a España.¹⁶⁸

Así es que a fines de agosto de 1757, Pitt autoriza a Keene para ofrecer al gobierno español la devolución de Gibraltar, y la evacuación de los establecimientos ingleses fundados en el golfo de Méjico desde 1748.¹⁶⁹ A cambio, España debe aliarse con Inglaterra contra Francia, y colaborar activamente en la recuperación inglesa de Menorca. La reacción de Keene ante la nueva comisión que se le encarga es de total asombro y exasperación. Sabe muy bien que no tiene ni la más remota posibilidad de conseguir, en estas fechas y bajo estas condiciones, la alianza española para Inglaterra.¹⁷⁰ No obstante, ha de obedecer sus instrucciones y propone la oferta de Pitt a Wall.

El ministro español apenas si puede contener su indignación ante la mera sugerencia de una alianza angloespañola, y desahogándose de todas sus desilusiones acumuladas, exclama, "¿Osais hacernos semejante proposición después de tantos motivos de queja como nos habeis dado?...Aun admitiendo que Europa quedase esclavizada, ¿qué mal peor que el actual pudiera resultarnos? Se nos despreciará quizá, pero al menos lo harán los más fuertes, serán los de nuestra propia sangre, vendrán las ofensas de nuestros mismos parientes. Pero, ¿qué esperaremos de vos después de la victoria, cuando tan mal nos tratais en este momento en que vuestros negocios ofrecen tan poca lisonjera perspectiva".¹⁷¹ Termina lamentando su propia suerte al verse atacado a causa de su anglofilia, y en un arrebató de ira advierte que España tiene catorce buques de guerra en el mar y puede añadir seis más en cualquier momento.¹⁷² La propuesta inglesa entonces no sólo es rechazada sino que deja las relaciones angloespañolas en peor estado que antes, y esto es otra de las causas del rápido enfriamiento de la anglofilia de Wall en el otoño de 1757.¹⁷³

A todo esto, la salud de Wall empieza a resentirse de las pesadas responsabilidades de su cargo, y decide presentar a los reyes una razonada exposición de los motivos por los cuales desea dimitir. Empero la reina Bárbara, al parecer, no le permite abandonar su puesto, de modo que Wall se ve obligado a continuar al frente de los negocios de Estado.¹⁷⁴ Por su parte Keene quien ha pedido reiterada e inutilmente su propio relevo, a mediados de diciembre de 1757 muere en Madrid, extenuado por los últimos esfuerzos de su larga y delicada embajada.¹⁷⁵ Su sucesor, el conde de Bristol, no podrá hacer nada por detener la degradación de las relaciones angloespañolas, pues todos los acontecimientos de los años siguientes sólo aumentan los conflictos.

La devolución por el gobierno español de la respuesta de Pitt del nueve de septiembre sobre los establecimientos ingleses en la América Central, sorprende y preocupa al ministerio británico. Dicha devolución es calificada de inaudita y poco amistosa, y tomada como indicio de un cambio de actitud en el gobierno español. Pitt expresa su temor de que vaya a cambiar la política pacifista de España, e insiste en la sincera amistad inglesa, y en su deseo de negociar un acuerdo aceptable a ambas partes. Abreu no tiene instrucciones para tratar del tema y, según las últimas órdenes de Wall, debe limitarse a recibir y remitir a la Corte las respuestas o memorias que el gobierno inglés quiera dar. La firme negativa de Abreu a negociar alarma enormemente a Pitt, pues sin duda sospecha que el abrupto cese de las negociaciones significa la adopción por el gobierno español de la solución más expedita de las armas para lograr su propósito. Se resisten los ingleses a dar otra respuesta formal, ostensiblemente por no exponer el honor de Jorge II al desaire de otro rechazo, pero en realidad por no comprometerse por escrito a concesiones inequívocas que suscitarían mucha oposición popular y política en Inglaterra. Sin embargo, procuran tentar a Wall a seguir la negociación, renovando su oferta de evacuar los establecimientos de leñadores que ofenden la soberanía española. Ahora bien, el gobierno español debe señalar claramente cuáles son esos establecimientos, sin incluir frases vagas o demasiado generales, y en cualquier caso los ingleses distinguen la ocupación territorial de su derecho a cortar el palo, que según ellos es incontestable.¹⁷⁶

Sin embargo Wall opta por no responder a estas instancias e incitaciones,¹⁷⁷ y el asunto queda adormecido durante unos meses, hasta que en la primavera de 1758 Pitt, recelando de sus noticias sobre armamentos navales españoles, vuelve a repetir que desearía reanudar la negociación con Abreu y que ese conflicto se podría resolver en muy poco tiempo. El embajador una vez más contesta que ni tiene instrucciones para ello, ni puede pedir las a su Corte.¹⁷⁸ Esta es la última referencia en la correspondencia oficial de Abreu al problema del palo. La negociación "amistosa" no ha logrado nada práctico, y el fracaso habrá de pesar más al gobierno español, que dentro de sólo cinco años tendrá que aceptar la solución desfavorable impuesta por la suerte de las armas.

El estrepitoso fracaso de los ingleses al intentar obtener la alianza española en el otoño de 1757, y el posterior enfriamiento de las relaciones hispanoinglesas, vienen acompañados por una ligera aproximación hispanofrancesa. Encontrándose solo y sin apoyos, lleno de temores e indecisión, Wall al parecer no se atreve a exponer con energía los graves motivos de descontento que

España tiene contra Inglaterra, porque sabe que los reyes desean ante todo evitar la guerra. Entonces avisa a Bernis, el nuevo ministro francés de Asuntos Exteriores, para que éste hable a Masones, embajador español en París, de los atropellos cometidos por los ingleses. De esta forma, cuando Masones relata su entrevista con el ministro francés, Wall se aprovecha de la carta para hablar a los reyes de la situación. Consecuencia de todo ello es la autorización regia para el armamento de una considerable fuerza naval para principios del año 1758.¹⁷⁹

Por fin en mayo de 1758, Francia propone formalmente devolver Menorca a España¹⁸⁰ y ayudarla a recuperar Gibraltar y a expulsar a los ingleses del golfo de Méjico, a cambio de la adhesión española al tratado de Versalles, es decir, a la alianza franco-austriaca. Esta propuesta viene apoyada además por la emperatriz María Teresa, por quien la reina española siente una especial admiración y quien hace hincapié en el peligro que corre el catolicismo frente a las potencias herejes.¹⁸¹ Los términos de la alianza convencen al confesor del rey e incluso al marqués de la Mina, actualmente capitán general de Cataluña, pero semejante moción no prospera acerca de Fernando y Bárbara, quienes mantienen su pacifismo a ultranza.

Durante los primeros meses de 1758 los ingleses preparan su expedición contra Louisbourg, mirando con creciente inquietud los armamentos navales españoles, y la nueva frialdad de los discursos de Abreu y Wall.¹⁸² Continúan las quejas sobre los abusos de los corsarios ingleses, diciendo Wall que las respuestas ofrecidas son insatisfactorias, e invitando al gobierno inglés a reflexionar con sensatez que entre corsarios que entre corsarios que apresan navíos españoles indiscriminadamente y tribunales que tardan años en fallar, generalmente a favor de los corsarios y nunca castigando sus excesos, llevan camino de destruir todo el comercio español. En vista de ello Wall ensaya una amenaza concreta, equiparando la guerra perpetua existente entre españoles y moros a la presente guerra anglofrancesa, con el fin de valerse del pretexto de comerciar los ingleses con los moros para justificar el apresamiento de navíos ingleses cerca de las costas españolas, obligando a sus propietarios a emprender largos y costosos pleitos en los tribunales de España.¹⁸³ Ahora bien, pese a su irritación, Wall aún está muy lejos de abrazar una postura belicista, y la finalidad de esta amenaza es sólo asustar a los ingleses para que aminoren los abusos relacionados con las presas.

Los motivos de queja se suceden regularmente, mientras que Pitt procura justificarse, ofreciendo por un lado reparar los abusos, y por otro lado exponiendo sus propios motivos de queja. De las Antillas inglesas vienen oportunamente noticias de haberse ahorcado cuatro piratas ingleses por sus fechorías contra la navegación española, y de haberse restituido algunos efectos pertenecientes a españoles, y liberado un navío de registro.¹⁸⁵ Luego Pitt promete hacer un castigo ejemplar con el primer capitán de guerra que aprese un navío español,¹⁸⁶ pero insistiendo mucho a su vez en que los comerciantes españoles cometen toda clase de fraudes aprovechando la inmunidad de su bandera.¹⁸⁷

Sin embargo, Wall no se deja distraer ya por las palabras de Pitt, y se fija sólo en el diario aumento de los abusos cometidos por los corsarios, evidentemente protegidos por su gobierno. "Yo no sé qual es mas admirable en esta guerra", exclama, "si el desenfreno de las gentes de essa Nación, si el descuido de su Ministerio en corregirle, ó si la paciencia de las demas en tolerarle".¹⁸⁸ Amenaza con tratar a los corsarios ingleses como piratas, y no admitirles en los puertos españoles,¹⁸⁹ pero los ministros ingleses ruegan que no se tome una medida tan fuerte porque sería interpretada como una seria violación de la neutralidad española,¹⁹⁰ y en fin, la muerte de la reina Bárbara impide a Wall tomar cualquier medida más eficaz para proteger los intereses españoles.¹⁹¹

Entretanto, en junio de 1758, ha surgido otra disputa en la diplomacia hispanoinglesa, que ofrece muchas analogías con la del palo de tinte, pero invirtiendo las posturas, pues se trata del derecho español de pescar bacalao en las cercanías de Terranova. Reales cédulas de quince de julio de 1553, trece de marzo de 1554 y veintidos de marzo de 1587 prueban que los vascos españoles acostumbraban pescar grandes cantidades de bacalao y ballenas en Terranova, antes de mediados del siglo dieciseis, y que desde entonces los pescadores de diferentes naciones venían utilizando los puertos y albergues, y los lugares dispuestos para trincar y secar el pescado, indistintamente según iban llegando, sin reclamar ninguna nación el derecho exclusivo a utilizar algún trozo de costa.¹⁹²

Todos los navíos pesqueros fueron siempre vulnerables a los ataques de piratas o corsarios, pero no fue hasta los tratados de Utrecht de 1713 que se introdujo un nuevo elemento en este tema.¹⁹³ Entonces se reconoció la posesión inglesa de Terranova y, aunque el derecho francés a la pesca en aquel lugar fue .

eficazmente mantenido, el derecho español quedó un tanto indefinido.¹⁹⁴ De hecho, a partir de este momento los ingleses pretenden que España tiene la obligación de probar convincentemente su derecho a extraer la pesca de las aguas de Terranova, y que mientras tanto, no se la reconocerá tal derecho. Los comerciantes vascos elevan peticiones al rey de que se procure cumplir con el requisito, pero el gobierno español prefiere intentar obtener el consentimiento inglés por vía de la protesta.¹⁹⁵ Los ingleses contestan con vaguedades, sin que tampoco aclare nada el tratado de paz entre las dos potencias de 1721.¹⁹⁶

A la vista del congreso de Soissons de 1728 y en las conferencias de Sevilla de 1732 el tema es abordado de nuevo por los representantes españoles, pero con el mismo resultado que antes, quedando la disputa sin resolver y enteramente arrollada por los otros enconados conflictos de los años 'treinta.¹⁹⁷ Ni la convención del Pardo de 1739, ni el tratado de Aquisgrán de 1748, ni el convenio comercial de 1750 hacen mención del derecho español a pescar bacalao en Terranova, de modo que cuando vuelve a surgir la disputa a principios del verano de 1758, los ingleses ya tienen a su favor más de cuarenta años de indecisión e inercia.

A causa de la guerra, el bacalao empieza a escasear en España, alcanzando elevados precios lo poco que se ofrece en los mercados. Se trata de una mercancía de gran consumo y venta segura por servir de alimento de los buenos católicos los días de vigilia. En consecuencia, algunos comerciantes vizcaínos piden y obtienen del rey licencia para enviar a pescar bacalao en los mares de Terranova.¹⁹⁸ En Londres corre el malicioso rumor de que los navíos españoles se preparan para llevar provisiones a los franceses del Canadá, y en seguida viene la noticia de que dos de esos navíos han sido apresados, suscitando un arador inglés la duda de si los españoles tienen derecho a pescar en Terranova.¹⁹⁹ El ministerio español reclama la restitución de los navíos y el castigo de los corsarios, siguiendo la política de sus predecesores de dar por supuesto el derecho español a esa pesca.²⁰⁰

El gobierno inglés reacciona negativamente desde la primera mención de este tema, manifestándose Pitt sorprendido de la pretensión española, y manteniendo que los ingleses tienen mucho más derecho al corte de palo que los españoles a la pesca del bacalao, siendo así que España niega lo uno y pretende lo otro. En intercambios sucesivos Pitt insiste verbalmente que el gobierno español, según los términos del tratado de Utrecht, debe sustanciar su pretensión, pero

advierde que "en su dictamen importaría menos a esta Nación el ceder la torre de Londres, que el permitir que otras vayan a la pesca de Bacallao".²⁰²

Sin embargo, Pitt se resiste como siempre a dar una respuesta por escrito, y Wall a su vez manda a Ábreu que repita sus oficios hasta conseguirla.²⁰³ Empero esta lucha no se prolonga como era de esperar, pues con un oportunismo de la peor clase, se aprovecha Pitt de una desgracia personal para ganar posiciones. Acaba de saberse el lastimero estado moribundo de la reina Bárbara, y Pitt entrega su respuesta formal a Ábreu negando todo derecho español a pescar bacallao en aguas de Terranova.²⁰⁴ Más navíos españoles son apresados camino de Terranova,²⁰⁵ pero la muerte de la reina de España a fines de agosto de 1758 incia la paralización del gobierno español que habrá de durar todo un año hasta la muerte de Fernando VI, y no se vuelve a reclamar aquel derecho.²⁰⁶

El estado de salud del rey Fernando va de mal en peor desde la pérdida de su amada esposa, y Wall se ve reducido a admitir repetidas veces que no se pueden adelantar los negocios de Estado, a causa del duelo y la fatal enfermedad del rey.²⁰⁷

Los primeros grandes éxitos bélicos de los ingleses coinciden precisamente con este año en que España experimenta un vacío en el poder, y los ministros españoles siguen impotentes el desarrollo de la gran ofensiva inglesa contra los franceses en América.²⁰⁸ El deseo de Pitt de eliminar la presencia francesa en América se percibe ahora claramente, y la suma importancia de la actitud española también se aprecia,²⁰⁹ pero España padece una anarquía interna que no la permite asumir por el momento ningún protagonismo en los asuntos internacionales.²¹⁰

El futuro Carlos III se interesa vivamente por los negocios españoles, pero por respeto a la autoridad de Fernando, no se decide a asumir plenamente la dirección del gobierno hasta pocos días antes de la defunción de su hermano, y cuando por fin lo hace, no significa una ruptura con la política de neutralidad. Al contrario, Carlos III y sus consejeros seguirán creyendo en la conveniencia de mantener la neutralidad española, aunque se preocupan también, desde el principio, de la conservación del equilibrio entre las grandes potencias marítimas en América.²¹¹

ESPAÑA ANTE LA RIVALIDAD COLONIAL ANGLOFRANCEA, 1750-59.

NOTAS.

- 1 Wright, 1971, p. 102.
- 2 Id., p. 103.
- 3 Real Zedula para que los Negros Esclavos de las Colonias Inglesas, y Holandesas que se refugiaren a los Dominios Españoles, con intencion de abrazar la Religion Catholica queden libres, Buen Retiro 24 septiembre 1750, AHN, Diversos, Documentos de Indias, 536, f. 39.
- 4 Abreu a Carvajal, Londres 12 octubre 1750, (original), AGS, Estado, leg. 6917, (minuta AHN, Estado, leg. 4263¹); Wall a Carvajal, Londres 6 noviembre 1750, (minuta), leg. 4263¹ cit.
- 5 Wall a Carvajal, Londres 20 noviembre 1750 y 14 enero 1751, (minutas), leg. 4263¹ cit.
- 6 Id., 4 febrero 1751, (minuta), leg. cit.
- 7 Id.
- 8 Ensenada a Carvajal, Buen Retiro 5 enero 1751 (orig.), AHN, Estado, leg. 4294, y Ensenada a Wall, Aranjuez 12 julio 1751, (original), leg. 4263².
- 9 Wall a Carvajal y Ensenada, Londres 22 febrero 3 y 24 junio 1751, (minuta), leg. 4263¹.
- 10 Id., 26 noviembre, 10, 17 y 31 diciembre 1750, 28 enero, 11 y 24 marzo, 22 y 31 mayo 1751, leg. cit. ; y Carvajal a Wall, Buen Retiro 15 febrero, 22 marzo, 12 abril 1751, y Ensenada a Wall, Buen Retiro 11 febrero, 3 mayo y 12 julio 1751, (originales), leg. 4263².

- 11 Abreu a Carvajal, Londres 1 junio 1752 (minuta), AHN, Estado, leg. 4267².
Id., 22 junio 1752, (original), ACS, Estado, leg. 6920, refiere que "Mi-
lord Granville que cada día va ganando mas influencia en las resoluciones
de este gobierno, se habló bien claro sobre este punto. Dixome que mien-
tras no se nos quitase de la cabeza que no teniamos derecho para confiscar
sus Navios por que se les encontrasen ò pasos de España ò Palo de Campeche,
nunca podriamos estar en Paz".
- 12 Carvajal a Wall, Buen Retiro 8 febrero 1751 (original cif. descif.), leg.
4263², expresa su deseo de enviar "ordenes fuertes y claras" a los corsarios
españoles; y 5 enero 1752, (original), leg. 4277, lamenta las desazones que
sufre Keene, a quien estaba mucho. Carvajal a Abreu, Aranjuez 12 junio
1752, (original cif. descif.), leg. 4267², dice que la noticia de otras 6
presas recientes le duele mucho.
- 13 Carvajal a Abreu, Buen Retiro 5 julio 1752, (original), leg. 4267².
- 14 Abreu a Carvajal, Londres 11 mayo 1752, (minuta), leg. cit. (original ACS,
Estado, leg. 6920), y Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 22 junio 1752,
(original y copia), leg. 6920 cit., y AHN, Estado, leg. 4267².
- 15 Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 22 junio 1752, cit.
- 16 Wall a Carvajal, Londres 20 enero 1752, (minuta), AHN, Estado, leg. 4277¹,
dice que Newcastle está muy contento con la conducta de Carvajal y la mar-
cha de las relaciones entre ambos países. Abreu a Carvajal, Londres 18 ma-
yo y 1 y 8 junio, 20 julio 1752, (minuta), leg. 4267². Newcastle a Keene,
Hanover 26 julio /agosto 1752, publ. por Lodge (ed.), 1933, pp. 30-1, dice
"I see Carvajal's delicacy about it, and I am sorry to see it. For without
some stop is put to these practises every thing else will signify nothing".
Wall a Carvajal, Londres 21 diciembre 1752, (minuta), leg. 4277¹.
- 17 Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 22 junio 1752, cit., refiere la ame-
naza de tratar a los guarda costas españoles como vulgares piratas.

- 18 Carvajal a Wall, Buen Retiro 10 enero 1753, (original), leg. 4277.
- 19 Id.
- 20 Resumen del caso del navío César, de Bilbao, cap. Joseph Alvarez, que intentó introducir 636 sacos de cacao de Caracas en Londres, 16 abril 1752. Abreu a Carvajal y Ensenada, Londres 8 junio y 10 agosto 1752, (minutas), leg. 4267². En relación con este asunto es interesante comprobar cómo Carvajal y Ensenada se reparten los papeles a jugar en las relaciones con Inglaterra. En una carta de Carvajal a Abreu, Buen Retiro 28 agosto 1752, (original), leg. cit., dice que él no sabía nada del tema y desaprubaba el oficio pasado por Abreu, pero por otra de la misma fecha, en cifra, dice que sabe que Abreu no ha obrado mal, pero que se lo escribe porque "me ha parecido precaucion saludable que puede con el tiempo minorar los prejuicios...". Véase también Abreu a Carvajal, Londres 14 y 28 septiembre 1752, (minuta), leg. cit.
- 21 Wall a Carvajal, Londres 15 febrero 1753, (original), AGS, Estado, leg. 6924.
- 22 Id., 15 y 29 marzo, 19 abril, 24 mayo 1753, (orig.), leg. cit., y Wall a Ensenada, Londres 24 mayo 1753, (minuta), AHN, Estado, leg. 4267².
- 23 Wall a Carvajal, Londres 25 y 26 mayo, 10 julio 1753, (orig.), leg. 6924 cit. La documentación remitida por Knowles no hace constar nada en defensa del navío apresado, y todo el caso viene muy mal substanciado. Carvajal a Wall, San Lorenzo 8 noviembre 1753 (minuta de puño de Carvajal), leg. cit. (original AHN, Estado, leg. 4277¹), dice que se han recibido cartas de Knowles a diferentes gobernadores españoles, "descomedidas en sumo grado", de las cuales se ve, por ejemplo, que se condenó a un Juan de Torres quien no sólo no era comandante de ningún navío, sino que ni siquiera estaba en un navío cuando se le detuvo.
- 24 Wall a Carvajal, Londres 6 diciembre 1753, (original), AGS, Estado, leg. 6924.
- 25 Id., 17 enero 1754, y Carvajal a Wall, Buen Retiro 24 febrero 1754 AHN, Estado, leg. 4273².

- 26 Carvajal a Wall, Buen Retiro 15 julio 1753 y San Lorenzo 8 noviembre 1753 (original), leg. 4277¹, (minutas de puño de Carvajal AGS, Estado, leg. 6924).
- 27 Holdernessee a Keene, Whitehall 20 septiembre 1753 (tra. francesa), y Wall a Carvajal, Londres 20 septiembre 1753, (original), leg. 6924 cit.
- 28 Carvajal a Wall, San Lorenzo 8 noviembre 1753, cit., y Buen Retiro 8 diciembre 1753, (original), leg. 4277¹ cit.
- 29 Id., Buen Retiro 8 diciembre 1753, cit.
- 30 Carvajal a Wall, San Lorenzo 8 noviembre 1753, (original), leg. 4277 cit.
- 31 Marqués de la Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, (copia), AGS, Estado, leg. 7633; José de la Quintana al conde de Montijo, Madrid 5 diciembre 1738, (copia), leg. 7632; Conde de Montijo a Quadra, Madrid 20 marzo 1739, (copia), leg. 7632.
- 32 Representación de la Junta de Comercio hecha al Rey Jorge I en 25 septiembre / 6 octubre 1717, asegurando y probando el derecho de los ingleses al corte de palo de tinte en la bahía de Campeche, BPR., Miscelánea Ayala, tomo XLIV, mss. 2862, fols. 146-60, publ. por Calderón, 1944, pp. 405-12; y Regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, cit.
- 33 L. H. Gipson, "Anglo-Spanish New World Issues, 1750-1757", American Historical Review, LI, 1946, núm. 4, p. 635. Abreu a Carvajal, Londres 12 octubre 1750, (original cifrado), AGS, Estado, leg. 6917, (minuta AHN, Estado, leg. 4263¹) no se aleja mucho de este cómputo cuando afirma que los ingleses sacan 150.000 libras limpias al año del corte y comercio del palo.
- 34 Id., y Pares, 1936, pp. 540-2, y Muret, "Le Conflit Anglo-Espagnol dans l'Amérique Centrale au XVIII^e siècle", Revue d'Histoire Diplomatique, 1940-45, núms. 54-59, pp. 136-7.



- 35 Calderón Quijano, Belice 1663 (?) - 1821. Historia de los establecimientos del Rio Valis hasta la Independencia de Hispanoamérica, Sevilla, 1944, pp. 80-8, 109-22, y Palacio Atard, "Las Embajadas de Abreu y Fuentes en Londres, 1754-61", Simancas. Estudios de Historia Moderna, tomo I, Valladolid, 1950, pp. 6-10, reseñan algunas expediciones contra los leñadores ingleses.
- 36 Pares, 1936, pp. 543-4.
- 37 Id., p. 545, y Muret, 1940-45, p. 138. Abreu a Carvajal, Londres 1 octubre 1750 (original cif.), AGS, Estado, leg. 6917, dice que él procura desmentir la noticia de la proyectada expedición. Calderón. 1944, p. 141, y notas p. 161, refiere las expediciones de José Antonio de Palma y Alberto José Reudón, capitanes de corso los dos, contra los leñadores-contrabandistas de Belice.
- 38 Abreu a Carvajal, Londres 12 octubre 1750, (orig. oif.), leg. cit. El tema recibe un tratamiento similar algunos meses más tarde, en relación con la captura de muchos navíos cargados de palo. Wall a Carvajal, Londres 24 marzo 1751, (minuta), AHN, Estado, leg. 4263¹.
- 39 Pares, 1936, p. 545.
- 40 Abreu a Carvajal, Londres 12 octubre 1750, cit., sugiere esta idea que por otra parte no es nueva, pero Calderón, 1944, pp. 139-40, dice que el primer proyecto formal para llevarlo a cabo es obra de Ensenada.
- 41 Calderón, 1944, p. 141, y nota 14, p. 161. Los comerciantes gaditanos y la Casa de Contratación se niegan, además, a apoyar la empresa. Wall a Ensenada, Londres 10 julio 1751, (minuta), leg. 4263² cit.
- 42 Wall a Ensenada, Londres 10 julio 13 septiembre, 28 octubre 1751, (minuta), leg. 4263² cit.
- 43 Id., 28 octubre 1751, cit., y Pares, 1936, p. 547. Keene a Robinson, 31 julio 1754, cit. por..., afirma que Ensenada le propuso la creación de una compañía angloespañola para cortar y comercializar el palo, pero que luego prefirió el proyecto de un Juan de Isla, que significaría antagonismo entre los dos países. Gipson, 1946, p. 639, nota 43.

- 44 Id., 13 septiembre 1751, cit. Pares, 1936, p. 548, afirma sin ambages que el propio Keene no cree en el derecho inglés a cortar palo ni cree que los ingleses tengan derecho a los establecimientos de la costa de Mosquitos.
- 45 Carvajal a Wall, Buen Retiro 10 enero 1752, (orig.), AHN, Estado, leg. 4277.
- 46 El Rey a Castañeda, Madrid 28 diciembre 1751, AGI, Mexico, 3099, cit. por Calderón, 1944, pp. 143 y nota 22, p. 163.
- 47 Estas cartas del gobernador de Honduras a Ensenada fueron interceptadas por un navío inglés y enviadas a Londres. El gobierno inglés las entregó a Wall, con disculpas y asegurando no haberlas abierto. Wall a Ensenada, Londres 23 diciembre 1751, y Carvajal a Wall, Buen Retiro 10 enero 1752, cit.; Ensenada a Eslava, Fernández Molinillo y Arriaga, Aranjuez 28 abril 1752 (original), ACS, Guerra Moderna (siglo XVIII), leg. 6799.
- 48 Ensenada a Eslava, Fernández molinillo y Arriaga, Aranjuez 28 abril 1752, cit. De esta medida (por lo demás bastante corriente en los asuntos de Indias) debió de surgir la acusación y suposición de que Ensenada obró por propia iniciativa y sin conocimiento ni autorización del rey (Pares, 1936, pp. 548-9; Gipson, 1946, p. 636), cuando en realidad se ve que aconsejaron la expulsión los destinatarios de esta misiva, en consulta de 22 febrero 1752, y que Ensenada les devolvió su memoria junto con las órdenes preparadas para las autoridades americanas y las cartas más recientes recibidas de Indias, para que confirmasen, modificasen o rectificasen su consejo, antes de proceder a su ejecución. Véase también el cargo 2º y respuesta de "Cargos hechos al marqués de la Ensenada después de la salida del Ministerio, y contestación formulada por alguno de sus enemigos. [1759], publ. por Rodríguez Villa, 1878, y Fernández Duro, 1973, VI, pp. 399-411.
- 49 Calderón, 1944, p. 144 y nota 28, p. 164, y Palacio, 1950, p. 6.
- 50 Calderón, 1944, pp. 145-6, refiere algunas de las dificultades que surgen en relación con este armamento.
- 51 Carvajal a Wall, Buen Retiro 10 enero 1753, (original), leg. 4277 cit.,

dice "Lo de sacar Palo de la Bahía de Campeche es vn antojo, que no tiene el mas leve apoyo legitimo, con que si insisten en el, es querer que se acabe la amistad. Id. San Lorenzo 8 noviembre 1753, cit., dice "En lo del Palo de Campeche no se puede ceder, no tienen mas derecho que los ladrones para hurtar".

- 52 Londres, le 2 et 5 Janvier 1753, "Noticias de Londres", AHN, Estado leg. 2496-99; Wall a Carvajal, Londres 10 mayo, 10 julio 1753, (original), AGS, Estado, leg. 6924.
- 53 Wall a Carvajal, Londres 20 septiembre, 8 noviembre y 6 diciembre 1753, 24 y 31 enero, 14 y 21 febrero, y 21 marzo 1754, (copias), leg. 4273² cit.; y Carvajal a Wall, San Lorenzo 8 noviembre 1753, cit., y Buen Retiro 24 febrero 1754, (original), leg. cit.
- 54 Emmanuel-Felicité de Durfort, duque de Duras y príncipe de Bournonville.
- 55 Memoire pour servir d'instruction au sieur duc de Duras, Versailles 23 septiembre 1752, publ. en Recueil des Instrucciones...., XII bis, Espagne, 1899, pp. 310-20.
- 56 Morel-Fatio y Léonardon (eds.), 1899, XII bis, Espagne, p. 307.
- 57 Carvajal a Wall, Buen Retiro 9 enero 1754, (minuta de puño de Carvajal), AGS, Estado, leg. 6924. (copia AHN, Estado, leg. 4273²).
- 58 Id., y Wall a Carvajal, Londres 24 enero 1754, leg. 4273² cit., Véase también Pares, 1936, p. 556.
- 59 Carvajal a Keene, publ. por Cantillo (ed.), 1843, I, pp. 476-7.
- 60 Huéscar a Wall, Buen Retiro 8 abril 1754, leg. 4273² cit. Marfil García, 1907, p. 104, y M. Lafuente, 1850-67, XIX, pp. 328-9. Este último enjuicia estas renunciias, y las posteriores de ambos a encargarse de la secretaría de Hacienda, como "rasgos de patriótico desprendimiento y desinterés". Sin embargo, no andan lejos en estas ocasiones la pereza, la cobardía y el egoismo.

- 61 Lodge (ed.), 1933, p. XIX, dice "Wall was virtually Keene's nominee".
- 62 Ricardo Wall y Devreux (1694-1777), nacido en Nantes, de una familia irlandesa, comenzó su carrera militar al servicio de Luis XIV, pero muerto este rey, y siendo Wall todavía muy joven, pasó a servir a Felipe V gracias a una recomendación de Alberoni. Participó con distinción en la expedición española a Sicilia en 1718. Después de servir en la marina se incorporó al ejército de tierra, y participó en las campañas italianas de 1734-35 y 1743-46 contra los austro-sardos, llegando al rango de mariscal de campo en 1747, año en que inició su carrera política.
- 63 Los historiadores han insistido con especial ahínco en la acusada anglofilia de Wall. El duque de Noailles en sus "Memorias (tomo IV, p. 47, en Mémoires relatifs à l'histoire de France de Petitot seconde série, tome 74), dice que Wall era "secrètement favorable aux Anglais". Los editores de Recueil des instructions..., XII bis Espagne, 1899, p. 308, dicen que "Wall avait des tendances très nettement anglaises", y p. 258, hablan de "la mauvaise volonté du ministre du roi d'Espagne, M. de Wall, irlandais très dévoué à l'Angleterre". Muret, 1940-45, p. 139, le llama "l'ami de Newcastle et du partisan le plus convaincu de l'entente anglaise". Fernández Almagro, 1941, p. 674, afirma que Wall era "totalmente manejado" por el gobierno inglés. Quizás no deberá sorprendernos que los juicios más benignos procedan de historiadores ingleses, como Pares, 1936, p. 550, o Gipson, 1946, p. 637, diciendo que Wall "was in truth loyal to the interest of the country of his adoption".
- 64 Fernando VI a Wall, Aranjuez [17] mayo 1754, Huéscar a Ensenada, Aranjuez 17 mayo 1754 (copia), AHN, Estado, leg. 2499.
- 65 Patrie, 1958, pp. 116-7. Keene consigue informarse y fomentar la anglofilia entre los funcionarios españoles, distribuyendo grandes sumas de dinero. Duras calcula que entre mayo de 1753 y enero 1755, Keene entrega 200.000 libras esterlinas a diferentes personas. Recueil des instructions... XII bis Espagne, 1899, p. 309. Ahora bien, el soborno es una costumbre muy extendida en las Cortes europeas del siglo XVIII, y el mismo Duras está autorizado a utilizar ese método cuando convenga. Mémoire pour servir d'instruction au sieur duc de Duras, Versailles 23 septembre 1752, cit.

- 66 Pares, 1936, p. 549.
- 67 Está fuera de toda duda razonable que Wall y Huéscar conspiran con Keene contra Ensenada. Almirante, 1923, p. 169, y Gómez Molleda, ("El Marqués de la Ensenada a través de su correspondencia íntima", Eidos, II), 1955, p. 83, señalan también como posible principal a Valparaíso. En Recueil des instructions...XII, bis Espagne, 1899, p. 308, y Almirante, 1923, p. 169, se señala también como conspirador al embajador austriaco, Migazzi. Pérez Bustamante, 1954, p. 511, dice que la caída de Ensenada tiene "todo el aspecto de una conspiración masónica". Wall es masón seguro, y es posible que lo sean Huéscar y Valparaíso, o al menos simpatizantes, de modo que no habría que desechar este factor, aunque resulte ser secundario. Véase Ferrer Benimeli, 1976-77, III, pp. 257 y 458.
- 68 Rodríguez Villa, 1878, pp. 190-4, afirma que la actuación de Ensenada respecto del tratado de límites fue la causa principal de su caída.
- 69 Pares, 1936, p. 549; y Cargos hechos al marqués de la Ensenada después de la salida del Ministerio, y contestación formulada por alguno de sus amigos, 1759, publ. por Rodríguez Villa, 1878, y Fernández Duro, 1973, VI, pp. 399-411.
- 70 Abreu a Wall, Londres 27 junio y 9 julio 1754, (minutas), AHN, Estado, leg. 4273² y 3515, y Pares, 1936, p. 549.
- 71 Robinson a Knowles, 8 julio 1754, cit. por Muret, 1940-45, p. 139, ordena contestar a la fuerza con la fuerza si los españoles llegan a atacar los establecimientos ingleses en Honduras y Mosquitia. Algunos días antes de esta orden, Newcastle intenta intimidar a Wall, apelando a su amistad y su ambición personal, e insinuando la probabilidad de una guerra. "My Dear Wall: I am frightened out of my Wits at these Ensenada- Orders And the Voges de fait which are probably begun. Now Si Je connois Knowles, Il auroit deja tâché de repousser Force par Force - Pour l'Amour de Dieu, où serons nous? Vous et moi, nous en serons certainement les victimes. How often have I beg'd that the Affair of Logwood might be settled - We are

entitled to that Privilege by the Word & Meaning of the Treaty of Utrecht. Indulgence was put in on purpose to comprehend it. Let it not be said that Gen^l. Wall has either not Inclination or not Power enough, to prevent these things. If a stop is not put to them, without Delay, I Know, what must be the Consequence - Our Enemies will tell the rest with pleasure". Newcastle a Wall, 4 julio 1754, cit. por Gipson, 1946, pp. 639-40. La misma expresión de repeler a la fuerza con la fuerza se lo dice Robinson a Abreu, según Abreu a Wall, Londres 9 julio 1754, cit. Lodge (ed.), 1933, p. XX, dice "It was his [Keene's] disclosure of Ensenada's instructions to the Governor of Havana, a document which he had no right to possess, that finally provoked the feeble King to dismiss his minister". Sin embargo, creo que no son las instrucciones en sí, sino la agresiva reacción inglesa a ellas lo que resuelve al rey a destituir a Ensenada. Keene a Robinson, 31 julio 1754, cit. por Gipson, 1946, p. 640, explica su maniobra: "I had two Objects to consider which in effect, were but one. To procure the immediate Revocation of the Hostile Orders sent to America and to destroy the Author of them. The first could not be procured with Security, without the complete Execution of the latter".

- 72 Petrie, 1958, p. 117, dice que lo que más molestó al rey fue la referencia, en las órdenes enviadas por Ensenada a América, a la necesidad de destruir los establecimientos "enemigos", pues Fernando VI se preciaba de no tener enemigos.
- 73 M. Lafuente, 1850-67, XIX, pp. 334-7, insiste sobre todo en las diversas facetas de la francofilia de Ensenada como principal causa de su caída. Está de acuerdo con esta apreciación Pares, 1936, p. 549.
- 74 Wall a Keene, 20 julio 1754, publ. por Lodge (ed.), 1933, p. 38, "The thing is done, my dear Keene, by the Grace of God, the King, Queen and my brave Duque, and wen you will read this scrape, the mogol will bee five or six leagues of going to Granad. This newse will not displease our friends in England, Yours dear Keene, forever Dik. At twelve o, klok Saturday night."
- 75 Wall a Abreu, Buen Retiro 31 julio 1754, (ori.), AMN, Estado, leg. 4273¹. También Abreu a Wall, Londres 15 agosto 1754 (minuta), leg. cit.

- 5
- 76 Benedicto XIV al cardenal Teuquin, Roma 29 octubre 1755, publ. por Ferrer, 1976-77, III, p. 429, dice sobre la caída de Rávago: "Ce Jésuite et le mar-ques de la Ensenada ne faisaient qu'un et il n'est pas étonnant que la chu-te de l'un ait entraîné celle de l'autre". Keene a Robinson, 15 octubre 1755, cit. por Gipson, 1946, p. 642, nota 53, dice de la maniobra "This essential alteration has been wrought in great secret, and with the grea-test ability. The manner of doing it has been by laying before his catho-lic majesty, the materials collected against the confessor at the time of the attack against Ensenada; but now increased with many proofs furnished by the court of Portugal. From the consideration whereof, his catholic majesty of his own accord took his resolution to dismiss him; and named a very mild and worthy person in his stead".
- 77 Wall a Abreu, Buen Retiro 25 septiembre 1754, (original), leg. 4273¹; tam-bién Calderón, 1944, pp. 146 y 164. Palacio Atard, 1950, p. 11, juzga que con esta resolución España perdió la mejor ocasión de liquidar de manera definitiva el problema por los únicos procedimientos expeditivos, sin pen-sar que de realizarse la expulsión prevista, no habría tenido resultados más duraderos que otras veces si no se completase con una inmediata y efi-ez política de colonización y de explotación del palo por españoles.
- 78 Wall a Abreu, Buen Retiro 25 septiembre 1754, cit.
- 79 Abreu a Wall, Londres 4 noviembre 1754 (minuta), leg. 4273².
- 80 Id., 21 noviembre 1754, (minuta), leg. cit.
- 81 Id., 11 y 18 julio, 15 agosto, 5, 12, 19 y 26 septiembre, 3 y 10 octubre, 4 y 21 noviembre 1754, (minutas), leg. cit.
- 82 Albemarle a Robinson, 21 agosto 1754, Shelburne Papers, 36:26, cit. por Gipson, 1946, p. 641; y Abreu a Wall, Londres 5 septiembre 1754, (minuta), leg. 4273² cit.
- 83 Keene a Robinson, 25 octubre 1754, B.N. Add. mss. 37851:110, cit. por Gip-son, 1946, p. 641, It would be very improper in this M^y to charge himself with it [la mediación española], whilst he has disputes of his same Nature

Or to expect from His Britannick Majesty, that in such Circumstances (let the King's Idea of the Justice & impartiality of the King of Spain, be ever so extensive) this Britannick Majesty would consent to leave these difficult and important Points to the Decision of a Prince of the House of Bourbon".

- 84 Pares, 1936, pp. 557-8, y Abreu a Wall, Londres 21 noviembre 1754, (minuta), leg. 4273² cit.
- 85 Abreu a Wall, Londres 12 diciembre 1754, (minuta), leg. cit.
- 86 Wall a Abreu, Buen Retiro 12 enero 1755, (orig.), leg. 4273¹ cit. Las nuevas órdenes de Arriaga a los gobernadores americanos son de 5 de enero de 1755.
- 87 Id., (otra), leg. 3515 cit. También Keene a Robinson, 12 enero 1755 y Robinson a Keene, 27 enero 1755, S.P. 94/148, cit. por Pares, 1936, p. 550.
- 88 Cantillo (ed.), 1843, I, p. 477, reconoció dos etapas en la actuación política de Wall, hasta la caída de Ensenada la primera, en que "por rivalidad y contradicción a éste sostuvo más de lo que consentía su deber una amistad íntima con el representante británico", y desde entonces una etapa de concienciación de sus responsabilidades y los conflictos con Inglaterra, en que queda neutralizada su afición a los ingleses.
- 89 Newcastle a Wall, 26 enero 1755, B.M., Add. Mss, cit. por Gipson, 1946, p. 643, dice "But, My Dear Friend, You must find some Way to set right This Ensenada Trick in the Bay of Honduras; or, otherwise, We shall not be trusted, & believ'd here; and Your Credit will suffer Every where Your Enemies & Ours, (which, thank God are the Same) give out that Ensenada has still a strong Party at Court and that the will soon return in Triumph. I don't believe one word of it.
- 90 Newcastle a Keene, 27 enero 1755, publ. por Lodge (ed.), 1933, p. 42, dice "our good friend Wall is not able to serve us and himself...Nothing can be so unlucky as the backwardness or refusal of Spain to restore our settlements and subjects, hostilely invaded by Ensenada's orders...it will be

said we compliment Spain, but aim against France, when the conduct of each Court is the same towards us,...We shall be told...that it is equal to England whether General Wall will not, or cannot, help us, that if Ensenada's hostilities take place, it is indifferent to us whether he is in employment or not".

- 91 Abreu a Wall, Londres 13 febrero 1755, leg. 3515 cit. En esta misma carta, Abreu refiere una conversación con Newcastle en la cual se aprecia que el duque reconoce que las pretensiones inglesas están basadas en la "intrusión, costumbre, y practica". Algunas semanas más tarde Newcastle y Robinson insisten en la idea de los pasaportes españoles para el comercio de palo inglés, o si no, en la antigua idea de Clermont de una compañía angloespañola. Abreu a Wall, Londres 10 abril 1755, (minuta), leg. 4273².
- 92 Wall a Newcastle, 5 marzo 1755, B.M. Add. mss. 32853:115-9, cit. por Gipson, 1946, p. 643.
- 93 Proyecto sobre palo de Campeche, y abastecimiento de Negros para la América. Londres 29 septiembre 1755. leg. 3515 cit.
- 94 Id., dice que el gobierno inglés despachó su aprobación de proyecto el 9 de octubre 1755. Véase también Pares, 1936, p. 553. Abreu a Wall, Londres 13 noviembre 1755, (minuta), leg. 4273² cit.
- 95 Cit. por C. Ibáñez de Ibero, El Mediterráneo y la cuestión de Gibraltar, San Sebastián, 1939, p. 34.
- 96 Wall a Abreu, San Lorenzo el Real 15 octubre 1755, (orig.), leg. 4273¹ cit.
- 97 Carta de Duras cit por Gipson, 1946, p. 642, nota 54; y en p. 643, Duras a Rouillé, 7 enero 1755, dice que Wall "est livré à nos ennemis."
- 98 El discurso de Duras ante SS.MM.CC. está en Archives des Affaires Étrangères, Espagne 518: 104-6, cit. por Pares, 1936, p. 646.
- 99 M. Lafuente, 1850-67, XX, p. 354.

- 100 Newcastle a Harrington, 30 agosto 1755, B.M. Add. mss. 32858:352-3, cit por Gipson, 1946, p. 647, dice "As to our War, our Friend Wall does most astonishingly well; They have declared in Form, that the King of Spain will adhere to his Friendship with us, the Queen of Hungary, and the king of Sardinia. wall says, that what Bosowen did in America, was the the Suite of Hostilities begun there by the French; And, that the Repair of the Fortifications of Dunkirk authorized any thing that Hawke may do here".
- 101 Véase arriba p. 40.
- 102 Gómez Molleda, "El Marqués de la Ensenada...", p. 83.
- 103 Wall a Abreu, Madrid 24 febrero 1756, (dos), AHN, Estado, leg. 4270.
- 104 Substance de la depeche que Mr le chevalier d'Abreu a recey de sa Cour en date du 24 de fevrier 1756. Abreu a Wall, Londres 15 marzo 1756 (minuta). Wall a Abreu, Madrid 12 abril 1756, leg. 4270¹ cit.
- 105 Abreu a Wall, Londres 10 y 21 mayo 1756 (minutas), leg. cit., informa de la decisión inglesa y remite una copia de la declaración de guerra.
- 106 Abreu a Wall, Londres 19 octubre, 29 y 30 noviembre y 14 diciembre 1756, (minutas), leg. 4270¹.
- 107 Gipson, 1946, p. 647, anota la importancia de que Pitt no tuviera, como Newcastle, amigos en la Corte española. Palacio Atard, 1950, p. 16, juzga que la dirección de la guerra por Pitt había de ser "decisivamente trascendental... para la marcha de las relaciones angloespañolas".
- 108 Esta definición de contrabando viene en el artículo 24^o del tratado de Madrid de 1667, que está inserto íntegro en el de comercio de Utrecht de 1713. Cántillo (ed.), 1843, I, p. 134.
- 109 Abreu a Wall, Londres 25 agosto 1755, (minuta), leg. 4273² cit.
- 110 Wall a Abreu, Buen Retiro 10 diciembre 1755, (original), leg. cit.

- 111 Abreu a Wall, Londres 5 enero 1756, (minuta), leg. 4270¹ cit.
- 112 Wall a Abreu, Aranjuez 7 junio 1756, (original), leg. 4270 cit.
- 113 El artículo 23º del tratado de 1667, dice así: "En el caso de aprehenderse en los dichos navíos [ingleses o españolas] las mercaderías prohibidas, llamadas de contrabando, que se declaran mas abajo, por los medios sobre-dichos, se sacarán del navío y serán denunciadas y confiscadas ante los jueces del almirantazgo, ú otros competentes; sin que por esta causa el navío y las demás mercaderías libres y permitidas que en él se enocontraren, de ningun modo sean embargadas ni confiscadas". Cantillo (ed.), 1843, I, p. 134.
- 114 Abreu a Wall, Londres 11 julio 1756, (minuta), leg. cit.
- 115 Wall a Abreu, Buen Retiro 28 julio 1756, (original), leg. cit.
- 116 Id.
- 117 Id.
- 118 Id., 11 agosto 1756, (original), leg. cit.
- 119 Fox a Abreu, Whitehall 18 agosto 1756, (original), leg. cit.
- 120 Abreu a Wall, Londres 18 agosto 1756, (minuta), leg. cit. Véase también la de 1 de octubre 1756, (minuta), leg. cit.
- 121 Wall a Abreu, Buen Retiro 10 septiembre 1756, (original), leg. cit.
- 122 Id., 5 octubre 1756, (original), leg. cit.
- 123 Trad. española de la Declaración y órdenes dadas a los oficiales de marina y armadores ingleses el 5 de octubre de 1756, leg. cit.

- 124 Arriaga a los Intendentes de Marina, Madrid 23 noviembre 1756, (copia), AHN, Estado, leg. 4279¹, comunica la inmunidad del pabellón español y de todos los efectos que cubre, a excepción de los de contrabando bélico, respetándolo así Inglaterra y Francia. Wall a Abreu, Buen Retiro 6 diciembre 1756 (original), leg. 4270 cit., da por evacuada la disputa. Abreu a Wall, Londres 14 diciembre 1756, (minuta), leg. cit., dice que William Pitt, en su primera entrevista con él, también opina que la inmunidad del pabellón español está "fundada en equidad y reciprocidad".
- 125 Arriaga a Navarrete, Madrid 10 enero 1756, cit. por Calderón, 1944, p. 165, nota 37.
- 126 Navarrete a Arriaga, Mérida 25 agosto 1756, cit. por Calderon, 1944, pp. 165-6, nota 38.
- 127 Pares, 1936, p. 547.
- 128 Wall a Abreu, Buen Retiro 10 septiembre 1756, (original), leg. 4270 cit.; y Oficio de Abreu, Londres 25 septiembre 1756, (minuta), AHN, Estado, leg. 3515.
- 129 Abreu a Wall, Londres 5 y 12 octubre, y 30 noviembre de 1756, (minutas), legs. 3515 y 4270 cits. En la de 5 de octubre, dice que los ministros ingleses convienen en evacuar el "rio tinto, rio Wallis, y demas parajes usurpados modernamente; pero que los otros establecimientos antiguos anteriores a el tratado de 1670 como son Laguna de terminos, Summa Santa, Isle de triste, del Buey, cabo Catocho etc. no podrian evacuarse preliminarmente". Esto resulta muy confuso, porque los ingleses ya tienen establecimientos en los lugares "antiguos" y sus rancherías más valiosas están precisamente en los lugares que dicen estar dispuestos a evacuar. Es más verosímil que Abreu se ha equivocado al relatar los argumentos ingleses que sin duda serían bastante tortuosos. Pares, 1936, p. 553, dice que los ingleses están dispuestos a evacuar Mosquitia, pero no Belice. Palacio A-tard, 1950, p. 21, califica la distinción como "bien peregrina" e interpreta que como todos los establecimientos existentes en 1757 eran antiguos, excepto el de Rio Tinto, lo que pretendían en realidad los ingleses era que España tolerase su posesión inglesa.

- 130 Wall a Abreu, Buen Retiro 6¹ diciembre 1756, (orig.), leg. 4270 cit.
- 131 Abreu a Wall, Londres 14 diciembre 1756, (minuta), leg. cit.
- 132 Id., 4 enero 1757, (minuta), AHN, Estado, leg. 4275².
- 133 Id., 11 febrero 1757, (minuta), leg. cit.
- 134 Wall a Abreu, Buen Retiro 31 enero 1757, (orig.), leg. 4275¹ cit. Véase también documentos de Arriaga y Wall de 1756-7, publs. por Calderón, 1944, pp. 165-75.
- 135 Abreu a Wall, Londres 8 marzo 1757, (minuta), leg. 4275² cit.
- 136 Id., 20 mayo 1757, (minuta), leg. cit.
- 137 Wall a Abreu, Aranjuez 10 junio 1757, (original), leg. cit.
- 138 Abreu a Pitt, Londres 1 julio 1757, (copia), leg. 3515 cit.
- 139 Abreu a Wall, Londres 15 julio 1757, (minuta), leg. 4275² cit.
- 140 Wall a Abreu, Buen Retiro 1 agosto 1757, (original), leg. 4275¹ cit.
- 141 Id., 13 agosto 1757, (original), leg. cit.
- 142 Abreu a Wall, Londres 19 agosto 1757, (minuta), leg. 4275² cit.
- 143 Id., 9 y 16 septiembre 1757, (minutas), leg. cit.
- 144 Wall a Abreu, San Lorenzo el Real 24 octubre 1757 (original), leg. 4275¹ cit. Abreu a Pitt, Londres 15 noviembre 1757, (copia), leg. 3515 cit.

- 145 Abreu a Wall, Londres 20 mayo 1757, (minuta), 3 Affidavits concerning Depredations upon Spanish Ship, y Extract of a letter from Vice Admiral Townshend to Mr. Cleveland, dated Jamaica 22 nd March 1757 (copias), leg. 4275² cit., (también en AGS, Estado, leg. 6936). Véase también "Extracto de varios insultos de que han dado cuenta algunos Gobernadores de America hechos por Corsarios de la Nacion Inglesa en aquellos Mares" remitido por Wall a Abreu, Buen Retiro 13 agosto 1757, (original), leg. 4275¹ cit.
- 146 Memorandum of the Orders to be sent to America, mayo 1757, leg. cit.
- 147 Wall a Abreu, Aranjuez 10 junio 1757, (original), leg. 4275¹ cit.
- 148 Id.
- 149 Ya antes de declararse formalmente la guerra, Wall a Abreu, Madrid 8 marzo 1756, AHN, Estado, leg. 4270, se queja enérgicamente de que el navío de guerra inglés Experience, capitán Gilchrist, saliera de Cádiz para apresarse un navío francés que intentaba entrar en el puerto. Este caso tiene una solución rápida y favorable, según Wall a Abreu, Madrid 13 abril 1756, leg. cit. Véase también la de 8 junio 1756, leg. cit.
- 150 Abreu a Wall, Londres 11 febrero y 15 julio 1757, (minutas), leg. 4275² cit., y Wall a Abreu, Madrid 17 marzo 1757, leg. 4275¹ cit.
- 151 Id., 6 diciembre 1756, y Abreu a Wall, Londres 28 diciembre 1756, (minuta), leg. cit.
- 152 Abreu a Wall, Londres 4 enero 1757, (minuta), leg. 4275² cit.
- 153 Id., 25 febrero 1757, (minuta), leg. cit., y Wall a Abreu, Madrid 17 marzo 1757, cit.
- 154 Abreu a Wall, Londres 12 abril y 3 mayo 1757, (minutas) con "Extract of Ynstructions to Admiral Osborne", leg. 4275² cit.
- 155 Wall a Abreu, Aranjuez 3 mayo 1757, leg. 4275¹ cit.

- 156 Abreu a Wall, Londres 20 mayo 1757, (minuta), leg. 4275² cit.
- 157 Id., 15, 22 y 29 marzo, 5 y 26 abril, 20 mayo, 15 julio, 2, 9, 16 septiembre 1757, (minutas), leg. cit., y Wall a Abreu, Aranjuez 3 mayo, 13 agosto 1757, leg. 4275¹ cit. Petrie, 1958, pp. 123-4, recoge la versión inglesa de los hechos.
- 158 Wall a Abreu, Aranjuez 11 julio y Buen Retiro 25 julio, 13 agosto, 24 octubre, (original), 1757, leg. 4275¹ cit.
- 159 Abreu a Wall, Londres 2 y 9 septiembre 1757, (minuta), leg. 4275² cit.
- 160 Pitt a los gobernadores y comandantes de América, Whitehall 15 septiembre 1757, (copia), leg. 4275² cit.
- 161 Abreu a Wall, Londres 16 septiembre 1757, (minuta), leg. cit.
- 162 Wall a Abreu, San Lorenzo 24 octubre 1757, (original), leg. 4275¹ cit. Palacio Atard, 1950, p. 23, no parece comulgar con la culpabilidad de Abreu y da a entender que el gobierno es responsable del estado de las relaciones anglo-españolas. En última instancia, qué duda cabe que así sea, pero también es cierto que las cartas escritas por Abreu asombran por su ingenuidad, su falta de objetividad y de inteligente meditación, y su total credibilidad.
- 163 Wall a Abreu, San Lorenzo 24 octubre 1757, cit.
- 164 Louis XV a Tercier, 9 abril 1757, publ. por Boutaric (ed.), Correspondance secrète inédite de Louis XV, sur la politique étrangère...(1752-1775), París, 1886, p. 220.
- 165 Joseph-Henri d'Esparbès de Lussan-Bouchard, mariscal de campo en 1748.
- 166 Instrucciones de Aubeterre, 1757, publ. en Recueil des instructions..., XII bis, Espagne, pp. 325-35.

- 167 Keene a Pitt, 21 abril 1757, publ. por Ibáñez de Ibero, 19 , p. 35.
- 168 Coxe, 1815², IV, p. 186, indudablemente se equivoca al calificar la política española como "a dubious neutrality, which was scarcely less detrimental to England than actual war", para explicar este paso de Pitt.
- 169 Coxe, 1815², IV, p. 196, dice que le costó 3 días a Pitt redactar esta carta, según atestiguó James Rivers, subsecretario de Estado entonces. Fecha la carta (que publica íntegra) en 23 agosto, mientras que Cantillo (ed.), 1843, p. 477, y otros autores españoles, la fechan en 6 septiembre, refiriéndose quizás a la que Keene escribiría a Wall para comunicarle el asunto. Palacio Atard, 1945, p. 42, dice que la oferta inglesa incluye la promesa de establecer al infante don Luis en Italia a expensas de Austria.
- 170 Coxe, 1815, 14, p. 197, afirma que fue informado por el reverendo Harper, quien residió en la casa de Keene en Madrid como capellán y secretario, que Keene leyó la carta de Pitt con gran perturbación, tirando su gorro incluso al suelo y exclamando: "Are they mad on the other side of the water? What can they mean! It is now too late! But I must fulfil my orders whatever may be the consequence".
- 171 Wall a Keene, septiembre 1757, publ. por Cantillo (ed.), 1843, I, p. 480. Coxe, 1815, IV, p. 207 trae una versión inglesa de lo mismo.
- 172 Coxe, 1815, IV, p. 200.
- 173 Keene a Pitt, 26 septiembre. 1757, publ. por Coxe, 1815, IV, p. 200, relata el desarrollo de su entrevista con Wall, quien expone con toda claridad y brevedad su postura al decir, "You know I am a stranger in this country; alone without support or aid from any of my colleagues, whose inclinations, as well as the general bent of the nation, are not, I believe, for entering into a war against France in your favour".
- 174 Lodge (ed.), 1933, p. XXII.
- 175 Coxe, 1815², IV, pp. 209-10.

- 176 Abreu a Wall, Londres 18 y 25 noviembre, 1757, (minutas), leg. 4275² cit.
Pitt a Abreu, Whitehall 29 noviembre 1757, y Abreu a Wall, Londres 2 diciembre 1757, (minutas), leg. 3515 cit.
- 177 Wall a Abreu, Buen Retiro 1 febrero 1758, (original), AHN, Estado, leg. 4279¹.
- 178 Abreu a Wall, Londres 31 marzo y 7 abril 1758, (minutas), leg. 4279² cit.
- 179 Id., 6 y 13 enero, 3 y 24 febrero, 31 marzo, 14 abril, 12 mayo 1758, (minutas), leg. cit.
- 180 Recueil des instructions...., XII bis, Espagne, pp. 322-3.
- 181 Massan, 1811², VI, p. 265, dice que aunque Luis XV quería devolver Menorca a España del modo más noble y leal, el estado de sus finanzas le obligó a proponer que vendería la isla, y además con la condición de la adhesión española al tratado de Versalles. No especifica en qué fecha se hizo esta oferta.
- 182 Lodge (ed.), 1933, p. XXII, considera que esta apelación a la fe católica es peligrosa todavía.
- 183 Wall a Abreu, Buen Retiro 1 febrero 1758, (orig.), leg. 4279¹ cit.
- 184 En febrero otro navío de guerra inglés el Roebuck, capitán Thomas Lynn, apresa un navío español en aguas europeas, llevándolo después a Jamaica. Wall a Abreu, Buen Retiro 27 marzo y Aranjuez 8 mayo 1758, (origs.), leg. 4279¹ cit., y Abreu a Wall, Londres 14 abril 1758 (minuta), leg. 4279² cit. Otro navío inglés dispara contra el navío francés Oriflame que se halla refugiado bajo la bandera española. Wall a Abreu, Buen Retiro 17 abril 1758, (orig.), leg. 4279¹ cit.
- 185 Abreu a Wall, Londres 17 febrero 1758, (minuta), leg. 4279² cit.
- 186 Id., 31 marzo 1758, id.

- 187 Id., 31 marzo 1758, id.; véanse también extractos de cartas de Pedro Ezenarro a Juan Ignacio Ibáñez de Zavala, Bristol 19 mayo 1758, Agustín de Ribas a Juan Ignacio Ibáñez de Zabala, Londres 14 agosto 1758, y Jorxe de Tetigui a Francisco de Goycoechea, Londres 22 agosto 1758, AHN, Estado, leg. 3456¹, y Abreu a Wall, Londres 1 y 22 septiembre 1758, (minutas), leg. 4279² cit.
- 188 Wall a Abreu, Aranjuez 17 julio 1758, (orig.), leg. 4279¹ cit.
- 189 Id., 31 julio 1758, (orig.), leg. cit.
- 190 Abreu a Wall, Londres 25 agosto 1758, (minuta), leg. 4279² cit.
- 191 Wall a Abreu, Villaviciosa 25 septiembre y 2 octubre 1758, (origs.), leg. 4279¹ cit., manda al embajador seguir pasando oficios y quejándose ante los ministros ingleses, pero que por ahora no se puede pensar en hacer nada más.
- 192 Informe sobre las disputas entre Inglaterra y España por José de la Quintana, Madrid 5 diciembre 1738, (copia), AGN, Estado, leg. 7632.
- 193 Poco antes, en el año 1697, Francia pretendió impedir la pesca española en Terranova, pero ante las protestas y enérgicas gestiones emprendidas, reconoció de nuevo al año siguiente el derecho español.
- 194 El Tratado preliminar entre España e Inglaterra, Madrid 27 marzo 1713, publicado por Cantillo (ed.), 1843, I, pp. 70-5, dice en su artículo 20º: "Su Majestad británica promete que mantendrá á los Guipuzcoanos y á los demás súbditos de su Majestad católica en todos sus derechos de cualquier naturaleza que sean, y en la libertad en que han estado hasta ahora de la pesca de ballena y de abadejo de Terranova". Esto ya es bastante susceptible de maliciosas interpretaciones, pero la cláusula del tratado definitivo de paz firmado en Utrecht 13 julio 1713 que corresponde al tema, dice en su artículo 15º (p. 80), "Y porque por parte de España se insta sobre que á los vizcaínos y otros súbditos de su Majestad católica les pertenece cierto derecho de pescar en la isla de Terranova, consiente y conviene su Majestad británica que á los vizcaínos y otros pueblos de España

se les conserve ilesos todos los privilegios que puedan con derecho reclamar."

- 195 Sobre esto véase el trabajo de Palacio Atard "Los vascongados y la pesca de Terranova: Las gestiones del Marqués de Monteleón en Londres, 1716-1717", Anuario de Estudios Hispano Americanos I, Sevilla, 1944, pp.723-39.
- 196 El artículo 2º del tratado de paz entre España e Inglaterra, Madrid 13 junio 1721, se limita a confirmar los tratados de Utrecht, subrayando la obligación de SMB de expedir órdenes "para el cumplimiento de todo lo convenido y ajustado entre las dos coronas en los expresados tratados de Utrecht, y con especialidad en lo que no hubiere puesto en ejecución de lo reglado en los artículos 8º, 9º, y 15º del tratado de paz, que hablan... sobre la pesca del bacalao en los mares de Terranova", publ. por Cantillo, (ed.), 1843, I, p. 199. Palacio Atard, 1950, p. 28 juzga no obstante que esto constituye un "reconocimiento explícito del derecho de los vascos".
- 197 Informe de Quintana, Madrid 5 diciembre 1738, cit. y el conde del Montijo a Sebastián de la Quadra, Madrid 20 marzo 1739, (copia), AGS, Estado, leg. 7632.
- 198 Wall a Abreu, Aranjuez 3 julio 1758, (original), leg. 4279¹ cit.
- 199 Id., y Abreu a Wall, Londres 13 junio 1758, (minuta), leg. 4279² cit.
- 200 Wall a Abreu, Aranjuez 3 julio 1758, cit., y Abreu a Pitt, Londres 16 junio 1758, (copia), leg. 3515 cit.
- 201 Abreu a Wall, Londres 16 junio 1758, (minuta), leg. 4279² cit.
- 202 Id., 30 junio 1758, (minuta), y también 23 junio y 14 julio 1758, (minutas), leg. cit.
- 203 Id., 28 julio y 4 agosto 1758, (minutas), leg. cit., y Wall a Abreu, Aranjuez 10 y 17 julio, 7 agosto, 1758, (origs.), leg. 4279¹ cit.

- 204 Pitt a Abreu, Whitehall 11 agosto 1758, (orig.), leg. 3515 cit., y Abreu a Wall, Londres 11 agosto 1758, (minutas), leg. 4279² cit.
- 205 Abreu a Wall, Londres 8 y 29 septiembre 1758, (minutas), leg. 4279² cit.
- 206 Wall a Abreu, Aranjuez 24 y 31 julio 7 y 14 agosto, y Villaviciosa 28 agosto 1758, (origs.), leg. 4279¹ cit., repite que la enfermedad y muerte de la reina no permiten tratar de los negocios de Estado. En otra de 2 octubre 1758, (orig.), leg. cit., lamenta que por ahora no hay modo de remediar los abusos cometidos por los ingleses.
- 207 Wall a Abreu, Villaviciosa 25 septiembre, 2 octubre y 4 diciembre 1758 y 15 enero, 19 marzo, 9 y 23 julio 1759, (origs.), leg. 4279¹ cit.
- 208 Abreu a Wall, Londres 1, 8 y 29 septiembre, 6, 13, 20 y 31 octubre, 24 noviembre, 22 diciembre 1758, y 12 enero, 1 y 15 junio 1759, (minutas), leg. 4279² cit.
- 209 Id., 1 septiembre 1758 y 15 junio 1759, cit.; Pares 1936, p. 565.
- 210 Pares, 1936, p. 559, reconoce la suma importancia que tiene este año de paralización de gobierno español para Inglaterra.
- 211 Véase Palacio Atard, El Tercer Pacto de Familia, Madrid, 1945, pp. 23-34.

CAPITULO X

LA PREOCUPACION AMERICANA EN LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA, 1739-59. PANORAMA
Y CONCLUSIONES.

Las causas de la guerra de 1739: la maduración y dinámica de América, la política española del siglo XVIII, las ideas de Felipe V e Isabel de Farnesio; y Villarias y los demás ministros. La política inglesa; la Compañía del asiento; los comerciantes y la oposición parlamentaria. Las agrupaciones políticas españolas y la lucha de "partidos" en 1746-47 en torno a la política exterior.

Fernando VI y Bárbara de Braganza.

Huésca y Carvajal: sus relaciones y sus ideas sobre América; alianzas y neutralidad; guerra y potencia bélica; y política pacifista y regeneración económica de España.

Evaluación de los tratados de paz; de comercio; de límites; y de la política de neutralidad fernandina.

LA PREOCUPACION AMERICANA EN LA DIPLOMACIA ESPAÑOLA, 1739-59: PANORAMA Y CONCLUSIONES.

Durante el siglo XVIII las relaciones entre las potencias atlánticas de Europa se ven afectadas de modo creciente por diferentes áreas y motivos de fricción que se van definiendo en América. España, como principal interesada en los destinos de América, por fuerza ha de ocuparse del desarrollo de estos conflictos americanos, en que está llamada a participar activamente.

Las causas de la guerra de 1739 son a la vez complejas y sencillas, profundas y triviales, pero se pueden distinguir tres niveles o tiempos del acontecer histórico, cuyas circunstancias van señalando o convergiendo en este desenlace.

A largo plazo es la propia dinámica americana la causa del enfrentamiento entre las potencias coloniales. Desde el Descubrimiento de América, la colonización de sus territorios ha proseguido sin descanso y en muchas direcciones, hasta que en el siglo XVIII el Nuevo Mundo entra en una fase de maduración en que se empiezan a definir con claridad sus propios intereses y necesidades. Entonces los conflictos entre europeos por territorios, comercio y recursos americanos, vienen a ser complicados e incluso promovidos por las actividades y ambiciones de los mismos americanos.

Llegado el siglo XVIII América parece empequeñecerse, pues las fronteras se aproximan las unas a las otras, y van quedando menos espacios vacíos entre las colonias de las diferentes potencias europeas. En América del Sur los conflictos fronterizos hispanoportugueses se han convertido en el cuento de nunca acabar, y también hay que tener en cuenta las agresiones partidas de la colonia holandesa de Surinam contra las misiones españolas del Orinoco. En la América Septentrional las fronteras terrestres de Florida se resienten del empuje de los ingleses desde el norte y de los franceses desde el oeste, mientras que el expansionismo francés se deja sentir también al oeste del Misisipi, en Tejas. Los ingleses pretenden consolidar sus establecimientos de leñadores en la América Central, y en el mundo antillano riñen con los franceses por la posesión de las últimas cuatro islas de alguna importancia. Incluso en la isla compartida de Santo Domingo no hay sosiego, y las autoridades españolas constatan el

avance francés.

Casi todas las costas americanas accesibles a la navegación y aptas para el asentamiento han sido ocupadas, y al menos en las colonias inglesas del norte, donde la población es relativamente densa y la economía abrumadoramente agrícola, existe una clara conciencia de la necesidad y del afán de tierras y más tierras cultivables, ahora y para el próximo futuro. Así es que la vocación expansionista de estas colonias refuerza e incluso sobrepasa las ambiciones imperialistas de su gobierno metropolitano, precipitando conflictos que forzosamente han de condicionar la diplomacia europea.

Por otra parte, las luchas entabladas en torno al comercio americano constituyen un fiel reflejo de la maduración de unos mercados codiciadísimos, así como de unas relaciones y rutas comerciales genuinamente americanas. Las potencias europeas ven riquezas en el comercio colonial, y sobre todo en el de las Indias españolas, y a los ojos de todos, esas riquezas representan el poder. El contrabando se hace endémico en toda América, pero junto con los navíos procedentes de Europa, navegan navíos americanos, estableciendo contactos más o menos permanentes, creando rutas y amistades interamericanas, incluso buscando y cumpliendo contratos comerciales que los gobiernos metropolitanos no tendrían que ver con buenos ojos, puesto que en definitiva el comercio ilícito interamericano tiende a fomentar cierta independencia económica y mental.

Los excesos de todo tipo cometidos en relación con este comercio ilustran de nuevo una dinámica americana independiente que los gobiernos metropolitanos, aunque quisiesen, difícilmente podrían controlar o frenar.

En fin, la competición por los recursos disponibles en América también enfrenta a cada nación con las demás, y a las colonias con los diferentes gobiernos metropolitanos, incluido a veces el suyo propio. Los recursos humanos codiciados son evidentemente los esclavos, sean negros o indios. La casa de esclavos de una potencia rival o enemiga, o siquiera vecina, responde a una urgente demanda de mano de obra en las colonias americanas, especialmente en las plantaciones inglesas y algo menos en las portuguesas. La política española resulta más sutil y atractiva, aunque probablemente menos eficaz, pues la atracción de esclavos fugitivos mediante la promesa de libertad difícilmente puede afectar a elevados números de personas.

Los recursos materiales más disputados, aparte de la tierra misma, son el palo de tinte y el bacalao. Para el siglo XVIII, ambos productos están firme-

mente colavados como necesidades en las economías domésticas inglesa y española, y los conflictos que originan constituyen otros claros ejemplos de cómo, tras siglos de íntimas relaciones entre Europa y América, los problemas americanos han llegado a ser principal cuidado de la diplomacia europea.

En resumen, después de dos centurias de predominio de influencias europeas en América, la maduración americana empieza a dejarse sentir en Europa. El flujo de ideas, acontecimientos, conflictos y problemas, a través del Atlántico, ya tiene una doble dirección y las influencias americanas sobre todos los aspectos de la vida europea, y especialmente sobre la diplomacia, van en aumento a lo largo de este último siglo de la edad moderna. América tiene su propia dinámica, que arrastra las potencias coloniales al conflicto, y en último término a la guerra, primero entre las diferentes naciones y luego inevitablemente entre las colonias y sus respectivos gobiernos metropolitanos.

Un segundo nivel o tiempo del acontecer histórico puede ser identificado, al menos en España, concretamente con el siglo XVIII, en que una nueva vitalidad parece afectar a los dirigentes del país.

En la España dieciochesca los soberanos eran considerados como los depositarios de un poder político absoluto, y por lo tanto emanaba de ellos en última instancia la dirección del gobierno nacional. Ahora bien, en la práctica el alcance de la autoridad real venía condicionada por muchos factores, y entonces dependía grandemente de sus cualidades personales la medida de sus actividades políticas. No obstante, incluso cuando los reyes demostraron una falta de capacidad o de inclinación para asumir la abrumadora tarea de dirigir toda la política del país, era necesario contar siempre con ellos, con su autoridad, para legitimizar cualquier medida gubernamental. Así es que mientras los reyes podían confiar en sus ministros y consejeros, cuyos pensamientos evidentemente influían en las decisiones reales, al mismo tiempo se mostraban celosos de su autoridad y aun en sus momentos más débiles les era dable dictar con entera independencia la política a seguir. En resumen, la política española podía ser concebida y desarrollada bien por los reyes, bien por sus ministros, pero siempre requería el respaldo de la autoridad real.

Diversas circunstancias condicionaban la actuación de Felipe V al frente del gobierno español. En primer lugar era un Borbón, cuyos lazos familiares y temprana formación francesa representaban huellas indelebles de enorme significado para su país de adopción. Este rey era un absolutista culto de estilo

francés quien puso en movimiento la serie de reformas administrativas y económicas que se sucedieron a lo largo del siglo, y que estaban destinadas a fortalecer el poder central mediante la unificación del país.

Este reformismo borbónico afectaba, en su vertiente económica, las relaciones españolas con las demás naciones y especialmente con Inglaterra y Francia, las cuales mantenían un importante comercio - lícito o no - con los dominios españoles. En efecto, la política económica seguida por Felipe V tendía a reforzar los principios de un mercantilismo puro, cuyas consecuencias cara a las demás potencias rivales son bien conocidas. Prohibiciones, restricciones, tarifas y castigos llovían sobre las cabezas de los comerciantes extranjeros que acostumbraban a tratar con los españoles, y como todas las naciones pretendían alcanzar una balanza comercial favorable, a expensas de las demás, el conflicto se hacía inevitable.

El borbonismo de Felipe en un principio inclinaba su ánimo hacia la amistad con Francia, pero los repetidos desengaños sufridos, sobre todo en la política exterior, acabaron por amargar sus sentimientos e inducir en él un resentimiento casi visceral por lo que él consideraba las traiciones francesas. A partir de la guerra de sucesión Felipe V protestó enérgicamente contra el comercio ilícito francés en las costas pacíficas de la América española, y tomó medidas contra la expansión francesa en la Luisiana. Luego, tras muchas vicisitudes diplomáticas que dejaron muy maltrechas las relaciones hispano-francesas, la mercenaria exigencia francesa de privilegios comerciales a cambio de su alianza contra Inglaterra en 1739 acabó de confirmar que el borbonismo no era ni podía ser un sólido fundamento de la diplomacia española, sino en cuanto coincidía con los verdaderos y reconocidos intereses de ambos países. Así es que cuando por fin se concluyó el segundo "pacto de familia" en 1743, no sólo no obtuvo Francia el tratado comercial que codiciaba, sino que España logró recabar el apoyo francés para las pretensiones españolas así contra Inglaterra como contra Austria.

Todo ello nos está señalando un segundo rasgo de la política exterior de Felipe V: su españolismo. Era el rey de España, y como tal su primer deber era defender la integridad territorial de sus dominios. Ello le condujo a una postura irredentista respecto de los desmembramientos del Imperio efectuados en Utrecht, y a una postura de resistencia a la posibilidad de nuevas pérdidas,

especialmente en América. Para Felipe V, las Indias formaban parte del Estado español, parte de la grandesa española, y por tanto eran intocables y debían ser defendidas a ultranza, sin hacer concesiones de ningún tipo y abrazando la guerra abierta si fuera necesario.

Empero, además de Borbón y español, era Felipe V marido y padre, con lo cual sentía el deber y el deseo de defender los intereses y derechos de su esposa Isabel de Farnesio en Italia, así como de hallar establecimientos dignos e independientes para todos sus hijos. Por otra parte, las pretensiones españolas en la península Itálica encajaban con el irredentismo surgido de Utrecht, y también con la larga tradición aragonesa de intervención en todo el ámbito mediterráneo.

En fin, Felipe V tenía un desafortunado temperamento débil, depresivo, y vacilante. Sufría agudos ataques de melancolía que le llevaban al borde de la locura. Las únicas ocasiones en que parecía hacer honor a su sobrenombre de "El Animoso", tomando interés y preocupándose por los negocios de Estado, eran los momentos de peligro exterior. Las guerras, en definitiva, le devolvían sus facultades mentales, y en esta medida cabe sugerir que Felipe V tenía tendencia al belicismo.

El carácter del rey contrastaba fuertemente con el de su esposa la reina Isabel. Esta mujer era decidida, autoritaria, inteligente y bastante egoísta, de manera que dominaba con habilidad la voluntad del rey, logrando encausar la diplomacia española de acuerdo con sus propios intereses más inmediatos. Estos intereses estaban centrados en el futuro de sus hijos los infantes Carlos, Felipe y Luis, para quienes quería conseguir Estados en Italia, donde por lo demás ella tenía legítimos derechos de sucesión. Este afán de la reina Isabel, pues, informaba toda la política exterior española, e impuso un marcado predominio de la preocupación italiana y mediterránea a través de las diferentes etapas del reinado de Felipe V.²

No obstante, como esposa y reina Isabel sentía el deber, y sobre todo la necesidad, de sostener la autoridad, el prestigio y las fuerzas de Felipe V, así como en última instancia de España. En realidad, ella pretendía siempre servirse de los recursos y del poder de España para ganar sus objetivos en el concierto internacional. Vivió en un siglo notable por sus guerras de sucesión, y ella sin duda no percibió diferencia alguna ni reproche posible en sus propias pretensiones.

El caso es que para alcanzar sus metas, la reina tenía que actuar a través de la autoridad y la voluntad del rey, logrando identificar, confundir o combinar con sus deseos los intereses de Felipe V y de España. Por eso tuvo que ingeniarse la vuelta de Felipe V al trono después de su abdicación y la temprana muerte del rey Luis I. Por eso también intentaba explotar el lazo borbónico, ya mediante el primer "pacto de familia" de 1733 y los enlaces del infante Felipe con la princesa francesa Luisa Isabel y de la infanta María Teresa con el delfín Luis, ya mediante la alternancia de salameiras, airadas protestas, amargas acusaciones y heroicos desafíos, enunciados siempre con el máximo efecto teatral al embajador francés de turno. En definitiva Isabel de Farnesio defendía la autoridad de Felipe V y la alianza francesa, no por el bien que podrían reportar a España sino para asegurar aumentar los recursos a su disposición en favor de su propia política.

Bajo este punto de vista pues, enfocaba Isabel el gobierno de España y sus Indias. España debía ser poderosa, incluso temible, y América debía contribuir al poderío español con la aportación de riquezas. América, pues, no era ni más ni menos que una estimable fuente de riqueza y de poder, que por lo tanto había que defender de modo intransigente contra las agresiones e infiltraciones extranjeras. En resumen, para Isabel de Farnesio la preocupación americana constituía sólo un aspecto secundario de su política, y como ella llevaba la vez cantante, imprimió esta misma actitud e inclinación a toda la política exterior española.

Con una reina de este talante, los ministros españoles no podían hacer más que ejecutar, o como muy mucho interpretar y ensanchar ligeramente, los designios reales. José Patiño fue un ministro excepcional en cuanto que procuró enganchar los intereses de la reina dentro de una política mediterránea coherente y más acorde con las necesidades de la nación española,³ pero en la época que nos ocupa, Patiño ya había pasado a mejor vida y el principal ministro era Sebastián de la Cuadra, marqués de Villarias.⁴

Era éste un hombre tímido y sumamente irresoluto, y por lo visto bastante ingenuo, pero era honrado, trabajador y escrupuloso. No tenía nada de malicioso ni de torcido, pero su falta de carácter y de visión le dejaban entera y firmemente sujeto a los mandatos de Isabel de Farnesio.⁵

El inglés Benjamín Keene, buen conocedor de España y de los personajes principales de la Corte, describió con claridad el papel desempeñado por Villarias en el gobierno español. "Hará Quadra consistir todo su mérito en la sumisión a la voluntad soberana, sin aconsejar a los Reyes que tomen tal o cual medida y sin responder del menor contratiempo. Tanto miedo tiene de comprometerse cuando habla, que ni siquiera dice las cosas que quisiera decir; creería revelar a un ministro extranjero los secretos más importantes de gobierno, si oíase el punto de donde llegase un correo que acaba de recibir. Por lo demás, pasa por hombre muy de bien, no profesa más amor a un país que a otro, ni tiene secretos pensamientos para dar a los negocios otra interpretación que la natural. Será calmoso en las resoluciones y pedirá informes y dictámenes en abundancia, hasta para el negocio más trivial de comercio".⁶ En esta última suposición acertó Keene de lleno, pues Villarias procuró suplir y encubrir su propia falta de ideas y de determinación, remitiéndose siempre para todos los asuntos de gobierno a las consultas y opiniones oficiales de otros ministros y consejeros. El engorroso y lento sistema de las consultas cayó en desuso mientras Patiño era secretario de Estado, pero Villarias optó por resucitarlo, creando Juntas especiales para entender en diferentes negocios. Así es que la Junta de la Nueva Georgia se formó para informar y dictaminar sobre las disputas con Inglaterra y la mayoría de sus miembros.⁷ José de la Quintana, Andrés González de Barcia, José de Laisequilla, y el conde Montijo, compartían un mismo punto de vista, por lo demás con que Villarias invariablemente se identificaba.

De los escritos de estos consejeros⁸ se desprende en primer lugar una marcada actitud legalista ante la historia de la presencia europea en América, apelando siempre a los tratados internacionales y argumentos legales como base de los derechos españoles sobre sus dominios americanos.⁹ Se trata de una postura utópica que atiende más a los pretendidos derechos que a los hechos reales, de manera que haciendo caso omiso de la realidad, de las posesiones logradas por otras potencias por la fuerza, y de la falta de recursos en España, se tiene presente sólo la legalidad, la "justicia" según la entienden los ministros españoles.¹⁰

Miran hacia atrás, en vez de hacia el futuro, y así sólo se fijan en las pérdidas consumadas sin apenas percibir las amenazas que se van cerniendo sobre lo que queda del Imperio. Por eso sus criterios de selección de objetivos

diplomáticos son desfasados e inflexibles, y la diplomacia que propugnan resulta anacrónica porque está completamente dominada por un irredentismo utópico. En ningún momento se admiten compromisos, arreglos ni concesiones respecto de lo que se consideran usurpaciones y violaciones extranjeras de la integridad territorial y comercial de las Indias españolas, pero no sólo se piensa en defender los dominios que todavía pertenecen indiscutiblemente a España, sino que se pretende recuperar todos los territorios ocupados por otras potencias.¹¹

Solamente así se explica la falta de verdaderos deseos de negociar sobre los conflictos americanos, que se evidencia en la diplomacia española en estos años. Esta actitud negativa se manifiesta además en la tendencia a recomendar y confiar en una política prohibitiva y punitiva respecto de las intromisiones extranjeras en la América española, al mismo tiempo que aun en vísperas de la ruptura y sabiendo que la guerra es inminente, se sigue apelando a la razón, o mejor dicho a una razón particular y anticuada, queriendo imponer las propias interpretaciones de los tratados, sin cotejar sus pretensiones con sus posibilidades reales y sin entrar desde luego en las concesiones que son el alma de las negociaciones diplomáticas. Concretamente en lo referente a los tratados internacionales es preciso reconocer que las interpretaciones españolas se aproximan más que las inglesas a su espíritu y verdadero sentido, pero su letra confunde la intención original, dando lugar a equívocos que sirven de pretexto y de justificación para los atropellos de la fuerza y del hecho consumado. Los ministros y consejeros españoles, sin embargo, se mantienen imperturbables, defendiendo su débil razón contra la fuerza de la realidad.

Se trata, en definitiva, de una política de resistencia a ultranza ante las agresiones extranjeras pero sin previsión, pese a lo cual los consejeros se muestran confiados en todo momento de la capacidad española no sólo para defenderse eficazmente en una guerra, sino incluso para infligir graves daños al enemigo.¹² Los españoles no buscan la guerra contra Inglaterra en 1739, pero tampoco la rehuyen, ni piensan en conservar la paz renunciando a alguna de sus pretensiones menos viables, como por ejemplo el territorio de Georgia. Es probable que en 1739 no hubiera servido de nada semejante renuncia, porque el belicismo de los ingleses obedece a otros móviles y está ya demasiado avanzado para ser frenado, y en esta medida resulta comprensible la actitud española, pero en cualquier caso delata que el pacifismo español es bastante superficial y pasivo.

Si la maduración del mundo americano y la política reformista e irredentista de la España dieciochesca hicieron probable que estallara un conflicto armado en América fue sin embargo el desarrollo de la política inglesa lo que determinó que la ruptura se produjera de hecho, más o menos cuando ocurrió. En Inglaterra llevaba la dirección del gobierno desde hacía muchos años el pacifista Robert Walpole, pero el régimen parlamentario inglés nutría las ambiciones de individuos y facciones, a la vez que les ofrecía cauces y oportunidades para realizarlas. La oposición política a Walpole había empezado a cristalizarse ya desde 1723, y a partir de 1736 ganaba fuerzas ostensiblemente. Era hora de un relevo en el poder, y una guerra contra España resultaba ser el medio más expedito para precipitar la caída de Walpole.

Durante estos mismos años de consolidación de una oposición parlamentaria al gobierno de Walpole, los comerciantes e imperialistas ingleses iban sintiendo y quejándose de sus motivos de discordias con los gobernantes españoles. La visita y el apresamiento de los navíos ingleses por los guardacostas españoles en América, con los desmanes que solían acompañar tales prácticas, y la amenaza de expulsión constantemente padecida por los leñadores centroamericanos y los colonos de Georgia, alarmaban a los ingleses interesados, tanto más cuanto que el gobierno español empezó a justificar su política y afirmar su voluntad de mantenerla.

No fue un paso difícil ni sorprendente hacia la alianza de la oposición política y los grupos de comerciantes con intereses en América. Había incluso un factor de fondo que les unía y empeñaba en una guerra contra España: el antiborbonismo. Por rivalidad política y económica, ambos grupos reconocían en Francia el mayor enemigo de Inglaterra, y además estaban firmemente convencidos de que las potencias borbónicas estaban unidas para combatir el poderío inglés. Veían con temor los progresos del comercio francés en España, y muchos creían no sólo que los franceses lucharían al lado de los españoles en una guerra contra Inglaterra, sino que el propósito ulterior de provocar la ruptura con España era forzar el enfrentamiento anglofrancés que consideraban como inevitable.

Así pues en Inglaterra se unieron los políticos imperialistas y de la oposición y los comerciantes contra Walpole, contra España, y en última instancia con Francia, codiciando los unos el poder personal y los otros una mayor libertad para la agresiva persecución de sus propios intereses en toda América.

Entretanto el gobierno del momento procura capear el temporal donde una postura francamente pacifista. Su papel de moderador entre las exigencias de la opinión pública inglesa y el rígido irredentismo español resultaba poco enviable pues cosechó acusaciones y repulsas de ambos lados, sin lograr al fin conciliar los ánimos, pese a sus valientes, tesoneros y sinceros esfuerzos a favor de la negociación pacífica de una solución. Además, la tensión acabó dividiendo el ministerio inglés, en perjuicio del mantenimiento de una postura única y firme, pues el duque de Newcastle, entre otros, siguió los dictados de su ambición personal y abrazó al fin el felicismo prevalente, deslumbrado por la retórica patriótica de una propaganda que prometía grandes conquistas en América y enormes beneficios comerciales de la guerra contra España. En consecuencia, el gobierno inglés se vio inexorablemente empujado por las fuerzas contrarias hacia la guerra.

Los motivos de conflicto entre España e Inglaterra que más se comentaban justo antes de la ruptura eran los derechos de navegación, visita y confiscación - que por considerarse los ingleses las víctimas se convirtió en tema favorito de la propaganda y prioritario de la diplomacia inglesa -, y la creación de la nueva colonia de Georgia - que por considerarse los españoles los agredidos se convirtió en preocupación prioritaria de la diplomacia española -. Unos y otros procuraban minimizar la importancia del conflicto en que de hecho tenían mayor fuerza, contestando a las airadas protestas del contrario con moderación. Los españoles en efecto podían hostigar la navegación angloamericana, y los ingleses podían asegurar su posesión de Georgia, sin que cupiera otra reacción que sufrirlo y protestar; a menos que se quisiese provocar una guerra, autorizando los unos una expedición de expulsión contra los colonos de Georgia, o los otros represalias contra la navegación española. Ahora bien, sintiéndose ambas naciones al mismo tiempo víctimas de la agresión enemiga, y teniendo en cuenta el belicismo imperante en Inglaterra así como el indiferente pacifismo español, sólo hacía falta una pequeña chispa para consumir la ruptura.

De este modo llegamos a las causas inmediatas de la guerra de 1739, los incidentes que precipitan precisamente en el verano y otoño de 1739 aquel conflicto armado. Ello nos lleva a considerar el papel representado por la Compañía del Asiento. Las disputas entre la dirección de esta Compañía, más o menos secundada por el gobierno inglés, y la corona española agriaron las relaciones

entre los dos países desde el principio. España nunca quiso conceder el asiento a Inglaterra, e hizo todo lo posible por obstaculizar su disfrute, mientras que los directores y factores de la Compañía procuraban sacar el máximo provecho personal de sus inmejorables oportunidades para practicar el comercio ilícito en las Indias españolas. Según pasaba el tiempo y se enconaban las posturas, se hicieron cada vez más enmarañadas y resentidas las discusiones en torno al asiento, y no era ningún secreto que España quería acabar con él.

Ahora bien, la Compañía también había actuado de freno ante los deseos de represalias contra España que manifestaban los comerciantes angloamericanos, porque sabía que sus vulnerables bienes y empleados serían los primeros en experimentar la reacción española a semejantes represalias. Por esto y por otros motivos la Compañía se había visto más de una vez atacada por los demás comerciantes ingleses, y no parece que hicieran causa común contra España en vísperas de la guerra, sino que más bien parece que los problemas de la Compañía fueron olvidados o incluso despreciados tanto por los belicistas como por Walpole, quien aunque no podía obligar a la Compañía a pagar el dinero reclamado por Felipe V, bien que quería, sin importarle demasiado la justicia de sus razones, que lo pagase. Desde luego que a todo esto el gobierno español intentaba por todos los medios aprovechar las situaciones de límite para forzar la Compañía a pagar sus deudas para con Felipe V.

Sin embargo las disputas sobre el asiento inglés no llevaban camino de precipitar una guerra por sí solas, pues lo suyo eran las inacabables negociaciones sobre cuentas, órdulas, pagos, restituciones y demás menudencias, hasta la liquidación del asiento por agotamiento y el transcurso del tiempo. Lo que depuró a la Compañía un papel protagonista en los sucesos que llevaron a la guerra, fue la táctica española de mezclar las disputas del asiento en la negociación sobre presas, pretendiendo que la Compañía pagase sus deudas a la Corona Española, como condición de que España hiciese efectivo su pago de indemnización a los armadores y comerciantes ingleses interesados en las presas indebidamente efectuadas por los guardacostas españoles, y bajo pena de total suspensión de los privilegios del asiento si no paga la Compañía ese dinero.

La convención del Pardo no resolvía ni podía resolver las graves disputas que enfrentaban a Inglaterra y España en 1739, pero era una tregua que otros hombres quizás habrían aprovechado más lealmente para conservar la paz. El caso es que la Compañía no quiso pagar nada sin alguna garantía de obtener sus pro-

pias reclamaciones, y en consecuencia obligó al gobierno español a buscar el dinero en efectivo. Semejante paso les repugnaba, y la permanencia de la escuadra de Haddock en las costas españolas, en virtud de la contraorden de Newcastle, fue tomada en España por lo que era en efecto - una amenaza abierta de emplear la fuerza -, de manera que se aprovechó el insulto para justificar la negativa condicional española de pagar el dinero; y quedó así incumplida la malhadada convención del Fardo, dejando paso a las armas.

Para España la guerra americana se planteó como esencialmente defensiva desde el principio. Se trataba por un lado de defender las plazas estratégicas más vitales con el fin de proteger los centros neurálgicos del Imperio, y por otro lado de mantener una escuadra vigente en las aguas antillanas para asegurar las comunicaciones entre los diferentes puntos del Imperio y con España, pensando en la posibilidad de reforzar por mar las plazas más amenazadas, así como en llevar órdenes de España a los gobernadores americanos, e información y caudales de América a España. Una nota más agresiva venía dada por los corsarios particulares, de quienes se esperaba que infligirían grandes pérdidas al comercio inglés.

Al poco tiempo se confirmó aun más el carácter defensivo de la guerra oficial que hacía España en América, a causa de la muerte del emperador Carlos VI. Las posibilidades que este acontecimiento abría en Italia para los hijos de Isabel de Farnesio acabaron por alterar por completo la dirección de las preocupaciones bélicas españolas. Los caudales de América, traídos con tanto cuidado y esfuerzo a España, sirvieron para financiar las campañas militares en Italia, y el pacto de familia concluido en 1743 daba la misma importancia a los objetivos italianos que a los problemas americanos. En realidad la preocupación americana en la diplomacia española de 1739 a 1746 no fue debida a una meditación detenida que surgió como respuesta, más bien reaccionaria, a las agresiones inglesas.

La guerra en América transcurrió con algunos sobresaltos pero sin grandes pérdidas permanentes para España. La toma de Portobelo por el almirante Vernon fue un duro golpe moral, y significó el fin del agonizante sistema de flotas y ferias, pero los ingleses no retuvieron esta plaza y la extensión del sistema de registros sueltos sin duda iba en beneficio del comercio hispanoamericano. Por lo demás, en la defensa de Cartagena se salvó el honor de las armas

españolas junto con la plaza, pero sólo porque la indefensión material de ésta (como de todas las plazas españolas) y los desacuerdos entre sus comandantes, fueron superados todavía las rencillas e indecisiones de los ingleses junto con las epidemias padecidas por sus tropas.

Las demás operaciones bélicas no obtuvieron ni pena ni gloria, pero suerte para España que el final de la guerra no permitió a los ingleses cosechar los beneficios de la destrucción en 1748 de la armada española de La Habana.

Ya antes de la muerte de Felipe V, el gobierno español intentó sondear las posibilidades de restablecer la paz con Inglaterra, pero la desaparición de este monarca y la consiguiente desautorización de Isabel de Farnesio desencadenaron una reñida lucha por el poder en la Corte española.

En la España del siglo XVIII no existían verdaderos partidos políticos, formados en torno a una ideología, una disciplina y un programa de gobierno, sino que surgían coyunturalmente facciones o grupúsculos políticos que aparte de la común y elemental ambición del poder, apenas si compartían algunos intereses o proyectos de gobierno. Desde el mismo advenimiento de Felipe V al trono español existieron estos "partidos" políticos, como queda de sobra evidenciado por el carácter de guerra civil que revistió la guerra de sucesión española. Entonces y en las primeras décadas de este reinado se distinguían los "austriacos" de la vieja Corte, - nobles dirigidos por los Grandes de España como los Osorio, los Acuña, los Giron, los Bedmar y el marqués de Miraval-, de los advenedizos "franceses" de la nueva Corte borbónica. Aquellos se consideraban "españoles puros" o castizos, y en definitiva formaban un "partido" reaccionario, tradicionalista y antirreformista, contrario a las influencias francesas por una parte y a los funcionarios de la nueva burocracia, cuyo estrato social no era quizás tan preclaro pero quienes apartaban a los nobles del poder político, por otra parte. Los "españoles" castizos lograron imponerse durante el fugaz reinado de Luis I, en cuya Corte se restablecieron las viejas etiquetas austriacas, pero al morir este joven rey, Isabel de Farnesio se sirvió de la ayuda de los "franceses" y del nuevo embajador galo, mariscal de Tessé, para conseguir el regreso de Felipe V al trono.¹³

Desde entonces prevalecieron los grupos o personas favorables o útiles para la política de la reina: los "favoritos" italianos, como el marqués de Sootti y Laura Piscatori¹⁴ y los "visoainos", que eran los burócratas de carrera

de extracción vasco-navarro-asturiana, como Villarias o Carlos de Arizaga.¹⁵ Los vascos y sus vecinos tenían una larga historia de servicio en la burocracia estatal, y no parece que tuviesen otro objetivo que conservar sus propios puestos sirviendo la política de quien fuera que dirigiese el gobierno en cada momento.

El "partido español" naturalmente quedaba en la oposición, o mejor dicho a la espera, reunido en torno al príncipe heredero Fernando, por lo que también vinieron en llamarse los "fernandinos".

Ahora bien, para mediados del siglo destacaban del "partido español" dos hombres que no compartían con los "castizos" sino la esperanza que tenían puesta en el príncipe Fernando, para llevar a cabo un auténtico programa político. Eran el marqués de la Ensenada¹⁶ y José de Carvajal.¹⁷ Juntos encabezaron un partido, heredero de las ideas de Patiño,¹⁸ que era el que dio la batalla por el poder en 1746.¹⁹

Al final de la lucha, Ensenada fue el único de los antiguos ministros de Felipe V que se mantuvo en su puesto sin soltar siquiera uno de sus cargos principales, bajo Fernando VI. Sin embargo no se trataba de que Ensenada hubiese efectuado un cambio brusco y oportunista en su filiaciones políticas, sino que él hasta entonces se había ocupado casi exclusivamente - por lo menos a nivel oficial - de asuntos económicos, lo cual no implicaba necesariamente un compromiso personal con las directrices de la política exterior farnesina, y en 1746 la lucha entablada era principalmente entre dos conceptos muy diferentes de la política exterior de España.²⁰ Concretamente, se identificaba Ensenada con la política exterior propugnada por los "españoles", y encausó toda su influencia al objeto de facilitar su acceso al poder, animado no por un oportunismo egoísta sino por una convicción patriota.²¹

Fernando VI accedió al trono en un momento muy difícil. Su padre Felipe V murió (9 julio 1746) en medio de sombrías noticias de la desastrosa retirada francoespañola ante las tropas austrosardas, perdiendo todas las ganancias de la brillante campaña galohispana de 1745. Además, las intrigas del marqués de Argenson, ministro francés de Asuntos Exteriores, habían despertado el recelo y el resentimiento españoles. Argenson había negociado en secreto una alianza con el rey de Cerdeña, en que le prometió el Milanesado, territorio reservado por el tratado de Fontainebleau para el infante Felipe. Después Argenson había

lanzado una especie de ultimatum a España, exigiendo su adhesión al tratado de Turín, pero el gobierno español, indignado, se negó, y poco después el rey de Cerdeña rompió su acuerdo con Francia. En resumen, la alianza borbónica se desmoronaba precisamente cuando la situación militar estaba en lo más crítico.

El "partido español" consideraba que la guerra había desgastado las fuerzas nacionales lamentablemente, sin más objetivo que satisfacer las ambiciones maternales de Isabel y lograr un establecimiento para el infante Felipe.²² No era exactamente que los "españoles negasen el interés nacional en mantener su influencia en Italia, sino que reprochaba el modo tan egoísta en que la reina había promovido y explotado ese innegable interés, más allá de su verdadero valor. En consecuencia, el primer objetivo concreto del "partido español" había de ser el acabar cuanto antes con la guerra, negociando una paz aceptable para España, frente a los deseos de la reina viuda que intentaba entorpecer cualquier negociación de paz mientras no viese asegurado el establecimiento del infante.

El asalto de los "españoles" al poder se realizó gradualmente, reemplazando en los puestos claves a los amigos de Isabel y Villarias con los de Ensenada. El embajador en Lisboa, Candía, fue sustituido por el duque de Sotomayor,²³ el embajador en París, Campoflorido, fue reemplazado definitivamente por el duque de Huéscar,²⁴ quien desde febrero de 1746 estaba encargado de la misión secreta de promover la caída de Argenson,²⁵ y los generales Gages y Castelar fueron sustituidos en el mando del ejército español de Italia por el marqués de la Mina.²⁶

Ensenada fue quien dirigió privadamente en cada detalle la actuación cortesana y diplomática de Huéscar en París hasta que Carvajal logró relevar a Villarias en la secretaría de Estado. Incluso le indicó qué noticias debía escribir en su correspondencia oficial para la información de Villarias.²⁷

Respecto del ejército español en Italia, todos coincidían en que era urgente salvarlo a toda costa, tanto del ataque austrosardo como de su incómoda situación de supeditación a los designios político-militares farnesianos y franceses. Empero una vez más era Ensenada quien escogió y dirigió a Mina para la nada gloriosa retirada española de Italia. "Mina no ha hecho muchos disparates", decía el marqués "porque estoy sobre él, pero es general y es español, que son nuestras consideraciones".²⁸ Cuando los reyes se disgustaron por la re-

entina y total retirada española, fue Ensenada quien defendió a Mina, logrando convencerles del acierto del general.

A la vista de estos cambios y el clima general de la Corte, el embajador francés Vauréal pudo reconocer el poder creciente de los "españoles": "El partido del Marqués de la Ensenada se fortifica mucho y se cree que sus protectores quieren hacer de él lo que era Patiño, es decir, primer ministro de hecho, aunque sin llevar este nombre".²⁹

Sin embargo se equivocaba en parte el embajador, pues los "españoles" tenían otro candidato de gran categoría para dirigir la política exterior: José de Carvajal. Fue presentado a los reyes por Ensenada y muy pronto adoptó Fernando VI la costumbre de pedir los consejos privados de Carvajal. Esta circunstancia alarmó definitivamente a los "vizcaínos", y se desencadenó en el otoño de 1746 una dura lucha entre ambos "partidos" para conquistar el ánimo del rey. En la confusión que siguió, los "vizcaínos" lograron incluso apartar a Carvajal del rey durante algún tiempo. Huéscar se quejaba: "No puedo consolarme de que Arizaga tenga autoridad. Yo creía que se conocían sus luces muy de antemano y que se le quería como hombre de bien y no más, pero desde luego me persuadé de que tirará a Mina y a cuantos buenos vasallos tenga el Rey. Si no echan vs. ms. a Quadra a mil leguas de donde aya público que tenga interés en las resoluciones, no aremos nada; a este fin deve emplearse todo el poder, porque si no, no avrá ni salud pública ni tranquilidad".³⁰

Sin embargo los "vizcaínos" no habían de lograr una victoria definitiva, y en la misma fecha en que Huéscar lamentaba el poder de Arizaga y Villarias, el embajador francés en España escribió, "los amigos del Marqués de Villarias comienzan a temer que sea despojado de su cargo, que se adjudique la Secretaría de Estado a los partidarios de Ensenada y que esto no tardará en suceder".³¹ Efectivamente, no tardó el golpe en caer. Fernando VI reanudó en noviembre su costumbre de asesorarse privadamente por Carvajal, y el día cinco de diciembre sorprendió a todos nombrándole ministro y consejero de Estado.³² Desde ese momento, Carvajal asumió la dirección de la diplomacia española mientras que Villarias pasó a un segundo plano, aun sin ser relevado de su cargo por el momento.³³ La sorpresa y la satisfacción de los "españoles", y también el cansancio y la incertidumbre de la larga lucha contra los "vizcaínos" se revelan en la carta que escribió el propio Carvajal a Huéscar para comunicarle la noticia: "Ya ves

qué vuelta han tomado las cosas: ¡ya conoces como que tenías predicho quién
 avía de prevalecer. Tanto fue el paréntesis que ya no pensaba en ello, pero
 de improvviso vino todo y va creciendo la confianza y el público lo aprueba y
 lo elogia infinito".³⁴ La reina Bárbara, que siguió la lucha y tomó parte activa
 en favor de Ensenada y Carvajal, compartió su sorpresa y alegría.³⁵

Todavía hubo algunos intentos de derribar a Carvajal, pero él logró gran-
 jearse la confianza del rey, y en abril de 1747 los "españoles" dieron el golpe
 de gracia contra la vieja Corte al decidirse Fernando VI a cambiar su confesor
 francés padre Jaime Lefevre por un jesuita español, el padre Francisco Rávago.
 Era este hombre de grandes virtudes, e íntimo amigo de Carvajal, quien califi-
 có de "obra heroica" su elección para confesor real.³⁶ Naturalmente, este paso
 causó bastante consternación entre los franceses y la reina viuda empleó en bal-
 de recursos en apoyo de Lefèvre con el fin de que se quedase en España.³⁷ Con es-
 te logro, y la liquidación de los últimos coletazos del irredentismo con la
 desautorización y prisión de Macanaz, los "españoles" superaron el período
 transicional de lucha e incertidumbre, y hacia fines de mayo de 1747 se encon-
 traban en una posición para seguir una política independiente, de acuerdo con
 sus propias ideas.³⁸

La diplomacia española durante los próximos trece años efectivamente fue
 dirigida por los ministros principales, pero éstos tenían que contar en todo
 momento con las ideas e inclinaciones de los reyes. De Fernando y Bárbara es
 preciso hablar al mismo tiempo, porque desde los primeros momentos de su reina-
 do se hallaban ambos esposos plenamente compenetrados, después de diecisiete
 años de matrimonio y de alejamiento de la política e incluso de la vida pú-
 blica. Algunos rasgos de carácter eran comunes a los dos, como por ejemplo
 la timidez, la bondad, la piedad y la suspicacia.³⁹

La desconfianza mostrada hacia todas las personas por Fernando VI dificultaba
 enormemente el tratar de política con él. Carvajal, quien le conocía bien
 y llegó a gozar de la estima real, reveló en varias ocasiones el cuidado que
 era menester en los tratos con Fernando. Hablando por ejemplo de las sospechas
 sobre las intenciones de franceses e ingleses en la primavera de 1748, Carva-
 jal advirtió a Huéscar de que no las repitiese tanto "porque si quedaran en
 mí no harían daño: pero dan en un genio que las tiene en la sangre en grado
 heroico".⁴⁰ Durante las largas y penosas negociaciones de paz, Carvajal incluso
 tuvo que ocultar sus propios celos sobre la alianza borbónica para no aumen-

tar los del rey: "siempre he estado abonando a éstos [los franceses] mucho más de lo que sentía en mi interior porque la inclinación a desconfiar no le hiciera precipitar una resolución que nos perdiera".⁴² En fin el trabajo que le costaba a Carvajal persuadir a los reyes a aceptar cualquier cambio le hizo exclamar "es desesperación tratar con desconfiados",⁴³ e incluso tuvo siempre presente que su propia posición estaba muy lejos de ser invulnerable. "Yo sé muy bien el terreno que piso", decía, "Los méritos de la mayor clase y duración se olvidarán a el más leve soplo de un chisme y la sindicación menos fundada será creída y esculpida en láminas de bronce en el alcazar de la más tenaz memoria. ¡Mira qué disposición!".⁴⁴

En vista de este desafortunado rasgo del carácter de Fernando, y combinándolo con el indudable amor que sentía hacia su esposa, resulta comprensible que la reina ejerciese una poderosa influencia sobre él. En efecto, doña Bárbara suplía las deficiencias de Fernando, y con dulzura maternal ahondada por el certero conocimiento del temperamento y de las necesidades de su marido, aportaba ella el equilibrio mental que amenazaba con abandonar al rey a cada instante. Ella era quien animaba y disponía distracciones como la música, el baile, el teatro y la tertulia para alegrar las horas muertas de la vida del rey. Ella era quien aportaba su inteligencia cultivada para aliviar al rey de la carga de las conversaciones y las decisiones políticas.

En la esfera gubernamental la reina estaba siempre presente. Se mostraba celosa de su dominio sobre Fernando y no le gustaba ver cómo otras personas se granjeaban el favor y la confianza del rey.⁴⁵ En parte era porque creía de veras que nadie sería tan leal ni tan honesto con Fernando como ella, su esposa.⁴⁶ Sea como fuere, doña Bárbara trataba de los negocios de Estado con todos los ministros, españoles y extranjeros, y se impuso la norma de consultarla antes de presentar un asunto a la consideración de Fernando, porque "ella conoce lo que se debe decir u ocultar al rey".⁴⁷

El poder de doña Bárbara sobre Fernando VI era, pues, indiscutible y reconocido por todos los contemporáneos suyos informados. Sin embargo, con ser indiscutible, no llegó nunca a ser absoluto ni infalible, y eso que los esposos compartían sinceramente una misma opinión sobre muchos temas. El rey en ocasiones difería de la opinión de su esposa,⁴⁸ y cuando hubo tomado una decisión no se le podía contradecir abiertamente.⁴⁹ En fin, la voluntad de independencia de Fer-

nando, aunque ilusoria en gran medida, inspiró esta frase muy significativa de "ya que no quería ser gobernador por Francia, tampoco lo sería por Portugal".⁵⁰

En principio, las inclinaciones personales de Bárbara venían condicionadas por su nacionalidad portuguesa y sus lazos familiares, que la predisponían a favorecer la amistad con Portugal y con Austria, y en última instancia quizás con Inglaterra, y a sostener una enemistad hacia Francia.⁵¹ Sin embargo, estas inclinaciones de la reina no bastaban por sí solas para informar un coherente sistema diplomático o para impulsar una actuación enérgica y continuada en un sentido determinado contrario a los intereses de España.⁵²

Las razones no son difíciles de constatar. En primer lugar, Bárbara estaba compenetrada con el pacifismo patriótico del rey, y en segundo lugar no tenía ambiciones personales de conquistas territoriales, pues no tenía hijos que colocar ni derechos sucesorios que defender, como había tenido Isabel de Farnesio. Era ante todo, pues, una patriota española, de lo cual no dejan lugar a dudas estas palabras de Ensenada, quien la conocía muy bien: "no ha tenido, ni tiene, ni tendrá más fines particulares que la salud del Rey, su gloria, el bien de la Patria y el respeto a la Monarquía".⁵³

Doña Bárbara, pues, tenía influencia sobre el rey y deseaba servir los intereses de España, pero ella no tenía un programa político bien definido, y felizmente pudieron ser aprovechados sus sentimientos personales en beneficio de una diplomacia favorable a los intereses nacionales. La reina en definitiva trabajaba para los ministros, al menos durante los primeros años de su reinado.

El caso es que los nuevos reyes se encontraban muy solos en 1746. Carecían de experiencia y de conocimientos sobre los negocios públicos, y ellos a su vez eran bastante desconocidos por los altos funcionarios y nobles de la Corte. Sin embargo, doña Bárbara quería y confiaba en el marqués de Ensenada y en el cantante Farinelli.⁵⁴ Estos dos hombres eran íntimos amigos y juntos ayudaban a la reina a aliviar y alegrar el ánimo de Fernando, quedando ella sin duda muy agradecida pues su salud no era buena y muchas veces la debía costar grandes esfuerzos mostrarse alegre y atender a las necesidades del rey.

Las canciones de Farinelli abrieron en seguida el corazón de la reina al cantante, pues ella tenía pasión cultivada por la música, y sentía también que obraba un efecto saludable en el estado anímico de Fernando. Farinelli pronto

se hizo uno de los más íntimos e influyentes contertulios de los reyes, por lo que se vio asediado constantemente por muchos políticos españoles y extranjeros, que procuraban llegar a los soberanos a través del favorito.⁵⁵ Sin embargo, pese a las acusaciones de recibir "regalos" de Ensenada o de Keene,⁵⁶ parece que se mantuvo siempre completamente ajeno a los negocios públicos.⁵⁷ A los políticos que intentaban aprovecharse de su amistad, el cantante solía dar a entender que él era músico, no diplomático.⁵⁸

Ahora bien, este alojamiento voluntario de la vida política no impidió a Farinelli cultivar ciertas amistades entre los más destacados personajes dedicados de lleno a la política. El embajador inglés Benjamín Keene, el duque de Huéscar, y el marqués de la Ensenada figuraban entre los más apreciados amigos del cantante. Keene creía que esta amistad iba a serle provechosa en la diplomacia angloespañola, y particularmente para inclinar a Ensenada algo más a favor de Inglaterra,⁵⁹ pero el embajador se engañaba pues Farinelli no parece que se prestó a ello. En cambio, la amistad que unía al cantante y Ensenada era no sólo profunda y muy conocida,⁶⁰ sino constante de modo que cuando cayó el marqués en desgracia en 1754, Farinelli procuró parar lo más humillante del golpe, evitándole una prisión degradante y la confiscación de sus bienes, y más tarde obteniendo para él una pensión.

Resumiendo, pues, la amistad entre Farinelli y Ensenada serviría desde un punto de vista político no para que el cantante defendiese personalmente una determinada política, sino en todo caso, como insinuó Keene,⁶¹ para reforzar la posición y el crédito del marqués junto a los reyes. Al mismo tiempo, Ensenada se esforzaba en ganar a la reina, prodigando detalles de galán y de cortes no halagador, concebidos para llenar de gozo a una mujer que, si bien era fea, era también muy femenina y amante del lujo.⁶²

Ahora bien, Ensenada y los otros "españoles", sí que tenían una política que llevar a cabo y se dispusieron en 1746 a utilizar el crédito que iban consolidando cerca de la reina para ir realizando sus proyectos. Bárbara, a su vez, veía en el triunfo de los "españoles" la eliminación de la influencia de Arizaga y los demás "vizcaínos" sobre el rey, así como la liberación de las intrigas de Isabel de Farnesio.⁶³ Así fue como se convirtió doña Bárbara en eficaz colaboradora del partido "español".

Durante la lucha de partidos desencadenada en el verano de 1746, fue gra-

cias a su decidido y constante apoyo que pudieron vencer por fin los "españoles". Los testimonios en este sentido abundan. En lo más tenebroso de la lucha decía Huéscar, "no puedo menos de vaticinar que pues la Reyna conoce la razón, ella la socorrerá", y "Buelvo a decir que todos los menoscavos que ocasiona la malignidad no pueden dejar de componerse por el poder y avilidad del inseparable impulso de la Reyna, a quien oreo llena de constancia".⁶⁴ Ensenada se hizo eco de estos sentimientos advirtiendo "pobres de nosotros si faltase",⁶⁵ y Carvajal a su vez reconoció la ayuda prestada por Bárbara cuando dijo "es preciso daría gusto en lo que nada se pierde, que bien ganado lo tiene porque sin ella nada avría bueno".⁶⁶

Por otra parte, es cierto que desde los primeros días de su reinado doña Bárbara adoptó la costumbre de escribir con frecuencia a su padre, el rey Juan V de Portugal, para informarle de los negocios de Estado, incluso los secretos, y para pedirle consejos. La reina amaba a su padre, respetaba su experiencia política (de que carecían lamentablemente tanto ella como Fernando), y creía en su buena fe para aconsejarles lealmente durante los cruciales primeros meses de su reinado. Sin embargo pudo Carvajal aprovechar el amor que sentía la reina por su padre y Portugal, asignándoles un papel positivo en el sistema diplomático ideado por él, que al mismo tiempo servía los intereses de España. De hecho, gran parte de lo que escribió doña Bárbara a Juan V en 1746 y 1747 acusaba la influencia de Carvajal,⁶⁷ y cuando éste hubo conquistado la amistad y admiración del nuevo embajador portugués, vizconde de Vilanova de Cerqueira su estimable ayuda reforzó el dominio de Carvajal sobre los pensamientos de Bárbara.⁶⁸

A veces la proclividad de la reina hacia Portugal rozaba los límites de lo aceptable, pero se mantenía Carvajal vigilante y luchaba por contrarrestar o encauzar esta influencia. "Philissa [la reina] va inclinándose a Phillis [el rey] demasiado acia su patria natural. Algo quiero y no tanto. Compédóeme y saves que soi hombre de verdad. Cree que padece mucho mi espíritu en todo".⁶⁹

Ahora bien, ni las inclinaciones portuguesas de Bárbara eran lo suficientemente poderosas como para imponer en 1750 el tratado de límites, ni Carvajal era hombre para negociarlo con el fin de adular y agradar a la reina. Lo cierto es que el ministro creía que ese tratado era de la mayor conveniencia para España, y se valió de las influencias de Bárbara para promover su aceptación y ejecución por parte de Portugal.⁷⁰

No obstante, la colaboración de la reina con Carvajal había dejado de ser tan franca y leal desde el momento en que quedaron encumbrados y asegurados los "españoles" en el poder, porque aunque podía estar de acuerdo con sus ideas como hemos dicho antes ella era muy celosa de su influencia sobre Fernando. Quizás hubiese querido distanciarse más de Carvajal, pero se encontraba impotente para variar sus consejos y recomendaciones cerca del rey. Este ya confiaba en Carvajal y no era posible destruir esa siempre fragil confianza sin correr el riesgo de desequilibrar totalmente el estado anímico de Fernando.⁷¹

Así pues, la reina siguió apoyando la política de Carvajal, como por ejemplo en la negociación del tratado de Italia de 1752, en que Bárbara trabajó a favor de la amistad con su admirada prima María Teresa de Austria para asegurar la tranquilidad de los Estados borbónicos de Italia.⁷²

Sin embargo, muerto Carvajal, no parece que doña Bárbara se decidiera a dirigir la política española de acuerdo con sus pretendidas parcialidades personales. En 1756 la crisis colonial y la revolución diplomática empujaron a la emperatriz María Teresa a apelar a los sentimientos familiares y religiosos de los reyes españoles, exhortándoles a unirse al bloque católico formado por Francia y Austria. Esta era una poderosa llamada, pero Fernando VI estaba totalmente identificado y comprometido con la política de la neutralidad, y Bárbara sin duda no sólo no quiso sino que no pudo trabajar por otra causa. En resumen la indiscutible influencia de la reina sobre Fernando VI se ejercía en beneficio del rey y de España, mientras que sus inclinaciones portuguesas y austriacas tenían eficacia sólo en la medida permitida por su propio pacifismo y patriotismo, por la influencia de Carvajal, y por la errática voluntad de independencia del propio rey.

En efecto, quien mandaba era el rey, y si bien tenía Fernando VI pocas dotes para mantener la dirección de toda la política española, se mostraba siempre extremadamente celoso de su autoridad y de su independencia para dar o negar su consentimiento a cualquier nueva disposición o para tomar alguna iniciativa propia. Empero lo verdaderamente problemático desde el punto de vista de los ministros españoles era que Fernando VI, además de desconfiado e imprevisiblemente quisquilloso respecto de su autoridad, era pronto para enfadarse y sumamente terco, de modo que cuando se obstinaba en algo resultaba prácticamente imposible hacerle moderarse o cambiar de opinión. Así por ejemplo cuando los franceses intentaban bloquear la entrada de Macanaz en las conferencias de Broda, aunque había actuado Macanaz sin instrucciones de Carvajal, Fernando VI lo tomó

como una ofensa e insistió en que no admitiese el representante español. Luego cuando hubo que enseñar a Fernando VI los preliminares de la paz ajustados por Francia, Inglaterra y Holanda, Carvajal temía la reacción del rey: "¡Dios me reciba el mal rato de oy! Pero lo que me le dio peor era el dudar si montaríamos en el caballo de fuego o si nos cerraríamos a un capricho".⁷³ En otra ocasión pocos días antes de concluirse el tratado definitivo de paz, Carvajal confió a Huéscar que había ocultado al rey un oficio francés sobre los últimos puntos en litigio, porque su tono podía provocar una "furibunda" de Fernando y frustrar el trabajo de meses.⁷⁵

Estas reacciones impensadas del rey brotaban con toda probabilidad de su profundo complejo de inferioridad, y de su conciencia de ser débil e ignorante en materias de Estado.⁷⁶ También cabría añadir que Fernando había heredado de su padre cierta debilidad psicológica, que siempre estuvo presente y afloró violentamente con trágicos resultados tras la muerte de la reina Bárbara.

Sea cual fuese el origen de las deformaciones de la voluntad de mando de Fernando VI, la indubitable es que existía esa voluntad y en ocasiones se revolaba claramente. Cuando Isabel de Farnesio osó preguntar la razón de su destierro de la corte a San Ildefonso, el rey contestó friamente, "lo que yo determino en mis reinos, no admite consulta de nadie antes de ser ejecutado y obedecido".⁷⁷ Asimismo en sus relaciones con los Borbones de Italia, Fernando VI manifestó, según decía Keene, que esperaba de sus hermanos "la sumisión a su voluntad y ejemplo".⁷⁸

Respecto de los lazos dinásticos que le unían a Francia, la postura de Fernando era también francamente independentista. Se le atribuye la frase de que "nunca consentiría ser en el trono de España virrey del rey de Francia",⁷⁹ pero por otro lado su ayo le había inculcado el borbonismo como fundamental norma política, impidiéndole siempre adoptar una postura abiertamente hostil hacia Francia.⁸⁰ Fernando VI, pues, se sentía Borbón, y por eso y otros motivos de interés nacional no pensó nunca en volver la espalda a Francia,⁸¹ así es que cuando subió al trono en 1746 proclamó inmediatamente su intención de continuar la guerra emprendida al lado de Francia - por el honor de las armas españolas, por respeto al difunto rey, y por un deseo de no parecer rencoroso con sus hermanos de padre - y aseguró a Luis XV de su lealtad amistosa.

No obstante, otros dos rasgos del pensamiento de Fernando VI eran mucho más eficaces en la influencia que él pudo ejercer sobre la diplomacia española. Eran en primer lugar su patriotismo de español, del cual se conservan

muchos testimonios,⁸² y en segundo lugar su pacifismo, que era quizás su rasgo más firme y constante. El rey aborreía la guerra y en más de una ocasión pensó abandonarlo todo con tal de lograr la paz. Cuando faltaba todavía un año para concluir el tratado de Aquisgrán, Carvajal dijo de los reyes, "si no hubiera trabajado mucho, hubieran entrado en dejar aliado y pretensiones y volverse a casa a curar".⁸³ Después, al ajustarse por fin los preliminares de paz, les faltó tiempo a Fernando y Bárbara para manifestar su alegría y su deseo de concluir un tratado definitivo.⁸⁴ Fue obra de Carvajal el que se retrasase la adhesión española a los artículos preliminares, pues los reyes querían traer la paz a sus pueblos cuanto antes. Exclamó el ministro, "¡Si supiera él [Abre lo que me ha costado que nos mantuviésemos unos días! Y aun así no he podido lograr que se dejassen de hacer pasos públicos de rendidos o de pacíficos".⁸⁵ Una vez restablecida la paz, no habría provocación suficiente para empujar a Fernando VI a contemplar su participación en otra guerra. No se trata, como entendió Keene de mantener la paz con Inglaterra, con todo el mundo guerra,⁸⁶ sino de conservar la paz, con Inglaterra y con todos.

En resumen, el afán de ver respetada su autoridad independiente, el patriotismo y el pacifismo eran los rasgos de signo positivo del ideario político de Fernando VI, que neutralizaban, sin ahogar por completo, sus sentimientos borbonistas. Otros factores de signo negativo también tendían a enfriar su bonismo: la influencia antifrancesa de la reina Bárbara; la reacción contra la francofilia de sus hermanos; el rechazo de la infanta María Antonia, hermana de Fernando, ofrecida en matrimonio al recién enviudado Delfín francés; y el modo de obrar de los franceses durante las conferencias de Breda, de lo que vitorea Carvajal que "no se hará grande exterioridad de la queja, pero la llaga será incurable sin duda y a ellos se les dirá muy claro".⁸⁷

En fin, la neutralidad fernandina que se impuso en 1748 hasta la muerte del rey en 1759, era realmente el sistema diplomático favorecido por Fernando y Bárbara, como un fin en sí mismo. Carvajal se lamentaba de los aspectos negativos de tal actitud, diciendo al poco de concluirse el tratado de Aquisgrán "La absoluta inacción será lo que prevalezca. Esta será sin disimulo y en asegurándose los mirones, nos hecharán cien ayudas".⁸⁸

La muerte de Carvajal en 1754, un momento crítico para los negocios extranjeros, obligó a Fernando a enfrentarse con un auténtico problema: ¿quién

podría suceder a Carvajal en el ministerio de Estado? La reina no quiso, o acaso no pudo, prestar oídos a las razones de Farinelli quien apoyaba a Ensenada, y el rey rechazó la candidatura del marqués o de alguna de sus hechuras, consciente sin duda de que ello entrañaría un riesgo bélico que Fernando quería evitar a toda costa. De hecho el rey debía de entender sólo a medias el sistema diplomático creado por Carvajal, y cuando Huéscar y Valparaíso, inspirados por Keene, sugirieron el nombramiento de Ricardo Wall, debió de creer que había encontrado la persona ideal para mantener el equilibrio, la neutralidad y la paz.

Poco después Fernando se vio precisado a destituir a Ensenada, y luego tuvo que resistir las insistentes llamadas del embajador francés para que se reconstituyese la alianza borbónica contra Inglaterra. Se indignó por los métodos utilizados por Duras, y sin dejar de repetir vagas expresiones de amistad, reafirmaba siempre que él se debía antes a sus súbditos que a su familia,⁸⁹ lo cual significaba que no habría guerra mientras él viviese.

En 1758 falleció la reina doña Bárbara, sin cuyo apoyo se derrumbó la voluntad de Fernando, primero de ejercer su regia autoridad, y finalmente de vivir siquiera. La muerte de la reina y la rápida degeneración física y mental del rey significaron la paralización del gobierno español durante un año entero. Es posible que Fernando VI nunca gobernara mucho, pero era insustituible en vida como fuente de autoridad gubernamental, de modo que al faltar su presencia lúcida no se podía tomar ninguna iniciativa ni en la diplomacia ni en el gobierno interior de España.

Hasta aquí hemos comprobado que las ideas e intervenciones políticas de Fernando VI y doña Bárbara distaban bastante de ser irrelevantes para la diplomacia española de los trece años de su reinado. Sin embargo, lo suyo eran inclinaciones nada más, y fueron en definitiva los ministros quienes se encargaron de formar un auténtico sistema político y de llevarlo a la práctica. No hay duda de que los dos principales "españoles", Ensenada y Carvajal, querían colaborar hacia unos mismos fines. Si Carvajal supo ganar y conservar por sus propios méritos la confianza de los reyes, también es verdad que contó con el apoyo del marqués, y que ambos pensaban en trabajar juntos y de acuerdo en una misma política.

Ensenada reveló las esperanzas que tenía puestas en Carvajal, diciendo diciéndolo el mismo día de su nombramiento: "O el diantre se lo ha de llevar todo,

o el tío-no-ay-tal [Carvajal] se ha de poner bien".⁹⁰ Por su parte, al ser nombrado ministro de Estado Carvajal escribió a Huéscar, "el amigo [Ensenada] est contentíssimo; la ves cómo caminaremos los dos", y días después, "con el amigo verdadera armonia: en esso no tengas miedo, que lo soi suyo, y sin esso me bastara que lo fuesse el tuyo, como lo es de veras, conque vamos bien".⁹¹ Huéscar, su vez, se alegró de la voluntad de cooperación de los dos ministros, contestando sobre el nombramiento de Carvajal, "el marqués está contentíssimo y lo estará. No puedo dudar que a tenido parte muy grande en la obra...Mira si estaré contento de saver que quanto me prescriban Vms. dos será reciprocamente aprobado de ambos".⁹²

Sin embargo, con sus insistencias en el deseo de colaborar con Ensenada, Carvajal dejaba entrever que había algo que perturbaba las relaciones entre ambos: "De que la estrechez de los dos será permanente te he asegurado y se suele decir que quando uno no quiere dos no riñen: no querrá él y aun así, no querría yo".⁹⁴ En efecto, la falta de una auténtica disciplina de partido y la naturaleza facciosa y personalista de la vida política del siglo XVIII se acusaban a cada paso. Había un consenso general sobre los objetivos prioritarios de la política española, pero no así sobre las medidas más adecuadas para conseguirlos. No obstante, se procuraban encubrir las diferencias que iban surgiendo que desde luego no se explican en términos de una simple oposición entre anglofilia y francofilia, y se fueron alternando momentos de crisis con periodos de calma y reconciliación, sin llegar nunca a una ruptura abierta.⁹⁵

Carvajal fue consolidando poco a poco su ascendencia sobre los reyes, logrando superar un fuerte ataque de sus enemigos en el otoño de 1747,⁹⁶ y más confiado en su poder, aseguró a Huéscar que no movería contra Ensenada a pesar de las continuas intrigas de éste. Ahora bien, no quería que el marqués se inmiscuyese en los negocios extranjeros, y procuraba ceñirlo a las preocupaciones internas,⁹⁷ pero Ensenada nunca cesó de procurar que sus preocupaciones e intereses se oyese, aun cuando dificultaban la política de Carvajal.⁹⁸

Rese a todos los obstáculos con que tropezaba continuamente, Carvajal pudo desarrollar, y aplicar hasta cierto punto, su pensamiento sobre el sistema diplomático que más convenía a España. Era un hombre recto, generoso, inteligente, muy trabajador y patriótico,⁹⁹ que durante los siete años largos que dirigió la política exterior española se esforzó casi sin apoyo y con enorme valentía por defender los verdaderos intereses nacionales, según el los entendía.¹⁰⁰

Para Carvajal uno de los objetos principales de la diplomacia española era la salvaguarda del Imperio de ultramar que, estando amenazado, no sólo era parte del Estado español sino que era una inestimable fuente de riquezas, sobre las cuales contaban los "españoles" para la recuperación y el fomento del poderío económico de España. Por eso, desde que accedió Carvajal al poder a fines de 1746 buscó siempre con especial ahínco el arreglo de una paz particular con los ingleses, y sin la intervención francesa, que pusiese fin a la guerra americana entablada en 1739. Para Carvajal, la negociación de Wall en Londres en 1747 constituía "la utilidad intrínseca de el Estado" y todas las demás disputas y negociaciones pendían de su desarrollo.¹⁰¹

La preocupación de Carvajal con América presentaba varias facetas según la diversa naturaleza de los conflictos nacidos allí. En cuanto al dominio territorial no admitía discusiones ni protestas: "Por primer descubridor, por ocupante, y por adjudicación pontificia, tiene el Rey indispensable derecho en la América".¹⁰² Ello habilitaba al rey de España para impedir y castigar la visita o estancia de extranjeros en las Indias españolas, considerando como usurpaciones aquellas ocupaciones de tierras americanas no autorizadas o reconocidas por el gobierno español. De Francia pretendía que se podría recuperar Saint-Dominique y el territorio entre Florida y Tejas; de Inglaterra, Georgia, Roatán y algunas otras pequeñas islas americanas, con las tierras ocupadas en la costa hondureña; de Holanda, Surinam y sus puestos avanzados en el Orinoco; de Dinamarca, la isla de Santa Cruz.¹⁰³

Ahora bien, estas aseveraciones pertenecen al Testamento Político, escrito por Carvajal en 1745, y por lo tanto reflejaban el irredentismo utópico característico del reinado de Felipe V. Sin embargo, la más grande amenaza contra la integridad territorial de la América española no era la danesa, la holandesa, la francesa o siquiera la inglesa, - "La Inglaterra" aseguró Carvajal en 1753, "no desea estados nuestros, ni en la América, que no quiere poblar de siertos, sólo sí disfrutar del Comercio algo más que otras y que ninguna adquiere allí",¹⁰⁴ sino que la amenaza era la portuguesa. El agresivo expansionismo brasileño ya había comprometido seriamente la extensión territorial de los dominios españoles, y lo peor era que no se vislumbraba aún que se iba a parar.

Por consiguiente, ni en el tratado de paz de Aquisgrán, ni en el convenio comercial con Inglaterra, quiso Carvajal abordar el problema de las usurpaciones territoriales cometidas por extranjeros en la América española. El trata-

do de Aquisgrán se limitó en este aspecto a estipular la restitución de las conquistas de esa guerra, con lo cual España recuperó la isla de Roatán, ocupada por los ingleses en 1742. En cambio, la nueva colonia inglesa de Georgia, que había constituido uno de los importantes motivos de la guerra de 1739, no fue ni siquiera mencionado en el tratado internacional de 1748, y tampoco fue objeto de negociación con vistas al convenio comercial angloespañol de 1750. Este conflicto quedó enteramente desentendido a nivel diplomático, y en años sucesivos el gobierno inglés procuraba frenar el expansionismo de sus súbditos en Norteamérica con el fin de evitar dar motivos de queja al gobierno español, mientras que los españoles procuraban reforzar su posición en Florida sin renunciar a sus pretensiones sobre tierras más septentrionales. En otras palabras, se trataba de seguir una política defensiva de pura resistencia contra el empuje inglés.

Las usurpaciones cometidas en el área centroamericana y antillana tampoco fueron mencionadas en los dos tratados de 1748 y 1750, sin duda porque Carvajal comprendía la imposibilidad de alcanzar un acuerdo viable que fuese al mismo tiempo tolerable para España. No obstante, la diplomacia española tampoco había renunciado, ni renunció, a sus derechos de soberanía en estos territorios, de manera que dejaba las manos libres al marqués de la Ensenada que, como ministro de Indias, se afanó en combatir aquellos establecimientos extranjeros que más amenazaban el comercio y las comunicaciones del Imperio español. Concretamente procuró impedir la consolidación de las colonias de ingleses en Honduras y Mosquitia, de franceses en el Darién, y de holandeses en el Surinam, porque si bien su extensión territorial importaba poco, tenían en común un gran valor estratégico y comercial. Se trataba, pues, de una política defensiva también, pero de signo más agresivo o activo.

En fin, en la América meridional también se emprendió una política defensiva, pero en este único caso se decidió ensayar una solución diplomática duradera. Se trataba de innovar, de replantear el problema sobre nuevas bases, soltando las amarras del tradicional irredentismo utópico, asumiendo la realidad presente de las posesiones españolas y portuguesas, y procurando la eficaz salvaguarda futura de los dominios que aún quedaban a España.

La antigua demarcación meridional era a mediados del siglo XVIII completamente inservible, y la vanguardia del expansionismo brasileño hostigaba ya desde hacía tiempo a las misiones españolas, que se perdían irremisiblemente por no poder defenderse. Desde luego que lo más sensato era intentar acordar unos límites inequívocos, más o menos ajustados a los límites reales de las

sesiones respectivas. La tragedia de Carvajal fue que, no pudiendo cerrar el trato sin recuperar Sacramento y el dominio del río de la Plata,¹⁰⁵ y habiéndose obcecado el gobierno portugués en recibir a cambio las siete misiones guaraníes, hubo que aceptar la exigencia portuguesa o renunciar al tratado. No hizo ningún regalo de las misiones, sino que resistió y regateó su sacrificio, pero al fin creyó sinceramente que el tratado de límites merecía ese sacrificio.

Todo lo referente al tratado de límites hispanoportugués se llevó con el máximo secreto, no porque Carvajal sintiese que tenía algo de que avergonzarse, sino por su incertidumbre respecto de la reacción de las demás potencias. Podrían oponerse, en virtud de la cláusula del tratado de Utrecht que prohibía a España enajenar parte de sus dominios americanos a cualquier otra nación, o podrían quizás preguntarse la manera de aprovecharse ellos de este precedente.

En cualquier caso se suscitaba con el tratado de límites una interrogante acerca del principio del equilibrio americano. Carvajal respondía que aunque las demás potencias pretendían haber establecido en Utrecht el equilibrio europeo, sus intenciones respecto de América no quedaron tan claras, puesto que a España se la reconoció la mayor parte del dominio territorial, mientras que Inglaterra, Francia y Holanda procuraban mantener un equilibrio comercial. Así por obligación, además de por vocación, España debía realizar todo el trabajo de civilizar, cultivar y defender sus dominios americanos, sin enajenar nada que pudiera alterar las oportunidades comerciales de alguna de las potencias rivales. Carvajal lamentaba que "nos dexaron la carga de todo para disfrutarlo ellos; pero que entre ellos no se desigualase el disfrute".¹⁰⁶

La idea del equilibrio europeo desde luego que había dominado las relaciones internacionales a partir de los tratados de Utrecht, pero Carvajal comprendía perfectamente lo que esto significaba. "Todos claman Equilibrio: el más poderoso por adormecer y que no sueñen a igualarle para contenerle; el más débil para que le fortalezcan contra el poderoso, hasta ponerle superior y sin equilibrio", y "todos claman Equilibrio, ninguno lo desea".¹⁰⁷

Sin embargo, Carvajal estaba equivocado al suponer que se había pretendido extender el mismo sistema a América. De hecho no había habido la menor intención de hacer semejante cosa,¹⁰⁸ lo que ocurre es que Carvajal percibía que la invocación de los universalmente aceptados tratados de Utrecht podría ser de gran valor para defender el Imperio español contra las embestidas de las otras potencias. Carvajal no llegó a enunciar claramente la idea del equilibrio

americano, pero no hay duda de que se acercaba a ella, porque al contrastar lo mucho que costaba a España mantener sus colonias con lo poco que se beneficiaba de su comercio, y con los beneficios que sacaban otras potencias del comercio americano, decía: "Pensaron y decretaron equilibrio los extranjeros, pero por nosotros no sino por ellos".¹⁰⁹

En resumen, Carvajal vislumbraba la distinción entre el equilibrio territorial y el equilibrio comercial en América, aunque nunca intentó hacer uso de estas ideas en su política exterior. Lo más cerca que se había llegado a la enunciación formal de un concepto de equilibrio americano había sido en la declaración francesa de agosto de 1740 justificando el envío de la escuadra de D'Anti al Caribe,¹¹⁰ y es posible que Carvajal estuviera influido por ella. El gobierno francés afirmaba que no se trataba de declarar la guerra a Inglaterra, sino de asumir su obligación de velar por el cumplimiento de los tratados de Utrecht, cuya finalidad principal de establecer el equilibrio entre las potencias europeas se vería amenazado si los ingleses hacían conquistas en la América española o interrumpían el legítimo comercio americano.¹¹¹ Es decir que el sacrosanto equilibrio europeo se hacía depender del mantenimiento del statu quo en América también. Sin embargo, la idea no fue aprovechada ni por franceses ni por españoles cuando se iba haciendo patente después de 1750 que Francia e Inglaterra se deslizaban hacia una guerra colonial, y no se acordarían de ella hasta que dicha guerra estaba ya muy avanzada.¹¹²

No obstante, Carvajal estaba convencido de que el verdadero interés de España estaba en defender la integridad territorial y sobre todo comercial de sus dominios americanos. Reconocía como los demás miembros del "partido español", que la política farnesina no había servido los intereses nacionales y anhelaba un cambio en las directrices de la política exterior española, fundamentalmente volviendo los ojos de Italia y el Mediterráneo, hacia América y el Atlántico.

En la defensa y correcta explotación de los dominios americanos creía Carvajal que residía la riqueza y el poder de España. Las Indias representaban la mejor si no la única oportunidad para fomentar y sostener la recuperación de las fuerzas españolas; pero estaban en peligro.¹¹³ "Lo que tenemos arriesgado", decía "es las Indias, nervio de nuestro poder y blanco de los opuestos".¹¹⁴ Todas las potencias marítimas de Europa vigilaban celosamente los progresos de las

demás, y si bien ninguna quería que otra tuviese ganancias a costa de España, no era tanto por respeto a los derechos españoles como por miedo a permitir el fortalecimiento excesivo de otra potencia. De allí que si estuviese en su mano disponer un reparto equitativo de las riquezas hispanoamericanas, las potencias rivales de Europa no se detendrían ante las protestas españolas. Por eso intentó Carvajal desbaratar las conferencias de Breda y la idea de un congreso general de paz en 1747, advirtiéndole que "como lo de Indias es lo que importa a el Estado y en esso amigos y enemigos tienen interés en ceñirnos, tiene riesgo de que nos ayuden poco".¹¹⁵

El peligro se manifestaba muy inmediato con respecto a la navegación en mares americanos, y Carvajal por eso sintió tanto alivio al conocer los términos de los preliminares de paz en 1748, consensando que "en los puntos de Indias siempre temí, y mayor mal, porque el de la navegación era mi miedo, que es en el que tienen éssos [los franceses] el interés mismo".¹¹⁶ Carvajal expresó en su Testamento Político la idea prevalente durante el reinado de Felipe V de que "el Rey como dueño de todo el territorio, lo es también de sus mares, que no tienen... otro uso, que el de camino para aquel territorio".¹¹⁷ Por lo tanto sostenía el derecho español de prohibir la navegación extranjera en mares de Indias, y de visitar y apresar al navío que se encontrase en ellas sin legítima excusa.

Sin embargo, reconocía también que era preciso admitir la libre navegación de cualquier nación entre sus propios dominios, pero como unos y otros se aprovechaban de las numerosas ocasiones para promover abusos, conflictos y engaños, Carvajal veía como única solución posible la determinación de los rumbos permitidos a la navegación extranjera, bien que comprendía las dificultades que esto entrañaría. Así es que la fórmula de libre navegación en los rumbos más directos entre los dominios de una misma nación fue incluida en las instrucciones diplomáticas que Carvajal preparó para Sotomayor en Lisboa, Macanaz en Breda y Wall en Londres durante las negociaciones de la paz de Aquisgrán. Proponía el ajuste de rumbos amplios, teniendo en cuenta todos los factores que pudiesen influir en la navegación, y si los ingleses no se mostraban dispuestos a conformarse con eso, entonces se dejaría esta disputa sin resolver.

De hecho, el gobierno inglés no tenía fuerza para insistir en su pretensión a la absoluta libertad de navegación y prefirió silenciarla en las nego-

635
ciaciones de paz, y más tarde en las del convenio comercial de 1750. Por su parte, España tampoco tenía fuerza suficiente para imponer su propia interpretación de los tratados, y si el conflicto sobre navegación no se resolvió favorablemente en 1748, bastante ganancia lo consideró el "partido español" el que no se hubiese resuelto desfavorablemente, como habían temido.

Otra causa de la preocupación de Carvajal por la defensa de las Indias españolas fueron las negastas consecuencias del asiento inglés.¹¹⁸ "Este nos destruye, y da motivo á quejas y altercaciones",¹¹⁹ "el librarnos de él es la mayor importancia de Indias",¹²⁰ "en punto de asiento de negros por mí no se ha de ceder y "es el punto de mayor importancia, que importa mucho más que todos los otros",¹²² repetía Carvajal una y otra vez antes de ajustarse la paz de 1748. Luego, al ver que los preliminares reconocían el derecho inglés a seguir gozando del asiento, su enojo no tenía límites: "Te envío el maldito artículo 10 que me ha irritado hasta el cielo, no puedes creer hasta qué grado. Si no tengo forma de vengarme, me moriré con desconsuelo".¹²³

La expansión inglesa en América del Norte y la navegación de navíos ingleses entre los dominios ingleses no lo podía impedir Carvajal, ni ningún ministro español en aquellas circunstancias, pero podía y quería librarse del asiento inglés, de modo que a este fin dirigía sus esfuerzos diplomáticos desde mayo de 1748 hasta lograr su propósito en octubre de 1750.

La eliminación de las actividades de la Compañía inglesa del Mar del Sur en la América española dejaba a las autoridades hispanoamericanas frente a frente con los contrabandistas ingleses, sin la mediación de la Compañía. Como no se llevó a la práctica la idea de Carvajal de establecer un puerto franco en las Indias para el libre comercio de esclavos, ya no habría en el futuro ninguna justificación posible de las ingentes cantidades de productos españoles hallados en navíos ingleses, y la lucha contra el comercio ilícito se vería así facilitada.

En cambio, Carvajal reconocía que España por sí sola no podía abastecer de ninguna manera a los súbditos indios con todos los productos que apetecían y necesitaban, principalmente a causa de la falta de industrias en la Península. Quería fomentar la industria española, y cuando tuvo poder lo hizo a toda prisa, pero aun así no podía soñar en desbancar o competir siquiera con los comerciantes extranjeros hasta dentro de muchos años. Estas mismas

preocupaciones eran compartidas por el marqués de la Ensenada, quien explicó que "la plata, que aunque de los dominios de V.M., es y será mercancía de participantes mientras los vasallos de V.M. solos no pueden hacer todo el comercio de América y haya fuerzas para defenderla contra todas las potencias de Europa".¹²⁴

Acelerar la autonomía económica de las colonias fomentando el desarrollo de sus propias industrias contradecía uno de los principios básicos del mercantilismo, porque al mismo tiempo que las industrias americanas independizaban a los consumidores de Indias de la necesidad de importar manufacturas extranjeras, los independizarían respecto de los productos españoles, y España no podría aprovecharse de su monopolio sobre el mercado hispanoamericano.

Por lo tanto, si no quería seguir con la política del pataleo contra el comercio ilícito prevalente hasta entonces, viendo cómo las demás naciones se enriquecían cada vez más a costa de España, Carvajal no podía idear otra solución que la de intentar controlar y beneficiarse del comercio extranjero en las Indias españolas mediante su legalización. De todos modos, la mayor parte del comercio gaditano, supuestamente español, no era en realidad español porque estaba dominado por ocultos y no tan ocultos comerciantes extranjeros. El mismo Ensenada se mostró partidario de autorizar el comercio extranjero con las Indias, siempre que se hiciese a través de los puertos españoles. Quería poner orden en el comercio americano, pero "sin exasperar las naciones en su comercio, que por necesidad y política es preciso le hagan, aunque no ilícito, sino por los puentes de España".¹²⁵

De una forma u otra, legal o ilegal, tenía que haber comercio en las Indias españolas. Esta verdad no se le escapaba a Carvajal, ni tampoco la de que aun teniendo España abundantes navíos y guardacostas sería difícil impedir el contrabando, mientras que teniendo pocos era empeño del todo imposible. Pensó entonces intentar aprovecharse de la rivalidad comercial entre Inglaterra, Francia y Holanda, sugiriendo que "es menester dar con disimulo una ventaja mayor a una de las tres potencias...para que ella tenga interés en nuestros progresos... la gracia está en dar de nuestra mano a la uno lo que lleva o algo más, para podernos quedar nosotros con lo que se llevan las otras dos".¹²⁶

Por varias razones que se verán más adelante, eligió a Inglaterra como la potencia más indicada para sus propósitos. El plan consistía en crear una compañía con participación de capital inglés y español, para comerciar legalmente

con América. De esta novedad se prometía Carvajal que, a más de fomentar el comercio español, "la Inglaterra queda empeñada en cuidar que sus súbditos no hagan Comercio ilícito en nuestras Costas, porque es pérdida suya entonces".¹²⁷

La idea era audaz sin duda, y Carvajal demostró así que su inventiva no estaba constreñida por las doctrinas mercantilistas si él veía que no servían a las necesidades españolas. Sin embargo semejante compañía habría producido múltiples conflictos, internos y externos, como había ocurrido con la Compañía del Asiento, pero de mucha mayor envergadura y complejidad.

La preocupación de Carvajal con la defensa de las Indias le indujo a propugnar una "política de salvaguarda" o "de conservación de lo no perdido" en la diplomacia española. Advertía que "siendo el alma del poder de España...sus vastos y opulentos Dominios de América, que no pueden defender, teniendo tres vecinos contrarios, cada uno más poderoso en mar por sí solo, a más de que todos tres se unen contra la defensa de ellos, y siendo infinitamente imposible ponerse en estado de restituirlos, queda indispensable que por esta razón es necesaria la alianza y auxilio".¹²⁸

En teoría, pues, Carvajal era partidario de concluir una alianza que fuese útil para la defensa de España y sus Indias. Quedaba solamente elegir la potencia idónea, teniendo en cuenta que sus propios intereses debían quedar también servidos con la alianza española. Decía Carvajal, "toda la política, o razón de estado consiste en elegir amigos, conocer enemigos, y saber tratar a unos y a otros".¹²⁹

Austria era una de las potencias europeas que Carvajal consideraba, en 1745, idónea para una alianza con España, de la cual sacarían mutuo beneficio. Austria tenía un poderoso ejército y estaba bien situada para distraer fuerzas francesas de la frontera española en caso de necesidad. Además la amistad austríaca aseguraría en sus Estados a los infantes españoles, y si Austria necesitara ayuda española en algún conflicto, pediría dinero antes que soldados, lo cual era más cómodo para las posibilidades de España. Otra razón de preferir a Austria como aliada, era que no tenía ni pretendía colonias americanas ni comercio marítimo, de modo que no surgirían fácilmente rivalidades austro-españolas en esos campos.¹³⁰

Sin embargo, no se quedó Carvajal estancado en sus ideas, pues su experiencia al frente de la diplomacia española y el cambio de énfasis en las preocupaciones de la política internacional le impusieron otras consideraciones

respecto de la alianza austriaca. Así es que en 1753 razonaba Carvajal que el nulo poder marítimo de Austria la inutilizaba como aliada, teniendo en cuenta que la necesidad más vital de España era de ayuda para defender sus dominios americanos. Austria desgraciadamente "es inútil para los empeños de la América, que es el alma de nuestra grandeza".¹³²

Además, Austria podría ser una aliada muy gravosa para España, pidiendo subsidios cuantiosos cada vez que se veía atacada. En cambio, Carvajal no veía en Austria ningún peligro para España y seguía dispuesto a ayudarla en aras de la estabilidad de los infantines en Italia y de su papel como defensora del catolicismo contra la Alemania protestante.

De esta misma opinión se mostró el marqués de la Ensenada, y así se favoreció el intento de liquidar la preocupación italiana de la diplomacia española, mediante la conclusión del tratado de Aranjuez de 1752 que estableció una alianza puramente defensiva entre España, Austria y Cerdeña.¹³³¹³⁴

Al contemplar las relaciones hispanofrancesas, la nota más destacable del pensamiento de Carvajal, a primera vista, es la desconfianza y el deseo de separación. Rechazaba la noción de que España debería seguir fiel a un borbonismo humillante y nada beneficioso para el país, diciendo: "En conciencia y en política deben los soberanos desatender su sangre... y sus hijos, por sus vasallos y dominios".¹³⁵ Hablaba con rencor de las "malas calidades" y la enemistad "irreconciliable" de los franceses respecto de España, y dedicó páginas enteras en repasar las "felonías" cometidas por Francia contra España en el pasado.¹³⁶ Dio por imposible el cultivo de una sincera amistad francoespañola, puesto que no se había logrado en medio siglo de tratos íntimos y aseveró amargamente: "la Francia nos ha de asesinar siempre, y ... nos hará mucho más daño siendo amiga que siendo enemiga".¹³⁷

Señaló también que entre España y Francia existían motivos de conflicto a raíz de las usurpaciones francesas en territorios considerados del Imperio español, recalcando que "nada de lo que poseen en América les hemos reconocido dominio".¹³⁸

En preparándose las conferencias de Breda, no dudaba Carvajal de que "si esos amigos [los franceses] hallan entrada, nos la pegarán sin duda",¹³⁹ porque temía que Francia concedería a Inglaterra alguna ventaja o ganancia en la América española.¹⁴⁰ "Vamos a ver" decía oara a la posible negociación de un equivalente por el asiento de negros, "si podemos asegurarnos de que esos angelitos no se mecen en nuestras cosas, que no deja de ser probable y nos importa".¹⁴¹

El modo adoptado por el gobierno francés de llevar las negociaciones de paz, así como la concesión a Inglaterra del continuado disfrute del asiento (sin siquiera limitar el número de años) sólo hizo que confirmar y aumentar el resentimiento de los "españoles" contra Francia. En consecuencia, tras el restablecimiento de la paz Carvajal se mostró decidido partidario de separarse de los franceses. "Tengo mis especies de que Vaulgrenant intentará tratados y alianzas. En el estado presente no lo conseguirá aunque yo lo ayudara, pero estoy lejos de hacer tal cosa. Por situación neutral y por sangre esa debe ser nuestra alianza, pero ellos no pueden obrar bien aunque quieran". Poco más tarde, ante la resucitación de la idea de una alianza entre España, Portugal y Francia, estaba decidido a rechazarla. "Ya sabes mi opinión", decía a Huéscar, "de no entrar en nada de comunidad con éstos [los franceses] porque siempre seremos tratados de hermano menor, y así solos a todo".

No obstante, durante 1747 y 1748 fue Carvajal quien decididamente sostenía la alianza borbónica. Una razón era el comprensible deseo de no abandonar a Francia (ni ser abandonados por ella) antes de liquidar la guerra. Diría Carvajal repetidas veces, "si acabamos en algún decoro y juntos, es obra máxima", "el ajuste en concurrencia de todos nunca lo he deseado ni puede tenernos conveniencia, aunque el hacerlo junto con éstos [los franceses], lo deseo, porque es más decoroso y porque nuestro amo es formal a la antigua", "se nosotros nos quedamos aliados de allí [Francia], no me pesará", "yo estoy firme en que hemos menester contemplar aún a los franceses".

Ahora bien, el motivo fundamental de que Carvajal desee mantener la alianza francesa hasta la conclusión del tratado de paz, era que él comprendía que España no tenía ninguna alternativa, si no quería salir de la guerra sin ganancias y además sin honor. Él pensaba como los otros miembros del "partido español", que la guerra en Italia no se debió emprender porque no afectaba los intereses nacionales de España, pero que una vez empeñados y comprometidos en dicha guerra, era preciso llegar hasta el final. Además, el "pacto de familia" de 1743 obligaba a Francia a defender también los intereses americanos de España, y aunque las experiencias pasadas enseñaban que la alianza francesa no era de una lealtad exquisita, Carvajal asumió plenamente la postura realista y objetiva de que no había otra opción aceptable, y luchó con decisión contra las opiniones partidarias de la retirada. "No ha faltado dictamen de que nos apartásemos sin sacar nada..., pero yo me he opuesto, no hallándome con humor de abandonar a un tiempo decoro y utilidades". "Lo malo es que no

640

podemos reposar fiados en ellos [los franceses], pero, ¿qué remedio? No hay otro camino", "no ay otra baraja", conque no conviene romperla sino es conser-
varla". "No hay que dudar en que no tenemos otra baraja y esto no se me niega, pero en cada mano se despelleja un naype".¹⁵⁰
¹⁵¹
¹⁵²

En este punto, tuvo Carvajal que combatir las desconfianzas y tendencias antibelicistas de los reyes, que Ensenada y Mina se encargaban de fomentar. "Y acá no faltan necios" lamentaba, "que no quieren disimular su desconfianza como si los demás no estuviéramos con oien ojos ostentando seguridad a todos".
"Mina con mui buen deseo me hará mucho daño porque siempre influye desconfianza...y esto se recibe como que es el carácter natural y por esso B. [Ensenada] lo frecuente y todo llueve sobre mí. Pero si no ay otra baraja ¿para qué será descomponerla?"¹⁵³
¹⁵⁴

Concretamente, el marqués de la Ensenada quería evitar o economizar los gastos de las operaciones militares en Italia y, con Mina, logró persuadir a los reyes de la conveniencia de retirar el ejército español, mientras que Carvajal y Huescar creían que era necesario respaldar la alianza borbónica con tropas y colaboración decidida en la guerra, hasta concluirse un tratado de paz.
¹⁵⁵

A Carvajal le costaba grandes esfuerzos que España se mantuviese en la alianza con Francia, y confesó a Huéscar "me quستا mucho afán el hacer mantener una apariencia de amistad y evitar una salida indecorosa; y más es estar con susto de si bastaré a conseguirlo, aunque por lo presente vamos bien y se conoce la precisión".
¹⁵⁶
¹⁵⁷

El apuro en que encontraba Carvajal y la política que adoptó ilustran con toda claridad que no era un hombre que se dejaba arrastrar por simpatías o aversiones personales, sino que buscaba siempre el mayor bien de su nación, según su propia informada convicción. "Para ti solo", confió a Huéscar en vista de la desidia prevalente en la Corte respecto de la guerra y alianza, "yo veo que el ánimo acá es de no hacer nada absolutamente, y estoy seguro de esso, conque se dilatará la obra, y ¿qué sé yo si éssos [los franceses] abrirán los ojos algo y pensarán algo que nos duela? Yo harto predico que mientras menos seguros los oreamos, debemos poner más cuidado en no darlos pretextos de que nos la peguen. ¿Quién creyera que yo avía de llegar a estar hecho defensor de ellos? Pues assí es, pero no me basta y lo peor es que quando doi mi razón,

641

no se me niega, pero se camina olvidándola. ¡Dios nos saque bien de el labyrinth!¹⁵⁸

El mismo realismo político le aconsejaba a Carvajal que si bien convenía a los intereses de España separarse de Francia una vez lograda la paz, para restablecer la independencia española y para poner a las dos potencias en pie de igualdad, tampoco no se trataba de destruir el poderío francés ni la posibilidad de una amistad francoespañola. Decía en mayo de 1747, "yo daré cualquiera cosa porque concluyamos acordes, que después nos veremos y ya saben que rogando serán atendidos, pero que eso de mandarnos se acabó"¹⁵⁹; y en 1753 se ratificó en que las relaciones amistosas entre los dos países no se debían romper: "El Rey debe mantener grande amistad personal con el Francia y entre las dos Reales familias; y en los estados trato y buena correspondencia".¹⁶⁰

De ningún modo, pues, quería Carvajal que se produjese una ruptura entre España y Francia. El deseaba cultivar la amistad francesa, pero sin llegar a una alianza permanente, que constreñiría excesivamente la diplomacia española. Asegurada la paz, decía en 1749: "Yo he menester mucho estudio en medir las expresiones [de amistad] porque si las doy evidencia, [los franceses] tomarán prenda para atar el dedo. No dudes que han de proponer tratado perpetuo de unión, alianza, etc., y de comercio. Yo lo tengo por evidente y ya ves que es para mí un oryisis horroroso. Convenir en ello ni acá se querrá, ni yo lo quiero. Negarse es desmentir las expresiones. Entrar y poner altas las peras es descubrir el corazón. Conque todo es difícil".¹⁶¹

Una razón evidente de querer mantener unas relaciones amistosas con Francia era que, teniendo una gran potencia militar, compartía una frontera con España, de modo que se enemistad les podía costar caro a los españoles. Tanto Ensenada como Carvajal pensaron en la contingencia de una invasión francesa de España y dictaron las medidas militares y diplomáticas más adecuadas para prevenirse contra ella.¹⁶²

Ahora bien, Carvajal pensaba que se debía cultivar las buenas relaciones hispanofrancesas no sólo porque hacer lo contrario no sería político,¹⁶³ sino porque en el fondo había que Inglaterra representaba un peligro para ambas potencias, y que el poder francés era imprescindible para contener la agresividad inglesa. Repitió esta idea varias veces: "nos enseñan a que no degemos

oprimir la Francia porque [los ingleses] no quieren nuestra amistad sino es nuestra substancia", y de los ingleses dijo "su fin es acabar con éssos [los franceses] y tanto no quisiera yo, pues no hallo en qué fundar la esperanza de que, si nos vieran sin poder tener abrigo, nos trataran bien".¹⁶⁴¹⁶⁵

Así pues no había que abandonar a Francia a su suerte, ni mucho menos, sino auxiliarla contra los ingleses cuando fuese necesario: "si apuran mucho a la Francia y pide socorro, prepárele despaño, para dar lugar a que la baxen un poco y cuando lo esté, empeñarse de recio y sacarla del apuro". En fin, había que "sobstenerla a toda costa; pero no dexarla ganar otra vez la superioridad".¹⁶⁶¹⁶⁷ Una cosa era anhelar una digna independencia para España, y otra muy distinta era quedarse sin amigos frente al empuje inglés "Si admitimos una paz [con Inglaterra]..., y con nuestra separación oprimían a la Francia hasta el punto que lo desea su encono, después de tenerla en miseria ¿que sería de nosotros? ¿Que harían de nuestras Indias? ¿Dónde habríamos de buscar auxilio?"¹⁶⁸

Por su parte, el marqués de la Ensenada se mostró más partidario de la neutralidad que de la alianza, como veremos, pero también él dejó entrever que creía probable que llegase el caso de constituirse una alianza hispanofrancesa contra Inglaterra, cuando afirmó que "es facil tener V.M. el número de bajeles que baste para que, unidos con los de Francia...se prive á ingleses del dominio que han adquirido sobre el mar".¹⁶⁹

Otro posible aliado de España era el vecino Portugal. Para Garvajal esta potencia tenía una importancia muy grande desde un punto de vista estratégico, tanto en la Península como en América, porque constituía "la puerta falsa o secreta"¹⁷⁰ para penetrar en los dominios españoles. No se trataba tanto de que Portugal invadiese a España (aunque en una guerra contra otra gran potencia también sería peligroso ese caso), como de que alguna potencia enemiga pudiese invadir los dominios españoles desde Portugal, con o sin la ayuda de esta nación, aprovechando el terreno llano que alcanza hasta la capital española. Está claro que pensaba Garvajal en Inglaterra, y también cabe extender el mismo riesgo a América, pues el Brasil funcionaba como otra "puerta falsa" de acceso a las Indias españolas, si no para ejércitos, sí para el comercio olandestino inglés.

Ante esta situación cabían dos posibilidades para la política española hacia Portugal: "o conquistarle, o confiarle".¹⁷¹ Se oponían al proyecto de con-

quista razones morales y prácticas, y los lazos matrimoniales que unían a los dos países y hacían imposible pensar siquiera en ello.¹⁷²

Por lo tanto era preciso cultivar también la amistad portuguesa,¹⁷³ para lo cual España tenía que dar inconfundibles muestras de sinceridad y franqueza, porque había que reconocer que Portugal tenía motivos de recelar de su relativamente poderoso vecino peninsular. Carvajal pensaba, pues, que convenía negociar con Portugal una alianza defensiva y ofensiva, y un tratado comercial, después de sanjar las cuestiones conflictivas de límites americanos. Además, se debería realizar una insistente política de enlaces matrimoniales hasta lograr, por extinción de una de las familias reales, la unión dinástica de Portugal y España.¹⁷⁴ Esta unión para Carvajal era tan importante que, sobre juzgar que la pérdida de Portugal fue para España como perder "la sangre pura y valsamica", afirmó que "el Ministro español que no piense en la reunión sin interbalo o no sabe su oficio o no tiene ley".¹⁷⁵

Ahora bien, tenía Carvajal una razón más para desear la alianza portuguesa, y era que los dominios coloniales de Portugal tenían que ser explotados por una potencia aliada, porque Portugal por sí solo no podía hacerlo. Esto ofrecía dos inconvenientes para España: uno por la contigüidad del Brasil con los dominios españoles, y otro porque en una guerra, si Portugal no estaba firmemente colocado dentro del bloque a que se adhiriese España, entonces cabía pensar que se uniría al bloque enemigo y las riquezas coloniales portuguesas y españolas se neutralizarían mutuamente, siendo desgastadas inútilmente.¹⁷⁶ En cualquier caso era necesario fomentar las buenas relaciones hispanoportuguesas, a todos los niveles, para eliminar los recelos y evitar que Portugal tuviese motivos para buscar la protección de un aliado poderoso.

El tratado de límites de 1750 fue una pieza clave en el sistema diplomático ideado por Carvajal. La resolución pacífica y amistosa de los conflictos hispanoportugueses en la América meridional fue una iniciativa innovadora de gran estadista. Con ello Carvajal esperaba cosechar valiosas ganancias, que se resumían en "asegurar la puerta falsa"¹⁷⁷ tanto en la Península como en América, y facilitar la colaboración lusoespañola en empresas de interés común, como la expulsión de holandeses, franceses, y quizás ingleses, de América del Sur.

La actitud de Carvajal hacia Inglaterra es el aspecto más oscuro y polémico del sistema diplomático concebido por él. En su Testamento Político de-

oía que convenía a Inglaterra y España negociar una alianza "firme, perpetua y absoluta", "preferible a toda otra, aunque anterior".¹⁷⁸ Algunas de las razones que aducía a favor de esta proposición eran que su régimen parlamentario representaba una garantía contra las veleidades de los reyes absolutistas, que tendían a perseguir sus objetivos particulares contrarios a veces a los intereses nacionales. Decía que los ingleses eran una "nación bizarra y de buena fe",¹⁷⁹ y daba todo el mérito de la colocación del infante Carlos en Nápoles a Inglaterra, acusando en cambio a Francia de querer obstaculizarlo.¹⁸⁰ Para rematar estos argumentos añadió que "no hay embarazo de honor, porque la Gran Bretaña no pretende precedencia sobre la España".¹⁸¹

Por otra parte, Carvajal se esforzaba en demostrar que las fuerzas inglesas y españolas eran complementarias, concediendo a Inglaterra la superioridad marítima y a España un apreciable poderío militar terrestre. La armada inglesa defendería a los dominios españoles de ataques o bloqueos por mar, mientras que el ejército español podría servir los intereses ingleses en Europa.¹⁸² Sin embargo sus argumentos no encajan bien, fundamentalmente porque España ganaría mucho más que Inglaterra, y porque Austria, aparte de estar mucho mejor situada para servir los intereses europeos de Inglaterra, cumplía ya con esa función y no pedía a cambio sino dinero y en todo caso ayuda diplomática para la defensa de sus heterogéneos Estados.

En efecto, cuanto más se ponderan las afirmaciones de Carvajal tanto más se vacían de sentido.¹⁸³ Repetidamente afirmaba que España no aspiraba a competir con Inglaterra en el mar,¹⁸⁴ pero ¿cómo era eso posible, teniendo en cuenta que España tenía un gran Imperio de ultramar que gobernar y defender?

Lo cierto era que España a mediados del siglo XVIII no podía competir en el mar con Inglaterra, pero en cambio necesitaba por lo menos intentar hacerse con una digna armada defensiva. El propio Carvajal lo reconocía, y se mostró privadamente a favor de que las fuerzas navales españolas se fuesen fomentando. "La marina nuestra debe aumentarse, pero con proporción y sin ruido, que ahora estamos alborotando el mundo con eso".¹⁸⁵

Aquí está la clave del pensamiento de Carvajal. Le desesperaba el reformismo ruidoso de Ensenada porque creía, con evidente acierto, que así sólo se conseguía alarmar innecesariamente a los enemigos, antes de estar en verdaderas

condiciones de sacar provecho y fuerzas de las reformas.¹⁸⁶ Además, Carvajal quería reconstruir la marina, pero "con proporción", porque él veía que los navíos de guerra se consumían en la guerra, además de consumir ellos muchos recursos,¹⁸⁷ y si bien comprendía la necesidad de poder contar con los suficientes navíos para mantener las comunicaciones imperiales y para ayudar en la defensa de las plazas estratégicas, él ponía más fe y esperanza en el fomento de la economía española, y especialmente de la industria.

En definitiva, pues, Carvajal quería disimular todo lo posible los recursos y las fuerzas de España. Él quería poco ruido y muchas nueces: "hagamos que no podemos y que es preciso sugetarnos"¹⁸⁸ aconsejaba Carvajal. Y ¿a quiénes quería engañar con esta política de disimulo? No cabe duda que Carvajal quería engañar a todos un poco, pero a los ingleses de manera especial.

Su política sería buscar la amistad inglesa, con el fin de ganar un precioso tiempo de paz para preparar la recuperación económica y militar de España, procurando entretanto amortiguar los conflictos y frenar las impacencias de unos y otros.

Ahora bien, había un punto del pensamiento de Carvajal, que él consideraba como condición previa para poder llegar a una alianza angloespañola: la devolución de Gibraltar. En su Testamento Político y en Mis Pensamientos lo enfocaba como una cuestión de "honor",¹⁸⁹ y de "decoro",¹⁹⁰ y afirmaba que la plaza no era muy útil para Inglaterra, mientras que su mantenimiento era costoso. Decía creer que se podría recuperar Gibraltar con bastante facilidad, y ofrecía como posibles "equivalentes": dinero,¹⁹¹ u Orán y Mazalquivir con garantía perpetua, y dinero.¹⁹² Sin embargo, en su correspondencia privada admitía que era muy difícil lograr la devolución, al mismo tiempo que reiteraba que sin ella no podía haber una verdadera amistad entre España e Inglaterra.¹⁹³

En cuanto a la separación española de la alianza con Francia, pese a haber declarado que era necesaria, en vista de la poca utilidad que suponía para España, Carvajal dijo y mostró pensar sinceramente que Inglaterra debería hacer algo que mereciese tal separación, porque ella sería la más beneficiada si España se hiciese independiente. Se llevó una decepción en esto, porque pensaba que los ingleses tendrían que intentar aprovecharse del cambio de monarcas en España, y se extrañó que no fueran más decididos. Decía "andan necios, ora, pues no han tratado de acariciarnos a toda costa, y yo lo esperé";¹⁹⁴ y más ex-

plicito todavía, "¿quién creerá que nos avían de solicitar a apartarnos sólo porque ellos gustan?... jamás hubiera creído que dejassen de ofrecernos ventajas grandes por la separación en que interesaban cien veces más que quanto valiere lo que nos diessen. No cabe duda que ha faltado timón en ellos y que les pesará".¹⁹⁵

Resumiendo, pues, Carvajal quizás hubiese deseado la alianza inglesa en algún momento, pero era un hombre que distinguía bien entre las ideas o posibilidades y las realidades. Pensaba que como los intereses de España aconsejaban la adopción de una política independiente, y una cierta separación de Francia, valía la pena ver si los ingleses estaban dispuestos a facilitar de algún modo esa política, pero no se trataba en absoluto de separarse de Francia para aliarse con Inglaterra. Se trataba de afirmar la independencia española a la vez que se mantenía relaciones amistosas con todas las potencias, cargando la mano algo con los ingleses tal vez porque eran los más peligrosos y al mismo tiempo los más suspicaces respecto del poder del borbonismo. Pero no se trataba más que de apariencias y disimulos, porque en definitiva lo que pretendía Carvajal era solamente "almibarar" las relaciones angloespañolas.¹⁹⁶

Carvajal sabía muy bien quienes eran los enemigos de España: "Y vamos claros": dijo a Muescar, "ellos nos enseñan a que no degemos oprimir la Francia porque no quieren nuestra amistad sino es nuestra substancia".¹⁹⁷ Los ingleses querían derrotar absolutamente a los franceses "y tanto no quisiera yo, pues, hallar en qué fundar la esperanza de que, si nos vieran sin poder tener abrigo, nos trataran bien".¹⁹⁸ Luego, la perspectiva de una guerra entre las potencias del norte de Europa, le dio esperanzas a Carvajal de que "cascándose nuestros ocultos enemigos y mirándolo nosotros, ellos enflaquecen y nosotros nos nutrimos; y si las deudas de Ingleses se aumentan, entonces estarán más humanos, que la necesidad es gran remedio contra la soberbia".¹⁹⁹ Y cuando Keene pidió las cédulas para el asiento y navío de permiso, sin mencionar la negociación de un equivalente como se había acordado, Carvajal exclamó: "Mira las salidas de los señores Ingleses y creen ay [en Francia] que tenemos la el moratado. Así se enredan bien en el Norte que no dudo estarán un poco más tratables!"²⁰⁰

En realidad, pues, a pesar de que tanto en el Testamento Político como en Mis Pensamientos abogaba Carvajal por la alianza inglesa, a la hora de la verdad deseaba y trabajaba duramente por mantener una neutralidad provechosa para

España, mientras durase la paz. Cuando estallase la guerra España obraría en propio interés según las circunstancias, bien manteniéndose, bien uniéndose a uno de los beligerantes.²⁰¹ Decía Carvajal en 1749, con respecto a las alianzas: "Yo quisiera mantenerme como la materia prima, pero robusteciéndola sin infundirle forma inglesa si no es que fuese gibraltarina, y la francesa tampoco sin ser rossellonina".²⁰² Y en otra ocasión: "Si yo tuviera libertad, mantuviera entre ellos [los ingleses] y éstos [los franceses] un equilibrio que fuese útil".²⁰³

Con estas ideas de Carvajal se compenetraban bastante bien tanto Húsosar como Ensenada. El duque decía, "soy de parecer que no conviene hacer tratado ninguno, así porque no nos produce utilidad, como porque de nuestra inacción política nos aseguramos de no dar celos a la Francia... que nos armásemos siempre que hubiese carambola para no movernos y para sacar partido de nuestra respetable tranquilidad".²⁰⁴ con lo cual se mostraba más inclinado a mantener la neutralidad incluso en tiempo de guerra, aunque armándose España para sacar el máximo provecho de la situación. El marqués por su parte decía: "Es preciso que con nadie nos liguemos y que en tranquilidad sólo pensemos en cuidar de nuestras cosas con espíritu de guerra y economía compatible".²⁰⁵ Las alianzas sólo lo arrastrarían a la guerra, en contra de los intereses nacionales, cuando a España lo que le importaba era promover su propia recuperación económica con el fin de hacerse respetar por todos.²⁰⁶ Tanto ingleses como franceses tenían ciertos intereses y objetivos que, además de enfrentarlos entre sí, los enfrentaban a España y por eso aconsejaba Ensenada que Fernando VI aspirase a ser "el árbitro de la paz y de la guerra, y muy natural que la Inglaterra compre a V.M. la neutralidad restituyendo a Gibraltar, y la Francia demoliendo a Bellaguardia, y cediendo parte de sus privilegios sobre el comercio de España".²⁰⁷

En fin, Carvajal resumió los principios básicos de su pensamiento sobre la diplomacia española así: "Te aseguro que se podía tomar un sistema circunspecto con afectación de dulzura, sin dificultar lo debido por tratados, sin dar un cabello de gracia, con suma vigilancia sobre que los subalternos ejecuten lo mandado, que sin poderse ninguno quejar nos avían de lisongear y ir robusteciéndonos por días".²⁰⁸

Ahora bien, el pensamiento de Carvajal y sus colegas sobre la política

internacional tenía que tomar bajo consideración el potencial bélico que estaba en juego. En este sentido el siglo XVIII representaba un período muy interesante en cuanto que conoció un auge de los grandes ejércitos, índice todavía preponderante del poderío de cualquier país europeo continental; pero que también tomaba conciencia de la importancia vital del poder marítimo en las situaciones bélicas a escala mundial. Esto conducía a desfases y mayores dificultades en la valoración y comparación del potencial bélico efectivo de los Estados.

Por otra parte, se empezaba a reconocer la relación existente entre recursos económicos y fuerzas armadas, de manera que los diplomáticos europeos procuraban averiguar pormenorizadamente todo cuanto podían sobre los resortes económicos de los países extranjeros, mientras que los gobiernos se mostraban sumamente celosos y codiciosos de las ventajas comerciales que pudiesen ser objeto de negociaciones internacionales.

Una de las ideas que más firmemente unía a los miembros del "partido español" en 1746 era que los años de guerra bajo el reinado de Felipe V habían agotado tanto la economía como el potencial bélico de España, exacerbando la despoblación y la pobreza material del país. En consecuencia la primera necesidad de España era de mantenerse en paz durante algunos años para reponer sus fuerzas.²⁰⁹ El pacifismo propugnado por los "españoles" no pretendía ser un fin en sí mismo, como lo era para Fernando VI, sino un medio para alcanzar otro objetivo: la revitalización del país. Ensenada creía en 1751 que bastarían otros seis años de paz para restablecer las fuerzas económicas y militares de España.²¹⁰

La paz debía extenderse a todos los frentes sin excepción para sacar el máximo provecho de modo que Ensenada abogaba por la paz no sólo con las potencias europeas, sino incluso con las musulmanas del norte de África, con las cuales España siempre se consideraba en guerra perpetua. Las incesantes rencillas y escaramuzas con los moros no ganaban nada ventajoso para España y en cambio ohupaban continuamente de sus recursos.²¹¹

Ahora bien, tampoco no se esperaban milagros de una simple política pacifista, y se tenía conciencia clara de que eran precisos muchos años de duro y callado trabajo para mejorar el estado del país. "En quietud espero se puedan poner en práctica varias ideas", decía Ensenada, "que no diré harán temida

de todos esta Monarquía, porque sería locura, pero si que la situarán dentro de poco tiempo de manera que no jueguen con ella, que es a lo más que podemos aspirar".²¹² Huéscar hablaba de que el único modo de hacerse respetar España "consistiría en nuestro buen gobierno y que esto no es obra de un día sino de muchos años".²¹³ Aún más explícitamente explicó: "Nosotros estamos sin fábricas y, lo que es peor, adormecidos en la mayor ignorancia nacida de la falta de educación... Es preciso remediar estos daños, no en un día, porque la obra consta de muchas cosas muy bastas, sino poco a poco y con mucha sagacidad y cautela".²¹⁴ Carvajal también confiaba en que España llegaría a ser respetada, manteniéndose la paz, si nos dejan obrar lo conveniente en casa".²¹⁵

Puesto que España se encontraba siempre expuesta a una invasión desde los Pirineos o desde Portugal, necesitaba poder contar con un ejército lo suficientemente poderoso como para defender el territorio nacional. Carvajal lamentaba la falta de gente en España, tanto en términos absolutos como en términos relativos (tomando en cuenta el alto porcentaje de población no activa que arrojaba la estructura social española), pero creía necesario un ejército de 120.000 hombres.²¹⁶ Ensenada por su parte se mostraba mucho más ambicioso, pues quería cien batallones y cien escuadrones, porque pensaba que España no se podría defender de Francia más que durante una o dos campañas, y que necesitaría la ayuda de aliados.²¹⁷

En cuanto al poder marítimo, Carvajal decía: "Yo no sé en qué se funda que la España no se tenga, y haga tener por potencia marítima, cuando domina más mar en la Europa, é infinito más en la América, que la Inglaterra y Holanda juntas, y estas se han levantado con este nombre sin más razón que conocer su interés, que nosotros ignoramos".²¹⁸ La misma idea expresaba repetidamente Ensenada: "No hay potencia en el mundo que necesite más las fuerzas marítimas que la de España, pues es península, y tiene que guardar los vastísimos dominios de América".²¹⁹ Y "sin Marina no puede ser respetada la Monarquía española, conservar el dominio de sus vastos estados, ni florecer esta península, centro y corazón de todo".²²⁰

No era ésta una idea original, pues la literatura española, e incluso extranjera, del siglo XVIII estaba llena de referencias a la necesidad española de una flota poderosa. Existían incluso refranes populares sobre el tema, uno de los cuales recogido en una obra publicada en 1747, rezaba:

"Docil, y humilde la tierra

al que es dueño del mar

primicias suele pagar".²²¹

Sin embargo, Carvajal no parecía captar la esencia de una guerra naval, y seguía considerando la flota sobre todo como medio de transporte de tropas hasta los lugares del imperio atacados o amenazados por el enemigo. Quizás este punto de vista es justificable dado que todos los políticos españoles pensaban entonces en guerras puramente defensivas. Así y todo, Carvajal era partidario de un activo programa de construcción naval. "En mi dictámen", decía, "en no teniendo España 50 navíos, 25 de 40 cañones, 25 desde 70 hasta 120, y 25 ó 30 fragatas desde 20 hasta 50 cañones, no tiene lo que ha menester, y a pocos años debe tratar de aumentar este número", y se deben destinar fondos para ello. Lo mismo decía Ensenada, "la marina requiere tesoros o seremos inútiles siempre".²²²²²³

Pero sus proyectos eran más ambiciosos que los de Carvajal, pues decía que eran necesarios 60 navíos de línea más 65 fragatas y embarcaciones menores, para poder hacer frente a la armada de Inglaterra.²²⁴

Para el marqués era casi una obsesión su afán de restaurar el poderío marítimo de España: "Sueño con la Marina, y lo que siento es que no la puedo fomentar sin que se conozca".²²⁵ Este deseo de discreción, e incluso de secreto, en la reconstrucción de la marina española resulta comprensible. Derivaba del temor a despertar los recelos extranjeros, en particular ingleses, antes de estar España en condiciones de defenderse eficazmente de sus ataques.

El propio Ensenada lo reconocía al recomendar en la medida de lo posible que el fomento de la marina debía llevarse a cabo con "afectada moderación para no despertar la envidia de los enemigos de nuestra felicidad".²²⁶

A Carvajal en especial le preocupaba sobremanera la posibilidad de que la recuperación española alarmase excesivamente a las potencias rivales, empujándolas a un enfrentamiento armado prematuro. Por eso siempre aconsejaba el "no hacer ruido ni dar recelos". Su cuidado estaba basado, claro está, en el realismo con que contemplaba el estado del país, que quería minimizar aun más para el público el poder y los recursos de España, con el fin de inducir a los enemigos a confiar en su propia superioridad. En 1747 decía: "Yo concibo que en el estado presente no hay otro partido que tomar que mostrarnos como vencidos, de que no podemos competir por mar, para que crean [los ingleses] que no les queda que vencer".²²⁷ Con el paso de los años se agudiza esta preocupación de Carvajal, y recalca una y otra vez que las fuerzas navales españolas eran

²²⁹
débiles, llegando casi a parecer querer convencer a los ingleses de ello: "la España lisonjeándose mucho, sólo puede llegar a tener sesenta entre Navíos y fragatas; y conosco que no puede llegar a tenerlos todos armados, ni a un tie-²³⁰po, ... Ya se ve que esta Armada no puede darle superioridad de la de Mar".

Paz, neutralidad, alianza, guerra, subsidios, ejército y marina: son todos ellos elementos de que hay que hablar cuando se plantea la estructuración de un sistema diplomático, o la persecución de una política exterior meditada y coherente. Sin embargo, esos elementos no son sólo términos políticos sino que en la práctica tienen un significado económico. Y fue precisamente la comprensión de la relación entre la política y la economía que caracterizó y guió el pensamiento de los "españoles" sobre España, sus Indias, y la diplomacia que mejor las serviría. No fueron, ni mucho menos, los primeros descubridores de esa relación entre política y económica, ni siquiera en España, pero lo que les distinguió fue su intento de adelantar los intereses generales de la nación mediante la coordinación de la política exterior con una política interior reformista y regeneracionista.²³¹

El motivo de desear tan fervientemente la paz fue para poder canalizar los esfuerzos gubernamentales y las energías del pueblo hacia la restauración económica y demográfica de España. Sin población no habría productores, ni soldados, ni marineros. Sin una economía floreciente no habría riqueza para respaldar una política exterior independiente y eficaz.

Como decía Ensenada: "Señor, con pingüe Erario tendrán efecto las altas ideas de V.M. para que sean felices sus reinos, y sin él será inútil cuanto se discorra y emprenda, porque el fundamento para todo es el dinero".²³²

Así pues, Ensenada fuertemente respaldado y ayudado por Carvajal se dedicó a las reformas económicas, no sólo por las ventajas que tenían en sí, sino porque constituían la condición esencial del resurgir de España en el escenario internacional, como primera potencia en todos los aspectos.

En el siglo XVIII fue en España el gran siglo del reformismo borbónico y del proyectismo ilustrado, centrados en tres preocupaciones principales: la reordinación de la Hacienda, el fomento de los recursos económicos, y la rehabilitación del comercio hispano-americano.²³³ Ensenada y los "españoles" reformistas eran hombres nuevos, hombres económicos típicos del siglo XVIII, quienes procuraban aunar a su formación católica y su patriotismo de base, las nuevas corrientes culturales y técnicas procedentes del extranjero, y el afán

de riquezas que habría de caracterizar la todavía embrionaria mentalidad burguesa.²³⁴

No es de extrañar, pues, que en todos los informes y proyectos elevados por Ensenada al rey se apreciara un enorme afán de reforma que, basada en una amplia información y experiencia, había de ser sistemática, profunda y eficaz.²³⁵

Concentró su atención en la reorganización fiscal, suprimiendo los impuestos perjudiciales, aumentando o innovando los más rentables y mejor distribuidos, y rescatando de manos de los arrendadores usureros las finanzas estatales. Su máximo esfuerzo en este terreno fue la realización del catastro general con vistas a la implantación en Castilla de la contribución única, que no logró al fin llevar a la práctica. Con estas medidas Ensenada consiguió incrementar considerablemente los ingresos estatales, sin agravar la situación de los vasallos más pobres. El Concordato firmado en 1753 entre Fernando VI y Benedicto XIV fue también obra del marqués en gran parte, ayudado por el confesor del rey, Francisco Máximo, y representó sin duda un notable avance del regalismo en España.

Por otra parte, Ensenada hizo lo posible por fomentar la agricultura, la industria y el comercio. Restituyó a los pueblos rurales sus baldíos comunales, organizó regadíos, la repoblación forestal, y la enseñanza práctica de nuevas técnicas agrícolas a los campesinos. Envió a los célebres marinos Juan y Ulloa, al economista Bernardo Ward y a otros muchos talentos españoles, en viajes por toda Europa para recoger información sobre todos los medios más modernos de revitalizar la economía y la ciencia españolas.²³⁶ Hizo construir caminos y canales,²³⁷ y trajo a España especialistas extranjeros para dirigir las empresas más variadas y para enseñar a aprendices españoles. Guillermo Bowles vino a informar sobre las minas españolas y a poner en funcionamiento un moderno laboratorio químico; el francés Charles Lemaire dirigió la construcción del canal de Castilla, Briant, Tournell, y Bothwell vinieron a construir barcos; Quer se ocupó de las plantas silvestres de España.²³⁸

No obstante, fue la reconstrucción de la marina el empeño en que más trabajó. Era una tarea de múltiples vertientes. Había que pensar en las numerosas materias primas, en la arquitectura naval, en los constructores y otros artesanos, en los marineros y pilotos, en los arsenales y fábricas de pertrechos navales, en los puertos y en los caminos interiores de abastecimiento.

En 1746 el estado de la marina española era verdaderamente deficiente, tanto en relación con las necesidades imperiales de España y sus Indias, como en comparación con la agresiva marina inglesa, que resultaba abrumadoramente superior. Los esfuerzos de Alberoni y de Patiño se habían perdido, y al ascender Fernando VI al trono había solo 34 barcos, de los cuales nada más que 24 se podían considerar como unidades de fuerza al poseer más de 50 cañones cada uno. Otros tres navíos de guerra se estaban construyendo entonces en La Habana.²³⁹

En 1746 Ensenada hizo publicar las ordenanzas generales de la Armada y prosiguió la labor que había empezado siendo secretario del Almirantazgo para el fomento de la marinería. Cuando dejó el ministerio en 1754 las matriculas de mar registraban un total de 40.000 marineros españoles. Se ocupó asimismo de que se iniciaran los trabajos de los arsenales de Cartagena, El Ferrol y la Carraca, que no se verían terminados hasta muchos años después.²⁴⁰

En un informe de 1751, Ensenada llamó la atención sobre la absoluta insuficiencia de las fuerzas navales españolas, que se reducían entonces a 18 navíos y 15 embarcaciones menores.²⁴¹ Empero, gracias a sus labores, para 1752 estaban ya cortadas y labradas las piezas para 70 navíos de línea y 24 fragatas. El programa de reconstrucción empezó a realizarse, y para el año 1754 España contaba con 45 navíos de línea y 19 fragatas, todos en excelentes condiciones, listos para nacer servicio y totalmente pagados.²⁴² La importancia de este aumento de la potencia española sin lugar a dudas preocupaba al gobierno inglés, y fue un motivo determinante de la participación de Keene en la caída de Ensenada.²⁴³

En definitiva, la labor realizada por Ensenada desde 1746 hasta 1754 era lo que daba sentido profundo a la política exterior contemporizadora de Carvajal, y ésta a su vez lo que posibilitaba la materialización de los proyectos de Ensenada.²⁴⁴

Con el advenimiento de Ricardo Wall a la secretaría de Estado, y la caída de Ensenada, se hizo irresistible la tendencia de los reyes hacia una política de total inacción, que percibiera Carvajal en 1749. Wall sin duda alguna pecaba de anglófilo en exceso cuando se encargó de su nuevo puesto, lo cual se puso de máximo relieve al prestarse Wall a colaborar en la conjura contra Ensenada, pero con el transcurso de los años fue cambiando de opinión y alejándose

de sus amistades inglesas. El quería y creía obrar para bien de España, pero su condición de extranjero le exponía a celos y críticas, y los demás ministros ya no cooperaban en una política nacional coherente. Los reyes sólo querían conservar la paz, y a Wall le tocó el papel más difícil en el momento más delicado y peligroso de las relaciones internacionales.

Luchaban Inglaterra y Francia por la amistad española, se consumó la "revolución diplomática" y toda la atención de las potencias atlánticas se desvió definitivamente de las querellas europeas hacia las preocupaciones coloniales y comerciales. Ya cuando se firmó el tratado de Aquisgrán había una clara conciencia de que la paz no podía durar, porque todo el mundo percibía que no era más que una tregua y que los graves conflictos coloniales y comerciales que enfrentaban a las potencias europeas, no habían hallado solución. Ingleses y franceses venían tanteándose en América del Norte desde 1750, las hostilidades empezaron en la cuenca del río Ohio en 1754, y la guerra total se declaró en 1756.

Por segunda vez, los conflictos originados en América enfrentaban a dos potencias europeas, y España tenía que escoger su camino, de acuerdo con sus propios intereses y recursos, pero también procurando medir las fuerzas de sus dos rivales.

Wall heredó la política de neutralidad ideada y establecida por Carvajal y los "españoles", y a pesar de las vicisitudes por las que pasó la opinión de Wall, la neutralidad española se mantuvo, en la paz y en la guerra, sobre todo por el horror de los reyes al cambio y a la guerra, pero también porque no estaba tan claro en 1756 y 1757 que Inglaterra acabaría venciendo. Las fuerzas inglesas y francesas parecían bastante equilibradas, de manera que había esperar (como muchas veces habían pronosticado Carvajal y Huéscar) que uno y otro bando desgastarían sus recursos inútilmente, neutralizándose mutuamente y sin conseguir nada decisivo, como ocurrió en Aquisgrán. Tal desarrollo de los acontecimientos sólo podía beneficiar a España, si se mantenía neutral administrando sabiamente sus fuerzas y sus buenos oficios. ¿No insistían Carlos de Nápoles y su ministro Tanucci, aún en 1759, que la neutralidad era la salud de España y de Italia?²⁴⁵

Los conflictos hispanoingleses en América, especialmente sobre los derechos a la corta del palo centroamericano y a la pesca del bacalao de Terranova,

y las violaciones sufridas por la bandera española a manos de los corsarios y navíos de guerra ingleses, no constituían en sí mismos motivo suficiente para entablar una guerra que no había ni garantía de ganar ni objetivos rentables, y sí mucho riesgo de desgastar los escasos recursos españoles para nada, o incluso de perder catastróficamente.

Las primeras victorias importantes fueron para los franceses, y ello parecía respaldar la creencia generalizada en Europa de que Inglaterra no podía enfrentarse con éxito a Francia sin el apoyo de una coalición envolvente. Por lo tanto, y aunque se ha condenado la actitud del gobierno español al mantener la neutralidad en 1756,²⁴⁶ no parece que fuera una política tan equivocada, al menos en aquellos primeros meses.²⁴⁷

Con el transcurso del tiempo y la frecuente repetición de las agresiones e impertinencias inglesas contra los derechos españoles, (muriéndose además el embajador Keene en el momento más crítico), se acabó la paciencia de Wall, quien empezó a inclinarse decididamente hacia los franceses, disponiéndose a defender la neutralidad y la soberanía de España con las armas. Pudo persuadir a Fernando a ordenar el armamento de una flota española, con fines puramente defensivos, antes de sobrevenir la serie de circunstancias adversas que habrían de llevar en última instancia a la derrota y a un nuevo desmembramiento del Imperio español.

En 1758 las aplastantes victorias inglesas auguraron mal para España y sus indias, pero Wall no pudo hacer nada porque coincidieron con la enfermedad y muerte de la reina Bárbara, lo cual paralizó al gobierno español mientras el rey se desmoronaba psíquica y físicamente hasta morir un año después. Lo insostenible de esta situación de anarquía gubernamental empujó a Wall a solicitar la intervención del heredero Carlos pero, aunque se mantuvo un contacto constante entre Wall y los ministros napolitanos Tanucci y príncipe de Yaci, no se decidió Carlos a intervenir hasta pocos días antes de morir Fernando.

Desde el comienzo de sus intervenciones en el gobierno de España, Carlos se mostraba vivamente interesado y preocupado por la vertiente americana de la política exterior española,²⁴⁸ pero después de ascender al trono mantuvo la política de neutralidad todavía durante dos años, aunque dedicando grandes esfuerzos diplomáticos al intento de acortar las pretensiones inglesas en América del Norte. Finalmente, la tardía entrada española en la guerra al lado de

Francia no pudo variar el desenlace temido, y además de la eliminación de la presencia francesa en América, solo se pudo rescatar La Habana de manos inglesas con el sacrificio de la tan asediada Florida, con lo cual el conflicto sobre la colonia inglesa de Georgia quedó resuelto a favor de Inglaterra, como ocurrió también con el conflicto sobre el derecho inglés a cortar palo en Honruras.

La política pacifista y contemporizadora de la neutralidad había sido inaugurada por Carvajal, con el apoyo del "partido español", para favorecer ciertos propósitos y objetivos de vital importancia para España: la independencia política, la recuperación económica, y la defensa de las Indias. Ahora bien, los "españoles" pensaban en mantener la neutralidad sólo mientras estaban equilibradas las fuerzas enfrentadas de Inglaterra y Francia, conviniendo en que España no podía de ninguna manera permitir la total derrota de los franceses a manos de los ingleses, y por tanto dando por supuesto que bajo ciertas circunstancias España debería aliarse con Francia contra Inglaterra. No se puede saber si Wall se dio cuenta de que el equilibrio se había roto en 1758 y de que era el momento de actuar, pero aun en el caso de que así fuera no tenía ninguna posibilidad de convencer de ello a Fernando VI en ese postrer año de su vida.

En definitiva, la preocupación americana en la diplomacia española pasó de ser secundaria, y de un enfoque acusadamente utópico e irredentista bajo el reinado de Felipe V, a ser un aspecto destacado de una política global de signo patriótico e independiente, reformista y regeneracionista, que contaba con los recursos materiales y humanos de América para potenciar la recuperación económica y política de España. Siguiendo la pauta general de Europa, entre los móviles de las actuaciones diplomáticas y bélicas, dejaron definitivamente de predominar los de tipo religioso o dinástico ante el auge de los de tipo estratégico y económico. Así llegaron a ser preocupaciones principales de la política exterior española desde 1748 el asiento inglés, el comercio ilícito en América, la extracción de plata y materias primas hispanoamericanas, las usurpaciones territoriales, la pretensión extranjera a la libre navegación en los mares americanos, el control del estratégico estuario del río de la Plata, y el derecho de pescar bacalao en el gran banco de Terranova.

La paz de Aquisgrán no resolvió ninguna de estas disputas, y por eso mismo

los dirigentes españoles sabían que no podría durar la paz, pero ello no significa que este tratado fuera desfavorable para España. Al contrario, en vista de su debilidad, el pacifismo de Fernando VI, y lo precario de la alianza borbónica, todos los ministros convinieron en que el tratado era muy aceptable, pues ya que no se podía aspirar a unas soluciones favorables, tampoco las imponía desfavorables.

El tratado de comercio de 1750 representaba los esfuerzos de Carvajal para conciliar a los ingleses quienes, a pesar de sus fracasos en la primera guerra americana, no se sentían en absoluto dispuestos a ceder en su actitud agresiva respecto de sus pretensiones comerciales. Fue el mejor tratado que la tenacidad de Carvajal pudo arrancar al igualmente tenaz Keene. Por un lado, dejó a salvo las pretensiones españolas en América, e incluso acabó con el odiado asiento inglés, pero tuvo que reconocer ciertos derechos del comercio inglés en España, aunque sin duda confiando en poder rebajar sus ventajas en el futuro, cuando España pudiese defender mejor sus propias pretensiones. La clave para enfocar y comprender este convenio comercial reside en que Carvajal no tenía apenas armas para enfrentarse a los ingleses, y optó por ceder un poco con el fin de ganar tiempo y fuerzas para mejor defender los recursos que aún tenía España.

El tratado de límites hispanoportugués también obedecía a una visión realista de la historia de la colonización de América del Sur, pero si en este caso eligió Carvajal el camino del borrón y cuenta nueva, era porque creía que un paso tan insólito, tan innovador, le permitiría construir sobre una base segura cara a la futura defensa de los dominios americanos. Sin embargo, el cambio de gobierno en Portugal y los conflictos surgidos en torno a las siete misiones guaraníes desbarataron los proyectos de Carvajal.

Si bien no escapó del todo al utopismo en lo referente a los beneficios y efectos que se prometía del tratado de límites, no cabe duda que estaba inspirado en una objetiva y valiente apreciación de los hechos, que rompía con la inercia mental de siglos, y que con las mejores intenciones pretendía cortar por lo sano, no sólo para mejor conservar lo que quedaba del Imperio sino para construir un puente sólido hacia la amistad de Portugal que, mientras tuviese sus propios motivos de conflicto con España, serviría siempre de "puerta falsa" por donde los ingleses pudiesen atacar e invadir los dominios españoles.

Carvajal y Ensenada compartían los mismos principios, tenían los mismos objetivos, y sus diferencias se referían sobre todo al modo de actuar en algunas situaciones concretas, surgiendo a veces esas diferencias precisamente de las competencias y obligaciones de sus respectivos cargos gubernamentales.

Las diferencias de interpretación de la neutralidad que se han atribuido a Carvajal y Ensenada (diciendo que el primero prefería las astucias, mientras que el segundo quería una neutralidad armada) en realidad no existían. Ambos deseaban armar a España, tanto económica como militarmente, pero mientras no se materializasen sus proyectos, Carvajal tenía que echar mano de cualquier "arma" sucedánea que pudiese servirle. En efecto empleó con suma habilidad el "secreto y maña", en lo cual no le imitaba Ensenada, no porque no quería sino porque no podía. Las actividades reconstructoras del marqués eran espiadas y conocidas en detalle por todas las Cortes europeas, y especialmente por Inglaterra.

Si Wall podía haber sido un signo sucesor de Carvajal, manteniéndose Ensenada en su sitio, la caída de éste rompió el fragil equilibrio ministerial y le restó eficacia a las gestiones diplomáticas de Wall. Fue su mayor error prestarse a la conjura dirigida por Keene y Huéscar contra Ensenada, pero lo comprendió demasiado tarde. Carvajal y Ensenada habían representado a la perfección sus respectivos papeles de enemigo "bueno" y enemigo "malo" cara a los ingleses pero Wall se quedó de "bueno" sin tener a nadie que se encargase de enseñar los dientes españoles de vez en cuando.

Después, cuando se dio cuenta de su error, hizo lo que pudo para salvar la situación, agriando sus protestas, tomando algunas represalias, y ordenando el armamento de una flota española, pero no estaba seguro de la conveniencia de entrar España en la guerra, y aun si lo hubiese estado, sabía a ciencia cierta que Fernando VI no se dejaría convencer. No se convenció de ello inmediatamente siquiera el inteligente e informado Carlos III, de modo que la neutralidad fernandina de 1754 a 1759 difícilmente se podría calificar de necia, y si por desgracia facilitó las cosas a los ingleses, desde luego que no fue ésa la intención de Wall.

LA PREOCUPACION AMERICANA EN LA DIPLOMACIA ESPANOLA, 1739-59: PANORAMA
Y CONCLUSIONES. NOTAS.

- 1 Véase el interesante trabajo de Harry Bernstein, Origins of Inter-American Interest, 1700-1812, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1945.
- 2 Jover, 1956, p. 92, dice que la política mediterránea "absorbe las mejores energías de nuestra diplomacia durante la primera mitad de la centuria [XVIII]" y "el reinado de Felipe V coincide...con una política de irredentismo mediterráneo".
- 3 Béthencourt, 1954, especialmente pp. 5-25.
- 4 Funcionario de la secretaría de Estado de 1709 a 1736, en noviembre de este año sucedió a Patiño al frente de ese departamento, siendo nombrado al mismo tiempo secretario de la reina. En 1738 fue ascendido a consejero de Estado y al año siguiente recibió su título nobiliario. Gómez Molleda, 1957, pp. 47-8, y Osanam (ed.), 1975, p. 99.
- 5 Id.
- 6 Keene a Newcastle, publ. por Coxe, 1815², III, p. 293, y cit. trad. por Béthencourt. 1954, p. 26, nota 16.
- 7 La única voz notablemente disconforme con la opinión predominante era la del jurista Antonio Álvarez de Abreu, marqués de la Regalía en 1738, cuyos dictámenes eran siempre mucho más realistas, objetivos y viables. Véase regalía al Rey, Madrid 30 noviembre 1738, (copia), Aus, Estado, leg. 7633. Era consejero del Consejo de Indias desde 1731, y había sido gobernador de Caracas, alcalde visitador del comercio entre Castilla y las Indias, y fiscal de la Casa de la Contratación. Su hijo Félix de Abreu se asociaría en años venideros con el "partido español" de Carvajal y Ensenada.

8 Montijo al Rey, San Lorenzo el Real 9 noviembre 1737, (copia), leg. 7633, Laysequilla a Montijo, Madrid 4 diciembre 1738, (original), leg. 7632. Quintana a Montijo, Madrid 5 diciembre 1738, (copia), leg. 7632. Monsiés de Barcia a Montijo, Madrid 21 febrero 1739, (copia), leg. 7633, y Montijo a Quadra, Madrid 20 marzo 1739, (copia), leg. 7632.

9 Era un tipo de diplomacia "propicio a confiar al rigor dialéctico de un farragoso estudio jurídico el triunfo de su gestación", que Jover, 1956, p. 80, cree desaparecido en el siglo XVIII, pero que en estos años entre Patiño y Garvajal volvió a caracterizar las actitudes diplomáticas españolas.

10 El utopismo de la actitud compartida por la mayoría de los consejeros de Felipe e Isabel, era tan flagrante que lo comentó el embajador francés a propósito de villarias: "El fallo está en que no se sabe determinar lo que es verdaderamente posible de lo que no lo es, y es aquí donde influye el viejo estilo, quiero decir el espíritu de un ministro acostumbrado a presumir de las fuerzas de su país, a medir sus esperanzas por la dignidad de la monarquía y a abodecer a una Reina cuyos deseos no han tenido límite jamás". Vauréal a Argenson, 7 septiembre 1746, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 48.

11 Sobre el revisionismo utópico de los políticos españoles del reinado de Felipe V, véase Gómez Mollada, "España en Europa. Utopía y realismo de una política", *Arbor*, núm. 110, Madrid, 1955, pp. 7-13.

12 Montijo a Quadra, Madrid 20 marzo 1739 (copia), AGS, Estado, leg. 7632, decía que no había que retroceder ante "una guerra, en que convinadas, y tomadas todas las posibles medidas, à ser durable les sería funesta [a los ingleses]; pues à mas de consumirles sus propias fuerzas, siendo tan distintas las que contra ellas se necesitarán por el limitado daño, que pudieran hacer en las costas de España, y difícil subsistencia en las de América; el partido preciso de oposición en aquel País, evacuado el orgulloso impetu de las dos primeras campañas, haría tan difícil, la subsistencia de subsidios para proseguirlas, como ciertas sus oposiciones domesticas para acabarlas".

- 13 Alfonso Danvila, El reinado relámpago. Luis I y Luisa Isabel de Orleans (1707-1742), Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1952, pp. 262-7 y 333-47.

- 14 A los servidores de la reina Isabel también se les llamaba los "afligidos", por el nombre del palacio donde residía Isabel tras quedarse viuda.

- 15 Carlos de Arisaga y Corral (1680-1758), era militar que desde 1721 tenía el cargo de teniente de ayo del príncipe de Asturias. Alcanzó el grado de teniente general en 1734. A los seguidores de Villarias, a quien se le puso el mote o nombre-clave de Vélez, se les llamaba "velecinos".

- 16 Cenón de Somodevilla y Bengoechea nació en 1702 en un pueblo de Logroño, de una familia noble pero pobre. Destacó pronto en los estudios de todo tipo, y a los dieciocho años ya era oficial de Marina, sirviendo bajo las órdenes de Patiño (1720) y de Campillo (1726). Poco después desempeñó el cargo de comisario de hacienda de la Marina, en Cartagena, El Ferrol, y en la expedición a Orán. En Nápoles sirvió como intendente militar en el ejército del infante don Carlos (1733-4), quien le concedió el título de marqués de la Ensenada. En 1737 Felipe V le nombró secretario del nuevo Consejo del Almirantazgo, y luego al caer enfermo Campillo le encargó de Hacienda. Fue llamado para responsabilizarse definitivamente de las secretarías de Hacienda, Marina y Guerra, tras la muerte de Campillo en 1743.

- 17 Joseph Antonio Francisco Julián Patricio de Carvajal y Lancaster nació en 1698. Era el segundo hijo de Bernardino de Carvajal Motesuma y Vivero, duque de Linares, y Josefa María de Alencastre y Moreña. Su nacionalidad española era pues, indudable, como afirma Ballesteros, 1918-41, V, p. 140, pese a las aseveraciones de coetáneos e historiadores que le han querido vincular a Inglaterra o Portugal. El propio Ballesteros admitió que doña Josefa pudiera ser portuguesa, y la reina Bárbara escribió a su padre Juan V (7 diciembre 1746) que Carvajal era "oriundo" de Portugal. En el Recueil ..., XII bis, Espagne, p. 249, se dice que era portugués de nacimiento. Por su parte, Lafuente, 1850-67, XIX, p. 289, Marfil García, 1907, p. 95, Lodge (ed.), 1933, p. XVI, y Hume, 1940³, p. 385, recalcan que era descendiente por línea materna de la casa inglesa de Lancaster, y el propio Car-

Carvajal a Huéscar, 17 diciembre 1746, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 75, dijo "que pues soy Lancaster, ya ven cuánta honrada sangre inglesa tengo". Todo ello estaba relacionado, naturalmente, con las críticas de la política exterior de Carvajal habitualmente considerada favorable a Portugal e Inglaterra. Estudió derecho en Salamanca y en 1729 fue nombrado oidor de la chancillería de Valladolid. En 1738 fue nombrado ministro togado del Consejo de Indias, bajo la presidencia de Montijo, a quien acompañó Carvajal en 1741 a París y Francfort. Se enemistó con Montijo y volvió a Madrid en 1742, acogido a la protección de Campillo y luego de Ensenada, y ocupándose primero de asuntos de Indias y luego de cuestiones económicas del interior. A principios de 1746 fue nombrado presidente de la Junta general de Comercio y Moneda.

- 18 Béthencourt, 1954, ofrece una monografía muy útil sobre las ideas de Patiño acerca de la política exterior española, apreciándose una clara continuidad en el ideario de Ensenada y del "partido español" en general.
- 19 Ozanam, 1975, p. 8, apoyándose en citas del embajador francés Vauréal, sugiere que Ensenada pudo preparar su propia continuidad en el poder y el ascenso de Carvajal, aconsejándole a éste introducirse en la intimidad de los príncipes Fernando y Bárbara.
- 20 A este respecto es interesante recordar la información dada por Egidio López, 1971, p. 79, de que entre la publicística internacional de los años 1739-45 predominó el tema de la guerra americana contra Inglaterra sobre el de la guerra italiana.
- 21 A su vez Ensenada fue apoyado cerca de los nuevos reyes en los primeros momentos difíciles del cambio, por Carvajal, Farinelli, el conde de Valdeparaíso, quien era el primer caballero de la reina y el duque de Montemar. Ozanam, 1975, p. 11.
- 22 Las citas en este sentido abundan pero valga como ejemplo la de Huéscar a Carvajal, París 11 julio 1748, AHN, Estado, leg. 4069, diciendo, "se confundieron en un principio las justas razones de la guerra con ingleses con los de otra en que ni los intereses del Estado tenían ventajas ni parte en su objeto la gloria del Rey".

- 23 Félix Fernando Yáñez de Lima, tercer duque de Sotomayor era alabado por todos como hombre de gran valía y honradez. Como Grande de España podía identificarse con los intereses tradicionalistas del antiguo "partido español", pero su hermano Jaime Masones de Lima era íntimo amigo de los "españoles" reformistas, y una carta de Carvajal a Sotomayor de 17 diciembre de 1746, acusa en su tono y ciertas frases un notable grado de compenetración de ideas y de sentimientos. Véase Gómez Mollada, 1957, pp. 60 y 75-6.

- 24 Fernando de Silva Alvaroz de Toledo y Haro, duque de Huéscar y más tarde de Alba, procedía de una familia que había apoyado al archiduque Carlos durante la guerra de sucesión. Siguió la carrera militar, llegando a ser brigadier de infantería en 1741, y ayudante de campo del infante Felipe. Trabajó su íntima amistad con Ensenada estando los dos al servicio del infante en Italia en 1742-3, y cuando Ensenada fue llamado para suceder a Campillo, se preocupó de favorecer a Huéscar quien fue nombrado en 1744 capitán de la primera compañía de guardias de corps (puesto que le franqueaba un contacto diario con los reyes), y mariscal de campo en 1745.

- 25 La protección de Ensenada y su propia habilidad le valieron a Huéscar el honor de ser elegido para esta misión ante el disgusto de Villarias y Campoflorido. Este hizo lo posible por dificultar la labor de Huéscar, pero gracias a Ensenada el duque acabó triunfante. Huéscar a Carvajal, París 22 marzo 1746, publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 66, y cit. por Gómez Mollada, "El Marqués de la Ensenada...", 1955, p. 54, dice: "Campoflorido me la pega y me la pegará con mucho desayre mío porque tira a desautorizarme aquí y a desacreditarme allá. Diselo al amigo [Ensenada], y que yo estoy resuelto a todo".

- 26 Jaime Miguel de Guzmán Dávalos Spínola, segundo marqués de la Mina (1690-1767), era un buen militar que tras su embajada en Francia en 1737 a 1740 tenía fama de ser hostil a los franceses.

- 27 Gómez Mollada, 1957, pp. 56-7.

- 28 Ensenada a Huéscar, 4 marzo 1748, cit. por Gómez Mollada, 1957, pp. 58-9.
- 29 Vauréal a Argenson, 6 octubre 1746, cit. por Gómez Mollada, 1957, p. 67, nota 104.
- 30 Huéscar a Carvajal, París 6 octubre 1746, publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 98-9, y cit. por Gómez Mollada, "El Marqués de la Ensenada...", 1955, pp. 56-7.
- 31 Vauréal a Argenson, Madrid 6 octubre 1746, cit.
- 32 Real Decreto de 5 diciembre 1746, publ. por Mosas, 1924, pp. 148-50.
- 33 Carvajal a Huéscar, 15 diciembre 1746, cit. por Mosas, 1924, p. 14, dice "El Rey me manda decir a V.E. q. todo Negocio nuevo y todo lo q. de los corrientes sea de mucha importancia y sumo secreto, me lo avise V.E. a Mi solo, y sin participarlo al Secretario de Estado".
- 34 Carvajal a Huéscar, Madrid 5 diciembre 1746, publ. por Ozanam, (ed.), 1975, p. 108. Gómez Mollada. "El Marques de la Ensenada...", 1955, p. 57, transcribe "ya conoces, como lo tenía predicho..."
- 35 Doña Bárbara a Juan V, 7 diciembre 1746, publ. por Pinto, 1945, p. 438, dice "porq. o Ayo, e Biscainhos lhe são opostos [a Carvajal], e lhe tem fto. athe agora forte guerra, porq. ao principio El Rey se servio delle privadamente, e lograrao por entao malquistalo inteiramente, de sorte q. tenho por especial prodigio, e merce de ds. q. agora se conseguisse isto".
- 36 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 19 febrero y 8 marzo [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 146 y 160.
- 37 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 19 abril [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 178.

- 38 Carvajal a Huéscar, Aranjuez 19 y 24 abril y 3 mayo 1747, publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 178, 182 y 184, y Huéscar a Carvajal, París 3 mayo 1747, p. 187.
- 39 El golpe final vino en julio de 1747 con el alejamiento de Isabel de Farnesio de la Corte, y su reclusión en el palacio de San Ildefonso.
- 40 Ballesteros, 1918-41, V, p. 134 y ss. Gómez Mollada, "Un rey..." 1958, p. 59 y ss., y Sánchez, 1958, p. 7, son algunas de las obras que coinciden en estos datos.
- 41 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 29 abril [1748], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 310.
- 42 Id., 12 mayo [1748], p. 322.
- 43 Id., [Madrid] 15 agosto [1748], p. 373.
- 44 Id., 9 septiembre [1748], p. 381.
- 45 Doña Bárbara a Juan V, 26 agosto 1746, publ. por Pinto, 1945, p. 381, dice "o q. eu sinto são as cabalas ou partidos q. vejo vai avendo e o dos Biscainhos he forte porq. tem ao ayo de El Rey o qual nunca se unio commigo, porq. o q. quer he ter elle toda a confiança e procura por todos os me- yos tirarlhe a El Rey q. a tenha commigo; e lhe fas demasiada impressão a El Rey o q. elle lhe des...". Keene a Pitt, 26 septiembre 1757, cit. por Coxe, 1815², IV, pp. 2P3-4, dice "the queen does not care to trust or con- fide in his [Hués-car's] influence over her royal consort, and cuts it short; nor will she allow too great a harmony between the rest of the mi- nisters". También dice Coxe, p. 34, que Bárbara "esteems Carvajal, appro- ves his measures but thwarts him from jealousy".
- 46 Doña Bárbara a Juan V, 26 agosto 1746, cit.

- 47 Vilanova a Azevedo, 15 julio 1748, cit. por Gómez Mollada, 1957, cit., dice sobre el deseo de Wall de dimitir, "The Queen had notice of it, as she has of everything that passes before it proceeds higher...Her majesty desired M. Wall to stay..."
- 48 Un ejemplo puede ser la diferencia de pareceres entre Fernando y Bárbara sobre quién enviar a París como embajador español. Carvajal a Huéscar, [Madrid], 13 diciembre [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, pp. 416-7.
- 49 Id., 27 enero [1747], p. 126, hablando del envío de Macanas a Breda, dice "Si no es preciso, no ay qué matarse en que el viejo marche a su destino, que a cierta dama [La reina] no le gusta que vaya, y aunque en la cara no se puede acceder contra el varón [el rey] es preciso darla gusto en lo que nada se pierde...". El subrayado es nuestro.
- 50 Cit. por Gómez Mollada, "Un rey...", 1958, p. 86.
- 51 Ibáñez de Ibero, 1941, p. 18, dice "Bárbara, Princesa portuguesa, prima de la Emperatriz de Austria, se movía conforme a sus alianzas de familia; en Recueil des instructions..., XII bis, Espagne, p. 249, se dice que como Bárbara era portuguesa "on devait craindre qu'elle se charohat à faire prevaloir en Espagne...des principes politiques tout en faveur d'Angleterre". Massan, 1811², VI, p. 259, dice lo mismo, y Noailles, en su Mémoires..., 1820-9, 74, p. 42, añade que Bárbara "qui pouvoit tout, haïssoit la France". Por su parte, Coxe, 1815², IV, p. 34, concuerda en que la reina estaba influida por la Corte de Lisboa y la Emperatriz austriaca.
- 52 Osanam, 1975, p. 11, dice "La Reina...salvo su afecto por su país natal, Portugal, no tenía ni principios ni gusto por los negocios públicos".
- 53 Ensenada a Huéscar, 6 agosto 1747, cit. por Gómez Mollada, "El Marqués de la Ensenada...", 1955, p. 60.

- 54 Carlos Broschi era un gran cantante napolitano, conocido en Europa entera por el nombre de Farinelli. Había sido llamado a la Corte española en 1737 por la reina Isabel para distraer con su maravillosa voz la mente enfermiza de Felipe V.
- 55 Ballesteros, 1918-41, V, p. 40, dice que Farinelli era "la persona de más confianza de los soberanos". Sánchez de Palacios, 1958, p. 9, que era "uno de los hombres de mayor influencia en el seno familiar de los reyes". Las instrucciones dadas a Vaulgrenant en 1749 revelan hasta que punto se valoraba la posible ayuda de Farinelli a favor de la política francesa: "Le sieur Farinelli joue à ce que l'on prétend, un rôle principal à la cour de Madrid... Si son crédit est réellement aussi bien établi qu'on le suppose,... le Roi permet au comte de Vaulgrenant d'offrir à Farinelli une pension de dix mille écus, ou même plus considérable s'il le faut", en Recueil des instructions..., XII bis Espagne, p. 284.
- 56 Naturalmente estas acusaciones e insinuaciones corren a cargo de los enemigos de Ensenada por una parte y los autores franceses por otra. Véase Rodríguez Villa, 1878, pp. 256-7, y Recueil..., XII bis Espagne, p. 278, y Noailles, Mémoires..., 74, p. 42.
- 57 Esto afirman Lafuente, 1850-67, XIX, p. 296, Ballesteros, 1918-41, V, p. 140, y Bouvier, 1943, pp. 195-206.
- 58 Así lo afirmó el propio Farinelli al embajador austriaco, conde de Migassil. Bouvier, 1943, p. 202.
- 59 Keene a Andrew Stone, 25 febrero 1749, publ. por Lodge (ed.), p. 98, decía "Farinelli is much my friend, and sivears he loves the nation and will serve me. The worth of him is that he makes himself a dependent upon the man who entirely depends upon him, but I am not surprised that one of his rank and profession should not dare to be greater. You will perceive I mean Mr. de la Ensenada by the man..."

- 60 Gómez Molleda, "El Marqués de la Ensenada...", 1955, p. 59, y Bouvier, 1943, p. 197, quien dice que Ensenada "a fait du chanteur son compagnon inséparable, un confident de tous les instants, entièrement prêt à lui rendre service".
- 61 Véase la nota 59.
- 62 Uno de los cargos hecho contra Ensenada en 1754 fue que adulaba y regalaba a Bárbara, mientras que la mantenía en la más completa ignorancia sobre la realidad de España. Rodríguez Villa, 1878, p. 261.
- 63 Gómez Molleda, "El Marqués de la Ensenada...", 1955, pp. 59-60.
- 64 Huéscar a Carvajal, París 6 octubre 1746, publ. por Ozanam (ed.), 1975, pp. 99-100.
- 65 Ensenada a Huéscar, cit. por Gómez Molleda, "El marqués de la Ensenada...", 1955, p. 60.
- 66 Carvajal a Huéscar, Madrid 27 enero/1747, 126.
- 67 Gómez Molleda, "Un rey...", 1958, p. 85, explica que muchas cartas de Bárbara a su padre repetían casi palabra por palabra guiones preparados o ideas muchas veces repetidas por Carvajal, aunque ella escribía como si se tratase de sus propios pensamientos, sin mencionar para nada al ministro.
- 68 Ozanam, 1975, p. 18, dice que fue Vilanova quien sugirió a la reina el nombre de Carvajal para ministro de Estado.
- 69 Carvajal a Huéscar, Madrid 1 enero 1749, publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 425.

- 70 Bermejo, 1920, p. 50, quien publica en su apoyo (pp. 198-202) una carta de Carvajal a Perelada, 30 marzo 1753, del AOS. Estado, leg. 7239, donde refería la obstaculización del tratado por Carvalho, el nuevo ministro portugués, y decía: "Yo tomando sobre mi no dar cuenta a el Rey de esto enteré a la Reyna, que escribió con acierto y eficacia y con unos días más se salió de este pantano".
- 71 Gómez Mollada, "Un rey...", 1958, pp. 86-7, explica muy bien esta variación de las relaciones entre Carvajal, Bárbara y Fernando. Véanse también Goxe, 1815, IV, p. 34, Rodríguez Villa, 1878, pp. 190 y 267, y Lacombe, 1907, p. 36.
- 72 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 8 enero [1749], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 426. Véase también Lafuente, 1870-67, AIA, p. 302.
- 73 Id., [Aranjuez] 3 mayo [1747], p. 107, dice "Bien conozco que no has aprobado que se insista en que entre Macanaz, y no me lo has dicho claro. Se picó el amo de la oposición de Muthell, y no se pudo remediar".
- 74 Id., 11 mayo [1746], p. 319.
- 75 Id., [Madrid] 11 octubre [1748], p. 394, dice "no he dado cuenta del oficio de Puisieux, ni por consiguiente de tu respuesta, porque él está demasiado fuerte y libre, y no estamos en tiempo de que una furibunda nos haga perder el estado que tantos afanes y desvelos nos ha costado. no te admire que me tome este arbitrio teniendo tan conocido el terreno que piso..".
- 76 Gómez Mollada, "Un rey...", 1958, pp. 59 y 69, habla repetidas veces de este complejo de inferioridad de Fernando VI, explicando su origen en la comparación desfavorable con los brillantes infantes Carlos, Felipe y Luis, y en el desprecio de que fue objeto en su juventud por parte de Isabel de Farnesio, su madrastra. De su falta de formación política se habla también en Recueil..., XII bis Espagne, p. 249, Ballesteros, 1918-41, V, p. 133, y Espadas, 1968, p. 320.

- 77 Cit. por Ballesteros, 1918-41, V, p. 134 y Espadas, 1968, p. 320.
- 78 Keene a Pitt, 26 septiembre 1757, cit. por Coxe, 1815², IV, p. 205, decía.
 "I believe it would not have been agreeable to the King of Spain to have heard any mention made of his brother of the two Sicilies by England, or any other foreign power whatsoever. Those matters are looked upon by this court as family concerns, in which no others are to meddle. The King of Spain expects submission to his will and example".
- 79 Lafuente, 1850-67, XIX, p. 287.
- 80 En Recueil..., XII bis Espagne, p. 249, se advierte que Fernando era "sans doute...très attaché à la France, mais plus faible que son père". Coxe, 1815², IV, p. 34, que estaba "bound by ties of blood and affection to France".
- 81 Como decía Keene a Castres, 23 agosto 1750, publ. por Lodge (ed.), 1933, p. 247, "He is no French man nor likes French maxims, but then you must always allow for a regard to his family. He will remember he is Bourbon when the Bourbons will remember he is King of Spain, but this friendship will go no farther". Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 8 junio [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 334, y cit. por Gómez Molleda, 1957, p. 49, dio una idea del tenue y vacilante borbonismo de Fernando cuando dijo: "Mucho deseo que prontamente me avran camino de estrechar los Ingleses, que ahora que está el yerro caliente, luce el trabajo; y si se enfria, acaso se levantarán vaporcillos de yo soy Borbón que me han desconcertado mis medidas algunas veces; pero si me sale la cuenta, procuraré que esté callado hasta su tiempo".
- 82 Argenson a Vauréal, 17 julio 1746, cit., por Moxas, 1924, p. 6, dijo: "El rey Fernando toma las riendas en ocasión la más difícil desde hace largo tiempo. Las fuerzas militares de Italia en posición harto crítica; la Hacienda agotada, la Marina sin actividad, la intriga en la Corte y la falta de discernimiento en la elección de los sujetos encargados de desempeñar

los puestos de confianza. El Gobierno ha sido francés en España en tiempo de Luis XIV, italiano durante el resto del reinado de Felipe; vendrá a ser ahora castellano y nacional". Más tarde Vauréal a Argenson, 2 noviembre 1746, se hacía eco de este pensamiento: "Philippe V étoit né à Versailles, Ferdinand VI, n'est certainement n'y moins bon, n'y moins juste mais il est né à Madrid". Y en fin la propia reina conocía la razón de estas afirmaciones, pues Doña Bárbara a Juan V, 22 julio 1746, publ. por Pinto (ed.), 1945, p. 364, decía "agora são os interesses m^{to}. diferentes dos q. athe agora aqui reinavão, a El Rey he espanhol, e m^{to}. espanhol de coraçõ; e nada frances, pois não nasceu em Versailles senão em Madrid".

- 83 Carvajal a Huéscar, [Áranjuez] 23 junio [1747], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 207.
- 84 Id., 12 mayo [1748], p. 322, dice "el Dueño de la viña contento está", & Id., 14 mayo [1748], p. 323, dice "por poco no huviera publicado oy la paz el Señor, que esso es lo que desea". Id., 1 junio [1748], p. 330.
- 85 Id., [Madrid] 22 junio [1748], pp. 340-1.
- 86 Keene a Bedford, 8 diciembre 1750, cit. por Coxe, 1815², IV, p. 48, refirió: "I heard what I never did expect to hear from the mouth of a prince of the house of Bourbon, the spanish proverb of Paz con Inglaterra; though, perhaps from that religious scrupulosity he observes in all his words and actions, he did not finish it with its second part, con todo el mundo guerra!"
- 87 Carvajal a Huéscar, [Áranjuez] 12 mayo [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 322.
- 88 Id., [Madrid] 29 enero [1749], p. 436.
- 89 Fernando VI a Luis XV, 1756, cit. por Massan, 1811², VI, p. 268, decía "c'est une dure condition que la nôtre, d'être plus à nos sujets qu'à nous-mêmes".

- 90 Ensenada a Huéscar, 5 diciembre 1746, cit. por Gómez Mollada, "El Marqués...", 1955, p. 58.
- 91 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 5 diciembre [1746], publ. por Usanam (ed.), 1975, p. 107, y cit. por Gómez Mollada, "El Marqués...", 1955, p. 57.
- 92 Id., 26 diciembre 1746, publ. por Usanam (ed.), 1975, p. 113.
- 93 Huéscar a Carvajal, París 4 enero 1747, p. 116, y cit. por Gómez Mollada, "El Marqués...", 1955, p. 60.
- 94 Carvajal a Huéscar, Madrid 27 enero [1747], publ. por Usanam (ed.), 1975, p. 127.
- 95 Refiriéndose a una temprana crisis en sus relaciones con Ensenada, decía Carvajal a Huéscar, [Madrid] 21 septiembre [1747], publ. por Usanam (ed.), 1975, p. 231, "No estés con cuidado que se pasará sin disensión y te aseguro que soy yo el que hago la costa a fuerza de prudencia porque sé lo que padecen otros en caso contrario, y te aseguro que en los principios B. [Ensenada] me debió enteramente la vida civil y después muchas veces la la conservación de ella porque se empesó con impresiones adversas y todo el trabajo sólo logra adormecerlas pero no extinguirlas, y no ay forma de que se haga cargo del terreno porque no ve lo que me queda y a quien ha tomado su protección. El manejo es imprudentísimo si no es en algunos regiros; por uno de ellos no obstante estuvo el negocio perdido enteramente, pero logré cortarlo. Pues, me paga a pellizcos. Bien te puedes admirar pero te lo aseguro. Digo de vuelo bajo, que otros bien sabe que no le es posible darlos".
- 96 Id., [San Lorenzo el Real] 9 noviembre [1747], p. 245, decía: "Te considero cuidadoso y deseo que no lo estés. Ya está soldada la quebradura con la misma solidez que antes. Tengo ya el mismo lugar en la voluntad y en el concepto y es lugar eminente y él [Fernando VI] no finge, conque ni piensa otra cosa ni la oye y así, si la desean, no se la indican. Las mismas se-

Has da la Philosa de aora mui claras, pero no puedo asegurar tanto su sinceridad, porque allí cabe dissimulo y artificio. No obstante creo que sea de veras. Yo congeturo que se tentó el ultimo golpe en la batalla y se vio inasequible y viendo que no puede ser, se busca la conformidad".

- 97 Id., "Estamos como dos hermanos, y yo te vuelvo a decir lo que antes, que ni directo ni indirecto haré paso en contra aunque son cosas que me duelen por los próximos".
- 98 Id., 15 noviembre [1747], p. 250, prevenía al embajador de que no debía escribir sobre asuntos de Estado a Ensenada.
- 99 Marfil, 1907, p. 95, habla de "su carácter viril, de tanta entereza como severidad, rectilíneo en la moralidad de sus actos y en la integridad de sus costumbres, de instrucción vasta y talento profundo, con un exacto conocimiento del corazón humano y de la sociedad de su época,...una sencillez de indumentaria rayana en el descuido y una gran brusquedad de modales". Lafuente, 1850-67, XIX, p. 289, y Ballesteros 1918-41, V, p. 141 confirman este retrato, al igual que Cantillo, 1843-69, I, p. 411, quien dice, "Modesto Carvajal en su trato, severo en las costumbres, imparcial y justo en los negocios". Lodge (ed.), 1933, p. XVI, añade que era "a true Spaniard, slow, uncommunicative, abstinate, but honest and incorruptible", mientras que Gómez Mollada, "El Marqués...", 1955, p. 49, recurre a superlativos, "integérrimo e inteligentísimo, sencillez y patriota, tan injustamente tildado de mediocre". Sin embargo para Ibáñez, 1941, p. 9, era un "hombre de medianas luces", y fernandez Almagro, 1941, p. 674, comenta con fino sarcasmo sobre las inclinaciones francesas e inglesas de Carvajal, diciendo "que se sintiera español, y en español procediese, no parece que se vislumbra la menor posibilidad". En fin, Ozanam, 1975, pp. 32-3, le juzga "trabajador incansable, ardiente patriota", pero subraya "su formación más libresco y jurídica que práctica, su carácter obstinado, su inteligencia un tanto estrecha, su poca flexibilidad...", como defectos políticos, aun reconociendo sus valores humanos como "su honradez, su lealtad y su perfecto desinterés."

- 674
- 100 Carvajal expuso su ideario en torno a la política española en dos tratados formales: Testamento Político. Reducido a una idea de un gobierno católico, político, y militar como conviene para la resurrección y conservación de España (1745), publ. en Almácén de frutos literarios inéditos, Madrid, 1818, tomo I, pp. 3-160, que se citará en adelante como Testamento Político; y Mis Pensamientos (1753), publ. por Mzas Mesa, 1924, pp. 51-77. Entre ambos se acusa cierta evolución de ideas, pero en vista de la naturaleza de este tipo de escritos, conviene siempre cotejarlos con la correspondencia oficial y privada de Carvajal, para confirmar y matizar sus verdaderas ideas. También cabe intentar la recíproca iluminación de sus ideas expresadas y sus actos al frente de la secretaría de Estado, bien entendido que nunca fue omnipotente en la Corte española y la política que se llevó no fue obra únicamente de él.
- 101 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 13 diciembre [1747], p. 262.
- 102 Testamento Político, p. 114, Avala el derecho español el hecho de que Portugal, la única otra potencia que tenía derechos evidentes en América, aceptara el arbitraje papal sobre límites coloniales.
- 103 Id., pp. 11, 13 y 117-8.
- 104 Mis Pensamientos, p. 61.
- 105 En este contexto resulta interesante constatar el enorme auge que venía experimentando el comercio entre España y las regiones del río de la Plata, desde 1739 en que se inició la práctica de conceder licencias para registros sueltos, y cuya importancia no podía ignorar Carvajal. Véase García Baquero, 1976, p. 172.
- 106 Mis Pensamientos, p. 54.
- 107 Id., p. 52.
- 108 Palacio Atard, 1949, pp. 472-3, dice bien claro que no "ha habido equilibrio americano,... en el sistema de Utrecht...ni como concepto,...ni como realidad".

- 109 Mis Pensamientos, p. 54.
- 110 Oglesby, 1969, p. 478, ha llamado la atención sobre este punto.
- 111 "Modele de la Declaration qui sera publié au nom du Roy dans les Colonies françoises de l'amerique", Compiègne, agosto, 1740, remitida con carta de La Harok a Villarias, Madrid 24 agosto 1740, AGS, Estado, leg. 4407, dice: "Mais les armemens multiplies de l'angleterre...ne laissant aucun doute sur les vûes de la nation angloise, et sur le dessein qu'elle a formé de prendre de nouveaux établissements dans les Indes occidentales, et de se rendre seule maitresse du commerce du nouveau monde, ne permet plus à Sa M^{te}. de ...différer de mettre obstacle à un projet également préjudiciable à toutes les autres nations...le Roy n'ayant d'autre but que de maintenir en Amerique le commerce legitime, tel qu'il a été fixé par les traittes qui font la loy de l'Europe, pour la conservation de l'Equilibre entre ses differentes Puissances..."
- 112 Palacio Atard, 1949, p. 477, dice que "la primera formulación oficial, en el terreno diplomático, del concepto de equilibrio americano, que se considera establecido en Utrecht", se encuentra en el mensaje de Zaragoza enviado por Carlos III a Abreu el 14 noviembre 1759 para su comunicación al gobierno inglés. Publicó el texto íntegro de este documento en El Tercer racto de Familia, Madrid, 1946. El concepto fue desarrollado mucho más y constituyó uno de los supuestos básicos de la alianza borbónica de 1761, poniéndose de manifiesto que se quería adelantar la idea del equilibrio americano para combatir o contener el entonces triunfante imperialismo inglés en América. Es curioso observar cómo se cumplió para el caso americano el pensamiento que Carvajal enunció sobre el equilibrio europeo, al cual apela "el más débil para que le fortalezcan contra el poderoso".
- 113 Testamento Político, p. 120, dice: "La guerra de Indias con europeos requiere esperarla siempre prevenidos. En Mis Pensamientos, pp. 57-8, afirma "siendo el alma del poder de España sus vastos y opulentos Dominios de América, que no puede defender".

- 114 Mis Pensamientos, p. 60.
- 115 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 23 junio [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 206.
- 116 Id., 12 mayo /1748/, p. 322.
- 117 Testamento Político, p. 114.
- 118 En la instrucción a Wall de 6 agosto 1747, (minuta), AGN, Estado, leg. 6913. Carvajal explicaba que el comercio ilícito inglés en las Indias españolas "creció con mayor impetu despues del asiento de Negros, porque los mismos factores de el que eran Ingleses, tomaban noticias de los generos, que se deseavan, establecían con los comerciantes españoles el quanto, y donde les havian de aser traer en pequeñas embarcaciones...y por este medio se llenaba la tierra de generos Ingleses, y se destruía el comercio general de flotas y Galeones".
- 119 Testamento político, p. 21.
- 120 Carvajal a Huéscar, [Aranjuez] 29 mayo [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 200.
- 121 Id., 26 junio [1747], p. 207.
- 122 Id., 11 mayo [1748], p. 319.
- 123 Id., 14 mayo [1748], p. 323.
- 124 "Representación de Ensenada a Fernando VI, de 1751", publ. por Rodríguez Villa, 1878, p. 115.
- 125 "Representación de Ensenada a Fernando VI sobre el estado del Real Erario y sistema y método para lo futuro, 1747", publ. por Rodríguez Villa, 1878, p. 57.

- 126 Mis Pensamientos, p. 55.
- 127 Id., p. 71.
- 128 Gómez Molleda, "El pensamiento de Carvajal...", 1955, p. 13, acuña estas expresiones.
- 129 Mis Pensamientos, pp. 57-8.
- 130 Testamento Político, p. 9.
- 131 Id., pp. 22-4.
- 132 Mis Pensamientos, p. 60.
- 133 "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., pp. 118-24.
- 134 Tratado (llamado de Italia) de alianza defensiva entre España, Austria y Cerdeña, Aranjuez 14 junio 1752, publ. por Cantillo (ed.), 1843-69, I, pp. 412-5. Aunque Ensenada se había mostrado conforme con la idea del tratado, luego creyó que algunos de sus términos definitivos no eran de utilidad a España, y parece que intentó obstaculizar su firma.
- 135 Mis Pensamientos, p. 58.
- 136 Id., pp. 58-9, y Testamento Político, pp. 12-16.
- 137 Testamento Político, p. 16.
- 138 Id., pp. 11 y 117.
- 139 Carvajal a Huéscar, Madrid 26 diciembre 1746, publ. por Usanán (ed.), 1975, p. 114.

- 140 Id., 1 febrero [1748], p. 280.
- 141 Id., [Áranjuez] 6 junio [1748], p. 332.
- 142 Id., 12 mayo [1748], p. 322 dice "lo que me desespera es el conocer que si de veras huvieran querido y aun si quisieran, nos huvieran librado [los franceses] de la maldita espina [el asiento inglés]" y "...si yo duro y tengo poder, me vengaré a satisfacción nuestra". Las expresiones de Huéscar en contra de Francia abundan en esta correspondencia particular, siendo a menudo exageradamente viscerales sus críticas y acusaciones.
- 143 Id., [Madrid] 8 enero [1749], p. 427.
- 144 Id., 7 marzo [1749], p. 449.
- 145 Id., 8 marzo [1747], p. 159.
- 146 Id., 27 marzo [1747], p. 168.
- 147 Id., 7 enero [1748], p. 269.
- 148 Id., 31 julio [1748], p. 363.
- 149 Id., [Áranjuez] 13 mayo [1747], pp. 190-1.
- 150 Id., 3 mayo [1749], p. 183.
- 151 Id., [Madrid] 7 enero [1748], p. 268.
- 152 Id., 4 marzo [1748], p. 296.
- 153 Id., [Áranjuez] 23 junio [1747], p. 206.
- 154 Id., [Madrid] 30 diciembre [1747], p. 265.

- 155 Id., 31 julio /1748/, pp. 362-3, dice "No tienes que persuadirme que no se deben retirar las tropas porque esse ha sido siempre mi systhema... las simplezas de B. [Ensenada] y las ligeresas de M [Mina] me son bien conocidas por frequentes. No conozco chorlito mayor que M., pero lo que ellos dicen prevalece siempre..."
- 156 Id., 7 enero [1748], p. 267, dice "las malditas desconfianzas sacan la cabeza tan frecuentemente que me veo en mil apuros".
- 157 Id., 12 febrero [1748], p. 285.
- 158 Id., 8 abril [1748], p. 305.
- 159 Id., [Áranjuez] 3 mayo [1747], pp. 183-4.
- 160 Mis Pensamientos, p. 59.
- 161 Mis Pensamientos, pp. 57, 61, y "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., p. 120.
- 162 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 7 febrero [1749], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 440.
- 163 Id., 8 enero [1749], p. 427, decía a este respecto "desconfiarlos [a los franceses] sin otro apoyo no es cosa para nuestro estado de debilidad y manejo que la hará perpetua".
- 164 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 13 diciembre [1747], publ. por Ozanam (ed.), 1975, p. 262.
- 165 Id., 7 enero [1748], p. 268.
- 166 Mis Pensamientos, p. 60.
- 167 Id., subrayado nuestro.

- 168 Carvajal a Huéscar 30 octubre 1747, AHN, Estado, leg. 4166, y cit. por Gómez Molleda, "El pensamiento...", 1955, p. 19.
- 169 "Representación de Ensenada a Fernando VI sobre el estado del Real Erario y sistema y método para lo futuro, 1747", cit., p. 63.
- 170 Testamento Político, p. 9.
- 171 *Id.*, p. 10.
- 172 *Mis Pensamientos*, p. 62. También Huéscar a Carvajal, [Paris] 17 [febrero 1749], publ. por Osanam (ed.), 1955, p. 444.
- 173 "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., p. 120, también convenia en que le interesaba a España la amistad lusa.
- 174 Testamento Político, pp. 10-11, y Mis Pensamientos, pp. 61-3 y 74.
- 175 Mis Pensamientos, p. 62.
- 176 Mis Pensamientos, p. 62.
- 177 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 29 enero [1749], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 437.
- 178 Testamento Político, p. 22.
- 179 *Id.*, p. 19.
- 180 *Id.*, p. 15.
- 181 Mis Pensamientos, p. 61.
- 182 *Id.*, 60-61, y Testamento Político, p. 20.

- 681
- 183 Gómez Molleda, "El pensamiento...", 1955, p. 21 concluye de sus investigaciones que Carvajal ni creía en sus propios argumentos, ni podían convencer a nadie. De acuerdo con Muñoz Pérez, 1955, p. 180, en que el típico proyectista del siglo XVIII, siendo a menudo un funcionario que, además de sus posibles motivos intelectuales y desinteresadamente patrióticos, solía tener motivos personales de tipo profesional para escribir sus ideas, en el caso de Carvajal bien se podría sugerir que tanto el Testimonio Político como Mis Pensamientos se escribieran pensando entre otras cosas en agradar a Doña Bárbara, y tal vez no sería demasiado descabellado preguntarse si Carvajal también contaba con que el eficiente espionaje de Keene, y su recopilación de documentos españoles mediante el soborno de funcionarios, llevaría los dos escritos de Carvajal a manos del gobierno inglés.
- 184 Mis Pensamientos, p. 61, decía "la Gran Bretaña no intenta competirnos en fuerzas de tierra, ni nosotros intentamos impedirle en las de Mar", y "son distintas esferas, y a cada una le conviene que la otra crezca en la suya cuanto pueda", y (p. 65) "es constante, que la España no aspira a la superioridad de Mar".
- 185 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 29 enero [1749], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 437.
- 186 Otra crítica similar pero más clara de la política de Ensenada a este respecto, se ve en Id., 22 julio [1748], p. 357.
- 187 Id., 25 diciembre [1748], p. 422, decía a raíz de conocer la derrota y destrucción de la escuadra de La Habana, "Reniego de marina que tan malamente nos ha servido en una guerra de mar, aviendo consumido millones sin término y perdido vasos por insensible transpiración".
- 188 Id., 22 julio [1748], cit.
- 189 Testamento Político, p. 20, y Mis Pensamientos, p. 68.

- 692
- 190 Mis Pensamientos, p. 61.
- 191 Testamento Político, p. 20.
- 192 Mis Pensamientos, p. 69.
- 193 Carvajal a Huéscar, [Áranjuez] 23 junio [1747], [Madrid] 5 julio [1747] y 29 enero [1749], publ. por Usanam (ed.), 1975, pp. 206, 209, y 437.
- 194 Id., [Madrid] 18 marzo [1749], p. 163.
- 195 Id., [Áranjuez] 13 mayo [1747], p. 190.
- 196 Id., [Madrid], 11 octubre [1748], p. 394.
- 197 Id., 13 diciembre [1747], p. 262.
- 198 Id., 7 enero [1748], p. 268.
- 199 Id., 7 marzo [1749], p. 449.
- 200 Id., 8 abril [1749], p. 457. Teniendo en cuenta la amistad entrañable que unía a estos dos hombres, y que los puntos básicos de su pensamiento social coinciden, podemos echar mano de unas citas clarísimas de Huéscar para asentar definitivamente que ambos tenían conciencia de la verdadera naturaleza de las relaciones angloespañolas. Huéscar a Carvajal, [París] 23 [diciembre 1748], p. 421, hablando de los embajadores españoles en Europa dice, "savrá el Rey cómo piensan todas las cortes y podrá formar su sistema, echo siempre cargo de que los Ingleses son sus enemigos naturales", y 17 [Febrero 1749], p. 444, dice "yo no quisiera tratar tampoco con Ingleses porque son más enemigos nuestros que éstos [los franceses], y pretenden cosas de más inconveniente aún".

- 201 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 18 enero [1749], p. 426, decía que España se libre "y quando se revolviessen otros, elegir neutralidad o partido según pudiessemos ganar más".
- 202 Id., 7 febrero [1749], pp. 440-1.
- 203 Id., 27 febrero [1749], p. 447.
- 204 Huéscar a Carvajal, [Versailles] 20 [enero 1749], p. 433.
- 205 Ensenada a Huéscar, 3 agosto 1748, cit. por Gómez Molleda, "El Marqués...", 1955, p. 77.
- 206 La "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., p. 118, atestigua que el marqués se preocupaba mucho de la restauración del prestigio internacional español: "desde que tiene la dicha España de que V.N. sea su Monarca, no es despreciada en Europa como lo fue" y "V.N. es el destinado para restablecer su antiguo esplendor y hacerla muy respetable en el mundo".
- 207 Id., p. 121.
- 208 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 22 julio [1748], publ. por Usanam (ed.), 1975, p. 357.
- 209 Testamento Político, pp. 28-9.
- 210 "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., pp. 118 y 127.
- 211 Eguía Ruiz, 1922, p. 41, citando a un confidente de Ensenada, el padre Luengo.
- 212 Ensenada a Huéscar, septiembre 1748, cit. por Gómez Molleda, "El Marqués...", 1955, pp. 77-8.

- 684
- 213 Huéscar a Carvajal, [Compiègne] 8 agosto [1748], publ. por Osanam (ed.), 1975, p. 369.
- 214 Id., [París] 11 julio [1748], p. 348.
- 215 Carvajal a Huéscar, [Madrid] 7 enero [1748], p. 268.
- 216 Mis Pensamientos, p. 65.
- 217 "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., p. 120.
- 218 Testamento Político, pp. 32-3.
- 219 "Representación de Ensenada a Fernando VI sobre el estado del Real Erariode 1747", cit., p. 62.
- 220 Representación de Ensenada al Rey sobre el fomento de la Marina", cit. por Pérez Bustamante, 1954, p. 504.
- 221 José de Castillo, Historia grande, real y discursos políticos en que se contiene lo más memorable que sucedió en España desde...enero hasta fin de noviembre, año 1746, Madrid, 1747, p. 221.
- 222 Testamento Político, p. 34.
- 223 Ensenada a Huéscar, 19 julio 1748, cit. por Gómez Mollada, "El Marqués...", 1955, p. 77.
- 224 "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., p. 120.
- 225 Ensenada a Huéscar, 13 diciembre 1748, cit. por Gómez Mollada, "El Marqués..", 1955, p. 77.

- 226 "Representación de Ensenada a Fernando VI sobre el fomento de la Marina", cit., por Pérez Bustamante, 1954, p. 504.
- 227 Testamento Político, p. 33.
- 228 Carvajal a Huéscar, 13 diciembre 1747, AHN, Estado, leg. 4166.
- 229 Mis Pensamientos, pp. 55, 58, 61, y 65.
- 230 Id., p. 65.
- 231 Se trata en definitiva, de poner en práctica una política que remediase los defectos que las directrices de Isabel de Farnesio habían impuesto a la política de Patiño, y que habían inspirado esta crítica de un "Diálogo entre Perico y Marica", BN. Mss. 9.149, fs. 53r-55r, publ. por Egidio López, 1971, p. 161, "A Patiño es poco / las Indias en casa;
 todo su cuidado/ le pone en armadas
 con que los ingleses / hacen luminarias,
 sin ver que no sirven/ leños en el agua.
 Si no hay marineros,/pilotos y pagas
 ¿de qué sirven flotas/ si no hay quien las traiga?
 Y, para perderlas,/¿de qué las batallas?"
- 232 "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., p. 137.
- 233 Muñoz Pérez, 1955, pp. 169-95.
- 234 Palacio Atard, Los Españoles de la Ilustración, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964, pp. 30-1.
- 235 Véase para detalles sobre el reformismo de Ensenada. Pérez Bustamante, 1954, pp. 491-514.

- 236 La misión secreta de Jorge Juan en Inglaterra (1749-50) ha sido objeto de una monografía por J.L. Morales Hernández, "Jorge Juan en Londres", Revista General de Marina, 184, Madrid, 1973, pp. 663-70. Tenía que contratar técnicos ingleses para los astilleros españoles (logró enviar unos 50 antes de ser detectado y obligado a huir de Inglaterra), obtener modelos y planos de barcos, dragas y instrumentos científicos, averiguar los secretos de fabricación de los paños ingleses, traer matrices y oficiales de imprenta, enviar libros, etc. etc. La misión de Ulloa fue muy similar, aunque requería desplazamientos más largos, pues debía hacer estudios sobre las causas de la prosperidad de Marsella, sobre los arsenales de Tolón, Brest y Rochefort, sobre el canal de Languedoc y otros, y sobre las fábricas de Lyon, el comercio y las defensas de las colonias francesas, y el gobierno de la ciudad de París, entre otras muchas cosas. Véase para más detalles el estudio preliminar de J.P. Merino y M.N. Rodríguez a su edición de la Relación Histórica del Viaje a la América Meridional por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978, I, pp. LXXIV-LXXXI.
- 237 Ensenada proyectó y emprendió los trabajos del camino del puerto de Guadarrama para comunicar Madrid con el Norte; el camino de Reinosa a Santander; el canal de Castilla, y otros menores. También mandó la mejora y conservación de los caminos existentes a los intendentes-corregidores.
- 238 Referencias a la política de reclutamiento de artesanos extranjeros abundan en la correspondencia privada y oficial de Ensenada, Carvajal, Huéscar y Wall. Se buscaban carpinteros, constructores navales, bataneros, maestros de jarcia, relojeros, vidrieros, ingenieros, metalúrgicos, dibujantes, tintoreros, etc. etc., de todas las nacionalidades con tal de ser católicos o hacerse. Ahora bien no se trataba de una idea original del equipo "españolista", pues ya en tiempos de Felipe V se practicaba el espionaje internacional tanto para cuestiones económicas como para las estrictamente militares, y se pensaba en reclutar técnicos extranjeros para trabajar y enseñar en España. Véase por ejemplo Geraldino a Torrenueva, Londres 13 junio y 25 julio 1737 (copias), AHN, Estado, libro 708.

- 239 Ibáñez de Ibero, 1941, pp. 15-16, ofrece un cuadro con los nombres, número de cañones, localización y estado de todos los barcos de la marina española en 1746.
- 240 Id., pp. 17-8.
- 241 "Representación de Ensenada a Fernando VI de 1751", cit., p. 120.
- 242 Ibáñez de Ibero, 1941, p. 18.
- 243 Newcastle a Keene, 12 julio 1753, publ. por Lodge (ed.), 1933, p. 34, decía "We hear the Spanish navy is growing very considerable. As long as Mr. Carvajal has the direction, the more powerful the better for the common cause and the liberties of Europe; but it increases my desire to keep up the most perfect and intimate union with them". Y después de la caída del ministro, escribió satisfecho Keene (cit. por Pérez Bustamante, 1954, p. 512), "Los grandes proyectos de Ensenada para el fomento de la marina han sido suspendidos. No se construirán buques. La economía del conde de Valparaíso detendrá, según creo, el progreso de las obras marítimas, que... nunca han tenido ni tendrán otro objeto que perjudicar a la Gran Bretaña".
- 244 A la luz de estas consideraciones, pues, nos parece mal enfocada la pequeña polémica que sostienen algunos autores sobre el reconocimiento de la paternidad exclusiva del sistema de neutralidad bien a Ensenada bien a Carvajal. Véase Ozanam, "Les origines du troisième Pacte de Famille", Revue d'Histoire Diplomatique, año 75, París, 1961, p. 314.
- 245 Palacio Atard, 1945, pp. 23-6.
- 246 Gómez Mollada, "El pensamiento...", 1955, p. 22, habla de la "inexplicable y suicida neutralidad de España en 1756", y del error de Wall quien "no supo o no quiso identificarse con el pensamiento de Carvajal".

247 Es interesante comprobar que en España no había una crítica popular de la política pacifista de Wall, aunque sí hubo intentos de formar una opinión sobre la guerra anglofrancesa. Egido López, 1971, pp. 79-82.

248 Palacio Atard, 1945, pp. 28-34.

6

FUENTES MANUSCRITAS.

ARCHIVO HISTORICO NACIONAL. MADRID.

SECCION DE ESTADO:

Libros 704 años 1735 Inglaterra.

705	1736-7	"
706	1736-7	"
707	1737-8	"
708	1737-8	"
709	1738-9	"
710	1739-40	"

LEGAJOS:

193	1744-9	Francia.
519	1740	Comercio.
869	1704-71	Guerra y Marina.
878	siglos XVIII-XIX. Estado. Nombramientos.	
1.432	1746	Guerra.
2.313	1711-56	Marina.
2.318	1726-39	Indias.
2.320	1746-54	Indias.
2.321	1741	Indias.
2.330	1740-65	Indias.
2.335	1740-1	Indias.
2.496	1747-9	Inglaterra.
2.496-99	1740-58	Inglaterra. Indias.
2.507	1721-58	Fernando VI y Bárbara.
2.548	1749	Isabel de Farnesio.
2.559	1746	Infante Felipe.
2.595	1746	Memorias para Fernando VI.
2.716	1721-59	Francia. Correspondencia real.
2.755	1736-7	Infante Carlos.
2.763	1722-55	Francia. Correspondencia real.

LEGAJOS (sigue):

2.763	1722-55	Francia. Correspondencia real.
2.792	1751-63	Marina.
2.850	1746-9	Macanas.
2.874	1747-97	Nombramientos.
2.888	1751-4	Carvajal.
2.901	1759	Wall.
2.919	1745	Ensenada.
2.951	1750-4	Ejército.
2.953	1759	Wall.
2.958	1748-50	Ensenada. Comercio. Caracas.
2.964	1752-4	Carvajal.
2.978	1741-9	Conde de Bena.
2.988	1747-5	Carvajal.
3.224	1737-41	Almirantazgo.
3.365	1729-37	Tratados.
3.375	1730-1	Inglaterra.
3.385	1733-94	Tratados.
3.388	1713-20	Asiento de negros.
3.402	1716-46	Portugal y Francia.
3.410	1701-77	Indias. Límites con Portugal.
3.456	1607-1793	Inglaterra. Instrucciones diplomáticas.
3.457	1591-1793	Francia y Holanda. Instrucciones diplomáticas.
3.541	1747-50	Carvajal.
3.557	1726-48	Varios asuntos internacionales.
3.706	1750-60	Indias. Demarcación.
3.730	1751	Id.
4.024	1746-7	Francia.
4.042	1747-9	Id.
4.044	1746-9	Id.
4.061	1748	Id.
4.067	1739-40	Id.
4.069	1748	Id.
4.070	1739-40	Id.

LEGAJOS 4sigue):

4.073	1747-9	Id.
4.074	1747-9	Id.
4.076	1747-9	Id.
4.080	1746-7	Id.
4.081	1739-40	Id.
4.083	1746	Id.
4.084	1738	Inglaterra. Indias.
4.085	1737-8	Francia.
4.086	1746	Id.
4.090	1747	Id.
4.092	1748	Id.
4.093	1747	Id.
4.100	1748	Id.
4.103	1747-8	Francia.
4.109	1741	Id.
4.111	1738	Id.
4.130	1749	Id.
4.132	1735-6	Patifio.
4.133	1738	Francia.
4.142	1747-9	Id.
4.146	1748	Id.
4.147	1747	Id.
4.154	1739-40	Id.
4.166	1746-8	Id.
4.171	1748	Id.
4.172	1747	Id.
4.263	1750-1	Inglaterra.
4.264	1747-9	Id.
4.265	1753-79	Id.
4.266	1760	Id.
4.267	1749-53	Id.
4.270	1755-7	Id.
4.273	1754-5	Id.
4.275	1757	Id.
4.277	1747-53	Id.

LEGAJOS (sigue):

4.279	1758-9	Id.
4.294	1753-4	Id.
4.297	1756-63	Id.
4.386	1750-60	Indias. Demarcación.
4.393	1750-60	Id.
4.677	1750-91	Id.
4.798	1752-61	Id.

SECCION DE DIVERSOS. DOCUMENTOS DE INDIAS.

Núm.	424	1739	Límites con Portugal.
	425	1741	Cartagena.
	426	1741	Paraguay.
	435	1753	Id.
	437	1756	Id.
	438	1756	Id.
	442	1755-9	Id.
	536		siglos XVII-XVIII. Reales Cédulas.

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS.

SECCION DE ESTADO.

LEGAJOS

4.403	1738-9	Francia.
4.407	1740-1	Francia. Marina.
6.903	1737	Indias. Portugal e Inglaterra.
6.904	1738	Inglaterra.
6.905	1738	Id.
6.906	1738	Id.
6.907	1739	Id.
6.908	1738-40	Id.
6.909	1739	Id.
6.910	1740-1	Id.
6.913	1747-8	Id.
6.914	1749-50	Id.

6

LEGAJOS (sigue):

6.916	1749-53	Id.
6.917	1750	Id.
6.919	1751	Id.
6.920	1752	Id.
6.924	1753-4	Id.
7.006	1732-55	Indias. Inglaterra.
7.007	1730-56	Indias.
7.008	1730-55	Indias.
7.013	1736-8	Indias. Inglaterra.
7.014	1724-8	Indias. Pesca.
7.015	1748	Inglaterra.
7.018	1723-40	Indias. Inglaterra.
7.239	1746-53	Indias. Demarcación.
7.374	1750	Indias. Demarcación.
7.375	1751-4	Id.
7.392	1757-8	Id.
7.403	1749-53	Id.
7.409	1752	Id.
7.621	1738-9	Indias. Inglaterra.
7.623	1738-9	Id.
7.624	1737-8	Id.
7.625	1737-8	Id.
7.626	1737-9	Id.
7.627	1739	Id.
7.632	1736-9	Id.
7.633	1737-9	Id.

SECCION DE MARINA.

LEGAJO

402 Indias. Darien.

SECCION DE GUERRA.

LEGAJO

6799 1750-57 Indias.

SECCION DE MAPAS, PLANOS Y DIBUJOS

LEGAJOS

IV-35 y 36	América del Norte y Central. América del Sur. Demarcación.
VI-11 y 35	América del Sur. Demarcación.
XVIII- 3 y 14	Id.

BIBLIOTECA NACIONAL. MADRID.

SECCION DE MANUSCRITOS:

Nos. núms.

1.266	Corte de palo en Campeche.
1.962	Id.
10.687	1745 Carvajal.
11.039	Malhorti a Esclava sobre América.
11.065	1753 Carvajal.
11.318 ¹⁰	Paraguay.
13.303	Tratado de Límites.
18.646 ¹⁵	1747 Macanas a Huéscar y Carvajal.
18.650 ⁵	Tratado de límites.
19.704	1741 Cartagena.

FUENTES IMPRESAS.

[Campbell, Hugh Hume, earl of Marchmont]

A state of the rise and progress of our disputes with Spain and of the conduct of our ministers relating thereto. Londres. 1739. 76 págs.

Campbell, John.

The present State of Europe explainund the interests...of its several povers comprehending also a clear and concise history of each country. Londres.1752³

Campillo y Cosío, José del.

Nuevo sistema de gobierno económico para la América...Año de 1743. Madrid. Im-

prenta de Benito Cano. 1789.

Cantillo, Alejandro del (ed.)

Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón. Desde el año 1700 hasta el día. Madrid. Imprenta de Alegría y Charlain. 1843-1869. 2 vols.

Carvajal y Lancaster, José de

"Testamento político, reducido a una idea de un gobierno católico, político y militar, como conviene para la resurrección y conservación de España" en Almacén de frutos literarios o Semanario de obras inéditas, Vol. I, pp. 3-160. Madrid. 1818.

Carvajal y Lancaster, José de

"Mis Pensamientos", publicado por Manuel Mozas Mesa en Don José de Carvajal de Carvajal y Lancaster. Ministro de Fernando VI. Jász. 1924, pp. 51-77.

Colección de los tratados de paz, alianza, neutralidad, garantía, protección, tregua, comercio, navegación...desde antes del establecimiento de la Monarquía Gothica, hasta....Fernando VI. Madrid, 1740-52. 12 vols.

Cortés, Jaime (ed.)

Antecedentes do Tratado de Madrid. Jesuitas e Bandeirantes no Paraguai, (1703-1751). [Rio de Janeiro]. Biblioteca Nacional. Divisão de Obras Raras e Publicações, 1955. 328 págs.

Cotejo de la conducta de S.M. con la del Rey Británico, así en lo acaecido antes de la Convención de 14 de enero de este año de 1739. Como en lo obrado después, hasta la publicación de represalias y declaración de guerra. Madrid. Imprenta Antonio Marín. [1739].

Coxe, William.

Memoirs of the Kings of Spain of the House of Bourbon...1700 to 1788. London. 1815². 5 vols.

Flóres, Enrique.

Memorias de las Reynas Católicas, historia genealógica de la Casa Real... Madrid. 1761. 2 vols.

Gumilla, Joseph.

El Orinoco ilustrado, y defendido, Historia natural, civil, y geographica de este gran río, y de sus caudalosas vertientes. Gobierno, usos, y costumbres de los indios sus habitantes, con nuevas, y útiles noticias de Animales, Arboles, Frutos, Aceytes, Resinas, Yervas, y Raíces medicinales; y sobre todo, se hallarán conversiones muy singulares à N. Santa Fé, y casos de mucha edificación. Escrita por el Padre..., de la Compañía de Jesus, Misionero, y Superior de las Misiones del Orinoco, Meta y Casanare, etc. Madrid. Manuel Fernández. 1745²

Ibáñez de Echavarri, Bernardo.

El reyno jesuítico del Paraguay, por siglo y medio negado, hoy demostrado y descubierta. Col. General de Doc^{tos}...de la Compañía, IV, Madrid. Imprenta Real de la Gazeta. 1770.

Iturrriaga, José de.

Manifiesto de don..., el 11 de octubre de 1749, sobre la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Publicado en Boletín de la Academia Nacional de la Historia, (Caracas), tomo L, enero-marzo, 1967, núm. 197, pp. 106-131.

Juan, Jorge, y Antonio de Ulloa.

Relación histórica del viaje a la América Meridional. Madrid. Antonio Marin. 1748. Reimp. facsímil y ed. por J.P. Merino y M.M. Rodríguez. Madrid. Fundación Universitaria Española. 1978.

Juan, Jorge, y Antonio de Ulloa.

Noticias secretas de América, sobre el estado naval, militar y político de los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile. Buenos Aires. Ediciones Mar Oceano. 1953.

King, James Ferguson (ed.).

"Documents. Admiral Vernon at Portobelo:1739". The Hispanic American Historical Review, vol. 23, 1943, may, núm. 2, pp. 258-282.

Lodge, Richard (ed.).

The private correspondence of Sir Benjamin Keene. Cambridge. University Press. 1933.

Macanas, Melchor Rafael de.

"Auxilios para bien gobernar una Monarquía Católica". Semanario Erudito de Valladares, tomo V, pp. 215-303.

Macanas, Melchor Rafael de.

Manifiesto y Cotejo de la conducta que tuvo la Magestad de Felipe V, contra la del Rey Británico, y las razones que al presente Congreso van fulminadas en el tiempo de sus sucesores. Por D..., Ministro que fue del mismo señor Felipe V, y Plenipotenciario absoluto por Fernando el VI, Rey de España, al congreso de Breda. Declaración a la Europa en 28 de julio de 1748. En Semanario Erudito de Valladares, tomo VII, pp. 103-131.

Muriel, Domingo.

"Historia del Paraguay desde 1747 hasta 1767", en Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América, tomo XIX. Madrid. Librería Gen. de Victoriano Suarez. 1919.

Noailles, Adrian Mauricio, duque de.

"Mémoires politiques et militaires pour servir à l'histoire de Louis XIV et de Louis XV...", Collection de mémoires de Petitot, seconde série, tomos 71 al 74. París, 1820-9. 79 vls.

Ozanam, Didier (ed.).

La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia entre Carvajal y Huéscar, 1746-1749. Madrid. C.S.I.C. 1975.

Pastells, Pablo y F. Mateos (eds.).

Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay. Madrid, 1912-1949. C.S.I.C. 8 vols.

Pérez Bustamante, Ciríaco.

"Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco de Rávago, confesor de

Fernando VI". En Los Archivos Secretos de la Historia. Colección dirigida por Carlos Pereyra. Madrid. Aguilar. s.a. [1936]. 428 págs.

Pinto Ferreira, J.A. (ed.).

Correspondencia de D. Joao V e D. Bárbara de Bragança, Rainha de Espanha, 1746-1747. Coimbra. Livraria Gonçalves, 1945.

Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Révolution Française. Ed. de A Morel-Fatio y H. Léonardon. París. Félix-Alcan, Ed. 1884-1912. 26 vols.

Roca, Pedro.

"Relación de las presas hechas a los Ingleses por armadores españoles en el año de 1740". Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 3ª época, 1898, II, pp. 265-80.

Representación hecha al Excmo. Sr. Marqués de la Ensenada, sobre la política exterior é interior de España: graves advertencias, finas disposiciones, y utilísimas providencias, para que mediante la feliz aptitud que hay en ella, sea la Emperatriz del Universo. En Semanario Erudito...de Valladares, vols. XIV, pp. 218-84, y XV, pp. 3-49.

Robertson, J. Alexander (ed.).

"The English attack on Cartagena in 1741; and plans for an attack on Panamá". En The Hispanic American Historical Review, 1919, February, vol. 2, núm. 1, pp. 62-71.

Sagarsasu, Lorenzo.

"Reglas y documentos dados al Sr...D. Fernando VI para la conservación y aumento de su grandeza y soberanía, con utilidad de su real erario, y beneficio de sus vasallos". En Semanario Erudito... de Valladares, vol. XIII, pp.217-232.

Sarmiento, Martín.

"El célebre Testamento de España en el reynado de...Fernando VI. Con una sucinta prevención del Gobierno de cada una de las religiones". En Revista Crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericana, IV, Madrid, 1899, pp. 500-31.

Serrano y Sans, M. (ed.).

Documentos históricos de la Florida y la Luisiana. Madrid. 1912.

Servicios Geográfico e Histórico del Ejército. Estado Mayor Central. Cartografía de Ultramar. (Toponimia de los mapas que la integran y Relaciones históricas de Ultramar). Madrid. 1953 (Carpeta II. Estados Unidos y Canadá). 1957 (Carpeta IV. América Central).

Stephens, William.

A Journal of the Proceedings in Georgia, beginning October 20, 1737. Londres. W. Meadows. 1742.

Ustariz, Geronymo de.

Theorica y practica de comercio y de marina. Madrid. Antonio Sans. 1742.

Ver Steeg, C.L. y R. Hofstadter (eds.).

Great Issues in American History. From Settlement to Revolution, 1584-1776. New York, Vintage Books. 1969.

"La Verdad Desnuda. (Consejos a Fernando VI al subir al trono). 1746. En Almacén de frutos literarios inéditos, tomo VIII. Madrid. 1819.

Walpole, Horace.

The Grand Question, whether war or not war with Spain, impartially considered, in defense of the present measures against those that delight in war. London. 1739. 32 págs.

Zaragoza, Justo (ed.).

Piraterías y agresiones de los ingleses y otros pueblos de Europa en la América española desde el siglo XVI al XVIII, deducidas de las obras de D. Dionisio Alsedo Herrera. Madrid. Imp. Manuel G. Hernández. 1883.

CATALOGOS E INVENTARIOS.

Alves, Francisco M.

Catálogo dos manuscritos de Simancas respeitantes à historia portuguesa. Coimbra. 1933.

Catálogo de la Colección de don Juan Bautista Muñoz. Madrid. R.A.H., 1954-56, 3 vols.

Colección "Guías e Inventarios de Archivos". - 3 - Índice General de la Sección de Estado [del A.H.N.].

Contreras, Remedios y Carmen Cortés.

Catálogo de la Colección Mata Linares. Madrid. 1970-72. 4 vols.

Días-Trechuelo, M.L.

"América en la Colección de documentos inéditos para la historia de España. Catálogo temático, geográfico y cosmológico". En Anuario de Estudios Americanos, XXVII, Sevilla, 1970, pp. 641-732.

Domínguez Bordona, Jesus.

Manuscritos de América. Catálogo de la Biblioteca de Palacio. Madrid. [Elass]. 1935, vol. IX.

Guía de fuentes para la historia de Ibero-América conservadas en España. Madrid. Dirección General de Archivos y Bibliotecas. 1966-69. 2 vols.

Índice Histórico Español. Publicación Cuatrimestral del Centro de Estudios Históricos Internacionales. Barcelona. Facultad de Filosofía y Letras, (Teide). 1953...

Inventario Manuel de Estado. Siglo XVIII. (núm. 12). A.G.S.

León Tello, Pilar.

Mapas, Planos y Dibujos en la Sección de Estado del Archivo Histórico Nacional.

Paz, Julián y Ricardo Magdaleno.

Archivo de Simancas. Catálogo XVII. Secretaría de Estado: Documentos relativos a Inglaterra (1254-1834). Madrid. [Diana]. 1947.

Paz, Julián.

Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional. Madrid. Tip. de la Revista de Archivos. 1933.

Peña y Cámara, José María de la.

Archivo General de Indias de Sevilla. Guía del Visitante. Valencia. Dirección General de Archivos y Bibliotecas. 1958.

Pescador del Hoyo, M.C.

[A.H.N.] Documentos de Indias. Siglos XV-XIX. Catálogo de la serie existente en la Sección de Diversos. Madrid. 1954.

Plaza Bares, Ángel de la.

Archivo General de Simancas. Guía del investigador. Valladolid. Dirección General de Archivos y Bibliotecas. 1962.

Rodríguez Moñino, A.R.

Catálogo de los Manuscritos de América existentes en la "Colección de Jesuitas" de la Academia de la Historia. Badajoz. Imprenta La Minerva Extremeña, 1935.

Sánchez-Alonso, Benito.

Fuentes de la historia española e hispanoamericana (hasta 1950). Madrid. C.S. I.C. 1952³. 3 vols.

Sánchez Belda, Luis. Guía del Archivo Histórico Nacional. Madrid. Dirección General de Archivos y Bibliotecas. 1958.

Simón Díaz, José.

Bibliografía de la Literatura Hispánica. Tomo II. Madrid. C.S.I.C. 1962².

BIBLIOGRAFÍA.

Aiton, Arthur S.

"The Asiento treaty as reflected in the papers of Lord Shelburne". En The Hispanic American Historical Review, vol. 8, Nueva York, 1928, núm. 2, pp. 167-177.

Alba, Duque de.

El Duque de Huéscar. Apuntes biográficos según los documentos del archivo de la Casa de Alba. Madrid. 1946. 20 págs.

Almeida, Luis Ferrand de.

A diplomacia portuguesa e os limites meridionais do Brasil. Coimbra. Faculdade de Letras da Universidade, 1957.

Almirante, José.

Bosquejo de la historia militar de España, hasta fines del siglo XVIII. Madrid. Sucesores de Rivadenseira. 1923. 4 vols.

Anaya, José María C.E.

"Apuntes para un estudio de la política administrativa de don Fernando VI en el Río de la Plata", en Boletín Cultural, III, (Madrid), 1965, núm. 5, pp. 59-65.

Anderson, M.S.

Europa en el siglo XVIII, 1713-1783. [Madrid]. Aguilar. 1964.

Andrews, E.M.

"Anglo-French commercial rivalry, 1700-1750". American Historical Review, XX, New York, 1915, pp. 539-56 y 761-89.

Artola, Miguel.

"Campillo y las reformas de Carlos III", en Revista de Indias, XII, Madrid, 1952, pp. 685-714.

Artola, Miguel.

"América en el pensamiento español del siglo XVIII". Revista de Indias, XXIX, núms. 115-118, pp. 51-77.

Avery, Emmett L., and A.H. Scouten.

"The opposition to Sir Robert Walpole, 1737-1739", en The English Historical Review, vol. 83, 1968, núm. 327, April, pp. 331-6.

Ballesteros y Beretta, Antonio.

Historia de España y su influencia en la historia universal. Barcelona-Madrid. Salvat, 1918-41, X vols.

Basterra, Ramón de.

Una empresa en el s. XVIII. Los navíos de la Ilustración. Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y su influencia en los destinos de América. Caracas. 1925.

Baudrillart, Alfred.

Philippe V et la Cour de France. París. 1890-1901. 4 vols.

Bécker y González, Jerónimo.

España e Inglaterra. Sus relaciones desde las paces de Utrecht. Madrid 1906. 120 págs.

Becker, Jerónimo.

"La Embajada del Marqués de la Mina, (1736-1740)" en Boletín de la Academia de la Historia, Madrid, 1923, LXXXIII, pp. 364-78; 1924, LXXXIV, pp. 184-96 y 393-402; LXXXV, pp. 5-16; 1925, LXXXVI, pp. 42-115.

Bermejo de la Rica, Antonio.

"La Colonia del Sacramento. Su origen, desenvolvimiento y vicisitudes de su historia". Madrid. 1920. Biblioteca de Historia Hispanoamericana, vol. III.

Bernard, G.

"La Casa de Contratación en Sevilla, luego en Cádiz, en el s.XVIII", en Anuario de Estudios Americanos, 12, Sevilla, 1955, pp. 253-86.

Bernstein, Harry.

Origins of Inter-American Interest, 1700-1812. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 125 págs.

Béthenecourt Massieu, Antonio.

"Proyecto de un establecimiento ruso en Brasil (1732-1737)", en Revista de Indias, IX, Madrid, 1949, pp. 651-68.

Béthenecourt Massieu, Antonio.

"Felipe V y la Florida", en Anuario de Estudios Americanos, VII, Sevilla, 1950, pp. 95-123.

Béthenecourt Massieu, A. de.

Relaciones internacionales de España en los últimos años de Felipe V. (Tesis doctoral inédita presentada en Madrid en 1953. 3 vols.

Béthenecourt Massieu, Antonio de.

Fatiño en la política internacional de Felipe V. Prólogo de V. Palacio Atard. Valladolid. C.S.I.C., Facultad de Filosofía y Letras. 1954.

Béthenecourt Massieu, Antonio.

"Arboladuras de Santa María de Chimalapa-Tehuantepec en las construcciones navales indianas, 1730-1750". Revista de Indias, año XX, 1960, enero-marzo, núm. 79, pp. 65-101.

Béthenecourt Massieu, Antonio de.

"La ruptura hispano-lusitana de 1735 y la convención de París de 1737". Hispania, XXV, Madrid, 1965, núm. 97, pp. 56-108.

Bouvier, René.

Farinelli. Le chanteur des rois. París. Albin Michel. 1943. 284 págs.

Bouvier, René y C. Soldevila.

Ensenada et son temps. Le redressement de l'Espagne au XVIII^e siècle. París. 1941. 153 págs.

Boxer, C.R.

"Brazilian gold and British traders in the first half of the eighteenth century". The Hispanic American Historical Review, vol. 49, New York. 1969, núm. 3, pp. 454-472.

Boxer, Charles R.

The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825. Harmondsworth, Penguin Books Ltd. 1973.

Brazão, Eduardo.

Relações externas de Portugal. Reinado de João V. Porto. 1938. 2 vols.

Brazão, Eduardo.

D. João V. Subsídios para a história do seu reinado. Porto. Portucaleense Editôra, S.A.R.L. 1945. 193 págs.

Brown, Vera Lee.

"Contraband trade: a factor in the decline of Spain's empire in America". The Hispanic American Historical Review, vol. 8, New-York, 1928, núm. 2, pp. 178-189.

Bruxel, Arnaldo.

Gomes Freire de Andrade e os guaranis dos sete povos das Missões em 1751-59. São Leopoldo. Instituto Anchieta de Pesquisas. 1964. 128 págs.

Burns, Alan.

History of the British West Indies. London. George Allen & Unwin Ltd. 1965².

Cabrero Fernández, Leoncio.

"La preocupación americanista en tiempos de Fernando VI. Carvajal y Laocaster" XXXIII Congreso Internacional de Americanistas. Vol. 2º. San José (Costa Rica). Ed. Antonio Lehman. 1959.

Calderón Quijano, Jose Antonio.

"El fuerte de San Fernando de Omoa: su historia e importancia que tuvo en la defensa del Golfo de Honduras". Revista de Indias, IX, Madrid, 1942.

Calderón Quijano, J.A.

"¿Pensó Vernon emplear las cortinas de humo en su ataque contra Cartagena de Indias?". Revista General de Marina, CXXII, Madrid, 1942, mayo, pp. 651-5.

Calderón Quijano, José Antonio.

Belice, 1663?-1821. Historia de los establecimientos del Río Valis hasta la Independencia de Hispano-América. Sevilla. 1944.

Calderón Quijano, José Antonio.

Historia de las fortificaciones en Nueva España. Sevilla. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. XXXVIII+ 338 págs.

Caldwell, Norman Ward.

The French in the Mississippi Valley 1740-1750. Urbana. University of Illinois Press. 1941.

Carpio, María Josefa.

España y los últimos Estuardos. Madrid. Facultad de Filosofía y Letras. Seminario de Historia Moderna. 1952. 314 págs.

Chatelain, Verne E.

The Defenses of Spanish Florida, 1565 to 1763. Washintong. Carnegie Institution of Washington. 1941.

Colmeiro Penido, Manuel.

"Biblioteca de los economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII". En Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, tomo 1. Madrid. 1953-4.

Cortés Alonso, Vicenta.

"Geopolítica del Sureste de los Estados Unidos (1750-1800)". Revista de Indias, 1952, núm. 47, Madrid, pp. 23-47.

Cortesao, Jaime.

Alexandre de Gusmão e o Tratado de Madrid. (1750). Rio de Janeiro. Ministerio de Relaciones Exteriores. Instituto Rio Branco. 1950-62. 4 tomos en 8 vols.

Craven, Wesley F.

The Colonies in Transition, 1660-1713. Nueva York, Harper & Row. 1968.

Cuenca Toribio, José Manuel.

"La Política Exterior de la España Dieciochesca. Sus Instrumentos: marina, ejército, diplomacia". Archivo Hispalense. 1969, núm. 153-158, pp. 135-49.

Danvila, Alfonso.

"Felipe V y la corte de Francia", La Lectura, Madrid. 1901. 1², pp. 244-59.

Danvila, Alfonso.

Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza (1713-1748). Madrid. 1905. 292 págs.

Díaz, Adolfo M.

"El tratado de permuta de 1750 y la actuación de los misioneros del Paraguay". Estudios, LX, La Plata, 1938, pp. 743-82.

Díaz Nier, Miguel Angel.

"El ocaso del mercantilismo español: Jerónimo de Ustáriz". Anales de Economía, 2^a época, Madrid, núm 8, 1964, pp. 781-871.

Dibble y Newton (eds.).

Spain and her Rivals on the Gulf Coast. Pensacola. Florida Department of State. 1971.

Eccles, William J.

France in America. Nueva York, Harper & Row, 1972.

Egido López, Teófanos.

Opinión pública y oposición al poder en la España del s. XVIII (1713-59). Valladolid. Universidad. 1971. 354 págs.

Eguía Ruiz, Constancio.

El Marqués de la Ensenada según un confidente. Madrid. 1922. 114 págs.

Espadas Burgos, Manuel.

"Fernando VI o el reformismo pacifista". Anales del Instituto de Estudios Madrileños, III, Madrid, 1968, pp. 319-30.

Esquerre, Ramón.

"La crítica española de la situación de América en el siglo XVIII". Revista de Indias, núms. 87-88, Madrid, 1962, pp. 159-287.

Fernández Almagro, M.

"Política naval de la España moderna y contemporánea". Revista de Estudios Políticos, I, Madrid, 1941, núm. 4, pp. 663-84.

Fernández Duro, Cesáreo.

Armada española desde la unión de Castilla y Aragón. Madrid. Museo Naval. 1973.
(Primera impresión 1895-1903), IX vols.

Ferrandis Torres, Manuel.

"El equilibrio europeo de D. José de Carvajal y Lancaster". Revista Histórica, I, Valladolid, Facultad de Historia, 1924, pp. 157-63.

Flassan.

Histoire générale et raisonnée de la diplomatie française... depuis la fondation de la Monarchie jusqu'à la fin du règne de Louis XVI. Paris. Imp. de Crapelet. 1811².

Floyd, Troy S.

The Anglo-Spanish struggle for Mosquitia. Albuquerque. University of New Mexico Press. 1967. 235 págs.

Franklin, John Hope.

From Slavery to Freedom. A history of Negro Americans. New York. Alfred Knopf. 1974.⁴

García-Baquero González, Antonio.

Cádiz y el Atlántico (1717-1778). (El comercio español bajo el monopolio gaditano). Sevilla. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. 1976. 2 vols.

García Rives, Angela.

Fernando VI y Bárbara de Braganza (1748-1759). Apuntes sobre su reinado. Madrid. Imprenta Julio Cosano. 1917. 182 págs.

Gil Munilla, Octavio.

El río de la Plata en la política internacional. Génesis del Virreinato. Sevilla. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. C.S.I.C. 1949. 463 págs.

Gil Munilla, Roberto.

"Política española en el Golfo Mexicano". Anuario de Estudios Americanos, XII, Sevilla, 1955, pp. 467-611.

Gipson, Lawrence Henry.

"British diplomacy in the light of Anglo-Spanish New World issues, 1750-57". The American Historical Review, LI, New York, 1946, pp. 627-48.

Girard, Albert.

"Les voies de commerce dans l'Amérique espagnole pendant l'époque coloniale". Bulletin de la Bibliothèque Américaine, (Amérique Latin), tome II, 1912, pp. 289-300.

Gómez Mollada, María Dolores.

"El contrabando inglés en América. Correspondencia inédita de la factoría de Buenos Aires". Hispania. Revista Española de Historia, X, Madrid, 1950, pp. 336-369.

Gómez Mollada, María Dolores.

"España en Europa. Utopía y realismo de una política". Arbor, Madrid, 1955, núm. 110. (tirada aparte).

Gómez Mollada, María Dolores.

El pensamiento de Carvajal y la política internacional española del s. XVIII.

Madrid. C.S.I.C. Instituto Jerónimo Zurita, 1955. 23 págs.

Gómez Mollada, María Dolores.

"El Marqués de la Ensenada a través de su correspondencia íntima". Eidos, 1955, núm. 2, pp. 48-90.

Gómez Mollada, María Dolores.

"Viejo y nuevo estilo político en la Corte de Fernando VI". Eidos, Madrid, 1957, núm. 6, pp. 43-76.

Gómez Mollada, María Dolores.

"El "caso Macanaz" en el Congreso de Breda". Hispania, XVIII, Madrid, núm. 70, 1958, pp. 62-128.

Gómez Mollada, María Dolores.

"Un rey sin gusto de mandar". Eidos, VIII, Madrid, 1958, pp. 59-87.

Hamilton, Earl J.

War and prices in Spain, 1651-1800. Cambridge (Mass.), Harvard Univ. Press. 1947.

Hamilton, Earl J.

"Nuevo examen del mercantilismo de Gerónimo de Ustáris (1670-1732)". En El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica. Madrid. Revista de Occidente. 1948.

Harkness, Albert, Jr.

"Americanism and Jenkins' Ear". Mississippi Valley Historical Review, XXXVII, 1950, pp. 61-90.

Harman, Joyce E.

Trade and privateering in Spanish Florida (1732-1763). St. Augustine. St. Augustine Society. 1969.

711

Hernández Sánchez-Barba, Mario.

Historia Universal de América. Madrid. Ediciones Guadarrama. 1963. 2 vols.

Herrero, J. M.

"Notas sobre la ideología del burgués español del siglo XVIII". Anuario de Estudios Americanos, 9, Sevilla, 1952, pp. 297-326.

Hildner, Ernest G.

"The role of the South Sea Company in the Diplomacy leading to the war of Jenkins' War, 1729-39". The Hispanic American Historical Review, XVIII, New York, 1938, núm. 3 pp. 322-41.

Hume, Martin A.S.

Spain. Its greatness and decay (1479-1788). Cambridge. University Press. 1940³.

Hussey, Roland D.

The Caracas Company (1728-84). A study in the history of Spanish monopolistic trade. Cambridge (Mass.). Harvard Univ. Press. 1934. 358 págs.

Ibáñez de Ibero, Carlos.

El Marqués de la Ensenada. Uádiz 1941. 22 págs.

Ibáñez de Ibero, Carlos.

"El marqués de la Ensenada y su política exterior". Revista de Historia Militar, IX, Madrid, 1965, núm. 18, pp. 143-55.

Jover, José María.

Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo. Oviato. Cuadernos de la Cátedra Feijoo. 1956. 108 págs.

Kamen, Henry.

"Melchor de Macanaz and the foundations of Bourbon power in Spain". English Historical Review, LXXX, oct. 1965, pp. 699-716.

Konetske, Richard.

7/2

América Latina II. La época colonial. México-Madrid. Siglo XXI. 1972.

Krats, Guillermo.

El tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias. Estudio sobre la abolición de la Compañía de Jesús. Roma. 1954. 313 págs.

Lacome Gendry, Carlos.

Vida política del P. Francisco Rávago, Confesor del Rey D. Fernando VI. Valladolid. Imprenta y Librería de A.M. Sánchez. 1907. 45 págs.

Lafuente y Zamalloa, Modesto.

Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. Madrid, 1850-67. 30 vols.

Land, Aubrey C. (ed.).

Bases of the Plantation Society. New York. Harper & Row. 1969.

Lanning, John Tate.

"Don Miguel Wall and the Spanish attempt against the existence of Carolina and Georgia". North Carolina Historical Review, vol. 10, July 1933, pp. 186-213.

Lindsay, J.O. (ed.).

The New Cambridge Modern History VII. The Old Regime 1713-63. Cambridge. University Press. 1970.

Lodge, Richard.

"Continental policy of Great Britain, 1740-1760". History The Quarterly Journal of the Historical Association, XVI, Londres, 1931-32, núm. 64, pp. 298-304.

Lodge, Richard.

"Sir Benjamin Keene, K.B.: A Study in Anglo-Spanish Relations in the Earlier Part of the Eighteenth Century". Royal Historical Society, Transactions, 4th series, Londres 1932, XV, 1-43.

Luengo Muñoz, Manuel.

"El Darién en la política internacional del siglo XVIII". Estudios Americanos, XVIII, Sevilla, núms. 96-97, 1959, pp. 139-56.

Martínez Arias, Enrique.

La Idea de América en la España Ilustrada del siglo XVIII. Tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense, Facultad de Filosofía y Letras en el año 1975.

Mao Lachlan, Jean O.

"The Seven Years' Peace and the West Indian Policy of Carvajal and Wall". English Historical Review, LIII, 1938, pp. 457-77.

Mao Lachlan, Jean O.

Trade and peace with Old Spain, 1667-1750. A study of the influence of commerce on Anglo-Spanish diplomacy in the first half of the Eighteenth century. Cambridge. University Press. 1940. 249 págs.

Madariaga, Salvador de.

El ocaso del Imperio español en América. Buenos Aires. Ed. Sudamericana. 1959².

Mahan, Alfred T.

The influence of sea power upon history, 1660-1783. Londres. Low Marston. 1889.

Marfil García, Mariano.

Relaciones entre España y la Gran Bretaña desde las Paes de Utrecht hasta nuestros días. Madrid. 1907.

Martín Gaité, Carmen.

El Proceso de Macanas. Historia de un Empapelamiento. Madrid. Ed. Moneta y Crédito. 1970. 389 págs.

Martínez de Campos y Serrano, Carlos.

España bélica. Siglo XVIII. Madrid. Aguilar. 1965.

Martínez Cardós, José.

"Un informe de Campillo sobre la propuesta de una Compañía holandesa para comerciar con la América española". Revista de Indias, Madrid, 1961, núm. 84, pp. 255-70.

Martínez Cardós, José.

"Don José del Campillo y Cossío". Revista de Indias, año XXX, Madrid, 1970, núm. 122, pp. 503-542.

Mateos, Francisco.

"El Tratado de Límites entre España y Portugal de 1750, y las Misiones del Paraguay (1751-1753)". Misionalia Hispanica, VI, Madrid, 1949, pp. 319-78.

Matilla Tascón, Antonio.

La Unica Contribución y el Catastro de Ensenada. Madrid. Ministerio de Hacienda. 1947.

Morales Hernández, José Luis.

"Jorge Juan en Londres". Revista General de Marina, 184, Madrid, 1973, pp. 663-70.

Morales Padrón, Francisco.

Rebelión contra la Compañía de Caracás. Sevilla. C.S.I.C. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. 1955.

Moreyra Paz-Soldán, Manuel.

"La toma de Portobelo por el almirante Vernon y sus consecuencias económicas". Mercurio Peruano, XXIX, 1948, pp. 287-329.

Mörner, Magnus.

"Panorama de la sociedad del Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII". Estudios Americanos, XVII, Sevilla, 1959, pp. 203-16.

Mörner, Magnus.

"Os Jesuítas espanhóis, as suas Missões Guarani e a rivalidade luso-espanhola pela Banda Oriental, 1715-37". Revista Portuguesa de História, IX, Coimbra, 1961.

Moses, Bernard.

Spain's declining power in South America, 1730-1806. Berkeley. University Press. 1919. 440 págs.

Mounier, André.

Les faits et la doctrine économique en Espagne sous Philippe V. Jerónimo de Ustáriz. 1670-1732. Bordeaux. 1919. 300 págs.

Mozas Mesa, Manuel.

Don José de Carvajal y Lancaster. Ministro de Fernando VI. Jaén. 1924.

Nuñoz Pérez, José.

"Los proyectos sobre España e Indias en el siglo XVIII: el proyectismo como género". Revista de Estudios Políticos, LIV, Madrid, 1955, núm. 81, pp. 169-95.

Nuñoz Pérez, José.

"El comercio de Indias bajo los austrias y la crítica del proyectismo del siglo XVIII". Anuario de Estudios Americanos. XIII, Sevilla, 1956, pp. 85-101.

Nuñoz Pérez, José.

"Papel de la geografía en el programa de reajuste económico del XVIII español". Estudios Geográficos, 67-68, Madrid, 1957, pp. 403-27.

Nuñoz Pérez, José.

"Ideas sobre comercio en el s. XVIII español". Estudios Americanos, XIX, Sevilla, núm. 100, 1960, pp. 47-66.

Muret, Pierre.

"L'histoire diplomatique au milieu du XVIII^e siècle d'après les travaux de Sir Richard Lodge". Revue d'histoire moderne, 1932, pp. 77-83.

Muret, Pierre.

"Un conflit anglo-espagnol dans l'Amérique Centrale au XVIII^e siècle". Revue d'Histoire Diplomatique, vols. 54-55, Paris, 1940-41, pp. 129-148.

Muret, Pierre.

"Le conflit anglo-espagnol dans l'Amérique centrale au XVIII^e siècle". Revue d'Histoire Diplomatique, 56, Paris, 1942, pp. 129-48.

Muret, Pierre.

"La prépondérance anglaise (1715-1763)". Tomo XI de Peuples et Civilisations. Histoire Générale, publiée sous la direction de Louis Halphen et Philippe Sagnao. Paris. P. U. F. 1949³. 690 pages.

Navarro García, Luis.

"El Norte de Nueva España como problema político en el siglo XVIII", Estudios Americanos, XX, Sevilla, 1960, núm. 103, pp. 15-31.

Nelson, George H.

"Contraband trade under the Asiento, 1730-1739". The American Historical Review, LI, New York, 1945, pp. 55-67.

Nowell, Charles E.

"The defense of Cartagena". The Hispanic American Historical Review, vol. 42, New York, 1962, núm. 4, pp. 477-501.

Ogelsby, J.C.M.

"Spain's Havana squadron and the preservation of the balance of power in the Caribbean, 1740-1748". The Hispanic American Historical Review, vol. 49, New York, 1969, núm. 3, pp. 473-88.

Olbés Fernández, Luis.

La paz de Aquisgrán. Contribución al estudio del reinado de Fernando VI. Pontevedra. 1926.

Osanam, Didier.

"Un projet de mariage entre l'infante Maria Antonia, soeur de Fernando VI et le Dauphin, fils de Louis XV (1746)". Estudios de Historia Moderna, I, 1951, pp. 129-77.

Osanam, Didier.

"Les origines du troisième Pacte de Famille (1761)". Revue d'Histoire Diplomatique, vol. 75, 1961, pp. 307-40.

Palacio Atard, V.

"Los vascos y la pesca de Terranova. Las gestiones del Marqués de Monteleón en Londres (1716-1717)". Anuario de Estudios Americanos, T.I, 1944, pp. 723-39.

Palacio Atard, V.

El Tercer Pacto de Familia. Madrid. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. 1945.

Palacio Atard, V.

"El despotismo ilustrado español", Arbor, núm. 22, Madrid, 1947.

Palacio Atard, V.

"El equilibrio de América en la diplomacia del siglo XVIII", Estudios Americanos, I, Sevilla, mayo 1949, núm. 3, pp. 461-479.

Palacio Atard, V.

Las embajadas de Abreu y Fuentes en Londres, 1754-61. Simancas. Estudios de historia moderna, tomo I, Valladolid, C.S.I.C., 19750, 70 págs.

Palacio Atard, V.

"Tribunales británicos y presas de barcos durante la guerra de Siete Años [1756-63]". Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid, 1954.

Palacio Atard, Vicente.

"Juan V y la mudanza de confesor de Fernando VI". Revista Portuguesa de História, X, Coimbra, 1962, pp. 257-8.

Pantaleao, Olga.

A penetração comercial de Inglaterra na América Espanhola de 1713 a 1763. São Paulo. Universidad. 1946. 282 págs.

Pares, R.

War & Trade in the West Indies, 1739-1763. Oxford. University Press. 1936. XI + 631 págs.

Pérez Bustamante, C.

"Campillo y las Indias". Revista de Indias, núm. 2, Madrid, 1940, p. 119-25.

Pérez Bustamante, Ciriaco.

"El reinado de Fernando VI en el reformismo español del siglo XVIII". Revista de la Universidad de Madrid, III, Madrid, 1954, núm. 12, pp. 491-514.

Pérez Bustamante, Ciriaco.

España y sus Indias a través de la obra de Feijoo. Discurso del 30 enero de 1965. Madrid. Instituto de España, 1965. 21 págs.

Petrie, Charles A.

"Estudio de las relaciones anglo-españolas: Fernando VI y Sir Benjamin Keene". Estudios Americanos, XVI, Sevilla, núm. 84-85, 1958-59, p. 107-26.

Plumb, J.H.

England in the Eighteenth century. Harmondsworth. Penguin Books Ltd. 1971.

Rambert, Gaston.

"La France et la politique commerciales de l'Espagne au XVIII^e siècle". Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine, VI, París, 1959, pp. 269-88.

Ramos Pérez, D.

"Las ideas geográficas del padre Gumilla". Estudios Geográficos, núm. 14, 1944, pp. 179-99.

Ramos Pérez, Demetrio.

El Tratado de Límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco. Madrid. C.S.I.C. Instituto J. Sebastián Elcano. 1946. 537 págs.

Ramos Pérez, Demetrio.

"Las misiones del Orinoco, a la luz de pugnas territoriales (s.XVII y XVIII)". Anuario de Estudios Americanos, XII, Sevilla, 1955, pp. 1-37.

Ramos Pérez, Demetrio.

"Un plan de inmigración y libre comercio defendido por Gumilla para Guayana en 1739". Anuario de Estudios Americanos, XV, pp. 201-224.

Ramos Pérez, Demetrio.

"Indios y negros de los territorios españoles del Caribe, llevados como esclavos a Norteamérica en el siglo XVIII". Revista Española de Antropología Americana, VI, Madrid, 1971, pp. 329-80.

Restrepo Canal, Carlos.

"El sitio de Cartagena por el Almirante Vernon". Boletín de Historia y Antigüedades, XXVIII, Colombia, 1941.

Rodríguez Casado, V.

"Política exterior de Carlos III en torno al problema indiano". Revista de Indias, V, Madrid, 1944, núm 16, pp. 227-66.

Rodríguez Casado, V.

"El Pacífico en la política internacional española hasta la emancipación de América". Estudios Americanos, núm. 5, Sevilla, 1950.

Rodríguez Casado, V.

"La revolución burguesa del XVIII español", Arbor, XVIII, Madrid, pp.5-29.

Rodríguez Demorizi, Emilio.

"Apuntes y documentos. Del comercio en la América". Clio, XXV, Ciudad Trujillo, 1957, núm. 109, pp. 73-117.

Rodríguez Villa, Antonio.

Don Cenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada. Madrid. Librería de F. Murillo. 1878. 547 págs.

Rodríguez Villa, Antonio.

Patino y Campillo. Reseña histórico-biográfica de estos dos ministros de Felipe V. Madrid. 1882. 196 pás.

Rubio Mañe, I.

"Las Jurisdicciones de Yucatán. La creación de la plaza de Teniente del Rey en Campeche. Año 1744". Boletín del Archivo General de la Nación, VII, México, 1966, núm. 3, pp. 549-631.

Saeger, James Schofield.

"Origins of the rebellion of Paraguay". The Hispanic American Historical Review. 52, New York, 1972, núm. 2, pp. 215-229.

Sampognaro, Virgilio.

"El Tratado de Madrid de 1750. Su causa. Su celebración. Su fracaso". Revista de Estudios Políticos, XIV, 1946, pp. 183-201.

Sánchez Agesta, Luis.

"Peijoo y la crisis del pensamiento político español del siglo XVIII". Revista de Estudios Políticos, 39, Madrid, 1945, pp. 71-127.

Sánchez Agesta, Luis.

El pensamiento político del despotismo ilustrado. Madrid. I.E.P. 1953.

Sánchez de Palacios, Mariano. Barbara de Braganza. Madrid. Publicaciones Españolas /Temas Españoles, núm. 378/. 1958.

Soelle, Georges.

La traite négrière aux Indes de Castille; contrats et traités d'assiento. Paris. Librairie de la Société du Recueil J-B Sirey & du Journal du Palais. 1906, 2 vols.

Shaefer, Ernesto.

"Comunicaciones marítimas y terrestres de las Indias españolas". Anuario de Estudios Americanos, III, Sevilla, 1946, pp. 969-83.

Seeley, J.R.

"The House of Bourbon". The English Historical Review, I, 1886, núm. 1 January, pp. 86-104.

Shelby, Charmion.

"The effect of the Spanish Reoccupation of Eastern Texas upon French policy in Louisiana, 1715-1717". The Hispanic American Historical Review, 24, New York, 1944, núm. 4, pp. 605-613.

Studer, Elena, F.S.

La trata de negros en el Rio de la Plata durante el siglo XVIII. Buenos Aires. Universidad. 1958. 378 págs.

Sureda, José L.

"La política económica española del siglo XVIII". Anales de Economía, VI, Madrid, 1946, pp. 19-46.

Temperley, H.W.V.

"The causes of the war of Jenkins ear". En Transactions of the Royal Historical Society, Third series, vol. III, pp. 197-236. London. 1909.

Temperley, H.W.V.

"The relations of England with Spanish America 1720-1744". Annual Report of the American Historical Association, vol. I, Washington, 1913, pp. 229-237.

Tepaske, John Jay.

The Governorship of Spanish Florida, 1700-1763. Durham (North Carolina). Duke University Press. 1964. VIII + 248 págs.

Trigueros Bada, Roberto.

"Las defensas estratégicas del Río de San Juan de Nicaragua". Anuario de Estudios Americanos, XI, Sevilla, 1954, pp. 413-513.

Tudisco, Anthony.

"America en la literatura española del siglo XVIII". Anuario de Estudios Americanos, XI, Sevilla, 1954, pp. 565-585.

Vaucher, P.

Robert Walpole et la politique de Fleury (1731-1742). París. 1924.

Vicens Vives, Jaime.

"Conjuntura económica y reformismo burgués: 2 factores en la evolución de la España del Antiguo Régimen". Estudios de historia moderna, IV, 1954, pp. 357-63.

Vicens Vives, Jaime.

Historia Económica de España. Barcelona. Edit. Vicens Vives, 1965⁴.

Vignols, León.

El Asiento francés (1701-13) e inglés (1713-50) y el comercio franco-español desde 1700 hasta 1730. Con dos memorias francesas de 1728 sobre estos asuntos". Anuario de Historia del Derecho Español, V, Madrid, 1928, pp. 266-300.

Vilar, Pierre.

Oro y moneda en la Historia (1450-1920). Barcelona, Ariel. 1972²

Villalobos R., Sergio.

"Contrabando francés en el Pacífico, 1700-1724". Revista de Historia de América, 51, México, junio 1961, pp. 49-80.

Whitaker, Arthur P.

"Antonio de Ulloa". Hispano American Historical Review, XV, New York, 1935, núm. 2, pp. 155-94.

Williams, Basil.

"The foreign policy of England under Walpole". English Historical Review, Parts. I-III, en vol. 15, 1900, núm. LVIII April, pp. 251-76; núm. LIX July, pp. 479-94; núm. LX October, pp. 665-98; Parts. IV-VI, vol. 16, 1901, núm. LXI January, pp. 67-83; núm. LXII April, pp. 308-27; núm. LXIII, July, pp. 439-51.

Williams, Basil.

The Whig Supremacy, 1714-1760. Oxford. University Press. 1945. 464 págs.

Wright, J. Leitch.

Anglo-Spanish Rivalry in North America. Athens. University of Georgia Press. 1971.

Zabala y Lera, Pío.

El Marqués de Argensón y el Pacto de Familia en 1743. Madrid. 1928. 251 págs.

Zapatero, José M.

La guerra del Caribe en el siglo XVIII. San Juan de Puerto Rico. Instituto de Cultura Puertorriqueña. 1964. XLI + 623 págs.

Zeller, G.

De Luis XIV a 1789. Madrid. Aguilar. 1960.

Zevort, E.

Le Marquis d'Argenson et le ministère des Affaires étrangères. Paris. 1380.

Zinny, Antonio.

Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas. Buenos Aires. Administración General. 1920². 4 vols.